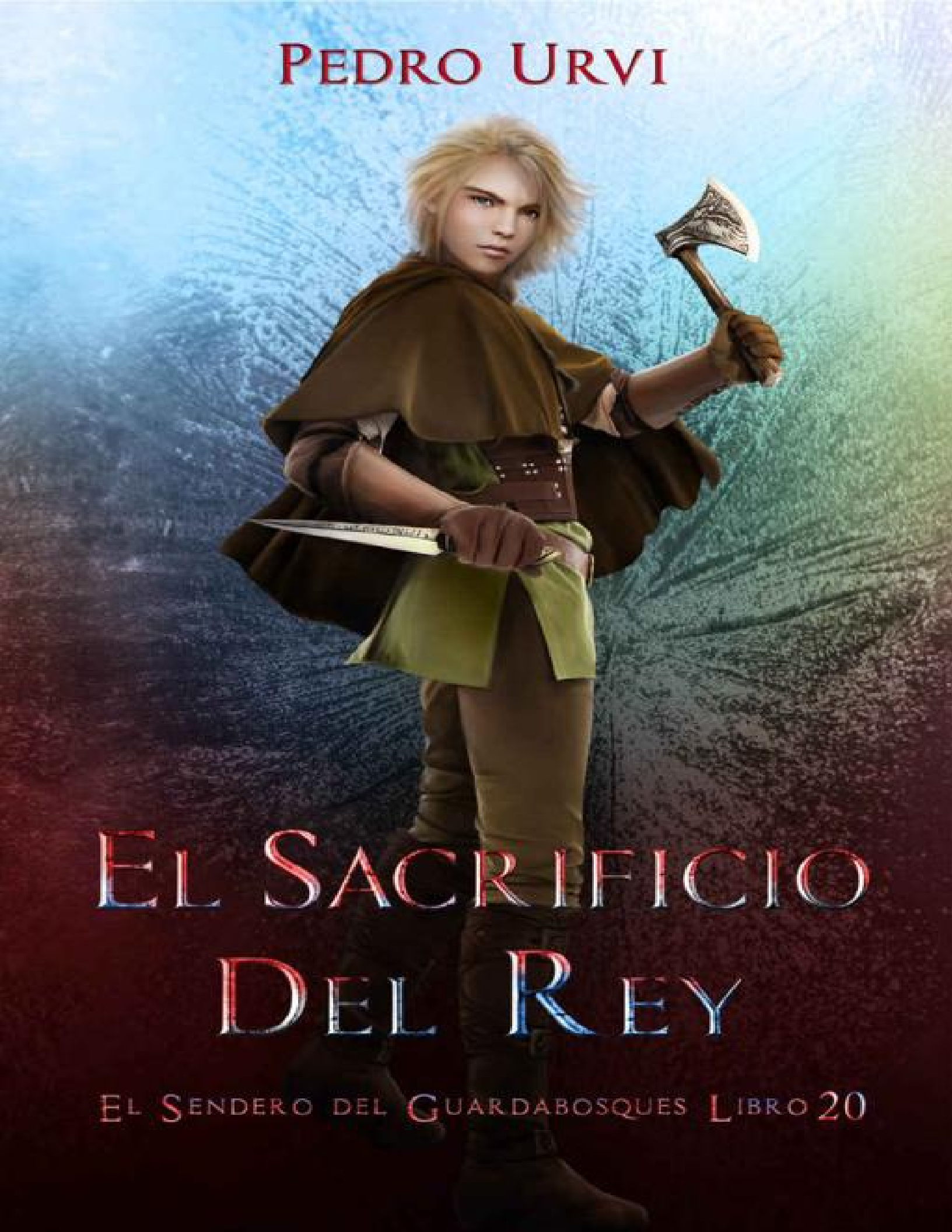
PEDRO URVI



EL SACRIFICIO DEL REY

EL SENDERO DEL GUARDABOSQUES LIBRO 20

El Sacrificio del Rey

El Sendero del Guardabosques, Libro 20

Pedro Urvi

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: Mis libros en Amazon

Web: https://pedrourvi.com/

Twitter: https://twitter.com/PedroUrvi

Facebook Autor: https://www.facebook.com/pedro.urvi.9

Facebook Página: https://www.facebook.com/pedrourviautor/

Instagram https://www.instagram.com/pedrourvi/

Mail: pedrourvi@hotmail.com

Copyright © 2024 Pedro Urvi

Todos los derechos reservados

Ilustración portada por Sarima

Corrección y edición por Olaya Martínez

Otros libros de Pedro Urvi:

Serie El enigma de los Ilenios



Serie Los Dioses Áureos:



Contenido

Otros libros de Pedro Urvi:
Mapa
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Epílogo 1
Epílogo 2
Epílogo 3
Nota del Autor
La aventura continua en:
El Sacrificio del Rey (El Sendero del Guardabosques, Libro 20)
Opinión:
Agradecimientos
El Sacrificio del Rey (El Sendero del Guardabosques, Libro 20)

Mapa


TREMIA
The Reborn Continet
The Frozen Continent
Norghana
Rogdon
Massig Steppes
WEST TREMIA
EAST TREMIA
Thousand Lakes
Kingdom of Zaegria
Kingdom of Moontian
Confederation of Free Cities
Central Sea
Nocean Empire
Coporne Island
Maruccue
Wahalatan
Amsalfibal
Salansamar
Tanwalha
Zenut
Alyss
Jibalalfajr
Wahazarqa
Madinatalmuua
Almadinat
Albahrwalin
Kabiramadina
Cinders Island
South Tremia

Dedicatoria

Esta serie está dedicada a mi gran amigo Guiller. Gracias por toda la ayuda y el apoyo incondicional desde el principio cuando sólo era un sueño .

Capítulo 1

Lasgol despertó con la cabeza y el cuerpo muy doloridos. Tenía un mareo enorme y el estómago del revés, aunque eso no era lo peor. Sentía una sensación de angustia tan intensa que pensó que le habían arrancado parte del alma. Abrió los ojos intentando sobreponerse del aturdimiento y discernió que estaba en una caverna de paredes de roca rojiza. Reconoció de inmediato el malestar que sentía: era la consecuencia de cruzar un portal. Si no bebía la pócima de Annika siempre sufría aquella sensación. También reconoció el lugar: estaba en el interior de las Montañas de Sangre, hogar de la tribu de los Desher Tumaini.

Se puso de rodillas y se llevó la mano al pecho. ¿Por qué sentía aquella angustia tan severa oprimiéndole el corazón? No conseguía recordar lo que había sucedido. Buscó a su alrededor girando la cabeza y descubrió a Ingrid y Ona tendidas en el suelo no muy lejos de él. Ingrid seguía inconsciente y Ona miraba hacia la entrada de la caverna. Estaban siendo atendidas por varias mujeres mayores de piel oscura y ojos rubí. Lasgol supuso que eran curanderas de la tribu.

Algo más alejados encontró a Astrid y Viggo. Estaban al otro lado de la caverna tendidos de espaldas pero no se habían despertado aún. Lasgol apretó la mandíbula. El dolor y el mareo que sentía eran fuertes, pero parecía que empezaban a disminuir un poco. Fue entonces cuando comenzó a percatarse de lo que sucedía y el motivo de aquella angustia que no cejaba. Faltaba uno de sus compañeros. ¿Dónde estaba Gerd?

Se llevó las manos a la cabeza e hizo un esfuerzo. Entonces apareció en su mente algo parecido a un recuerdo cercano en el tiempo. Tenía el portal a sus espaldas desapareciendo sobre la descomunal Perla cuando Gerd lo lanzó a su interior. Recordó la garra de Dergha-Sho-Blaska cerrándose sobre el cuerpo de su amigo según el portal se cerraba y supo que lo habían perdido.

—¡Gerd, no! —gritó desesperado y se puso de pie. El mareo y el aturdimiento que sentía le hicieron perder el equilibrio. Estuvo a punto de caerse hacia un lado, pero dos guerreros Desher Tumaini a su espalda se apresuraron y lo dejaron en el suelo con cuidado.

Hablaron en su lenguaje tribal, que Lasgol no entendió. Sacudió la cabeza. Los guerreros le indicaron con gestos que permaneciera recostado y mantuviera la calma.

—Gerd… no… —clamó con lágrimas en los ojos. La desesperación y la angustia le apretaban el pecho con tal fuerza que pensó que le estallaba el corazón. Intentó controlar el dolor que sentía, pero no pudo y comenzó a sollozar.

Ona miró a Lasgol y gimió con fuerza. Quería ir con él pero no podía moverse.

Astrid y Viggo despertaron al cabo de un momento y se encontraron a Lasgol sentado en el suelo con las piernas contra el pecho y los brazos rodeando las rodillas. Intentaba detener las lágrimas, pero le estaba resultando imposible.

—¿Qué… sucede? —preguntó Astrid tratando de reponerse con una mano sobre la frente.

—¿Estamos… a salvo? —quiso saber Viggo, que miraba alrededor intentando situarse con ojos entrecerrados por el dolor y el mareo.

—Estamos a salvo… —confirmó Lasgol secándose las lágrimas de los ojos con el antebrazo.

—Entonces… ¿qué te sucede? —preguntó Astrid mirando al resto de compañeros y a Lasgol con ojos de preocupación.

Viggo se puso en pie y tambaleándose se acercó hasta Ingrid que comenzaba a despertar entre gemidos de dolor. Tenía una pierna completamente vendada y una anciana le aplicaba un

ungüento de un color verdoso en la otra. Una segunda anciana preparaba otra venda.

—¿Está bien? ¿Se pondrá bien? —preguntó Viggo a las ancianas con tono de urgencia y ojos llenos de preocupación.

La del ungüento le miró, sonrió y le hizo gestos de tranquilidad y afirmativos. Luego le dio una explicación en el lenguaje de la tribu que Viggo no comprendió. Por los gestos positivos que le hacían, dedujo que Ingrid se iba a reponer de sus heridas.

—Mi bella y arisca capitana —dijo lleno de amor y ternura, y le acarició las mejillas.

Ingrid terminó de volver en sí y miró a Viggo con sus intensos ojos azules.

—¿Qué… sucede…? Mi cabeza… las piernas… —intentó incorporarse y de inmediato las dos curanderas la sujetaron y le indicaron con gestos que no debía moverse.

—Estate quietecita, mi bella belicosa. Estás herida en las piernas y aturdida, pero no te preocupes, tu Viggo está aquí para protegerte.

Ingrid gruñó de sufrimiento y luego sonrió a Viggo.

—Cuídame bien… y no hagas una de las tuyas…

—¿Yo? Nunca —sonrió él con un claro gesto de dolor y se llevó las manos a la cabeza—. Me martillea —se quejó.

Astrid llegó junto a Lasgol.

—¿Estás bien? ¿Herido? —preguntó y lo rodeó con sus brazos.

Lasgol negó con la cabeza.

—No estoy herido, pero no estoy bien… —reconoció mirándola con ojos muy tristes.

—¿Qué te ocurre?

Antes de que Lasgol pudiera responder, Viggo lanzó la pregunta al aire.

—¿Dónde está el grandullón?

Ingrid y Astrid miraron alrededor.

—Aquí no. ¿Quizá se lo han llevado a otra caverna? —sugirió Ingrid y miró a las curanderas, pero éstas no entendieron lo que decía y continuaron atendiendo las heridas de sus piernas.

—Tampoco veo a Camu. ¿Estás aquí camuflado? —preguntó Astrid.

No recibieron respuesta.

—No parece que el bicho esté aquí —comentó Viggo.

Ona gruñó al oír la palabra bicho y luego gimió dos veces.

—Camu no está aquí —confirmó Lasgol.

—¿Dónde andará? —se preguntó Astrid—. Cruzó el portal antes de que se cerrara, ¿verdad?

Lasgol asintió.

—Sí, cruzó un momento antes que yo.

—Entonces estará con los Desher Tumaini, que lo idolatran como si fuera un dios —razonó Viggo.

—Un Hor Mayor —especificó Ingrid apretando la mandíbula. El vendaje que le estaban poniendo en la pierna le estaba doliendo. Una de las curanderas le hizo un gesto de que lo sentía y luego otro de que no podía evitarse. Siguieron trabajando sobre su pierna.

—Aguanta, pronto terminarán de vendarte —animó Viggo con tono cariñoso.

—¿Cómo es que Gerd se ha despertado antes que nosotros? No suele ser el caso —comentó Astrid, que intentaba razonar la situación.

—Es verdad, el grandullón es de los últimos en despertar —afirmó Viggo e hizo un gesto de que aquello no le encajaba.

Lasgol bajó la cabeza y aguantó las lágrimas.

—Gerd no está aquí…

Todos se volvieron hacia Lasgol.

—¿Cómo que no está aquí? —preguntó Ingrid con la frente fruncida.

—No se ha podido marchar, solo hay desierto a nuestro alrededor —Viggo tenía expresión de que se olía algo malo.

—¿Qué quieres decir, Lasgol? ¿Qué ha sucedido? —preguntó Astrid con tono dulce, pero con preocupación latente.

Lasgol inspiró con fuerza. Intentaba armarse de valor para comunicar a sus amigos la terrible noticia, pero no sabía cómo hacerlo. La angustia que le oprimía el centro del torso y le atenazaba la garganta era cada vez mayor. Apenas podía respirar y hablar le costaba todavía más.

—Yo quise quedarme el último, para ganar tiempo… para que todos cruzarais… tiré contra los dragones…

—¿Y qué ocurrió? Nosotros cruzamos y al hacerlo quedamos inconscientes —preguntó Ingrid.

Lasgol volvió a inspirar con fuerza y dejó salir el aire despacio.

—Gerd me lanzó al interior del portal cuando ya se cerraba.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué hizo eso? —preguntó Astrid con ojos enormes por la sorpresa echando la cabeza atrás por la inesperada acción de Gerd.

—¡El grandullón haciéndose el héroe! ¡Será tonto, el muy buenazo sin mollera! ¡Él no está para heroísmos! ¡Si tiene la cadera de piedra y menos equilibrio que un pingüino del Continente Helado! —Viggo levantó las manos al aire gesticulando en protesta e incredulidad.

Lasgol no dijo nada y aguardó a que sus compañeros hicieran la pregunta que no deseaba contestar.

—Entonces, ¿qué sucedió? ¿Dónde está Gerd? —preguntó Astrid con tono no de duda, sino de temor.

—Gerd… no consiguió cruzar… —balbuceó Lasgol. Las palabras no parecían poder abandonar su boca.

—¿Cómo que no consiguió cruzar? —Viggo se puso en pie y se acercó hasta Lasgol—. ¿Qué dices…?

—Tuvo que cruzar, de lo contrario… —Astrid no terminó la frase.

—Los dragones… —Ingrid ya se temió lo peor.

—Lo último que vi según cruzaba fue la garra enorme de Dergha-Sho-Blaska cerrándose sobre el cuerpo de Gerd.

—¡No! ¡Eso no! —exclamó Viggo con ojos como platos llenos de terror.

—¡No puede ser! —Ingrid se revolvió en el suelo y las curanderas tuvieron que apartarse.

—Gerd… —Astrid negaba con la cabeza pensando lo que podía haberle sucedido.

—¿Estás seguro? Quizá el combate y cruzar el portal te han afectado la mente y lo estás recordando mal —sugirió Ingrid.

Lasgol suspiró profundamente.

—Estoy seguro. Tengo un dolor aquí que me lo confirma —dijo golpeándose el centro del pecho con el puño.

Hubo un momento de silencio mientras los cuatro intentaban asimilar la terrible noticia. Tenían la mirada perdida y expresiones de gran tristeza mezcladas con dolor y rabia. Viggo negaba con la cabeza mientras iba de un lado al otro, como perdido. Ingrid cerró los ojos y se tumbó. Luego los abrió de nuevo y se quedó mirando la parte superior de la caverna mientras terminaban el vendaje sobre su pierna. Astrid abrazó con fuerza a Lasgol y se quedó mirando el suelo de roca rojiza.

Tras un largo momento Lasgol habló.

—Lo siento… —se disculpó.

—No es culpa tuya, Lasgol —intentó consolar Astrid.

—Lo es.

—No, no lo es —aseguró Ingrid—. Gerd tomó una decisión por sí mismo. Conocía las consecuencias de sus actos. No es culpa tuya.

—No podías preverlo —dijo Astrid y le acarició el pelo.

—Será tonto, esa mole enorme con la cabeza llena de serrín. ¡Mira lo que ha hecho! ¡Ha conseguido que lo maten! —Viggo gesticulaba rabioso y dolido. Continuaba yendo y viniendo por la caverna.

Ona gimió dos veces.

—No debemos asumir que ha muerto —dijo Astrid.

Viggo se detuvo.

—¿No? ¿Por qué no?

—Lo que Lasgol vio no constituye prueba de su muerte —respondió la morena negando con el dedo índice.

—Astrid tiene razón —se unió Ingrid—. Lasgol no presenció cómo lo destrozaban.

—Pero eso es lo que ocurrió, sin duda. Estoy convencido. Esa mala bestia nos odia y quiere destriparnos —aseguró Viggo.

—Sí… pero es verdad… no vi sangre. No vi su muerte —asintió Lasgol con tono teñido de esperanza.

—Debemos operar bajo la presunción de que sigue con vida —afirmó Astrid y se puso de pie.

—Estoy de acuerdo. Gerd vive y hasta que encontremos prueba de lo contrario, eso debemos pensar —dijo Ingrid.

—Eso es mucho desear. Sabéis tan bien como yo que los dragones no le dejarán marchar. Yo también quiero creer que está vivo, pero la lógica me indica lo contrario —gesticuló Viggo.

—Hasta que no tengamos prueba de su muerte, no tenemos por qué asumir tal hecho —insistió Astrid.

—Estará con vida —afirmó Ingrid.

Lasgol soltó una bocanada de aire.

—Espero y deseo que este vivo… de alguna forma…

—Lo estará —aseguró Astrid.

—Sois unos crédulos y unos bonachones. Mayor será el disgusto cuando encontremos su cuerpo destrozado. Eso si no se lo han comido…

—No seas merluzo —regañó Ingrid—. Tú quieres que esté vivo tanto como nosotros, así que acepta la posibilidad.

Viggo refunfuñó y soltó varios improperios, pero no continuó con la discusión. En el fondo él también deseaba que su amigo estuviera vivo y no quería perder la esperanza.

—Otra cosa. Nos falta alguien más —afirmó Ingrid de pronto.

—Nilsa. ¿Por qué no está aquí? —se dio cuenta Astrid.

«Ona, ¿has visto a Nilsa?» envió Lasgol a la buena pantera de las nieves.

Ona gimió dos veces.

—Ona no la ha visto. Es extraño, debería haber venido a ver cómo estamos…

—Quizá no siga aquí —aventuró Ingrid.

—O tal vez también ha muerto —soltó Viggo con su habitual cinismo sin reparar en las

consecuencias.

Todos lo miraron con ganas de trifulca, pero callaron. Sintieron una terrible sensación de que las palabras de Viggo podían ser ciertas.

Las curanderas se levantaron, recogieron sus pócimas y ungüentos y sonriendo se dispusieron a marchar. En ese momento, en la entrada de la caverna aparecieron Tor Nassor, líder de la tribu, y su hijo Aibin acompañados por Camu y Argi. Ellos podrían explicarles lo que había sucedido.

Capítulo 2

—Me alegra veros despiertos y algo mejor —saludó Tor Nassor con una sonrisa amistosa, aunque su mirada parecía seria y apagada—. Llegasteis en malas condiciones, sobre todo Ingrid y Ona.

—Nosotros nos alegramos de ver al líder de los Desher Tumaini y agradecemos las atenciones recibidas —saludó Ingrid desde el suelo.

—Sí, gracias por recogernos de la Perla, ponernos a salvo y cuidar de nosotros aquí adentro —se unió Viggo.

—Camu, ¡qué alegría verte! ¿Estás bien? —preguntó Lasgol de viva voz para que todos pudieran escuchar la conversación.

«Yo bien. No heridas» envió Camu junto con un sentimiento de bienestar. Sin embargo, también les llegó otro de preocupación.

—Y Argi también parece estar sano y salvo —dijo Astrid al verlo junto a Camu. Se agachó y lo llamó para que el cachorro de lobo gigante fuera hacia ella. Argi dudó un momento y miró a todos, como buscando a Gerd. Al no encontrarlo aulló con un gemido lastimero y luego fue corriendo hasta ella.

Tor Nassor intercambió unas palabras con las curanderas que al terminar la conversación abandonaron la caverna.

—Las curanderas me informan de que han tratado vuestras heridas. Ahora necesitáis reposo. Os cambiarán las vendas y aplicarán más ungüentos en un par de días —informó el líder de la tribu.

—Lo agradecemos —dijo Ingrid desde el suelo al tiempo que se miraba las piernas y el tratamiento que le habían aplicado.

Ona gimió una vez también sin moverse. Camu fue hasta ella y le lamió la cabeza con su lengua azul, como solía hacer para demostrar cariño. Lasgol se acercó hasta ambos y los acarició lleno de cariño.

—¿Tú eres Aibin? —preguntó Astrid.

—Oh, perdonad, no os he presentado a mi hijo —dijo Tor Nassor.

—Sí, soy Aibin —se presentó el joven inclinando la cabeza.

—Nilsa nos ha hablado de ti —dijo Ingrid.

—Espero que hayan sido palabras amables —Aibin bajó la mirada.

—Sí, nos ha hablado bien de ti —confirmó Astrid y estudió al hijo de Tor Nassor de arriba a abajo.

—Hablando de Nilsa, ¿dónde está? —preguntó Viggo sin rodeos.

—Sí, ¿por qué no está aquí? ¿Se ha marchado? —preguntó Ingrid, que ya se había incorporado de medio cuerpo sentándose con las piernas estiradas.

Tor Nassor y su hijo intercambiaron una mirada seria con honda preocupación.

—No, no se ha marchado. Está aquí —informó Tor Nassor con un tono y expresión en su rostro que no dejaba duda de que algo malo había sucedido.

—¿Qué le ha pasado? ¿Está bien? —se preocupó Ingrid.

—No le ha ocurrido nada malo, ¿verdad? —Lasgol lanzó la pregunta con una esperanza mínima. Algo en su interior le indicaba que su amiga había sufrido un percance grave.

—Nos atacó un Hor Inferior… uno malvado… ayudado por el Hor de Arena —se lamentó Tor Nassor negando con la cabeza y expresión de dolor en el rostro.

—¿El gusano gigantesco de los desiertos? Creí que me lo había cargado —expresó Viggo sin contenerse.

—Deja que cuente lo sucedido —dijo Ingrid y le agarró de la pierna para que no interrumpiera.

Viggo fue a decir algo más, pero decidió no hacerlo al ver que todos estaban atentos a lo que narraba el jefe de la tribu.

—Nilsa y los guerreros hicieron frente al Hor Inferior de Fuego para que no pudiera entrar en las cavernas de la zona norte —comenzó a relatar Tor Nassor—. Lucharon con gran valentía.

—¿Se enfrentaron al dragón menor? Son demasiado poderosos… —expresó Lasgol con ojos muy abiertos—. Tendrían que haberse retirado y buscar cobijo.

—Había que evitar que penetraran en las cavernas. Estábamos sellando todas las entradas cuando atacaron —explicó Aibin.

—Conseguimos derrotar al Hor Inferior, aunque mató a muchos guerreros y a algunos obreros —explicó Tor Nassor.

—Nilsa consiguió matarlo con el Rayo de Antior —contó Aibin—. Estuvo increíble, como una diosa guerrera del norte.

—¡Esa es mi Nilsa! —exclamó Ingrid levantando el puño.

Hubo un momento de silencio.

—¿Sucedió algo más? —Astrid intuyó que algo no iba bien y miró a ambos en busca de una respuesta.

—Nilsa consiguió matar al dragón, pero ha resultado herida… de mucha gravedad —dijo Aibin.

—¡Oh, no! —Ingrid se fue a poner en pie y Viggo se apresuró a abrazarla para mantenerla en el suelo y que no desgarrara los vendajes.

—¿Mucha gravedad? —preguntó Lasgol temiendo la respuesta.

—Las garras el dragón le abrieron el torso y parte del estómago —Aibin bajó la mirada.

—¡Por los Dioses del Hielo! —Lasgol se llevó las manos a la cabeza.

—¡Pobre Nilsa! —exclamó Astrid negando con la cabeza como sin poder asimilar lo que escuchaba.

—¡Dime que no ha muerto! —exigió Viggo lanzando una mirada letal a Aibin.

De nuevo hubo un silencio y todos se temieron lo peor.

—Debería estar muerta, con semejante herida —expresó Tor Nassor.

—Pero no lo está —se apresuró a decir Aibin.

—¿No? ¿Entonces está viva? —preguntó Ingrid con la esperanza brillando en sus ojos húmedos.

—Está viva… pero será mejor que lo veáis con vuestros propios ojos —dijo Aibin.

—¿Ver? ¿Por qué razón? —preguntó Astrid con gesto de desconfianza.

—Sí, ¿por qué? —se unió Lasgol.

—Lo entenderéis mejor. Es difícil de explicar a quienes no conocen nuestros secretos —rogó Aibin.

«Sí, mejor ver. Mucho raro».

Las palabras de Camu, que querían ayudar, crearon todavía más preocupación.

—Seguidnos, os llevaremos con ella —dijo Tor Nassor—. Pediré una camilla para Ingrid.

—De acuerdo —asintió Lasgol.

Tenía de nuevo una sensación de desasosiego total que hacía que el estómago le diera vueltas. Miró a Astrid y ésta le devolvió una mirada de enorme preocupación. Sus ojos fieros estaban apagados, hundidos. Lasgol pensó que ella vería lo mismo en los suyos. Le dio un abrazo rápido de ánimo y aguardaron a que llegaran los guerreros con la camilla.

Nadie habló hasta que Ingrid estuvo en posición.

«Ona, quédate aquí y descansa. Volvemos enseguida» envió Lasgol.

La buena pantera gimió dos veces. Quería ir con ellos.

«Luego te lo explico. Descansa», prometió.

Camu le lamió de nuevo la cabeza a su hermana para que se tranquilizase. Un momento más tarde cerró los ojos y se durmió.

Tor Nassor y Aibin les condujeron por varios túneles naturales dentro de la gran formación rocosa que ascendían a nuevas cavernas o descendían a otras. En las cavernas se encontraron con los miembros de la tribu. Lasgol iba tan preocupado que apenas prestaba atención, pero se percató de que había muchos guerreros de guardia con sus jabalinas. También vio que en una de las grandes cavernas por las que pasaron había cientos de miembros de la tribu trabajando en transportar grandes rocas gracias a cuerdas y poleas.

—Continuamos sellando y reforzando todas las entradas —explicó Tor Nassor.

—Tememos que un nuevo Hor maligno ataque —añadió Aibin.

—¿Pueden llegar hasta donde estamos ahora? —preguntó Astrid.

—Hemos conseguido taponar la entrada donde sufrimos el ataque, la más vulnerable, pero hay tres más que debemos asegurar. La tribu trabaja sin descanso en bloquear las cuatro entradas —explicó Tor Nassor.

—¿No han vuelto a atacar? —preguntó Ingrid desde la camilla según entraban en otro túnel.

—No, y tampoco hemos visto a otro Hor llegar desde el portal o los cielos, pero estamos intranquilos.

—Cuando se abrió el portal pensamos que era un nuevo Hor que venía a por nosotros, aunque por fortuna eráis vosotros —explicó Aibin.

—Hacéis bien en asegurar las entradas y estar preocupados. Me temo que llegarán más dragones. Por lo que sabemos Dergha-Sho-Blaska quiere todas las Perlas controladas y está enviando a sus criaturas a asegurarse —confirmó Lasgol.

Tor Nassor suspiró.

—Eso son malas nuevas. Si llega un Hor tendremos que escondernos y rogar al desierto para que no encuentre la forma de penetrar en nuestra amada montaña.

—Esos lagartos con alas y aliento achicharrante no pueden atravesar la roca. Aquí abajo no podrán causaros daño —expresó Viggo.

—Eso esperamos… — asintió Tor Nassor mientras avanzaba apoyado en su cayado.

—Nos veremos obligados a escondernos. No podremos bajar al río Eshe, pero conseguiremos sobrevivir. Somos los Desher Tumaini, somos aguerridos, duros y difíciles de matar. ¡Sobreviviremos!

—Lo conseguiréis y nosotros os ayudaremos —dijo Astrid con tono de ánimo.

—Lo agradecemos en el alma. Son tiempos difíciles y de gran incertidumbre —comentó Tor Nassor.

—Ya estamos —anunció Aibin.

Llegaron a una cueva no tan grande como las que habían dejado atrás pero que dejó a todos pasmados en cuanto entraron. Lasgol pestañeó con fuerza de forma involuntaria, como para asegurarse de que sus ojos veían bien y que lo que le estaban transmitiendo a su mente era

correcto.

Observó una extraña laguna en medio de la cueva. En su calmada agua roja flotaban decenas de personas rodeadas de miles de hojas de Eshe Baset. Los cuerpos de los flotantes estaban desnudos y cubiertos por las singulares orugas blancas de las plantas que ya habían visto en las plantaciones subterráneas de la tribu. Un destello azulado surgía del agua rojiza, entre las hojas, y subía a la parte superior de la caverna, iluminándola.

Entre los cuerpos que flotaban como dormidos, con el agua llegándoles hasta la cintura, había una docena de curanderas atendiéndoles. En medio del estanque, junto a una de ellas, reconocieron un cuerpo que flotaba cubierto de orugas.

Era Nilsa.

Capítulo 3

—¡Nilsa! —exclamó Ingrid con los ojos desorbitados. Hizo ademán de bajarse de la camilla en la que la portaban, pero Viggo la detuvo.

—No puedes andar, no te pongas de pie —dijo mientras miraba a Nilsa con ojos entrecerrados y expresión de que aquello no le gustaba nada.

—Nilsa… —Astrid ahogó una exclamación de sorpresa y miedo.

Lasgol no sabía qué pensar. Estaba aturdido. Su amiga estaba allí, flotando en medio del estanque subterráneo, y su inconfundible cabello pelirrojo se mezclaba con el rojo de las aguas. Tenía los ojos cerrados, como en un trance, y orugas blancas por todo su cuerpo. Era una imagen terrible y a la vez extrañamente calmante.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Astrid con ojos muy abiertos.

—Es un lugar de curación —explicó Tor Nassor—. Aquí tenemos a todos los que resultaron heridos en el ataque y pudimos salvar. Por desgracia, no pudimos traer a más de los que veis. El resto son ahora parte del desierto que nos da y quita la vida.

—Esto es de lo más extraño que he visto nunca, y he visto cosas muy raras —se pronunció Viggo.

Aibin asintió.

—Lo es para los extranjeros que desconocen nuestras artes. Creo que mi padre ya os explicó que la Eshe Baset es una planta que posee cualidades curativas. Disminuye la fiebre, combate infecciones, anula venenos y cura otros males.

«Y ser muy rica» envió Camu, al que le gustaba comérsela.

—Sí, lo recuerdo, pero no nos contó nada sobre este lugar. ¿Por qué están en el agua? ¿Por qué están recubiertos de orugas? —preguntó Lasgol muy sorprendido con lo que presenciaba. Él siempre estaba abierto a nuevos descubrimientos, a la magia, a nuevas situaciones, pero aquello era de lo más extraño.

—El agua de este estanque es especial. Sana gracias a las plantas y a las propiedades de la propia agua. Ese destello azul que emite cura a los heridos —explicó Aibin.

—Es un lugar de curación, sagrado. Lo mantenemos en secreto —explicó Tor Nassor—. Vosotros sois de confianza y por eso os lo mostramos.

«Yo Hor Mayor».

Tor Nassor hizo una reverencia a Camu y Aibin se unió.

—¿Qué hacen esas orugas? —preguntó Viggo con cara de asco.

—Las orugas se comen la infección. Purifican heridas abiertas o infectadas.

—Para gente de otras culturas puede resultar chocante, lo entendemos, pero para nosotros es un lugar donde tratamos a enfermos y luchamos contra la muerte —explicó el líder moviendo su cayado y señalando aquel lugar tan increíble.

—Trajimos a Nilsa primero, pues sus heridas eran las más graves. Las curanderas la atendieron y le salvaron la vida con la ayuda de este lugar sagrado de curación —explicó Aibin con tono de pesar.

—Bajadme al suelo, quiero ver si mi Nilsa está bien —pidió Ingrid a los guerreros que la portaban.

Los guerreros bajaron la camilla hasta dejar a Ingrid sobre el suelo junto a la orilla.

—Iré yo, no te muevas —dijo Viggo y entró en la laguna.

Viggo se metió en las tranquilas aguas y de inmediato varias curanderas se le acercaron haciendo gestos para que saliera, aunque sin hablar, como si no quisieran romper la paz que allí reinaba con sus voces

—Está con vida y bien. Es mejor no entrar en la laguna de curación, interfiere con su poder de sanación —explicó Aibin con tono calmado.

—Yo voy a asegurarme por mí mismo —afirmó Viggo sin mirar atrás.

«Viggo no fiar» envió Camu.

Las curanderas hicieron gestos de que guardara silencio y no tocara a los pacientes.

Astrid miró a Lasgol, que observaba a los heridos y no podía creer que Nilsa estuviera allí en el centro con los ojos cerrados y el cuerpo cubierto por las blancas orugas.

—Yo también quiero comprobar que vive. Parece ida… —expresó Astrid y se metió en el agua tras Viggo.

—Por favor, debéis salir de la laguna. Interferís con el poder de sanación y los cuidados de las curanderas —rogó Tor Nassor.

—En cuanto me asegure —dijo Viggo, que ya estaba junto a Nilsa.

«Yo confiar» expresó Camu.

Astrid llegó hasta él esquivando a las curanderas que seguían gesticulando para que se marcharan de allí.

—Tiene pulso —dijo Viggo.

Astrid quitó varias orugas blancas de la cara a Nilsa y le tocó la frente.

—Tiene fiebre. Está ardiendo.

Una curandera apareció de una caverna posterior. Iba vestida con una túnica azul y se apoyaba en un cayado. Les habló.

—Esta es Shamasa —presentó con gran respeto Aibin—. Dice que por eso su cuerpo está recubierto de orugas. Ellas se encargan de la fiebre —tradujo.

Astrid y Viggo, con el agua hasta la cintura, observaban a Nilsa flotar. Tenía un aspecto muy desmejorado y parecía estar sumida en un trance muy profundo.

La sanadora le dijo algo en su idioma y Aibin tradujo.

—Dice que examinéis con cuidado la herida. Así os convenceréis.

Astrid asintió. Con mucho cuidado fue apartando orugas del torso de Nilsa y lo que encontró la dejó paralizada.

—La herida… es tremenda… El dragón ha abierto su torso en dos…

—La han remendado de arriba abajo… —Viggo suspiró y sus ojos se humedecieron, algo muy raro en él.

—Hay infección en la herida —encontró Astrid.

Tor Nassor tradujo los comentarios a Shamasa.

—Dice que volváis a colocar las orugas sobre la herida. Se encargarán de devorar la infección.

Astrid asintió e hizo como le pedían.

Viggo negaba con la cabeza. Levantó los párpados de Nilsa y encontró sus ojos perdidos en un sueño profundo.

—Sus ojos no reaccionan a la luz. Está en otro mundo…

—No flota porque sí, ¿verdad? Bueno, todos ellos quiero decir —preguntó Lasgol.

Shamasa explicó y Aibin tradujo.

—No, flotan porque están en el Sueño de Reposo Sanador. Sus discípulas curanderas inducen

un sueño curativo a los heridos y es por ello por lo que flotan en un estado de sueño sereno y reparador. Su cuerpo se recupera con la magia de este lugar y los cuidados de las curanderas y su mente descansa y ayuda a que el proceso sea más llevadero y exitoso.

—Esto es muy diferente a la sanación y curación que nosotros conocemos —reconoció Lasgol.

—El nuestro es un pueblo lleno de misterios —confesó Tor Nassor—. Algunos, como este, de gran importancia y únicos.

—No creo que haya nada parecido en otros lugares de Tremia —dijo Aibin.

«Mucho raro, sí» opinó Camu.

—Sin embargo, es un raro bueno —dijo Tor Nassor.

La curandera Shamasa habló de nuevo.

—Este lugar es sagrado y ancestral. Los Desher Tumaini llevamos practicando la curación y mejorándola desde el inicio de los tiempos, desde que nuestro pueblo llegó a estas montañas buscando refugio del desierto.

—Somos un pueblo afortunado, pues magia curativa como esta, un lugar sagrado como este, es muy difícil de encontrar —afirmó Tor Nassor.

—Sí, eso es muy cierto —tuvo que reconocer Lasgol.

Astrid y Viggo dejaron a su amiga con reticencia y volvieron a la orilla con el resto. De inmediato varias curanderas fueron a atender a Nilsa.

—¿Hasta cuándo estarán así, en este estado? —preguntó Astrid, que miraba a Nilsa con expresión de gran preocupación.

—Hasta que las curanderas consideren que se han recuperado. Una vez sanan, son despertados.

Astrid se quedó pensativa.

—¿Y si no sanan?

—Entonces no despertarán y morirán.

—Oh…

—Es una tragedia cuando alguien muere. Sin embargo, este proceso de curación tiene una cosa positiva. No sufrirán. El sueño es placentero. Pasarán a la nueva vida sin sufrir y sin tan siquiera ser conscientes de lo que sucede —explicó Aibin.

—Al menos no sufren, eso es está bien —se consoló Ingrid, que no apartaba sus ojos del cuerpo de Nilsa.

—Cierto. Los enfermos y heridos sufren y los que finalmente mueren, todavía más —afirmó Astrid.

Todos contemplaron a Nilsa flotar en aquella extraña laguna. Daba la sensación de que dormía en medio de un baño floral, rodeada de incontables hojas de Eshe Baset. Parecía idílico y a la vez muy extraño. Lo más desconcertante de la escena, y hasta algo repelente, era que su cuerpo estaba cubierto de cientos de orugas blancas que en su torso y vientre se movían sin descanso.

—Esos gusanos son asquerosos, más vale que no se la estén comiendo viva —expresó Viggo bien alto.

—Las orugas comen el mal, la enfermedad, la infección y libran al paciente de ella, no hacen ningún mal y no comen carne sana —aseguró Tor Nassor.

—No sé yo, a mí me parece de lo más asqueroso y no me fío de que distingan entre carne putrefacta y carne viva —Viggo tenía los brazos cruzados y un gesto de asco en la cara.

—¿Seguro que estará bien ahí? —preguntó Astrid, que tampoco estaba del todo convencida

con lo que veían y las explicaciones que estaban recibiendo.

—Da la impresión de que se nos ha ido… de que no regresará… —se lamentó Ingrid dejando ver, por una vez, su lado vulnerable y débil.

—Os aseguro que se encuentra bien. Las curanderas la vigilan día y noche. No permitiré que le ocurra nada, tenéis mi palabra —prometió Aibin con tono firme.

—¿Cuándo despertará? —preguntó Viggo con tono de impaciencia, como si quisiera que despertara en los próximos momentos.

—Lo pregunto —dijo Tor Nassor, que le tradujo la pregunta a Shamasa.

La anciana respondió en su lengua.

—Dice que no hay forma de saberlo. Depende de cada persona y de la gravedad de cada herida. Unos sanan en días y otros tardan semanas y hasta estaciones. Los hay que requieren hasta años. Despertará cuando su cuerpo sane por completo y su mente ya no sufra debido al dolor que el cuerpo le transmite. El cuándo es una incógnita.

—Esa no es una respuesta muy precisa… —Viggo hizo una mueca de que no estaba nada satisfecho con lo que le habían dicho.

—Lo importante es que sane y despierte —dijo Astrid.

—Sí, además, Nilsa es fuerte y tenaz. No le llevará tanto tiempo despertar. Cuando menos lo esperemos abrirá los ojos —dijo Ingrid convencida.

—Debemos ser positivos. Nilsa se curará. Despertará y saldrá de la laguna por su propio pie —dijo Lasgol con tono lleno de esperanza.

—Eres un buenazo demasiado optimista —reprochó Viggo—. A mí no me parece que la cosa vaya también.

—Creo que lo mejor sería que la viera una sanadora de las nuestras —comentó Astrid.

—¿Una sanadora del templo de Tirsar? —preguntó Tor Nassor.

—¿Conocéis de su existencia? —preguntó Astrid extrañada.

—Somos un pueblo que se oculta en el desierto, pero enviamos a los nuestros a recorrer Tremia para saber de otras culturas, reinos y magia —explicó Tor Nassor—. Mis predecesores enviaron a miembros de sus familias a recorrer el mundo y aprender para estar bien formados el día que su pueblo los necesite.

—Sí, su poder de sanación es incomparable. Una de ellas es amiga nuestra —asintió Lasgol.

—Estamos muy lejos de Norghana… —dijo Aibin—. Si podéis convencerla para que venga hasta aquí… toda ayuda será bien recibida, y más en este caso.

—Si se lo pedimos vendrá a atender a Nilsa —explicó Lasgol—. Y estoy seguro de que también ayudará al resto de heridos. Hace gala de una gran bondad y dedicación.

—Sí, hay que traer a Edwina —afirmó Ingrid.

«Yo poder traer por Perla» se ofreció Camu.

—Es arriesgado… Dergha-Sho-Blaska no tardará en enviar a alguno de sus dragones aquí… —dijo Lasgol.

—Y cuando descubra que han matado al que envió es más que posible que mande a más de uno —razonó Astrid.

—Cierto, eso es más que posible —asintió Ingrid.

«Yo poder camuflar Edwina. Dragones menores no detectar».

—Eso no lo puedes asegurar, Camu. Puede que te detecten. Verán abrirse el portal y sentirán su poder. Estarán esperando a que alguien lo cruce y al acecho por si somos nosotros —explicó Lasgol.

—Sí, es muy peligroso. Una cosa es huir de ellos por el portal y otra, mucho más arriesgada,

colarse aquí dentro apareciendo delante de sus narices —dijo Astrid, cruzó las manos sobre el torso y negó con la cabeza—. No me gusta, podrían detectarlo.

—Podríamos venir por el desierto, desde el norte, y escabullirnos camuflados —propuso Lasgol.

—Tendríamos que bajar desde Norghana, evitando a los zangrianos y a los tiesos del reino de Erenal, para luego atravesar el mar central, con sus piratas, y finalmente bajar por el maldito desierto —protestó Viggo con gesto de disgusto en la cara—. Eso llevaría una eternidad y a Nilsa no le sobra el tiempo que se diga.

—Es cierto que el trayecto es largo y arduo —cedió Lasgol—. Pero usar el portal a ciegas me parece demasiado arriesgado.

—No tiene por qué ser a ciegas —intervino Aibin.

Todos se giraron hacia él.

—Nosotros estamos aquí y sabremos si hay peligro. Vigilaremos la Perla y si vienen uno o más dragones lo sabremos.

—Ya, ¿y en qué ayuda eso? Ya damos por hecho que habrá dragones aquí —dijo Viggo mirando a Aibin con la cabeza inclinada.

—Primero, podemos avisaros. Tenemos palomas mensajeras adiestradas para que recorran grandes distancias cruzando los desiertos y regresen aquí, a nuestras montañas. Podéis llevaros algunas con vosotros cuando regreséis a Norghana. Sabrán encontrar el camino de vuelta, estoy convencido. Segundo, podemos crear una distracción una vez nos llegue la paloma avisando y despejar la Perla —explicó Aibin.

—Ese es un buen plan —asintió Ingrid—. Me gusta.

—Sí, podría funcionar —estuvo de acuerdo Astrid.

—¿Qué tipo de distracción? —preguntó Viggo.

—Tendrá que ser una distracción bien grande —auguró Aibin—. Algo se nos ocurrirá.

—Los moradores de los desiertos no solo son aguerridos, también ingeniosos. El desierto no perdona errores y los pueblos que lo moran agudizan sus mentes para sobrevivir. Lo que a veces no se puede lograr con fuerza o poder se consigue con la mente y la astucia —dijo Tor Nassor como recitando un dicho antiguo y moviendo su cayado.

—Eso no lo dudo —convino Astrid y asintió al líder.

—Decidido queda entonces, traeremos a Edwina —asintió Lasgol.

—No quiero dejar a Nilsa aquí… así… —se lamentó Ingrid.

—Estará a salvo y muy bien cuidada —aseguró Aibin—. Tenéis mi palabra.

—Será mejor que la cumplas. Esa pelirroja torpe y vivaracha tiene que seguir metiéndose conmigo por muchos años —dijo Viggo señalando con su dedo índice. Intentó que la voz le sonara amenazante, pero se le quebró.

—Seguirá metiéndose contigo por muchos años —aseguró Aibin.

—A mí también me cuesta dejarla aquí… así… tan indefensa… —Astrid miraba a Nilsa con ojos húmedos.

—Tenemos que volver con Egil de inmediato e informarle de todo lo que ha sucedido —justificó Lasgol.

—El sabiondo tiene que enterarse de todo lo que ha pasado y rápido, para que pueda empezar a planear lo que sea que se le ocurra para acabar con el maldito dragón inmortal y sus lagartijos voladores escupe fuegos y tormentas. Las cosas están muy, pero que muy feas. No podemos perder tiempo —dijo Viggo arrugando la nariz.

—Opino igual que Viggo. Egil tiene que saber todo lo que ha sucedido y todo lo que Drokose

nos ha contado. Es importante y urgente. También tenemos que llevar las armas y las Estrellas Glaciales a Enduald. No podemos quedarnos aquí, hay demasiadas cosas en juego.

—Sí, es verdad… —Astrid bajó la mirada y se quedó pensativa.

—Confío en Tor Nassor y Aibin, ellos cuidarán de Nilsa. Volveremos con Edwina en menos de una semana.

«Yo confiar» se le unió Camu.

—Gracias —dijo Tor Nassor—. Es un honor. Sobre todo, que un Hor Mayor nos de su confianza.

—Ya, porque el bicho es más respetable que cuatro de nosotros —Viggo levantó los brazos al aire gesticulando con expresión de total incredulidad.

—Os esperaremos y vigilaremos el portal y los alrededores por si aparece algún peligro —confirmó Aibin.

Todos accedieron.

—Ahora debemos abandonar este lugar sagrado de curación. Los enfermos y heridos necesitan descanso —dijo Tor Nassor traduciendo las palabras de Shamasa, que hacía gestos para que marcharan.

Abandonaron el lugar en silencio mientras las curanderas volvían a sus labores. El sosiego se hizo de nuevo en la caverna de curación, aunque ninguna de las Panteras se sentía nada tranquila.

Capítulo 4

Aibin los acompañó a los aposentos que habían preparado. Eran dos grandes cuevas que servían de dormitorio decoradas al estilo del desierto.

—Estás son vuestras habitaciones. Los Desher Tumaini no tenemos lujos ni ornamentaciones, pero creo que las encontraréis cómodas.

—Estaremos muy bien —aseguró Lasgol con una ligera inclinación de cabeza. Sabía que la tribu no contaba con las comodidades que se podían encontrar en una ciudad, pero ellos eran Guardabosques y estaban acostumbrados a dormir en terrenos y climas duros.

—Esta de la izquierda es para vosotros cuatro, Ona y Argi. Como veis la han traído con cuidado y la han dejado descansando, recuperándose.

Ona saludó con un gemido pero no se movió de donde estaba tumbada. Argi, junto a ella, dio un par de brincos de alegría al ver al grupo y aulló.

—El lobezno ha mordido a dos guerreros cuando intentábamos transportar a la pantera, la defendía. Para lo joven que es muerde ya con mucha fuerza —explicó Aibin.

—Lo siento, la protege de extraños y al estar solo con ella… —se disculpó Lasgol.

—No tiene importancia. Los guerreros mostrarán orgullosos sus nuevas cicatrices de mordida de lobo.

«Lobo gigante de las nieves» envió Camu.

Aibin asintió con expresión de que ahora entendía.

«¿Estás bien?» transmitió Lasgol a Ona, y no pudo evitar que la preocupación apareciera en su rostro.

Ona gruñó una vez.

Lasgol supo que se estaba haciendo la valiente, pues ella era así, una valiente. En realidad no estaba tan bien y eso le preocupaba.

—Gracias por cuidar de ella —le dijo a Aibin.

—Es lo menos que podemos hacer por nuestros amigos —respondió él con una pequeña inclinación de cabeza—. La caverna de la derecha es para Camu —continuó explicando—. Si necesitáis cualquier cosa que este pueblo del desierto pueda proveer no tenéis más que decírmelo —Aibin abrió los brazos y les mostró las palmas de la mano en un gesto de que lo que desearan se les daría.

—Estaremos muy bien aquí —dijo Ingrid, que ayudada por los dos guerreros bajó de la camilla, cojeó hasta la cueva que les habían asignado y se tumbó en una cómoda cama rústica.

—En ese caso me despido y os dejo para que podáis descansar y hacer planes con tranquilidad —Aibin saludó con una leve inclinación de la cabeza y marchó. Los dos guerreros saludaron también con respeto y partieron tras Aibin.

Astrid y Lasgol se dirigían a la caverna junto a Ingrid cuando escucharon los improperios de Viggo.

—¡No puedo creer que al bicho le hayan dado una cueva mejor que la nuestra! ¡Y para él solo! —protestó ultrajado mientras comprobaba con unos ojos enormes cómo la caverna de Camu era no solo más grande sino más lujosa que la que habían dispuesto para ellos.

«Yo ser un Hor. Tú no» justificó Camu muy orgulloso y se metió en su cueva siguiendo a Viggo.

Ona himpló, pues quería ir con su hermano, pero las heridas le obligaban a permanecer tumbada.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¡Nosotros somos los humanos! —Viggo levantaba los brazos al cielo.

—Camu es un Dios para ellos. Es mucho más que un humano —explicó Lasgol y se acercó a ver cuál era el motivo del ultraje. No pudo contener media sonrisa al ver lo afrentado que estaba Viggo.

—Además, Camu es más grande y ocupa más, casi como cuatro de nosotros. Necesita más espacio —razonó Astrid, que se había acercado y también sonreía viendo a Viggo refunfuñar.

—Tiene el tamaño de un caballo percherón y huele peor que uno.

«Yo no oler. Caballo bonito. Noble».

—Ya, pocas cuadras has visitado tú. Apestan —apuntó Viggo.

—No seas así, Viggo —dijo Astrid—. Deja que Camu disfrute de su pequeño momento de gloria.

El muchacho cruzó los brazos sobre el pecho y levantó la barbilla con indignación.

—No os molestéis, no lo va a aceptar —resopló Ingrid y negó con la cabeza sin moverse de su cama.

—A veces es como un niño… —asintió Astrid.

—No va a terminar de crecer nunca —auguró Ingrid—. Siempre será un niño grande, uno cascarrabias.

Viggo se paseó por la cueva de Camu ignorando los comentarios y tocando los enormes cojines mullidos y alfombras gruesas que la decoraban.

—¡Lo que me faltaba! ¡Hasta tiene una especie de barreño enorme para bañarse! ¡Con un enorme espejo contra la pared de marcos dorados!

«Yo mucho sucio de viajes» explicó Camu y se acercó a ver su baño.

—Sí que es grande, sí —tuvo que reconocer Lasgol.

—Un baño digno de un Dios —asintió Astrid sonriendo.

—¡Yo no le veo la gracia!

—Ven aquí y deja de armar alboroto, eres peor que un bebé —dijo Ingrid desde la otra cueva.

Viggo refunfuñó entre dientes y soltó varios improperios por lo bajo, pero fue junto a Ingrid. En cuanto la vio tumbada y con un gesto de dolor en la cara, se le pasó todo el ultraje. Se sentó junto a ella y le acarició la mejilla.

—¿Duele mucho? —preguntó con voz tierna.

—Duele mucho menos cuando te comportas —dijo ella y sus ojos azules lo miraron con seriedad.

—Ya estoy aquí contigo, a tu lado, y me comportaré —prometió él y le besó la mejilla.

—Esto no me duele —dijo señalando sus piernas vendadas—. Lo que realmente me duele es no poder hacer nada por la pobre Nilsa.

—En eso compartimos todos el mismo dolor —aseguró Astrid y se sentó frente a Ingrid.

Lasgol se sentó junto a Astrid y le cogió de la mano.

—Se salvará y volverá con nosotros. Estoy convencido —asintió Lasgol con fuerza.

Lo decía tanto para reforzar la confianza de sus amigos como la suya propia. No quería ni podía pensar que no fuera a ser así. Nilsa iba a salir adelante, se iba a recuperar y en nada volvería a estar con ellos como siempre.

—¡Claro que lo hará! Tiene que seguir haciéndome la vida imposible —dijo Viggo con un gesto de que no podía ser de otra forma.

Unos guerreros entraron en la cueva portando comida de los desiertos y agua fresca apta para ser consumida por extranjeros como ellos.

«Yo baño y comer» envió Camu desde la otra cueva.

—Ona, suerte que estás con nosotros. Aquí tenemos carne que te va a gustar —dijo Astrid, aunque no sabía muy bien qué tipo de carne era. Cabra, probablemente.

La buena pantera himpló agradecida. Su hermano tenía plantas y raíces del desierto muy poco apetecibles para una pantera de las nieves.

Argi también se lanzó a devorar la carne como si fuera un lobo adulto, aunque seguía siendo un cachorro.

—Nosotros también tenemos un pequeño baño —dijo Lasgol—. Hay jabón y hierbas aromáticas. Nos vendrá muy bien.

—Sí, estamos muy sucios —comentó Astrid.

—¡Yo solo me baño en el…! —comenzó a protestar Viggo, pero se calló al recibir el codazo de Ingrid.

Mientras degustaban la comida y saciaban su sed, comentaron la problemática que estaba en mente de todos aunque no lo hubieran expresado hasta entonces.

—Tenemos que partir lo antes posible… —comentó Lasgol iniciando la conversación.

—Podéis dejarme atrás con Ona. Yo no estoy en condiciones de afrontar peligro alguno y ella tampoco. Seríamos una carga para vosotros —afirmó Ingrid sin rodeos. Proponía la solución más difícil de aceptar, pero la que más sentido tenía.

—De eso nada. Tú vienes con nosotros o no vamos a ningún lado —Viggo negaba con la cabeza con ojos de que nada le iba a hacer cambiar de opinión.

—A mí tampoco me gusta la idea de dejaros atrás, y más con lo que ha ocurrido últimamente… —expresó Astrid con gesto de disgusto, aunque se entreveía que también sabía cuál era la mejor opción.

—Ya… con Gerd y Nilsa… —Lasgol se quedó pensativo. Aquella noche tenían que tomar una decisión importante y difícil. Por nada del mundo quería separarse de Ingrid y Ona, pero quizá debieran hacerlo.

—No estamos en condiciones de acompañaros —insistió Ingrid—. Nada me carcome las entrañas más que sentirme inservible, eso lo sabéis. Esto es un golpe bajo. Tengo que encajarlo y seguir adelante, y vosotros también. No podemos perder tiempo. Hay que avisar a Egil y prepararnos para lo que viene. Hay que traer a Edwina para que cure a Nilsa. Nada de eso se logrará si tenéis que arrastrarnos a Ona y a mí con vosotros. No pienso poneros en peligro. ¿Y si nos cruzamos con dragones? ¿Qué haremos entonces? No podéis luchar con ellos o escapar lastrados por dos lisiados.

—No estás lisiada —dijo Viggo con la frente fruncida y se puso en pie. No quería ni oír hablar de dejar a Ingrid atrás.

—Ahora mismo lo estoy y Ona también. No podéis cargar con nosotras, no en una situación de peligro. No se lleva a heridos a misiones arriesgadas, eso lo sabemos todos.

—Yo no pienso dejarte aquí, de eso nada. Y no hay más que hablar —Viggo cruzó los brazos sobre el pecho y se giró dando la espalda al grupo.

—Tú harás lo que sea mejor para la misión y para el reino —dijo Ingrid con voz y mirada de autoridad.

—Podemos ir Lasgol y yo con Camu —sugirió Astrid—. Viggo puede quedarse aquí y velar por vosotros.

—Eso me encaja más —dijo él volviéndose de medio lado.

—Por mí no hay inconveniente —aprobó Lasgol con mirada pensativa.

Le encajaba aquel plan. Era una forma de correr menos riesgos y apaciguar a Viggo.

—Pero por mí sí que hay un gran inconveniente —protestó Ingrid con un gesto negativo con las manos—. No necesitamos a Viggo aquí, eso lo sabéis. Lo necesitáis vosotros. Aquí estamos protegidas y no hay riesgo inmediato. Tor Nassor, Aibin y los guerreros cuidarán de nosotras. Estas montañas son un refugio formidable. Los dragones no conseguirán entrar ahora que han sellado las entradas. Al menos, no sin mucho tiempo y esfuerzo.

—Si crees que te voy a dejar aquí herida después de lo que ha pasado con Gerd y Nilsa estás muy, pero que muy equivocada. Yo me quedo y no se hable más —Viggo negaba con la cabeza con los brazos cruzados y les dio la espalda de nuevo.

—Tú harás lo que tu capitana te diga e irás con ellos para ayudarles a llegar a Norghana vivos —Ingrid lanzó una mirada tan seria como fría.

Viggo se volvió de medio lado, como si sintiera los ojos de su amada clavarse en su nuca.

—Mi rubita belicosa… no me hagas ir… no quiero dejarte aquí en este estado —rogó Viggo en tono de súplica.

—Te honra querer quedarte a mi lado y protegerme. Te amo por ello y por muchas cosas más. Yo también preferiría que te quedaras conmigo, pero los sentimientos no pueden nublar nuestra razón. Somos Guardabosques, las Panteras Reales, y debemos ir con el rey. Ahora. Nos necesita. ¡El reino nos necesita! El deber está por encima de los sentimientos.

—En mi caso no lo está —Viggo se resistía a dar su brazo a torcer. Levantó la barbilla como si estuviera por encima del deber, del bien y del mal.

—El deber es lo primero. Todos lo sabemos y aceptamos. Es lo que nos hace Guardabosques —afirmó Ingrid con rotundidad.

Miró a Astrid, que suspiró y asintió. Luego cambió a Lasgol, que exhaló largamente y también asintió. Por último, miró a Viggo y esperó su respuesta. Los ojos de Ingrid mostraban firmeza y, sin embargo, en el fondo había ternura y amor.

Viggo luchaba contra sí mismo en su mente. Negaba con la cabeza y arrugaba la frente y la nariz.

Finalmente se pronunció.

—Iré porque tú me lo pides y porque te quiero, pero no por el deber, el bien, el honor y esas tonterías.

Ingrid relajó la expresión y sonrió. Sus ojos mostraron el amor que sentía por Viggo.

—Sabía que entrarías en razón. Gracias, mi amado y tozudo asesino.

Viggo se acercó hasta ella y agachándose a su lado la besó con intensidad.

—Más vale que no te pase nada mientras yo no esté aquí —dijo en cuanto sus labios se separaron.

—Te prometo que me encontrarás sana y salva. Con un poco de suerte ya estaré caminando.

—Espero que estés bailando. Ah, y guárdame un baile. Soy el mejor bailarín de todo Tremia.

«Tú no ser» llegó el mensaje de Camu, que se había acercado a la entrada a la caverna.

—Calla, bicho. Claro que lo soy.

«Yo no bicho y tú exagerar. Siempre mucho exagerado. Divertido».

Lasgol y Astrid soltaron una carcajada.

—Razón no te falta —dijo Ingrid a Camu.

Ona himpló una vez y Argi aulló.

—Entonces queda decidido —dijo Astrid—. Viggo, Lasgol, Camu y yo regresaremos a Norghania.

—Iremos usando el portal —añadió Lasgol—. Es la forma más rápida.

—También la más peligrosa —replicó Ingrid torciendo el gesto.

—Lo es, pero debemos apresurarnos —justificó Lasgol abriendo las manos.

—Aquí podemos usar la Perla sin peligro, al menos de momento. Pero ¿a qué otra Perla no dirigimos? —preguntó Astrid al grupo.

—La más cercana a la capital es la del Refugio —razonó Lasgol.

—Esa está tomada por los dragones, o lo estaba cuando huimos de allí. ¿Quieres arriesgarte? —preguntó Viggo enarcando una ceja.

—No hay muchas más opciones —Lasgol se rascó la sien intentando encontrar una salida, pero no lo veía nada claro—. Las del este y el oeste nos dejan muy lejos, ¿no creéis? La del Continente Renacido también y la del Continente Helado queda descartada por lejanía y por estar el dragón inmortal allí.

—Se te olvida la de los bosques insondables de los Usiks… —dijo Viggo con expresión de burla.

—Umm… Esa está bastante cerca… —comenzó a razonar Lasgol arrugando la nariz.

—Demasiado peligroso —expresó Astrid.

—Yo lo decía en broma. Ni locos vamos a ir al bosque ese con los salvajes de pieles verdes y caras pintarrajeadas —Viggo hacia gestos de que ni en sueños iba a ir allí.

—Entonces solo nos queda arriesgarnos e ir al Refugio —concluyó Lasgol.

«Yo poder cruzar primero camuflado y ver».

—Sí, ¿y si de alguna forma te descubren? —Astrid no estaba muy convencida y sacudía la cabeza.

«Dragones no ver. Mi poder mayor».

—De momento no te detectan, pero eso puede cambiar —dijo Astrid—. No te confíes.

«No confiar. Yo saber».

—Astrid tiene razón. Puede que encuentren la forma de detectarte. No tienen por qué verte, con que perciban tu poder será suficiente para saber dónde estás.

«Yo más poderoso que dragón menor. No detectarme».

—Sí, pero de haber varios se complica la cosa —dijo Viggo.

—Si valoramos la opción de ir dando un largo rodeo… La Perla del oeste nos deja debajo de Rogdon. Podemos cruzar el reino de los lanceros de azul y plata en diagonal y salir a las estepas Masig, cruzarlas y subir hasta el río Utla. Y allí embarcar y llegar a Norghana —elaboró Lasgol aunque sabía que era un largo recorrido.

—Solo de oírte todo lo que tenemos que viajar ya me he cansado —Viggo sacó la lengua e hizo una mueca de que no podía con su alma.

—No seas merluzo —regañó Ingrid—. Esa es la ruta más segura. Hay que valorar si cogerla o no.

—Estamos hablando de semanas de viaje —calculó Astrid, que las contaba con los dedos y ya iba por la segunda mano.

—Es demasiado tiempo —reconoció Lasgol bajando la cabeza—. No lo veo viable.

—Desde la tierra de los Usik tendríamos que cruzar primero los bosques y luego seguir hacia el norte. Es la mitad de tiempo, calculo —dijo Astrid.

—Y el doble de arriesgado —añadió Ingrid.

—Yo prefiero arriesgar con los dragones —expresó Viggo—. Al menos a esos se les ve. A los Usiks entre esos bosques llenos de árboles enormes y el boscaje cerrado es imposible discernirlos.

Lasgol apretó la mandíbula e intentó decidir cuál era la mejor opción.

—Tenemos la opción Usik o la opción Refugio —resumió Ingrid.

«Ser tres y yo. Poder camuflar. Dragones no ver».

Lasgol asintió.

—Camu puede ocultarnos con su habilidad Camuflaje Extendido. Quizá debamos intentarlo.

—Por mí de acuerdo —dijo Viggo.

—Es más arriesgado, pero más rápido. Me parece bien —asintió Astrid.

—Yo también opino como Astrid —acordó Ingrid.

—Entonces decidido queda. Iremos a la Perla del Refugio —concluyó Lasgol.

—Será… interesante —Astrid hizo un gesto de que sería complicado.

—Como no podía ser de otra forma con nosotros —sonrió Viggo.

—Terminemos de cenar y descansemos. Lo vamos a necesitar. Partiremos al amanecer —planeó Lasgol.

Capítulo 5

Con la primera luz del día fueron al estanque de curación a despedirse de Nilsa. Entraron en silencio siguiendo las indicaciones de las curanderas. Debían ser respetuosos con el lugar y los heridos que allí yacían. Astrid, Camu, Viggo y Lasgol observaron a su amiga flotar en medio del estanque entre los otros heridos. Aunque la sensación que el lugar transmitía era de calma y serenidad, también proyectaba una extraña impresión, como si las almas de los que allí flotaban los hubieran abandonado dejando atrás sus cuerpos.

—Recupérate. Pronto estaremos de vuelta —le dijo Astrid a Nilsa con ojos tristes agachándose junto la orilla.

«Nosotros volver pronto con ayuda» envió Camu. Su mensaje mental, al igual que las palabras de sus amigos, no obtuvo respuesta alguna. La mente de Nilsa no parecía responder tal y como se encontraba.

—Tú tranquila, torpecita. Descansa mucho y sueña aventuras, te vendrá bien. En nada estarás de nuevo tropezándote y tirándolo todo a diestro y siniestro, como siempre —dijo Viggo sin conseguir lograr el tono chistoso que buscaba.

La preocupación y tristeza que sentía por la pelirroja le impedían interpretar sus características bromas. Aunque intentaba disimular para que no se le notara estaba muy preocupado. Lasgol se daba cuenta y le resultaba extraño pues siempre parecía que era inmune a las desgracias que le rodeaban. Sin embargo, en aquella ocasión, los infortunios que les habían sucedido a Nilsa y a Gerd le habían afectado profundamente. Sus pullas ahora no eran ni tan agudas, ni tan graciosas, sino algo tristes y hasta sosas. El hecho de que tuviera que dejar a Ingrid allí, añadía aún más carga a su desasosiego.

—Vamos a informar de todo a Egil y regresaremos de inmediato con Edwina. En un abrir y cerrar de ojos estaremos de vuelta —explicó Lasgol a Nilsa—. No te preocupes por nada. Las Panteras de las Nieves están aquí para ayudarte, como siempre.

—Eso, bien dicho —apoyó Viggo.

Mientras la observaba, Lasgol pensó en lo devastador que sería si Nilsa tuviera la capacidad de preguntar sobre Gerd estando tan malherida como estaba. Resopló por lo bajo. Por un breve instante se alegró de que no estuviera consciente y no pudiera preguntar por el grandullón. Darle la mala noticia sería muy perjudicial para ella en aquel estado. Se frotó las manos en los muslos y al momento pensó en Egil y en cómo se tomaría la noticia de lo que le había sucedido a Gerd. Egil adoraba al grandullón, quizá más que nadie del grupo, aunque todos lo querían muchísimo.

—Estás en buenas manos. Aibin no dejará que nada te suceda y te cuidará —dijo Astrid—. A propósito, es más guapo de lo que me contaste, pilluela —dijo la morena con una sonrisa pícara —. Ya veo por qué tenías tantas ganas de volver a verle. No te culpo. Te lo guardaste muy bien, picarona.

Lasgol no sabía de qué hablaba Astrid y la miró con sorpresa.

—Con que esas tenemos… Ya sabía yo que olía a romance tu interés por el morenito de ojos rubí. Ingrid me dijo que era mi mente retorcida que siempre veía cosas donde no las había. Como siempre, yo tenía razón y vosotras tres no podéis esconder un secreto de mí —soltó Viggo con una sonrisa de autocomplacencia.

—Alégrate por ella y no te vengas arriba —dijo Astrid haciéndole un gesto con las manos.

Viggo abrió la boca para decir una de las suyas, pero se contuvo.

—Me alegro por ti. Espero que tengas un romance estupendo en cuanto despiertes y te recuperes —deseó con tono amable.

Astrid le hizo un gesto de aprobación y Viggo hizo un pequeña reverencia.

Las curanderas se acercaron a ellos y les hicieron gestos para que se marcharan y dejaran descansar a los heridos.

Tras despedirse de Nilsa lo hicieron de Ingrid, Ona y Argi, que se recuperaban en la cueva.

—Cuidaos y reponeos. Regresaremos en nada —dijo Lasgol y acarició a la buena de la pantera de las nieves y a Argi, que ahora no se separaba de Ona, como si fuera su hermana mayor a la que tenía que seguir.

«Nosotros volver pronto. Ona curar» envió Camu a su hermana.

Ona gimió dos veces. No quería que Lasgol y Camu se marcharan.

—Estarás bien —le aseguró Astrid, que también acarició a la pantera.

Argi saltó a los brazos de Astrid a recibir arrumacos.

Lasgol se sentía fatal por dejar allí a Ona y Argi, pero viendo que el lobo quería estar con ella, no quiso separarles. Tampoco sabía muy bien qué hacer con Argi. Debía creer que Gerd volvería y se encargaría de él, pero mientras tanto debía asumir el deber de cuidar de la criatura. El lobezno, aunque gigante, era demasiado joven para ir de aventuras, podía pasarle algo, así que mejor que se quedara allí a salvo.

«Argi, tú quédate aquí con Ona y cuídala bien, que está herida» envió usando su habilidad Comunicación Animal.

El lobezno lo miró muy atento, con las orejas de punta y la boca medio abierta. Lasgol no sabía si sería capaz de entender el mensaje. La habilidad no funcionaba igual con todos los animales y nunca la había utilizado en un lobo. Además, era solo un cachorro y su mente no estaba del todo formada. Argi emitió una especie de aullido y le lamió una pata herida a Ona.

Lasgol sospechó que algo habría entendido. Era avispado. Sonrió y le acarició la cabeza. Argi disfrutó de las caricias.

—Estaré de vuelta en un abrir y cerrar de ojos —le dijo Viggo a Ingrid y le acarició el cabello con ternura.

—Más te vale o te vas a enterar —dijo ella en broma y sonrió—. No hagas ninguna de las tuyas en mi ausencia.

Viggo puso cara de que él nunca hacía nada malo y luego le dio un beso a su amada.

—¿Tenemos las armas doradas? —preguntó Lasgol para asegurarse. Eran demasiado valiosas como para que en un descuido las perdieran.

—Las tenemos —asintió Astrid y señaló una manta sobre la que tenían las armas y los guantes de Enduald.

—Yo me quedo con la espada Matadragones y también con el Rayo de Antior —dijo Ingrid.

—La espada… la podrás empuñar pronto —dijo Astrid con optimismo—. ¿Pero el Rayo…?

—Nilsa volverá a empuñarlo pronto, estoy convencida. Además, es suya por derecho propio. Ha matado ya a un dragón con ese arma. Es una gesta impresionante —Ingrid tenía las dos armas envueltas en una manta a su lado y no parecía dispuesta a entregarlas.

—La torpecilla volverá a empuñar el Rayo en nada —se unió Viggo—. Seguro que mató al dragón de rebote o algo así, la jabalina golpearía una pared, saldría desviada y el dragón se la comió. Conociéndola tiene que haber sido algo así…

—No digas sandeces —regañó Ingrid—. Es una tiradora magistral y lo sabes.

Se hizo un silencio. Ingrid no quería entregar las armas. Lasgol sabía que era porque entregar

la suya era como reconocer que era una guerrera lisiada, y entregar la de Nilsa era admitir que no saldría de aquello.

—Está bien, quédate con ellas. Viggo, tú te encargas del cuchillo de Sansen y de la Doble Muerte de Gim.

—Eso está hecho —respondió él y se puso el cuchillo a la cintura y el hacha de dos cabezas a la espalda.

—Astrid, tú te encargarás del Guantelete de Liriana y yo del arco de Aodh.

—De acuerdo —confirmó Astrid.

—¿Tienes las Estrellas Glaciales? —preguntó Viggo a Lasgol.

—Sí, las llevo aquí —Lasgol se abrió la capa de guardabosques y les mostró el cinturón reglamentario. Sobre el torso se apreciaban dos bultos con forma de estrella que era donde Lasgol las llevaba.

—Deberíamos probar si se pueden usar directamente con el guante de Enduald —dijo Astrid —. Por si tenemos algún encuentro no deseado…

—Aquí tenéis el guante de Nilsa —Viggo lo cogió de la manta donde estaban las armas y se lo lanzó a Lasgol.

Lasgol lo cogió en el aire.

—Lo intentaré.

—Igual tenemos suerte —deseó Ingrid.

—Sí, seguro. Nosotros somos los más suertudos de Tremia —soltó Viggo con sorna.

Lasgol cogió una de las estrellas. Brillaba con un azul cristalino casi translúcido. La intentó colocar sobre el dorso del guante donde Enduald había creado una sujeción para un Objeto de Poder. Por desgracia, la forma y el tamaño de la estrella eran diferentes al de la sujeción y no encajaba. La intentó acoplar en diferentes posiciones, pero sin forzar, ya que no quería dañar el guante.

—No veo manera de sujetarla —Lasgol puso cara de decepción. Les habría venido muy bien poder usarlas en caso de peligro.

—¿Y si lo atamos? —preguntó Astrid.

—¿Con cintas de cuero? Un poco rudimentario, ¿no? —Viggo negaba con la cabeza, muy poco convencido.

—Por probar no se pierde nada —animó Ingrid.

Lasgol asintió.

—Probémoslo.

Ataron el objeto al dorso del guante con dos cintas cruzadas, colocando la estrella en la posición que debería ir, aunque sin encajar. Quedó un tanto pobre, pero funcional.

—Mejor si lo pruebo yo, que tu magia puede interferir —dijo Astrid a Lasgol guiñándole un ojo.

—Tienes razón, adelante —sonrió Lasgol.

Astrid se puso el guante en la mano derecha y luego, con la izquierda, cogió el cuchillo de Sansen que Viggo le pasó.

—Es mío, no te hagas ilusiones —dijo con una sonrisa torcida.

—Tranquilo, ya sé que es tu pequeño tesoro. Yo tengo el mío —dijo Astrid señalando el Guantelete de Liriana que tenía junto a sus cosas. Por la forma del guantelete, iba a requerir de Enduald sí o sí. No había forma de usarlo con uno de los guantes.

Astrid sujetó el cuchillo con el guante e intentó activarlo como Enduald les había enseñado.

Dio la orden:

—Activar joya cristalina —comandó.

Pero no tuvo efecto. Lo intentó por un rato, pero nada funcionaba. El guante no interactuaba con la Estrella Glacial y por lo tanto no podía pasar su energía al arma.

—Nada. Esto no funciona —tuvo que darse por vencida Astrid con expresión de lástima.

—Ya sabía yo… con nuestra suerte… —levantó las manos al aire Viggo.

—Viendo que no funciona, se me ocurre que debería intentarlo Lasgol. Tú sí puedes interactuar con Objetos de Poder —dijo Ingrid.

—No siempre, más bien pocas veces —Lasgol abrió las manos en un gesto de que no solía ser el caso.

—Bueno, inténtalo a ver si puedes hacer que funcione en la mano de Astrid —animó Ingrid.

—De acuerdo, lo intentaré —Lasgol no estaba nada convencido, pero por probar no se perdía nada.

Se concentró y buscó su energía interior. La encontró en el lago en medio de su torso. Ahora lo sentía inmenso y eso le animó. Tenía mucha energía, mucho poder, solo tenía que aprender a utilizarlo con todo su potencial, y ahí residía el problema, en que le faltaban muchos y variados conocimientos. En cualquier caso, lamentarse no servía de nada, eso lo había aprendido hacía muchos años.

Invocó su habilidad Comunicación Arcana y en su mente fijó la Estrella Glacial. Debía intentar interactuar con ella y que pasara su energía al guante, que haría de conductor para que ésta llegara al arma. En teoría podía funcionar, en la práctica… era un misterio. La Estrella Glacial emitía un destello brillante pero no conseguía ver el aura de poder del objeto, y sin poder discernirlo, no podía interactuar con él. Por más que se concentraba y más energía que enviaba a su habilidad, no conseguía captar su aura mágica. Tuvo la sensación, casi una certeza, de que no era un problema de su magia o de la de la propia estrella, sino que no estaba preparado, no tenía los conocimientos suficientes para interactuar con un objeto tan singular y poderoso. Para eso hacía falta no solo ser un mago poderoso, sino uno instruido, y él no era todavía ni una cosa ni la otra. Sintió una gran frustración que le carcomió por dentro, como si le mordieran el interior del estómago. En aquel momento deseó llegar a ser un gran mago, poderoso y erudito. Suspiró. Quizá un día lo lograra, lo que tenía claro era que no conseguiría nada en ese momento.

—Lo siento, no consigo interactuar con su poder —explicó con tono de derrota mezclado con desilusión.

—Tranquilo, lo has intentado. Es lo que cuenta —Astrid le puso la mano en la espalda con ternura.

—Pues si el rarito no puede igual puede el bicho —dijo Viggo señalando a Camu, que estaba fuera de la caverna, pero con la cabeza dentro.

«Yo intentar. Y yo Hor. Ser un Dios. Tú respeto».

Viggo puso cara de que de respeto nada de nada.

Astrid se acercó hasta Camu y le mostró el guante con la estrella atada a su dorso.

—Inténtalo, igual tú tienes más suerte —animó Astrid.

Camu observó el objeto y luego cerró sus ojos saltones. Por un largo momento estuvo en silencio, concentrado, intentando interactuar mientras todos observaban esperanzados. Si Camu conseguía que funcionase podrían usar la estrella con una de las armas doradas.

«No poder. No captar aura de poder» envió tras un rato con una sensación de fracaso.

—Le sucede lo mismo que a mí. No vamos a poder usarlo así —dijo Lasgol resignado.

—Pues vale. En ese caso será mejor regresar rápido a Norghania. Seguro que el cascarrabias de Endualdo lo logra usando sus encantamientos —expresó Viggo.

—Seguro que sí —se unió Astrid confiada.

—Marchemos. Tenemos mucho que hacer y aprender —Lasgol se volvió hacia la salida de la caverna, guiñó un ojo a Camu, que le devolvió el guiño y amplió su eterna sonrisa.

Capítulo 6

Dos guerreros condujeron al grupo hasta Tor Nassor y Aibin que esperaban cerca del lugar desde donde abandonarían la salvaguarda de las cavernas y saldrían a la parte exterior de las montañas.

—Que la suerte os acompañe y volváis pronto a estas montañas del desierto sin sufrir heridas ni muertes que apenen vuestros corazones —deseó Tor Nassor.

—Gracias, sabio líder. Que los Desher Tumaini no se vean obligados a derramar sangre en sus montañas —deseó Lasgol con una leve inclinación de la cabeza.

—Así sea, pero si los Hor malignos aparecen defenderemos nuestro hogar y a quienes en él se refugian.

—Volveremos rápido. Si hay problemas, nos encargaremos de ello —aseguró Viggo dispuesto a luchar contra lo que fuera por proteger a su amada, a quien dejaba allí refugiada.

—Aquí tenéis —Tor Nassor les dio una jaula de mimbre con varias palomas mensajeras que debían llevar con ellos—. Os servirán bien.

Lasgol cogió la jaula con las aves.

—Seguidme, os mostraré la salida —dijo Aibin.

Se pusieron en marcha guiados por Aibin y tres guerreros de la tribu hasta el punto por el que saldrían, al final de un largo túnel. Salieron a través de un pasaje entre dos grandes rocas rojas por el que solo cabía una persona de costado. Una vez fuera lo primero que hicieron fue comprobar que todo estuviera tranquilo. Los guerreros se posicionaron en tres lugares altos y les hicieron señas.

—No hay peligro —confirmó Aibin—. Ahora abriremos la puerta secreta para que salga Camu.

—Gracias, Aibin —respondió Lasgol.

El tamaño de Camu le impedía pasar por lugares estrechos. Esto era un problema que iba acentuándose según la criatura iba creciendo. Lasgol se temía que, de continuar así, sobre todo si Camu volvía a hibernar, podría llegar a crecer tanto que le resultara difícil llevarlo con ellos. Por desgracia, no había nada que pudieran hacer y eso le preocupaba y le creaba una sensación de inquietud en el estómago. Intentó animarse. Siempre cabía la posibilidad de que Camu desarrollara una nueva habilidad que le permitiera reducir su tamaño. Al pensarlo le pareció descabellado. Luego se dio cuenta de que podía hacerse invisible y ya no se lo pareció tanto. En cualquier caso, de momento tenían que arreglárselas como pudieran. Cuando volviera a crecer ya verían como apañárselas, aunque estaba seguro de que iba a ser un gran problema, en más de un sentido.

Aguardaron un momento y comenzaron a escuchar el roce de piedra sobre piedra. Al fondo de dos laderas una gran roca se desplazó a un lado dejando al descubierto la entrada a una caverna. De ella salió Camu, que subió por una de las laderas hasta donde estaban ellos.

«Ya estar aquí».

—Tienes que adelgazar, bicho. No podemos andar moviendo montañas para que tú pases con tu culito gordito —dijo Viggo.

«Yo sentar encima con culito. Tú ver entonces».

Astrid y Lasgol no pudieron evitar sonreír al imaginar la escena.

—Como te me sientes encima te dejo yo todo finito con mi cuchillo —amenazó Viggo señalando con el dedo.

—Esa salida secreta… ¿es segura? —preguntó Lasgol a Aibin.

—Lo más segura que podemos llegar a hacer. En el interior de la cueva a la que se accede solo hay una conexión con nuestros túneles, así que podemos sellarla en caso de peligro.

—Entiendo. Esperemos que no haga falta.

—Sí, esperemos —dijo Aibin.

Subieron por una ladera y descubrieron la Perla al norte. Se acercaron caminado sobre la roca roja bajo el sol inclemente del desierto, que desde primera hora ya lanzaba sus rayos abrasadores sobre todo lo que estuviera en la superficie.

—Vamos hasta la Perla, ¡rápido! —indicó Lasgol y todos se apresuraron.

Al llegar, Lasgol se dirigió a Camu.

—Abre el portal, por favor.

«Yo abrir».

Camu se concentró y comenzó a enviar las pulsaciones de poder plateado contra la Perla con la cadencia requerida para abrir el portal. Como todo en el mundo de la magia, cuanto más se practicaba más fácil resultaba, por lo que Camu era ahora capaz de abrir portales mucho más rápido que al principio.

—Estas Perlas no me han gustado nunca y ahora que sé que son portales de dragones, mucho menos —negó con la cabeza Viggo.

—Nos permiten viajar rápido por Tremia —replicó Astrid.

—Así y todo, no me gustan nada.

—Los Hor tienen magia muy poderosa —dijo Aibin—. Por desgracia, muchos Hor son malignos, no como Camu.

—Eso puedes jurarlo —asintió Viggo.

«Abierto pronto» envió Camu.

Todos miraron sobre la Perla y vieron cómo el portal comenzaba a formarse. Los grandes círculos fueron transformándose en una gran esfera de plata líquida. Cuando terminó de completarse, el portal argénteo destelló con un intenso brillo plateado.

—Ya está listo para ser usado —dijo Lasgol reconociendo el destello.

Se dirigió a Camu.

—Tienes que ir y ver cómo está el Refugio. Ten mucho cuidado, lo más probable es que haya dragones vigilando la Perla. No te confíes.

«No confiar. Yo saber».

—Ten mucho cuidado, de verdad —pidió Astrid y le acarició el torso.

—Si ves problemas, cruza de vuelta enseguida. No dejes que te pongan las zarpas encima —aconsejó Viggo.

«Yo camuflaje. Mucho rápido».

—Aun así, ten cuidado. No queremos más disgustos —dijo Lasgol y le frotó el costado con cariño.

Camu se subió a la Perla y comenzó a manipular las runas del portal hasta encontrar la que llevaba al Refugio. Cuando la tuvo miró hacia abajo, donde todos lo observaban expectantes.

«Encontrar runa. Preparado» envió y activó su habilidad Camuflaje antes de desaparecer sobre la Perla.

—Muy bien, te esperamos. ¡Suerte! —deseó Lasgol, que cada vez que veía a Camu entrar en uno de aquellos portales sin saber qué había en el otro extremo, sentía una ansiedad tremenda

subirle del estómago a la garganta.

De un salto que nadie pudo ver, Camu entró en el portal. Se produjo un nuevo destello plateado y Camu desapareció en su interior, como sumergiéndose en el mar de plata que constituía su interior.

Por un largo momento aguardaron en silencio. Tensos. Nerviosos.

Lasgol hubiera dado cualquier cosa por poder cruzar con Camu, al igual que sus compañeros, pero de hacerlo quedarían inconscientes y desprotegidos frente a los dragones. No era una buena idea en absoluto. Que Camu pudiera usar su camuflaje era una ventaja enorme. Lasgol se daba cuenta de que su amigo tenía ciertas habilidades que eran verdaderamente poderosas, superiores incluso a las que tenían los dragones, al menos las que habían visto en esas criaturas hasta entonces. Camu podía hacerse invisible. Y no solo eso, podía hacer invisibles a varias personas con él, algo que los dragones no eran capaces de lograr. Otra de las habilidades, y la más poderosa a entender de Lasgol, era la de negar la magia. Cuando Camu creaba su esfera o cúpula antimagia, era algo increíble. Ninguna triquiñuela mágica, ni humana, ni Drakoniana podía afectar a quien se protegiera bajo ella. Esa era una habilidad que Lasgol, cuanto más lo pensaba, más poderosa encontraba. Los dragones tenían protecciones muy fuertes con sus escamas más duras que el acero y su defensa natural. Pero comparados con la magia de Camu, eran inferiores y Lasgol se daba cuenta. Por ello Camu era un Drakoniano Superior y los dragones eran inferiores a él. No era por su fortaleza, garras y fauces asesinas, era por su poder. Su magia y sus habilidades eran superiores a las de los dragones, o eso empezaba a parecer. Todo podía cambiar, pero por lo que habían descubierto hasta el momento, los dragones, bestiales y poderosos, tenían una magia más elemental y rudimentaria.

Se produjo un destello plateado y Lasgol regresó de sus elucubraciones. Frente a él apareció Camu haciéndose visible.

—¿Cómo está la cosa? —preguntó Viggo de inmediato.

«Complicado. Tres dragones vigilar Perla».

—Vaya… eso no son buenas nuevas… —se lamentó Astrid.

—¿Te han visto? —Viggo enarcó una ceja.

«No ver, pero buscar. Portal abrir. Ellos venir».

—Tres… y alerta…. Lo veo demasiado arriesgado —Lasgol sacudió la cabeza. Aquello no le gustaba nada.

—En cuanto crucemos quedaremos inconscientes y los dragones nos buscarán en los alrededores de la Perla —razonó Astrid.

—Camu nos hará invisibles y no nos encontrarán, ¿no? —dijo Viggo—. Aunque quedarme indefenso y sin sentido a los pies de tres dragones que vienen a matarme no me hace ni la más mínima gracia.

—Los dragones son inteligentes. Pueden intuir que estamos haciendo precisamente eso —dijo Lasgol—. ¿Se abre un portal y no lo cruza nadie? Es muy sospechoso —argumentó—. Se acercarán a investigar, no cabe duda.

—Y no podremos movernos. Saldremos frente a la Perla y, aunque seamos invisibles, estaremos inconscientes. Camu no podrá hacer nada más que quedarse con nosotros hasta que despertemos —razonó Astrid.

—Eso no me gusta nada de nada —dijo Viggo cruzando los brazos al aire—. Si estamos fuera de combate no podremos defendernos. Y si algo sucede y nos descubren, por lo que sea, podemos considerarnos muertos… ¡Imaginaos que nos descubren accidentalmente pisándonos! —hizo el gesto con el pie y luego imitó una llamarada saliendo de su boca—. No quiero terminar

mis ilustres días en Tremia como pincho de dragón a la barbacoa.

—Si me lo permitís, creo que puedo sugerir algo que podría funcionar —dijo Aibin—. A veces alguien ajeno al problema puede aportar soluciones que los que están demasiado cerca no alcanzan a idear.

—Adelante, por supuesto —animó Lasgol interesado.

—¡Claro que sí! Estamos abiertos a cualquier solución —dijo Astrid y le hizo un gesto para que explicara su idea.

—Camu puede cruzar sin perder la consciencia, pero vosotros no. Se me ocurre que, si Camu cruza y os saca de allí con rapidez, aunque estéis inconscientes, solventaría el problema. Los dragones se acercarían a investigar, pero ya no estaríais allí. No podrían "tropezarse con vosotros".

—Ya, ¿y cómo va el bicho a sacarnos de allí si estamos los tres en el suelo inconscientes? —replicó Viggo con tono ácido.

Aibin entrecerró los ojos.

—Evitando de antemano que quedéis inconscientes en el suelo tras cruzar.

—Ya, eso sería estupendo, pero no podemos —dijo Viggo gesticulando con los brazos desechando la idea.

—No tenemos ninguna poción o magia que nos permita mantenernos conscientes —explicó Astrid.

Lasgol torció la cabeza y lo pensó. Le dio la impresión de que sabía por dónde iba la idea de Aibin.

—Nosotros no tenemos que permanecer conscientes, solo tenemos que evitar estar en el suelo tras cruzar...

Aibin sonrió levemente.

—Así es —asintió.

Viggo torció el morro.

—Pues yo no lo entiendo.

Astrid abrió mucho los ojos.

—¡Ya veo por dónde va esto! Puede funcionar, sí.

Lasgol y Aibin asintieron.

—¿Funcionar el qué? —Viggo levantó los brazos en el aire mostrando su frustración por no comprender lo que se proponía.

—Enseguida lo entenderás —le dijo Lasgol con una sonrisa traviesa.

«Yo saber. Buena idea».

Aibin y los guerreros desaparecieron a la carrera.

—¿Pero a dónde van esos? —preguntó Viggo contrariado.

—Tranquilo, todo va a salir muy bien —aseguró Lasgol.

Astrid se acercó hasta Lasgol.

—Va a ser estupendo, te va a encantar —sonrió Astrid a Viggo.

Este enarcó ambas cejas.

—Ya, seguro que sí —su tono de desconfianza era manifiesto.

—Vamos, subamos todos a la Perla —dijo Lasgol.

—De acuerdo —dijo Astrid.

Un momento más tarde Aibin y los guerreros reaparecieron portando mantas y cuerdas. Se acercaron a Camu y, con mucho respeto, le pusieron las mantas sobre la espalda.

Viggo se percató de lo que iba a pasar.

—¡Ni loco! —exclamó.

—Ya verás qué bien… —dijo Astrid y le dio una palmada en el hombro.

Aibin y sus tres guerreros se ofrecieron a ayudarles a subir a la Perla.

—¡Arriba, todos! —dijo Lasgol subiendo por encima de los Desher Tumaini, que habían formado una escalera humana situándose unos sobre otros. Luego usaron una cuerda para alzar al último. Camu subió adhiriéndose a la superficie de la Perla como si nada.

Una vez arriba se agachó y Astrid y Lasgol se subieron a su espalda.

—Vamos, Viggo, no te hagas de rogar —dijo Astrid.

—¡Estáis majaras! —protestó mientras se subía sobre Camu.

Una vez los tres estuvieron en su espalda, este se incorporó.

—¡Esta es la peor idea de todas las que habéis tenido! —gritó Viggo en desacuerdo.

—No te muevas y mantén la compostura —dijo Astrid.

—¿Puedes con nuestro peso? —preguntó Lasgol a Camu.

«Yo poder. No problema. Yo fuerte».

—¡El bicho está exagerando, como hace siempre! ¡No va a poder con nosotros y nos van a matar a los cuatro! —clamó Viggo echando la cabeza atrás con un gesto de desesperación.

—¿Cómo vais? —preguntó Lasgol a Aibin.

—Ya está casi —le dijo.

Aibin y los tres guerreros estaban atando a Astrid, Lasgol y Viggo al cuerpo de Camu con cuerdas. Los tres amigos permanecían quietos, montados a la espalda de Camu, y Aibin y sus guerreros los estaban atando para que, al cruzar y quedar inconscientes, no se cayeran al vacío y permaneciesen con la criatura. La cosa no era sencilla pues estaban sobre la Perla, así que tenían que trabajar con cuidado.

—Atadnos bien, es lo más importante —pidió Astrid comprobando las dos cuerdas que pasaban por sus muslos y caderas y rodeaban el cuerpo de Camu. Estaba tan adelante como podía, casi sobre el cuello de Camu, y al inclinarse podía tocar su cabeza.

—¡Esto es ridículo! —exclamó Viggo sentado en la parte posterior de Camu, donde terminaba su espalda y comenzaba la larga cola —¡Me está clavando la cresta que baja por su espalda en todo el trasero!

«No quejar. Aibin poner mantas sobre cresta».

—¡Se me clava igual!

—No seas tan quejica, solo molesta un poco —dijo Astrid—. Con la protección de las mantas ni se nota si no te mueves.

—Eso lo dirás tú que tienes más material ahí atrás. Yo apenas tengo nada de carne y se me clava hasta el hueso.

Astrid negó con la cabeza.

—Mientras terminan tú descansa, no aguantes nuestro peso en balde —sugirió Lasgol a Camu al que acarició en el lomo cubierto de escamas.

«Yo descansar» envió Camu y se sentó sobre su trasero haciendo que Viggo casi cayera de espaldas. Las dos cuerdas que lo ataban al cuerpo de Camu lo impidieron.

—¡Bicho! ¡Que me tiras! ¡Auch, mi trasero!

«Yo no bicho. Tú mucho ruido para nada».

—¿Mucho ruido? ¡Esto es de locos! ¡Es como montarse sobre un lagarto gigante con cresta de pinchos!

«Yo no lagarto. Yo Drakoniano. Yo Hor Superior».

—Parece que las sujeciones aguantan bien —dijo Lasgol a Aibin.

—Lo comprobaremos una vez más —respondió y con ayuda de sus guerreros se aseguraron de que los tres jinetes estaban bien amarrados a su montura.

Luego ataron la jaula con las palomas mensajeras a la cintura de Lasgol.

—Aguantan. ¡Todo en orden! Estad atentos para que la jaula no se suelte.

—Así lo haremos. Es momento de partir, el portal se cierra —dijo Astrid que, mirando sobre su cabeza, observaba cómo la gran esfera se estaba volviendo translúcida.

—Camu, ¿seguro que podrás con nuestro peso? Vamos a quedar inconscientes sobre tu espalda.

Camu se levantó sobre sus cuatro patas y las flexionó un par de veces, midiendo la carga que llevaba sobre la espalda. Astrid, Lasgol y Viggo, como tres jinetes forzosos sobre la espalda crestada de una criatura mitológica, se agarraron a las cuerdas.

«Yo poder. Tranquilos».

—Entonces, adelante —dijo Lasgol.

—Suerte, amigos —se despidió Aibin.

Camu entró en el portal según se cerraba.

—¡De locos! ¡Auch! —gritó Viggo según desaparecía.

Capítulo 7

Unas fuertes sacudidas despertaron a Lasgol. Su tronco superior se balanceaba de un lado a otro de forma violenta, sentía un agudo dolor de cabeza que le impedía pensar y el estómago se le salía por la boca.

«¡Despertar! ¡Peligro!» llegó el mensaje de Camu acompañado de sentimientos de urgencia y angustia.

Lasgol intentó centrar algo la cabeza, descubrir dónde estaba y qué estaba sucediendo. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba a lomos de Camu, atado a su cuerpo. Frente a él estaba Astrid tumbada hacia delante, hacia la cabeza de la criatura, aún inconsciente. Se volvió de medio lado y pudo ver a Viggo tendido hacia atrás, hacia la cola, colgando como un harapo. El giro le hizo marearse y estuvo a punto de vomitar. Cerró la mandíbula con fuerza e intentó sobreponerse. Se percató de que, si veía a sus compañeros, si se veía a sí mismo, ya no estaban camuflados.

Camu volvió a sacudir su cuerpo con fuerza y provocó que los tres se movieran como muñecos de trapo sobre su espalda. Lasgol se llevó las manos a la cabeza.

—Camu… no hagas eso… mi cabeza… me va a estallar —pidió con voz porque no podía usar sus habilidades de lo mal que tenía la mente. Unas arcadas fuertes le indicaron que si seguía aquello iba a terminar por vaciar el estómago.

«¡Peligro! ¡Dragón!» advirtió insistiendo a su vez con los sentimientos de gran peligro y urgencia.

Lasgol se dio cuenta de que algo muy malo sucedía. Miró alrededor y se percató de que estaban bajo el Pico Helado, a la salida del valle que rodeaba el Refugio. Una sombra amenazadora pasó sobre ellos y Lasgol levantó la cabeza. Lo que vio le hizo dar un brinco.

—¡Es el dragón menor marrón! —gritó.

«¡Peligro! ¡No camuflaje! ¡Dragón ver!».

La cabeza y el cuerpo le dolían horrores y sentía que iba a devolver en cualquier instante, pero reaccionó ante el inminente peligro. Sacó su cuchillo de Guardabosques y cortó las dos cuerdas que le sujetaban a Camu. Saltó de la espalda de su amigo y sin perder un instante cortó las cuerdas que sujetaban a Astrid. La dejó deslizarse hasta el suelo y corrió a liberar a Viggo. Al hacerlo, el Asesino cayó rodando de espaldas sobre su cabeza para quedar bocabajo sobre la hierba recubierta de nieve.

—¿Qué… diantres…? —balbuceó después de que la caída y la voltereta le despertaran.

Lasgol cortó la cuerda que sujetaba la jaula de palomas a su cintura y la dejó en el suelo. Las aves parecían estar bien. Se giró y sacudió a Astrid con fuerza y, al ver que no despertaba, le quitó el macuto que llevaba a la espalda, sacó el pellejo de agua y se la echó en la cara.

«¡Dragón atacar!» avisó Camu.

—¿Qué…? —Astrid comenzaba a despertar.

Lasgol miró hacia el dragón que descendía de los cielos sobre ellos. Era sin duda un dragón menor. Medía seis varas de longitud desde la cabeza hasta el final de su cola y su envergadura planeando era de otras seis. Por el color, dedujo que sería un elemental de tierra. El dragón abrió la boca y sus ojos amarillos reptilianos brillaron. De ella surgió un caudal de rocas y piedras afiladas lanzadas a gran velocidad y potencia que se dirigió hacia ellos. El chorro elemental

continuó sostenido lanzando miles de proyectiles y creando un surco en la tierra hasta que alcanzó el suelo frente al grupo. El destructivo aliento avanzaba guiado por el dragón arrasando cuanto encontraba a su paso. Varios árboles quedaron completamente destrozados por el potentísimo caudal de piedra.

—¿Te queda energía? ¿Puedes cubrirnos con tu cúpula antimagia? —preguntó Lasgol a Camu.

«Muy poco energía… Gastar todo en camuflaje. Tardar mucho en despertar».

—Entendido. ¡Hay que evitar el aliento elemental! —exclamó Lasgol.

Astrid estaba teniendo problemas para recuperarse y no conseguía ponerse en pie.

Camu levantó la cabeza hacia el dragón.

Viggo vio el chorro llegar hasta él.

—¡Maldición! —exclamó, y se lanzó a un lado con todas sus escasas fuerzas.

El chorro de proyectiles pétreos le pasó rozando.

Astrid fue a saltar y Lasgol la ayudó dándole un fuerte empujón.

El chorro letal pasó entre ellos dos sin darles hasta llegar a Camu, que intentó apartarse, pero fue demasiado lento de movimientos y no pudo evitar un roce en el costado.

El dragón volvió a elevarse tras la pasada.

Lasgol se volvió hacia Camu y lo encontró tendido de lado.

—¡Camu! ¿Estás herido?

«Un poco. Dolor…».

Lasgol se percató de que no era solo un poco de dolor lo que su amigo sentía. El aliento elemental del dragón le había alcanzado y, aunque las escamas de Camu eran muy duras y le protegían de los ataques físicos, la fuerza del impacto lo había tenido que sentir y eso le habría creado heridas internas. No vio heridas o sangre en el exterior del cuerpo, pero sabía que el problema estaba dentro.

«Golpes fuertes…» envió Camu junto a un sentimiento de dolor.

—Aguanta, amigo —dijo Lasgol, que sacó el Arco de Aodh, puso una flecha en él y comenzó a realizar su tabla de precombate.

Las habilidades comenzaron a invocarse mientras de su cuerpo surgían destellos verdes cada vez que una de ellas se producía.

Astrid y Viggo se acercaron hasta él.

—¿Atacamos? —preguntó Viggo mientras sacaba su arco.

—Tenemos que defendernos —dijo Astrid sacando también el suyo.

—No tenemos apenas flechas elementales y Camu está herido. Huid vosotros. Yo le entretendré —dijo Lasgol.

—De eso nada. Si tú te quedas yo también. No pienso tener otro disgusto como los de Nilsa y Gerd —se negó Astrid con fiereza.

Lasgol la miró y vio en sus ojos encendidos que no cambiaría de opinión.

—Ni en broma me voy a ninguna parte. Nos cargamos al lagartijo volador y asunto arreglado —dijo Viggo. Puso una flecha en su arco y miró hacia el dragón, que se acercaba planeando frente a ellos.

—Camu ¿puedes levantarte? —preguntó Lasgol.

«Todavía no. Herido».

—¿Puedes curarte?

«Yo usar Curación Drakoniana. Quedar un poco energía. No mucho» dijo.

—De acuerdo, tenemos que ganar tiempo hasta que Camu se recupere —Lasgol estaba

pensando un plan mientras observaba el vuelo del dragón, que ya descendía hacia ellos.

—¿Y eso cómo lo hacemos, rarito? —preguntó Viggo.

—Tenemos que separarnos y ofrecer cuatro blancos diferentes al dragón —explicó Lasgol—. De esa forma tendrá que elegir y los otros estarán a salvo.

—Entendido. Separémonos trescientos pasos en cada dirección —propuso Astrid con urgencia.

—¿Por qué trescientos? —preguntó Viggo con la frente fruncida.

—Porque su magia no tiene ese alcance. Así solo podrá darle a uno de nosotros —explicó Lasgol.

—Ah, claro. Eso ya lo sabía —Viggo puso cara de que controlaba aquel tema sin problema.

—¡Corred todos, ya ataca! —advirtió Lasgol, que fue hacia el dragón en dirección sur, en diagonal a la posición de Camu.

Al ver lo que Lasgol hacía, Astrid murmuró una queja, pero siguió el plan y echó a correr hacia el este con todo lo que tenía.

Viggo se quedó con el oeste y fue en esa dirección, dejando a Camu tendido en dirección norte.

El dragón marrón descendió y al ver que Lasgol corría hacia él envió un mensaje mental.

«¿Qué crees que haces, humano idiota? ¿Te atreves a atacar a un ser superior? ¡Corres hacia tu muerte, estúpido!».

Lasgol corría y contaba pasos para alejarse trescientos de la posición donde yacía Camu. Al alcanzar la distancia idónea levantó el arco y apuntó al dragón, que había cambiado de dirección y ahora descendía sobre él.

«¿Qué crees que vas a hacer con ese arco, inmundo humano? ¡No puedes herirme!».

—¡Eso lo veremos! —gritó Lasgol mientras invocaba su habilidad Protección de Boscaje. Se produjo un destello verde y su cuerpo se recubrió con la protección, con dura corteza y ramas recubriéndolo por completo, dándole el aspecto de ser medio humano y medio árbol.

El dragón rugió con fuerza para atemorizar a su enemigo y desmoralizarlo.

Pero las estratagemas de la criatura no tuvieron efecto alguno sobre Lasgol. Mantuvo una calma fría y apuntó a la cabeza a la espera de que abriera la boca para lanzar su ataque elemental. Calculó la distancia que los separaba. Como el dragón descendía en diagonal era algo más difícil de calcular que en línea recta, pero aproximadamente estaba ya a unos doscientos cincuenta pasos. En un momento abriría su mortífera boca para mostrarle sus fauces enormes y lapidarlo con su aliento elemental de tierra.

No se equivocó.

El dragón abrió la boca para atacar. Lasgol podía verlo con claridad pese a la distancia que les separaba y la velocidad del vuelo gracias a que había invocado en su tabla precombate la habilidad Ojo de Halcón. Aun así, no quería arriesgarse a fallar así que invocó su habilidad Tiro Certero. Al mismo tiempo interactuó con la magia del Arco de Aodh enviándole una buena cantidad de su energía interna. Todo se produjo en un instante. Un destello verde surgió del brazo de Lasgol mientras uno dorado salía del arco. La flecha salió en busca del ojo izquierdo del dragón.

El aliento elemental surgió de la boca de aquel ser y descendió formando un potente torrente directo hacia Lasgol. La flecha y el caudal cruzaron trayectorias y casi se encuentran. Por suerte, la flecha libró el chorro, que la habría destruido.

Lasgol se lanzó a un lado para evitar que el potentísimo caudal de rocas y piedras le diera alcance. El dragón ya lo esperaba y, moviendo la cabeza, desvió el chorro hacia Lasgol dándole

en las piernas. Lo que no esperaba era la flecha, que le dio de pleno en el ojo izquierdo.

El dragón rugió en cambio de dolor y rabia. Lo que tampoco esperaba era que la flecha penetrara, perdiendo el ojo al clavarse de forma profunda. Dio un tumbo en el aire y pareció precipitarse al suelo mientras seguía rugiendo de dolor y sorpresa.

Lasgol rodó a un lado y sintió dolor en las piernas. Se las miró y vio que su protección le había salvado de perderlas, pero por muy poco. De las rodillas hacia abajo su defensa de boscaje había desaparecido y podía ver sus pantalones agujereados y su carne magullada y cortada. Sangraba por ambas piernas. Temiéndose heridas graves las examinó con cuidado.

Resopló. Tenía golpes y cortes, pero no eran graves.

—¡Muere, lagartijo sin entrañas! —gritó Viggo, que tiraba contra el dragón mientras intentaba reponerse en el aire.

—¡Tira a la boca y los ojos! —dijo Astrid, que también disparaba desde su posición.

El vuelo evasivo del gran reptil volador les hizo fallar, pero de inmediato ambos tenían dos nuevas flechas en sus arcos y apuntaban. El dragón se alejó hacia los cielos y puso distancia de por medio.

—¡El muy repelente huye! —exclamó Viggo.

—¡No creo que huya, más bien se pone a salvo para recuperarse y volver a atacar! —supuso Astrid.

—¡Ya no tenemos el factor sorpresa del arco! Ahora sabe que le puedo herir y tendrá más cuidado. ¡Pero al menos lo he dejado tuerto! —explicó Lasgol desde su posición mientras mostraba el arco de Aodh.

—¡Cómo me gustaría poder usar nuestras armas doradas! —deseó con rabia Viggo—. ¡Le iba a dar una lección a ese cretino que no olvidaría jamás!

—¡Ya, a mí también! —se lamentó Astrid.

—¡Enduald tiene que modificar el guante para que funcione con las Estrellas Glaciales! —explicó Lasgol.

Camu invocó su habilidad Curación Drakoniana. Se centró en recorrer su cuerpo buscando los puntos donde el ataque elemental había conseguido herirle. No tenía cortes ni heridas externas, pues sus escamas habían aguantado el ataque, pero sí internas. Se centró en las más importantes, las que mostraban mayor gravedad.

Lasgol sabía que tenía que atender a sus heridas, pero también sabía que no eran lo suficientemente graves como para impedirle seguir en pie luchando. Apretó la mandíbula para que el dolor pasara y se puso en pie. Volvió a invocar su habilidad Protección de Boscaje, pero esta vez se centró en reponer la parte que había perdido.

«¿Cómo has conseguido herirme, maldito humano?» envió el dragón según maniobraba mostrando un sentimiento de rabia y sorpresa.

—¡Ven aquí y averígualo! —retó Lasgol, que ya tenía otra flecha puesta en la cuerda de su arco dorado.

Si conseguía enfurecerlo y que se fijara solo en él, tendrían más posibilidades. Astrid y Viggo no tenían ninguna armadura que pudiera protegerles de los proyectiles rocosos y él sí. Miró de reojo a Camu y vio que todavía no se había incorporado, por lo que dedujo que no se había curado aún. Aquel dragón había descubierto a las malas que su arco podía herirle y ahora se estaba preguntando cómo era aquello posible.

Lasgol esperaba poder hacerle pagar caro su desconcierto. Que los dragones se creyeran muy superiores a los humanos le daba una pequeña ventaja que pensaba aprovechar. Aquel humano en concreto, con el arma que tenía entre las manos, sí que podía herir y matar… si la suerte le

acompañaba un poco. Recordó que según le había dicho Egil la suerte en realidad era la preparación que se encontraba con la oportunidad. Él estaba preparado y, si había una oportunidad, el dragón lo pagaría.

«¡Vais a morir todos por esto! ¡Arrancaré la carne de vuestros cuerpos y la devoraré!».

—¡Menos amenazas y más acción, que me aburro! —gritó Viggo con su tono desafiante de ocasiones peligrosas.

Lasgol miró de reojo. No quería que Viggo provocara al dragón y este se centrara en él. Viggo se percató de la mirada y le hizo un gesto de disculpa encogiéndose de hombros.

Por fortuna, el dragón no cambió de presa, estaba furioso con Lasgol por haberlo herido e iba a acabar con él. Ignoró las provocaciones de Viggo y descendió a gran velocidad, casi en picado, sobre el guardabosques.

Astrid y Viggo tiraron aprovechando que el dragón se centraba en Lasgol. Sus flechas alcanzaron a la criatura en cuello y cabeza pero no consiguieron penetrar su piel recubierta de duras escamas como el acero. Sin perder un momento, volvieron a poner una flecha en sus cuerdas, apuntaron ajustando la trayectoria descendente del gran reptil volador y tiraron de nuevo. Quizá no consiguieran herirle, pero con distraerlo sería suficiente para darle a Lasgol un instante de ventaja. Los proyectiles golpearon en la cabeza del dragón en el momento en que rugía y lanzaba su chorro elemental de tierra contra Lasgol.

En el suelo, a doscientos pasos, Lasgol soltó su saeta. Había invocado sus habilidades Tiro Certero y enviado una buena cantidad de su energía interna al arco de Aodh. A un destello verde siguió uno dorado más potente. La flecha salió dirigida al ojo derecho del dragón en el momento en que el chorro elemental de pierdas y rocas caía sobre el guardabosques como si un dios de tierra lo lapidara por haber cometido un ultraje inimaginable. Con un tremendo impulso y haciendo uso de sus habilidades Reflejos Felinos y Habilidad Mejorada, Lasgol rodó hacia la derecha tres veces seguidas para salir del campo de acción del caudal pétreo que buscaba matarlo.

Mientras rodaba por el suelo evitando ser alcanzado, pudo ver cómo la flecha se dirigía directa hacia el ojo derecho del dragón. Ya lo tenía, quedaría ciego y podrían escapar de allí. Un momento antes de que la flecha alcanzara su objetivo, el dragón levantó la cabeza y dirigió el chorro elemental de piedra contra la flecha.

La había visto. La saeta quedó destruida al instante por la potencia de las rocas que la golpeaban.

Lasgol se lamentó mientras terminaba de girar en el suelo.

—Casi… —murmuró entre dientes.

Su Tiro Certero no fallaba nunca, pero la flecha debía llegar hasta el blanco, cosa que no había sucedido. Nada era perfecto en el mundo de la magia, ni en el mundo físico. Eso lo sabía bien.

Se puso en pie.

«¡Maldito humano insignificante! Te crees muy listo, pero no lo eres más que yo. Tu pobre magia no va a poder con la mía. ¡Voy a disfrutar destrozándote a ti y a tus compañeros!» envió el dragón lleno de rabia.

—¡Aquí abajo te espero! —dijo Lasgol retándolo una vez se puso en pie mientras el dragón se alejaba en el cielo y comenzaba a virar para volver a atacar.

Capítulo 8

Camu seguía enviando energía a los puntos donde se estaba produciendo la hemorragia. Ya había conseguido detener la pérdida de sangre en dos de los más feos y estaba con el tercero, el más grande. Estaba preocupado, aquellas heridas eran del tipo que podían matarle. No sabía cómo tenía aquel conocimiento, pero lo tenía. Quizá fuera su instinto Drakoniano. Fuera como fuese eran heridas que, de complicarse, podrían acabar con él. No se obcecó, las curaría usando su magia.

Envió más energía y se dio cuenta de que ya no le quedaba. Estaba a punto de quedarse sin reservas y, si eso sucedía, quedaría inconsciente. No podía permitirlo, quedaría indefenso a merced del enemigo y sería una carga terrible para sus amigos. Detuvo el envío de energía a la herida. No iba a poder curarse del todo, y la herida que le quedaba era fea, pero tendría que arreglárselas hasta librarse del dragón y poder descansar, solo así podría continuar con la sanación.

Se puso en pie y la herida se hizo notar.

«Yo ya mejor» envió a sus compañeros.

Lasgol miró a Camu de reojo y al verlo en pie sintió un gran alivio. Volvió su atención hacia el dragón, que ya descendía sobre él, y se preparó para hacer frente a la bocanada de tierra que se le venía encima. Tendría que tirar justo cuando lanzara hacia él para evitar que destruyera su flecha. Necesitaba realizar un tiro en parábola para que el vuelo de la saeta pasara por encima del chorro de rocas que se avecinaba. Lo uniría a su habilidad Tiro Certero para corregir la trayectoria y alcanzar el ojo derecho del dragón. Era un buen plan, ahora solo tenía que funcionar.

El dragón estaba ya a unos trescientos cincuenta pasos. Lasgol pensó en tirar, ya que tenía mayor alcance que el dragón. Eso era al menos lo que habían concluido de los enfrentamientos anteriores. Pero, de hacerlo, podría ver la flecha y destruirla con su aliento o sus garras. Le pareció mejor esperar a que la criatura atacara y soltar entonces. Pensó también en utilizar Tiro Poderoso en lugar de Certero e intentar darle en plena boca o cuello y que la flecha se clavara profunda. Sin embargo, con aquel plan corría el riesgo de fallar si el dragón realizaba un cambio de dirección brusco o un movimiento inesperado. Además, iba a necesitar de varias flechas para derribarlo, de eso no tenía duda. Los dragones, incluso los menores, eran adversarios formidables. No solo eran grandes y estaban recubiertos de escamas a modo de coraza, sino que eran muy fuertes. Sus cuerpos tenían músculos poderosos y proyectaban poderío físico. Ya decía el refrán que para matar a un oso hacía falta vaciar en la fiera medio carcaj, por lo que, para matar a uno de aquellos dragones, probablemente, necesitaría vaciarle el carcaj entero.

El dragón ya estaba a doscientos cincuenta pasos y Lasgol se preparó para soltar. De pronto, el monstruo giró de forma brusca en el aire y, en lugar de atacarle a él, se dirigió hacia Astrid.

—¡Cuidado, Astrid! —gritó Lasgol siguiendo la trayectoria con el arco.

—¡Visto! —respondió ella alzando el suyo y apuntando hacia el dragón.

Lasgol fue a tirar, pero estaba ya a cuatrocientos pasos y en mal ángulo. En cualquier caso lo intentó. No tenía nada que perder de fallar.

Invocó Tiro Certero y envió una buena cantidad de energía al arco. Se produjeron los dos destellos, el verde seguido del dorado, y la flecha salió rauda hacia el dragón. Lasgol observó el

tiro mientras de forma casi inconsciente y automática sacaba una nueva del carcaj y la ponía en la cuerda de su arco. La flecha llegó hasta el dragón pero perdiendo velocidad al haberse agrandado la distancia entre ellos. La bestia la vio y con un movimiento de su ala la golpeó haciendo que saliera despedida hacia un lado y cayera hacia el suelo.

—No ha funcionado… —Lasgol se lamentó entre dientes.

«¡Vuestros cuerpos desgarrados decorarán esta llanura! ¡Quien a un dragón se enfrenta, muerte es lo que encuentra!».

—¡Encima se cree poeta el bicharraco reptiliano! —gritó Viggo.

—¡No te tememos! —gritó Astrid y soltó cuando el dragón estaba a unos doscientos cincuenta pasos de ella.

—¡Cuidado con el aliento elemental! —advirtió Lasgol.

El monstruo descendió sobre Astrid rugiendo como si una tormenta saliera de su garganta. Ella se preparó para saltar a un lado y el dragón abrió la boca, pero el aliento no se produjo. Astrid se quedó perpleja. Si no usaba su ataque elemental atacaría con sus garras para descuartizarla cayendo sobre ella. De nuevo se preparó para lanzarse a un lado en cuanto viera las garras descender sobre su cuerpo. Sin embargo, esto tampoco ocurrió. Con ojos muy abiertos, Astrid vio cómo el dragón planeaba sobre su cabeza en lugar de descender, a unos cien pasos de altura.

—¿Qué… hace? —masculló confundida.

Camu le advirtió.

«¡Ser ataque mental!».

En cuanto le llegó el mensaje de Camu, Astrid supo lo que le venía encima. No pudo ver el ataque, solo sintió un terrible golpe en la cabeza que casi la deja inconsciente. Luego una segunda embestida le abofeteó el cuerpo, como si una fuerza invisible, un viento de gran potencia, la golpeara. Salió despedida de espaldas y cayó al suelo. Su mente y su cuerpo sufrían un dolor terrible.

—¡Astrid! —exclamó Lasgol y tiró de nuevo contra el dragón.

No hizo blanco. Estaba fuera de alcance.

«No tener energía para proteger» avisó Camu con un sentimiento de gran preocupación.

Viggo vio que el dragón le encaraba planeando a ciento cincuenta pasos de altura y se preparó.

—¡Ven aquí, hoy cenaré banderilla de lagarto marrón volador a la brasa!

«¡Estúpidos humanos! Pronto sabréis que debéis hincar la rodilla ante quien es superior a vosotros. La lección la aprenderéis con sangre».

La flecha de Viggo salió de su arco y se dirigió a la cabeza del monstruo, que abrió la boca y rugió. Golpeó junto al ojo derecho pero no lo alcanzó y salió rebotada al contacto con las escamas. El dragón atacó con otro ataque mental a Viggo, que al no poder verlo no pudo siquiera defenderse. Sintió un terrible dolor en la mente que le hizo quedar aturdido. Luego sintió como si lo golpeara una manada de caballos salvajes en estampida y salió despedido de espaldas.

El dragón rugió victorioso y se dirigió hacia Camu.

«Venir por mí ahora» envió a Lasgol.

«¡Aguanta, voy a ayudarte!» Lasgol salió corriendo hacia Camu mientras la criatura se dirigía hacia él. Mantenía una altura de unos ciento veinticinco pasos sobre el suelo y planeaba agitando sus grandes alas como una terrible ave depredadora acercándose a su presa indefensa.

«Yo Drakoniano Superior. Tú respetar» envió al dragón Camu. Lasgol se dio cuenta de que su amigo estaba intentando buscar una salida o ganar tiempo.

«Reconozco a un Drakoniano Superior, pero eres un cachorro».

«Entonces tú respetar. Marchar».

El dragón siguió volando directo hacia Camu.

«Yo te respeto, pero tengo órdenes del Dragón Inmortal, rey entre dragones, de no dejar a nadie vivo salir de un portal, sea humano o Drakoniano».

Lasgol supo que el dragón no cambiaría de parecer. Tenía órdenes de su señor y las iba a cumplir. Camu era demasiado pequeño para ser respetado o temido por los dragones o imponer su voluntad sobre ellos.

Camu se irguió. Sin energía no podía defenderse ni huir. No podía invocar sus alas ni levantar una esfera antimagia. No disponía de garras o fauces que no fueran mágicas, así que no podía luchar.

«¡Ven hacia mí!» envió Lasgol, que corría hacia Camu tan rápido como sus piernas podían.

«Yo ir». Camu comenzó a correr hacia él. No era muy rápido, pero tampoco muy lento. Los caballos le ganaban, pero no era tan rápido como un humano, o eso le parecía a él cuando corría sobre sus cuatro patas a todo lo que podía.

«¿Huyes? Eso no es digno de un Drakoniano Superior. No es digno de ningún Drakoniano. Los nuestros se plantan y luchan hasta la muerte. Mueren peleando, con honor».

«No le hagas ningún caso. Sigue corriendo hacia mí» envió Lasgol.

Camu dudó. Quería luchar y deseaba plantarle cara a aquel dragón menor insolente, pero no tenía forma de hacerlo. Aquel no era un día para luchar. Aquel era un día para huir si quería vivir un día más. Ya habría tiempo de acabar con aquel dragón en mejores circunstancias, más ventajosas.

«No preocupar, yo no parar».

«¡Muy bien!».

Lasgol apuntó al dragón, que volaba al costado de Camu descendiendo sobre él en diagonal. No supo si iba a atacar con aliento, garras o mente. En cualquier caso, él iba a preparar también su ataque. Se detuvo de golpe, invocó Tiro Poderoso y, en lugar de soltar, invocó Tiro Múltiple. Tampoco soltó y envió energía al arco mágico.

El dragón ya tenía a Camu a su alcance.

Los dos destellos verdes y uno dorado que indicaban que las habilidades se habían invocado se produjeron y Lasgol soltó. Esperaba que su ataque llegara a tiempo de impedir que el dragón atacara a Camu. Las tres flechas volaron raudas hacia él pero no llegaron a tiempo.

Camu recibió el ataque mental y se fue al suelo de bruces deslizándose por hierba y nieve como si lo hubieran golpeado con un martillo gigante invisible. Se estampó contra un árbol y se quedó inconsciente entre sus raíces.

Lasgol apretó los dientes con rabia. Se sintió fatal por Camu y por no haber podido impedirlo. Las tres flechas que había lanzado alcanzaron al dragón en el cuello y, gracias a la acción del Tiro Poderoso y la magia del arco de Aodh, se clavaron bien profundas.

El dragón soltó un rugido de dolor y viró para atacar a Lasgol.

«¡Te mataré por esto!», envió la enfurecida bestia seguido de un ataque mental.

Lasgol lo recibió y la cabeza pareció explotarle de dolor. Un instante después salía de espaldas por el golpe con una fuerza que no pudo ver pero que sabía que provenía del dragón. Su protección de boscaje le resguardó del daño sobre el cuerpo, aunque se debilitó, pero por desgracia no tenía protección contra el ataque mental. La cabeza le dolía horrores y estaba medio aturdido. Por el rabillo del ojo vio cómo el dragón descendía sobre él con sus garras extendidas.

No iba a dejar que lo matara. Obviando el dolor en su cabeza comenzó a rodar sobre sí

mismo tan rápido y tantas veces como le fue posible. El aturdimiento se volvió entonces nauseabundo.

El dragón clavó sus garras sobre la tierra donde un momento antes había estado Lasgol. Lleno de furia se giró hacia él y lanzó su aliento elemental. El caudal de rocas y piedras golpeó cerca del guardabosques. Se puso en pie de un salto aguantando las ganas de vomitar y echó a correr en diagonal tan rápido como pudo. El dragón ajustó la dirección del chorro para alcanzarlo. Lasgol zigzagueaba de forma frenética y desequilibrada mientras huía poniendo distancia.

Varias rocas golpearon su brazo y hombro derechos haciendo que perdiera el equilibrio y casi se trastabillara y se fuera al suelo. Por fortuna, o más bien por sus habilidades de reflejos y agilidad, consiguió mantenerse en pie y salir del radio de alcance del ataque del dragón.

Un rugido de furia tremendo le dejó claro que su enemigo iba a matarle como fuera. Tomando impulso con sus patas y ayudándose de sus alas se elevó. Lasgol no perdió un instante y volvió a invocar Tiro Potente y Tiro Múltiple.

Falló.

Estaba mareado. Cerró los ojos e intentó concentrarse. Tenía que sobreponerse al aturdimiento o estaría perdido. Volvió a invocar las dos habilidades. Envió energía al arco y apuntó.

El dragón se elevaba para acercarse y atacar desde una posición aventajada. Movió sus alas con fuerza, giró en el aire, y encaró a su víctima.

Lasgol no lo dudó y soltó. Las tres flechas salieron despedidas hacia el dragón, que abrió la boca y lanzó su aliento elemental. Pero Lasgol estaba justo al borde de la distancia máxima del ataque y este se quedó corto. Tendría que avanzar una docena de pasos más en el aire, cosa que haría en breve. El dragón mantuvo la boca abierta y el chorro fluyendo.

Las tres flechas de Lasgol se clavaron profundas en el cuello junto a las tres anteriores.

La bestia rugió de dolor y el ataque quedó interrumpido. No pudo mantenerlo.

Lasgol puso otra flecha en su cuerda y se preparó para volver a tirar.

El dragón rugió de dolor y rabia una vez más y agitó las alas con fuerza. Para sorpresa de Lasgol, no intentó volver a atacar, sino que viró en el aire y se alejó en dirección contraria, hacia las montañas.

—Huye… —masculló Lasgol pasmado. Eso debía significar que estaba malherido o de lo contrario lo habría intentado matar de nuevo. Observó cómo remontaba el vuelo para salvar las montañas cercanas y desaparecía tras ellas.

Resopló aliviado. Sin embargo, el alivió le duró un instante. Tenía que ayudar a los otros. Corrió hasta donde estaba Camu, el más cercano.

«Camu, ¿cómo estás?» envió.

No recibió respuesta.

—¡Camu, vuelve en ti! —gritó y le sacudió la cabeza.

Por un momento pensó que quizá el ataque le había producido daños en su mente. Eso sería catastrófico. Sintió que el estómago se le revolvía y se sintió fatal. Levantó la mirada y vio que Viggo se movía en el suelo aunque no se había levantado. Astrid no se movía y parecía estar inconsciente.

—¡Vamos, amigo, vuelve en ti! —Lasgol volvió a sacudir la cabeza de Camu. No era una forma muy normal de hacer que despertara, pero no había mucho más que pudiera hacer. Además, necesitaba ir a ver cómo estaba Astrid. Verla tumbada en el suelo indefensa le estaba estrujando el corazón, pero tampoco quería dejar a Camu allí tirado.

—¿El dragón? —preguntó Viggo, que se había medio incorporado y miraba al cielo con ojos

entrecerrados y una expresión de dolor en el rostro.

—Ha huido. ¿Cómo estás?

—Como si me hubiera pasado por encima una manada de caballos salvajes —respondió llevándose las manos a la cabeza.

—Camu y Astrid están inconscientes —informó Lasgol.

Viggo se giró hacia Astrid.

—Voy… —dijo, pero al terminar de incorporarse se cayó de lado.

—¿Qué te pasa? —se preocupó Lasgol.

—¡Que me han pisoteado la cabeza cien caballos! ¡Qué me va a pasar! —clamó y se agarró de nuevo la cabeza.

—No chilles que te dolerá más —aconsejó Lasgol. La suya también le estaba matando y el esfuerzo que tenía que hacer para soportar el dolor y el mareo eran grandes.

Camu abrió un ojo.

—Por fin, me tenías preocupado.

«¿Dragón marrón?».

—Tranquilo, ha huido. ¿Estás bien? —Lasgol le ayudó a abrir el otro ojo.

«Dolor en mente… Algo en cuerpo».

—Sí, los ataques mentales de los dragones son algo que debemos tener muy en cuenta.

«Dragones poderosos…».

—Sí, lo son. Si estás bien voy a ayudar a Astrid.

«Yo bien. Tú ir» envió Camu, que se quedó tirado en el suelo luchando contra el dolor de cabeza que le martirizaba.

Lasgol corrió hasta Astrid. Antes de llegar hasta ella vio que movía la cabeza y abría los ojos.

—¿Qué… ha pasado? —consiguió musitar.

—¿Estás bien? —llegó a su lado y se arrodilló junto a ella.

—Me siento… como si un Semigigante de los Hielos me hubiera golpeado… en el cuerpo y la cabeza… con una maza descomunal —explicó y se llevó una mano a la cabeza y la otra al torso.

—Ya… estamos todos igual —se lamentó Lasgol, que observó a sus tres compañeros tendidos en el suelo entre hierba y nieve.

—Ayúdame a incorporarme —pidió ella ofreciéndole su mano.

—Por supuesto —Lasgol la cogió. Tuvo que sujetarla para que no se fuera a un lado.

—Vaya, sí que afecta al equilibrio… —se dio cuenta Astrid.

—Causa dolor agudo en cabeza y cuerpo, aturdimiento, mareo y pérdida de equilibrio, por lo que he constatado hasta ahora. Estoy recabando cuanta información puedo y se la pasaré a Egil y Annika a ver si pueden idear alguna forma de que no nos afecte tanto.

—Mejor que no nos afecte nada —expresó Viggo, que ya se acercaba caminado un poco torcido.

—Eso lo veo complicado a menos que tengamos una esfera o cúpula antimagia como la que tienen los magos o la que usa Camu para protegernos —explicó Lasgol.

—¿No puedes tú crear una de esas, rarito? —preguntó Viggo al llegar junto a ellos.

Lasgol suspiró.

—Lo intento, pero de momento no he sido capaz.

—No te desanimes, sigue intentándolo, lo conseguirás —Astrid le apretó la mano con cariño.

—Sí, haz algo útil, que nos están zurrando de lo lindo, por si no te has dado cuenta —dijo Viggo con gesto de sufrimiento en la cara.

«Ser difícil» envió Camu.

—No puede serlo tanto si tú ya la tienes —replicó Viggo.

«Yo Drakoniano Superior. Yo poderoso».

—Ya. ¿Entonces Lasgol qué es? ¿Humano inferior, poco poderoso?

—Viggo, no digas sandeces —regañó Astrid—. Sabes que no es así.

Viggo gesticuló y protestó entre dientes.

—Lo que sé es que cada vez que nos enfrentamos a los dragones salimos muy mal parados. Hay que cambiar esto —afirmó y dio dos golpes al aire, malhumorado.

—Algo de razón tiene —convino Lasgol.

—Has conseguido hacer huir al dragón, ya es mucho —le respondió Astrid.

«Dragon malherido» envió Camu, que ya se levantaba con alguna dificultad.

—¿Cómo sabes tu eso? ¿No estabas fuera de combate? —preguntó Viggo enarcando una ceja.

«Dragón solo huir si mucho herido. Sino quedar y matar».

—Oh, bueno es saberlo —asintió Astrid.

—Pues espero que muera y sea sufriendo —deseó Viggo.

«Dragones menores no magia de curación. Quedar lisiado o morir casi seguro».

—¿No pueden sanarse? —a Lasgol aquello le interesó y mucho.

«Tener magia limitada. Casi toda de ataque y algo defensa. No curación».

—Muy interesante —Lasgol veía una oportunidad en aquello.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Viggo a Camu con tono de que dudaba de sus conocimientos.

«No saber seguro. Creer que ser así».

—Ya, pues eso no nos da mucha certeza —levantó las manos Viggo.

—Si Camu lo siente así, por algo será —replicó Astrid.

—¿Y los dragones mayores como el dragón inmortal? —quiso saber Lasgol.

Camu se quedó pensando un momento, recordando.

«Drokose decir que algunos dragones mayores sí ser curadores. No todos».

—Entonces como entre los humanos. Deben tener algunos con poder de sanar y otros, la mayoría, con magia más dañina —razonó Astrid.

—Sí, eso debe ser —asintió Lasgol.

Camu llegó hasta ellos. Se movía con dificultad por las heridas internas y el aturdimiento.

«Mejor marchar. Otros dragones poder venir».

—¿Cuántos había?

«Tres. Rojo, azul y marrón. Yo conseguir pasar sin ser detectado. Marrón sospechar y venir hasta aquí a vigilar. Yo quedar sin energía. Marrón ver».

—Lo has hecho muy bien —felicitó Lasgol.

—Ya sabíamos que había mucho riesgo si entrábamos en el reino por el Refugio —dijo Astrid.

—Bueno, nos hemos librado, que es lo que cuenta. Salgamos de aquí y lleguemos a la capital. Quiero usar el Cuchillo de Sansen. Estoy hasta la coronilla de estar en desventaja con esos lagartijos voladores —expresó Viggo.

—Tú y todos —se unió Astrid.

Lasgol fue hasta donde había dejado la jaula con las palomas y la cogió. Por fortuna estaban ilesas.

—Recojamos nuestros macutos y en marcha.

—¿Podrás? —preguntó Lasgol a Camu.

«Yo poder. Necesitar dormir pronto. Terminar curar heridas».
—En ese caso buscaremos una cueva donde escondernos.
—¿No puede ser una posada? —se quejó Viggo.
—Lo más cercano que tenemos es la cueva del Murciélago Rojo —dijo Lasgol.
—Ese sitio es asqueroso con todos esos bichos chupa sangres.
—No te quejes tanto y en marcha —dijo Astrid.
Viggo refunfuñó pero se puso en marcha.
Los cuatro se dirigieron hacia el noroeste. Una vez recuperados irían a la capital, a ver al rey.

Capítulo 9

En la sala del trono del castillo de Norghana se estaba produciendo una audiencia privada a puerta cerrada. Egil presidía la reunión desde su trono. Solo asistían un grupo selecto de personas que el rey consideraba de total confianza y cuya opinión quería tener. La Guardia Real y los Guardabosques Reales hacían guardia fuera de la magna estancia a petición del monarca. La gran sala estaba casi vacía y en silencio prácticamente sepulcral.

—Adelante, cuéntanoslo todo —pidió Egil a Lasgol.

Su amigo asintió.

—Lo contaré como sucedió, en orden. Han pasado muchas cosas, pero me centraré en las más relevantes y en la información crucial que hemos obtenido.

—Me parece acertado. Te escuchamos —Egil hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Lasgol comenzó a relatar lo acontecido de pie frente al trono. A su lado estaban Astrid, Viggo y Camu. A la derecha del rey atendían Gondabar y Raner. El líder de los Guardabosques estaba sentado en un butacón pues su salud no era la mejor y no le permitía estar de pie. El Guardabosques Primero estaba atento a su líder por si necesitaba ayuda. A la izquierda del monarca se habían situado Sigrid, Annika y Enduald. Todos escuchaban muy atentos los sucesos y la información que Lasgol les transmitía lo mejor que podía.

Hablaba con tranquilidad, intentando no dejarse nada. Quería informar de todo lo que les había pasado a ellos, así como de las desgracias que habían padecido Nilsa y Gerd. Al llegar a la parte de lo que les había sucedido a ellos dos se escucharon exclamaciones mezcla de sorpresa y gran horror. Lasgol detuvo el relato para que todos pudieran encajar las malas noticias.

—Gerd… Nilsa… no puede ser —Egil miraba a Lasgol con ojos de no dar crédito a lo que su amigo estaba explicando.

—Me temo que sí, lo siento mucho… —confirmó Lasgol con gran pesar.

—Es horrible… tan jóvenes, tan prometedores —se lamentó Gondabar.

—Dos Guardabosques impresionantes, héroes del reino —expresó Raner negando con la cabeza.

—Una pérdida terrible —exclamó Sigrid.

«Yo mucho triste» envió Camu. Su expresión era de gran pena y sus ojos saltones estaban húmedos. Su eterna sonrisa se había curvado hacia abajo, convirtiéndose en una de tristeza máxima.

—Nilsa está con vida y estable —se apresuró a decir Astrid intentando tranquilizar un poco al grupo de líderes.

—Los Desher Tumaini la mantienen con vida con su extraña y bastante inmunda magia —expresó Viggo.

—¿Os importa contarme en detalle lo del estanque de curación? —pidió Annika—. Había oído de aguas y fuentes con poderes curativos, pero esto es algo nunca visto en Tremia.

—Por supuesto, maestra —dijo Lasgol y le describió en detalle el lugar y lo que Tor Nassor, Aibin y la curandera Shamasa les habían contado sobre el sitio y su magia. Astrid aportó algunos detalles más.

—Es de lo más repugnante, con todas esas larvas blancas alimentándose de los cuerpos… —añadió Viggo haciendo un ruido con la garganta como si fuera a vomitar.

—Un lugar muy singular —asintió Sigrid.

—Con una forma de curación nueva y desconocida. Es de lo más interesante… —añadió Annika.

—Entiendo por lo que me habéis narrado que Nilsa está siendo atendida y se recupera. ¿Es así? —preguntó Egil con rostro consternado y ojos que buscaban algo de esperanza para su abatido corazón.

—Está bien atendida, sumida en un sueño profundo. Creemos que la sanadora Edwina debería atenderla —explicó Lasgol.

—Pensamos que podría ayudar o al menos conseguir que el proceso de curación que sigue sea más rápido y sin disgustos —añadió Astrid.

—Y que la libre de los gusanos… —añadió Viggo con gesto de asco.

«Gusanos bueno, » replicó Camu.

Egil asintió y se quedó pensativo.

—Sí, opino lo mismo que vosotros. Nuestra querida Nilsa necesita de nuestra ayuda. Edwina debería atenderla y usar su magia sanadora y conocimientos de curación para ayudarla. No es que desconfíe de la magia y artes de curación de los Desher Tumaini, pero he visto la magia de sanación de Edwina en acción y es incomparable. Además, sus conocimientos en esta área son impagables. Sin embargo, eso no va a ser sencillo…

—Sabemos que llevarla de vuelta no será fácil —explicó Lasgol—. Ya lo empezamos a planear allí y hemos traído las palomas mensajeras de Tor Nassor. Con ellas podemos comunicarnos e idear un plan para llegar por la perla del desierto.

—Aunque debemos buscar una forma de alcanzar la perla del Refugio. Hay dos dragones que la vigilan, uno rojo y uno azul —dijo Astrid.

—Puede que el marrón haya sobrevivido —añadió Lasgol.

«Mucho herido. No sobrevivir casi seguro» informó Camu.

—En ese caso habrá que escabullirse de dos dragones y entrar en el portal. Esa parte es más sencilla, lo complicado es aparecer inconscientes en el otro lado —explicó Lasgol.

—Yo puedo ayudar con eso. He estado mejorando las pócimas y creo que ahora podrán ayudaros algo más —dijo Annika.

—Gracias, maestra, eso será sin duda de gran ayuda —agradeció Astrid.

—Sí, porque esta última vez nos hemos salvado por un pelo de pingüino —expresó Viggo gesticulando.

—Fue un plan peligroso —reprendió Gondabar con voz tenue y expresión de que habían tomado demasiados riesgos.

—Pero también audaz —añadió Raner asintiendo con convicción y dejando ver que a él le había gustado el plan.

—Fue una chaladura de estos dos, yo me negué por completo pero no me escucharon —acusó Viggo señalando a Astrid y Lasgol.

«Plan salir casi bien».

—Casi bien, dice. ¡Casi nos mata el dragón marrón, que es diferente! —corrigió Viggo.

—Con las pócimas y una distracción convincente podremos abrir el portal y aparecer en el desierto —aventuró Lasgol.

—Tendremos que planificarlo bien tanto en este lado, en el Refugio, como en el desierto —explicó Astrid—. Podría funcionar si lo hacemos bien y en el momento justo.

—Es un plan con posibilidades —asintió Egil—. Pero hay una complicación añadida de la que no estáis informados. Una que impide el plan, por desgracia.

—¿Qué sucede? ¿Algo malo? —se extrañó Viggo.

—Edwina partió hacia Irinel con la reina Druida para ayudar a su madre con la enfermedad que supuestamente tenía. Eso fue justo antes de los eventos que desembocaron en las alianzas y traiciones…

—¡Es cierto, lo había olvidado por completo! —exclamó Viggo.

—Me parece que tú y todos —se unió Lasgol.

—¿Dónde está Edwina ahora? —preguntó Astrid con tono de inquietud—. ¿Se encuentra bien?

Egil suspiró y todos supieron que algo malo sucedía.

—Se encuentra bien. El rey Kylian la tiene como rehén.

—¡No puede hacer eso! —exclamó Astrid enfadada.

—Una sanadora no se puede retener contra su voluntad. Tiene que ser libre de poder ejercer su profesión y compartir su Don con los necesitados de auxilio —afirmó Lasgol enfadado.

—Kylian tiene prisioneros a sus padres, Gwyneth y Kendryk, y no necesita de la sanadora como en un principio su hermana nos hizo creer. Tras lo sucedido a Heulyn, y en previsión de que fuera torturada, su hermano se ha quedado con Edwina contra su voluntad. Le he pedido que nos la devuelva, pero se niega.

—¿Tenemos constancia que la reina Niria de Moontian haya torturado a Heulyn? —preguntó Astrid frunciendo el ceño.

—No la tenemos. Niria me asegura que se encuentra en perfectas condiciones y en una jaula de oro. Nadie le ha puesto un dedo encima —confirmó Egil.

—En ese caso su hermano miente y nos la está jugando —expresó Viggo con gestos que enfatizaban su enfado.

—Más que jugárnosla lo que está haciendo es jugar sus cartas. Tiene prisionera a una sanadora de gran valor para nosotros. ¿Por qué iba a devolvérnosla si no le damos nada a cambio? Es un rehén importante —elaboró Sigrid.

—Cierto. Además, así se asegura de que no realizamos acciones en su contra —explicó Gondabar.

—Podemos intentar negociar su rescate —opinó Raner.

—Sí, tendré que hacerlo —asintió Egil—. Aunque me temo que lo que me pida por ella no lo podré pagar.

—Pedirá la liberación de su hermana —afirmó Sigrid.

—Casi con total seguridad —opinó Gondabar.

—Cosa que no puedo permitirme, pues de inmediato reclamaría este trono y tendríamos guerra con Irinel. Una guerra que no podemos permitirnos ahora mismo —indicó Egil con expresión seria—. Me siento responsable por lo sucedido a Edwina.

—No es culpa del rey que Edwina esté secuestrada —indicó Raner—. Cuando Heulyn se la llevó, nada se pudo hacer. Ella era la reina de Norghana y tenía el beneplácito de Thoran.

—Opino igual. Fue la reina Druida la que se la llevó a Irinel con permiso de su esposo y entonces rey —explicó Gondabar.

—No podemos abandonar a Edwina a su suerte —expresó Lasgol—. No me lo perdonaría nunca. Me ha salvado la vida varias veces. Haré lo que haga falta para traerla de vuelta. Es una cuestión de honor y amistad.

—Y además la necesitamos para que cure a Nilsa —añadió Viggo.

Egil asintió varias veces.

—Este es un problema del que ya era consciente y en el que ya estaba trabajando. No pienso

abandonar a Edwina a su suerte. Es una amiga personal y una persona excepcional que merece ser salvada —explicó Egil.

—¿Tienes algún plan de esos de los tuyos? —preguntó Viggo con su habitual desparpajo.

—Lo tengo —confirmó Egil a Viggo —. Uno que ya está desarrollándose. ¿No es así, Raner?

—Sí, Majestad. La misión está avanzada y pronto tendremos resultados —confirmó el Guardabosques Primero.

—Estupendo. Seguro que sale todo a la perfección —expresó Viggo con cierta sorna.

—Os informaré del progreso. Si todo sale como espero pronto tendremos a Edwina de vuelta con nosotros —explicó Egil.

—En ese caso, una vez que regrese podrá ayudarnos con Nilsa —explicó Astrid.

—Habrá que pedírselo. Esperemos que pese a todo lo que le ha pasado esté dispuesta a arriesgarse e ir al desierto con los Desher Tumaini —explicó Egil.

—Yo creo que con la gravedad del asunto y siendo Nilsa, a la que Edwina conoce mucho y bien, lo hará —deseó Lasgol.

—Ya, porque todo el que sale de las fauces de un oso corre a lanzarse a las llamas de un dragón sin pensárselo dos veces y solo por ayudar al prójimo —comentó Viggo con tono y expresión de sarcasmo.

—Hay personas muy nobles y entregadas a las que el peligro no les asusta —corrigió Sigrid.

—Edwina es una de ellas —aseguró Annika—. Yo he trabajado mucho con ella y la conozco bien. Estoy segura de que irá a ayudar a Nilsa pese a todo lo que ha sufrido.

—Eso creo yo también —opinó Egil—. Hasta que esté de vuelta aprovecharemos para preparar un buen plan que nos asegure poder llegar hasta Nilsa con el menor peligro posible.

—Como su Majestad ordene —dijo con gran respeto Gondabar.

—En cuanto a Gerd… —Egil tragó saliva y se le humedecieron los ojos—. Soy de vuestra misma opinión. Mientras no tengamos una prueba fehaciente, me niego a creer que haya muerto, aunque todo así lo indique.

«Gerd no muerto. Yo creer» se unió Camu.

—A veces la realidad es muy dolorosa, pero debemos aceptarla pese a todo. No es nada bueno engañarnos —dijo Sigrid.

—Agradezco el consejo, Madre Especialista —respondió Egil con solemnidad—. Lo sé y no me estoy autoengañando. Necesito más pruebas de las que tengo para dar por muerto a Gerd. No olvidemos que, aunque cayó en las garras del dragón inmortal, es una Pantera Real y eso le da una oportunidad de sobrevivir a cualquier situación, incluso a esa.

—Yo opino igual —apoyó Lasgol.

—Yo estoy segura de que ha sobrevivido —asintió Astrid.

—Yo soy realista por nacimiento, aunque vosotros lo llaméis pesimismo y, aun así, creo que esa montaña de músculos sin mollera puede que haya encontrado la forma de sobrevivir —expresó Viggo gesticulando.

—Tenemos que conseguir comunicarnos con Asrael. Quizá él pueda darnos algo de información sobre lo que le ha sucedido a Gerd. Estaba escondido en la caverna de Drokose y tal vez viera algo —deseó Lasgol.

—Cierto, podría tener información importante —se unió Astrid.

«Misha comunicar con nosotros pronto».

—Sí, eso nos dijo Asrael. Tendremos que esperar a que lo haga —señaló Astrid arrugando la nariz—. Es una lástima que no podamos comunicarnos con ellos —miró a Lasgol y luego a Camu y ambos negaron con la cabeza. No habían desarrollado todavía semejante habilidad.

—Son buenas noticias para el Continente Helado y para Norghana que Asrael se haya alzado como líder de los pueblos del Continente Helado —opinó Egil—. Esa esperanza tenía, pero como ya imaginaba, le ha costado tiempo y derramamiento de sangre. Es una lástima que haya tenido que ser así. Sin embargo, creo que será muy bueno para el futuro del Continente Helado.

—Por desgracia, los asuntos de toma de poder suelen resolverse de esa forma —comentó Gondabar con pesar.

—Necesitamos establecer comunicaciones regulares con Asrael y el Continente Helado. Raner, encárgate de seleccionar a un grupo de cinco Guardabosques curtidos y de organizar una expedición para crear una línea de mensajería.

—A la orden, Majestad.

—Que tengan cuidado. Esos pueblos no toleran extranjeros y menos norghanos, aunque estemos en paz ahora mismo —dijo Egil.

—Así será —dijo Raner.

—Tengo que conseguir hablar con Asrael para fortalecer las relaciones entre Norghana y el Continente Helado y establecer una paz duradera —dijo Egil.

—Si Su Majestad lo consigue, tendremos unos aliados formidables —afirmó Raner.

—Un pueblo antiguo, sabio y luchador, aunque dado a la brutalidad y la violencia… Si Asrael los puede controlar, serían grandes aliados —asintió Gondabar—. Sin embargo, tengo mis dudas de que nadie pueda gobernar a esas gentes.

—Si alguien pude, ese es Asrael —aseguró Lasgol.

—Ambos tenéis razón —Egil miró a Gondabar y a Lasgol—. Los pueblos del Continente Helado son indómitos y orgullosos, dados a los conflictos bélicos, tanto entre ellos mismos como con otros pueblos. Sin embargo, creo que Asrael puede lograrlo, es sabio y poderoso y ha sobrevivido a las disputas internas entre las tribus. Lleva mucho tiempo luchando para conseguir unificar los pueblos. Tengo el deseo de que lo logre y le ayudaré como me sea posible.

—Sería un paso enorme para Norghana, sí. No solo por la paz y el fin del derramamiento de sangre sino por todo lo que esa alianza podría aportar al futuro de nuestro reino —asintió Sigrid.

—Sus luchadores son excepcionales —opinó Raner—. Tener refuerzos en el campo de batalla provenientes del Continente Helado con Semigigantes, Salvajes de los Hielos, y Pobladores de la Tundra decantaría las batallas de nuestro lado, sin duda.

—No solo eso, los Arcanos de los Glaciares tienen conocimientos y magia poderosos y muy antiguos que nos vendrían muy bien contra nuestros enemigos —se unió Annika.

—Y criaturas mágicas poderosas de los hielos, como nuestro Camu — añadió Sigrid.

«Yo mucho poderoso. Yo Drakoniano Superior» expresó Camu orgulloso.

—Criaturas y seres poderosos como Izotza, Señora de los Glaciares, que nos ha ayudado con las Estrellas Glaciales —especificó Lasgol.

—Eso me interesa y mucho —dijo Enduald, que hasta el momento no había hablado y escuchaba con expresión seria.

—Sí, a todos nos interesa y mucho esto y las armas doradas —dijo Egil e hizo un gesto a Lasgol para que ahondara en el tema.

Capítulo 10

Lasgol asintió.

—Gracias a la ayuda de Asrael e Izotza, Señora de los Glaciares, hemos conseguido dos Estrellas Glaciales. Una Estrella Mayor, la de Asrael, y una Estrella Menor creada por Izotza combinando otras dos Estrellas Glaciales que ella había creado con su magia.

—Esperamos que Enduald pueda adecuar sus guantes para usarlas como objetos de poder con las armas doradas —dijo Astrid esperanzada.

—De lo contrario nos vamos a llevar un chasco mayúsculo —expresó Viggo torciendo la cabeza.

—Mejor no anticipar acontecimientos —dijo Enduald—. El arte de fabricar objetos y encantarlos para que realicen funciones específicas y avanzadas, como las que se requieren en este caso, es algo muy complejo.

—Creo que todos aquí somos conscientes de la dificultad que entraña lo que estás haciendo, hermano. Te agradecemos en el alma tus conocimientos y don mágico. Más que eso, reconocemos tu gran labor y entrega —dijo Sigrid—. Sé que has estado trabajando sin descanso para lograr avances que permitan a nuestros jóvenes Guardabosques usar las armas doradas. Nadie más que tú en este reino tiene los conocimientos, la experiencia y el Don para intentar algo remotamente parecido.

Enduald hizo un gesto indicando que no todos lo entendían así.

—En cualquier caso, como bien dices, he estado trabajando en unos guantes nuevos y mejorados. He buscado que sean más funcionales, con nuevos encantamientos para que puedan adaptarse a diferentes tipos de objetos de poder y personas que los utilicen. Ya tenía establecido el funcionamiento y los encantamientos básicos, pero la adaptación para que interactúen con distintas fuentes mágicas lo ha complicado mucho.

—¿Los tienes listos? —se interesó Raner con tono de urgencia.

Enduald negó con la cabeza.

—¿Qué acabo de decir? No es tan sencillo —respondió de malas formas el mago de encantamientos.

Raner levantó las manos.

—Perdona, Enduald. Después de escuchar a Lasgol creo que la situación se ha vuelto crítica. Debemos disponer de armas que nos permitan hacer frente a esos dragones o morirá mucha gente —explicó Raner.

—Eso sin duda es también mi parecer —añadió Gondabar asintiendo.

—Que la situación ha pasado de grave a crítica después de los últimos eventos creo que es algo que vemos todos. Pero por muy crítico que el momento sea, la magia y la ciencia llevan su tiempo. No se consigue nada corriendo y precipitándose porque se requiera una solución inmediata. Las investigaciones precipitadas solo llevan a fracasos —dijo Enduald con tono defensivo.

Egil asintió.

—Una gran verdad. Precipitarnos no es la solución por muy urgente que sea el problema. Enduald necesita tiempo y se lo daremos. Él es consciente de la criticidad y la urgencia, no es necesario resaltárselo —Egil miró a Enduald a los ojos—. Cualquier cosa que necesites para

ayudarte en tus investigaciones y experimentos solo tienes que pedírselo a tu rey y se te concederá.

Enduald asintió. Luego se rascó la sien.

—Me vendría bien algo de ayuda mágica.

—¿A qué te refieres con ayuda mágica? ¿En qué sentido? —quiso saber Egil.

—Los experimentos que tengo que realizar, y que en su mayoría fracasan, requieren de magia y mi poder es limitado. Antes éramos dos y nos turnábamos usando la magia de cada uno. Me refiero a cuando mi buen amigo Galdason estaba con vida… —Enduald dejó escapar un hondo suspiro lleno de pesar—. Ahora que estoy solo agoto mis reservas de magia y eso me hace ir más lento, pues no puedo realizar tantos experimentos como desearía y me quedo exhausto antes.

—Entiendo. Necesitas la ayuda de otros magos para avanzar de forma más rápida con tus investigaciones —dijo Egil.

—Sí, mi Rey. Necesito de más fuentes de magia.

—Eso puedo proporcionártelo. Los Magos de Hielo estarán a tu disposición desde este mismo momento. Son todos magos de gran poder, su ayuda te será muy útil.

Enduald torció el gesto.

—Los Magos de Hielo no son precisamente de los que ayudan con experimentos ajenos…

Egil asintió.

—Cierto. Hablaré con Rangvald, líder en funciones en ausencia de Maldreck. Entenderá la importancia y se prestará a ayudar, no tengas duda.

—En cualquier caso, los Magos de Hielo deben obedecer siempre a su rey, les guste o no la orden recibida —añadió Gondabar.

—Como todos los que servimos a Su Majestad —añadió Raner.

—Prefiero que quienes me sirven sigan mis órdenes entendiendo el motivo y la criticidad del problema, no simplemente porque se lo han ordenado—expresó Egil.

—Sabia forma de pensar y actuar —convino Sigrid.

—Pero si alguno se niega, mejor colgarlo para que el resto tengan mejor predisposición —soltó Viggo.

—Esperamos que no haya que llegar a esos extremos —deseó Gondabar.

—Me vendrá bien la ayuda de los Magos de Hielo siempre y cuando sigan mis instrucciones y sean cuidadosos. Están acostumbrados a la destrucción y aquí estamos intentando crear algo.

—Lo serán. Una vez hable con Rangvald lo enviaré a que hable contigo. Explícale lo que necesitas y cómo debe hacerse. Tengo la sospecha de que te serán de más ayuda de lo que imaginas. También creo que su disposición será buena. Después de todo, estamos creando armas para humanos capaces de matar dragones. Eso les interesará y mucho.

—Visto desde esa perspectiva… quizá sea así. En cualquier caso, me ayudará a ser más eficiente y productivo. He de crear al menos media docena de guantes dorados —explicó Enduald.

—¿Guantes dorados? —preguntó Viggo frunciendo el entrecejo.

—Los he denominado así ya que su función es la de permitir a un humano sin el Don utilizar las armas doradas.

—Yo prefiero que mi guante sea de terciopelo negro, es lo que mejor va con un Especialista Asesino. Estoy seguro de que Astrid opinará lo mismo —dijo Viggo y miró a su compañera.

—Me conformo con que el guante funcione. El color no me preocupa en exceso —replicó ella.

—El guante es plateado por el lado del dorso de la mano y dorado por el lado interior —

explicó Enduald—. Se debe a que hay materiales que son muy buenos conductores de magia, como la plata y el oro, y otros que no ayudan, como el acero. De hecho, cobre, acero, hierro y similares aleaciones pueden llegar a interferir en el uso de la magia.

—Eso explica por qué los magos no usan armadura pesada —dedujo Raner.

—También porque pesa una barbaridad y los magos no son fuertes ni entrenan su resistencia física. La mayoría no parece que puedan correr cien pasos sin tener que parar para recuperar aliento —expresó Viggo con tono de superioridad.

—Ambas —asintió Enduald—. Los magos no trabajamos los aspectos físicos, pues trabajamos el Don, con la excepción de los brujos, que trabajan ambos.

—Como nuestro Lasgol, entonces —murmuró por lo bajo Astrid sonriendo—. Está hecho todo un brujillo.

Viggo negó con la cabeza y puso los ojos en blanco.

—¿Algo más que necesites o con lo que tu rey pueda ayudarte? —preguntó Egil a Enduald.

—Dispongo de cuanto necesito por el momento, gracias Majestad. Sin embargo, vamos a necesitar objetos de poder. Me gustaría inspeccionar las Estrellas Glaciales que el grupo ha conseguido.

—Por supuesto —Egil le hizo una seña a Lasgol.

—Aquí están —Lasgol sacó del cinturón de guardabosques las dos estrellas y se acercó hasta Enduald.

—Sostenme el báculo —pidió el mago de reducida estatura.

Lasgol así lo hizo. Con la mano izquierda cogió el báculo y con la derecha le dio las dos estrellas a Enduald.

—Necesitamos que sean poderosas —murmuró Enduald poniendo cada estrella en una de sus manos.

Miraba con gran interés los objetos de poder, que eran más grandes que sus palmas. Daba la impresión de que estaban compuestos de hielo. Lo que más llamaba la atención era, sin embargo, que en su interior brillaba una luz azulada.

«Estrellas poderosas» aseguró Camu.

—Tanto Asrael como Izotza nos han asegurado que tienen gran poder. Si consigues que podamos utilizarlas con las armas tendremos una oportunidad —dijo Lasgol con tono de esperanza.

—De lo contrario…estaremos perdidos —añadió Viggo con su habitual visión cínica de las situaciones.

Enduald suspiró profundamente. Se podía ver en su expresión que se daba cuenta de la enorme responsabilidad que caía sobre los hombros de su pequeño cuerpo. No dijo nada y continuó observando las estrellas en las palmas de sus manos por un largo momento.

Un silencio de expectación llenó la sala.

—Veamos… —murmuró y cerró los ojos.

Comenzó a conjurar mientras los presentes observaban con mucha atención.

Lasgol pudo apreciar en cada una de las estrellas un destello grisáceo que emitía pulsos a intervalos largos. Tuvo la clara sensación de que era el conjuro de Enduald. Eso significaba que de los presentes solo él y Camu podían ver o captar aquello, ya que eran los únicos con el Don. La pulsación continuó por un rato y se fue acelerando. Las dos estrellas emitían destellos grises cada vez más cortos e intensos. Un momento más tarde, los destellos se producían tan rápidos que costaba diferenciarlos. Poco después se detuvieron convirtiéndose en dos puntos de luz intensos de un gris casi metálico. La intensidad con la que brillaban obligó a Lasgol a desviar la

mirada.

Enduald dejó de conjurar y abrió los ojos. Observó las dos estrellas y se pronunció.

—Son muy poderosas.

«Yo decir» envió Camu.

—Entonces podrás usarlas en las armas —dijo Egil esperanzado.

—Si son compatibles, podré, sí. Ese es el otro requerimiento que existe. El poder de los objetos debe proceder de magia base dorada, al menos en parte. Eso es lo que sabemos —respondió Enduald.

«Ser compatibles» se pronunció Camu.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Enduald con tono de escepticismo.

Lasgol respondió.

—Izotza hizo la prueba en nuestra presencia. Cogió el Arco de Aodh en una mano y la Estrella Glacial en la otra. La Señora de los Glaciares cerró los ojos y conjuró. La energía saltó de la estrella al arco como si fuera la descarga de un rayo. Este reaccionó y brilló con un dorado intensísimo. Nos dijo que eran compatibles y que podríamos usarlas con armas doradas.

—Eso son noticias excelentes —se pronunció Sigrid.

—Sin duda, nos da esperanza —añadió Gondabar.

—Hay un pequeño inconveniente —contó Lasgol.

—La Estrella Glacial tiene muy entremezcladas las magias base y, aunque las armas doradas las aceptarán, no son cargas puras, por lo que su poder no será tan grande.

—Oh, eso no es tan bueno, debilita las armas —se lamentó Raner.

—Sí, pero, aunque no le de la misma potencia que pura energía base dorada, se puede usar toda la carga de la estrella —dijo Lasgol.

—Interesante… —Enduald se quedó pensativo observando ambas estrellas en sus manos.

—No veo tanto problema, acuchillamos al lagartijo volador cien veces seguidas en lugar de en una embestida y problema resuelto.

—Algo de razón llevas —convino Raner.

—Cada estrella tiene múltiples cargas, de eso estoy seguro por la cantidad de poder que contienen —explicó Enduald regresando de entre sus pensamientos—. Tendré que idear un mecanismo de repetición para esta situación. Sería preferible una gran descarga de poder y muerte pero como, estamos en una situación en la que no es posible, algo idearé.

—Tu rey te lo agradece —dijo Egil.

—Me asalta la duda de si estas estrellas serán lo suficientemente poderosas para acabar con el dragón inmortal —dijo Sigrid.

—Es algo que preguntamos a Izotza —respondió Lasgol—. Nos dijo que por desgracia no lo sabremos hasta enfrentarnos a él.

—Es natural. La efectividad de las armas con la energía de estas estrellas solo puede medirse contra las defensas mágicas del dragón —dijo Enduald—. Esa es la única prueba real y fiable, lo demás será una aproximación.

—Pues yo no creo que Dergha-Sho-Blaska nos vaya a dejar probar lo eficaces que son nuestras armas contra él —dijo Viggo con tono irónico.

—No veo muy factible hacer una prueba de este tipo sobre un ser como ese —expresó Gondabar.

—Tampoco nos conviene —dijo Egil—. Si las armas cargadas con el poder de las estrellas son capaces de causarle daño, es mejor que no lo sepa o estará prevenido. Siendo un ser ancestral e inteligente encontrará la forma de protegerse.

—De hecho, nos lo intentó sonsacar con amenazas —explicó Lasgol—. Tenía gran interés en saber con qué tipo de magia habíamos sido capaces de matar a sus dragones. Parecía que era una prioridad para él.

—Sin duda. Una vez conociera la magia buscaría la forma de protegerse de ella —dedujo Sigrid.

Egil asintió.

—Tiene todo el sentido.

—Esto nos deja en una situación complicada. Si atacamos sin saber si las armas dañarán al dragón inmortal podemos encontrarnos con que no sean capaces y, en ese caso, estaremos muertos —dijo Raner—. Es como ir a la batalla sin saber si tu arco será capaz de alcanzar al enemigo donde la armadura no cubre.

—No es nada nuevo para nosotros. Nos hemos visto en estas situaciones con anterioridad y hemos conseguido salir de ellas —dijo Astrid.

—Por los pelos y sin poder matar a esa cosa —aclaró Viggo.

Raner, Gondabar, Sigrid y Annika comenzaron a murmurar entre ellos sobre la situación y la problemática.

Egil habló.

—De momento es cuanto podemos hacer. No debemos precipitarnos y sacar conclusiones erróneas. No sabemos qué efecto tendrán las armas sobre el dragón inmortal, exceptuando la de Lasgol que, con su poder, sabemos que puede hacerle daño.

—No he podido herirlo de verdad…

—Pero le has dañado, lo que indica que es vulnerable al arma y a tu poder.

—Sí… pero he de encontrar la forma de herirle de muerte, o no podremos derrotarle.

—Encontraremos la forma, estoy seguro. Ten confianza —le animó Egil.

—Sí, lo conseguiremos —se unió Astrid y le puso la mano en la espalda a Lasgol.

Egil continuó.

—Seremos prudentes y tendremos muy presente que el resto de las armas doradas podrían no funcionar contra el dragón por la dureza de sus defensas. Aun así, veo un avance importante que me da esperanza. Hace poco no teníamos forma alguna de vencer, no solo al dragón inmortal, sino a los dragones menores y otras criaturas de su creación.

—Muy cierto —asintió Gondabar.

—Me pondré a trabajar en los guantes teniendo en cuenta todo lo que hemos comentado aquí y que sabemos hasta el momento —dijo Enduald—. En cuanto los tenga os los mostraré. Sería interesante hacer una prueba real…

—No te preocupes, creo que nosotros tendremos alguna que otra ocasión —replicó Viggo con ironía.

—Necesito quedarme con las estrellas para las pruebas —dijo Enduald a Lasgol.

—Por supuesto —respondió este y le hizo un gesto de que podía hacerlo.

Enduald asintió.

Lasgol volvió a situarse junto a Astrid y Viggo.

—Si trabajamos todos unidos lograremos derrotar la enorme amenaza que representa Dergha-Sho-Blaska no solo para Norghana, sino para todo Tremia —animó Egil.

—¿Podemos pedir ayuda a otros reinos, Majestad? —preguntó Annika—. Quizá ellos tengan armas o poder que podamos usar contra la gran amenaza.

Egil lo sopesó antes de pronunciarse.

—No disponemos de aliados en los que confíe, pero sí de muchos enemigos que al menor

signo de debilidad intentarán sacar provecho. Erenal es ahora nuestro enemigo, pues estamos aliados con Zangria, de la que no puedo fiarme. Irinel es nuestro enemigo también aunque estemos en un momento de tregua por la rehén que la reina Niria mantiene en Moontian. Tampoco puedo acudir de nuevo a Niria, ya le he pedido demasiado. Las ciudades-estado del este no moverán un dedo si no les pago enormes cantidades de oro, del cual no dispongo. Rogdon podría ayudar, pero para poder ir a hablar con su rey necesitaría presentarle pruebas convincentes…

—¿Qué aceptaría el rey de Rogdon como prueba convincente? —preguntó Sigrid enarcando una ceja.

—Me temo que para que crea en semejante amenaza, necesitaría llevarle como prueba un dragón que pueda ver con sus propios ojos.

—¿Vivo o muerto? —preguntó Viggo de inmediato.

—Preferiblemente vivo, pero si no hay más remedio, muerto —Egil hizo un gesto con las manos.

—No es algo que no podamos intentar… —dijo Viggo.

—¿Atrapar a uno de esos dragones? —Lasgol no lo veía tan claro. Defenderse de ellos ya era muy difícil, intentar atrapar uno podía acabar muy mal para todos.

—Bueno, podemos herirle o lo envenenamos, o ambos. Luego lo capturamos como si fuera un oso solo que con pinta de lagarto volador —explicó Viggo como si aquello fuera sencillísimo.

«No tan fácil» llegó el aviso de Camu.

—Es bastante más complicado de lo que Viggo hace parecer, pero es una opción que podemos barajar —dijo Astrid.

—Lo tendremos en cuenta por si se da la oportunidad —comentó Lasgol—. Lo veo difícil de conseguir, pero nunca se sabe.

—Si lo lográis sería una prueba difícil de refutar, sobre todo si está vivo —señaló Gondabar.

—Cierto. Podríamos mostrárselo a otros reinos y conseguir su apoyo en esta contienda —expresó Annika.

—Algunos reinos no se dejarían convencer ni aunque la mayor de las verdades del universo les diera en los morros —dijo Sigrid.

—Esos son reinos, o más bien reyes, que anteponen sus deseos a los de la realidad o necesidades de sus pueblos —dijo Gondabar.

—De ese tipo de reyes está plagado este continente —soltó Viggo.

Tras decirlo se dio cuenta de que todos lo miraban y repensó lo que había dicho.

—Bueno, a excepción de este reino, que tiene al mejor rey que uno pueda desear. Y no lo digo porque sea amigo mío.

Egil sonrió levemente. Viggo tenía esa habilidad innata de hasta en los peores momentos soltar uno de sus comentarios y hacer sonreír al más apesadumbrado de sus amigos.

—¿Los noceanos, Majestad? —propuso Raner.

—Sí, ellos ya están sufriendo las primeras consecuencias de los planes del dragón inmortal en sus propias carnes —añadió Gondabar.

—Con los noceanos podemos hablar —convino Egil con mirada pensativa—. Tengo a Maldreck con ellos en el desierto intentando tomar la ciudad maldita de Salansamur. Las últimas noticias que ha enviado es que están a punto de conseguirlo.

—Una buena noticia por fin en todo este asunto —se animó Sigrid.

—De nuevo, será mejor que no nos confiemos. Siento que mi mensaje suene algo pesimista, sin embargo, puedo aseguraos que en realidad estoy siendo realista. Ya hemos aprendido que el

dragón inmortal es muy inteligente y que puede tener guardada alguna jugada secreta que nadie espera —dijo Egil con tono de prudencia y ojos entrecerrados—. No demos por desarticulados sus planes en el desierto hasta que no quede rastro de la presencia de ninguna de sus fuerzas.

—Además, no podemos fiarnos de los mensajes de Maldreck. Ese arrojaría a su hermano gemelo a los escorpiones gigantes por salir de los desiertos y regresar a ocupar su puesto —dijo Viggo—. Es una víbora traicionera.

Hubo murmullos entre los líderes, pero nadie le llevó la contraria a Viggo. A veces decía lo que pensaba de manera demasiado directa y abierta, sin morderse la lengua, como él solía llamarlo, pero eso no significaba que no tuviera razón.

—Lo que más me preocupa no es Dergha-Sho-Blaska —afirmó de pronto Egil y todos lo miraron con expresiones de gran sorpresa.

—¿No, Majestad? —preguntó Gondabar con ojos muy abiertos y expresión de no comprender.

—No. Lo que realmente me preocupa es su gran plan.

Capítulo 11

Se hizo el silencio tras las palabras de Egil y todos lo observaron.

—¿Qué hemos descubierto de su verdadero plan, Lasgol? —preguntó Egil.

Lasgol suspiró profundamente. Lo había explicado de forma implícita al narrar lo que les había sucedido, pero sin entrar en el detalle por si Egil prefería tratarlo en privado, aunque también porque solo de pensarlo se le encogía el alma.

—Creemos que lo que en realidad ha pretendido todo este tiempo es conquistar Tremia y alzarse como rey absoluto. Es en lo que ha estado trabajando en secreto.

—Eso ya lo sospechábamos —dijo Gondabar.

—Sí, es lo que nos temíamos —añadió Sigrid.

—Y su secretismo nos ha creado muchos quebraderos de cabeza, pero ya sabíamos que era su forma de operar para conseguir ese objetivo —explicó Raner.

Lasgol miró a Astrid y ella le hizo un gesto afirmativo.

—Lo que no sabíamos es que lo va a hacer trayendo a sus hermanos dragones, a su clan.

—¿Traer dragones? ¿De su clan? —Gondabar lanzó las preguntas una tras otra por la sorpresa.

—¿Cómo? —la expresión del rostro de Raner era de extrañeza y preocupación.

—¿De dónde? —añadió Sigrid con la frente fruncida.

—De nuestro mundo no puede ser. No hay dragones en Tremia desde hace miles de años… o eso sabemos por los mitos, el folklore y las leyendas de los múltiples pueblos y etnias que habitan este continente —expuso Annika.

Lasgol asintió y volvió a suspirar.

—Dijo que en el Continente Helado hay una puerta por la que sus hermanos podrán regresar a Tremia, una puerta que él abrirá para que conquisten nuestro mundo. Su objetivo es volver a reinar sobre Drameia, que es como ellos llaman a nuestra Tremia, como ya lo hicieron en el pasado.

Un silencio llenó la sala.

Todos intentaban asimilar las palabras de Lasgol y sus inmensas y devastadoras implicaciones.

—Eso no puede ser… —balbuceó Gondabar. Por la mirada de sus ojos parecía que su mente no podía aceptar aquellas terroríficas nuevas.

—No puede estar planeando eso —expresó Annika negando con la cabeza.

—Me temo que sí. El propio Dergha-Sho-Blaska lo dijo al creer que nos tenía vencidos e iba a matarnos, algo que hubiera conseguido de no ser por el sacrificio de Drokose.

«Drokose, heroico. Gran líder. Sacrificar por Camu».

—Sí, le debemos la vida —asintió Lasgol.

—En teoría, y desde un punto de vista mágico, es posible —aclaró Endualdo.

—Son las peores noticias que podías traernos —dijo Sigrid—. Si eso es cierto estamos condenados, no solo nosotros, sino todos los pueblos de Tremia.

—Ya era una tarea muy difícil luchar contra un dragón tan poderoso y sus creaciones, luchar contra un ejército de ellos es imposible —expresó Raner con tono de que estaban condenados.

—Esa es la razón por la que no se ha dejado ver, el motivo por el que ha estado operando en

secreto. Está preparando un gran portal para traer a los dragones de vuelta a Tremia y comenzar una invasión —explicó Lasgol con voz débil.

—Si lo consigue los dragones nos invadirán y miles de humanos de todos los reinos y tribus morirán —aseveró Astrid.

Sigrid y Annika se miraron y sus rostros mostraron el espanto que sentían.

—Es una catástrofe. Lo que hemos sufrido hasta ahora no es más que el comienzo de una calamidad sin precedentes —expresó Gondabar, que se hundió en su silla con las manos en la cabeza.

—Yo lo calificaría de evento de extinción. Cientos de dragones cruzarán el portal y arrasarán los reinos causando muerte y destrucción como nunca antes se ha visto en Tremia —explicó Viggo con tono casual—. Casi como si los mares se lanzaran y cubrieran todo, solo que mucho peor, con una combinación de fuego, descargas, tormentas y terremotos. Y al que sobreviva lo descuartizarán con sus garras mayores que las de los osos y sus fauces más tremendas que las de los leones.

—Somos conscientes… —declaró Gondabar con tono muy cansado, como si la magnitud del problema que afrontaban fuera superior a las fuerzas que le quedaban.

—Pero prevaleceremos —afirmó Raner poniendo la mano sobre el hombro de Gondabar para apoyarlo y darle ánimos en aquel momento de gran preocupación.

—Se nos viene encima una calamidad que la raza humana no ha visto nunca. Podemos incluso quedar extinguidos —se lamentó Annika.

—Matarán a miles y destruirán toda resistencia. Y luego nos esclavizarán. No buscan aniquilarnos, sino que les sirvamos —afirmó Lasgol.

—¿Seguro? —preguntó Raner—. Quizá quieran reinar solos.

—Nosotros creemos que los dragones esclavizarán a los humanos que queden con vida después de arrasar el continente —indicó Astrid.

—No hay forma de intentar que cambie de parecer, ¿verdad? —preguntó Annika aunque a juzgar por su tono denotaba que conocía la respuesta.

—Siendo como es un monstruo asesino, ególatra, esclavizador y que solo busca el poder y el dominio sobre otros, yo diría más bien que no —replicó Viggo.

—Dergha-Sho-Blaska proclama que ha llegado el momento de una nueva era: la era de los dragones. Que la de los hombres ha llegado a su fin. Quiere reinar sobre este mundo que considera suyo por derecho de linaje real y conquista. Los humanos podrán postrarse y servirle o morir. Su clan se encargará de que así sea. Es lo que dijo —explicó Lasgol.

«Dragones buscar poder. Matar y esclavizar a débiles. Dragones mucho malos».

Todos callaron mientras interiorizaban las repercusiones. El silencio volvió a cernirse sobre ellos. La situación era terrible y lo que el futuro deparaba, catastrófico.

—La situación es crítica y estamos cerca de un momento que cambiará para siempre la historia de la raza humana, pero no está todo perdido —intervino Egil con un tono de confianza que calmó algo a los líderes—. Ahora conocemos la verdadera y última intención del dragón inmortal y eso nos da una oportunidad de detenerlo.

—Cierto, conocer su objetivo nos ayuda a entender lo que está haciendo y por qué. Ya no tendremos que buscar a ciegas como hasta ahora —expresó Raner.

—Sabiendo cuál es su fin tenemos una oportunidad de evitarlo, cosa que hasta ahora era imposible —añadió Sigrid.

—Y habiendo una oportunidad, hay esperanza —afirmó Annika y sus ojos brillaron.

—Abrir un portal así, entre grandes distancias, entre continentes, no será una labor sencilla.

Le llevará tiempo y esfuerzo —especuló Enduald.

—Entonces todavía podemos evitar que lo abra —dijo Astrid.

—Esa es mi opinión también —se unió Egil—. El momento funesto en el que los dragones crucen el portal y lleguen a Tremia no ha ocurrido todavía. Trabajaremos todos juntos, con confianza, hombro con hombro, con valor y pundonor, y lograremos evitar esta catástrofe sin parangón.

Los rostros de todos se iluminaron con la arenga del rey, que les infundió esperanza, valor y determinación. Todos eran conscientes de que se enfrentaban al mayor reto de sus vidas, uno que entrañaba un riesgo altísimo y cuyas probabilidades de éxito eran muy bajas.

—Lograremos detener a Dergha-Sho-Blaska. Ese portal no se abrirá —dijo Lasgol con mirada dura y determinada.

—Vamos a necesitar de uno de tus planes maestros, sabelotodo… Majestad —corrigió Viggo —. ¡El mejor y más brillante que hayas ideado nunca! Y ya puedes prever mil y una cosas que puedan salir mal, porque tratándose del lagartijo volador gigantesco y sus criaturas seguro que se tuerce todo en más de un punto crítico. Ya sabéis a qué me refiero…

—Estoy segura de que el plan será inigualable —expresó Astrid mirando a Egil y haciéndole un gesto de confianza con la cabeza.

—Siempre lo son —apoyó Lasgol.

—Oh, ya, siempre… —Viggo levantó las manos en gesto de fingida desesperación.

Egil asintió.

—Un gran plan necesitamos y uno tendremos —habló Egil—. Sin embargo, todavía no tengo toda la información que necesito para poder elaborarlo. Creo que hay matices importantes de lo que está sucediendo de los cuales no tenemos suficientes detalles. Me gustaría que me narrarais lo que Drokose os contó. Puede ayudarme con aquello que no termino de ver bien.

«Drokose mucho bueno. Yo triste».

—Siento tu pérdida, Camu —dijo Egil con tono apesadumbrado.

—Lamentamos tu pena y dolor —aseguró Annika.

—Lo sentimos todos —aseguró Astrid, que se acercó y le acarició la cabeza con dulzura.

Lasgol asintió.

—Nos contó que existen más continentes o mundos que los que nosotros conocemos y que todavía no hemos descubierto.

—Eso no está probado —dijo Gondabar—. Ningún reino tiene constancia de que existan otros continentes más allá de los que forman Tremia.

—Que no haya constancia no quiere decir que no existan, solo que no los hemos encontrado —dijo Sigrid.

«Si Drokose decir existir, ser verdad» Camu envió el mensaje junto a un sentimiento de confianza pura en lo que Drokose les había contado.

—También creemos que Drokose decía la verdad —dijo Astrid—. No tenía motivo para mentir. Estaba protegiendo a Camu, a uno de su especie al que ya había ayudado cuando no podía hibernar. Nos salvó cuando todo estaba perdido sacrificando su propia vida en una batalla final en los cielos contra Dergha-Sho-Blaska y sus dragones. Debemos dar por buenas sus palabras.

Egil asintió.

—Sí, yo también lo creo así.

Lasgol continuó.

—Nos dijo que el mundo en el que estamos es inmenso, mucho más grande de lo que

podamos llegar a imaginar, que solo hemos descubierto una pequeña fracción.

—Eso es muy interesante —dijo Egil—. Tendemos a pensar que somos el centro del universo, pero no tiene por qué ser así. De hecho, que sea lo contrario tiene mucho más sentido. Los viajes y expediciones que han intentado llegar a los límites no han vuelto y hace tiempo que los reinos ya no envían flotas a descubrir nuevas tierras.

—Porque esos barcos no regresan —dijo Gondabar.

—Se cree que el mar y las tormentas finalmente los devoran —dijo Sigrid.

—O puede que si lleguen a algún lugar del que no puedan volver —opinó Astrid.

Egil sonrió.

—Precisamente.

«Mundo mucho grande, más que Drameia. Un día yo volar y viajar por portales, cuando mucho poderoso. Drokose decir. Yo recorrer Droksfere».

—Nos dijo que Drameia, Tremia, no es más que un pequeño continente dentro de un inmenso mundo. Tuve la sensación de que hay más lugares como el nuestro, solo que están separados por inmensas distancias y rodeados por mares insondables. Lo llamó Droksfere.

—De ahí la necesidad de los portales —apuntó Enduald, que se rascaba la cabeza.

—Elabora por favor, hermano —pidió Sigrid.

—Los portales que conocemos, las perlas, las crearon los dragones para moverse con rapidez de un punto a otro de Tremia. Lo cual es singular, ya que pueden volar y con sus enormes cuerpos recorrer grandes distancias. ¿Por qué crear portales?

—¿Son vagos? —lanzó Viggo como sugerencia.

Enduald le lanzó una mirada arisca.

—No, porque ya tenían desarrollada la magia para viajar entre grandes distancias por medio de portales. Cuando llegaron a Tremia, crearon réplicas probablemente más pequeñas de esos grandes portales para facilitar dominar el continente viajando de un extremo a otro en momentos. Es solo una teoría, pero encaja con lo que estamos escuchando.

Egil asintió varias veces.

—La teoría de Enduald tiene mucho sentido. Creo que estás en lo cierto.

—Hay más… —dijo Lasgol.

—Sigue, por favor —dijo Egil.

—En esos mundos lejanos hay Drakonianos de diferentes tipos, Drakonianos menores, mayores y superiores y también otras criaturas con poder que los humanos no conocemos todavía.

—Lo cual si lo pensamos bien es estupendo. No solo hay todo tipo de lagartijos voladores, sino que además existen otras criaturas con poder. Y recalco lo de criaturas porque pueden ser cualquier cosa y encima tienen magia —expresó Viggo gesticulando y con cara de que le horrorizaba la idea.

—Muy bien no suena, no… —dijo Raner y arrugó la nariz.

—Puede que haya criaturas con magia benigna y curadora —aventuró Annika.

—Ya, o elefantes gigantes voladores que echan fuego por la trompa y tienen piel de roca. Seguro que yo me acerco más a lo que nos espera si descubrimos por accidente uno de esos continentes, mundos o lo que sean.

—Ambas posibilidades son totalmente factibles —dijo Enduald—. La magia de base plateada de los Drakonianos no está solo en nuestro continente, sino en otros. Lo mismo sucederá con el resto de las magias. Es, además, más que posible que encontremos otras magias en esos mundos, magias que todavía desconocemos.

—Izotza me dijo que había cinco que ella conocía, pero infirió que había otras, por lo que tu razonamiento es acertado —intervino Lasgol.

—Mis razonamientos suelen ser acertados, sobre todo si son sobre el mundo de la magia, un área en la que tengo mucha experiencia y conocimiento —replicó Enduald sacando aquel carácter huraño que le caracterizaba.

Lasgol no se molestó por su respuesta, lo conocía y sabía que era su forma de ser.

—Drokose nos advirtió sobre los dragones, por ser los más ambiciosos y peligrosos de todas las especies. Buscan reinar a cualquier precio sobre todo ser viviente y no hacen distinciones. Solo respetan a los poderosos y subyugan al resto. Los dragones son seres altivos y muy peligrosos. En su cultura y sangre están la guerra y la muerte. Viven para conquistar y reinar, son una especie bélica y depredadora.

«Ser Drakonianos malos».

—Realmente odiosos —señaló Annika.

—Pero también nos dijo que hay otros tipos de Drakonianos aparte de los dragones y también otras criaturas de poder de diferentes especies que igualmente buscan reinar sobre el resto de los seres con poder. Nos dijo que son muchos los que desean gobernar y pocos los mundos para hacerlo. Por eso siempre hay guerras.

—Pues genial entonces. Bichos de todo tipo y un puñado de magias nuevas. Lo que nos faltaba… —se quejó Viggo.

—Recuerda que si detenemos a Dergha-Sho-Blaska no habrá portal, y sin portal no habrá nada de eso —dijo Astrid.

Viggo lo pensó.

—Hay que matar a ese lagartijo volador gigante como sea.

Egil atendía con los ojos muy abiertos.

—Es fascinante. Nunca hubiera imaginado lo insignificantes que somos en la gran escala de este mundo que nos rodea. Siempre he creído que Tremia no era el único mundo, que había otros más allá de los mares. Pero los imaginaba con humanos, no con otros seres.

—Insignificantes puede, pero muy peleones y contestatarios —señaló Viggo.

—Tú, sobre todo —dijo Sigrid.

Viggo se irguió orgulloso.

—Drokose no dijo que no hubiera humanos en otros mundos… —reflexionó Lasgol.

—Cierto. Habló de otros seres, pero no dijo explícitamente que no hubiera humanos —añadió Astrid.

—Interesante —dijo Sigrid.

—Estarán esclavizados, seguro —opinó Viggo.

—Esperemos que no —dijo Annika.

—Es fantástico todo lo que habéis descubierto —expresó Egil y se movió inquieto en el trono.

Lasgol hizo un gesto afirmativo.

—Esto cambia todo nuestro paradigma —expresó Gondabar con su cabeza cada vez más cerca de sus rodillas.

—Tremia no es el centro del mundo, ni los humanos somos la raza dominante —expresó Sigrid.

—Ni somos el centro de la vida y la existencia —añadió Annika.

Egil asintió.

—Hay otros mundos, otras magias, otras razas y otros seres más poderosos que nosotros. Eso

debemos aceptarlo y abrir nuestra mente a lo que supone para nosotros ahora y sobre todo para el futuro —dijo Egil.

—Esto lo cambia todo, sí —afirmó Gondabar.

—Estamos ante un nuevo mundo, un nuevo comienzo. Muchas de nuestras asunciones serán probablemente erróneas —comentó Sigrid.

—Sí, pero tenemos una ventaja. Nosotros conocemos la verdad y el resto de los reinos de Tremia, no —dijo Raner.

—¿No deberíamos informarles de algo tan importante? —preguntó Annika.

—Esa es una cuestión interesante —asintió Sigrid—. Dudo mucho que nos crean sin pruebas y por otro lado nos favorece tener información privilegiada que otros no tienen. Nos ayuda a estar mejor preparados ante los eventos del futuro.

Todos miraron a Egil como solicitando su punto de vista. Él se quedó pensativo.

—Mucho tengo que analizar, razonar e interiorizar. Creo que todos debemos hacerlo. Volveremos a hablar de las implicaciones de todo esto más adelante. Ahora debemos centrarnos en lo más urgente y prioritario.

—Muy bien, Majestad, ¿cuáles son las órdenes? —preguntó Raner.

—En primer lugar, debemos socorrer a Nilsa. Es imperativo liberar a Edwina para que pueda ayudar con su sanación.

—¿Y si no puede? —preguntó Viggo.

—Lo importante es que debemos intentar ayudarla —replicó Egil—. No dejaré a una amiga herida sin socorro.

—Rescatarla en Irinel no será nada fácil —razonó Raner.

—Cierto, pero hay que hacerlo.

—Podemos raptar a otra sanadora —propuso Viggo con su habitual pensamiento amoral.

—No vamos a secuestrar a nadie —dijo Sigrid tajante.

—Sería solo por unos días, hasta que sane a Nilsa. Luego la devolvemos a su secta y arreglado.

—No vamos a hacer eso, y no es una secta, es una hermandad.

—Sigrid está en lo correcto. Hay otro plan del que podemos valernos y que ya está en marcha —dijo Egil—. Lo segundo que quiero priorizar es el desarrollo de los guantes. Enduald, ponte con ello de inmediato y pide lo que necesites.

—Sí, Majestad.

—Annika, para ti tengo la tercera prioridad. Necesito que desarrolles una pócima que nos permita viajar a través de los portales sin perder la consciencia. Es un riesgo altísimo el que estamos corriendo ahora cada vez que cruzamos.

—Haré cuanto pueda, Majestad. Puede que no lo logre…

—Tengo confianza en que lo conseguirás —dijo Egil.

—Sigrid, si Esben está ya recuperado que se encargue de las palomas de Tor Nassor. Quiero establecer contacto con él de inmediato.

—Lo está. Así se hará —asintió Sigrid.

—Ahora marchad, necesito pensar en todo lo que hemos descubierto y reponerme de las malas noticias que me han partido el corazón.

—Sí, Majestad —respondieron todos y abandonaron la sala del trono dejando a Egil con su dolor y sus pensamientos.

Lasgol le lanzó una última mirada desde la puerta antes de salir por si quería hablar. Egil lo vio y le hizo una seña de que marchara mostrando una sucinta sonrisa llena de tristeza. Lasgol

sabía que era por Nilsa y Gerd. Los otros problemas eran muy graves, pero las situaciones críticas no ponían triste a Egil, en todo caso hacían que sacase lo mejor de sí mismo. Que algo les sucediera a sus amigos sí le afectaba y mucho. Quiso ir al lado de su amigo a abrazarlo y consolarlo, pero ahora era el rey de Norghana y, como tal, debía pensar y decidir en soledad. Esa era la carga que debía soportar quien estuviera a cargo del reino y de la vida de quienes en él viven.

Capítulo 12

A la mañana siguiente, Astrid y Lasgol observaban a los Invencibles entrenar en el patio de armas del castillo real. Habían salido a estirar las piernas después de dejar a Camu en las estancias reales de la reina. Egil había decido que esos serían sus aposentos en adelante pues no se esperaba que hubiera reina en mucho tiempo. Egil estaba demasiado ocupado con los mil y uno problemas que tenía, tanto internos del reino, como políticos con reinos rivales, como con el Dragón Inmortal, como para pensar en romances que pudieran terminar en una boda. Quizás un matrimonio estratégico pudiera darse, para fortalecer el reino con una alianza. Eso siempre era una posibilidad. Triste que fuera así, pero sí era una posibilidad. Un matrimonio por amor, Egil lo había descartado y así se lo había dicho con anterioridad a sus amigos. Astrid le había respondido que cuando menos lo pensara el amor le iba a caer encima como una fresca cascada silvestre. Egil había replicado que era más probable que le cayera un meteorito encima.

—Son muy bueno con la espada —le comento Astrid que observaba como atacaban y contratacaban los Invencibles en movimientos que repetían una y otra vez, y que debían ejecutar cada vez con mayor precisión y rapidez.

—Lo son. Lo que los convierte en letales ya que no hay arma más mortal que la espada. O eso dicen los entendidos.

—Los cuchillos tampoco se quedan muy atrás —comentó Astrid mirando los suyos.

—El arco, a distancia, tampoco. Pero sin distancia…

—Tienes tu hacha y cuchillo.

—Sí, pero la espada es mejor arma, sobre todo si la manejas como ellos. Quizás un día aprenda. Creo que me gustaría.

—¿Cómo ellos con escudo y espada de infantería? —Astrid enarcó una ceja y lo miraba interesada.

—Umm… Egil me contó una vez que hay luchadores que usan dos espadas cortas y que son formidables. Una de ellas hace la función de escudo con la diferencia de que puede atacar, no solo defender.

—Con un escudo también se puede atacar. Se empuja y golpea al adversario con ellos.

—Tienes razón. Pero es algo más bruto.

—Ah claro, porque tú eres muy estilista —rio Astrid.

Lasgol se puso un poco rojo.

—Solo digo que me gusta más el otro estilo. Pero bueno, no creo que tenga oportunidad de aprender.

—La vida es larga, nunca se sabe —le sonrió Astrid.

Los observaron repetir un bloqueo con escudo seguido de una rápida estocada al corazón. Practicaban en grupos de cien. Cincuenta atacaban y cincuenta defendían.

—¡Con más brío! —pronunció Rolf, el líder de los Invencibles.

—Me preguntó si Egil confía en él —dijo Lasgol indicando con un gesto de la cabeza hacia Rolf.

—No creo. En la cena envenenada no se presentó voluntario para probarla —comentó Astrid.

—Cierto. Argumentó alguna excusa.

—Que solo un cobarde envenena la comida de un enemigo en lugar de atravesarle el corazón

con la espada —recordó Astrid.

—Vaya memoria la tuya —le sonrió Lasgol.

—Casi tan buena como mi habilidad con los cuchillos. Tengo muchas ganas de poder usar las armas doradas. Va a cambiarlo todo. Verás.

—Yo no soy tan optimista. Hay que tener en cuenta que, aunque tengamos armas que puedan dañar a los dragones, estos son inteligentes. No se pondrán a nuestro alcance una vez vean que podemos herirles con las armas doradas —razonó Lasgol—. Tienen la ventaja de poder volar, los cielos son su dominio y allí arriba poco podemos hacerles.

—Puede ser. En ese caso, tendremos que buscar la forma de hacerlos bajar. Podemos usar a Viggo como cebo. Lo atamos desnudo a un poste —bromeó Astrid con una sonrisa maliciosa.

—Astrid… —Lasgol no pudo evitar reír y la imagen que le vino a la cabeza hizo que tuviera que sacudirla con fuerza.

Dos guardabosques reales salieron del castillo. Por el ademán que traían parecía que habían terminado turno. Los vieron y se acercaron a ellos.

—Buenos días, Panteras Reales —saludo el primero que reconocieron. Era Kol, amigo de Nilsa.

—Buenos días, Guardabosques Real Kol —le dijo Astrid.

—Buenos —respondió Lasgol y saludó con la mano.

—¿Disfrutando de la demostración de la mejor infantería de Tremia? —preguntó Haines.

—Eso hacemos, si —le confirmó Astrid.

—Hemos oído que habéis vuelto. ¿Todo bien? No he visto a Nilsa… —preguntó Kol.

Astrid y Lasgol intercambiaron una mirada.

—Veras… Nilsa ha resultado herida. Está siendo tratada por una sanadora, en el sur —le explicó Astrid.

—¿Es grave? —Kol se puso muy serio.

—Bastante, pero tiene a una sanadora y curadoras con ella. Se repondrá.

Kol asintió. Su expresión era una de dolor con mezcla de temor.

—Seguro que lo hace es de espíritu fuerte —afirmo al de un momento.

—La hemos echado de menos por aquí —dijo Haines—. No hay muchos tan animados y simpáticos como ella.

—Por no decir que no hay nadie —especificó Kol.

—Esperemos que pronto regrese a este castillo y lo rocíe con su alegría y personalidad arrolladoras —expresó Haines.

—Esperemos —deseó Lasgol.

—¿Qué tal todo por aquí? —preguntó Astrid cambiando de tema y con tono un poco más alegre.

Kol miró alrededor.

—Por aquí las cosas han ido a mejor, aunque no lo creáis.

—No suele ser el caso ,no —convino Lasgol.

—¿Sí, cuenta? —le animó Astrid.

—Pues veréis. Desde que Egil es rey, los nobles del Oeste controlaban la corte y la capital, por lo que reina la tranquilidad.

—Eso está muy bien —asintió Astrid.

—Ha habido encontronazos, entre nobles del este y del oeste, aquí en el castillo real. Por fortuna no se ha llegado a la sangre —explicó Kol.

—Un par de veces casi corre —añadió Haines.

—Cierto, pero los duques Erikson y Svensen del Oeste lo han evitado. Ellos y el Conde Volgren por parte del Este. Son los que tienen el poder ahora.

—¿Y el resto de los nobles? —preguntó Astrid.

—No vienen mucho por la corte. Al menos los del oeste. El Conde Malason, los Condes Bjorn y Axel, y Harald prefieren atender sus obligaciones en el oeste. Si vienen a veces es para que no parezca que la corte está regida por los nobles del este interinos que viven en el castillo —explicó Kol.

—Aunque los nobles poderosos del Este como el Conde Volgren están en sus tierras y castillos. No aquí —apuntó Haines.

—Ya veo que los Invencibles siguen aquí, pero ¿y qué hay de los ejércitos? —quiso saber Lasgol.

—Los tres generales de los ejércitos norghanos han sacado a sus tropas de la ciudad y las han llevado a fortalezas en el sur y en el este. Los Invencibles permanecen en el castillo, pues ese es su hogar —explicó Kol.

—Como los Zangrianos y los Pueblos del Continente helado están tranquilos, los ejércitos también —dijo Haines.

—Pero Erenal sigue en guerra con nosotros —dijo Astrid.

—Más que con nosotros es con Zangria. No van a venir al norte —les explicó Haines.

—Además para llegar hasta Norghana tienen que pasar por Zangria. Eso nos deja tranquilos de momento —razonó Kol.

—De momento —puntualizó Astrid.

—Sí, bueno, pero ya es mucho —asintió Kol—. La gente está muy contenta, por lo que oímos en la ciudad.

—¿Ah sí? —Lasgol quería saber.

—Sí, mucho —confirmó Haines.

—Por primera vez en mucho tiempo no hay guerra, ni interna ni externa. El rey cuida muy bien a sus súbditos. Ha bajado los impuestos que los nobles cobran a los campesinos y artesanos, regala tributos, asegura comida a los más desfavorecidos, y todos pueden acceder a los cirujanos y curadores en las ciudades. Eso no había pasado nunca —les explicó Kol.

—Vaya sí que ha estado ocupado el rey —dijo Astrid.

—Dicen que hasta en el este tiene seguidores ahora —dijo Haines.

—Eso debe ser una exageración —dijo Lasgol.

—No creas. La gente no es tonta. Si te dan comida y curación, cuando siempre te la han negado tus otros reyes, empiezas a ver las cosas de forma diferente —le dijo Kol.

—Yo soy del este, y a mi este rey me parece sensacional —dijo Haines.

—Tu eres guardabosques real, te tiene que dará igual —le dijo Astrid.

—Para servir, sí. Y sirvo igual a reyes malos que a buenos. Pero puedo tener mi propia opinión —afirmó Haines.

—Cierto. Tu opinión es tuya —asintió Astrid.

—El reino va muy bien. Y la gente está encantada con el rey. Si os dais una vuelta por la capital lo veréis en las calles. Se respira un ambiente de alegría, de bienestar. Hacía mucho que no era así. Y la capital es mucho más partidaria del este que del oeste. Pero la realidad de la vida y el día a día mandan. Hay más comida, más salud y más moneda en las casas ahora en Norghania y eso todos saben que se debe al rey Egil —les contó Kol.

—A mí no me sorprende —dijo Lasgol.

—Bueno tu eres muy amigo suyo desde hace muchos años, normal que no te sorprenda. Pero a la gente sí el sorprende —dijo Kol.

—¿Cuándo se ha visto que un rey anteponga el bienestar del pueblo a su riqueza personal y a la de sus nobles? —preguntó Haines.

—¿Nunca? —dijo Astrid con una mueca.

—Eso mismo. Nunca —afirmó Haines.

Lasgol observaba a los invencibles mientras continuaron comentando el mucho bien que Egil le estaba haciendo al reino. Sabía que Egil no había querido echarlos para no enemistarse con ellos, si bien corría un riesgo del que era consciente. Si los Invencibles se levantaban en su contra y contaban con el apoyo de los Magos de Hielo, podrían tomar el castillo y la capital, y con ello el trono. Era un riesgo enorme con el que se veía obligado a vivir. Si los expulsaba las consecuencias serían todavía peores ya que con casi toda seguridad se unirían a los nobles del este. Teniendo a los Invencibles del este, los nobles acudirían a los tres generales de los ejércitos Norghanos y los convencerían para derrocar al rey Egil. Que estuviera haciendo mucho bien al pueblo y al reino era intranscendente cuando se trataba del juego de la política que, si ya haca el exterior era muy peligros, hacia el interior lo era todavía más.

Raner pasó a sus espaldas y los vio. Se acercó. Kol y Haines al ver al Guardabosques Primero acercarse, se despidieron y siguieron camino hacia la torre de los guardabosques.

—¿Todo en orden? —les preguntó Raner.

—Sí. Estaba pensando en ir —dijo Lasgol señalando la torre de los magos— pero hemos parado un momento a ver entrenar a los Invencibles.

Raner hizo un gesto afirmativo y miró la torre.

—¿No hay nada que puedan hacer contra los dragones? —preguntó de pronto—. Me cuesta creerlo con lo poderosos que son con su magia helada.

—Yo no diría que nada, pero poco. Las defensas mágicas de los dragones son muy fuertes —le explicó Lasgol.

—Me cuesta creer que magos tan poderosos como los nuestros no puedan dañar a esas criaturas.

—No son criaturas normales —le dijo Astrid.

—Entiendo. Me hace pensar en lo que hablamos en la sala del trono, en lo superiores que nos creemos, y que no somos en realidad…

—Lo éramos hasta ahora —le dijo Lasgol.

—Pero ha aparecido una criatura que es más poderosa que un humano —añadió Astrid.

—Y que puede acabar con todos los humanos si su plan sale adelante.

—Puede, sí, pero se lo impediremos —le aseguró Astrid.

—Eso espero, por el bien de todos.

—Si nos mantenemos unidos y luchamos todos juntos contra esta amenaza, la venceremos, estoy convencido —les dijo Lasgol.

—Hablando de eso. Voy a conseguir más flechas elementales. Las vamos a necesitar. Son efectivas contra los dragones.

—Yo puedo ayudar con eso —dijo Raner—. Acompáñame hasta intendencia y coge las que necesites.

—Creo que no em he explicado bien. Vamos a necesitar muchas fechas elementales. Y cuando digo muchas, digo cientos.

—Oh, vaya…

—Sí, y no solo eso. Vamos a necesitar un tipo de flecha especial que Nilsa había

desarrollado. La llama flecha Anti—Magos. Al impactar detona con un estruendo ensordecedor.

—No la conozco —Raner se encogió de hombros.

—Es una especialidad de Nilsa. En cualquier caso, vamos a necesitar cientos de flechas elementales ya que son las únicas que tienen algo de efecto contra los dragones. Les impiden conjurar, como a los magos. Es algo que debemos aprovechar.

—Cientos de flechas elementales no se crean de la noche a la mañana… —le dijo Raner.

—¿Sería posible poner a todos los guardabosques que no estén en misión a crearlas? Nos vendrán muy bien y salvarán muchas vidas —propuso Lasgol.

—Puedo hacer algo mejor que eso —les dijo Raner—. Pondré a todos los guardabosques del castillo y del Refugio a elaborarlas. Enviaré una misiva a Dolbarar informando de la necesidad. Si ponemos a todos los guardabosques a fabricarlas podremos tener una buena cantidad en poco tiempo.

—Eso será estupendo —se animó Astrid.

—No tendremos suficientes componentes —le advirtió Lasgol que ya imaginaba que una cosa era poner cien manos a fabricar las flechas y otra muy diferente que hubiera componentes suficientes para fabricarlas.

Raner lo pensó un momento.

—Cierto. Hablaré con intendencia para ver qué tenemos y cuanto debemos conseguir. La mayoría de los componentes son fáciles de conseguir: madera, pluma, acero, tierra, aceite, pero hay algunos que no tanto. Las flechas de Aire y las de Agua son complicadas de fabricar.

—Podemos centrarnos en las de Tierra y Fuego primero, y las de Anti—Magos —le sugirió Astrid—. Esas no requieren componentes especiales.

—Muy bien. Podré a todos a trabajar. ¿Me acompañas, Astrid?

—Encantada —respondió ella sonriendo.

Raner y Astrid marcharon hacia la torre de los guardabosques. Lasgol se sintió un poco más tranquilo al saber que tendrían mucha munición con la que tirar contra los dragones. Les vendría muy bien y estaba más que seguro de que la iban a necesitar. Por desgracia no había ningún tipo de flecha que pudiera atravesar por sí misma la coraza que representaban las escamas de dragón. Esto era una gran desventaja. Esperaba que pudieran usar las armas doradas para equilibrar la balanza en el campo de batalla. Aun así, sería muy complicado vencer a los dragones, ya que solo disponían un puñado de armas doradas, y ni siquiera tenían objetos de poder suficientes para usar como cargas.

Resopló. No quería ponerse pesimista. Habían logrado muchos avances. Solo necesitaban seguir trabajando para conseguir los que les faltaban. Si trabajaban y perseveraban cada día, lo lograrían. Dejarse llevar por el pesimismo y la frustración no conseguiría nada y eso Lasgol lo sabía bien. Ya tenían las armas doradas, pronto tendrían cientos de flechas elementales, solo quedaba conseguir el resto de las Estrellas Glaciales. Izotza las estaba buscando y en cuanto las localizara los avisaría y podrían ir a por ellas. Empuñando las armas doradas y con cargas para estas, tenían una posibilidad, y eso era todo lo que necesitaban. No la desperdiciarían.

Capítulo 13

Al atardecer, casi anocheciendo, Lasgol se decidió por fin a acercarse hasta la torre de los Magos de Hielo. Egil seguía meditando sobre todo lo que había pasado y planeando las siguientes acciones. Astrid iba con él, pero al llegar a la puerta de la gran torre se despidieron.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe? —preguntó ella.

—Seguro —Lasgol hizo un gesto afirmativo.

—¿Vas a contárselo?

—Creo que sí, merece saber qué le ha sucedido a Gerd. Después de todo, es su primo.

—Y Gerd lo trajo buscando ayuda.

Lasgol asintió.

—Me apeno tanto cada vez que pienso en el grandullón…

Astrid le cogió la mano.

—Todos sentimos lo mismo que tú. Debemos ser fuertes y no perder la esperanza.

—Sí, perdona. A veces…

—Tranquilo —Astrid le acarició la mano.

—Espero que los Magos de Hielo le estén ayudando. Nunca me he fiado de ellos… No me parecen del todo honorables —reconoció Astrid mirando hacia la torre.

—Seguro que lo intentan. No creo que se atrevan a desobedecer al rey.

—Cierto. Espero que lo consigan. Si Jerrik pierde la cabeza Gerd se llevará un disgusto descomunal.

—No se merece eso después de lo que le ha pasado…

Astrid suspiró.

—Espero que Jerrik no se tome muy mal lo de Gerd.

—Intentaré darle esperanzas, como las que tenemos todos. Es cuanto puedo hacer… —se encogió de hombros Lasgol.

—Muy bien, hazlo —dijo ella y le dio un beso en la mejilla lleno de dulzura.

Lasgol la vio marchar y no pudo sino sentirse muy afortunado pese a todo. Tenía el amor de la mujer que él amaba. Por muchas situaciones complicadas que vivieran, por muchas desgracias y momentos duros que tuviera que afrontar, saber que Astrid lo amaba le hacía sentirse el hombre más afortunado de Tremia. Tener esta seguridad hacía que todos los problemas parecieran mucho más pequeños de lo que realmente eran.

Delante de la puerta de la torre de los Magos de Hielo se le erizaron los pelos de la nuca. Llamó a la puerta y aguardó con tranquilidad. Los Magos de Hielo no solían recibir visitas, así que no acudirían a toda velocidad. Tras un momento la gran puerta blanca se abrió y apareció el más joven de los aprendices que los Magos de Hielo estaban formando.

—Mi señor, ¿en qué puedo ayudar? —preguntó con tono muy cortés y doblándose hacia delante.

Lasgol se fijó en que estaba muy blanco, como si le faltara sangre en las venas. Además, tenía unas ojeras moradas que le daban aspecto de estar muy cansado. Imaginó que se debía a la dura formación que había que seguir para ser Mago de Hielo. Por lo que Lasgol tenía entendido, era de las más duras de la parte superior del continente.

—Deseo hablar con Rangvald —dijo Lasgol.

—Nuestro líder se encuentra muy ocupado… —comenzó a decir el joven.

—Lo sé, pero a mí me atenderá. Dile que Lasgol, Pantera Real, ha venido a verle —soltó.

—Al momento, señor. Aguardad aquí, por favor —dijo y cerró la puerta.

No tardó mucho en volver acompañado de Rangvald.

—Lasgol, me alegra verte sano y salvo —saludó con una sonrisa tenue pero que Lasgol interpretó como sincera.

—Me alegra encontrar bien al líder de los Magos de Hielo —respondió Lasgol observando con disimulo.

Tendría unos sesenta años, pero los llevaba bien. Su rostro afilado, nariz fina y larga e intensos ojos azules le daban aspecto de ser alguien inteligente y decidido. Su cabello y barba níveos, le hacían parecer una persona con experiencia y conocimientos.

—Líder solo en funciones por la ausencia de Maldreck. Una vez regrese de los desiertos volverá a ostentar el liderazgo de los Magos de Hielo.

—No estaría yo tan seguro… —comentó Lasgol.

—Así debe ser. No me atrevería a retar su liderazgo, ni yo ni ninguno de los otros magos.

—Estoy seguro de que no lo harías. Lo que quiero decir es que tú tienes el favor del rey. Te ganaste su confianza y Maldreck no.

—Oh… la cena envenenada…

—Eso es.

—Una experiencia que no olvidaré mientras viva —dijo Rangvald abriendo mucho los ojos.

—El rey tampoco —aseguró Lasgol.

—Me hubiera gustado poder mostrar mi lealtad de otra manera, pero fue la que se me presentó. Un Mago de Hielo piensa a menudo en las diferentes formas en que puede perecer, pero te aseguro que nunca supuse que un veneno acabaría con mi vida. Fue una experiencia horrorosa. Una flecha al corazón, una estocada de una espada certera, una puñalada en la espalda… todas esas formas de morir las prefiero al veneno.

—Por fortuna el cirujano pudo evitar el fatal desenlace.

—Sí. Le debemos la vida Ellingsen y yo. ¡Gracias a las nieves que tenía ese antídoto!

Lasgol asintió y no dijo nada más. Egil había preparado toda aquella prueba para ver quién le era fiel y quién no. Ellingsen y Rangvald la habían pasado estando cerca de la muerte. A veces Egil llevaba las cosas muy lejos. Lasgol no siempre estaba de acuerdo con sus métodos, pero siempre conseguía sus fines. Lo que tenía claro era que los fines no justificaban ciertos métodos. Un día Egil iría demasiado lejos y habría una desgracia.

—Un cirujano preparado —sonrió Lasgol disimulando que sabía lo que realmente había sucedido y la jugada de Egil para ver si se podía fiar o no del mago.

—Entra, hablemos —ofreció Rangvald con un gesto de la mano.

Lasgol entró y el joven aprendiz cerró la gran puerta. Todo en el interior era blanco y proyectaba una luz muy clara.

—Gracias por atenderme —dijo Lasgol, que sabía que Rangvald, al igual que la mayoría de los suyos, era reservado y rara vez hablaba con nadie que no fuera otro mago.

—Cuando las Panteras Reales requieran de los Magos de Hielo estos acudirán en su ayuda.

La frase sorprendió a Lasgol. Los Magos de Hielo no acudían a la llamada de nadie que no fuera el rey de Norghana.

—¿Disponemos de tal privilegio? —preguntó Lasgol.

—Así es —sonrió Rangvald. Por un momento pareció un mago mucho más joven.

—¿Desde cuándo? —preguntó Lasgol ya sin poder disimular su asombro.

—Desde esta misma mañana. El rey me ha hecho llamar y me ha explicado en persona todo lo sucedido. Hemos mantenido una reunión a puerta cerrada en la que solo hemos estado su Majestad y un servidor. Me ha hecho participe de los terribles eventos acaecidos, de los enemigos poderosos y despiadados a los que nos enfrentamos y de su plan para conquistar todo Tremia. También me ha transmitido la información referente a los descubrimientos sobre otros continentes. Las implicaciones son astronómicas. Todavía no he podido asimilar todo lo que me ha trasladado y su crucial importancia. Lo que puedo decirte es que me siento muy honrado de que haya confiado en mí.

—Su Majestad no es de los que confía con facilidad —respondió Lasgol dándose cuenta de la estrategia de Egil. Su amigo tenía una mente privilegiada para todas aquellas ideas, planes y maniobras políticas.

—Y es por ello por lo que todavía es mayor el honor que Su Majestad hace a este su mago.

Lasgol escondió una sonrisa. Era tal y como lo había pensado. Egil y sus jugadas maestras.

—¿Ha ordenado el rey que se nos de apoyo?

—Así es. En vista de la grave situación que el reino corre, su Majestad ha pedido que los Magos de Hielo den apoyo a sus Panteras Reales en todo lo que necesiten.

—Lo agradecemos —dijo Lasgol inclinando la cabeza de lado, algo sorprendido todavía.

—Es natural que si las Panteras Reales se enfrentan a criaturas poderosas con magia vayan apoyados por magos también de gran poder.

—Estoy seguro de que vuestra ayuda nos será inestimable.

—Gracias, haremos cuanto esté en nuestra mano. También nos ha requerido que ayudemos a Enduald con sus experimentos.

Lasgol asintió.

—Necesita de más energía y solo aquellos con el Don la tienen.

—He asegurado a Su Majestad que, aunque es algo que nosotros no solemos hacer, en este caso sin duda colaboraremos. He hablado con Enduald al salir de la reunión con el rey y me ha expuesto sus necesidades. Las he encontrado factibles y con todo el sentido del mundo. Varios magos pueden hacer más que uno, eso es algo lógico e innegable. Acabo de enviar a dos de los míos a ayudar al Mago de Encantamientos.

—¿Han aceptado de buena gana?

—No, pero eso es irrelevante. Deben obedecer la cadena de mando. El rey me ha dado una orden y yo se la doy a ellos. Además, estoy de acuerdo con el rey y con Enduald, por lo que si alguno de ellos no se comporta como debe, tendrá que responder ante mí.

—Esperemos que no ocurra.

—Esperemos. No he entrado a explicarles la criticidad de la situación al detalle, pues no es necesario que la sepan, pero les he dejado claro que el reino corre peligro y que los experimentos de Enduald son muy importantes para protegerlo. Por otro lado, tienen que obedecer las órdenes recibidas, les gusten o no.

—Espero que colaboren.

—Yo también. En una situación tan grave, todos debemos colaborar para vencer al enemigo del reino —afirmó Rangvald abriendo las manos.

—Esa es una de las razones por las que estoy aquí.

—En ese caso, pasemos a mi estudio y hablemos con tranquilidad —Rangvald hizo un gesto para que lo acompañara.

—Lo agradezco —dijo Lasgol.

Subieron por la escalera hasta el primer piso.

—Está justo al final —anunció Rangvald guiando al Guardabosques por un pasillo estrecho y dejando atrás varias puertas. Los Magos de Hielo tenían muchos secretos y se decía que en aquella torre había desde tesoros compuestos por cofres cristalinos llenos de diamantes a criaturas elementales que servían a los magos y protegían sus tesoros.

Al llegar a una puerta, Rangvald se detuvo y, moviendo su báculo, comenzó a conjurar. Lasgol vio de pronto que sobre la puerta aparecían diferentes runas que brillaban con destellos blanquecinos formando tres círculos concéntricos. No podía entender las runas, parecían estar compuestas de símbolos extraños, ininteligibles para un norghano, o al menos para uno sin grandes conocimientos mágicos.

—¿Runas de protección? —preguntó Lasgol con la intriga por saber qué eran.

Rangvald terminó de conjurar y las runas brillaron tres veces con destellos blanquecinos.

—Lo son. Veo que eres capaz de percibir la magia sin necesidad de hechizos u objetos de poder. Eso es indicativo de que tienes mucho poder mágico.

—¿Lo es? —Lasgol puso cara extrañada.

—Lo es. Solo aquellos que son muy afines a la magia pueden percibirla sin ayuda de herramientas o fuentes de poder. Y si pueden hacerlo es porque su magia es poderosa, aunque ellos no sean conscientes.

—Oh…

—¿Qué ves en la puerta?

—Tres círculos, parecen runas…

—Lo son, y de protección, como muy bien has deducido. A los magos no nos gusta que otros husmeen en nuestras cosas privadas, sobre todo sin permiso. Si alguien intenta entrar en mi estudio se llevará una sorpresa manifiesta en forma de un estallido de hielo que lo congelará dónde está.

—Vaya… bueno es saberlo.

—Es un sistema de lo más eficiente. Protege, y si alguien es tan descabellado como para intenta forzar la puerta, lo deja congelado donde está hasta mi llegada.

—Sí, eficiente es —asintió Lasgol imaginándose a un ladrón congelado frente a la puerta que intentaba forzar. Por otro lado, solo un loco intentaría robar algo de la torre de los Magos de Hielo norghanos. La imagen del rostro de Viggo le vino a la mente. No, ni siquiera Viggo sería tan osado.

Entraron en el estudio, que al igual que todo en aquel lugar, era de un color blanco nieve. Quizá el color era algo más tenue allí, como si por ser un estudio las paredes y el mobiliario no reflejaran tanto la luz que entraba por una ventana alta.

Rangvald se sentó detrás de su mesa de trabajo. Había libros en las estanterías, amontonados en las cuatro esquinas como si fueran adornos, sobre el escritorio y sobre un sofá y dos butacones. Por suerte, en la silla frente al escritorio no había nada y Lasgol se sentó a una indicación del Mago de Hielo.

—¿En qué podemos ayudar? —preguntó Rangvald a Lasgol con tono suave y, hasta donde el guardabosques podía intuir, verdadero.

—Mis conocimientos mágicos son limitados y necesito de la ayuda de alguien de confianza y con conocimientos arcanos amplios para poder luchar contra los dragones.

Rangvald asintió varias veces.

—Esa persona soy yo.

—Gracias, todos lo apreciamos.

—He de reconocer que me resulta difícil imaginar a un dragón tan poderoso como el que me

habéis trasladado. Siendo sincero, me resulta difícil imaginar siquiera a un dragón, pues nunca he visto ninguno. No me entiendas mal, no estoy dudando de vuestra palabra, y jamás dudaría de la palabra del rey, pero para alguien que no se ha encontrado de frente con tales criaturas mitológicas resulta complicado asumirlo.

—Yo puedo ayudar con eso —dijo Lasgol—. Puedo mostrarlo.

—¿Puedes? Eso sería muy apreciado, no solo por mí sino también por los otros magos. Tengo que convencerles de la existencia de esas criaturas y no todos son tan anchos de miras y de mente como presumo ser yo. Me temo que sin pruebas será difícil. Si puedes mostrarme uno, eso ayudaría sobremanera.

—Puedo hacer algo mejor que eso, puedo mostrarte un combate contra un dragón. Mi esperanza es que sirva para encontrar una forma de derrotarlos, o al menos defenderse de ellos —dijo Lasgol.

—Me tienes muy intrigado. ¿Cómo puedes mostrarme lo que comentas? Tiene que ser por medios mágicos. No hay otra forma.

Lasgol asintió.

—Es por medio mágicos, sí.

—Adelante, muéstramelo —pidió Rangvald.

Lasgol se metió la mano derecha en el cuello y sacó el colgante de su madre. Se lo mostró al mago.

—Esta joya es un Marcador de Experiencias. Está encantada. Perteneció a mi madre y ahora a mí. Puede capturar una escena de la vida real y almacenarla para más tarde ser visualizada.

—Interesante objeto. Si puede hacer lo que me estás describiendo es muy valioso —expresó Rangvald mirando la joya con ojos llenos de interés.

Lasgol se puso en pie y miró hacia el techo, que parecía hecho de nieve.

—Eso servirá.

Cogió la joya con su mano derecha, cerró los ojos y se concentró. Utilizó su habilidad Comunicación Arcana e interactuó con el colgante, que emitió un destello. Lasgol había estado practicando con el objeto, como Izotza le había indicado. La Señora de los Glaciares le había pedido que marcase sus experiencias en él para después vivirlas, ya que no podía abandonar su reino de hielo. Fuera de sus dominios perecería y su cuerpo se convertiría en miles de minúsculos cristales de hielo que el viento se llevaría.

Suspiró e hizo que la joya fuera al último recuerdo almacenado en ella. Lo vio moverse sobre los recuerdos hasta llegar al final. La siguiente posición estaba vacía, hueca. Si colocaba su mente sobre esa podría marcar un nuevo recuerdo, como había hecho en el último combate contra el dragón menor marrón, pero ahora no quería almacenar una vivencia, quería recordar la anterior y mostrársela a Rangvald. Interactuó con la experiencia marcada y tras dos destellos comenzó a verse sobre el techo níveo.

Rangvald miró hacia arriba con ojos muy grandes.

—Sorprendente… —murmuró cuando el ataque comenzó a verse proyectado.

La escena se veía a través de los ojos de Lasgol, tal y como él la había visto y vivido. Lasgol dejó que todo el recuerdo se visualizara para que Rangvald pudiera hacerse una muy buena idea de a lo que se enfrentaban.

—Impresionante —expresó con tono de sorpresa cuando la imagen desapareció y la joya dejó de brillar.

—Esto es a lo que nos enfrentamos, a docenas de ellos y a su señor, el dragón inmortal, que es diez veces más grande y poderoso.

Rangvald bajó la cabeza.

—Muy preocupante, mucho —expresó—. ¿Podría verlo otra vez? —pidió el mago.

—Por supuesto —asintió Lasgol y le volvió a mostrar toda la escena.

Al finalizar la segunda visualización del combate con el dragón Rangvald resopló.

—Un enemigo formidable. ¿La magia no le afecta?

—No, que sepamos.

—¿Y sus escamas son como coraza pesada?

—El acero no puede traspasar su piel.

—Un problema importante, pues además tiene garras y fauces tremebundas y, lo peor de todo, vuela. Eso le da una ventaja impresionante en combate.

—Así es. Necesitamos encontrar una forma de hacerlos vulnerables. Ahora mismo solo las armas doradas pueden atravesar sus defensas mágicas y físicas.

—Gracias al tipo de magia pura dorada de la que están compuestas —razonó Rangvald.

—Así es.

—¿Puntos débiles de esas criaturas?

—Ojos y boca.

—Lo imaginaba…

—Pero no resulta nada fácil, sobre todo cuando vuelan. Además, son conscientes de esa debilidad y se protegen.

—Lo imagino —Rangvald se reclinó hacia atrás en su sillón y miró al techo, pensativo—. Si dispone de defensas mágicas… funcionarán mientras le quede energía mágica. Una opción es obligar a que la consuma toda.

—Eso no parece muy viable, tienen más energía que nosotros.

—¿Lo sabemos o lo sospechamos?

—Lo sospechamos. No hemos podido medir cuánta energía tienen.

—No será algo sencillo de calcular. Tendríamos que hacer una prueba sobre uno de ellos.

—No suelen estar muy dispuestos a que les hagan pruebas —dijo Lasgol con algo de sarcasmo.

Rangvald sonrió.

—Lo imagino. Siendo criaturas agresivas, ególatras y sin escrúpulos, como me ha contado el rey, va a ser imposible convencerles para colaborar en nada.

—Así es. Solo les importa el poder y nos matarán a todos para gobernar sobre Tremia.

—Déjame meditar sobre todo esto, a ver qué puedo idear que nos sea de ayuda.

—Por supuesto —asintió Lasgol.

—¿La segunda cosa que necesitabas? —preguntó Rangvald.

Lasgol suspiró.

—Tengo que hablar con Jerrik. He de darle la mala noticia sobre su primo Gerd…

—Entiendo. Será un golpe duro para él.

—¿Cómo le está yendo?

—Bastante bien, dentro de lo que cabe. Ingolf se está encargando de él. Lo protege y le enseña. El miedo y las dudas le impiden avanzar tan rápido como nos gustaría a todos, pero va haciendo progresos. Esperamos que pronto deje de ser un peligro para él y para los demás.

—Os lo agradezco. Sé que los Magos de Hielo no suelen realizar este tipo de servicio.

Rangvald se encogió de hombros.

—Estamos para servir al rey. Nos centramos en decantar las batallas del lado norghano y formamos a los nuestros con ese fin. Ayudar a otros con el Don no es parte de nuestras

obligaciones, y menos cuando se trata de un adulto, donde las posibilidades de recuperarlo para el uso de la magia son pocas.

—Por eso os lo agradezco todavía más.

—Es una orden del rey y debemos seguirla. Ayudaremos a Jerrik hasta donde nos sea posible, pero las perspectivas no son buenas. No por él, sino porque si se llega a una edad adulta y no se ha trabajado el Don, este suele terminar por destruir a las personas que lo manifiestan. Accidentes, locura o muerte son lo que suele esperarles.

—Seguro que hay esperanza para Jerrik.

Rangvald suspiró.

—Una, muy pequeña, mientras esté bajo nuestra supervisión.

—No aferraremos a ella.

Rangvald asintió.

—Acompáñame y podrás verlo. Está en la sala de entrenamiento.

—Gracias.

Lasgol acompañó a Rangvald. Encontraron a Jerrik en la curiosa sala de entrenamiento de los Magos de Hielo. Era una estancia protegida por barreras mágicas. Podía discernir al menos tres que brillaban con destellos blanquecinos. Se asemejaban a la cúpula antimagia que Camu generaba y cubrían toda la estancia, que era circular. Jerrik estaba sentado en el suelo en el medio, dentro, o más bien, bajo las tres cúpulas de magia protectoras. Parecía estar tranquilo. Miraba de manera fija un punto de luz blanco frente a él. Daba la sensación de que estaba concentrándose. Ingolf observaba fuera de las cúpulas, desde la entrada por donde Lasgol y Rangvald habían accedido.

—Me alegra verte de vuelta, Lasgol —saludó Ingolf con una pequeña reverencia.

Lasgol devolvió el saludo con una inclinación de la cabeza. El Mago de Hielo debía rondar los cincuenta y cinco años de edad. Tenía el mismo aspecto que todos los Magos de Hielo, con su níveo pelo y barba. Sus ojos eran grises y su rostro y nariz redondeados. Parecía algo más jovial que el resto de sus compañeros.

—Ha venido a ver a Jerrik —informó Rangvald a Ingolf.

Ingolf asintió.

—Está haciendo avances. No he perdido la esperanza —susurró Ingolf a Lasgol para que Jerrik no pudiera oírlo.

—Gracias. Traigo malas noticias para él. No sé si debería… —Lasgol no quería empeorar la condición de Jerrik y darle un gran disgusto, en aquel momento quizá no era lo más adecuado.

—¿Qué malas noticias? —quiso saber Ingolf.

—Su primo, Gerd. No ha regresado de la última misión. No queremos pensar que sea así, pero podría estar muerto… Tenemos la esperanza de que siga con vida —explicó Lasgol mientras una punzada de angustia le agarrotaba la garganta.

—Si no hay seguridad de que haya muerto, no se lo digamos. Podría ser contraproducente —sugirió Ingolf—. Su mente está en un estado muy delicado, se resquebraja. Esto podría romperla. Prefiero no arriesgarme.

Lasgol suspiró.

—Está bien. ¿Y si pregunta por Gerd?

—Le diremos la verdad, que no ha regresado de su misión todavía, pero no le diremos que le ha podido suceder algo —dijo Ingolf con un gesto de sus manos que indicaba que era cuanto podían hacer.

Lasgol tuvo que darlo por bueno. No quería infligir sufrimiento innecesario en Jerrik, menos

aun cuando podía llevarlo a perder la cabeza y hacerle un daño irreparable. La mente era algo muy frágil y en algunas personas, las que habían sufrido mucho, se rompía como el cristal. No, mejor no decir nada de momento y esperar a que se recuperara y Gerd regresara con ellos.

Capítulo 14

Al día siguiente Egil hizo llamar a Astrid, Lasgol, Viggo y Camu a la sala del trono. Algo había sucedido o algo planeaba. Cuando entraron se encontraron al rey acompañado de Raner y Gondabar. Alrededor había Guardabosques Reales veteranos custodiando la sala. No estaba la Guardia Real ni su comandante, Ellingsen, lo que indicaba que lo que se fuera a tratar era tema de Guardabosques.

—Bienvenidos —saludó Egil con expresión de preocupación.

—Majestad —saludó Astrid con respeto y se inclinó.

Lasgol y Viggo también lo hicieron. Camu bajó la cabeza agachando las patas delanteras aunque iba camuflado.

—Tratadme como siempre, como Egil, vuestro amigo. Me siento muy extraño cuando os dirigís a mí con tanta ceremoniosidad.

—De acuerdo, sabelotodo —replicó al instante Viggo con una sonrisa traviesa.

—Lo intentaremos, pero es que ahora eres el rey… Ya no es como antes —dijo Astrid.

—Antes que rey soy Pantera de las Nieves y vuestro amigo.

—Te agradecemos el gesto —aseguró Lasgol—. Lo intentaremos, al menos en privado —Lasgol miró alrededor y vio que los Guardabosques Reales estaban apostados lo bastante lejos como para no oír la conversación.

«Yo hablar siempre igual. No poder cambiar» se excusó Camu en estado camuflado.

—Precisamente. Tratadme como siempre —pidió Egil y sonrió ligeramente.

—Está en la potestad del rey decidir quién y cómo ha de tratársele —dijo Gondabar, que estaba de pie apoyado en su cayado y parecía tener algo más de vigor.

—Nuestro rey ordena y sus Guardabosques siguen sus órdenes —añadió Raner.

Todos asintieron.

—Os preguntaréis por qué os he hecho llamar.

—¿Nuevo plan? ¿O algo se ha torcido? —intentó adivinar Viggo.

Egil asintió.

—Ambas cosas. He recibido noticias desde Irinel. El plan está en marcha y ha llegado un momento crucial.

—Eso son buenas noticias —dedujo Lasgol.

—Sí, pero ha surgido un problema importante que necesitamos solventar de inmediato, antes de que Kylian y los suyos se den cuenta de lo que estamos tramando —explicó Egil con un tono que indicaba que el contratiempo era serio.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Astrid decidida.

—Sí, no podemos permitirnos fracasar y no rescatar a Edwina —expresó Lasgol.

—La rescatamos como sea. Tiene que ir a curar a Nilsa y a Ingrid —añadió Viggo.

Egil hizo un gesto afirmativo.

—La situación es urgente. Uno de vosotros debe ir a Irinel a solucionar el problema con el que se han encontrado y ayudar a extraer a Edwina de la fortaleza donde la tienen prisionera.

—Voy yo —se ofreció Viggo antes de que Astrid y Lasgol pudieran decir nada.

—Podemos ir todos —añadió Lasgol.

«Sí, yo querer ayudar también».

Egil negó con la cabeza.

—No voy a arriesgaros a todos, no para esta misión. Solo necesito de un Especialista Asesino, el resto del equipo ya está allí y en posición.

—En ese caso yo también me presento voluntaria —dijo Astrid.

Lasgol la miró preocupado. No quería separarse de ella, después de lo que les había sucedido a Nilsa y Gerd las separaciones parecían ahora demasiado arriesgadas. Todos tenían en mente que algo malo podría suceder.

—Gracias a los cuatro por ofreceros. Irá Viggo —decidió Egil.

—Lo sabía, siempre me has tenido manía por ser tan guapo e irresistible —bromeó Viggo con total descaro.

El comentario hizo que Egil sonriera. A Raner y Gondabar no les hizo gracia y mostraron su disconformidad en sus rostros.

—Cierto, pero en este caso priman más tus habilidades letales que tus encantos irresistibles —replicó Egil con ironía.

—Perfecto. ¿Cuándo zarpo?

—Esa es una cuestión que he estado sopesando… —comenzó a decir Egil con la mano derecha en la barbilla—. No vas a ir en barco.

—¿Cómo? Por tierra tardaré una eternidad, ¡Irinel está lejísimos! Aparte de que hay que cruzar Zangria y, aunque ahora seamos amiguetes, no me fio un pelo de esos bajitos feotes.

—No vas a ir por tierra tampoco —especificó Egil.

—Vamos a ver. Si no voy por mar ni por tierra, ¿cómo voy a ir? —Viggo puso los brazos en jarras.

—Irás con Camu.

—¡No, no, no! ¡Eso sí que no! ¡A mí no me atáis al bicho de nuevo! —Viggo protestó alzando los brazos y sacudiendo la cabeza.

Egil dejó que lo hiciera durante un rato para que se desahogara.

—Loke está vigilando el Refugio. Ha informado de que solo hay un dragón rojo cuidando de la perla en estos momentos —explicó Egil.

—Ha informado esta misma mañana —añadió Raner.

—La razón de que solo haya uno la desconocemos —indicó Gondabar—, pero presenta una oportunidad.

—Una oportunidad para que me achicharre vivo atado a la espalda del bicho —se quejó Viggo.

«Yo no bicho. Tú no achicharrar conmigo».

—Una oportunidad para engañar al dragón y utilizar el portal —especificó Egil.

—¿Engañar? Podríamos luchar contra él —propuso Astrid.

—No es el momento —Egil hizo un gesto negativo con la mano—. Todavía estamos en clara desventaja contra ellos. No arriesgaré la vida de más Guardabosques sin que tengan una oportunidad. Cuando podamos usar las armas doradas de forma efectiva, y en función de la situación, puede que opte por la lucha, pero ahora no. Tenemos que usar la inteligencia y el subterfugio. No queremos luchar con el dragón, solo usar el portal.

—Entiendo —asintió Astrid.

—Engañarlo tampoco será sencillo —indicó Lasgol—. Son tan inteligentes como despiadados.

—Lo son, pero nosotros somos muy imaginativos y con recursos —afirmó Egil señalándose la sien con el dedo índice.

—Tienes un plan —se dio cuenta Lasgol.

—Primordial, mis queridos amigos —dijo Egil con una sonrisa pícara.

Viggo se llevó las manos a la cabeza y Astrid y Lasgol asintieron.

«Buen plan. Yo seguro».

—Esperemos que lo sea, o al menos lo suficientemente bueno para engañar al dragón —deseó Egil.

—Todo está ya preparado —informó Raner.

—Muy bien. ¿Viggo? —preguntó Egil.

—Si no quieres ir, iré yo —dijo Astrid.

—De eso nada. Voy yo, que soy el mejor Asesino de Norghana. ¡Pero que conste que estoy hasta el gorro de los portales!

—Ya, como los barcos te sentaban tan bien… —se rio Astrid.

—¡Porque hay que ir por tierra! ¡A pie o caballo!

Egil aguardó de nuevo a que Viggo dejara de soltar improperios y le explicó el plan.

—Debes viajar a la Perla del este, salir del portal y evadir al dragón o dragones que haya allí apostados.

—Con mi suerte seguro que habrá dos y serán verdes.

—¿Dragón verde? No hemos visto ninguno de ese color hasta ahora —se extrañó Lasgol por el comentario.

—Estoy de broma, rarillo.

—Quizá los haya. Me pregunto qué tipo de magia de ataque tendrán —reflexionó Astrid en voz alta.

—No os preocupéis, ya me encargo yo de averiguarlo. ¡Me encantará! —dijo Viggo con tono de enorme sarcasmo.

«Seguro que sí».

—Ese portal te deja cerca del sur de Irinel, que es a donde debes dirigirte. Allí te espera el equipo de Guardabosques que envié para esta misión —continuó explicando Egil.

—Más vale que sean buenos. Irinel es territorio enemigo para los norghanos —expresó Viggo.

—Más todavía para los Guardabosques. Os colgarán por espías si os descubren —clarificó Raner.

—Cada vez me gusta más esta misión —Viggo hizo una mueca de que estaba encantado.

—Una vez te juntes con el equipo, solventaréis el problema con el que se han encontrado y rescatareis a Edwina.

—De eso me encargo yo, no os preocupéis. El problema desaparecerá en un abrir y cerrar de ojos —Viggo se frotó las manos.

—Una vez tengas a la sanadora tomarás el Portal del este y te dirigirás directo al desierto con ella.

—Más bien Camu, ¿no?

Egil asintió.

—Camu, tú te encargarás de abrir los portales y viajar al desierto con Edwina y Viggo.

«Yo encargar».

—¿Y el resto del equipo que está allí? —preguntó Viggo.

—Mejor que no os acompañe, por los posibles encontronazos con dragones —explicó Egil.

—Entendido. Resumiendo: ir a Irinel por el portal, juntarme con el equipo, solventar problema, rescatar a Edwina, coger portal de nuevo e ir al desierto. Y entiendo que ninguno de

los nuestros debe morir durante la misión.

—Sería lo ideal, sí —dijo Egil.

—Pan comido. Ni me voy a despeinar.

—Imaginaba que dirías eso. Una misión de las que a ti te gustan —afirmó Egil con expresión divertida.

«No problema. Nosotros victoria» envió Camu con su habitual optimismo y confianza.

—Es recomendable que extreméis las precauciones. Las misiones en territorio enemigo y contra fuerzas considerables lo requieren —recomendó Gondabar hablando con la voz de la experiencia.

—¿No podemos colaborar? —preguntó Lasgol al que el comentario de su líder le había dejado con mal cuerpo.

—En la primera parte de la misión, sí. Pero os necesito aquí por lo que pueda pasar. Tengo la sensación de que os voy a necesitar para otros temas de importancia. Además, con arriesgar la vida de Viggo ya es suficiente. No quiero arriesgar las vuestras si no es totalmente necesario.

—De acuerdo —dijo Lasgol, que entendía los motivos de Egil.

—Id a preparaos. Al amanecer nos pondremos en marcha —dijo Raner.

—Tened mucho cuidado, ¡y que la suerte sea con vosotros! —deseó Egil.

—No te preocupes, esto lo soluciono yo en un abrir y cerrar de ojos —respondió Viggo.

Lasgol y Astrid intercambiaron una mirada de preocupación. Los dos sabían que de fácil aquella misión no tenía nada. Viggo se las iba a ver y desear para salir victorioso y con vida. Y no solo él, Camu también. Eso preocupó a Lasgol. Él no era tan optimista como Camu y Viggo.

Capítulo 15

Los integrantes de la primera parte de la misión se reunieron al alba frente a la torre de los Guardabosques. Astrid, Lasgol, Viggo y Camu, en estado camuflado, estaban preparados para partir hacia el Refugio. Raner salió de la torre acompañado de seis Guardabosques Reales veteranos. Los conocían a todos: Kol, Haines, Mostassen, Nikessen, Ulsen y Eyegreson. Los veteranos saludaron con la cabeza a las Panteras Reales, que devolvieron el saludo.

—¿Preparados? —preguntó Raner.

—Lo estamos —asintió Lasgol.

—Muy bien, ya estamos casi todos —afirmó Raner.

—¿Quién falta? —Viggo frunció el ceño.

—Ellos dos —dijo Raner señalando hacia atrás.

Todos se volvieron y pudieron ver a dos Magos de Hielo que se acercaban con sus vestimentas níveas y báculos tan blancos como su cabello y su barba. Los reconocieron de inmediato. Eran Rangvald e Ingolf.

—¿Vienen con nosotros? —se extrañó Astrid.

—Sí, órdenes del rey —dijo Raner con voz seria.

—Esto no me lo esperaba —reconoció Viggo.

—Yo tampoco. Rangvald e Ingolf no me lo habían dicho y he hablado con ellos hace nada —reconoció Lasgol.

—Su Majestad les ha comunicado su plan esta misma mañana —informó Raner.

—Pues les habrá pillado de sorpresa no, lo siguiente —sonrió Viggo—. Seguro que vienen con un humor excelente.

—Los Magos del Rey sirven cuando y como Su Majestad los necesita. No hay espacio para las preferencias personales —dijo Raner.

—Ya, díselo a ellos —comentó Viggo señalando con el pulgar y poniendo cara de burla.

Los dos magos llegaron hasta el grupo.

—Buenos días a todos —saludó Rangvald.

—Magos de Hielo —saludó con una inclinación de la cabeza Raner.

—Estamos preparados para emprender la misión del rey —informó Rangvald.

—No hemos sido informados con demasiada antelación… —comentó Ingolf con tono de queja.

Viggo sonrió e hizo una mueca.

—Las misiones secretas y urgentes no se comunican con antelación —replicó Raner con tono militar.

Ingolf puso mala cara, pero no dijo nada.

De la torre de los Guardabosques aparecieron Annika y Sigrid.

—Esperad, tengo algo para Viggo —dijo la primera.

—¿Un regalo de despedida? No tenías por qué molestarte… —bromeó él.

Sigrid puso los ojos en blanco.

—¿Es que nunca te tomas nada en serio?

—Casi nunca —se encogió de hombros.

Annika sonrió.

—Es algo que puede interpretarse como un regalo, sí. Te he preparado varias pócimas para el portal —entregó un macuto con varios contenedores.

—Más vale que sea una pócima de las buenas porque la voy a necesitar.

—He estado mejorando la receta, pero claro, no pude probarla. Tendrás que hacerlo tú y detallarme si ha funcionado o no y qué has sentido, solo así podré mejorarla. La parte teórica no se sustenta sin la práctica cuando se desarrollan nuevas pociones.

—¡Qué bien! Ya estamos otra vez con los experimentitos… ¿Es que no podéis inventar algo bien a la primera?

—Me temo que no es tan sencillo, ni con las pócimas ni con la magia —dijo Sigrid mirando a los dos magos.

—Hablando de magia. ¿Dónde está el pequeño gran hombre? ¿No tiene un guante listo para mí? —preguntó Viggo.

—Endualdestá trabajando sin descanso en los guantes. De momento no tiene ninguno funcional. En cuanto lo tenga nos los presentará —dijo Sigrid.

—¡Pues qué bien! Así no voy a poder asarme un lagartijo volador para la cena. Y mira que con uno de esos puedo alimentarme dos estaciones… —sonrió e hizo una mueca divertida.

—Esa no es la misión —corrigió Raner—. Céntrate y no te desvíes o habrá problemas.

—De que habrá problemas no tengo ni la más mínima duda —replicó Viggo con expresión de que siempre los había.

—Pues más en favor de que sigas las órdenes al pie de la letra —sentenció Raner.

—Yo siempre hago eso —aseguró Viggo con ironía.

—¿Partimos? —intervino Lasgol antes de que Viggo dijera otra de las suyas.

—Partimos —asintió Raner—. ¡Traed las monturas! —ordenó.

Los Guardabosques Reales fueron a los establos y trajeron monturas para todos.

—Buena suerte —deseó Sigrid.

—Que los Dioses de Hielo y la naturaleza os acompañen —deseó Annika.

El viaje hasta el Refugio lo hicieron sin problemas y a bastante buen ritmo. Para sorpresa de todos, los magos eran bastante buenos jinetes, por lo que no les retrasaron demasiado.

Al llegar al Pico Helado se detuvieron a sus pies y aguardaron con los ojos puestos en el cielo. No apreciaron ningún dragón, pero tampoco lo esperaban. El dragón rojo debía estar en el interior del enorme valle que formaba el Refugio y las cordilleras montañosas no permitían ver su interior. Así y todo, el ambiente era tenso.

Kol y Haines se acercaron hasta Astrid y Lasgol.

—¿Es cierto que dentro hay un dragón? —preguntó Kol con ojos de duda.

—Por desgracia, sí, es cierto. Uno rojo, un elemental de fuego —respondió Lasgol.

—¿Echa fuego? ¿Como en las historias del folklore? —preguntó Haines con grandes ojos.

—Sí, por la boca, en una bocanada que alcanza más de doscientos pasos, así que permaneced siempre fuera de ese alcance si no queréis terminar achicharrados —advirtió Astrid.

—También tienen ataques mentales que te golpean la mente y el cuerpo. Como si una fuerza invisible te diera un mazazo en plena frente y luego en el torso —añadió Lasgol.

La conversación interesó sobremanera al resto de los Guardabosques Reales, que no perdían palabra de lo que se hablaba.

—Es que… veréis… no nos han contado nada sobre lo sucedido en el Refugio… Sobre las muertes… Pero hay muchos rumores y hablan de dragones —explicó Kol.

—Que son difíciles de creer… —añadió Haines.

—Pues será mejor que lo creáis porque vais a ver uno ahí dentro, y si os acercáis a él o cae sobre vosotros estáis muertos —añadió Viggo que, como siempre, tenía la oreja puesta.

—Os creemos, es solo que… bueno, estamos hablando de dragones… —expresó Kol con cierta incredulidad

—Monstruos mitológicos… —Haines negaba con la cabeza.

—Pues tenemos a su primo con nosotros —soltó Viggo.

—¿Primo? —preguntó Kol sorprendido.

—¿Con nosotros? —Haines miraba alrededor sin ver nada.

—Camu, déjate ver. Es mejor que ahorres energía y ellos se lleven el susto ahora —dijo Lasgol.

«Yo dejar ver».

Al hacerse visible, los Guardabosques Reales se llevaron un susto tremendo y Mostassen y Nikessen cogieron sus arcos.

—¡Tranquilos todos! Es un aliado, una criatura mágica de los Hielos —explicó Raner con rapidez para que nadie tirara.

Los dos magos observaban a Camu en silencio y lo estudiaban con interés. Ellos no estaban asustados, sino intrigados.

—¿Es un dragón? —pregunto Kol.

«Yo Drakoniano Superior. Más que Dragón» envió Camu a todos.

Los Guardabosques Reales se llevaron las manos a la cabeza.

—Me ha… hablado… en mi mente —balbuceó Mostassen.

—¿Cómo puede ser? —expresó asustado Nikessen.

—¿Brujería? —se asustó Ulsen.

«No brujería. Magia Drakoniana».

—Estad tranquilos. Camu está con nosotros y nos defenderá del dragón si es necesario —aseguró Lasgol.

—Es nuestro amigo y compañero. Tratadlo como tal si no queréis véroslas conmigo —amenazó Astrid.

—Tranquilos, el bicho es inofensivo para los humanos —añadió Viggo.

«Yo no bicho. Y no ser inofensivo».

—Bueno, si se os cae encima, pues claro, os espachurra… —bromeó Viggo y sonrió.

—Todos tranquilos. Es una orden —comandó Raner.

Los veteranos se fueron tranquilizando al ver que Camu no les hacía nada y sus compañeros les decían que no había problema.

«Yo amigo. Todo bien».

Los Guardabosques Reales y los Magos de Hielo lo miraban llenos de asombro.

—Una criatura de lo más fascinante —comentó Rangvald.

—¿Qué tipo de magia tiene? —preguntó Ingolf.

—Es un poco largo para explicarlo ahora —dijo Lasgol— y tenemos que continuar con la misión —señaló a una figura que se acercaba.

Los demás se volvieron y descubrieron a Loke, que se unía a la comitiva.

—Guardabosques —saludó con un gesto de su cabeza.

—Guardabosques Especialista Loke —saludó Raner—. ¿Cómo está la situación? —preguntó sin perder un momento.

—Tenemos un dragón rojo vigilando la Perla.

—¿Está sobre la Madriguera? —preguntó Lasgol.

—Sí, junto a la Perla. Solo abandona el lugar cuando sale a cazar para alimentarse.

—¿Y qué caza? —preguntó Viggo inclinando la cabeza.

—Cualquier animal mediano o grande. Desde ovejas hasta osos. Los mata y los devora en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Habéis oído, chicos? Pues atentos si no queréis terminar de merienda de ese bicho —avisó Viggo a los Guardabosques Reales.

—¿Cuánto podemos acercarnos? —preguntó Lasgol.

—Depende de si está en el suelo o en el aire —respondió el Guardabosques Masig—. Yo no me he acercado mucho por si acaso y me he mantenido a cubierto en todo momento.

—Has hecho bien —dijo Astrid.

—Sí… lo mejor será intentar la maniobra de noche —sugirió Lasgol.

—Sí, yo también lo creo —convino Astrid.

—Es la mejor opción. Nos verá llegar si lo intentamos de día. El valle es muy plano y la Perla está sobre la Madriguera, lo que sitúa al dragón sobre un promontorio que le permite dominar una gran área —explicó Loke.

—Rangvald, ¿a qué distancia necesitáis acercaros para ejecutar el plan? —preguntó Raner.

—A unos cuatrocientos pasos —dijo el Mago de Hielo.

—Demasiado cerca, nos verá en una explanada de día. Iremos de noche —concluyó Raner.

Astrid, Lasgol y Viggo asintieron.

—Loke, guíanos —ordenó Raner.

—A la orden, Guardabosques Primero. Dejaremos las monturas a este lado de las montañas. Hay una cueva aquí cerca. Luego ascenderemos al pico y entraremos al valle por la caverna.

—Que yo ya dije… —empezó a decir Viggo, pero Astrid le puso la mano en la boca para tapársela.

—Adelante, te seguimos —dijo Raner y se pusieron en marcha.

Ascendieron en fila de a uno. Los Magos de Hielo tenían más dificultades y tuvieron que ir despacio. Cruzaron la gran caverna helada donde el dragón inmortal había estado cautivo durante más de un milenio y descendieron al valle con cuidado por la otra cara de la montaña. Astrid no dejó a Viggo hacer comentarios, aunque él lo intentó de todos modos. Si subiendo los Magos de Hielo habían tenido problemas, bajando todavía más. Los veteranos les ayudaron y se aseguraron de que no se despeñasen.

Una vez abajo, Loke los llevó a una cueva al este. Aguardaron a que llegara la noche dentro sentados sobre la fría roca y en silencio. Los Guardabosques Reales estaban tensos. Raner ordenó revisar las flechas elementales, las únicas que podían utilizar. Los dos magos estaban absortos en un tomo de aspecto antiguo. Lasgol se preguntó qué sería lo que preparaban. Los magos no se ponían a estudiar un tomo mágico antes de una batalla a menos que estuvieran preparando algún conjuro especial.

Cuando comenzó a anochecer Loke partió a evaluar la situación y el resto se quedaron aguardando su regreso.

Tras un rato los dos magos cerraron por fin el tomo y se relajaron. Rangvald se acercó hasta Lasgol.

—Utiliza el Marcador de Experiencias y captura el encuentro con el dragón. Nos vendrá bien después para estudiar su comportamiento.

—De acuerdo, lo haré —asintió Lasgol y se llevó la mano al pecho donde colgaba la joya de su madre.

—Para derrotar al enemigo es necesario estudiarlo, encontrar sus puntos débiles y

aprovecharlos —explicó Rangvald.

—Ojos y boca, esas son sus únicas debilidades que conocemos —dijo Astrid.

—Puede que haya una importante que todavía no hayamos encontrado —replicó el mago.

—Y también puede que no la tenga —replicó Viggo con pesimismo.

—Puede ser, sí. En cualquier caso, debemos estudiarlo y ver si podemos encontrarla y utilizarla en su contra.

—Me parece bien —convino Lasgol.

«Dragón poderoso. No mucho punto débil» envió Camu.

—Por desgracia, es así —se lamentó Lasgol.

—Todo saldrá bien, estoy segura —dijo Astrid.

Lasgol y Viggo se miraron. Ellos no estaban tan convencidos.

Capítulo 16

Llegó la medianoche y Loke regresó de explorar. Entró en la caverna y con tono serio les informó.

—Está durmiendo junto a la Perla, sobre la Madriguera. No se mueve de ahí.

—En ese caso, es momento de actuar —afirmó Raner.

—Tengo monturas fuera. Debemos acercarnos rápido, pero sin ser oídos —explicó Loke.

—Bien, guíanos. Indica dónde debemos dejar las monturas y seguir a pie —pidió Raner.

Loke asintió y salió de la cueva seguido por el grupo.

Cabalgaron hacia la Madriguera intentando no hacer demasiado ruido. Marchaban mirando al cielo donde entre las nubes, por momentos, aparecía la luna. Por fortuna estaba nublado y las estrellas no se veían. La oscuridad les cubría bastante bien, pero el sonido de los caballos al trotar era un riesgo importante. Caminaban con la premisa de que en la noche el dragón no los vería, aunque no sabían si tenían buena vista nocturna o no. De lo que estaban seguros era de que podría oírlos. Camu iba detrás a cierta distancia. No podía ir tan rápido como los caballos, pero no se quedaba muy atrás.

Loke levantó el puño y todos se detuvieron.

—Seguiremos a pie desde aquí —susurró a Raner.

Desmontaron. Loke se llevó las monturas hasta un bosque al oeste y las ató allí a cubierto de los árboles.

Cuando regresó comenzaron a avanzar agazapados entre la maleza, buscando su protección. Loke los condujo a un bosque de castaños que atravesaron rápidamente. Cuando llegaron al linde, el montaraz dio la señal de detenerse.

—La Madriguera —dijo y señaló al norte.

Todos observaron con ojos entrecerrados sin abandonar las sombras de los árboles. Lasgol usó su habilidad Ojo de Halcón y pudo ver en la distancia la Perla y al dragón rojo tumbado junto a ella. El tamaño del dragón era el habitual que se habían encontrado hasta el momento: de unas seis varas de longitud desde la cabeza hasta el final de su cola. A la luz de la luna se apreciaba lo formidable que era. Parecía dormir apaciblemente. Era una imagen extraña y un tanto engañosa, como si un fiero y enorme guardián custodiara un tesoro y se hubiera quedado dormido tras un duro día de trabajo.

—Es… enorme… —balbuceó Kol.

—Lo peor es que su envergadura con las alas abiertas es de al menos otras seis varas —explicó Astrid.

—Parece sacado de un tomo de historias antiguas —dijo Haines.

—Duerme como un cachorro cansado —dijo Ulsen.

—No te dejes engañar, si despierta y te ve te arrancará la cabeza de un bocado antes de que puedas decir hola —aseguró Viggo.

—O te destrozará con sus enormes y afiladas garras. Tiene una fuerza tremenda —explicó Astrid.

—Mejor mantener la distancia —dijo Mostassen.

Lasgol volvió la cabeza y vio a Camu, que llegaba hasta ellos.

—¿Todos preparados? —preguntó Raner.

«Preparado» envió Camu.

—Preparados —confirmó Rangvald.

—Nosotros también —afirmó Lasgol.

—Muy bien. Guardabosques Reales, conmigo. Seguidme —Raner hizo una seña y avanzó por el linde del bosque hasta situarse a unos trescientos pasos al norte entre el boscaje. El resto se quedaron dónde estaban.

—Es el momento del conjuro —dijo Rangvald, sacó el tomo y lo abrió.

Ingolf conjuró una mota de nieve reflectante que se quedó sobre el tomo iluminándolo con una tenue luz. Lasgol se percató de que la luminosidad moría a dos palmos del tomo, por lo que no se vería desde la distancia. Le pareció un pequeño conjuro muy útil para situaciones como aquella. Su Luz Guía se veía a mucha distancia. Cuando tuviera un respiro intentaría crear un conjuro como aquel. Parecía algo sin importancia, pero no lo era tanto. Una cosa que habían descubierto con el conjuro de camuflaje de Camu era que, si bien abarcaba a personas y a criaturas, no era así con luces o destellos. Se veían, por lo que representaban un riesgo cuando estaban camuflados.

Los dos magos leyeron del tomo por un momento, entonando ambos a la vez largas frases incomprensibles, y luego se concentraron cerrando los ojos. Comenzaron a conjurar con voces lúgubres, como si estuvieran entonado una canción fúnebre o una plegaria a los Dioses del Hielo por todos los caídos en la batalla. Mientras lo hacían movían sus báculos de forma circular. Los demás guardaban silencio y observaban al dragón durmiente por si despertaba.

Lasgol cogió el Arco de Aodh, que portaba a la espalda, y se preparó por lo que pudiera pasar. Astrid y Viggo también sacaron sus arcos y pusieron flechas elementales en ellos preparándose para el combate. El plan no era luchar contra el dragón, pero muchas veces los planes se torcían, hasta los de Egil.

—De momento todo tranquilo —informó Loke en un murmullo.

—De momento… —susurró Viggo.

Astrid y Lasgol intercambiaron una mirada de preocupación.

Rangvald e Ingolf continuaban con el conjuro. Por el tiempo que estaban tardando y el poder que sentía emanar de ellos, Lasgol dedujo que era poderoso. No sabía qué estaban conjurando más allá de que tenía que ser una distracción enorme para que el dragón se apartara de la Perla que vigilaba. Cuanto más entonaban los dos magos, más inquieto se ponía Viggo.

—¿Es que no van a terminar nunca con ese *mujili mujala*? —murmuró con mal humor.

—Están conjurando, no interrumpas —dijo Astrid.

«No ser *mujili mujala*. Ser conjuro mucho poderoso» explicó Camu, que también captaba el gran poder del conjuro que estaban lanzando los dos magos a una, uniendo sus poderes y trabajando al unísono.

A Lasgol también se le estaba haciendo muy largo y temió que el dragón pudiera captar el poder que emanaba de los magos. Si Camu y él lo captaban él también podría. Estaban a una distancia prudencial, pero eso no quería decir que no le pudiera llegar que alguien estaba usando magia poderosa en los alrededores.

Como si hubiera leído sus pensamientos, el dragón abrió los ojos y levantó la cabeza.

—Atención —avisó Loke en un susurro de advertencia.

La cabeza reptiliana comenzó a mirar en todas direcciones. Luego pareció que husmeaba, también hacia todos los lados. Lasgol supo que algo había captado y buscaba de dónde procedía. El dragón se levantó e irguió la cabeza estirando el cuello.

—Esto se empieza a complicar… —musitó Viggo.

Astrid y Lasgol miraron a los dos magos, que seguían conjurando concentrados, imperturbables, ajenos a todo lo que sucedía a su alrededor.

El dragón extendió sus alas y las sacudió con fuerza, tomó impulso y se echó a los cielos.

—Ese sabe que estamos por aquí —susurró Viggo.

—No podemos movernos hasta que los magos terminen el conjuro —dijo Loke.

—Pues con lo que tardan nos va a encontrar el lagartijo ese y hasta sus primos lejanos —se quejó Viggo.

—Silencio, si te oye sí que vendrá a buscarnos —dijo Astrid.

El dragón comenzó a volar en círculos sobre la Perla. Con cada círculo que trazaba en el aire iba ampliando el radio y cubriendo más terreno. Debía estar volando a unos trescientos pasos de altura, y si seguía ampliando su radio de búsqueda, pronto llegaría hasta ellos.

—Se acerca… mucho… —musitó Viggo entre dientes.

Todos prepararon los arcos para tirar, incluido Loke.

Los dos Magos de Hielo continuaban con el conjuro.

—Este plan se va a torcer… —predijo Viggo.

El dragón dio una pasada muy cerca de donde estaban, a unos cien pasos. A la siguiente pasada los descubriría.

Lasgol miró a los magos. No terminaban el conjuro. La cosa se iba a poner muy fea en un instante.

El dragón fue a pasar sobre ellos. Astrid, Lasgol, Loke y Viggo levantaron los arcos y apuntaron entre las copas de los árboles que los ocultaban.

«Ya viene. Todos prepararse» envió Camu.

De súbito, siete flechas salieron de la posición más al norte y se dirigieron directas al cuerpo del dragón. Los estruendos y llamaradas de las flechas elementales de fuego y tierra al impactar tronaron en la noche.

El dragón rugió de rabia y giró de manera brusca en el cielo para encarar a los atacantes.

«Camu, ve a ayudar» envió Lasgol.

«Yo proteger vosotros».

«A nosotros no nos ha descubierto todavía. Raner y los otros necesitan ayuda ahora».

Camu lo razonó un momento.

«Yo ir ayudar. Tú decir si necesitar yo».

«Vete tranquilo, yo te aviso si corremos peligro».

Camu se camufló y desapareció en el bosque.

El dragón sobrevoló la zona desde la que habían tirado contra él y lanzó su aliento de fuego para abrasarla. El chorro de fuego que surgía de su boca era casi líquido para luego expandirse en un caudal de llamas que descendían sobre los árboles. Al contacto con el bosque todo comenzó a arder. Los árboles y matorrales se calcinaban por la tremenda intensidad de las llamas que descendían desde los cielos.

—Raner y los suyos… —susurró Astrid preocupada.

—Habrán cambiado de posición nada más tirar. Raner es el mejor de los Guardabosques, es un experto —trató de tranquilizarla Lasgol.

—Hasta el más novato sabe que si tiras contra un dragón hay que correr a esconderse en otro sitio —susurró Viggo.

Astrid asintió.

—Tenéis razón.

—Además, nadie ha gritado. Si ese chorro de fuego te alcanza, gritas —guiñó un ojo Viggo.

De pronto Rangvald e Ingolf dejaron de entonar el conjuro. Todos los miraron.

Los dos magos abrieron los ojos y con sus báculos señalaron al cielo frente a ellos. Una figura comenzó a formarse entre ellos y la Perla, a unos trescientos pasos de altura. La figura fue cogiendo forma en medio de un destello azul hielo hasta convertirse en una descomunal águila tan grande como el propio dragón. El pico y las garras del ave eran tremebundos, pero lo más sorprendente era que aquella criatura no era de carne y plumas, estaba formada de hielo.

—¿Qué demontres es eso? —preguntó Viggo con ojos como platos.

—Es un Elemental Mayor de Hielo —dijo Rangvald.

—¿Cómo un Golem? —preguntó Astrid.

—Sí, solo que el Golem es terrestre, este elemental es un ave y puede volar —explicó Ingolf.

El águila elemental comenzó a mover las alas y, en efecto, a volar como si realmente fuera un ave enorme.

—No puede ser. No puede mantenerse en el aire, debe de pesar como una casa —dijo Viggo.

—¿No? ¿Cuánto crees que pesa ese dragón? —dijo Ingolf—. ¡Y vuela sin problemas!

—Sí, ahí tienes razón…

El águila agitó sus alas y se elevó hasta ganar altura para luego descender planeando. Giró en el aire y se lanzó a perseguir al dragón. Este no se había percatado de la presencia de la enorme ave todavía y daba otra pasada sobre el bosque. Lo estaba arrasando en su intento de matar a Raner y sus Guardabosques Reales.

—¿Va a atacar al dragón? —preguntó Viggo.

—Así es —confirmó Rangvald.

—No podrá vencer —auguró Viggo sacudiendo la cabeza.

—Ese no es su cometido. Su cometido es entretenerlo —dijo Rangvald con una sonrisa.

—Oh… ya entiendo. La distracción.

—Eso es —asintió Ingolf.

—Estamos vacíos, exhaustos. Hemos utilizado toda nuestra energía en crear el elemental. Debemos retirarnos —pidió Rangvald.

Lasgol pudo ver en sus rostros pálidos y sus ojos morados que no aguantarían de pie mucho más.

—Loke, llévalos a la caverna. Nos vemos allí —dijo Lasgol.

—De acuerdo, yo me encargo de ellos dos. Sabéis donde están escondidos los caballos.

—Sí, tranquilo. Nos vemos allí.

—Muy bien.

Loke hizo un gesto a los dos magos para que le siguieran y se los llevó por el bosque indicándoles que avanzaran agazapados.

El dragón terminó la pasada incendiaria y comenzó a girar. En ese momento vio cómo el águila gigante de hielo se le echaba encima. No pareció sorprenderse o temer a la gran ave de hielo y se preparó para atacar con su aliento de fuego.

No le dio tiempo. El águila ya descendía sobre él a una velocidad tremenda y atacó con sus descomunales garras de hielo buscando sacarle los ojos. El dragón movió la cabeza para evitar las garras. El águila viró rápida en el aire y consiguió golpearle, aunque no alcanzarle los ojos.

El dragón rugió de rabia y, desconcertado por el ataque, ascendió hacia los cielos. El águila viró con rapidez y agitando sus alas con fuerza fue tras él.

—Es nuestro momento —dijo Lasgol a sus compañeros.

—Preparado —confirmó Viggo.

—Yo también —se unió Astrid.

—Vamos. Rápido y con cuidado. Esta parte del plan es la más arriesgada —advirtió Lasgol.

Capítulo 17

Los tres salieron de la protección de los árboles y corrieron hacia la Madriguera.

«Camu, ven a la Madriguera» envió Lasgol.

«Yo ir. Raner y otros bien. Escondidos».

«Estupendo».

Aprovechando la oscuridad de la noche y que el dragón estaba distraído por la gran ave elemental de hielo, corrieron como gacelas perseguidas por un guepardo para llegar hasta la Madriguera y ocultarse dentro.

En el cielo comenzó a tener lugar una batalla singular. El dragón envió una llamarada contra el águila al tiempo que ésta volvía a intentar arrancarle los ojos con sus garras de hielo. La llamarada alcanzó al águila en el torso. Cualquier otra criatura habría ardido al instante por el impacto del caudal ígneo contra el cuerpo, pero esta criatura era de hielo macizo. El fuego impactó, pero el cuerpo no prendió ni sufrió demasiado daño.

El águila ignoró el ataque y buscó los ojos de su oponente. El dragón lo vio e interrumpió la bocanada ígnea, girando en el aire y moviendo la cabeza para evitar las garras. El águila maniobró con una rapidez y precisión impresionantes y volvió a impactar sobre la cabeza del dragón. No consiguió más que arañarle un ojo, pero fue suficiente para forzar una maniobra evasiva.

En el suelo, Astrid, Lasgol y Viggo llegaban hasta la entrada de la Madriguera sin perder detalle del combate aéreo en los cielos.

—Increíble, esa águila le está poniendo en aprietos —comentó Astrid.

—Y muy bien pensado. Va a por sus ojos y es de hielo. El aliento del dragón tardará en derretirla —razonó Lasgol.

—Pero al final la derretirá. Así que mejor apresurarnos, que no quiero que luego achicharre mi traserito respingón —soltó Viggo.

Encontraron la entrada de la cueva abierta y entraron. Estaba oscuro.

—A ver si llega ese lentillo —se quejó Viggo.

Lasgol le agarró del brazo y lo apretó para que callara.

Se quedaron quietos. Había alguien más allí. De pronto, un ojo reptiliano grande apareció en medio de la oscuridad.

Los tres alzaron los arcos y fueron a tirar.

«Yo… os conozco…» llegó el mensaje mental del dragón, que abrió la boca. Al hacerlo se vieron sus fauces.

—¡Cuidado! —exclamó Astrid.

Lasgol invocó Tiro Certero, Tiro Poderoso y envió energía al Arco de Aodh. Se produjeron dos destellos verdes y uno dorado y fue a soltar.

Astrid y Viggo tiraron. Ambos acertaron en la boca.

El dragón gruñó, débil, y no reaccionó más. No se movió ni intentó defenderse o atacar. Lasgol, que podía verlo mejor gracias a su vista mejorada, se dio cuenta de que parecía moribundo. El dragón cerró la boca.

«Ese arco… me ha matado… ¿Cómo puede ser?» preguntó con un mensaje que llegó muy débil.

Lasgol pudo vislumbrar que el dragón tenía seis flechas clavadas en el cuello.

Eran las flechas con las que él le había herido. Aquel era el dragón marrón contra el que habían luchado al huir del Refugio.

—¡Es el marrón que combatimos! —les dijo a sus compañeros.

—Así que se escondió aquí… —dedujo Viggo.

—Para morir —razonó Astrid.

«Sí, para morir… ¿Cómo me has matado?».

—No te lo diré. Ni a ti, ni a tu señor —respondió Lasgol.

«Humano desgraciado… morirás… mi señor te hará pedazos…».

—Puede que sí o puede que no.

—Acaba con él. Tenemos cosas que hacer —dijo Viggo a Lasgol.

«Mori…».

Lasgol no le dejó terminar. Soltó una flecha al ojo sano que le quedaba y se le clavó en el cráneo.

El dragón exhaló una última vez y murió.

«Ya estar aquí» llegó el mensaje de Camu.

—Te ha costado. ¿Bailándole a la luna? —dijo Viggo con sorna.

«Tú no gracioso».

—Sí que lo soy, y lo sabes.

—Camu, hay que abrir el portal —dijo Lasgol.

«De acuerdo. Yo camuflar todos».

—Muy bien, apresurémonos.

Salieron de la Madriguera y subieron por la pendiente norte hacia la Perla. El águila atacaba ahora con su pico enorme la cabeza del dragón, que le envió un ataque mental. El águila recibió el ataque que golpeó primero su mente, sin causar efecto, y luego su cuerpo lanzando al ave hacia un lado. Aquella creación mágica no tenía mente como un ser vivo, sino que actuaba por la magia inducida en ella, y el ataque mental no le afectaba. El golpe contra el cuerpo lo había sentido, pero se recuperó en el aire con rapidez. El dragón se sorprendió y rugió furioso por no poder derrotar a aquel rival aéreo de hielo puro. Cambió de estrategia y decidió crear un cono de fuego para derretir la cabeza del águila.

—Al final lo va a conseguir, apresurémonos —dijo Astrid.

Llegaron corriendo hasta la Perla y se detuvieron en el lado que los cubría del dragón.

—Camu, comienza a abrir el portal, ¡rápido! —urgió Lasgol.

—Viggo, tómate la poción —recordó Astrid.

—Más vale que funcione o Annika me va a oír.

—Hace cuanto puede, no seas desagradecido. Cualquier ayuda, por pequeña que sea, bienvenida es.

—Tienes razón, pero sería todo más fácil si diera con la poción correcta.

—Lo hará, dale tiempo.

«Abriendo portal» avisó Camu, que comenzó a enviar las pulsaciones de energía a la Perla.

Viggo se tomó la pócima de un trago.

—¡Puaj! Cada vez saben peor.

—Mejor efecto tendrán —dijo Astrid.

—Vamos, súbete a Camu —dijo Lasgol.

—Sigo estando en total desacuerdo con este enfoque —se quejó agriamente.

—Ya te hemos oído mil veces. Súbete para que te atemos —dijo Astrid.

—Esto es vergonzoso e intolerable.

—Arriba, Viggo, que no tenemos tiempo —urgió Lasgol.

Viggo se montó a regañadientes y al instante Astrid y Lasgol lo ataron al cuerpo de Camu con dos fuertes cuerdas que llevaban en el macuto.

La primera esfera se formó sobre la Perla.

«Mejor vosotros marchar» envió Camu.

—Sí, debemos irnos. Cuando Camu parta nos quedaremos sin camuflaje y el dragón vendrá a por nosotros —razonó Astrid.

Lasgol miró a los cielos, donde el combate continuaba, ahora el águila iba perdiendo. Parte de su cabeza se había derretido y también de una de sus patas. No aguantaría mucho. El dragón seguía enviándole fuego intenso mientras esquivaba los ataques a su cabeza para volver a enviar fuego sobre la creación mágica.

—De acuerdo, nos vamos. ¡Suerte! —deseó Lasgol.

—Tened mucho cuidado —pidió Astrid.

—Nos os preocupéis, peligro es mi segundo nombre —sonrió Viggo.

«Segunda esfera formándose» avisó Camu.

—Hay que correr —dijo Lasgol, y Astrid y él salieron rápidamente ladera abajo.

El dragón se percató de que se estaba abriendo el portal y emitió un rugido tremendo. Se dio cuenta de que lo habían engañado. Dejó de combatir con el águila y se lanzó en picado hacia la Perla.

—El lagartijo volador viene hacia aquí a toda velocidad. ¿Cuánto te falta?

«Pronto estar».

—¿Cuánto de pronto? Porque ese viene a calcinarnos.

«Tranquilo. Dragón no vernos. Camuflaje».

—Ya, pero va a achicharrar toda esta zona.

El dragón abrió la boca y fue a lanzar su chorro ígneo sobre la Perla.

«Tener razón. Yo invocar cúpula antimagia».

El chorro de fuego golpeó la Perla y el portal. No los alcanzó por muy poco.

—¿Puede romper el portal?

«No creer. Portal mucha energía».

—¡Pues termina de abrirlo!

«No cosa mía. Portal tardar».

El dragón dio otra pasada y envió un nuevo chorro de fuego sostenido alrededor de la Perla. Buscaba abrasar todo alrededor, consciente de que quienquiera que lo estuviera abriendo debía estar cerca y camuflado.

—Vamos… —susurró Viggo a Camu.

El dragón dejó de atacar y voló alrededor de la Perla.

—¿Qué hace? ¿Por qué no ataca? —susurró Viggo a Camu.

No le gustaba aquel cambio de enfoque. Algo tramaba.

«Yo creer captar ondas de energía».

—¿Las que tú envías al portal?

«Sí, eso creer».

—Si las capta también puede captar dónde se originan, ¿no?

«Poder ser, sí».

—¡Sabrá dónde estamos!

«Ya casi estar»

El dragón se situó de pronto justo sobre ellos, a unos cien pies de altura. Miraba hacia abajo.

Viggo miró hacia arriba.

—¡Nos ha descubierto!

El dragón envió una bocanada intensa y localizada de fuego sobre ellos. La cúpula de Camu aguantó, pero se debilitó.

—¿Aguantará tu cúpula?

«De momento aguatar».

—Eso no ha sido un sí.

El dragón dejó de enviar fuego y envió un ataque mental que tampoco les llegó a alcanzar, pero volvió a debilitar la cúpula. Camu envió energía a reforzarla al tiempo que seguía enviando las pulsaciones al portal. Ambas acciones estaban costando energía de sus reservas.

—Ese va a bajar a por nosotros.

Y en efecto, Viggo no se equivocó. Al ver que sus ataques mágicos no tenían efecto, el dragón comenzó a descender sobre ellos con las garras por delante.

—¡Nos va a destrozar!

Viggo vio las garras descender directas sobre él. Intentó escapar, pero estaba atado a Camu y no pudo.

—¡Caaaaacaaaaaaa! —exclamó al verse perdido.

Un momento antes de que las garras lo destrozaran, el águila alcanzó al dragón y lo golpeó en el cuerpo forzando que se desviara. Este golpeó el suelo a la izquierda de Viggo, que miraba con ojos enormes. Se rehízo y se enzarzó en un combate físico con el águila en el suelo. Las garras del dragón se clavaban en el hielo y separaban fragmentos que salían despedidos.

Consiguió destrozarle el pico al águila.

«Abierto».

—¡Vamos! ¡Arrea!

Camu subió a la Perla y entraron en el portal.

En la distancia, escondidos tras unos matorrales altos, Astrid y Lasgol vieron cómo el dragón terminaba con el águila de hielo y ésta se precipitaba contra la tierra desde una gran altura para partirse en varios pedazos.

—Ha luchado bien —dijo Astrid.

—Un conjuro impresionante —asintió Lasgol.

—Corramos a por los caballos y juntémonos con los otros.

—Tenemos que salir de aquí y volver con Egil.

Capítulo 18

El grupo regresó del Refugio con rapidez y fueron a informar a Egil sobre el éxito de la misión. A Lasgol se le hacía raro tener que informar a su amigo en la sala del trono en lugar de utilizar la habitación de la torre que siempre usaban, pero como le había dicho Astrid, ahora Egil era rey y debía comportarse como tal, incluso con ellos.

—¿Ha salido todo bien? —preguntó Egil al grupo de la misión.

—El plan ha funcionado tal y como su Majestad lo había ideado —confirmó Raner. Junto a él estaban los Guardabosques Reales que habían participado en la misión y Loke.

—¿El conjuro funcionó entonces? —preguntó Egil a los dos Magos de Hielo.

—Funcionó como esperábamos —confirmó Rangvald.

—Sin embargo, el elemental mayor de hielo no pudo herir de gravedad al dragón —se lamentó Ingolf.

Egil asintió.

—Lo imaginaba, pero cumplió con la tarea para la que se le creó, que era distraerle para que Camu y Viggo pudieran pasar a través del portal.

—Sí, eso lo logró —confirmó Rangvald.

—Deberíamos mejorar el conjuro y crear un elemental que pudiera combatir con el dragón —sugirió Ingolf.

—¿Lo veis posible? —preguntó Egil a Rangvald.

—Podemos intentarlo… Por lo que hemos visto el dragón es un adversario formidable, pero no indestructible —respondió el líder en funciones de los Magos de Hielo.

—Muy bien. Trabajad en ello —ordenó Egil.

—Encontramos al dragón marrón moribundo dentro de la Madriguera —explicó Lasgol.

—¿No había muerto todavía? —preguntó Egil.

—No, preguntaba por las armas doradas, como su señor —dijo Lasgol.

—Eso significa que les sorprende que puedan hacerles daño —dedujo Egil.

—Nuestra magia no parece afectarles, no si se aplica de forma directa —dijo Enduald.

—Nos obliga a ser más creativos —asintió Egil—. ¿Qué sucedió con el dragón marrón?

—Lasgol le dio muerte. Interfería en la misión —contó Astrid.

Egil asintió y volvió a quedarse pensativo.

—¿Cuál es la situación en el Refugio ahora? —preguntó a Loke.

—Cuando partimos el dragón rojo seguía vigilando la Perla. No entró en el portal y no se ha movido —explicó el Guardabosques Masig.

—Lo imaginaba. Cumple las órdenes de su señor al pie de la letra —Egil miraba hacia el fondo de la estancia, pensativo.

—Temimos que entrara en el portal, pero no lo hizo —dijo Astrid.

—Viggo y Camu estarán ya camino a Irinel —supuso Lasgol.

—Bien. El plan avanza. Esperaremos noticias. Mientras tanto, Loke, quiero que regreses al Refugio. Vigila e informa, pero no te arriesgues —ordenó Egil.

—A la orden, Majestad.

—A los demás, he de pediros que cuanto habéis visto y experimentado no lo divulguéis a nadie. Debemos evitar que cunda el pánico entre la población. Si se corre la voz de que hay

dragones en Norghana tendremos una situación muy volátil.

—Nadie dirá una palabra —aseguró Raner, y miró a sus Guardabosques Reales. Estos asintieron confirmándolo.

—De los Magos de Hielo solo Ingolf y yo estamos al tanto y así seguirá todo. Es prudente mantener esta información en secreto —convino Rangvald.

—Hay que evitar el miedo y el caos. La población no debe enterarse mientras sea posible ocultárselo —explicó Egil—. Además, mis nobles, tanto los del este como los del oeste, tampoco lo entenderían y buscarían una acción inmediata para erradicar al dragón rojo, lo cual tampoco es el plan que quiero seguir. El dragón inmortal actúa en secreto y de la misma forma debemos hacerlo nosotros. Nadie aquí presente debe mencionar la existencia de dragones o portales a nadie que no sea consciente de su existencia. El secreto debe quedar entre nosotros. No se hablará fuera de este círculo de confianza —ordenó y realizó un gesto circular envolviéndolos a todos—. No quiero pánico en las calles y entre mis nobles y soldados.

—Así será —aseguró Raner.

—Marchad ahora. En cuanto tenga noticias de la misión en Irinel os informaré —dijo Egil.

Todos saludaron con respeto y abandonaron la sala del trono dejando a Egil a solas con sus pensamientos. Mucho tenía que pensar y planear si querían salir victoriosos contra Dergha-Sho-Blaska.

Al día siguiente, Lasgol fue a ver a Rangvald en la torre de los Magos de Hielo. El mago lo había hecho llamar y Lasgol sentía curiosidad por saber el motivo. Esperaba que no fueran malas noticias relacionadas con Jerrik.

Llamó a la gran puerta blanca y el aprendiz salió a recibirle.

—Mi señor Rangvald lo espera —informó con mucho respeto.

—Llévame hasta él, por favor —pidió Lasgol.

El joven asintió y abrió camino. Lasgol lo siguió con paso sereno. La primera vez que había estado en aquella torre se había sentido inquieto. Ahora no era el caso. Los pelos de la nuca se le erizaban a causa del poder que tenía tanto la torre como los Magos de Hielo que la habitaban. Sin embargo, no se sentía intranquilo. La magia y los que la practicaban cada vez le parecían más interesantes y menos inquietantes. Sobre todo, porque se daba cuenta de que solo la magia los salvaría de los dragones.

Pasaron frente a una biblioteca enorme donde uno de los Magos de Hielo estaba absorto en la lectura de un tomo de aspecto muy antiguo. Lasgol se preguntó qué sería lo que estaba leyendo y lo mantenía tan concentrado. Parecía estar devorando las letras con los ojos. El joven aprendiz carraspeó y Lasgol se dio cuenta de que se había detenido a observar, cosa ruda, así que siguió rápidamente su camino.

Continuaron por un pasillo estrecho y a un lado descubrió una sala grande donde un Mago de Hielo estaba conjurando con los ojos cerrados. La sala se estaba recubriendo de escarcha y un frío gélido salía por la puerta abierta. El mago hizo aparecer dos tridentes que parecían hechos de hielo y los mantuvo levitando junto a su cuerpo. Comenzó a caminar por la habitación y los tridentes lo seguían. Parecían tener vida propia y se movían sosteniéndose en el aire. El mago hizo un gesto con su báculo níveo y los dos cambiaron de posición entre sí. Hizo otro movimiento y se separaron de su cuerpo tres pasos cada uno. A una nueva orden se situaron uno delante y otro detrás.

Lasgol no podía dejar de mirar. El mago tenía un dominio increíble de aquellos tridentes que

estaba seguro de que podían matar a un hombre sin problema alguno. Un momento después, como si le hubiera leído el pensamiento, el mago los envió contra el techo de roca. Lo golpearon con fuerza quedando destruidos.

De nuevo el aprendiz carraspeó y Lasgol dejó de observar al Mago de Hielo y se apresuró a su lado.

Llegaron a la sala de entrenamiento que Lasgol reconoció enseguida y vio a Jerrik con un punto de luz sobre la palma de cada una de sus manos. Estaba con los ojos cerrados, concentrado. Rangvald e Ingolf estaban con él. Al verlos trabajando se tranquilizó. No parecía que le sucediera nada, al contrario, parecía en calma y control, lo que eran muy buenas noticias.

El aprendiz fue hasta ellos y susurró algo a Rangvald que se volvió y vio a Lasgol.

—Bienvenido, Lasgol —saludó acercándose hasta él. Ingolf hizo lo mismo desde la distancia, pero no se acercó, se quedó con Jerrik.

—¿Todo bien? —preguntó Lasgol a Rangvald.

—Sí, todo bien. Te he hecho llamar porque quería comentar contigo algunas ideas que tengo… es sobre ese tema del que no podemos hablar en público… Podrían sernos de ayuda.

—Oh, entiendo. Por supuesto, cualquier sugerencia que nos ayude a luchar contra la amenaza inmortal, bienvenida es.

Rangvald asintió. Se sentaron en el extremo opuesto y mientras Ingolf enseñaba a Jerrik a controlar su Don, ellos hablaron. Lo hicieron en voz baja para no molestar a Jerrik, que parecía estar dominando los ejercicios que Ingolf le asignaba. Lasgol se animó al ver aquello. Había esperanza para el primo de Gerd.

Por un largo rato Rangvald y Lasgol comentaron todo lo sucedido en la misión en el Refugio y el mago le hizo muchas preguntas con la intención de averiguar si había alguna fisura por la que pudieran atacar a los dragones y, en última instancia, a su señor. Cuando finalmente se quedaron sin ideas que intercambiar, Lasgol decidió preguntar sobre otro tema que tenía en mente.

—Me preguntaba… —comenzó Lasgol, pero sintió vergüenza por lo que quería pedir al mago y no terminó la frase.

Rangvald lo miró inclinando la cabeza.

—Adelante, ¿qué te preguntabas? —su tono era amistoso.

—Es algo un tanto personal…

—Quedará entre nosotros —aseguró Rangvald animando a Lasgol a inquirir lo que fuera que estuviese en su mente.

Lasgol suspiró y decidió confiar en el Mago de Hielo.

—Ocurre que dispongo de bastante poder… Mi lago de energía interior es bastante grande.

—Eso puedo captarlo. Soy sensible al poder de otros, irradias poder y puedo estimar que tu lago, pozo o fuente interior es grande.

Lasgol asintió y luego bajó la mirada.

—Sin embargo, no soy capaz de protegerme de los ataques mágicos. Eso es algo que me lastra, sobre todo cuando nos enfrentamos a dragones. Su poder es mayor incluso que su fuerza física, que ya en sí es impresionante. Si pudiera crear una esfera o cúpula protectora… como esas tres que protegen a Jerrik ahora mismo —expresó Lasgol y señaló en su dirección.

—¿No consigues crear barreras protectoras contra los efectos mágicos? —preguntó Rangvald enarcando una ceja.

—Lo he intentado… bueno, lo sigo intentando, pero no lo consigo. Por alguna razón es una habilidad que no logro que se produzca.

—Oh, ya entiendo tu problema. Crear una esfera protectora antimagia es complicado y requiere haber alcanzado un nivel mágico avanzado. Una cúpula todavía más y necesita de mayores conocimientos.

—¿Más que una esfera? —Lasgol estaba pensando en Camu que había desarrollado primero una cúpula y ahora era capaz de convertirla en esfera personal.

Rangvald asintió.

—La esfera protege a uno mismo. La cúpula a uno mismo y a otros. Por lo tanto, es más compleja de crear y mantener activa.

—Necesito aprender a crear una o no podré combatir contra los dragones de forma efectiva. En los combates paso la mayor parte del tiempo esquivando sus ataques mágicos, ya que no tengo protección contra ellos.

—Sí, lo vi en tu recuerdo. Entiendo el problema. ¿Quieres mi ayuda en este asunto?

—Sé que no soy un Mago de Hielo y que solo formáis a los vuestros, pero es un momento crítico y toda ayuda es poca —Lasgol abrió los brazos.

Rangvald lo meditó un momento.

—Está bien, te ayudaré.

—¡Oh gracias! —exclamó Lasgol.

Ingolf se llevó el dedo índice a los labios.

—Silencio, romperéis su concentración —dijo señalando a Jerrik.

—Disculpa —dijo Lasgol y se llevó la mano a sus labios.

—No puedo asegurarte que consigas el conjuro —explicó Rangvald en un susurro—. Puedo ayudarte, pero si tu nivel y conocimientos no son los adecuados, no lo conseguirás por mucho que yo te ayude.

—Entiendo. Aun así, será mucho más fructífero que mis intentos baldíos —respondió Lasgol también susurrando.

—Está bien. Espera aquí —pidió Rangvald.

Lasgol aguardó, esperanzado.

De pronto Jerrik abrió los ojos y los dos puntos de luz sobre sus palmas se apagaron.

—Estoy cansado… —dijo a Ingolf.

—Has trabajado bien. Descansaremos hasta la tarde.

—Gracias.

—¿Cómo tienes la mente? —preguntó Ingolf y puso su mano sobre la cabeza de Jerrik.

—Cansada, pero bien. No hay pesadillas vívidas desde hace días.

Ingolf cerró los ojos y estuvo con la mano en la cabeza de Jerrik por un momento. Cuando finalmente la levantó, la cabeza estaba recubierta de escarcha.

—Esto te ayudará a descansar —dijo.

—Muchas gracias, maestro.

—No tienes por qué llamarme maestro. No soy tal. Solo te estoy ayudando a no perder la cabeza y a que controles tu Don y no te hieras ni a ti ni a otros.

Jerrik se puso de pie despacio.

—Gracias por ayudarme —dijo a Ingolf. Luego se volvió y vio a Lasgol.

—Hola, Jerrik —saludó Lasgol levantando la mano.

—¡Lasgol! Me alegra verte.

—Y a mí verte a ti, Jerrik —sonrió él.

—¿Alguna noticia de Gerd?

Lasgol suspiró. Temía aquel encuentro y aquella pregunta. Ingolf levantó ambas cejas advirtiendo a Lasgol de que tuviera cuidado con la respuesta que iba a dar.

—Lo siento, no tenemos noticias suyas.

—Oh… —el rostro de Jerrik mostró no solo cansancio sino también gran desilusión y preocupación.

—Pero en cualquier momento aparecerá o dará señales de vida. Estamos seguros.

—Sí… eso espero yo también.

—Lo hará. Tú sigue mejorando el control sobre tu magia. Eso es lo importante ahora.

—Lo intento. Las alucinaciones y pesadillas han disminuido mucho desde que estoy aquí. Eso me hace sentirme mejor.

—No te desanimes, estás en el camino correcto. Pronto no solo no tendrás problemas de visiones terribles, sino que serás capaz de utilizar tu magia para ayudarnos a todos.

—¿Tú crees? —Jerrik no parecía nada convencido—. Eso me gustaría mucho. No quiero hacer daño a nadie… al contrario, quiero ayudar.

—Y ayudar harás, te lo aseguro. Mantén el optimismo.

Jerrik asintió y se despidió con una leve sonrisa.

—No deberías darle tantos ánimos —aconsejó Ingolf una vez estuvieron solos.

—¿Por qué no? Está muy decaído por lo que le ocurre y también por Gerd.

—Porque no sabemos si podremos salvarle —Ingolf se encogió de hombros—. Podría ser que no. Hay más posibilidades en ese sentido que en el contrario.

—Aun así, se merece tener esperanza. Lo ha pasado muy mal. Se estaba volviendo loco sin saber la razón.

—Cosa que puede terminar ocurriendo de igual manera —expresó Ingolf abriendo los brazos.

—¿Puede todavía terminar perdiendo la cabeza?

El mago asintió varias veces.

—Su mente está tocada y su magia se aprovecha de ello.

—Pero podréis ayudarle a controlarla para que no se haga daño a sí mismo.

—Lo intentamos, pero el camino de la magia muchas veces es un misterio, incluso para magos con poder y conocimientos como nosotros. No siempre conseguimos interceder y enderezar una situación complicada.

—Espero que esta vez sí lo logréis.

—Lo intentaremos —dijo Ingolf.

—Las Panteras Reales y el rey os lo agradecemos —aseguró Lasgol.

Ingolf asintió.

Rangvald llegó con dos tomos de aspecto antiguo bajo el brazo.

—Vas a tener que estudiar un poco —le dijo a Lasgol sonriendo.

—Estaré encantado de hacerlo.

Ingolf observó los tomos que Rangvald le daba a Lasgol.

—“Principios de la negación de la magia y la antimagia de Viltren Wulster” y “Barreras mágicas y sus secretos” de Miroslav Yestren” —dijo en voz alta—. Dos tomos de gran valor. No solemos dejarlos a extraños —expresó mirando a Rangvald con ojos que brillaban con suspicacia.

—Lasgol no es un extraño —replicó Rangvald.

—Lo es en sentido mágico. No es uno de los nuestros, un Mago de Hielo. No debería tener acceso a nuestros tomos de conocimiento, ni siquiera a esta torre. Lo sabes.

—Cierto, pero me ha pedido ayuda y voy a prestársela.

—Nuestro líder no aprobaría esto. Una cosa es ayudar a un desdichado con el Don como es Jerrik por orden real, y otra ayudar a otros con el Don sin requerimiento del rey. Va en contra de nuestros principios. Maldreck no lo aceptaría.

—Maldreck está en los desiertos noceanos y mientras esté fuera yo soy el líder de los Magos de Hielo en funciones. No veo problema en ayudar a Lasgol, un prominente norghano, un héroe del reino.

Ingolf resopló.

—Esta no es la forma. Maldreck te hará pagar por esto cuando vuelva. Si hay algo que odia es que alguien se inmiscuya en los asuntos de los Magos de Hielo.

—No interfiere en nada.

—Está aquí y con tomos de conocimiento. Ambas cosas van en contra de mantener los secretos de los Magos de Hielo, una de las leyes fundamentales que rigen esta torre y a todos los Magos del Hielo norghanos —insistió Ingolf.

—No te preocupes. Cargaré con la responsabilidad —dijo Rangvald.

Ingolf negó con la cabeza y se marchó.

—Maldreck no te perdonará que lo ayudes a él. Sabes cuánto lo odia —dijo en la puerta.

—Lo sé —replicó Rangvald con tranquilidad.

Ingolf marchó y Lasgol se giró hacia Rangvald.

—No quiero crearte problemas. Entiendo y respeto las leyes que siguen los Magos de Hielo. No quiero quebrantarlas y que Maldreck te ajusticie por ello. Me odia y te hará pagar, como Ingolf bien ha dicho.

—Debes perdonar a Ingolf. Es un mago poderoso e ilustrado, pero muy condicionado por el pensamiento tradicional. Cree que todo debe seguir haciéndose como hace cien años. Quiere que el secretismo y hermetismo de los Magos de Hielo siga siendo su característica primordial, su sello de identidad.

—¿Y tú no lo quieres? —Lasgol quería saber qué pensaba sobre lo que los Magos de Hielo eran y debían ser, además de hacia dónde deberían evolucionar.

—Mi forma de pensar es mucho más abierta que la de la mayoría de los Magos de Hielo. He hablado con ellos muchas veces de abrir nuestras puertas y trabajar para que seamos más transparentes y mejor conocidos. No he tenido mucha suerte. Solo hay un Mago de Hielo que me apoya en mi forma de pensar, el resto están con Maldreck. Apoyan el secretismo y la forma tradicional de comportarse. Opinan que cuanto menos se conozca de nosotros y más desconfianza y miedo generemos en el pueblo, mejor nos irá.

—Creo que se equivocan. Crear miedo y desconfianza en la gente no da buenos resultados a la larga.

—Yo también lo creo. Por desgracia, con Maldreck al mando hemos seguido los viejos principios. No ha habido ocasión de impulsar un cambio.

Lasgol asintió.

—Ten cuidado. Cuando regrese buscará con quién pagar sus frustraciones, que serán muchas.

—Lo sé, pero lo afrontaré cuando llegue el momento. Por ahora te enseñaré a crear una barrera protectora. ¡Quién sabe! A lo mejor tenemos suerte y lo conseguimos.

—Ojalá —se animó Lasgol.

—Pero primero debes estudiar. Los tomos no pueden salir de aquí. Si lo hicieran me vería en un aprieto.

—Lo entiendo.

—Tendrás que estudiar aquí. Te cederé mi despacho para que no haya problemas con los

otros Magos de Hielo. ¿Lo ves bien? —Rangvald enarcó ambas cejas.

—Lo veo bien. Vendré todos los días y estudiaré los tomos.

—Perfecto. Me pasaré a ver qué tal te va y podrás preguntarme todas tus dudas. El material es arduo al principio, lo es siempre en todos los tomos de magia.

—Tengo algo de experiencia con tomos de magia. Tuve un mentor… Eicewald —dijo Lasgol recordando con cariño a su maestro y sus lecciones.

—Oh, eso es excelente. Acortará el tiempo de aprendizaje ya que te será más sencillo poder asimilar el contenido. ¿Qué fue de él? Si puedo preguntar… Nunca se nos reveló cómo murió y es algo que siempre he querido saber por respeto hacia él y por saber si fue una traición.

—Murió luchando contra Dergha-Sho-Blaska…

—Ahora entiendo el secretismo alrededor de su muerte. Lo lamento. Era un gran mago y un buen hombre. Quizá logremos honrar su memoria.

—Nada me complacería más.

—A veces los deseos se cumplen si uno los desea con toda su alma y los persigue con cada ápice de su ser —dijo Rangvald a modo de refrán.

—Me gustaría honrar a todos los que han muerto y sufrido luchando contra esta amenaza.

—Entonces ya tienes una meta, ahora pon toda tu alma y ser en conseguirla.

—Es lo que voy a hacer —dijo Lasgol pensando en Nilsa y en Gerd.

Capítulo 19

Viggo y Camu llegaron a un gran roble centenario junto a una gran roca que desde la distancia tenía aspecto de ballena y se refugiaron debajo pues llovía desde hacía varios días.

«¿Ser sitio?» preguntó Camu.

—¿Tú ves algún otro roble enorme junto a una ballena de piedra?

«Solo este».

—Pues es el sitio.

«Poder descansar aquí».

—No entiendo por qué a todo el mundo le gusta este reino de lluvia eterna —se quejó Viggo mientras sacudía su capa para librarla de las gotas y de la humedad que se iba colando.

«Mucho verde todo».

—Sí, ya, qué bonito todo verde. ¡Pero si no se puede ni ver de todo lo que llueve!

«Lluvia buena. Todo verde. Bonito».

Viggo lanzó varios puñetazos a la lluvia que caía alrededor del roble.

—Es un incordio y un fastidio. Te despistas un momento y estás empapado. Donde estén las montañas nevadas de Norghana que se quite esta lluvia insoportable.

«Irinel bonito. Tú quejar por quejar».

—Yo no me quejo por quejar. Te recuerdo que me han atado a tu espalda como si fuera un fardo y me han hecho entrar así en un portal contra mi voluntad. Tengo motivos para quejarme.

«Todo salir bien. Plan bueno».

—¿Cómo que todo salir bien? ¡La pócima de Annika no funcionó y había un dragón blanco en la Perla del este!

«Pócima casi funcionar».

—¡Casi no es funcionar! —Viggo sacudió los brazos al aire.

«Tú solo inconsciente un rato corto. Muy menos que antes».

—Ya, lo suficiente para despertarme y ver cómo huías al galope del dragón. Y, por cierto, a ver si corres un poco más rápido que te adelantan hasta los burros cojos.

«Yo no lento. Yo mucho rápido».

—Ya, tan rápido como una tortuga anciana.

«Dragón elemental de aire. Peligroso. Descargas como tormenta».

—Ya sé que es peligroso, ¡y más cuando estás inconsciente y atado a un bicho!

«No chillar. Yo oír bien. Dragón no vernos. Nosotros camuflaje».

—¡Ya, y por eso empezó a soltar descargas de tormenta por todas partes y a lo loco, a ciegas!

«No acertar».

—¡Sí, por los pelos!

«Yo proteger con cúpula antimagia».

—Tú siempre tienes una respuesta para todo, listillo —sacó la lengua Viggo.

«Tú tener siempre queja para todo» replicó Camu levantando la cabeza, orgulloso.

—¡Porque tengo razón y nadie me hace caso! —gritó Viggo, que veía cómo la lluvia que caía como una gran cortina se mezclaba con una neblina e impedía ver nada a su alrededor.

«Tú poca razón».

—No se ve nada de nada. ¿De qué sirve que sea tan verde y bonito este reino si no se ve nada

a tu alrededor?

—A ver, Asesino, ¿quieres dejar de armar semejante alboroto? ¡Se te oye desde el reino de Moontian! —dijo una voz femenina.

Viggo se volvió con sus cuchillos en las manos.

«Yo camuflar» avisó Camu.

Un jinete se acercó hasta el roble y salió de entre la cortina de lluvia y niebla. Iba encapuchado y no se le veía el rostro. La lluvia caía por su capa y montura como una cascada. Se detuvo bajo el árbol refugiándose de la lluvia.

—Sé que estáis aquí, aunque no os vea —dijo.

—Quítate la capucha para que veamos esa melena —dijo Viggo.

El jinete se echó la capucha atrás y pudieron ver quién era.

«Valeria. Yo contento verte» envió Camu.

—Hola, Camu. Yo también de casi verte —rio ella.

«Yo quitar camuflaje».

Camu y Viggo aparecieron junto a Valeria.

—Hola rubita, te veo bien. ¿Es la lluvia o estás más irresistible que nunca?

—No es la lluvia —sonrió ella coqueta y le guiñó un ojo.

—Ya veo que no.

—Sigues tan agresivo y protestón como siempre.

—Gracias, lo intento.

«Yo guapo también».

—Ya lo creo que sí —dijo Valeria, que desmontó y se acercó para acariciar a Camu.

—Ten cuidado con esta que es una lianta —advirtió Viggo a Camu.

«Valeria amiga. No lianta».

—Muy bien dicho, Camu —agradeció ella—. Estás crecidito —dijo y, sujetándole la cabeza entre sus manos, le dio un beso en la frente.

—¿Os dijo Egil que yo era la persona con la que debíais encontraros?

—No, pero no hacía falta. Me lo imaginaba.

«Yo no saber».

—Tú vas de listo y luego…

«Yo listo, guapo y poderoso».

Valeria rio y aplaudió.

—Muy bien dicho, Camu.

—Sí, tú encima anímale.

—Si es un encanto…

—Ya… como este reino… ¿Qué tal todo por aquí? ¿No te han descubierto todavía? Imagino que no o ya te habrían colgado y ese cuello delicado tuyo tendría unas marcas horribles.

—Todo relativamente bien. Y no, todavía no me han descubierto.

—Ese rey Kylian no debe ser muy espabilado si no se ha dado cuenta todavía de que trabajas para Egil.

Valeria se agachó junto al roble y se sentó.

—Si una sabe jugar bien sus cartas y no comete errores, puede engañar a cualquiera.

—Sobre todo si es una preciosidad.

—Eso ayuda, no te voy a decir lo contrario. Sobre todo, tratando con hombres. Por otro lado, tratando con mujeres resulta poco ventajoso, más bien una desventaja —sonrió Valeria de oreja a oreja.

—¿Te han informado de los últimos acontecimientos?

—Sí… No puedo creer lo que les ha sucedió a Nilsa y Gerd. Estoy pasmada por el disgusto… Tengo un sentimiento de pena y rabia que no me puedo quitar de encima.

—Sí, todos estamos muy afectados.

«Mucho tristes».

—Que Nilsa necesite de la sanadora hace que esta misión sea todavía más importante.

Viggo asintió.

—Eso seguro. ¿Cómo está la cosa?

—La misión para rescatar a Edwina ya estaba en marcha. Egil lo había planeado y estábamos ejecutando el rescate. Disponíamos de algo de tiempo para no correr riesgos innecesarios e íbamos con cuidado. Lo ocurrido a Nilsa lo hace más urgente y peligroso.

—Para eso estoy aquí —Viggo se sentó al lado de Valeria.

—Me alegro, nos vendrás bien.

—¿Quién forma el equipo?

«Sí. ¿Quiénes otros?».

—¿Queréis saberlo?

—Estaría bien saber con quién contamos, no vaya a ser que sean un desastre.

—Tendréis que esperar un poco. Están al llegar —sonrió ella e hizo un gesto de que lo sentía.

—Tú y tus jueguecitos…

—Mientras esperamos, contádmelo todo. ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo está Lasgol?

—El cómo está Lasgol dejo a Astrid que te lo cuente cuando la veas —replicó Viggo con una sonrisa traviesa.

—Así eres tú…

—Ya, y así eres tú —él torció la cabeza y le hizo un gesto de burla.

Valeria rio y se acomodó entre las raíces del roble.

Hablaron por un largo rato y Viggo le contó todo lo que Valeria no conocía de la situación y lo sucedido en el Refugio con el dragón rojo.

Tres jinetes llegaron al gran roble cuando la lluvia caía con mayor intensidad. Ambos iban con capa y capucha verde oscuro que tapaba sus caras.

—Bienvenidos —saludó Valeria levantándose.

Viggo ya estaba de pie y con sus cuchillos en las manos.

Camu no se levantó. Se había camuflado por si acaso y observaba con curiosidad. Sus ojos saltones examinaban a los recién llegados.

—¡Oh, no! Reconozco a ese de la izquierda —se quejó Viggo.

El jinete echó la capucha atrás y vieron a Molak.

—Hola a todos —saludó el Guardabosques Real y compañero de las Panteras.

—Hola, Molak —saludó Valeria.

—¿Solo estaba disponible el Capitán Maravilloso?

—Egil lo eligió personalmente para la misión, así que no creo que debas quejarte —dijo Valeria.

—Él siempre se queja si me asignan a las Panteras —explicó Molak con una sonrisa de que no le importaba—. Algún día lo superará. Bueno, quizá no.

—No hay nada que superar. Es solo que prefiero a otros compañeros.

—Pues en esta misión te ha tocado este Guardabosques —dijo Molak abriendo los brazos.

—Para ser más exactos, nos ha tocado él —corrigió Valeria—. La misión la comenzamos nosotros.

—Pero como no podéis con la misioncilla, he tenido que venir yo —dijo Viggo y levantó la barbilla, orgulloso.

—No es que no podamos, es que no queremos correr el riesgo por la sanadora —especificó Molak—. Poder, podemos rescatarla nosotros.

—Ya, seguro…

—Sí, seguro. Pero un riesgo de último momento ha hecho que no queramos arriesgarnos —afirmó Valeria.

—¿Quién eres tú? —preguntó Viggo a otro de los jinetes.

—¿Ya no reconoces a los viejos compañeros? —dijo una voz que a Viggo se le hizo muy familiar. El jinete echó la capucha atrás y dejó su rostro al descubierto.

—¡Gonars! Claro que te reconozco. ¿Qué haces aquí?

—Parece que necesitaban un buen Trampero de los Bosques para esta misión y Lasgol no estaba disponible —sonrió.

Viggo rio.

—Bien dicho. A ti sí que me alegro de verte.

—¿Y a mí? —el otro jinete se quitó la capucha.

—¡Sugesen! ¡A ti también! Nada como un buen Superviviente de los Bosques para una situación complicada.

—Yo también me alegro de verte, Viggo.

—Veamos, un Trampero y un Superviviente. Esta misión va de bosques —dedujo Viggo y lanzó una mirada a Valeria.

—Caliente, caliente… Te lo cuento cuando llegue el resto.

Un rato más tarde llegaban otros tres jinetes al roble. Viggo los observó. A uno de ellos lo reconoció sin quitarse la capucha.

—Luca, ¡menos mal que me envían gente cualificada! ¿Qué hace el mejor Cazador de Hombres del reino aquí?

Luca se quitó la capucha y sonrió.

—Seguir órdenes. El rey me ha asignado a esta misión.

—Esto ya me gusta más. ¡Guardabosques de valía! —dijo mirando a Luca, Gonars y Sugesen.

—Tenemos muy buen equipo —afirmó Luca.

—¿Quiénes son esas dos? Porque son mujeres… —preguntó Viggo enarcando una ceja.

—Muy buena vista —dijo la de la derecha, que se quitó la capucha y dejó que se viera su rostro tranquilo de ojos algo rasgados y nariz de ratón. Seguía llevando el pelo cobrizo y no muy largo.

—¡Frida!

—¡Hola, Viggo! —saludó ella.

—Frida… una Guarda Sanador, eso me hace menos gracia. Tú estás aquí por si tenemos problemas serios.

Ella asintió.

—Nosotros o la rehén. Sobre todo, la rehén. Vosotros sabéis cuidaros solitos.

—Ya entiendo.

—Está aquí por si hieren o incapacitan a Edwina, es demasiado valiosa para perderla en esta misión de rescate. También por si nos pasa algo a alguno de nosotros —explicó Valeria.

—¿Y la última del grupo? —preguntó Viggo mirando a la jinete.

—¿No me reconoces? —dijo Elina y se quitó la capucha.

—¡Elina! Una Herbario Experta —comentó Viggo sorprendido—. ¿Para qué necesitamos a Elina?

—Lo más probable es que sea porque pueden ocurrir situaciones en las que sean necesarios mis conocimientos para preparar alguna substancia de plantas singulares o identificar un veneno poco conocido —especuló Elina.

—Esa es la razón, sí. Esta misión es complicada —afirmó Valeria.

—Empiezo a ver que sí —asintió Viggo.

—Pero lo conseguiremos, estoy convencida —afirmó Valeria.

—Es curioso…

—¿El qué, Viggo? —preguntó Valeria.

—Egil ha juntado un equipo para esta misión un tanto particular. No solo somos viejos amigos, sino que nos formamos juntos en el Refugio como Especialistas. Es como sí…

—¿Como unas segundas Panteras? —sugirió Valeria.

—Algo así, sí… Me pregunto por qué lo habrá hecho.

—Porque confía en nosotros —afirmo Molak—. El rey sabe que puede contar con nosotros y que desempeñaremos la misión con honor.

—Sí, eso seguro. Pero hay algo más…

—Pues si vamos a ser como las Panteras necesitamos un nombre —dijo Frida.

—Antes de poner nombres mejor completamos la misión con éxito. Luego ya habrá tiempo para esas cosas —dijo Valeria.

—Totalmente de acuerdo —dijo Molak.

La lluvia amainó por fin.

—Sentémonos y comentemos el plan. Hay que informar a Viggo de lo que sucede y de cómo vamos a actuar —dijo Valeria.

—Entiendo que al mando estoy yo —afirmó Viggo.

—Entiendes mal. Al mando estoy yo —rebatió Valeria—. Y después está Molak.

—¿Cómo es eso?

—Porque estamos en mi territorio y porque Egil me ha encomendado el liderato de la misión. Y yo nombro a mi segundo.

Viggo torció la cabeza.

—Bueno, me parece bien. Pero solo porque odio este reino, su lluvia, sus llanuras verdes y sus Druidas.

Por un largo rato Valeria explicó la situación y el plan a seguir. Todos fueron haciendo preguntas hasta que tuvieron claro lo que debían hacer y cómo iba a funcionar todo el plan en conjunto.

—¿Todo claro? —preguntó Valeria cuando terminó.

—¿Y no podemos entrar, matarlos a todos y coger a Edwina? —preguntó Viggo.

—No, no podemos. Eso la pondría en peligro. Y es un plan desastroso. No se rescata a un rehén fuertemente protegido echando la puerta del castillo abajo y matando a todo un regimiento de soldados de Irinel.

—Pues no veo por qué no —Viggo se encogió de hombros.

—Seguiremos el plan de Egil. Llevo pasándole información un tiempo. Este es el plan que ha creado y por eso estamos aquí los que estamos —dijo Valeria.

—De acuerdo. Me gusta más mi método, pero adelante.

—Muy bien. ¿Alguna cosa más? —preguntó Valeria.

Todos guardaron silencio.

—Ah, sí, una cosa más. El bicho.

—Oh, cierto. Camu —se dio cuenta Valeria—. No todos sabéis de su existencia. Camu, déjate ver por favor. Todos tranquilos. Es amigo y una criatura excepcional.

—Un bicho mágico, en realidad… —murmuró Viggo.

Camu se dejó ver y el estupor entre los que no lo conocían se hizo manifiesto. Por un largo momento lo miraron con ojos como platos y sin decir nada.

«Yo ser Camu. Amigo. Drakoniano Superior. Muy poderoso».

—No olvides guapo e inteligente —dijo Valeria.

«Mucho los dos».

Llevó al grupo un rato largo hacerse a la idea de lo que era Camu y acostumbrarse a su presencia. Viggo no ayudaba demasiado con sus comentarios.

—¿Es en verdad una criatura mágica? —preguntó Frida.

—Hazles una demostración, Camu —pidió Viggo.

«Yo enseñar».

Abrió la boca e invocó su habilidad Aliento Helado. El chorro gélido que dejó salir hizo que Frida y Elina dieran un brinco hacia atrás.

—Ese no, saca tus alas mejor, así no queda duda —dijo Viggo.

«Buena idea».

Camu invocó Vuelo de Drakoniano. Sus alas aparecieron brillando en plata y comenzó a elevarse levitando donde estaba mientras movía las alas como un descomunal colibrí. Dejó a todos pasmados.

—Asombroso… —balbuceó Gonars.

—Más que eso —expresó Sugesen.

Molak y Luca que ya conocían a Camu sonreían.

«También camuflaje» dijo y desapareció. Luego hizo desaparecer a Viggo.

—Impresionante es poco —Frida tenía las manos en la boca.

—Por mí puedes hacerlo desaparecer todo el tiempo que quieras —comentó Molak.

—Muy gracioso —se oyó a Viggo, al que no se veía.

Camu volvió a hacerse visible y también Viggo.

—Creo que con esto ya estamos preparados para afrontar la misión. Hay que ponerse a ello —dijo Valeria.

—Te seguimos —Molak hizo un gesto afirmativo.

—Y una cosa más. A mí no me pueden ver o colgaré por traición —advirtió Valeria

Todos asintieron. Conocían los riesgos y la dificultad de la misión.

Capítulo 20

Las nubes ocultaban una luna que por momentos conseguía traspasarlas e iluminar la fortaleza. Viggo ascendía por la pared de piedra de una de las cuatro torres cuadradas que hacían esquina en la muralla. Subía sin cuerda, apoyándose en los salientes y resquicios que la irregular pared de roca presentaba. El ascenso era lento, ya que debía de extremar las precauciones. Estaba ya a quince varas de altura, si perdía pie y caía desde allí estaría muerto.

«¿Seguro que no querer ayuda mía?» llegó el mensaje de Camu, que estaba al pie de la torre camuflado.

Viggo movió la cabeza de lado a lado. No podía soltar las manos ni los pies o se iría al suelo.

«Tú cabezota».

—Tú sí qué eres cabezota. No te entra en esa cabeza de bicho Drakoniano que eres del tamaño de un caballo percherón. No puedes entrar por las ventanas de la fortaleza. Creo que ni por las puertas —masculló Viggo entre dientes por lo bajo.

Ya se lo había explicado treinta veces al muy tozudo y seguía dando la tabarra. Que Camu podía subir la muralla como si nada gracias a la adherencia de sus palmas y dedos a cualquier superficie lo sabía. Que, además, podía hacerlo camuflado, también. Pero aquella era una fortaleza militar y todos las ventanas y puertas eran estrechas a propósito, precisamente para evitar que entrara más de una persona de golpe. De nada servía que el bicho se colara en la fortaleza si luego no podía acceder al interior de los edificios, que era el objetivo de la operación nocturna.

Se colocó bien el arco corto y el carcaj que llevaba a la espalda y continuó subiendo en silencio y protegido por la penumbra. Iba vestido de negro de pies a cabeza y llevaba su pañuelo negro de Asesino subido. Entre la capucha y el pañuelo solo se le veían los ojos, que en su caso tenía la suerte de que también eran negros. Era bien entrada la madrugada y los guardias estarían dormidos o pensando en las musarañas a esas horas. Eso siempre era una ventaja.

Habían tenido que esperar un par de días a que dejara de llover para que el ascenso fuera viable. Subir por la roca resbaladiza en un muro casi perpendicular al suelo no era nunca buena idea. Una cosa era arriesgar y otra jugarse la vida a lo tonto. Las murallas se escalaban en seco o con cuerda, pero a Viggo no le gustaba la cuerda porque podía verse. Una sombra pegada a la pared de una torre, de noche, era casi imperceptible.

Llegó hasta la almena, se detuvo y escuchó con atención antes de arriesgar una mirada al interior de la parte superior de la torre. No oyó nada. Era buena señal. A pulso subió la cabeza hasta librar la parte baja entre dos almenas y pudo ver cuatro guardias. Había uno en cada esquina. Él estaba en medio de la almena de la cara norte. En cuanto subiera lo descubrirían. No podía permitirse que dieran la alarma, eso estropearía el plan. Volvió a bajar la cabeza para que no lo vieran y se preparó.

Había llegado el momento de actuar. Cogió impulso apoyándose en pies y manos y de un salto entró en el torreón pasando entre el hueco de dos almenas. Rodó sobre su cabeza sin hacer ningún ruido y se quedó agazapado en el centro. Dos de los guardias notaron algo y se volvieron. Un tercero dormía y el cuarto estaba mirando hacia el interior de la fortaleza distraído en sus pensamientos.

Viggo alzó la mano derecha y con un movimiento seco soltó un latigazo. Luego giró sobre sí

mismo y repitió el latigazo. Los dos guardias que se habían vuelto y miraban con ojos de alarma la sombra que se había colado en el torreón recibieron un cuchillo de lanzar en el cuello. Entre gorgojos se fueron al suelo con ojos enormes por la sorpresa y el miedo.

El guardia que miraba al interior oyó caer a sus compañeros y se volvió. Viggo ya rodaba hacia allí. El desdichado fue a gritar, pero Viggo se levantó con la velocidad del rayo frente a él. Con la mano izquierda le tapó la boca y con la derecha le clavó el cuchillo por el lateral del cuello. Entró por un lado y salió por el otro. Con ojos desorbitados, el guardia murió en un momento. Viggo lo sujetó para que no cayera al suelo y con el ruido despertara al cuarto.

Con total sigilo se acercó al que dormía y negó con la cabeza. La estupidez humana nunca dejaba de sorprenderle. El guardia murió sin llegar a despertar. Nunca sabría qué le había sucedido. Quizá los Dioses de Hielo se lo contaran cuando llegara a su reino, pero Viggo lo dudaba. Los Dioses no se molestan por hombres insignificantes. Bueno, por los importantes tampoco, al menos en su experiencia.

Viggo dedicó los siguientes momentos a disimular lo que había hecho. Utilizó las lanzas de los guardias para atarlos a ellas con unas cintas fuertes de cuero que llevaba en su macuto. Luego sacó unas más largas y los ató, cada uno a una almena. En un momento parecía que los cuatro seguían vigilando de pie. Faltaban unas horas para el amanecer y los guardias que estaban ahora en tarea de vigilancia eran el último turno, por lo que no los relevarían hasta que saliera el sol. Esto le daba algo de tiempo.

Agazapado, observó el interior de la fortaleza. Era rectangular, grande. Una muralla unía las cuatro torres de vigilancia. En el interior había cuatro edificios militares. El edificio magno, unos enormes y alargados barracones, la armería y almacén, y el establo. La fortaleza era grande y tenía capacidad para uno cuatro mil soldados. Según habían visto había estacionados allí unos tres mil en aquel momento, lo que complicaba bastante el rescate. Si por alguna razón se daba la alarma estaría en un buen aprieto. Uno por uno quizá podía matarlos a todos, pero si salían todos a la vez e iban contra él, la cosa se pondría peor que mal. Mejor evitar esa situación.

Por lo que Valeria había averiguado, el conde Diarmuid, primo segundo del rey Kylian, señor de aquella fortaleza y del condado en el que estaban, tenía a Edwina en el edificio principal en el último piso. Y el problema que debía solucionar, y por lo que el equipo no podía rescatarla, estaba con ella. Observó a los guardias de patrulla en las cuatro murallas. Realizaban la ronda. Contó tres patrullas de seis soldados en cada muralla. Abajo, en el patio de armas, había otras tres haciendo otra ronda. En Irinel se tomaban en serio el tema de la vigilancia.

Suspiró. Aquello dificultaba la misión, pero no la impedía. Observó por un rato las rondas intentando estipular cómo descender y cuándo. La muralla quedaba cinco varas por debajo de donde él estaba y las otras tres torres estaban demasiado lejos, por lo que de momento se encontraba seguro y a cubierto. Al cabo de unos minutos se dio cuenta de que las rondas eran casi idénticas, así que las estudió por un tiempo hasta encontrar el punto. Por fortuna, la fortaleza no estaba demasiado iluminada. Había antorchas y algunas lámparas de aceite en cada edificio, pero iluminaban sobre todo las entradas. Eso le venía bien, pues él no iba a acceder por ninguna de ellas.

Nada como tener una mente brillante además de ser genio y figura. Se lanzó a bajar por la esquina más oscura de la torre. Iba contando para calcular el momento en que debía parar y en el que debía reanudar la marcha. Cuando llegó hasta la muralla se quedó quieto, como si fuera parte de la pared. La patrulla se dio la vuelta y comenzó a alejarse. Viggo bajó el parapeto y comenzó a contar de nuevo. Cuando terminó la cuenta descendió por la pared interior de la muralla hasta llegar a los establos.

La parte anterior estaba vigilada. Cuatro soldados hacían guardia. Viggo se dirigió a la parte posterior, se coló entre dos tablones mal asegurados y entró. Se agachó entre un par de caballos. Olía a excrementos que echaba para atrás. Echó una rápida ojeada y vio que debía haber más de quinientos caballos allí. No podía quedarse mucho o se desmayaría del terrible olor y lo capturarían. Uno de los animales a su lado relinchó.

—Sí, encima quéjate —masculló mientras se subía todavía más el pañuelo que no le protegía demasiado del hedor reinante.

Con mucho cuidado de no asustarlos navegó entre los animales hasta llegar a la pared este. Allí encontró varias ventanas. Observó el exterior desde una de ellas, aguardó a que no hubiera patrullas de ronda y salió deslizándose al exterior. Una vez fuera se pegó a la pared de la muralla para ocultarse. Avanzó agazapado hasta el edificio que hacía las veces de almacén y armería. La puerta de entrada estaba iluminada y vigilada, así que decidió entrar por un lugar menos transitado.

Se acercó hasta el lateral del edificio y vio que las ventanas estaban blindadas con barrotes. No le extrañó, era para proteger los víveres y las armas de ladrones. Se subió a una de ellas y desde allí trepó con agilidad hasta el tejado de edificio. Se arrastró como una víbora negra evitando cualquier luz hasta llegar a una trampilla. Estaba cerrada con llave. Sacó sus ganzúas y forzó la cerradura.

—Pan comido —murmuró y, abriendo la trampilla, se dejó caer al interior.

Primera parte del plan finalizada. Se dirigió a la zona donde tenían los víveres y los barriles de agua. Encontró los sacos con trigo y grano y las cajas con carne seca, queso, verdura y fruta abiertos y ordenados junto a grandes mesas de madera. Contó más de cien sacos y contenedores abiertos que estaban siendo utilizados para alimentar a los soldados. También encontró los barriles de agua, cerveza, sidra y vino, que no estaban del todo llenos por lo que se estaban usando también.

Sonrió. Ya lo tenía. De su cinturón de guardabosques sacó una docena de viales de vidrio con forma de tubo. Contenían un líquido muy oscuro que Elina había preparado. Tal y como ella le había explicado, Viggo comenzó a contaminar la comida y los líquidos bebibles que encontró. Lo hizo despacio. Elina le había dicho que debía poner solo unas pocas gotas en cada contenedor. Eso sería suficiente pues el líquido estaba compuesto por hierbas y plantas muy tóxicas. Viggo se alegró de tener el pañuelo puesto. Le llevó un buen rato, pero contaminó toda la comida y bebida que encontró, incluso parte de la que todavía no habían abierto.

—Por si acaso… —murmuró, aunque sabía que primero usarían los contenedores ya abiertos para que no se echaran a perder.

Se guardó cuatro viales enteros, siguiendo las instrucciones de Elina, y salió del edificio por donde había entrado. Subido al tejado, observó las torres. Todo estaba tranquilo. El tejado del almacén estaba a oscuras así que no lo podrían ver si se andaba con cuidado. Se arrastró por el techo hasta que tuvo a la vista el pozo principal de la fortaleza. Era inconfundible. Un gran pozo descubierto con un balde recogido que descendía para sacar agua. Estaba a unos cincuenta pasos de su posición. La siguiente parte de la misión consistía en contaminarlo. El problema era que las patrullas de ronda pasaban cerca de él y había dos antorchas que lo iluminaban. Era una situación complicada. Tendría que improvisar.

Astrid era mejor que él para este tipo de cosas, eso tenía que reconocerlo, aunque no lo haría abiertamente, claro. Nunca reconocería que nadie era mejor que él en temas de su Maestría. En cualquier caso, para la última parte de la misión, la realmente complicada, él era el más indicado. Lo sabía y no era una exageración.

Observó el pozo. Acercarse estaba descartado, pues lo descubrirían. Demasiados guardias vigilando en las cercanías, además de los de las torres a la vista. No, definitivamente acercarse al pozo no era una buena idea. Sus ansias le pedían correr hasta allí a una velocidad inimaginable, tirar los contenedores dentro y desaparecer en las sombras. Por fortuna, su cabeza le decía que, si hacía eso, lo descubrirían. Tendría que optar por lanzar los viales sin acercarse. Midió la distancia de nuevo. Tirarlos desde el tejado en el que estaba era una buena opción por la ventaja que la altura le proporcionaba. El problema era que la distancia era demasiado grande para asegurar que su brazo acertara al pozo. El grandullón seguro que era capaz de arrojarlos hasta allí, pero él no era un forzudo. Su especialidad era la agilidad, no la fuerza.

Suspiró. Tendría que recurrir a su arco corto. Lo había traído por si acaso, esperando no tener que usarlo pues no era su arma favorita, pero no quedaba más remedio. Cogió una flecha de su carcaj y la puso junto a él sobre la superficie del tejado. Luego sacó una tira de cuero de su cinturón de guardabosques y con ella ató dos de los contenedores a la flecha intentando que quedaran uno a cada lado de la asta para no desequilibrar la flecha. Lo hizo con tranquilidad y paciencia para no errar. La sopesó en la mano y le pareció adecuado. Sin precipitarse hizo lo mismo con dos flechas más.

Se puso sobre una rodilla y apuntó con el arco midiendo la distancia y el tiro en parábola que tenía que hacer. Odiaba aquello. Lo suyo era matar gente y monstruos. Los quehaceres de puntería con arco y similares no le gustaban nada.

Puso la primera saeta en la cuerda. De inmediato notó el peso extra y la posible desviación del proyectil por los contendores y su confianza se vino un poco abajo. Midió la distancia de nuevo y apuntó varias veces hasta que estuvo seguro de que el tiro entraría en el pozo. O eso le pareció a él. En aquel momento habría dado cualquier cosa porque la misión requiriera matar a todos los oficiales de la fortaleza mientras dormían en lugar de aquello.

Resopló. La situación era la que era y había que solventarla. Apuntó, midió una última vez, visualizó la trayectoria de la flecha en su mente y soltó. La saeta con los dos viales voló siguiendo la trayectoria que esperaba.

—¡Sí! —masculló e hizo un gesto de victoria con el puño.

La flecha llegó hasta el pozo, pero perdió de pronto altura por el peso de los viales. No iba a caer dentro, no salvaría la pared circular de roca.

—Oh, no… —la alegría desapareció y un sentimiento de que la había liado le invadió.

La flecha descendió de forma brusca y se quedó corta. Golpeó sobre la parte superior de la pared del pozo, salió rebotada hacia delante por la inercia, golpeó en el cubo y finalmente cayó dentro del pozo.

—¡Entró! ¡Soy sensacional! —exclamó, y se tuvo que tapar la boca para que no se oyera su alegría. Definitivamente era una leyenda viviente. Hasta de rebote conseguía el objetivo.

Cogió la segunda flecha y, tras ver lo que había sucedido con la primera, calibró mejor el vuelo y la parábola. Tiró y esta vez cayó en el interior del pozo golpeando la pared interior del lado contrario.

—Lo que siempre digo, sensacional —se dijo animándose.

Disparó una tercera vez y este tiro fue el mejor. Entró por el centro del pozo como debía haber ido desde el principio.

—Objetivo cumplido —susurró sonriendo.

Había conseguido colar todos los viales en el interior del pozo. Eso contaminaría el agua, al menos la que estaba en la parte superior, que era la primera que sacarían. Elina había preparado un tapón de barro para los viales que se descomponía al contacto con el agua. Una vez cayeran

dentro del pozo los tapones se desharían y el contenido venenoso saldría de ellos mezclándose con el agua.

Se frotó las manos. Parte segunda del plan terminada. Ahora venía lo interesante.

Era momento de visitar a Edwina y a su acompañante.

Capítulo 21

Viggo se dirigió al edificio principal de la fortaleza. Era cuadrado, de roca, sin balcones y con ventanas pequeñas desde las que tiraban los arqueros. La puerta principal también era pequeña y estaba guardaba por seis soldados con jabalina y escudo de lágrima con el emblema y los colores de Irinel. Uno de ellos era un oficial, seguramente el de guardia. Meditó si era factible cargárselos y entrar sin ser descubierto, pero le pareció demasiado arriesgado. Mejor dar la vuelta al edificio y ver cómo entrar por detrás. Las partes posteriores de los edificios eran siempre menos peligrosas.

Agazapado, buscando las sombras y la penumbra para fundirse en ellas, llegó hasta la parte posterior. Debía tener cuidado de que no le vieran desde los dos torreones o estaría en un buen aprieto. Salir del interior de la fortaleza cuando dieran la alarma iba a resultar más que difícil, pues había demasiados soldados allí dentro.

Se encontró con un pequeño problema. La parte posterior también estaba vigilada. Había tres soldados de guardia en mitad de la pared y no había puerta posterior. Estaban charlando y Viggo los observó en silencio desde las sombras. Deberían estar uno en una esquina, otro en el centro y el tercero en el otro extremo, pero como nunca pasaba nada se reunían en el medio y jugaban a los dados. De nuevo Viggo no podía creer la estupidez humana. De estar en su puesto quizá se hubieran salvado. Estando los tres apelotonados y jugando a los dados… pues no.

Avanzó con sigilo a una velocidad tremenda sin abandonar las sombras. Para cuando uno de ellos lo vio era demasiado tarde. Recibió un tajo en el cuello. Al segundo guardia le dio un codazo en la nariz y al tercero una patada fuerte en las zonas bajas. Mientras se retorcían de dolor, les atravesó el corazón de una limpia cuchillada. Un momento después los apoyaba contra la pared y los colocaba con las piernas cruzadas, como si siguieran jugando a los dados.

Observó alrededor. Nadie se había percatado por el momento. Miró hacia arriba. Tenía que llegar al nivel superior del edificio, eso era lo que Valeria le había dicho. Retenían a Edwina allí. Tenía sentido, si alguien quería llegar hasta ella tendría que pasar por todos los pisos y enfrentarse a un millar de soldados apostados por todo el edificio. Aunque le hubiera gustado cargarse a unos cuantos, esa no era la mejor opción, así que se puso a escalar por la pared donde menos visibilidad había.

Ascender un viejo edificio militar por su cara externa podía parecer muy complicado para la mayoría de las personas, pero no para un Guardabosques con la Especialidad de Asesino. De hecho, estaba seguro de que Lasgol también podría escalar aquella pared. Astrid lo haría con los ojos cerrados. Los Guardabosques entrenaban la escalada desde el primer año de formación, tanto en montaña como de edificios. Aquel en concreto era robusto y alto, pero su cara exterior no había sido pulida, lo que dejaba rocas imperfectas con salientes por los que se podía subir.

Ascendió con rapidez pegado a la esquina oeste. Cuando no encontraba cómo seguir subiendo se ayudaba de la esquina, que siempre proporcionaba algún apoyadero. Llegó al nivel superior, debajo del tejado, y buscó una ventana por la que colarse. Encontró una que daba a un pasillo vigilado por dos guardias. Tendría que hacerlo muy rápido.

Se preparó. Forzó la ventana sin hacer ruido, la abrió y se dejó caer al interior. Los dos guardias se giraron. Viggo echó a correr hacia ellos con la velocidad del rayo. El más cercano lo miró con ojos de sorpresa. No sabía si estaba viendo bien o sufriendo una pesadilla. Abrió la

boca para gritar y el cuchillo de lanzar de Viggo entró por ella. El soldado sintió un fuerte golpe en la garganta y no pudo emitir sonido alguno. Comenzó a ahogarse. Viggo pasó por su lado corriendo hacia el segundo guardia que ya se había dado cuenta de que un enemigo se aproximaba a la carrera. Puso su lanza al frente y se resguardó tras su escudo. Viggo sonrió. Había preferido defenderse a dar la alarma. Eso era de chico listo, pero por desgracia no le salvaría y a Viggo le venía mejor. Llegó hasta él cuando la lanza del soldado buscaba su estómago. Con un giro velocísimo se puso de perfil y la lanza pasó sin alcanzarle. En el mismo movimiento dio un brinco lateral y, sobrepasando el escudo y extendiendo el brazo con toda su fuerza y rapidez, le clavó el cuchillo en el ojo derecho hasta la empuñadura. El soldado cayó muerto al instante.

Se volvió y buscó la habitación a la que tenía que llegar. Estaba en aquel pasillo. No le resultó difícil identificarla, pues era la que tenía la puerta más ostentosa. Si la información que había conseguido Valeria era correcta, Edwina estaba allí.

Viggo se agachó y escuchó. Cualquier sonido del interior podría darle alguna pista sobre lo que sucedía y la situación que se iba a encontrar, pero no oía nada. Aquello era normal, debían de dormir. Miró por la cerradura para ver si podía distinguir algo, pero tampoco pudo ver nada más que oscuridad. No le quedaba otra opción que arriesgarse a ciegas.

Sacó sus ganzúas y, en total silencio y con gran habilidad aprendida en sus años de ladronzuelo, abrió la puerta sin que hiciera el más mínimo ruido y lo suficiente para poder entrar y deslizarse al interior cerrándola tras de sí. Se quedó quieto, agazapado, mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. Eso llevaría un momento. Siempre le había parecido increíble lo que se podía llegar a apreciar una vez se entrenaba la vista a la oscuridad. En el Campamento, con Haakon, y todavía más en el Refugio, con Engla, habían entrenado esta faceta. Un buen Asesino debía ver en la oscuridad mejor que un felino o terminaría muerto. Por la ventana del fondo de la estancia entraba algo de luz nocturna, más que suficiente para que Viggo pudiera ver en la penumbra que le rodeaba.

Pudo vislumbrar un estudio grande con un escritorio, dos armarios a cada lado y un tocador junto a una ventana. Al fondo descubrió dos puertas que debían de dar a dos habitaciones posteriores. La estancia estaba vacía. Avanzó con precaución observando a su alrededor, intentando atravesar la oscuridad por si había algún peligro acechando.

Se detuvo. De su cinturón sacó el veneno que llevaba preparado para aquella misión y lo vertió en sus cuchillos. Un buen veneno era siempre de gran ayuda en situaciones complicadas. Se situó entre las dos puertas traseras. Tenía que elegir entre entrar primero por la izquierda o por la derecha. Con su suerte, la que eligiera sería la mala y esta vez no podría echarle la culpa al rarito o al bicho. Sonrió. Daba igual. Si elegía mal se enfrentaría al problema y lo resolvería, como siempre hacía. Para eso estaba allí, Egil lo había enviado a ayudar y él no iba a fallarle. El mejor Asesino de Norghana no fallaba nunca y aquella no sería la primera vez.

Eligió la puerta izquierda.

Asió el picaporte y por suerte no estaba cerrada con llave. La abrió y entró en silencio, como haría una sombra con intenciones letales. Descubrió un dormitorio y, al fondo, una cama donde descansaba una figura. Dio un paso más hacia ella y se percató de que era una mujer. Entrecerró los ojos e identificó a Edwina. La había encontrado. Bien, pero no tan bien. Estaba sola, dormida. ¿Dónde estaba su captor?

Según lo pensó se dio la vuelta tan rápido como el propio pensamiento.

Una figura erguida lo miraba desde la puerta. Sonreía mostrando unos dientes blancos en un rostro también pálido salpicado de pecas. Era delgado y no muy alto. Vestía de verde muy

oscuro, casi negro. Iba encapuchado y de su capucha caían unos rizos pelirrojos. En sus manos llevaba dos jabalinas cortas, poco habituales.

Era la otra puerta. Viggo maldijo para sus adentros y levantó sus cuchillos negros para mostrárselos.

—Mi rey sabía que el rey de Norghana intentaría rescatar a su sanadora —dijo en norghano con fuerte acento de Irinel.

Viggo se irguió con los cuchillos al frente.

—Hablas bien mi idioma.

—He pasado tiempo en tu tierra. En misiones…

—Así que eres un asesino experimentado.

—Lo soy. Dicen que el mejor de Irinel, aunque eso es cuestión de opiniones —dijo mostrando sus jabalinas cortas.

Viggo miró hacia Edwina, que no se movía ni decía nada, lo cual no le gustó lo más mínimo.

—No te preocupes por la sanadora. Está bien, sedada y encadenada al suelo. No podrás llevártela. Ni todo un ejército podría. Por eso está en esta fortaleza. El conde Diarmuid tiene un ejército apostado aquí.

Viggo entrecerró los ojos y pudo ver que una gruesa cadena salía de entre las sábanas y llegaba hasta el suelo. Estaba atada a una argolla en la roca.

—Esa no es forma de tratar a una buena mujer —dijo con rabia.

—No tengo nada que ver con eso. Es el juego de la política y son los reyes los que lo juegan. El resto somos parte de sus jugadas y decisiones.

—Pues tú vas a pagar con tu vida por lo que tu rey le ha hecho a Edwina.

El asesino sonrió.

—Te veo muy confiado.

—Soy el mejor Asesino de Norghana y una vez te mate estaré más cerca de ser el mejor de Tremia.

—Eso son altas expectativas. Es una lástima que no se vayan a cumplir —hizo un gesto de disculpa con sus jabalinas.

—¿Veneno? —preguntó Viggo señalando las jabalinas.

—Por supuesto —señaló los cuchillos de Viggo e hizo un gesto de pregunta.

—Por supuesto —respondió este asintiendo.

—¿Vas a dar la alarma o lo arreglamos entre iguales? —preguntó Viggo, al que la primera opción no le venía muy bien.

—¿Qué harías tú en mi lugar?

—Matarte yo, por supuesto.

—Esa es mi opinión también.

—Así sea.

Los dos se saludaron con una pequeña inclinación de la cabeza y se lanzaron al ataque al mismo tiempo. En medio de la oscuridad que envolvía la habitación las jabalinas y los cuchillos repiquetearon.

Los dos asesinos se movían con una velocidad y agilidad pasmosas mientras lanzaban ataques y esquivaban los del contrario. El alcance de las jabalinas era superior al de los cuchillos de Viggo, que se veía obligado a arriesgar para acercarse a su oponente. El asesino de Irinel se movía muy bien, era ágil, coordinado y un experto en el manejo de aquellas jabalinas. Viggo no se había enfrentado nunca a nadie que usara aquel tipo de arma, pero sabía que eran especiales. La mitad de largas que una jabalina normal y las empuñaba por la mitad atacando con ambos

extremos del arma, que eran igual de punzantes.

Viggo lanzó varios ataques fulgurantes que su oponente tuvo dificultades para defender y se retrasó a la estancia anterior. Su enemigo le siguió, allí tenían más sitio para combatir. El asesino de Irinel se rehízo y pasó de nuevo al ataque. Esta vez fue Viggo quien tuvo que retroceder hacia un lado y en un movimiento improvisado se lanzó contra uno de los armarios, tomó impulso y salió despedido volando hacia su enemigo. Sorprendido por el extraño movimiento, el de Irinel intentó recibirlo con sus jabalinas. No lo consiguió por la velocidad con la que Viggo pasó por encima dando una voltereta en el aire. Según lo hacía, soltó un tajo que alcanzó a su rival en la cabeza, cortando capucha y cuero cabelludo.

—¡Agh! —exclamó y se volvió con rapidez para asestar dos ataques con sus jabalinas. Viggo dio un brinco hacia atrás y se posicionó fuera del alcance de su enemigo.

Ignorando el corte recibido, el de Irinel comenzó a mover sus armas realizando giros y creando molinillos muy rápidos al tiempo que avanzaba. Viggo echó la cabeza atrás, no había luchado contra nadie que utilizara aquel tipo de ataque. Lo había visto hacer a dos manos con una lanza o vara, pero nunca con dos jabalinas cortas. Debía llevarlas sujetas con algún lazo y atadas a sus muñecas.

Se desplazó hacia la derecha y el de Irinel movió sus brazos hacia él con los molinillos girando con velocidad y fuerza. Al verlo acercarse, Viggo soltó dos cuchilladas al rostro de su oponente, pero fueron desviadas por los molinillos. El golpe fue fuerte y los cuchillos salieron hacia los lados. Viggo tuvo que hacer un esfuerzo para no perderlos. Se le abrieron los brazos y quedó en posición expuesta. Su oponente aprovechó y le soltó una fuerte y precisa patada en el estómago. Viggo se dobló de dolor.

El asesino de Irinel hizo descender sus dos jabalinas en diagonales opuestas contra la cabeza de Viggo, que se lanzó hacia atrás sin haberse recuperado del golpe. Ambas le pasaron rozando la cara. Se golpeó contra el escritorio y, al ver que su rival avanzaba, se tiró por encima de la mesa y cayó al otro lado. Se quedó agachado, recuperando la respiración e intentando sobrellevar el dolor de los golpes.

—No huyas, vas a morir de todas formas y eso es de cobardes, no de asesinos respetables.

—¿Quién dice que huyo? Solo estoy recogiendo una cosa que se me ha caído.

El asesino de Irinel bordeó la mesa por la izquierda con rapidez y agilidad y atacó. Viggo salió por la derecha y la mesa quedo entre ellos.

—Solo estás posponiendo lo inevitable.

—¿Te refieres a tu muerte?

—Eres gracioso. Vas perdiendo y lo sabes.

—No soy yo el que sangra —dijo Viggo señalando con su cuchillo la frente de su oponente, por la que caía un hilillo de sangre.

El de Irinel sonrió y con una agilidad tremenda saltó por encima del escritorio al tiempo que atacaba. Viggo hizo como que se echaba hacia atrás y cuando su rival puso un pie en el suelo cambió de movimiento y lanzándose sobre la tarima le soltó una patada a la pierna de apoyo. El asesino perdió el equilibrio y se fue al suelo de lado. Intuyendo que Viggo aprovecharía para saltarle encima, rodó de costado por el suelo para ponerse a salvo. Con la agilidad de un tigre se puso en pie junto a la puerta de la habitación por la que había salido.

El cuchillo de lanzar de Viggo le alcanzó en el hombro derecho.

—Agh… —exclamó y miró a Viggo con ojos muy abiertos por la sorpresa. Viggo no se había movido del sitio. Estaba agazapado, en una mano tenía sus dos cuchillos. La otra estaba extendida hacia delante. Era con la que había lanzado su arma arrojadiza.

—Se me había olvidado decirte que yo juego algo sucio.

—Ya… veo…

—Cosas de cómo me crie —sonrió Viggo.

El asesino de Irinel cogió las dos jabalinas en una mano y con la otra se sacó el cuchillo del hombro de un tirón. Gruñó pero en el mismo movimiento lanzó el cuchillo a Viggo. Con un movimiento defensivo este desvió el arma, que cayó al suelo.

—¿Quieres seguir bailando o te rindes ya?

—Un asesino de Irinel no se rinde nunca.

Viggo se encogió de hombros.

—Pues tu rey se va a quedar sin uno en breves momentos.

El de Irinel se lanzó al ataque con furia. Viggo bloqueó las jabalinas con sus cuchillos y el sonido de metal contra metal volvió a llenar la estancia. Su contrincante tenía la ventaja del alcance y la herida parecía no frenar su ímpetu. Viggo se retrasó hasta la ventana y con un movimiento inesperado arrancó la cortina de un tirón y la lanzó sobre él cuando se le echaba encima.

—¡Maldito...! —exclamó cuando la tupida tela le cayó encima.

Lanzó dos ataques punzantes a ciegas. Viggo se ladeó y le soltó dos cuchilladas al costado. Ambas atravesaron la cortina y se clavaron en su rival, pero no lo suficientemente profundas como para darle muerte. Se separó saltando por encima del escritorio.

El de Irinel se quitó la cortina de encima y se dobló de dolor del costado donde había sido herido.

—Eso ha sido rastrero.

—Gracias —sonrió Viggo orgulloso—. Otro de los movimientos de los que me enorgullezco.

—No tienes honor.

—No, y por eso siempre salgo victorioso.

El asesino de Irinel rugió de rabia y atacó lanzándose hacia adelante.

Viggo ya lo esperaba y, guardando sus cuchillos con gran rapidez, cogió una silla. Con ella como escudo bloqueó los ataques de las jabalinas. Su rival clavó las puntas de ambas profundamente en la silla y Viggo supo que ya lo tenía.

Con un giro brusco de los brazos lo desarmó.

—¿¡Qué!? —balbuceó un instante antes de que Viggo le rompiera la silla en la cabeza. Trozos de madera, terciopelo y las dos jabalinas cayeron al suelo. El de Irinel quedó de pie, aturdido e intentando no quedar inconsciente.

—Esto es por Edwina —dijo Viggo y de un movimiento fulminante avanzó y le sesgó el cuello con uno de sus cuchillos.

El asesino se llevó la mano al cuello con los ojos como platos.

Un momento después caía al suelo, muerto.

—Ya te lo advertí —dijo Viggo.

Observó a su rival caído por un momento. Lo saludó con la cabeza y luego se dirigió a ver cómo estaba Edwina.

—Edwina, despierta, ¿me oyes? —Viggo intentó que la sanadora despertara. La sacudió, pero nada, no salía de su sueño. Le dio varios cachetes en las mejillas, pero de poco sirvieron

—Umm… Necesito agua —se volvió y fue a la otra habitación.

Encontró una jarra con agua y una palangana. Llevó la jarra hasta Edwina y dejó caer el líquido sobre la frente y el rostro de la sanadora.

No parecía reaccionar.

—Esto no es nada bueno…

Levantó la manta y las sábanas y descubrió los grilletes en los tobillos de Edwina. Siguió la cadena hasta la argolla en el suelo y tiró de ella con todas sus fuerzas. Una, dos, tres veces, poniendo todo su ser mientras tiraba de la cadena para soltarla de la argolla. Imposible. Las argollas ni siquiera tenían cerraduras. No se podían abrir sin un herrero.

—Puercos… Pagaréis por esto.

Tuvo que resignarse contra su voluntad. No quería dejar allí a Edwina, pero no podía liberarla. Ni siquiera podía despertarla de lo drogada que la tenían.

Abrió la ventana y salió a la cornisa.

Sintió un dolor punzante en el muslo. Le pareció raro. No había sentido que le hirieran. Se palpó.

Sangraba.

—Maldita sea mi suerte, me ha alcanzado.

Capítulo 22

—¿Cómo está? —preguntó Valeria, que miraba preocupada a Viggo tumbado en la cama de la cabaña de cazadores en la que se escondían a tres leguas de la fortaleza del conde Diarmuid.

—Le he dado otro antídoto y varias pócimas contra los efectos del veneno, pero sigue muy débil. Su cuerpo está luchando contra la toxina —explicó Frida.

—¿Y no mejora? Tiene un aspecto horroroso —dijo Valeria inquieta. Viggo estaba muy pálido, sudaba copiosamente por la fiebre y los dos últimos días había estado delirando.

—La herida no es grave, pero el veneno con el que le han infectado es muy nocivo para los órganos de su cuerpo —explicó Frida—. Por mucho que lo intento mantener con vida, el veneno se la va restando. Si seguimos así, al final ganará la toxina y le perderemos.

«No poder morir» envió Camu, que estaba tumbado en mitad de la cabaña y no se separaba de Viggo. Sus ojos saltones estaban hundidos por la preocupación.

—No va a morir —aseguró Valeria lanzando una mirada a Elina. La Herbario Experta estaba en la cocina. En un vial tenía sangre de Viggo, sobre la mesa una variedad de hierbas y en el fuego varios potes con líquidos que bullían desprendiendo un olor asqueroso.

—Conseguiremos salvarle —dijo Elina con tono más de deseo que de certeza.

—¿No sabemos todavía qué veneno es? —preguntó Valeria.

—Casi lo tengo —respondió ella, que llevaba trabajando sin descanso desde que Viggo había llegado de la fortaleza en un estado lamentable. Todavía no se explicaban cómo había podido escalar la muralla y huir con el veneno actuando en su cuerpo. Y, además, llegar hasta la cabaña. Desde luego Viggo tenía más fuerza de espíritu de lo que su cuerpo y presencia denotaban.

—Es algo que mata a no más de un cuarto de día —calculó Frida—. Viggo cayó seco nada más llegar de la fortaleza. Y es algo muy tóxico porque le he dado todos los antídotos conocidos y no consiguen acabar con la substancia nociva en su cuerpo.

—Y tampoco contamos con la sanadora… —murmuró Valeria y arrugó la frente.

«Yo intentar sanar con habilidad. No funcionar» se lamentó Camu, que también había intentado ayudar a su amigo sin fortuna.

La puerta de la cabaña se abrió y Molak entró. Se acercó hasta la cama donde Viggo se debatía entre la vida y la muerte.

—¿No mejora?

Frida negó con la cabeza.

—Es duro. Saldrá de esta —dijo Molak convencido.

—No estoy tan segura…—respondió Frida dubitativa mientras preparaba una pócima para la fiebre.

—Ya sabes el refrán: las malas hierbas… —dijo Molak.

—Sí, pero a esta le han echado algo muy dañino —explicó Frida.

—¿Novedades en la fortaleza? —preguntó Valeria.

—Sí. Están todos casi tan mal como Viggo. A miles. Han llegado varios cirujanos y curadores de la capital.

—No podrán hacer mucho —sonrió Elina, sus ojos brillaron con malicia.

—¿Tan fuerte es lo que preparaste? —preguntó Molak enarcando una ceja.

—No tanto como lo que le han metido a Viggo, pero más largo en cuanto a efectos negativos

en el cuerpo. Van a estar enfermos más de dos semanas —explicó.

—Espero que no te enfades nunca conmigo —dijo Valeria con una mueca de broma—. Pero no morirán, ¿no?

—Tranquila, no morirán. Solo pasarán dos semanas muy malas, con fuertes dolores de estómago, vómitos y mucha diarrea —explicó Elina—. Mientras beban agua de la no contaminada estarán bien. La contaminada ya se la habrán bebido toda.

—¿Los cirujanos y curadores no podrán hacer nada? —preguntó Molak.

—Paliar un poco, pero no podrán remediarlo.

—Perfecto, eso es lo que queremos —asintió Valeria.

—Aunque estén enfermos en la fortaleza no vamos a poder entrar y liberar a Edwina. Con que aguanten medio en pie la mitad o un tercio de los tres mil, nos lo impedirán —calculó Molak.

—No vamos a entrar a rescatarla —dijo Valeria.

—Lo sé, pero es un plan secundario en caso de que el inicial no salga bien.

—Nos ceñiremos a lo estipulado. Saldrá bien. Estoy convencida —aseguró Valeria.

Molak suspiró. Luego asintió.

—Tienes razón. Nos ceñimos al plan inicial.

Valeria le puso la mano en el hombro.

—Saldrá bien, tranquilo.

—Confío en el plan, es solo que ahora que sabemos cómo está Edwina quiero entrar a rescatarla ya.

—Eso queremos todos, pero sería un error. El plan de Egil es la mejor opción que tenemos.

—Lo sé —asintió Molak.

—La rescataremos, tranquilo. ¿Están Luka, Gonars y Sugesen en posición? —quiso saber Valeria.

—Sí. Vigilan la fortaleza y el camino principal. Yo me encargo de vigilar nuestro escondite.

—Muy bien. Avisa si hay movimiento, aunque no creo que lo haya en unos días.

—Eso creo yo también. Los cirujanos y curadores estarán ocupados por un tiempo —dedujo Molak.

—Exacto. No habrá mucha más actividad.

—No conseguirán curarles —reiteró Elina y el brillo malicioso volvió a sus ojos.

—Eso es una parte importante del plan —dijo Valeria.

—Hay que hacer algo. Viggo no aguantará más de un par de días a este ritmo —dijo Frida con tono y expresión de preocupación.

Valeria se volvió hacia Elina.

—¿Lo tienes? —preguntó.

Elina estaba consultando un tomo enorme que siempre llevaba consigo.

Se volvió.

—Lo tengo.

—Por fin —resopló Valeria—. ¿Qué es?

—Es Conium Fiadh Dacey. Una planta venenosa autóctona de Irinel. La base principal del veneno está obtenida de esa planta. Lo han mezclado con otros dos, pero para esos tenemos antídotos.

Frida se volvió.

—Nosotras no sabemos cómo preparar un antídoto contra el veneno base preparado con esa planta —expresó bajando la cabeza apesadumbrada.

Valeria se llevó la mano a la barbilla y se quedó pensativa.

—Pero alguien de aquí, de Irinel, lo sabrá —dedujo.

—Tiene que ser alguien muy versado en venenos y sus antídotos —dijo Elina.

Valeria asintió.

—Muy bien. Yo me encargo. Frida, mantenlo con vida hasta que vuelva.

—Lo intentaré… —la expresión de la Guarda Sanadora era de no estar muy segura de que lo conseguiría.

«Viggo aguantar. Él fuerte» envió Camu junto a un sentimiento de gran preocupación.

—¿Qué ocurre con la misión? —preguntó Molak.

—Te quedas al cargo hasta que yo vuelva. La misión continúa, seguimos el plan. Hay que rescatar a Edwina pase lo que pase.

—¿Y si no regresas a tiempo?

—Entonces, encárgate tú.

Molak asintió.

—De acuerdo. No te preocupes. Recuperaremos a Edwina.

Valeria le guiñó un ojo.

—Lo sé. Eres muy bueno, pero tranquilo, volveré a tiempo.

Por dos días más Viggo siguió luchando contra la muerte. Frida y Elina lo ayudaban en su pelea dándole pociones y brebajes. No podían acabar con la toxina que le estaba matando, pero podían ayudar al cuerpo de Viggo a luchar y resistir. En eso se centraron. Por las noches Viggo deliraba y en gritos clamaba títulos nobiliarios y tierras, o luchaba en batallas épicas donde era el héroe y salvaba al mundo. Luego buscaba a Ingrid para celebrarlo con ella. Cuando la fiebre subía y los delirios aumentaban, Viggo llamaba a Ingrid a gritos, desesperado por no encontrarla. Frida y Elina lo intentaban calmar y le secaban los sudores que le caían como mares. Las pesadillas sobre Ingrid eran terribles y Viggo se retorcía de sufrimiento.

«Ingrid estar bien. Tranquilo» enviaba Camu preocupado intentando calmarle, pero Viggo estaba en un mundo en el que no podía escuchar a nadie, sumido en una pesadilla interminable de la que no podía despertar.

Molak entró en la cabaña corriendo.

—¿No podéis hacer que calle? Sus gritos se oyen a una legua de distancia en la noche.

Frida le tapó la boca a Viggo con la mano.

—Tranquilo, descansa —susurró, pero Viggo se revolvía en sus delirios.

—¿No podéis amordazarlo para que no grite? —preguntó Molak—. Si nos descubren la misión fracasará y terminaremos colgados.

—Ya estamos alargando su sufrimiento mucho. Amordazarlo sería añadir dolor—expresó Frida.

—Valeria volverá y le salvaremos. Hasta entonces tendrá que sufrir —afirmó Elina.

—Amordazadlo. Yo correré con las culpas y los remordimientos —ordenó Molak.

Frida hizo como Molak pidió y salió a la noche para ocultarse en ella.

Con el amanecer se acercaron a la cabaña dos figuras. Subido a la copa de un abeto y completamente camuflado, Molak apuntaba con un arco compuesto. Una de las figuras se detuvo a trescientos pasos de la cabaña, levantó una mano e hizo una seña que todos en el grupo conocían.

Molak bajó el arco.

Las dos figuras fueron hasta la cabaña y abrieron la puerta. Camu, de forma preventiva, se

camufló. Siempre que algo inesperado sucedía lo hacía por si acaso. La primera figura entró y se quitó la capucha. Era Valeria. Precedía a su acompañante, que no se llegó a descubrir. Camu se apartó a un lado y no abandonó su camuflaje al no reconocer a la persona que iba con Valeria.

—Por fin —dijo Frida a Valeria.

—¿Traes una cura? —preguntó Elina.

—¿Cómo está? —se interesó Valeria acercándose hasta la cama de Viggo.

—En las últimas… se nos va… —se lamentó Frida.

Valeria resopló.

—Traigo una cura —dijo y señaló a su acompañante.

Molak entró y se quedó vigilante en la puerta sin decir nada.

La figura se quitó la capucha y todos se sorprendieron, hasta Camu.

Era una mujer de unos sesenta años. Los tatuajes en su rostro y su peinado dejaron claro qué era.

—¿Una druida? —preguntó Molak enarcando una ceja.

—Una curandera druida. Experta en venenos, sobre todo los de la región —explicó Valeria.

La curandera se acercó hasta Viggo.

Frida y Elina la miraron con desconfianza.

—Dejad que le examine. Es de fiar —aseguró Valeria.

—Los druidas no son nuestros aliados —replicó Molak en tono de advertencia.

—No lo son, no. Pero entre ellos también tengo amigos. Uno importante que está prisionero y al que he pedido un favor —explicó Valeria.

—¿Aidan? —dedujo Molak.

—Así es. Kylian lo tiene preso. Le he pedido ayuda y me la ha prestado. Esta curandera nos ayudará.

—¿Qué ha requerido Aidan a cambio? —preguntó Molak mientras la curandera examinaba a Viggo, empezando por su lengua.

—Un favor por un favor —dijo Valeria sonriendo.

Molak no preguntó más, pero supo que no sería un favor sencillo de devolver.

—No te preocupes. Lo importante es la vida de Viggo y esta misión. El favor se devolverá a su debido tiempo.

—Ten cuidado de que no te cueste la tuya… —replicó Molak a modo de advertencia.

—Esperemos que no —sonrió ella.

La curandera druida terminó de examinar a Viggo, se volvió y se dirigió a la mesa de la cocina sin hablar con nadie y sin siquiera dirigirles la mirada. Se quitó la capa que Valeria le había dejado y pudieron ver que llevaba ropajes de druida. De su cinto colgaban varias bolsas, amuletos y contenedores de madera de diferentes formas. Cogió varios de sus contendores y bolsas y se puso a trabajar.

Frida y Elina se miraron un momento y fueron a observar lo que hacía.

—Si necesita ayuda… —se ofreció Frida.

Valeria tradujo la frase a la curandera.

La druida respondió en el idioma de Irinel.

—Dice que solo necesita que se la deje tranquila.

Frida y Elina se miraron y compartieron un gesto de aceptación. Se apartaron un poco mientras la curandera ignoraba a todos, como si no estuvieran allí a su lado, y trabajaba.

—Hablas muy bien el idioma de Irinel —felicitó Molak a Valeria.

—Soy de mente despierta. Me gusta aprender.

—Dicen que es una lengua difícil.

—No tanto. Ahora estoy aprendiendo la lengua de los druidas. Esa sí que es difícil.

—Imagino que lo será —asintió Molak.

La curandera se acercó al fuego y en uno de los calderos vacíos vertió una mezcla y la puso a cocer.

«¿Druida salvar Viggo?» preguntó Camu solo a Valeria. Se había apartado a la zona más lejana de la cabaña para no estorbar y para que la druida no tropezara con él.

—La druida sabe preparar un antídoto contra el veneno de esa planta. Es un veneno que su pueblo usa mucho.

—Eso explica que lo tuviera el asesino —razonó Molak.

—¿No lo tienen ya preparado? —preguntó Frida.

—Tiene que prepararse al momento. No se puede almacenar, es perecedero —explicó Valeria —. Por lo que me ha dicho se echa a perder tras dos días.

—Sí, los antídotos son muy poco duraderos —asintió Elina.

La curandera trabajó sin descanso por media mañana hasta que finalmente tuvo preparado el antídoto. Se lo dio a beber a Viggo, que estaba tan débil que tuvieron que ayudarle.

—¿Y ahora? —preguntó Frida.

La curandera fue hasta la mesa y rellenó tres contenedores con el antídoto que había preparado. Luego fue hasta Frida y se los entregó. Miró a Valeria y le explicó de voz y con señas que tenían que darle el antídoto a Viggo tres veces. Le indicó los momentos también con gestos.

—Por la mañana, que ya se lo hemos dado. Tarde, noche y mañana otra vez —explicó Valeria.

La druida no dijo nada más. Fue hasta la mesa de nuevo y recogió sus cosas. Se puso la capa y se dispuso a marchar.

—¿Ya se va? —preguntó Elina.

—Ha finalizado su labor —respondió Valeria.

—Pero no sabemos si se salvará —Frida parecía contrariada.

La curandera apreció la preocupación de las dos norghanas. Las miró y con ojos profundos les dijo unas palabras en su lengua que no entendieron.

—Dice que ha hecho cuanto se puede hacer. El antídoto combatirá ahora el veneno. Se salvará o no, pero eso dependerá de la fuerza de su cuerpo y de su espíritu.

Luego por voz y señas les dijo que no podía hacerse más.

—Eso ya lo habéis entendido —dijo Valeria.

Frida asintió.

—Pero tiene que salvarle, no puede irse así —protestó.

Valeria lo tradujo.

La curandera se encogió de hombros. Luego le hizo un gesto a Valeria para que marcharan.

—La acompañaré de regreso. Volveré en cuanto la deje con los suyos —dijo.

Molak se acercó hasta ella.

—No es seguro dejar que se vaya. Sabe quiénes somos y dónde estamos —le susurró al oído.

—A veces en esta vida hay que correr riesgos. No puedo retenerla, crearía un conflicto importante y lo último que queremos es que intervengan los druidas. Si lo hacen tendremos que enfrentarnos a su magia. No aceptarán que retengamos a una de sus curanderas.

Molak echó la cabeza hacia atrás.

—Eso sería muy malo, sí.

—Además, esto es un favor que se pagará con un favor mayor. No nos venderán, no ganan

nada y estando Aidan preso las relaciones de los druidas con el rey Kylian están prácticamente rotas. No ayudarán al rey, buscarán ese favor que les deberemos.

Molak lo pensó un momento. En su rostro se apreciaba que no le gustaba nada la idea de dejar que aquella mujer se marchara.

—Está bien. Arriesgaremos —dijo a regañadientes—. Esperemos que Aidan no nos traicione.

—No lo hará. Me necesita —le guiñó un ojo Valeria y sonrió.

Marcharon y dejaron al resto muy preocupados en la cabaña.

«Viggo vivir. Ser duro como roca» envió Camu, que se negaba a pensar que su amigo pudiera morir.

Capítulo 23

A media mañana todos observaban a Viggo sobre la cama en la cabaña del bosque. Ya le habían administrado todas las dosis del antídoto que la curandera druida había preparado tal y como ella había indicado. Se había pasado toda la noche quieto, sin pesadillas, como si estuviese en trance. Frida y Elina no sabían muy bien qué pensar de aquello. En principio no era malo, ya que la fiebre había desparecido y no deliraba. Por otra parte, estaba demasiado tranquilo, demasiado quieto. Era como si se hubiera quedado sin fuerza alguna.

—Tiene el pulso muy ralentizado, pero al menos lo tiene —explicó Frida, que examinaba a Viggo cada poco.

—Está como si se le fuera la vida… No me gusta —razonó Elina. Estaban una a cada lado de la cama.

—El antídoto parece que ha funcionado, ¿no? —preguntó Valeria, que había regresado al amanecer.

—Sí, eso parece, pero quizá haya hecho efecto cuando ya era demasiado tarde para salvar el cuerpo… —dijo Frida con tono de gran preocupación.

«Viggo despertar. Tú ver. Yo seguro» Camu estaba en la cocina en estado visible, tumbado en el suelo como un enorme gecko de compañía.

—Tienes razón, Camu, no hay que desanimarse. Voy a preparar un par de pociones reconstituyentes —expresó Frida.

—Te ayudo —se unió Elina.

Valeria se acercó hasta la cama y le puso a Viggo la mano en la frente.

—Despierta, Asesino, no puedes morirte sin terminar la misión —le susurró al oído.

Viggo se agitó de pronto, como si la hubiera oído.

«Seguir. Hacerle volver» pidió Camu a Valeria.

La espía le guiñó un ojo a Camu.

—Yo me encargo —aseguró.

Frida regresó y le dio de beber una pócima mientras Elina terminaba de preparar otra.

—Vamos, regresa. Tienes que llevar a Edwina con Nilsa. Tienes que ir con Ingrid —siguió Valeria al oído.

Viggo se revolvió en la cama y de pronto abrió los ojos desorbitadamente.

—¡Nilsa! ¡Ingrid! —gritó mirando al techo de la cabaña sin ver nada.

Valeria sonrió.

—Bienvenido de vuelta al mundo de los vivos.

—¿Ha despertado? —Frida se volvió en la cocina.

Elina miraba con la boca abierta.

«¡Yo decir, Viggo volver!».

—¡El asesino de Irinel! ¡Las jabalinas envenenadas! —gritó de pronto incorporándose en la cama y mirando al frente, aunque seguía sin ver nada ni a nadie.

Frida se acercó corriendo y lo sujetó por los hombros.

—¡Viggo, despierta, vuelve en ti!

Elina le trajo la pócima.

—Intenta que la beba —le dijo a Frida.

La puerta se abrió y Molak entró corriendo.

—Se han puesto en marcha —avisó.

—Por fin —asintió Valeria.

—Hay que prepararse —dijo Molak.

Valeria asintió y fue a por su carcaj y arco.

—Parece que, en efecto, planta mala nunca muere —comentó Molak al ver a Viggo medio incorporado y mirando a todas partes.

—Ese no muere, aunque le saquen el corazón —afirmó Valeria con una sonrisa.

—Sí, bromead, no sabéis lo cerca que ha estado de irse con los Dioses de Hielo.

—Le echarían de allí… —sonrió Molak.

—Nos lo habrían devuelto —rio Valeria.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Elina.

—El plan sigue según lo previsto. Para esta parte Viggo no es crucial. Intentad que vuelva en sí y llevadlo al punto de reunión.

—De acuerdo —dijo Elina.

—¿Os arreglaréis sin nosotras? —preguntó Frida.

—Sí, siempre que no tengamos más heridos graves —se encogió de hombros Valeria.

—No los tendremos —aseguró Molak confiado.

—Camu, ¿vienes? —preguntó Valeria.

«Yo importante en misión. Ir».

—Así me gusta.

«Frida y Elina cuidar Viggo bien».

—No te preocupes, Camu, cuidaremos de él —aseguró Frida.

—Le voy a preparar una tisana especial, receta propia que he inventado, que levanta hasta a los muertos —comentó Elina.

«Solo levantar. No matar».

Elina sonrió.

—Solo levantar —confirmó.

Valeria, Molak y Camu se pusieron en marcha.

—¿Están Luka, Sugesen y Gonars en posición? —preguntó Valeria según salían de la cabaña.

—Lo están —dijo Molak. Se paró junto a un árbol y cogió dos arcos y un macuto que tenía escondidos.

—Muy bien. Camu, sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad? —preguntó Valeria.

«Yo saber».

—Espera a mi señal. No intervengas antes.

«Yo esperar señal».

—Muy bien.

Salieron del bosque que les había estado refugiando y se internaron en otro que cruzaron a la carrera. Llegaron al extremo este y, desde el linde, sin salir, observaron un camino. Por él, en dirección norte, se aproximaba una comitiva numerosa.

—Parece que se dirigen a la capital —dedujo Molak.

—Como Egil había previsto.

—No han podido aguantar más. Huyen de la enfermedad.

—Que nosotros les hemos causado hábilmente —sonrió Valeria.

—Sí, no sé qué hierbas mezcló Elina, pero ha hecho enfermar a media guarnición. Y enfermar de verdad.

—Por eso la eligió Egil para esta misión. Es una Herbario Experta magistral con muy buena mano para los venenos.

—Creen que en la capital sanarán —aventuró Molak negando con la cabeza.

—Es normal. Los cirujanos y curadores que les han enviado no han podido hacer gran cosa y creen que de quedarse morirán. En la capital pueden buscar ayuda y están lejos del foco de infección —explicó Valeria.

—Y así es como se toma una fortaleza con tres mil soldados apostados en ella.

—Sí, haciéndoles salir —sonrió Valeria.

«Plan bueno. Mucho inteligente».

—Otro de los planes magistrales de Egil —sonrió Valeria.

—Ahora solo hace falta que Edwina esté en la comitiva.

—Lo estará.

—¿Cómo estás tan segura? —Molak enarcó una ceja.

—Porque Kylian no quiere perder a su rehén y ahora mismo cree que hay una epidemia en la fortaleza.

—Y la sacará para llevársela a la capital —asintió Molak.

—Primordial, como diría Egil —rio Valeria.

«Mucho primordial» se unió Camu.

—Es momento de actuar. Vayamos a nuestros puestos.

—Muy bien —Molak asintió—. Suerte a todos.

—La tendremos —aseguró Valeria.

Los tres se separaron y echaron a correr para tomar posición.

Llegaba la parte más complicada de la misión: el rescate de Edwina.

Edwina montaba una yegua blanca en el centro del regimiento que avanzaba por el camino en dirección norte. Contaban unos mil soldados que habían dejado la fortaleza y se dirigían ahora hacia la capital. No la habían drogado para el trayecto y estaba intentando apreciar cuanto sucedía. Lo que sí tenía era una escolta personal que no la dejaba ni a sol ni a sombra. Tras la muerte del asesino que la custodiaba, el conde Diarmuid le había asignado a un capitán, un teniente y dos sargentos experimentados como escolta. Nadie sabía cómo había muerto el asesino, pero había creado mucha conmoción en la fortaleza. Por lo que había oído a los soldados, aquel hombre estaba considerado uno de los mejores de Irinel y hacía trabajos especiales para el rey. De hecho, eso era precisamente lo que estaba haciendo cuando murió. Por desgracia, la tenían sedada por las noches y no había podido ser testigo de lo sucedido. Aunque se lo imaginaba. A aquel asesino lo había matado otro asesino. No había mucha otra explicación, sobre todo cuando había aparecido con el cuello degollado de un tajo certero de noche, en la habitación y sin rastro del asaltante.

La yegua bufó y Edwina la acarició para que se tranquilizara. Había estado dándole vueltas en la cabeza al asesinato y la misteriosa epidemia que había empezado a propagarse al día siguiente. No era una coincidencia, aunque Diarmuid, su coronel Patrick y los demás oficiales pensaran que sí. Ella llevaba demasiado tiempo entre Guardabosques como para no sospechar que algo sucedía. Lo que tenía claro era que el asesino debía ser norghano. Estaba en su habitación, así que debía haber ido a liberarla. Ella conocía bien a Egil desde los tiempos del Campamento. Era una persona inteligente y decidida como pocos, y lo consideraba un amigo. Si estaba intentando rescatarla, y tenía la certeza de que no la abandonaría a su suerte, el asesino que había enviado debía de ser Astrid o Viggo. Eran los mejores, y amigos. Tenía que ser cosa

suya.

El coronel Patrick envió a varios exploradores de avanzadilla. Era un militar experimentado y precavido, aunque no brillante. De lo contrario se habría dado cuenta de que la epidemia estaba relacionada con el asesinato. Edwina estaba segura de que era cosa de Egil. Habían envenenado a toda la guarnición con algún tipo de toxina que simulaba una enfermedad.

A ella no le habían dejado sanar a nadie, y eso que lo había pedido precisamente para dilucidar si era una enfermedad o un veneno. El conde Diarmuid se había negado. Órdenes del rey Kylian. Ella habría ayudado, pero se negaron. Los soldados estaban deshechos. No dejaban de vomitar e ir al baño durante días y días. Lo que le validó que era un envenenamiento masivo fue la impotencia de los cirujanos y curanderos para atajar la enfermedad. Solo lograban que los soldados no murieran deshidratados. Y ahora se dirigían a la capital porque la sospecha era que la fortaleza estaba contaminada con algo contagioso.

El regimiento tomó una curva en el camino y siguió su ruta entre dos grandes bosques. Según pasaban por allí una idea le vino a la cabeza. Si el asesinato y el envenenamiento eran cosa de Egil, y estaba convencida de que lo eran, el objetivo de todo aquello debía ser precisamente sacarles de la fortaleza.

—Qué tonta soy… ¿Cómo no me he dado cuenta antes? —murmuró. Iban a rescatarla de camino a la capital. Levantó la cabeza y miró a todos lados.

Como si le hubieran leído el pensamiento, una flecha alcanzó a un soldado en medio de la columna. Se escuchó una detonación y apareció una llamarada.

Comenzaba la operación de rescate.

Capítulo 24

A la primera flecha siguió una segunda y una tercera, casi a continuación. Alguien estaba atacando con flechas elementales de fuego al primer cuarto de la columna. Sorprendidos por el ataque, los soldados gritaban mientras intentaban apagar el fuego. Las llamaradas alcanzaban a varios de ellos con cada detonación creando el caos. Aquellas flechas estaban sobrecargadas.

El coronel Patrick comenzó a vociferar órdenes mientras los oficiales también gritaban a los soldados para que formaran un perímetro defensivo. El problema era que no había enemigo. Las flechas salían del bosque, como si los propios árboles estuvieran atacando. Las detonaciones y llamaradas eran tan fuertes y horripilantes que todos los oficiales y soldados miraban al frente.

Las saetas llegaban ahora a la cabeza de la columna también desde el lado opuesto, desde el bosque al otro lado del camino. Eran de tierra y las explosiones de humo y polvo crearon todavía más confusión y caos. Los oficiales enviaron dos grupos de cincuenta soldados a cada lado del bosque a acabar con los tiradores.

En medio del ataque, Edwina vio una flecha silenciosa y potente que alcanzaba al capitán que iba frente a ella. Fue tan rápido e inesperado que nadie se dio cuenta. Una segunda alcanzó al teniente. Los dos oficiales cayeron del caballo a la vez. Edwina no dijo nada. Reconoció el tipo de flecha, era de francotirador. Alguien tiraba desde muy lejos.

Las flechas elementales siguieron cayendo sobre la columna, ahora más hacia la parte central. El caos volvió a apoderarse de los soldados. Nadie se dio cuenta de que los dos sargentos que iban detrás de Edwina habían caído también de sus caballos. Los oficiales mandaron a más hombres a internarse en los dos bosques para acabar con los tiradores que estaban atacando a la columna. Con disimulo, Edwina observó a su guardia personal en el suelo. Estaban muertos.

De pronto sintió que algo le tocaba la mano. Miró pero no vio nada.

Un soldado se dio cuenta de que algo sucedía y se volvió hacia Edwina. Fue a gritar, pero una mano surgió de la nada, tiró de él y se cayó del caballo. Dos cuchilladas acabaron con su vida.

Edwina se quedó pasmada. No sabía qué pensar. ¿Estaba teniendo alucinaciones?

—Sanadora, soy Luca. Tranquila, desmonta. Rápido, por favor.

Reconoció la voz, pero no podía ver al Guardabosques. Hizo como le decía y al bajar del caballo, ella misma desapareció.

—No me veo… —murmuró atónita.

—No hay de qué preocuparse. Es Camu y su magia, nos ayudará. Cogeré tu mano y te guiaré por el camino —susurró Luca al oído.

—De acuerdo…

Edwina se dejó guiar y se internó en el bosque de fresnos con Luca sin poder creer que nadie les detuviera. Miró atrás con temor y se dio cuenta de que, si ella no veía a Luca, ni a sí misma, tampoco los soldados.

En la columna los oficiales estaban consiguiendo que los soldados siguieran sus órdenes y enviaron a un centenar a peinar el bosque.

El ataque cesó por un momento.

—Tenemos que andar un poco —informó Luca a Edwina—. ¿Podrás? Sino cargaré contigo a la espalda.

—Podré. No sabes lo bien que sienta esta fuga. Estaba desesperada. Tengo fuego en las

venas, aunque no sé cuánto aguantaré.

—Llevamos tiempo planeando este rescate. Siento que hayamos tardado tanto.

—No te preocupes. ¡Huyamos! Si nos capturan se me romperá el alma.

«No capturar» aseguró Camu.

—Camu, que alegría oírte. Ha pasado mucho tiempo.

«Yo mucho ocupado».

—Me imagino. Así que tú nos haces invisibles… es impresionante.

«Camuflaje Extendido. Yo mucho poderoso».

—Ya lo veo. Me alegro de que estés con nosotros. Tengo ganas de darte un abrazo. Habrás crecido.

«Yo crecer. Yo Pantera Real».

Continuaron avanzando mientras escuchaban los gritos a sus espaldas. Ahora los oficiales gritaban nuevas órdenes.

—Ya saben que me he fugado —informó Edwina a Luca.

—Era cuestión de tiempo. Sigamos avanzando, hay que poner bosque de por medio.

—Sí, vamos.

Avanzaron tan rápido como Edwina podía, pero pronto la sanadora se quedó sin fuelle y tuvo que parar.

—Necesito descansar… Llevo sin salir de una habitación una eternidad… Mi cuerpo no está habituado al esfuerzo… He empezado con mucho brío, pero se me ha acabado enseguida.

—No te preocupes. Descansa.

Mientras Edwina intentaba llevar aire a sus pulmones vieron a un grupo de seis soldados dirigiéndose directo hacia ellos.

«Peligro» advirtió Camu.

—Son una avanzadilla —susurró Luca.

—¿Nos verán? —preguntó Edwina.

«No ver. Yo camuflar».

—Guardemos silencio y pasarán de largo —dijo Luca.

Nadie habló ni se movió. Los soldados avanzaban hacia ellos, pero iban desviados hacia la derecha y no se toparían mientras no llamaran su atención. Otro grupo apareció algo más a la izquierda y un tercero algo más retrasado. Iban a peinar el bosque hasta encontrarles. Era práctica habitual militar en el caso de emboscadas y ya lo esperaban, así que Luca no se sorprendió.

Los primeros soldados pasaron de largo.

—Sigamos con cuidado y en silencio —susurró Luca.

Retomaron el camino, pero pronto se encontraron con que el bosque ascendía sobre una colina. No era muy pronunciada, pues Irinel era uno de los reinos más llanos de Tremia, pero a Edwina se le atragantó. Jadeaba y avanzaba despacio. Finalmente, tuvo que detenerse.

—Necesito… volver a parar… lo siento —dijo de forma entrecortada.

—Tranquila, estamos seguros de momento —dijo Luca mirando a su espalda. Cada vez veía a más soldados en todas direcciones.

—No sabéis… lo inútil que me siento. Mi magia me permite curar enfermedades y heridas, pero no sirve para infundir fuerza a mis piernas y aguante físico a mi cuerpo.

«Magia ser así. No valer para todo».

—Sí… por desgracia toda magia tiene limitaciones…

«Ella poder montar en mí» sugirió Camu.

—Eso no va a poder ser. No te ve y no está como para subirse a ciegas. Y si te haces visible

nos van a descubrir, lo que sería peor. Iremos más lentos, pero ocultos —opinó Luca, que miraba alrededor observando por dónde subían los soldados.

—En nada me recupero —dijo Edwina, pero Luca sabía que no sería así.

—Esta situación estaba prevista.

—¿Lo estaba? —preguntó Edwina extrañada.

—Sí. Tenemos pociones revitalizantes para ti. Ya imaginábamos que estarías débil después del cautiverio.

—¿Pócimas? ¡Eso es estupendo!

—Tenemos a una Guarda Sanador con nosotros.

Luca le pasó tres pociones que llevaba en su cinturón de Guardabosques con cuidado, poniéndoselas en las manos usando primero su tacto para encontrarlas.

—Bébelas, te harán bien. Cuando termines devuélveme los contenedores. No podemos dejar rastros tras nosotros. Una cosa es que no nos vean y otra que no nos puedan rastrear.

—De acuerdo. Ya veo que la misión se ha planeado bien.

—A conciencia —aseguró Luca.

Edwina se bebió las pócimas y entregó a tientas los contenedores a Luca.

—Es de lo más extraño no verte —dijo Edwina.

—Te acostumbrarás en nada. Nosotros hemos practicado estos días pasados.

«Luca mucho bueno con camuflaje» aseguró Camu.

Y como si Luca lo hubiera intuido, escucharon ladridos.

«Sabuesos. Problema» envió Camu.

—Sí. Nos van a rastrear.

—Ya estoy mejor. Las pociones irán haciendo efecto. Sigamos.

—De acuerdo. Hay que continuar hacia el sur.

Siguieron avanzando tan rápido como podían, que no era mucho. Alcanzaron la cima de la colina boscosa y comenzaron a descender por un bosque de robles. La situación se iba complicando cada vez más. Veían soldados detrás, a los lados e incluso a algún grupo pequeño delante de ellos.

—Los sabuesos no pueden vernos. No nos encontrarán, ¿verdad? —preguntó Edwina.

—¿Llevabas algo de ropa contigo? —preguntó Luca.

—Sí… una muda en un macuto… se quedó en el caballo.

—Entonces se la habrán dado a oler a los sabuesos. Nos encontrarán, aunque no nos vean. Ellos se guían por el olfato, no por la vista.

—Oh… vaya…

Descendieron hasta que el bosque volvió a hacerse llano. Algo más adelante vieron a unos soldados de avanzadilla y el resto formando una gran media luna que peinaba el bosque casi a su altura.

—Rápido, se nos echan encima.

—¿Qué hacemos? —Edwina jadeaba.

—Tenemos que ir por esa cañada al sureste, ¿la veis?

—La veo.

«Yo ver».

—Vamos —urgió Luca.

Se metieron en la cañada y avanzaron por ella. Los soldados estaban a ambos lados. La cosa se ponía fea.

Entonces se escuchó un estallido seguido de un grito.

Y un segundo estallido. Y otro grito.

Un *crack* y otro grito.

Los soldados chillaban y gritaban en todas las direcciones.

—¿Qué sucede? —preguntó Edwina en un susurro.

—Es Gonars. Ha puesto por toda esta zona del bosque trampas de las que hacen detenerse a un ejército.

—Impresionante —dijo Edwina, que veía a dos soldados lanzándose a la cañada alcanzados por una trampa elemental de tierra. Uno quedó cegado y el otro aturdido.

—Sigamos, la cañada está limpia de trampas para que escapemos.

Avanzaron mientras se escuchaban las diferentes trampas activándose y generando dolor, sufrimiento, desorientación y pánico a los soldados. Los gritos surgían de todos lados mientras los soldados intentaban encontrar un paso que Gonars no había dejado. Pisaran donde pisasen, en menos de diez pasos se encontraban con una trampa y, si alguien la libraba, otra esperaba a otros cinco pasos. Era un laberinto que no conseguían distinguir de lo bien escondidas que estaban. La búsqueda quedó paralizada. La mitad de los soldados estaba herida y la otra mitad no se atrevía a avanzar en ninguna dirección para no pisar la siguiente trampa.

«Soldados parados» envió Camu.

—Estupendo. Gonars ha hecho muy bien su trabajo.

—Entonces escaparemos —se animó Edwina, que aguantaba gracias a la ayuda de las pociones pero jadeaba debido al esfuerzo.

—Queda el problema de los sabuesos. Esos seguirán nuestro rastro exacto y no pisarán las trampas.

—Oh, vaya.

—Además, los guiarán rastreadores que verán nuestras pisadas sobre el suelo del bosque. No podemos detenernos a borrarlas.

—Por mi…

—Por ser una misión de rescate —dijo Luca con tono de Guardabosques en misión—. No siempre se puede tomar la mejor opción en cada situación.

—Entiendo. Tienes mucho conocimiento. Me alegro de que seas tú quién me rescate.

—Soy un Cazador de Hombres. Por lo general yo soy ellos.

—Eso lo explica.

—Por eso estoy en esta misión. Sigamos, saldremos de la cañada en breve.

«Sabuesos muy cerca» avisó Camu.

—Hay que llegar al final antes de que nos alcancen.

Se apresuraron. Los tres podían oír ladridos y pasos muy cerca. Edwina lanzó una fugaz mirada atrás y vio cuatro sabuesos y media docena de rastreadores con ellos. Avanzaban muy rápido por la cañada, mucho más que ellos. No lo iban a conseguir, les iban a alcanzar, no podrían burlar a los sabuesos.

Luca aumentó el ritmo y Edwina estuvo a punto de irse al suelo tras tropezarse con una rama. Por fortuna él lo notó y la sujetó.

—Un poco más, vamos —urgió.

Salieron de la cañada cuando ya los tenían encima. Edwina miraba por encima del hombro, esperando que en cualquier momento los perros les saltaran encima. Los sabuesos llegaron también al final y se escuchó el restregar de cuerda contra madera. Del suelo bajo los sabuesos surgió una red que se cerró sobre ellos. Estos gimieron y aullaron. La red subió unas cinco varas y quedaron colgando en el aire entre dos robles.

Los rastreadores se detuvieron dónde estaban y sacaron sus armas: cuchillos y jabalinas. En la parte superior izquierda de la cañada, de detrás de un árbol, apareció Gonars y sin mediar palabra tiró contra uno de los rastreadores. La flecha le alcanzó en el torso. Era una flecha elemental de tierra que lo dejó cegado al tiempo que aturdió a los dos que iban con él.

Los otros tres rastreadores lanzaron sus jabalinas contra Gonars, que se protegió tras el roble.

«¿Ayudar?» propuso Camu.

—No, está todo previsto —susurró Luca.

Detrás de los rastreadores se levantó del suelo una figura. Estaba camuflado tan bien que parecía que una parte de la cañada hubiera tomado forma humana. Solo se le reconocían los ojos.

Se acercó por la espalda a los rastreadores y soltó dos golpes a derecha e izquierda con los mangos de sus cuchillos en las nucas de dos de ellos que iban a volver a tirar contra Gonars. Cayeron al suelo. El tercero, que había sacado ya una nueva jabalina de su aljaba, se volvió. La figura le soltó un golpe directo al mentón y cayó seco. Los otros tres estaban cegados y aturdidos y no duraron ni un instante. En un abrir y cerrar de ojos todos los rastreadores estaban fuera de combate.

La figura hizo una seña a Gonars, que bajó de un salto. Los dos se acercaron siguiendo las huellas hasta Camu y sus camuflados.

—¿Todo bien? —preguntó Gonars.

—Todo bien —dijo Luca. —Ni te he visto, Sugesen.

«Yo tampoco» reconoció Camu.

—Yo menos —dijo Edwina.

—Esa era la idea —sonrió Sugesen y al ver sus blancos dientes se rompió la ilusión de que era un trozo de cañada—. A los Supervivientes de los Bosques no se nos puede encontrar en nuestro hábitat.

«Mucho bueno» reconoció Camu.

—¿Y mis trampas? —preguntó Gonars señalando a los sabuesos en la red.

—Sensacionales —felicitó Luca.

«Mucho, mucho bueno» opinó Camu.

—Muy bien. Salgamos de aquí, cojamos los caballos y vayamos al punto de reunión.

Capítulo 25

—Llegáis tarde —dijo Valeria, que los recibió en el roble junto a la roca en forma de ballena —. Por un momento me he preocupado.

Con ella estaba Molak.

«No preocupar. Nosotros victoria» envió Camu, que se acercaba sin camuflar con Edwina, Luca, Gonars y Sugesen.

—Intento no preocuparme, pero las misiones… ya se sabe, suelen torcerse.

—Ha salido todo tal y como habíamos planeado —dijo Luca llegando hasta ella.

Desmontó y luego lo hicieron el resto. Camu se tumbó bajo el roble a descansar.

—Sanadora Edwina, ¿todo bien? —se interesó Valeria.

—Sí, todo bien. Ha sido una experiencia demasiado excitante para mí, y más después del tiempo que he pasado encerrada. Pero he podido recuperarme un poco por el camino hasta llegar aquí.

—Me alegra el alma verte bien. Siento que hayas tenido que pasar por todo esto. Bueno, todos lo hacemos —se disculpó Valeria haciendo un gesto hacia el grupo.

—Ha sido una experiencia que no olvidaré en la vida. La primera parte fue horrorosa y me costará superar el trauma. Esta última ha sido algo inesperado e increíble. Estoy muy contenta. No solo por haber sido liberada, sino porque nosotras, las sanadoras, no solemos vivir este tipo de aventuras.

—Veo que la sanadora ha disfrutado —sonrió Valeria.

—Sí, aunque ahora que ya estoy a salvo prefiero volver a la tranquilidad de mis funciones —sonrió Edwina y resopló.

—Siempre podemos organizar otra misión e invitarla. Casi siempre necesitamos ayuda con las curas —sugirió Valeria.

—Oh, no, gracias. Ya he tenido suficientes emociones para unos cuantos años —rio Edwina y negó con la mano.

—Lo entendemos. La vida de Guardabosques es un tanto movida —sonrió Valeria.

—¿Dónde está el resto del equipo? —preguntó Luca.

—Ahí llegan —dijo Molak señalando a tres jinetes que se acercaban al trote—. Nuestro asesino magnífico ha tenido problemas para recuperarse.

—¿Astrid o Viggo? —preguntó Edwina.

—El cascarrabias creído —respondió Molak.

—Ah, Viggo. Lo examinaré —dijo con predisposición Edwina.

—Si quieres esperar un poco… tampoco hay prisa —dijo Molak con tono natural.

Valeria rio.

Los tres jinetes llegaron y Frida y Elina desmontaron de un salto. Viggo tuvo problemas para bajar del caballo. Tenía un aspecto muy demacrado.

«Tú parecer un muerto. Muy divertido» envió Camu para todos.

—Calla, bicho. No estoy de humor —replicó Viggo y se sentó en las raíces del roble como si no le quedaran fuerzas en el cuerpo ni para eso.

—¿Ha salido todo bien? —preguntó Elina.

—Todo perfecto —confirmó Valeria.

—¿Alguno necesita ayuda o pócimas? —preguntó Frida.

—Yo ya estoy bien. Me vinieron genial las pócimas para poder huir. Gran trabajo, me reanimaron el cuerpo de una forma impresionante. Muchas gracias —agradeció Edwina.

—Supusimos que estarías débil. Esas pócimas son fuertes —dijo Frida.

—El veneno que hizo enfermar a toda la fortaleza es obra tuya, ¿verdad? —preguntó a Elina.

—Sí, creado especialmente para esta misión. Me llevó mucho tiempo conseguir la mezcla correcta de setas y plantas venenosas para que enfermaran mucho y durante tiempo, pero sin morir. Matarlos habría sido más fácil.

—Me tienes que explicar qué llevaba para ver cómo revertir sus efectos si alguna vez me lo vuelvo a encontrar —pidió Edwina.

—Encantada —sonrió Elina—. Aunque no creo que lo encuentres entre los nuestros.

—Esperemos que no —sonrió Edwina.

—También podríais estudiar el veneno que me dieron a mí —comentó Viggo con tono de mal humor.

—Menos mal que Valeria consiguió a una curandera druida, sino no lo cuentas —dijo Frida y sacudió la mano por la gravedad.

Viggo miro a Valeria y le hizo un gesto de gratitud.

—No lo olvidaré.

—No ha sido nada —restó importancia ella.

Molak le lanzó una mirada de incredulidad y Valeria le guiñó un ojo.

—¿Quieres que te sane? —preguntó Edwina a Viggo.

—Sí, mejor. Estoy hecho una piltrafa. Lo que puedas arreglar, bienvenido será.

—Yo no puedo hacer más —dijo Frida—. Le llevará semanas recuperarse. Tiene varios órganos tocados.

—Yo puedo curar órganos y acelerar su recuperación —la sanadora llegó hasta Viggo y se arrodilló a su lado—. Me llevará un rato —advirtió, y le puso la mano en el torso.

Cerró los ojos y comenzó a enviar energía sanadora al cuerpo de Viggo. Camu podía ver el caudal de energía azul entrando en el organismo de su amigo. Observó intensamente. Quizá podría aprender algo y mejorar su propia habilidad Curación Drakoniana. Era consciente de que nadie más podía ver la energía de Edwina. Lasgol le había explicado que solo las personas y criaturas con el Don podían, y no todas.

—Las trampas, todo un espectáculo sobresaliente —congratuló Molak a Gonars.

—Gracias, he estado días poniéndolas con mucho cariño —sonrió el trampero.

—Muy buen trabajo también con las flechas sobre el regimiento.

—Eso fue fácil. El correr como una gacela para llegar al final de la cañada y esconderme sin que me vieran los soldados fue algo más complicado. Pero bueno, si no hay un poco de riesgo, no hay emoción.

—Muy buenos tiros sobre los captores de Edwina —dijo Luca a Molak—. No se dieron cuenta.

—Gracias. La maniobra de despiste con las flechas de fuego de Valeria funcionó a la perfección. ¿Qué les pones? Son el doble de explosivas.

—¿De qué sirve ser Tiradora Elemental si no puedes jugar un poco con las cargas y los efectos de las flechas elementales? —sonrió ella.

—Sabes que es peligroso sobrecargar flechas elementales. Te pueden estallar encima —dijo Molak a modo de advertencia.

—¿Qué ha dicho Gonars sobre que sin riesgo…? —Valeria hizo un gesto divertido.

Edwina continuó sanando a Viggo mientras el grupo comentaba la misión. Después de toda la preparación y las preocupaciones, por fin podían comentarlo con tranquilidad.

Tras un buen rato, Edwina terminó.

—Ya está. He sanado sus órganos. En un par de días estará recuperado. Mientras tanto, Frida, dale un par de tus pociones revitalizadoras, le vendrán bien.

—Eso está hecho —respondió la Guarda Sanador y fue a su caballo a por ellas.

—Quiero agradeceros, ahora que os tengo a todos aquí, lo que habéis hecho —dijo Edwina —. Lo he pasado muy, muy mal y, lo que es peor, estaba perdiendo la esperanza. Que hayáis venido y me hayáis rescatado… no tengo palabras para agradecéroslo.

—Gracias, Edwina, pero no es necesario —dijo Molak—. Cumplimos con nuestra obligación.

—Y lo hacemos de corazón —añadió Luca.

—Egil no iba a dejarte en manos de Kylian —aseguró Valeria—. Hace meses que preparamos tu rescate.

«Egil no abandonar amigos» envió Camu junto con un sentimiento de estar seguro.

—Y eso le honra como hombre de honor y como rey —afirmó Edwina y se llevó la mano al corazón.

—Nuestro rey te ha liberado, sí, pero también requiere de tus servicios, sanadora —informó Viggo.

—¿Requiere de mis servicios? ¿Qué sucede?

—Nilsa ha sido herida de gravedad. Se requiere de tu poder sanador para que no muera —explicó Viggo de forma sucinta.

—La sanaré encantada. Volvamos y la veré de inmediato. Espero que no sea demasiado tarde.

Viggo se frotó la frente.

—Verás, sanadora. Es grave y urgente, y por ello vamos a tener que tomar un trayecto que te va a sorprender un tanto. El destino tampoco es el que esperas.

—¿No volvemos a Norghana?

Viggo negó con la cabeza.

—Me temo que no. Vamos a los desiertos.

—¿A los desiertos? ¿Al sur?

—Sí. Si trazas una línea recta desde donde estamos, cruzas el mar central, entras en los desiertos y te diriges al oeste otra tirada larga, llegas. Básicamente una “L” invertida desde aquí.

—Pero eso es un viaje larguísimo. Nos llevará semanas… ¡incluso meses! —Edwina miraba con expresión de extrañeza y preocupación.

—Y ahí es donde la cosa se pone extraña. No vamos a ir por tierra, ni mar, y tampoco volando —sonrió Viggo, que veía la cara de total extrañeza de la sanadora y sus compañeros.

—No entiendo… —Edwina abrió las manos.

—Vamos a ir por un portal que Camu va a abrir.

Todos se volvieron hacia Camu.

—¿Magia? —preguntó Edwina.

«Magia poderosa. Drakoniana».

—Os lo explicaré en un rato. Es largo de contar y estoy todavía bajo de fuerzas. Solo adelantaros que vamos a tener que engañar a un par de dragones.

—No sé si te has dado cuenta, pero tu sentido del humor no lo capta todo el mundo —comentó Valeria con una ceja enarcada.

—Mi sentido del humor es buenísimo. Pero, por desgracia, en este caso, no estoy de broma.

—Tienes que estarlo —dijo Valeria enarcando ambas cejas esta vez.

—He oído rumores sobre dragones… No lo descartaría —dijo Molak.

—Yo también, sobre un ataque al Refugio… y se habla de dragones… —se unió Luca.

—No nos han informado oficialmente de lo que sucedió —dijo Gonars—, pero algunos supervivientes han hablado de dragones…

—Engla murió y muchos de los que se estaban formando —comentó Sugesen—. Que no hayan explicado por qué o el cómo es sospechoso.

—Fueron dragones —confirmó Viggo—. No se ha hecho público para que no corra el pánico entre la población.

—Me cuesta creerlo —dijo Valeria arrugando la frente.

«Viggo decir verdad. Portal y dragones existir».

—Eso no son buenas noticias —dijo Edwina.

—Siempre lo he dicho, las Panteras de las Nieves sí que sabéis meteros en buenos líos —dijo Valeria.

—Y tú con envidia —guiñó un ojo Viggo.

Valeria sonrió.

—No te voy a decir que no. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Molak.

—Vamos a enviar un búho a Egil y esperar su respuesta. Tiene que coordinar una pequeña gran distracción y tiene que hacerlo muy bien o no llegaremos a los desiertos —explicó Viggo.

—¿Y nosotros qué hacemos? —preguntó Valeria.

—Eso es cosa vuestra, nosotros descansaremos y esperaremos al búho con órdenes de Egil —se escuchó un trueno y comenzó a llover con fuerza—. Eso si no morimos ahogados en esta tierra de lluvia insufrible.

—Perímetro de vigilancia y levantamos tiendas —ordenó Molak.

Gonars marchó hacia el este, Sugesen hacia el oeste y Molak al norte. Frida y Elina levantaron las tiendas mientras Valeria se aseguraba de que no había peligro por el sur. Viggo refunfuñó y Edwina sonrió, a ella no le importaba el chaparrón. Era libre de nuevo y el sentimiento era impagable. Abrió los brazos y dejó que la lluvia le cayera por su cara y cuerpo. Cuando tuviera la oportunidad se lo agradecería a Egil en persona. Pensó en la nueva aventura en la que iba a verse envuelta. Esas cosas no les solían pasar a las sanadoras. Se sintió alegre y llena de vida sin poder borrar la sonrisa de su boca.

Capítulo 26

Lasgol acudió a la torre de los Magos de Hielo durante varios días con muchas ganas. Estaba entregado a aprender de los tomos que Rangvald había puesto a su disposición. Le había costado algo más de lo que había previsto comprender los conceptos que se explicaban y había tenido que recurrir a Rangvald más de lo que le hubiera gustado. Por suerte, el experimentado mago hacía gala de una paciencia encomiable, al menos con él, y le explicaba todo lo que no entendía. Lasgol lo agradecía en el alma, ya que las explicaciones no solo eran instructivas, sino agradables. Rangvald tenía una forma de explicar los conceptos arcanos muy cercana y hasta entrañable, muy al contrario de la imagen distante que proyectaba.

Aquella mañana Lasgol había terminado de asimilar por fin todos los conceptos de los dos tomos. Se los entregó a Rangvald cuando entró en el despacho que Lasgol utilizaba con permiso del mago.

—¿Terminado el estudio? —preguntó este cogiendo los dos tomos en sus manos.

—Sí, por fin. He de reconocer que me ha costado.

—No creas que ha sido tanto. Esperaba que emplearas bastante más tiempo del que has necesitado. Estos tomos tratan de materias y conceptos avanzados del mundo de la magia. No son fáciles de entender y menos aún de asimilar.

—Aun así, me hubiera gustado haber terminado antes.

—El estudio de la magia no debe hacerse con prisa. No es una carrera. Cada persona debe tomarse su tiempo y no dejarse llevar por la urgencia o las ganas. Cuantas más prisas, menos se entiende y asimila. Los grandes magos pasan años estudiando magia avanzada y no miran el tiempo que les lleva, solo buscan obtener los conocimientos que presentan.

Lasgol asintió.

—Lo recordaré, es un gran consejo. Por desgracia a mí siempre me rodean las prisas. Dergha-Sho-Blaska y sus dragones podrían atacar en cualquier momento y quiero estar lo más preparado posible.

—Lo entiendo y es del todo comprensible. Las obligaciones y demandas de la vida real muchas veces interfieren con los estudios que uno desea realizar.

—Eso mismo me decía mi mentor. Es solo que me gustaría llegar a ser más poderoso con mayor rapidez, sobre todo ahora que tengo un pozo de energía tan grande en mi interior. Los peligros nos rodean. Nos urge actuar.

—Un mago que quiera llegar a ser muy poderoso necesita mucho tiempo de estudio y práctica. No hay atajos en la magia.

Lasgol tuvo que sonreír.

—Eso también me lo decía Eicewald.

Rangvald asintió varias veces.

—Un gran hombre y un mago excepcional.

—Lo fue, sí —asintió Lasgol.

—¿Has visto que al final de cada tomo tienen el conjuro base que debes aprender?

—Sí, he memorizado los dos —asintió Lasgol.

—Muy bien. Una vez los consigas conjurar podrás reforzarlos. Me refiero a que podrás hacerlos más poderosos, que su duración se prolongue, ampliar su área de cobertura… Conoces

esos principios mágicos, ¿verdad?

—Sí, los conozco, los estudié con Eicewald.

—Muy bien. En ese caso, ha llegado el momento de poner en práctica lo estudiado y memorizado.

—Estupendo. Estoy impaciente, aunque algo nervioso.

—Es natural. Estás ante un reto importante y quieres conseguirlo. Además, un reto mágico siempre supone un aliciente añadido.

Lasgol resopló.

—Esperemos que lo consiga.

—Tranquilo, y recuerda todo lo aprendido. Es fundamental para que puedas invocar los conjuros. Comencemos con la esfera protectora. ¿Has conseguido memorizar el conjuro?

—Sí, lo he hecho. Imagino que ha sido gracias a la magia que posee el propio tomo y que ayuda a interpretar el lenguaje arcano en el que está escrito el conjuro. Lo digo porque yo lo desconozco.

Rangvald asintió.

—Los tomos de conjuros, por lo general, están encantados para facilitar la interpretación de lo escrito en lenguaje mágico y también para ayudar con la memorización del conjuro. Esos encantamientos, sin embargo, solo se activan cuando quien lee el tomo es alguien con el Don.

—Eso explica por qué para mi compañera Astrid los tomos de magia que me ha quitado de las manos no le dicen nada. Para ella son todo garabatos y galimatías sin sentido alguno. Y más todavía el conjuro final.

Rangvald sonrió.

—Así es. Los tomos de conjuros y los de magia en general tienen protección contra los no mágicos.

—Porque no los entienden ni pueden comprender la teoría o conjuros que hay en ellos —dedujo Lasgol, que ya tenía bastante experiencia con tomos de aquel tipo.

—Es por su propio bien. Se harían daño o pasarían años intentando descifrarlos sin conseguirlo —aseguró Rangvald.

—Me entristece no entender el lenguaje en el que está escrito el conjuro. Me es ininteligible. El resto del tomo lo entiendo, pero el conjuro en sí, la frase de poder que lo invoca, no la comprendo —Lasgol puso cara de frustración.

—Solo magos que han pasado muchos años estudiando la magia pueden. Pero no te desanimes, algún día tú también podrás. Eso sí, requerirá que pases mucho tiempo aprendiendo. El lenguaje de la magia es arcano y antiquísimo. Nada fácil de entender y estudiar. También indica el nivel que tiene el mago, no en cuanto al poder, pero sí en cuanto a conocimientos.

—¿Afecta el nivel de un mago? —preguntó Lasgol interesado.

—Por supuesto. El nivel no solo se establece por la energía de la que dispone o por cuántos conjuros conoce, ni siquiera por cuán poderosos son estos. A todo eso hay que sumarle los conocimientos mágicos y su experiencia vital. Es la suma de todo lo que conforma el nivel.

—Si no es una indiscreción y no te importa decírmelo, ¿qué nivel has alcanzado ya, Rangvald? Yo estoy en el grado quinto, camino del sexto.

El Mago de Hielo sonrió levemente.

—No me importa decírtelo. Un día, si sigues aprendiendo y mejorando, podrás captarlo sin que el mago en cuestión te lo diga. Mi nivel es de grado séptimo: Maestro. Estoy a punto de alcanzar el octavo: Gran Maestro.

—Vaya, es un nivel muy alto.

—El segundo más alto entre los Magos de Hielo.

—¿Maldreck tiene el nivel más alto?

—Así es. Alcanzó el nivel octavo, de Gran Maestro. Por ello es el líder.

—Pero Maldreck no es tan instruido ni tiene tantos conocimientos como tú…

A Rangvald el comentario le cogió por sorpresa y abrió mucho los ojos. Luego miró alrededor para asegurarse de que no había nadie escuchando.

—En efecto. Sin embargo, es un mago con mucho poder innato. Sus conjuros son más poderosos que los míos. Lo que le falta de conocimientos y experiencia, lo suple con poder puro. En su caso, el trabajar el poder sin descanso le ha llevado a alcanzar el nivel que tiene. Por eso te decía que es la suma de poder, conocimientos y experiencia. Maldreck tiene mucho poder y bastante experiencia. Conocimientos… menos, pero tampoco son despreciables. Es solo que no se ha empleado tanto en esa área y sí en maximizar su poder. Hay muchos otros como él, que priman el poder sobre el resto de los atributos que son necesarios para alcanzar niveles mágicos superiores.

—Muy interesante. Gracias por compartirlo conmigo.

—No hay de qué. Tú tienes mucho poder dentro de ti, si bien todavía no lo has explotado en todo su potencial.

—Pienso hacerlo. Eso te lo aseguro.

—No olvides las otras facetas, el estudio y las experiencias vitales. También aportan, y mucho.

—No las olvidaré, aunque empiezo a entender que el camino más corto hacia la cima del mundo mágico es el de trabajar el poder, como ha hecho Maldreck.

Rangvald asintió.

—Debo advertirte que, si bien es el más rápido, también es el más peligroso. Muchos magos han sufrido accidentes o incluso muerto por ir demasiado lejos llevados por su ansia de querer ascender demasiado rápido.

—¿Ascender de nivel?

—Sí. Cada vez que subes de nivel, asciendes, es como lo denominamos en el mundo mágico. Cuando llegas al último nivel, al de Sabio, todavía puedes ascender a un nivel superior, uno trasplanar. Pero no se sabe de nadie que lo haya conseguido.

—Estoy muy lejos de eso. Yo iré con cuidado. Es una de mis pocas virtudes, soy de carácter templado.

—Yo veo muchas más virtudes en ti, entre ellas la modestia —sonrió el mago.

Lasgol se frotó la nuca.

—Quizá alguna más hay. Soy bueno memorizando conjuros, creo.

—Eso es una suerte para aquel que quiere convertirse en mago —sonrió Rangvald—. Recuerda que, a diferencia de los conjuros que uno descubre experimentando, los que se aprenden de tomos de magia deben ser leídos y memorizados. Esto se debe a que no lo está creando la persona, sino que lo está aprendiendo. Para aprender y recordar lo aprendido, hay que memorizar. No hay otra forma.

—Recuerdo esta lección. Eicewald me lo enseñó. Aprender y memorizar para retener el conjuro en mi mente y poder utilizarlo más adelante.

—Exacto. Es lo que todos los magos hacemos.

Lasgol se concentró y cerró los ojos.

—Preparado.

—Debes visualizar el conjuro en tu mente. Visualiza las palabras que lo forman. Es el primer

paso —pidió Rangvald.

Lasgol recordó el conjuro que había memorizado y lo intentó ver en su mente. Poco a poco, la frase de poder arcana se fue formando palabra por palabra. Hizo un esfuerzo por mantenerla visible en su cabeza. Las palabras del centro las veía bien, pero las del principio y final de la frase parecían desvanecerse. Se concentró en no perderlas, en que se mantuvieran legibles. Le costó un rato, pero finalmente consiguió ver todas las palabras que conformaban el conjuro.

—Lo tengo.

—Muy bien. Ahora utiliza tu energía y conjura en voz alta.

Lasgol buscó su lago de energía interno y lo encontró en el centro de su pecho. Su mente era ahora capaz de hallarlo y visualizarlo por completo, hasta las profundidades que antes se le escapaban.

Cogió energía y comenzó a decir de viva voz el conjuro tal y como lo veía en su mente. Las palabras salieron de su boca. Eran palabras que no entendía, que conformaban una frase de poder arcana. Sin embargo, era capaz de expresarla como si realmente entendiera lo que decían.

—Más alto y más claro —pidió Rangvald

—Lo intentaré —respondió Lasgol y comenzó a repetir el conjuro con voz más viva y pronunciando con mayor claridad. Lo intentó por un rato sin fortuna. La energía que quería utilizar ni siquiera se consumía como cuando una habilidad le fallaba. El conjuro no se inicializaba.

—Hazlo como si fuera un poema, una breve canción de significado profundo. No recites como si leyeras un trozo de pergamino. Los conjuros hay que enunciarlos. Deben salir de ese tomo, pasar por tu mente y alma, y tomar vida. Así es como debes verlo. Cada mentor te lo explicará de una forma algo diferente, pero la intención del método de enseñanza es siempre el mismo.

—De acuerdo. Aunque esto lo complica bastante.

—Ya sabíamos que iba a ser complicado.

Lasgol lo intentó por un largo rato sin éxito y comenzó a perder el optimismo con el que se había lanzado a conseguir el conjuro. Estaba acostumbrado a que las habilidades fallaran cuando intentaba crearlas o aprenderlas. Sabía que era algo normal, que les ocurría a todos los magos. Era parte del aprendizaje forzoso que la magia requería, del precio a pagar.

—No lo consigo —dijo con tono de pesar.

—El truco está en visualizar bien cada una de las palabras y entonarlas como si quisieras que se volvieran reales.

—Lo intento.

Lasgol se centró en las palabras que veía ahora en su mente con total nitidez. Eran del color negro de la tinta. Las recitó, deseando con todo su ser que se convirtieran en un conjuro, que se hicieran realidad. Cogió más energía de su lago interior mientras seguía intentando que la frase tomara vida en forma de conjuro.

De pronto sintió que su energía se consumía y las palabras comenzaron a cambiar de color. Pasaron de un negro muerto a un verde vida. Algo sucedía, algo positivo. Esto animó mucho a Lasgol, que envió más energía. La frase comenzó a resplandecer con un color verde cada vez más intenso. Según entonaba las palabras, éstas iban tornándose verdes y su relieve cambiaba, como si crecieran en altura y pasaran de ser planas a tener grosor. No solo eso, brillaban con intensidad. Lasgol supo que lo tenía. Envió todavía más energía y entonó la frase una vez más, con ímpetu.

—Sigue, vas bien —animó Rangvald, que también había captado que algo sucedía.

Se produjo un destello verde que recorrió todo el cuerpo de Lasgol y, de pronto, de su cuerpo comenzaron a surgir cientos de hilos de energía verde que se movían ondulantes y crecían extendiéndose hacia el exterior de su cuerpo. Como si tuvieran mente o fin propio, fueron conformando una figura a su alrededor. Lasgol abrió los ojos para poder ver lo que su mente le informaba que estaba sucediendo. Pudo apreciar, muy sorprendido, que de sus brazos surgían hilos de su energía que se convertían en lo que parecían ramas de un árbol. De sus manos y dedos comenzaron a surgir hilos que tomaban la forma de hojas del árbol. De su cabeza y hombros los hilos de energía se extendieron más de dos varas creando nuevas ramas y, en estas, se formaron miles de hojas. Con los ojos enormes vio cómo su cuerpo quedaba en el interior de lo que parecía el tronco de un árbol. De sus pies surgieron raíces que se expandían a su alrededor. Se miró de arriba abajo y vio que estaba en el interior de un gran árbol hermoso, de un roble centenario, creado con miles de hilos de su energía interior. Intentó tocar la energía, el roble translúcido, pero no pudo. En realidad, el árbol era una gran forma creada de energía intangible.

—Esto es de lo más sorprendente —expresó Rangvald acercándose hasta Lasgol.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué es este roble de energía que he creado?

—No estoy seguro… Déjame pensar… El conjuro que has invocado crea una esfera protectora de energía. Eso es lo que debería ser, aunque no tiene la forma esperada. Desde luego no la forma de una esfera de protección tradicional como la que usan los magos. Déjame probar algo.

—Sí, adelante —dijo Lasgol, que estaba pasmado con lo que acaba de suceder.

Rangvald acercó su mano hasta el árbol de energía y, al tocarlo, destelló en verde y su mano penetró.

—Está compuesto de energía. Voy a probar otra cosa.

El Mago de Hielo se retrasó y con su báculo níveo conjuró enviando un rayo sostenido de escarcha apuntando sobre la cabeza de Lasgol, intentando alcanzar las ramas superiores. No pudo. El rayó chocó con la capa exterior del árbol y no penetró. El efecto de la escarcha, sin embargo, se vio extendiéndose alrededor del punto de impacto.

Lasgol lo vio y se percató.

—No penetra, aunque la escarcha se expande.

—Interesante. ¿Notas que se debilita el conjuro por la acción del rayo de escarcha?

Lasgol se concentró y en efecto notó que la zona donde el rayo de escarcha estaba golpeando se debilitaba. También se percató de que se debilitaba el árbol, aunque mucho menos. Sintió como si aquel árbol de energía se estuviera muriendo un poco.

—Sí, se debilita —confirmó.

—Envía energía a restaurarlo.

—Muy bien —Lasgol lo hizo y el árbol volvió a hacerse fuerte.

El Mago de Hielo siguió enviando su rayo para dañar el árbol protector.

—Restaura donde yo intente penetrar —dijo Rangvald.

—De acuerdo.

El mago dirigió el rayo a los pies de Lasgol.

Lasgol se asustó pero, para su sorpresa, las raíces impidieron que llegara a sus pies. De inmediato envió energía a reparar el punto donde el rayo intentaba penetrar y donde se formaba la escarcha.

—Muy bien. No dejes que mi rayo penetre ni que la escarcha se haga dueña de la superficie o terminará dañando la protección.

—De acuerdo —respondió Lasgol, que no estaba del todo seguro de poder detener el ataque. Confió en que no estaba poniendo mucho poder en él, eso esperaba, pues podían tener un susto.

Rangvald dirigió el rayo ahora al torso de Lasgol. Esto lo asustó un poco más, pero el tronco del árbol lo protegió. Entonces sucedió algo de lo más insólito. Sin que Lasgol lo ordenara, la parte superior del árbol, el ramaje y las hojas, comenzaron a descender hacia el suelo. Lasgol no sabía qué sucedía y vio cómo todo aquel ramaje y sus hojas lo rodeaban por completo hasta que el tronco y las raíces quedaron en el interior. Era como si alguien hubiera cortado toda la parte superior del roble y la hubiera bajado.

—Esto es extraño… —murmuró Lasgol.

—Ahí está tu esfera protectora —dijo Rangvald con una sonrisa de éxito.

Al mencionarlo el mago, Lasgol se dio cuenta de que, en efecto, así era. El árbol ahora tenía forma esférica y lo cubría por completo.

—El rayo no penetra, pero sí debilita el conjuro —informó Lasgol a Rangvald.

—Envía más energía a reparar tu defensa —pidió este manteniendo el ataque.

Lasgol volvió a enviar energía al punto donde estaba siendo atacado para regenerar la protección que el extraño árbol generaba.

—Es una capa protectora antimagia, solo que la forma base es la de un árbol, que luego se transforma en esfera. Eso se debe a que esa es la forma más eficiente de defensa —dijo Rangvald y detuvo el rayo de escarcha.

—Es de lo más extraño…

—Lo es, pero estoy seguro. El conjuro crea una capa de protección contra la magia y eso es lo que te rodea ahora.

—Pero se crea como si fuera un árbol y luego desciende formando una esfera alrededor del tronco y las raíces…

—Eso es singular, pero no tan extraño. Los druidas utilizan este tipo de protecciones.

—¿Tengo magia de druida?

—No exactamente. Tu magia se alinea con la de los druidas, es similar. Se basa en la naturaleza, por eso los conjuros y habilidades que desarrollas toman forma basada en la naturaleza, al igual que la magia de los druidas.

—Entiendo. Ya había tenido esa impresión cuando los conocí en Irinel.

—El Don de cada persona es único, pero es verdad que todo Don se alinea mejor con un tipo de magia. En tu caso con Magia de Naturaleza. En mi caso, Magia Elemental de Agua.

Lasgol asintió.

—Entiendo. No es como me esperaba que fuera mi esfera protectora, pero si funciona, no tengo queja.

—Oh, funciona, no tengas duda. El rayo lo he enviado con potencia media-alta y no ha traspasado la defensa.

Lasgol se sintió eufórico por un breve momento. ¡Lo había conseguido! Tenía una esfera antimagia y, no solo eso, sino que era de lo más singular. Se sintió tan bien que quiso gritar. Llevaba muchísimo tiempo queriendo poder desarrollar aquella defensa y por fin lo había conseguido. Camu iba a estar contentísimo.

—Es un gran logro. No sé cómo agradecértelo —dijo a Rangvald sin esconder que estaba emocionado.

El Mago de Hielo sonrió.

—Me lo puedes agradecer derrotando a nuestros enemigos.

—Eso te aseguro que lo voy a intentar.

—Y yo estoy seguro de que lo vas a conseguir.

—De todas formas, mil gracias por ayudarme.

—Aunque no lo creas, tu logro lo siento como un éxito propio y me alegra el alma haber podido ayudar.

Lasgol estaba muy agradecido y supo que se lo tenía que contar a Egil. Su amigo debía saber que Rangvald le había ayudado, que no era como los otros Magos de Hielo. Egil confiaba en Rangvald después de la prueba de la cena envenenada y esta nueva ayuda ratificaría esa confianza. No era nada fácil encontrar personas de las que fiarse, y mucho menos con poder, bien de posición o alcurnia o mágico.

—De nuevo, muchas gracias —Lasgol saludó con una inclinación mostrando respeto.

—Ahora debes memorizarlo para no perderlo —dijo Rangvald.

—Oh, cierto. Debo realizar el mismo conjuro una y otra vez hasta que me quede sin energía interna.

—Eso es, hasta que quedes exhausto y pierdas el conocimiento.

—Sí, debo quedar exhausto y dormir para recuperarme. Al hacerlo memorizaré el conjuro.

—Correcto, Eicewald te enseñó bien. Cuando despiertes será como si lo hubieras creado tú mismo experimentando y no aprendiéndolo de un tomo.

—Sí, podré usarlo siempre que lo necesite, que me temo que será pronto.

—Si es así, te deseo que salgas victorioso.

—Espero hacerlo —respondió Lasgol, pero era más optimismo y esperanza que certeza.

Los enemigos a los que se iba a enfrentar eran poderosos, sobre todo el dragón inmortal, pero al menos ahora tendría una oportunidad.

Capítulo 27

Viggo, Valeria y Molak observaban la Perla del este y la criatura que la vigilaba en estado camuflado junto a Camu.

—Lo veo y no lo creo —dijo Valeria sacudiendo la cabeza.

—Pues no podemos acercarnos más para que lo toques —contestó Viggo.

—Es un ser impresionante y espeluznante al mismo tiempo —expresó Molak.

«Yo más impresionante» envió Camu.

—Sí y espeluznante también —dijo Viggo—. Ya sé que cuesta aceptar que los dragones existen pero si pensáis en el bicho se os hará más fácil. Si él es real, los otros también pueden serlo.

«Yo no bicho. No espeluznante. Drakonianos existir. Menores, mayores y superiores».

El dragón blanco de escamas del color de la nieve descansaba junto a la Perla. Unas vetas de color azul hielo le bajaban por la espalda y el torso rompiendo el blanco uniforme que le recubría de cabeza a cola. Tenía los ojos reptilianos abiertos con el iris del mismo color, lo que hacía que pareciera salido de una pesadilla.

—Debe medir más de cinco varas de largo —calculó Valeria con tono de estar muy sorprendida.

—Más de seis —dijo Molak midiéndolo con los ojos entrecerrados.

—Y no lo veis ahora, pero el pequeño lagartijo volador acorazado tiene otras seis de envergadura con las alas extendidas —dijo Viggo.

—No parece tener intención de moverse —dijo Molak.

—¿Y dices que el dragón inmortal es más grande? —preguntó Valeria, que seguía teniendo problemas para aceptarlo.

—Ese tiene cincuenta pasos de largo por treinta de ancho y muy mal carácter. Quiere conquistar Tremia y esclavizarnos. Además, se cree un ser superior, un rey entre dragones y dice que Tremia le pertenece. Vamos, ¡un encanto!

«Dergha-Sho-Blaska mucho malo».

—Si tiene ese tamaño y mucho poder mágico nos enfrentamos a un enemigo colosal —expresó Molak muy preocupado.

—Colosal y listo, lo que lo hace todavía más peligroso.

—De verdad que sois unos maestros en meteros en líos —reconoció Valeria.

—Pues a este lío estás invitada. Seguro que te va a encantar.

—Qué remedio…

—El mensaje del rey que ha traído el búho es claro. Hay que cruzar el portal a medianoche de mañana para hacerlo coincidir con la distracción en el otro extremo —explicó Molak.

—Sí, claro es, pero vete tú a decirle al lagartijo blanco ese que te deje abrir el portal, que tienes prisa. Ya verás qué bien se lo toma…

«Dragón menor blanco peligroso. Elemental de Aire. Tormentas, rayos y descargas».

—Eso suena muy mal —expresó Valeria.

—Bueno, siempre te puede arrancar la cabeza de un bocado. Es más bruto, pero menos doloroso.

—Mejor pensamos un plan con el que ni nos caiga un rayo encima ni nos arranquen la cabeza

—replicó Valeria.

—Pues para llegar aquí tuvimos que usar a dos Magos de Hielo y varios Guardabosques Reales para distraerlo. No sé si vamos a poder hacerlo… —dijo Viggo—. Y las malas noticias sobre la pelirroja me tienen en un sinvivir.

—Nilsa aguantará —aseguró Valeria—. Yo adoro a esa pelirroja. Somos amigas y la salvaré cueste lo que cueste.

—El mensaje dice que ha empeorado, no que se haya quedado sin tiempo —puntualizó Molak.

—Si Tor Nassor ha dicho que está empeorando es que se está muriendo. Hay que llegar hasta ella y rápido.

«Mucho urgente. Nilsa grave» envió Camu junto a un sentimiento de gran preocupación y tristeza.

—Todos nos sentimos igual —dijo Valeria a Camu.

—Y la cosa está fea de verdad. Ese no se va a mover de ahí ni con un ejército. Y como abramos el portal en estado camuflado comenzará a lanzar rayos de tormenta por todos lados. Ya lo hizo cuando llegamos.

«Yo cúpula antimagia».

—Sí, pero si empieza a descargar mientras abres el portal… ¿podrás aguantar hasta que esté abierto?

«Yo poder».

—No estoy convencido, y recuerda que llevamos a Edwina. Si le pasa algo, Nilsa morirá.

«Yo creer que poder…».

—No lo sabemos seguro, y abrir el portal te va a llevar un rato. La última vez me pareció que tardabas dos eternidades.

«No ser yo. Ser portal».

—Sí, será el portal, pero para el caso es lo mismo. Vamos a tardar bastante. Y ahora sabemos que captan tus ondas de energía y a ti como origen cuando estás abriendo el portal. Sabrá dónde estamos y si le da por descender de los cielos y caer sobre nosotros con sus garras en lugar de con magia estaremos acabados. Edwina no sobrevivirá el ataque. Y con nuestra suerte, eso es precisamente lo que pasará. Bajará y nos destrozará. Contra eso no puedes protegernos. No, hay que buscar una forma de que el lagartijo volador te deje abrir el portal en paz.

—Ten confianza, idearemos algo. Este equipo es de lo más imaginativo y creativo —dijo Valeria.

—Ya, por eso yo casi la palmo hace nada.

—Eso fue culpa tuya. Te recuerdo que dijiste que el asesino ese de Irinel no tenía ninguna opción contra ti e insististe en ir solo —replicó Valeria.

—Asegurabas ser el mejor asesino de Norghana y pronto de todo Tremia —añadió Molak con tono de no creérselo.

—A ver, rubita y capitán maravilloso, no me hagáis hablar. Yo le vencí como dije que haría. Él está muerto y yo vivo. Fin de la historia.

—Ya, tú estás vivo por los pelos —dijo Valeria.

—Si no fuera por este equipo estarías muerto —aseguró Molak asintiendo.

«Mucho verdad» se unió Camu.

—Tonterías. Yo siempre salgo vivo y victorioso de una forma u otra.

—Encima no aprende nada —se quejó Valeria y puso cara de no poder creérselo.

—Su ego es tan grande que no le permite ver más allá de su propia nariz. Un día lo pagará

caro —pronosticó Molak.

—Dejad de meteros conmigo y centraos en el dragón. ¿Cómo abrimos el portal?

—Necesitamos un plan y bueno —dijo Valeria—. Regresemos con el resto,

El grupo se reunió alrededor de la hoguera del campamento en un bosque de hayas a una distancia segura de la Perla y del dragón blanco. Valeria explicó la situación y la urgencia de idear un plan para poder abrir un portal al día siguiente a medianoche.

—¿No podemos matarlo? —preguntó Luca.

—Tiene escamas más duras que el acero. Solo los ojos y el interior de la boca son vulnerables —explicó Viggo.

—Entonces hacha y cuchillo quedan descartados… —razonó Luca.

—Mis trampas también… —se lamentó Gonars.

—Y mis flechas elementales solo conseguirán molestarle, pero no matarlo, ¿cierto? —preguntó Valeria.

—Cierto —asintió Viggo.

«Interrumpir magia».

—Bueno, algo es algo —se consoló Valeria.

—Yo puedo esconderme y sorprenderlo si hay terreno boscoso cerca, pero poco más —se lamentó Sugesen.

Frida soltó un suspiro.

—Si os enfrentáis a un dragón, yo seguro que tengo que intervenir.

—Y yo —se apuntó Edwina—. ¿No os parece que esta es una acción demasiado arriesgada?

—La otra opción llevaría demasiado tiempo y Nilsa está empeorando —explicó Viggo—. Si no vamos ya, no llegaremos a tiempo de salvarla.

«Tener que salvar Nilsa. Riesgo no importar» compartió Camu.

—Entiendo… —Edwina se quedó pensativa agarrándose las rodillas frente al calor del fuego —. Mi función en esta vida es intentar sanar al prójimo. Poner vidas en peligro se me hace tan antinatural…

—Yo no sé si puedo aportar algo contra un dragón —dudó Elina encogiéndose de hombros.

—No creas… Hemos descubierto que los venenos les afectan, pero hay que conseguir que llegue a su sangre, o lo que sea que tengan —explicó Viggo.

—Bueno, eso es algo. Pensemos qué podemos hacer con lo que tenemos —dijo Valeria—. En el equipo tenemos Francotirador, Cazador de Hombres, Trampero, Superviviente, Herbario Experto, Guarda Sanador y Tirador Elemental. Algo podremos hacer con todo esto, estoy segura —afirmó Valeria con optimismo.

—No te olvides de un Asesino, un bicho mágico y una sanadora —añadió Viggo.

—Vosotros tenéis que abrir y cruzar el portal. Esa es vuestra parte de la misión. La distracción la pondremos nosotros —explicó Valeria.

—De acuerdo, de eso nos encargamos nosotros —convino Molak asintiendo.

—Muy bien, ideemos algo y todos a trabajar —dijo Valeria llena de optimismo.

Era casi media noche cuando el equipo se puso en marcha. Todos sabían lo que tenían que hacer. Habían trabajado sin descanso para tenerlo todo listo a tiempo. Solo tenían una oportunidad y no podían fallar. Tenía que ser a medianoche o la distracción en el otro lado no serviría de nada. Por fortuna contaban con una ventaja: la sorpresa.

Avanzaron agazapados y entre las sombras de la noche. Se valieron de un bosque de robles

para ocultar su acercamiento, pero a unos quinientos pasos ya había un descampado y una vez allí podría verlos. No sabían cuán buena era la visión nocturna de un dragón, pero seguro que no era mala.

«Yo empezar acercamiento» avisó Camu.

—Despacio y suave con los contoneos, no sea que nos tires al suelo y la liemos —susurró Viggo, que iba montado sobre Camu con Edwina detrás agarrada a su cintura.

—Estoy nerviosísima y asustada—susurró a Viggo.

—Tranquila. Yo ya hecho esto un par de veces. Las cuerdas aguantarán, no nos caeremos. La pócima de Annika que hemos bebido nos ayudará a despertar antes al otro lado y menos mareados.

—De acuerdo… pero el miedo no se me pasa.

—Todo saldrá bien. El plan es medio bueno.

—¿Medio bueno?

—No es como los de Egil, pero es bastante bueno. Servirá.

—Esperemos —suspiró Edwina, a la que todas aquellas emociones y el terror de acercarse a un dragón la estaban sobrepasando.

Camu se dirigió a la Perla por el lado opuesto al que estaba descansando el dragón. Esperaban que estuviera dormido.

Al mismo tiempo que Camu avanzaba con sus dos jinetes, también lo hacía Sugesen cruzando la llanura por el lado del dragón. Se estaba jugando la vida. Iba agazapado y con ropaje y pinturas de camuflaje. Apenas se le veía.

Cuando estuvo a trescientos pasos se tiró al suelo y siguió avanzando, serpenteando entre la hierba.

Molak se situó a cuatrocientos cincuenta pasos con su arco de francotirador. Midió la distancia y luego la dirección del aire. Venía del sureste y no muy fuerte, tendría que compensar un poco el tiro. Puso dos flechas sobre la hierba. Sabía que tenía que acertar a la primera, no habría una segunda oportunidad. Si fallaba, el dragón se movería y no podría volver a intentarlo. Aun así, no retiró la segunda flecha. Nunca se sabía, los Dioses de Hielo podían sonreírle y enviarle un poco de suerte, aunque lo dudaba.

Valeria estaba preparada con Luca y Gonars. Avanzaron agazapados y en silencio hasta situarse a trescientos cincuenta pasos formando un semicírculo frente al dragón. Con cada paso que daban tenían la sensación de que se iba a despertar, abrir los ojos y descubrirles. De ser así, la misión se torcería y de lo lindo. Avanzaron en un silencio sepulcral, como depredadores nocturnos que cercan a su presa. El problema era que esta presa era realmente peligrosa y se volvería contra ellos en cuanto los descubriera. Llegaron a sus posiciones y se prepararon. Dejaron los carcajes en el suelo y pusieron la primera flecha de las especiales que habían fabricado para la ocasión. Esperaban que funcionaran, pero no habían tenido tiempo de probarlas mucho.

Era medianoche y debían actuar.

Valeria dio la señal y tres flechas se dirigieron hacia el dragón volando en una parábola descendente. Lo alcanzaron y al golpearlo no produjeron estallidos ni llamaradas, sino que de las puntas de las flechas salió un líquido viscoso que se le pegó al cuerpo. El dragón ni se percató. No despertó. Valeria hizo un gesto a sus dos compañeros y los tres volvieron a tirar. El resultado fue el mismo. El dragón sacudió la cola, como si una mosca le molestara, pero siguió durmiendo. Continuaron tirando y a la quinta el dragón abrió los ojos. Tenía ya medio cuerpo cubierto de aquella substancia viscosa.

Valeria, Luca y Gonars se tiraron al suelo y se ocultaron entre la hierba alta.

El dragón se alzó y miró alrededor sin saber qué estaba sucediendo. Miró en todas las direcciones y se quedó estático. No se había percatado de que tenía la substancia encima. Miró hacia un lado y abrió la boca en una especie de gran bostezo.

Valeria aprovechó el momento y tiró con una flecha elemental desde el suelo. La flecha le golpeó en la frente y estalló en una llamarada.

El dragón miró el fuego algo desconcertado.

Molak soltó entonces la suya. Llevaba un buen rato apuntando y no podía fallar. Para eso necesitaba que el dragón no moviera la cabeza en el último momento. El fuego lo mantendría con la vista fija. ¿Sería suficiente para no errar el tiro?

El dragón levantó la mirada del fuego y se dispuso a mover la cabeza justo cuando la flecha de Molak se le clavó en el ojo derecho.

Rugió de dolor con la boca abierta y enseñando sus letales fauces.

Del suelo, delante de la criatura, como si un pedazo de tierra y hierba se hiciera hombre, apareció Sugesen. El Guardabosques le lanzó cinco viales abiertos y atados con una cinta al interior de la boca. Al instante siguiente se echó al suelo y desapareció entre la hierba.

El dragón recibió los viales mientras rugía haciendo que fuesen directos a la garganta. Le cogió por sorpresa. Cerró la boca y sin quererlo se los tragó. Miró en todas las direcciones con el ojo bueno, obviando el dolor y el hecho de que estaba tuerto. La sorpresa del ataque lo tenía desconcertado. No entendía qué estaba sucediendo. Volvió a rugir desafiante sacudiendo sus alas e irguiéndose, mostrando todo su poderío.

Desde su posición lejana y oculta, Molak puso una flecha diferente en su arco de francotirador. No la segunda que tenía preparada por si fallaba el tiro al ojo, sino una especial. Una mezcla entre una flecha de francotirador y una elemental. Valeria y él la habían fabricado para este momento. Solo tenía una y no podía fallar. Por fortuna este tiro no era tan complicado como el anterior.

Levantando el arco, apuntó y tiró. La flecha salió con fuerza y tras realizar una parábola que él ya había previsualizado en su mente, golpeó el cuerpo del dragón donde las flechas anteriores habían dejado salir la sustancia viscosa. Al contacto, la punta de la flecha se rompió y un líquido amarillento se juntó con el viscoso.

El dragón notó algo pero al no producirle ningún dolor, estallido o llamarada, no pareció darle importancia. Rugió, sacudió las alas y comenzó a avanzar hacia donde había percibido un movimiento raro hacía un momento. Era la posición de Sugesen, al que nadie podía ver. Según avanzaba furioso buscando a su agresor, un humo verde comenzó a surgir de su cuerpo. Siguió adelante y se fue acercando hasta donde Valeria, Luca y Gonars se escondían.

Nadie se movió. Todos estaban como estatuas, ocultos entre la alta hierba. El humo verde comenzó de pronto a volverse muy denso y rodeó por completo al dragón. Esto no le gustó y comenzó a rugir y sacudir las alas intentando disipar el gas que lo envolvía.

—Nos toca —susurró Viggo a Camu.

«De acuerdo».

En estado camuflado y con la cúpula antimagia activa por si acaso, Camu avanzó hasta la Perla por su parte posterior.

—No hagas ruido. No queremos que el dragón se entere.

«Si tú callar, mejor».

Viggo le dio dos palmadas en el lomo a Camu.

Edwina iba callada y, a juzgar por la fuerza con la que se agarraba a la cintura de Viggo, con

mucha tensión que no conseguía relajar.

Llegaron hasta la Perla. Podían ver al otro lado al dragón rodeado de una nube verde muy densa. La criatura no podía ver nada. Rugía y lanzaba zarpazos a la densidad verdosa intentando disiparla sin éxito. Abrió la boca y dejó salir su bocanada elemental. Un caudal de descargas golpeó la substancia gaseosa, pero no pudo destruirla.

—Dale, que anda distraído —urgió Viggo a Camu.

«Yo abrir portal».

Comenzó a enviar las pulsaciones en las cadencias correctas para abrir el portal. La Perla las recibió y destelló en plata.

El proceso se inició.

El dragón no vio el destello, estaba obcecado con la substancia que lo envolvía y el ataque recibido. Rugía y soltaba zarpazos y coletazos por doquier. Como no conseguía despejar el gas verdoso, decidió lanzarse a los cielos. Cogió impulso y se elevó agitando sus alas con fuerza. Tomó altura haciendo que el gas que lo rodeaba formase una estela a su espalda. Al ver el extraño fenómeno, el dragón se dio cuenta de que era su propio cuerpo el que producía la substancia. Dio giros y más giros en el aire intentando librarse de ella, pero no lo consiguió.

«Primera esfera acabada» avisó Camu.

—El lagartijo sigue entretenido. No pares y abre la siguiente.

—¿Cuántas esfera son? —preguntó Edwina con tono de temor mientras observaba al dragón hacer piruetas evasivas en el cielo.

—Tres. Tranquila, lo lograremos.

El dragón desapareció de pronto de los cielos.

—Se ha ido, esto es bueno —se animó Viggo.

«Dragón no abandonar puesto».

—Pues no está por ningún lado.

«Volver. Tú ver».

—Mira que eres aguafiestas…

«Segunda esfera formada».

—Vamos, vamos, que se forme la tercera ya.

—Tarda mucho, ¿verdad? —comentó Edwina.

—Según Camu, no. Es lo que tarda el portal. Es normal.

El dragón apareció de pronto y se acercó con gran rapidez. Iba directo hacia la Perla. Según avanzaba vieron que ya no emitía gas verde y que todo su cuerpo estaba mojado.

—¡El maldito se ha tirado a un lago! —se dio cuenta Viggo.

—El compuesto no funciona si se moja —explicó Edwina.

—Eso parece —gruñó Viggo de mal humor.

«Ya casi estar».

—Pues más vale porque ese ya nos ha visto. Te está buscando.

El dragón pasó dos veces por encima de Camu. En efecto estaba intentando localizarlo para atacar. Había captado el origen de las pulsaciones.

—¡Preparaos, va a descender sobre nosotros!

El monstruo rugió furioso y comenzó el descenso con las garras por delante. Los iba a machacar.

—¡Por las sanadoras de Tirsar! —exclamó Edwina, que también veía que iban a morir.

—¡Ya baja!

El dragón descendía a toda velocidad. De súbito, se retorció en el aire, cambió de rumbo y

comenzó a sufrir espasmos y perder altura. Se estrelló contra el suelo a doscientos pasos de la Perla.

—¡El veneno de Elina ha funcionado! —exclamó Viggo, que no se lo podía creer.

—Eso parece. Se está revolviendo como si le estuviera perforando el estómago —comentó Edwina.

—No creo que llegue a tanto, esos lagartijos tendrán estómagos de piedra, pero le ha sentado realmente mal.

El dragón gruñía en el suelo y se revolcaba como una fiera gravemente herida. Los espasmos que sufría eran tremendos y tenía las alas recogidas sobre el cuerpo. Comenzó a devolver. Una substancia de color marrón oscuro mezclada con verdoso comenzó a salir de su boca a chorros.

—Vaya, los dragones también vomitan, mira tú —dijo Viggo mofándose.

—Son criaturas reptilianas. Que sean formidables y tengan magia no quiere decir que sean inmunes al veneno y la enfermedad —conjeturó Edwina—. Estoy segura de que su cuerpo funciona similar al de un reptil.

—Pues nos viene bien haberlo descubierto, aunque haya sido arriesgando tanto.

—Casi todos los descubrimientos que valen la pena han sido con algún tipo de riesgo —aleccionó Edwina.

El dragón gruñía en el suelo y se revolcaba de derecha a izquierda. El veneno le estaba sentando realmente fatal.

—Espero que no salga de esta —deseó Viggo.

—El veneno era potentísimo, pero con una criatura tan grande… No podemos saberlo —dijo Edwina.

—Mejor no quedarse a averiguarlo,

«Tercera esfera formada. Portal abierto».

—Muy bien. Sube con cuidado a la Perla y sácanos de aquí.

—¿Qué nos espera en el otro lado? —preguntó Edwina.

—Esperemos que una Perla sin dragón, pero yo no apostaría mi paga en ello.

«Tú poca confianza. Pesimista».

—Yo mucho realista —dijo Viggo y entraron en el portal.

Valeria los vio desaparecer en el interior del gran portal de plata y observó un momento al dragón sufriendo en el suelo. No se iba a recuperar pronto, si es que sobrevivía. Elina y Frida eran increíbles. Todo el grupo era impresionante. Levantó la mano e hizo un gesto a derecha e izquierda y luego otro al frente. Luca y Gonars se levantaron de donde se escondían y se retiraron a la carrera. Sugesen se puso en pie a unos pasos del dragón, lo miró retorcerse en el suelo y se retiró. Molak le hizo un gesto a Valeria y se retiraron a toda velocidad. Había sido una misión complicada, pero el resultado había sido positivo. Todo lo que habían visto y aprendido cambiaría sus vidas para siempre. Valeria lo sabía y también sus compañeros.

Capítulo 28

Viggo despertó y sintió que daba bandazos. Un sol terrible le estaba achicharrando. Miró alrededor y todo lo que vio fue sangre.

—¡Qué demontres…! —exclamó intentando centrarse.

Tenía la cabeza y el estómago revueltos. Cerró los ojos y pestañeó con fuerza intentando aclarar su vista. Cuando la centró se dio cuenta de que no era sangre todo lo que le rodeaba, sino la roca de color rojo. Estaban en el desierto, en los dominios de los Desher Tumaini.

«No hacer ruido. Peligro» envió Camu junto a un sentimiento de riesgo.

Viggo se irguió sobre el lomo de Camu y miró en todas las direcciones. Solo veía roca roja, ningún peligro a la vista. Miró atrás y se dio cuenta de que Edwina colgaba hacia un lado todavía inconsciente.

—Vete suave que la sanadora está todavía sin sentido —susurró a Camu.

«Yo saber. Yo suave. Montañas inclinadas».

El movimiento bamboleante de Camu al avanzar era debido a que estaban entre dos paredes de roca y Camu tenía que apoyarse en una u otra para poder avanzar. Se encontraban en algún tipo de hendidura bastante pronunciada en las montañas.

—¿Qué hacemos?

«Seguir guerrero» envió Camu.

—¿Guerrero? ¿Qué guerrero?

«Más delante».

Viggo levantó la mirada y descubrió a un guerrero sobre la pared derecha que observaba al frente. Se dio cuenta de que Camu iba hacia él por la pared inclinada.

—¿Qué peligro hay?

«Dragón menor rojo».

—¡Pues qué bien! No lo veo. ¿Dónde está?

«Estar otro lado».

—¿No nos ha visto? —Viggo miraba a todas partes sin verlo.

«No ver. Mucho distracción grande».

—Estupendo. Que siga así. ¿Cuánto he estado fuera de combate esta vez?

«No mucho. Como otra vez».

—Entonces la Perla está cerca.

«Detrás. Dos montañas. Perla sur montañas».

—Vale. Pues sigue a ese guerrero y busquemos la entrada a las cuevas.

«Yo saber. Ya estar haciendo».

—Vale, vale. Solo lo digo porque Edwina está inconsciente.

Subieron por la pendiente y el guerrero hizo señas para que se apresuraran agazapado desde la parte alta.

Llegaron hasta el guerrero y les indicó con gestos la entrada secreta por la que Camu había salido cuando partieron del desierto. Sin embargo, eso no era lo que Viggo miraba con ojos muy abiertos. Al otro lado de las montañas, al norte, el dragón menor rojo parecía estar luchando con otra criatura de lo más singular. El monstruo, similar a un gran lagarto, se desplazaba sobre la arena. Era descomunal, de aspecto acorazado con pinchos por todo su cuerpo y dos cabezas, una

detrás de la otra.

—Eso es algún tipo de lagarto gigante de los desiertos. Parece… casi parece un dragón sin alas…

«No ser Drakoniano».

—¿No es primo tuyo? Pues lo parece. Es como tú, pero recubierto de púas enormes que le salen de su caparazón en forma de protuberancias. Bueno, es diez veces más grande que tú, pero sois de la familia seguro.

«No tener magia. No ser Drakoniano».

El dragón rojo planeó a gran velocidad y lanzó una llamarada enorme sobre el cuerpo del gran reptil del desierto, que se encogió al alcanzarle el fuego. Una de las cabezas desapareció y solo quedó la otra. De su cuerpo acorazado lanzó púas contra el dragón en las alturas con bastante puntería y sobrado alcance. El dragón debía estar a unos doscientos cincuenta pasos de altura y pasaba a toda velocidad. Aun así, las púas impactaron y las pocas que no lo hicieron, ascendiendo hasta unos trescientos pasos de altura.

—Ese primo tuyo aguanta bien y tira con puntería y potencia.

«No ser primo. Ser del desierto».

—Di lo que quieras, ese es de tu familia.

El dragón viró en el aire y se elevó. Se dispuso a realizar otra pasada de ataque sobre el gran reptil acorazado y espinoso. Su rival en tierra levantó la primera cabeza y lo vio. No parecía muy rápido o ágil y apenas se movió. El dragón, en lugar de atacar con su aliento de fuego, descendió de las alturas para caer sobre su presa y destrozarlo con sus garras. El lagarto acorazado volvió a esconder la primera cabeza y enterró las patas en la arena. El dragón golpeó con sus garras parte de la espalda y la segunda cabeza, que arrancó de cuajo. Luego ascendió de nuevo a los cielos.

—Le ha arrancado la cabeza a tu primo.

«No primo y no cabeza».

—¿Cómo que no cabeza?

«Tú ver».

El reptil, que había quedado semi enterrado en la arena del tremendo golpe, se desplazó hacia delante arrastrándose. La primera cabeza apareció de nuevo y continuó moviéndose sobre la arena en dirección a las Montañas de Sangre. El dragón se elevó. De pronto soltó la cabeza que había arrancado con una de sus garras. Según caía Viggo vio que esta soltaba un líquido verde.

—Oh, ya veo, la segunda cabeza no es más que un señuelo envenenado. Buen mecanismo de defensa.

«Mucho bueno».

Al dragón no le había gustado nada el engaño defensivo de la cabeza emponzoñada y rugió en las alturas.

—¿Crees que se habrá envenenado?

«No saber».

El guerrero hizo señas para que lo siguieran con urgencia.

—Mejor vamos, antes de que el dragón se canse de pelear con ese primo tuyo.

«Dragón no ver».

—Ya, tú siempre dices eso y luego de alguna forma nos encuentran.

«Todavía tener energía».

—Pues entremos antes de que se te agote. Recuerda que llevamos a Edwina con nosotros y está inconsciente.

Siguieron al guerrero hasta la entrada secreta y accedieron al interior de la caverna. Un

momento después tapaban la entrada con una roca enorme que movían por medio de varias cuerdas y poleas. Una veintena de guerreros tiraban de cada cuerda a ambos lados de la entrada.

Aibin esperaba en la caverna, que estaba ligeramente iluminada por varias antorchas. Con él estaba una docena de guerreros.

—Bienvenidos, Hor y Guardabosques Real —saludó con honda preocupación y premura.

—No hace falta que seas tan formal. ¿Nos sueltas? —dijo Viggo y señaló las gruesas cuerdas con las que estaban atados a la espalda de Camu.

—Por supuesto.

Aibin ordenó algo en su lengua a los guerreros. Seis de ellos se acercaron y liberaron a Viggo y Edwina. A la sanadora la dejaron con suavidad en el suelo de roca. Viggo saltó de la espalda de Camu, flexionó las piernas y estiró brazos y espalda.

—Esto está mucho mejor. Si no fuera por el dolor de cabeza y estómago, que no termina de irse, estaría como nuevo.

Edwina comenzó a despertar en cuanto la pusieron en el suelo.

—¿Qué… ha sucedido…? ¿Dónde… estamos…?

—Tranquila, estamos a salvo —dijo Viggo acercándose a ver cómo estaba.

—Mi cabeza… y mi estómago…

—Pasará pronto. Son los efectos de cruzar el portal.

Edwina se sentó en el suelo con las piernas estiradas. Se llevó las manos a las sienes y utilizó su Don. Comenzó a enviar energía sanadora a su cuerpo comenzando por la cabeza para luego descender hasta su estómago.

«Edwina sanarse» envió Camu a Viggo al ver la energía sanadora rodear sus manos.

—Sanadora, ¿te importa darme un repasillo cuando termines? —pidió Viggo a Edwina—. Más que nada porque hay riesgo de que vomite y no es agradable para nadie.

La sanadora abrió los ojos tras un momento.

—Será un placer. Acércate.

Viggo lo hizo y Edwina le puso una mano en la cabeza y la otra en el estómago. Cerró los ojos y envió su energía sanadora al cuerpo del Asesino.

—Esto está mucho mejor, ya no siento dolor —expresó muy contento.

—Me alegro de haber podido ayudarte.

—Deberías venir conmigo siempre. Suelo tener “percances” que requieren de sanación —sonrió Viggo.

—Estoy segura de que así es, viendo cómo vivís. Sin embargo, creo que esta vida no está hecha para mí, ¡demasiadas emociones! —sonrió ella con temor y cansancio.

—Una pena, pero lo entiendo. Esta vida es para los valientes de corazón y con poca mollera —dijo señalándose la cabeza con el dedo índice.

«Tú nada ahí dentro».

Edwina rio por ambos comentarios.

—¿Esta es la sanadora que esperábamos? —preguntó Aibin con tono esperanzado.

—La misma. Edwina, este es Aibin, el hijo de Tor Nassor, el jefe de la tribu de los Desher Tumaini —presentó Viggo.

—Hijo menor —especificó Aibin—. Es un placer tenerla entre nosotros. Agradecemos su ayuda y sentimos la molestia de tener que desplazarse hasta aquí, estando la situación como está ahí fuera.

—No veas lo que hemos tenido que hacer para liberarla y traerla. Ha sido de lo más divertido —dijo Viggo haciendo como que se secaba el sudor de la frente.

«Sí, mucho divertido. Viggo casi morir».

—Esperamos que la sanadora pueda ayudarnos. Nilsa está empeorando y tememos por su vida. Nuestras curanderas no consiguen estabilizarla y que mejore. Con cada día se nos va un poco más.

—Sí, hemos recibido las malas noticias —asintió Viggo con preocupación.

—Haré todo cuanto pueda por salvarla. Es una chica muy especial —Edwina sonrió de manera cariñosa.

—Muy especial —recalcó Aibin, que bajó la mirada un momento para volver a subirla.

—¿Están los demás bien? ¿Ingrid? —preguntó Viggo y se quedó mirando a Aibin con mirada amenazante.

Aibin asintió.

—Todos están bien. Ingrid mejora de sus heridas en las piernas. También Ona. Y Argi come por dos lobos.

Viggo suspiró y luego sonrió.

—Así me gusta. Un par de buenas noticias levantan la moral. Ahora vayamos y solucionemos lo de Nilsa.

—Intentemos solucionar —puntualizó Edwina—. No sé cuánto podré hacer.

—Podrás hacer mucho, estoy seguro.

«Tú sanar Nilsa. Seguro».

—Lo intentaré, pero recordad que en la vida no siempre se consigue lo que uno desea. La magia tiene sus límites.

—Seguidme, os conduciré a la laguna de curación —dijo Aibin e hizo un gesto para que lo siguieran.

Recorrieron varios túneles de roca roja por los que Camu pasaba justo y desembocaron en una cueva donde unos guerreros trabajaban fabricando jabalinas. Al ver a Camu todos se postraban mostrando su respeto.

—Mira cómo te quieren por aquí —dijo Viggo con tono de broma.

«Yo Hor y bueno. Ellos saber».

—Así es. Todo nuestro pueblo sabe lo afortunados que somos de que un Hor Mayor benigno nos honre con su presencia y sea nuestro huésped —explicó Aibin según les guiaba a otra cueva algo mayor.

—¿No se lo toman como que todos los Hor son malignos después del ataque que habéis sufrido? —preguntó Viggo.

—No, por supuesto que no. Sabemos distinguir entre los Hor como Camu y los malignos como el que está en el exterior.

—Para mí serían todos igual de malos con que uno solo quisiera achicharrarme o comerme.

—Hay que diferenciar. No se puede culpar a todos los Hor porque algunos de ellos sean malignos —razonó Aibin.

Viggo bufó.

—Vosotros sois mucho más apacibles de lo que soy yo.

«Más listos».

—Calla, que me tienes contento…

Continuaron avanzando por cuevas y túneles hechos de aquella piedra rojiza tan singular. Se cruzaron ahora con grupos de mujeres que trabajaban en la preparación de alimentos para la tribu. Edwina iba mirándolo todo. Aquel lugar era un mundo nuevo y exótico para ella.

—El lagarto acorazado ese con púas que habéis sacado a pasear para tentar al dragón y que se

moviera de la Perla, ¿qué es? —preguntó Viggo.

—Es un Gondra Espinoso Gigante. Una criatura muy especial.

—Eso ya me lo ha parecido. ¿Es algún tipo de Hor, como el gusano gigante de la arena?

—No, no es un Hor. Es una criatura de esta parte de los desiertos.

«Ves, yo decir. Tú nunca escuchar».

—Ya, pero había que asegurarse. Con ese tamaño y esas pintas...

—Hay criaturas en el desierto que tienen un tamaño parecido, algunas incluso mayor.

—Estás de broma… —Viggo se quedó dónde estaba.

Aibin tuvo que parar también y se volvió hacia él.

—¿Por qué iba a bromear sobre esto?

—Porque no puede ser.

—¿No tenéis en el norte Salvajes de los Hielos y Semigigantes? Pues aquí, en el desierto, tenemos criaturas singulares.

—Eso ya lo puedes jurar. ¿Y ataca?

—No, es pacífico. No suele atacar a menos que se le ataque y por lo general solo se defiende. Es amigo de nuestro pueblo desde hace mucho tiempo. Lo solemos llamar y le damos Eshe Baset, nuestra planta milagrosa. Le encanta y le ayuda a combatir enfermedades. A cambio nos ayuda a encontrar pozos de agua en los desiertos alrededor de las montañas.

—Curiosa relación.

—Una muy beneficiosa para los dos —afirmó Aibin.

Viggo comenzó a andar otra vez y Aibin hizo lo mismo.

—Así que habéis decidido llamarle para distraer al dragón.

—Así es. Al ser tan grande, el Hor maligno no ha podido resistirse y ha atacado.

«Dragón querer ser siempre el más poderoso».

—¿Y ha muerto? —preguntó Edwina, que hasta ahora escuchaba en silencio.

—No. Se ha ocultado bajo la arena y ha escapado con vida del ataque. Cuando ideamos este plan para liberar la Perla buscamos una solución que no implicara más muertes. Sabíamos que la coraza del Gondra Espinoso Gigante lo protegería del fuego. Es un animal muy difícil de matar, casi tanto como un dragón.

—Me alegro de que haya sobrevivido.

—¿Y qué ha sido del dragón? —preguntó Viggo.

—Los vigías han informado de que ha vuelto a la Perla.

—Eso no nos viene nada bien… —se quejó Viggo.

—Es un problema para otro día. Hoy teníamos que conseguir que llegarais sanos y salvos y aquí estáis. Es una victoria y una alegría.

—En eso tienes razón —asintió Viggo.

Continuaron por un túnel más y llegaron a la caverna con el extraño estanque. Había llegado el momento de ver si Edwina podía salvar a Nilsa o si la habían perdido para siempre.

Capítulo 29

Entraron en la cueva y Edwina no pudo disimular su asombro. Observó la laguna con ojos maravillados. Su agua era rojiza y miles de hojas de una planta que no reconoció la cubrían. Un destello azulado surgía del agua y subía a la parte superior de la caverna, iluminándola. En el agua flotaban decenas de personas desnudas y cubiertas de las singulares orugas blancas.

—Me habían explicado cómo era este lugar… pero es mucho más impresionante de lo que me imaginaba.

—Y repugnante también —le susurró Viggo al oído.

«Mucho bueno laguna» afirmó Camu.

—Haré que venga la curandera Shamasa —dijo Aibin. Se acercó a una de las curanderas de la orilla y le susurró algo en su lengua. Ella asintió y marchó por una de las salidas posteriores de la cueva.

—Puedo sentir la magia emanando de este estanque —comentó Edwina con los ojos cerrados y los brazos abiertos.

«Magia curadora» informó Camu.

—La siento. Todo el estanque la emana. Es increíble, es un lugar milagroso —comentó y se arrodilló junto a la orilla para introducir la mano en el agua.

—¿No tenéis las sanadoras algo así en vuestra orden? —preguntó Viggo con curiosidad.

Edwina lo miró y negó con la cabeza.

—No tenemos nada que se le parezca. En nuestra orden trabajamos solo con el Don interno que las hermanas que la formamos poseemos. No tenemos objetos de poder que puedan sanar y desde luego no tenemos nada similar a una laguna de sanación.

—Bueno, aquí no todo el mundo sana…

—En nuestra orden tampoco podemos curar siempre al herido o al enfermo, ni las más poderosas de entre nuestras sanadoras.

La curandera Shamasa apareció con la discípula que había ido a buscarla y se acercó hasta ellos.

—Curandera Shamasa, esta es una sanadora, Edwina, que ha venido desde tierras lejanas para intentar ayudar —presentó Aibin en su idioma y luego lo tradujo para que todos lo entendieran.

—Bienvenida. Agradecemos la ayuda de alguien con el Don de sanar. Nosotras tenemos algo de habilidad sanadora, pero es la laguna la que nos la proporciona. Fuera de esta cueva estamos desvalidas.

Viggo suspiró mientras Aibin traducía. No estaba seguro de cómo se iba a tomar la curandera jefa de los Desher Tumaini la intromisión de una sanadora de tierras extranjeras. Podía no estar conforme. El poder siempre interfería, incluso en temas como la sanación. Por fortuna parecía no ser así y de hecho agradecía la ayuda, lo que les haría las cosas mucho más sencillas.

—Mis respetos, curandera Shamasa. Este es un lugar maravilloso, increíble. Estoy realmente sorprendida y de forma muy positiva —dijo Edwina llena de admiración.

Aibin lo iba traduciendo todo.

—Es un lugar único, sí. Salva las vidas de nuestro pueblo —asintió Shamasa.

—Veo que les habéis inducido un sueño reparador —Edwina observaba a uno de los cuerpos que flotaba junto a la orilla.

—Así es. Lo llamamos el Sueño de Reposo Sanador. Les inducimos un sueño curativo y es por ello por lo que flotan en un estado sereno y reparador.

—Y así evitáis que sufran.

—Esa es parte de la función del sueño reparador. La otra es ayudar a la curación, pues el proceso suele ser largo.

—Entiendo. ¿Hay alguna otra magia que afecte que deba conocer?

—Nuestra magia es muy limitada, apenas una gota comparada con el mar que tiene una sanadora. La utilizamos para crear el sueño y mantenerlo. También para diagnosticar y ayudar a que la cura se mantenga en el tiempo. Poco más podemos hacer…

Edwina asintió.

—¿Puedo examinar a Nilsa? Lo haré con mucho cuidado y sin molestar al resto de pacientes.

—Por supuesto, adelante —Shamasa hizo un gesto con la mano para que se introdujera en la laguna.

—Gracias —Edwina inclinó la cabeza con respeto y entró en el agua.

Avanzó mirando los cuerpos que flotaban a su alrededor hasta que la encontró en el centro.

—Pobre Nilsa… —masculló al verla—. Intentaré ayudarte, pequeña —dijo y cerró los ojos.

Puso las manos en la cabeza y el torso de Nilsa y se concentró en llamar a su Don y canalizar la energía sanadora. Un flujo de energía comenzó a salir de sus manos y entró en el cuerpo de la guardabosques. Lo primero que hizo fue valorar la gravedad de las heridas y el estado del cuerpo y la mente. Descubrió enseguida que las heridas que había sufrido la alegre pelirroja eran terribles. De hecho, debería estar muerta. Si seguía con vida era porque la habían llevado a aquel lugar con rapidez después de realizarle las primeras curas de urgencia. Según la energía sanadora recorría el cuerpo de Nilsa, en la mente de Edwina se iban marcando todos los puntos problemáticos que tendría que tratar. Le llevó un buen rato realizar el análisis por la cantidad de daño que había sufrido.

Mientras Edwina trabajaba, Tor Nassor y otro joven entraron acompañados de una guardia de guerreros.

—Me alegra veros de vuelta —saludó Tor Nassor con una sonrisa de bienvenida.

—Gracias, líder de los Desher Tumaini. Nosotros también estamos contentos de estar de vuelta y vivos.

—Es un honor volver a disfrutar de la visita del Hor Mayor —dijo Tor Nassor y se inclinó mostrando respeto. Todos los demás siguieron su ejemplo.

«Nosotros contentos de vuelta» envió Camu.

—Imagino que el trayecto de regreso ha sido complicado.

—Mucho más de lo esperado —asintió Viggo.

—¿Es la sanadora a quien veo con vuestra compañera?

—Sí, Edwina, sanadora de la orden de Tirsar.

«Muy buena».

—Me alegra el corazón que hayáis logrado traerla. Era un plan ambicioso y complicado —dijo Tor Nassor con tono de admiración.

—Las palomas funcionaron —confirmó Viggo.

—Sí, ahora tenemos comunicación constante con el rey Egil en Norghana. Os envía sus felicitaciones por haber conseguido que la misión fuera un éxito.

—Gracias, pero la misión será un éxito cuando Nilsa se levante de esa laguna recuperada.

Tor Nassor asintió.

—Os presento a mi hijo mayor, Abon Aleasor, que ha regresado hace poco de formarse en las

vías del mundo.

—Un honor conocer a un Hor Mayor y sus amigos norghanos —dijo en buen norghano con poco acento.

—Gracias, me alegro de conocerte. Te pareces a tu hermano Aibin.

—Sí, muchos lo dicen.

—Solo que él es más alto, fuerte e inteligente —dijo Aibin.

—Para algo soy el primogénito —bromeó Abon Aleasor.

—¿A qué se debe tu regreso?

—Mi padre me comunicó que había graves problemas, así que decidí volver y ayudar a mi pueblo. Es mi deber.

—Y ya había terminado su formación por el mundo —añadió Aibin.

—Una que pronto tú podrás retomar.

—No lo sé… el mundo sufre de peligros terribles ahora mismo… —comentó Aibin—. Además, ahora mi lugar está aquí —su mirada se desvió a Nilsa.

Todos volvieron su atención hacia Edwina. La sanadora continuaba trabajando en su análisis del estado de Nilsa. Envió más energía y se centró en los órganos más dañados. Lo que encontró la dejó muy preocupada. Se trataba de heridas mortales, de las que una persona no se recupera. Se temía algo así. Las sanadoras no podían hacer milagros. Si la herida era mortal, por mucho que lo intentasen, no conseguían salvar la vida del paciente. Suspiró muy preocupada y casi sin esperanzas. La única explicación factible a que no estuviese muerta ya se debía a la laguna de curación y su poder sanador. No había otra razón posible. Ella por sí misma no podría salvarla, pero quizá con la ayuda de aquel lugar milagroso, sí que pudiera hacer algo.

Respiró hondo exhalando ampliamente. No estaba todo perdido para Nilsa. Tenía que creer que había una diminuta posibilidad. Intentó acceder a su mente y se encontró con una barrera que se lo impedía. Era el sueño reparador que le habían inducido. No forzó la barrera pues si Nilsa despertaba en ese momento moriría de dolor en unos instantes y no había motivo para pensar que nada malo le sucediera a la mente de la chica, solo a su cuerpo. Trabajó un largo rato más hasta quedarse sin energía.

Muy despacio, volvió con el resto.

—Ya no puedo hacer más por hoy —informó.

—¿Cómo está? —preguntó Viggo.

—Mal… Se muere…

«Oh, no. No poder morir» Camu dio un brinco y se le humedecieron los ojos.

—Tienes que salvarla —dijo Viggo en un ruego.

—Tiene que vivir —se unió Aibin con ojos desesperados.

Edwina levantó la mano.

—Haré lo que pueda. Ahora necesito descansar.

—Ha usado todo su poder —dedujo Shamasa—. Discípulas, ayudadla —ordenó y dos de ellas llegaron y la sostuvieron por los brazos.

—Id a descansar. Vuestros aposentos están preparados y os esperan vuestros compañeros —dijo Tor Nassor.

—Eso haremos —dijo Viggo con la cabeza gacha.

Esperaba mejores noticias. Las palabras de Edwina habían sido un mazazo muy duro. Camu había perdido su eterna sonrisa y sus ojos saltones estaban apagados.

Aibin abrió camino y los condujo a las mismas cuevas que ya habían ocupado en su estancia anterior. En la reservada al grupo una figura esperaba de pie apoyada sobre una muleta.

—¡Ingrid! —exclamó Viggo al verla y corrió a abrazarla.

—Mi merlucito —sonrió Ingrid con ojos que brillaban de amor y abrió los brazos para recibirlo.

Viggo la abrazó con tanto ímpetu que estuvieron a punto de irse al suelo. Al abrazo le siguió un beso apasionado.

Mientras se besaban, de la cueva salió Ona y con ella Argi.

«Ona buena» envió Camu a su hermana.

Ona gimió, fue hasta Camu y comenzó a frotar su cabeza en la de su hermano llena de cariño y ternura. Argi aullaba alrededor de ellos.

—Mi belicosa rubita de ojos como el mar del norte —dijo Viggo a Ingrid y la volvió a besar mientras la abrazaba como si la fuera a perder.

—Veo que te alegras de verme —sonrió ella.

—¿Alegrarme? Mucho más que eso.

—Yo también me alegro de verte —sonrió ella y volvieron a besarse.

Las curanderas entraron con Edwina y la dejaron en una cama de mantas en el suelo. Al verla Ingrid se volvió.

—¿Qué le ocurre? ¿Está mal?

—No, ha estado examinando a Nilsa y se ha agotado.

—Sabía que lo conseguiríais —dijo Ingrid con orgullo.

«Nosotros mucho buenos» envió Camu.

—Ya lo creo que sí —dijo Ingrid, que cojeó hasta él y le dio un abrazo.

Ona gimió y dio un saltito.

—Yo también estoy contenta de que hayan regresado —dijo Ingrid.

—Os dejamos descansar. Os traerán comida y bebida. Cualquier cosa que necesitéis no dudéis en comunicármela —apuntó Aibin con rostro y tono tristes.

—Gracias, Aibin —Viggo asintió con la cabeza.

Ingrid se dio cuenta de que algo no iba bien.

—¿Qué ha dicho Edwina?

Viggo suspiró.

—No son buenas noticias…

—Pero no es definitivo. Va a intentarlo.

—Entonces hay esperanza. No la perderemos. La sanadora está aquí. Lo conseguirá. Tengamos esperanza.

—¿Te he dicho hoy lo mucho que te quiero?

Ingrid sonrió.

—Hoy no, merlucito.

—Pues te quiero de aquí a Norghana.

Ingrid puso cara de que lo medía.

—Es bastante. Me sirve.

Viggo sonrió.

—Mañana te querré un poco más lejos.

Ingrid rio.

—Entremos. Quiero saber lo que me he perdido.

—Pues más vale que traigan mucha comida y bebida porque vamos a estar un buen rato.

Capítulo 30

Los siguientes días fueron de gran tensión. La suerte de Nilsa se decidía. Edwina fue a tratarla por cinco jornadas consecutivas. Intentaba salvarle la vida aplicando toda su energía sanadora y sus conocimientos. Las curanderas le proporcionaban cuanto necesitaba y observaban encandiladas el gran poder de Edwina.

La sanadora trabajaba sin descanso cada día hasta quedarse sin energía y extenuada. No iba más allá de los límites que cada sanadora tiene, pues sabía que caería sin sentido e incluso podría morir y eso no ayudaría en nada a Nilsa. Tenían prohibido utilizar su propia energía vital en la sanación una vez que su pozo de energía se agotaba. Era muy peligroso y ya había acabado con algunas de ellas en el pasado llevadas por su celo por salvar al paciente. El tipo de problema que sufría Nilsa no requería de gran concentración de energía de forma puntual, sino de tratamiento continuo para que el cuerpo aguantara y se fuera recuperando poco a poco.

Viggo había pedido a Edwina que curara las piernas de Ingrid, pero habían tenido que esperar hasta el sexto día, pues la sanadora regresaba de ver a Nilsa completamente vacía. Ese día no había necesitado de toda su energía y había podido tratar las quemaduras de Ingrid. A diferencia de Nilsa, los resultados llegaron de inmediato. La guardabosques dejó la muleta y con tres días más de tratamiento ya podía andar como si nunca hubiera sufrido quemaduras. No solo eso. Edwina había regenerado su piel y apenas le había quedado marca.

—Yo te veo unas piernas preciosas —dijo Viggo cuando Ingrid se estaba poniendo una crema que Edwina le había preparado.

—Eso es porque me miras con buenos ojos —replicó ella sin poder ocultar un brillo de felicidad.

—Eso también, pero de verdad que ni se notan las quemaduras.

—Gracias —asintió Ingrid, aunque sabía que un poco se notaban.

A ella no le importaba lo más mínimo. Era una Guardabosques Real y veía las cicatrices como medallas al valor. El que arriesgaba y luchaba con honor por su rey y reino terminaba con cicatrices antes o después. Que siguieran con vida ya era mucho. Las cicatrices solo indicaban que estaban cumpliendo con su deber.

Ona y Camu estaban encantados de volver a estar juntos. Ona se había recuperado por completo antes de la llegada de Edwina gracias a los cuidados de las curanderas y ahora podía brincar con la misma facilidad y potencia que antes. Argi también estaba contento, ahora tenía un nuevo compañero de juegos en Camu. El trio se pasaba el día jugando y divirtiéndose por las cuevas y túneles. Ya habían propiciado serios sustos a los pobres Desher Tumaini que encontraban despistados realizando sus labores. Hasta Viggo reconocía que era una maravilla verlos jugar así, olvidándose por momentos de los serios problemas que tenían. Cuando Edwina se tumbaba a descansar, Argi solía acercarse hasta ella y con suavidad le lamía la cara, como intentando reconfortarla. La dulzura del cachorro era notoria. Sin embargo, no todo era tan bonito. Argi también solía alejarse y una vez en soledad aullar por largos ratos. Todos creían que llamaba a Gerd, y les partía el corazón.

Tor Nassor, Abon Aleasor y Aibin se estaban preparando para un posible nuevo ataque de un Hor maligno. Los guerreros vigilaban la Perla y todas las entradas, selladas y secretas, por si había algún peligro. Lo hacían desde el interior y desde el exterior. Estos últimos arriesgando su

vida, ocultos entre los pliegues rocosos y hendiduras. En las entrañas de las montañas de sangre estaban seguros de momento, pero necesitan saber qué estaba ocurriendo en el exterior.

Al décimo día de tratamiento Edwina convocó una reunión. Tor Nassor los llevó a la cueva de liderato, el lugar en el que se trataban los temas importantes. Era una cueva en la que no había demasiada luz natural, así que varios guerreros sostenían antorchas al tiempo que la custodiaban.

Tor Nassor se sentó en una silla de madera bastante elaborada con tallados que, según les explicó, eran los nombres de todos los líderes que le habían precedido y que también se habían sentado en ella. A su muerte, tallarían el suyo allí y su hijo mayor, Abon Aleasor, podría sentarse y dirigir a la tribu.

De pie junto a su padre estaban Abon Aleasor y Aibin. Los demás se sentaron en el suelo sobre una gruesa y cómoda alfombra y sobre cojines mullidos. Camu ocupaba la parte posterior con Ona y Argi a su lado. Edwina se sentó frente a Tor Nassor con Viggo e Ingrid junto a ella. Algo más retrasadas, de pie, asistían la curandera Shamasa y una de sus discípulas. Tor Nassor les ofreció sentarse, pero declinaron amablemente.

—Esta reunión es a petición de la sanadora Edwina —comenzó Tor Nassor con un gesto amable hacia todos los presentes—. Antes de comenzar quiero agradecer a la sanadora su trabajo con los enfermos. Shamasa me ha informado de que ha comenzado a tratar a otros enfermos y heridos en el estanque y que su magia es una bendición.

—Es un placer y una obligación para mí sanar al que lo necesita allí donde estoy —dijo Edwina—. Es una de las normas de nuestra orden.

—Todos te lo agradecemos, Edwina —dijo Aibin y se llevó al mano al corazón.

La sanadora asintió.

—Es mi deber y lo hago encantada.

—Muy bien. Edwina, puedes hablar con total libertad en esta cueva y expresar aquello que quieras.

—Gracias, Tor Nassor —ella inclinó la cabeza—. Os he reunido porque después de este tiempo tratando a Nilsa he llegado a algunas conclusiones que os quiero explicar ya que conllevan decisiones que no serán sencillas de tomar.

Las palabras de Edwina intranquilizaron a sus compañeros.

—¿Qué sucede, sanadora? —preguntó Aibin con ojos de temor.

—¿Algo va mal? —Ingrid se volvió hacia ella.

—La pecosa está bien, ¿no? Tiene que estarlo —se pronunció Viggo.

«Nilsa salvar, ¿verdad?» envió Camu y el sentimiento de preocupación que viajó con el mensaje dejó a todos muy inquietos.

Edwina levantó las manos pidiendo que la dejaran hablar.

—Lo que he descubierto es que Nilsa debería de haber muerto y…

De nuevo todos comenzaron a hacerle preguntas llevados por una preocupación tremebunda.

Edwina volvió a levantar las manos.

—Dejadla continuar, por favor —pidió Tor Nassor.

—Gracias a la pronta actuación de Aibin y las curanderas, y a ese lugar especial que es la laguna de curación, no ha muerto. Por eso os doy las gracias, os la damos todos —dijo haciendo un gesto hacia el resto del grupo.

«Gracias y gracias y gracias» envió Camu.

—Muchísimas gracias —Viggo bajó la cabeza. Estaba afectado.

—Estamos en deuda —expresó Ingrid con ojos húmedos.

—No hay ninguna deuda entre nosotros —dijo Tor Nassor—. Somos amigos y nos ayudamos

de manera mutua y reciproca.

—Su estado se deteriora —continuó Edwina—. El poder sanador del estanque no es suficiente para mantenerla con vida. Cuando la atendí por primera vez estaba cerca ya de dejarnos. Por fortuna, con mi poder he sido capaz de ir ayudando a su cuerpo a seguir luchando, a seguir sanando. Sin embargo, las heridas sufridas son tan grandes que pensé que no sería posible que se recuperara. Y es ahí donde la laguna y su magia me han sorprendido. La forma en la que esa magia actúa es a largo plazo. Va reparando poco a poco todo el daño que encuentra en el cuerpo humano. Regenera tejidos, huesos y órganos muy poquito a poquito, pero con un resultado que me ha dejado boquiabierta. Yo no puedo con mi poder y conocimiento reparar el cuerpo humano como lo hace la magia de ese lugar. Es realmente increíble.

Shamasa habló e Aibin tradujo.

—La magia de ese lugar es como ninguna otra, de gran poder, pero necesita de tiempo para actuar. Por eso las curanderas ponen a los pacientes a dormir, porque el proceso de curación será largo. No todos los pacientes sobreviven, hay quienes tienen heridas o enfermedades tan graves que sus cuerpos ceden a la muerte antes de que todo el proceso de curación termine. Nosotras, con nuestro limitado poder, ayudamos como podemos a mantener con vida a los heridos para que la laguna pueda seguir sanándoles.

—Y realizáis una labor impagable —agradeció Abon Aleasor.

—Sobresaliente, desinteresada y dedicada más allá del deber —asintió Tor Nassor agradeciendo a sus curanderas la labor excepcional que realizaban.

Edwina continuó exponiendo.

—Lo que la magia curadora de la laguna no puede hacer, ni yo tampoco, es sanar de forma intensificada usando todo su poder. Es por ello por lo que no ha podido curar las graves heridas de Nilsa cuando la pusieron en la laguna. También es la razón por la que Nilsa ha estado empeorando.

«No entender» envió Camu.

Edwina se volvió y lo miró.

—La laguna cura lento y el cuerpo de Nilsa se muere más rápido —explicó tan simple como pudo.

«Yo entender».

—Ahora yo también —se unió Viggo.

—Pero tú puedes ayudar a Nilsa a que su cuerpo no empeore tan rápido —dedujo Ingrid.

—Así es, pero por desgracia no sanarla, como era la esperanza de todos…

—Oh… ya veo… —Ingrid lo entendió.

«¿No poder curar?».

—No, Camu, solo puedo mantenerla con vida y que el estanque vaya realizando la cura a su ritmo.

«Entonces no morir».

—Mientras yo la vaya ayudando creo que no. Podría ocurrir algo inesperado, una complicación… pero si no se da debería poder mantenerla con vida.

—Entonces tienes que seguir tratándola… —dijo Viggo razonando—. ¿Pero hasta cuándo?

—Sí, ¿hasta cuándo? —preguntó Íngrid, que también le estaba dando vueltas en la cabeza.

—He ahí la cuestión. No lo sé. Puede ser mucho tiempo.

—Oh, vaya… —Viggo se quedó con expresión de desaliento.

—Pero se salvará —quiso saber Ingrid.

—Lo dicho, si no hay una complicación inesperada.

«Pero tú tener que quedarte aquí mucho tiempo» se dio cuenta Camu.

—Eso me temo —asintió ella.

—Lo cual nos lleva a un dilema —razonó Ingrid—. ¿Vale más la vida de una persona que todas las otras que Edwina podría salvar de seguir su camino?

—No hay ningún dilema. Por supuesto que la vida de Nilsa vale más que las otras. ¡Es Nilsa! —afirmó Viggo con ojos de que eso no era debatible.

—No seas merluzo, ¡claro que es un dilema! No podemos obligar a Edwina a que abandone su labor y se centre solo en Nilsa.

—Y yo digo que por supuesto que podemos. A mí otra gente me da igual. La que me importa es Nilsa.

—Ya, eres así —dijo Ingrid cruzando los brazos sobre el torso.

«Yo pensar como Ingrid».

—Solo por llevarme la contraria, bicho.

—Hay otro detalle que he de mencionar —continuó Edwina—. Los primeros días la sanación de Nilsa me dejaba completamente extenuada. Ahora que está un poco mejor suelo terminar la sanación con algo de energía restante en mí, por lo que puedo ayudar a otras personas. Creo que, con el tiempo, Nilsa cada vez necesitará menos de mi ayuda, ya que su cuerpo irá mejorando y por lo tanto dispondré de más energía para sanar a otros.

—Eso es bueno —dijo Viggo abriendo mucho los ojos—. Puedes curar a otros. Ya no hay dilema, no es solo Nilsa. ¡Asunto arreglado!

—Pero tendrías que seguir aquí, ¿verdad? No puedes dejar a Nilsa por días sin atender —preguntó Ingrid.

Edwina asintió con la cabeza.

—Su estado es crítico. Necesita tratamiento cada día, al menos por ahora, y preveo que por un largo tiempo.

—Vale. Se tiene que quedar aquí a la fuerza para salvar a Nilsa… Es un dilema, pero bueno, es un dilema menor.

«Edwina sacrificio» entendió Camu.

—No podemos exigírtelo… —Ingrid lo sabía, pero también se daba cuenta de que si no se quedaba el estado de Nilsa comenzaría a decaer y finalmente moriría. No quería que su mejor amiga muriera y eso provocaba que tuviera pensamientos similares a los de Viggo, si bien era consciente de que no eran los correctos.

Tor Nassor se pronunció.

—Hablo como líder de mi pueblo y con la experiencia y sabiduría que los años proporcionan. Es mi parecer que la sanadora elija su propio destino y el camino a seguir. No se la puede obligar a permanecer aquí contra su voluntad. Yo no lo haré, mi tribu no lo hará. Pero si decide quedarse será una bendición para nuestro pueblo y por ello será tratada tan bien como un Hor benigno —dijo mirando a Edwina y después a Camu—. Aquellos que ayudan a los Desher Tumaini tienen mi gratitud y la de mi pueblo. Tampoco quiero que mis palabras en ninguna forma sean interpretadas como una forma de inclinar la balanza de un lado o de otro. Solo quiero que la sanadora sepa que es más que bienvenida a quedarse con nosotros cuanto tiempo desee si así lo decide.

—Sería un honor tenerla con nosotros —se unió Shamasa, a través de Aibin—. Mis discípulas agradecerían la ayuda de su increíble poder. Pero como nuestro sabio líder ha dicho: ella debe elegir su destino, como hemos hecho nosotras.

Todas las miradas se dirigieron a Edwina, que por un largo rato no dijo nada y permaneció

con los ojos cerrados meditando su decisión. Cuando finalmente habló, todos escucharon.

El corazón de Ingrid, Viggo y Camu palpitaba fuertemente.

—Cuando me hice sanadora, lo hice por vocación. El regalo que los dioses me hicieron concediéndome el Don es escasísimo y muy preciado. Siempre he querido usar mi poder para ayudar a la gente, para sanar al enfermo y al herido, para evitar el sufrimiento de las personas. Por ello me uní a la orden de Tirsar. Allí, con mis hermanas, aprendí a sanar, no solo con el Don, sino también con medicina tradicional. Desde muy joven llevo ejerciendo mi vocación y, aunque me han ocurrido cosas horribles, nunca me he arrepentido. Cuando me uní a los Guardabosques tomé un camino que lleva a un destino que todavía desconozco y del que me queda un largo trecho por recorrer. Ahora tengo una decisión importante que tomar, pues si decido quedarme será para mucho tiempo. Nilsa no se recuperará de un día para otro. Es por ello por lo que representa una decisión no solo importante, sino que cambiará mi vida en muchos aspectos…

Edwina guardó silencio un momento. Todos la miraban en tensión esperando su decisión.

—Lo cierto es que ya tomé un camino cuando me uní a los Guardabosques. Ese camino me ha traído hasta aquí, para bien o para mal. No creo que deba cambiar de objetivo. Seguiré ayudando a los Guardabosques y me quedaré aquí ayudando a Nilsa. No sé a dónde me conducirá, pero ya llegará el momento de descubrirlo. Me quedo con los Desher Tumaini y ayudaré a Nilsa y a este maravilloso pueblo de los desiertos.

—¡Sí! ¡Fantástico! —Viggo no pudo contener su alegría y comenzó a dar brincos y alzar los brazos en signo de victoria.

—¡Gracias, Edwina! —Aibin la miró con gran agradecimiento.

En su rostro se veía el temor por perder a su amada. Ahora había una posibilidad de que sanara y escapara de la muerte. Resopló dejando escapar toda la tensión de su cuerpo.

—Te lo agradecemos en el alma. Sabemos que es un sacrificio para ti —reconoció Ingrid, preocupadísima por la suerte de Nilsa. La sanadora era una mujer especial, sacrificada y con gran honor. Pocas personas tenían aquella capacidad.

«¡Mucho contento! ¡Gracias!».

—Siendo esa tu decisión, los Desher Tumaini te recibimos con los brazos abiertos. Shamasa se encargará de proporcionarte una vivienda permanente con las curanderas junto a la laguna de curación.

Shamasa asintió.

—Será un placer y un honor.

—Cualquier cosa que necesites, solo tienes que pedirla —dijo Aibin.

—Gracias a todos. Haré de este mi hogar y ayudaré cuanto pueda.

—Palabras que me llegan al corazón —dijo Tor Nassor—. Tenemos un enemigo formidable sobre nosotros dispuesto a matarnos a todos. Te vamos a necesitar —auguró el líder de los Desher Tumaini.

—Y yo estaré a vuestra disposición —inclinó ella la cabeza.

—La invitación a quedarse la extiendo a todos vosotros —dijo Tor Nassor abriendo los brazos.

Ingrid y Viggo se miraron con duda en sus ojos.

—Nosotros tenemos que seguir la lucha contra los dragones y el dragón inmortal —expresó Ingrid.

—Deberíamos volver a Norghana y unirnos al resto —intuyó Viggo.

«Dragón vigilar Perla» advirtió Camu.

—Sí, ese es un problema significativo —comentó Ingrid pensativa.

—Podéis comunicaros con el rey Egil. Las palomas están realizando el vuelo entre el desierto y Norghana sin problemas —sugirió Aibin.

—Sí, eso haremos. Nos comunicaremos con Egil y veremos qué quiere que hagamos.

—Muy bien. Espero que mientras estéis aquí vuestra estancia sea agradable —deseó Tor Nassor—. Mi hijo mayor está a cargo de los guerreros. Si necesitáis de ellos, habladlo con él.

—Así haremos —asintió Ingrid.

Abon Aleasor se inclinó cortésmente.

—Lo que requiráis, os ayudaré a conseguirlo.

Edwina se puso en pie y todos la siguieron.

Viggo se situó junto a Ingrid.

—No creo que Egil quiera que permanezcamos aquí… nosotros, me refiero —susurró al oído refiriéndose a sí mismo, a Ingrid y a Camu y compañía.

—Sí, yo también lo creo así. Aquí ya no hacemos nada de provecho. Enviaremos las palomas y esperaremos órdenes —respondió Ingrid.

—De acuerdo. Mientras disfrutaré de tu sonrisa —le guiñó un ojo Viggo a Ingrid.

—¿Qué sonrisa?

Viggo le besó la punta de la nariz y a Ingrid se le escapó una sonrisa.

—Esa sonrisa.

Capítulo 31

Lasgol y Astrid llegaron a la puerta del taller de Enduald en el castillo. El Mago de Encantamientos los había hecho llamar, lo que los tenía intrigados. Egil había dispuesto un gran taller con todo lo que Enduald había pedido para sus trabajos y experimentos. Además, contaba con los mejores artesanos del reino en el trabajo del cuero, metal, cristal, joyería o lo que necesitara. Solo tenía que pedirlo.

Al entrar vieron que estaba acompañado no de maestros orfebres o forjadores, sino de Magos de Hielo: Rangvald y dos más de la torre. Rangvald observaba mientras los otros dos Magos de Hielo y Enduald estaban realizando algún tipo de experimento.

—Venid conmigo —susurró Rangvald a Astrid y Lasgol y les hizo un gesto para que se acercaran.

Fueron con él en silencio para no molestar a los tres magos.

—Observad, es de lo más interesante —dijo.

Lasgol sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. Estaban experimentando y usaban magia poderosa.

—Yo no apreció nada. Están los tres como volcados sobre ese pedestal de mármol —susurró Astrid, que no captaba la magia.

—Ven a este lado —indicó Rangvald señalando su izquierda.

Astrid se situó donde le decía y entonces lo vio. Sobre un pedestal de mármol blanco tenían un guante de un aspecto singular. Parecía ser de acero pulido o quizá de plata pura. No era tan robusto como el guante de una armadura pesada, sino más similar a uno ligero hecho de acero o plata. Sobre el dorso tenía un aro dorado tan grande que lo cubría por completo.

—El Guante Dorado… —susurró Astrid.

—Le están haciendo las últimas pruebas —informó Rangvald.

—Estupendo. Espero que todo vaya bien —deseó Lasgol y se animó mucho.

—Enseguida lo sabremos —dijo Rangvald enarcando las cejas.

Escucharon a Enduald conjurar mientras los dos Magos de Hielo entonaban una extraña letanía. Resultaba curioso ver cómo los dos Magos de Hielo señalaban a Enduald con sus báculos blancos. Ellos eran altos y delgados, mientras el señalado era pequeño y más grueso. El Mago de Encantamientos movía su propio báculo mientras movía la boca.

—Mis Magos de Hielo le están insuflando energía a Enduald a través de sus báculos, que cargan el de Enduald para que pueda utilizarlo en el experimento. Así no se queda sin energía.

Lasgol podía ver la energía blanca surgir de los báculos de los Magos de Hielo y saltar al de Enduald. Le pareció de lo más sorprendente y sobre todo muy útil.

—No sabía que eso se pudiera hacer —comentó Astrid con tono de sorpresa.

—Oh, eso y muchas más cosas en esta área. Se puede incluso robar a un mago su energía.

—¿Se puede? —Astrid miró a Lasgol, que asintió y puso cara de horror.

—Sí, pero es una práctica prohibida, al menos en los reinos civilizados. En el sur, en los desiertos, y en algunos lugares recónditos de Tremia sí que se hace.

—Pero si se roba toda su energía a un mago, ¿no queda este exhausto y sin sentido?

Rangvald asintió.

—Me complace ver que conoces un poco de nuestro mundo mágico —sonrió—. Incluso se

podría llegar a extraer su energía vital.

Astrid también puso cara de horror.

—A veces la magia es terrorífica.

—No es la magia, es quién la utiliza —corrigió Rangvald.

—Cierto —convino Astrid—. Eso también lo he oído antes —dijo y miró a Lasgol.

—En este caso, es un experimento controlado y los Magos de Hielo están cediendo su energía de forma voluntaria y sin correr riesgos.

—¿Del todo voluntaria? —preguntó Lasgol enarcando una ceja.

—Bueno, digamos que casi del todo —sonrió Rangvald.

—Lo imaginaba —asintió él.

Los tres magos continuaron, uno con su encantamiento y los otros dos cediéndole energía para llevarlo a cabo. Tardaron un buen rato. Astrid y Lasgol observaban intrigados. De súbito, se produjo un destello blanquecino que envolvió el aro sobre el dorso del guante. Astrid no pudo verlo, pero Lasgol y Rangvald lo apreciaron.

—Ya está encantado —dijo Rangvald a Astrid.

—¿El guante?

—El aro de sujeción —aclaró Rangvald—. Es lo último que faltaba por solucionar. Enduald ha ido solventando los otros problemas con mucho ingenio y arduo trabajo, he de decir.

Los tres magos se quedaron en silencio y con expresión algo cansada, como si llevaran un par de días sin dormir. Lasgol sabía que eran los efectos de estar usando magia durante mucho tiempo seguido.

Enduald levantó la mirada y los vio. No se había percatado de su presencia hasta entonces.

—Astrid, Lasgol, ya estáis aquí.

—¿Nos necesitas? —preguntó Lasgol.

—Sí, más a Astrid que a ti, pero me viene bien que estéis los dos.

Astrid y Lasgol se miraron todavía más intrigados.

—Pero primero hemos de probar que este último encantamiento sea el correcto —explicó Enduald, que se dirigió a una vitrina baja y la abrió.

Cogió dos objetos en sus manos y se acercó hasta el guante con ellos. Los dos Magos de Hielo se apartaron y se sentaron en un banco corrido de roble a descansar.

Enduald abrió la mano derecha y en ella pudieron ver la Estrella Glacial mayor. Lasgol la reconoció de inmediato. Era inconfundible.

—¿Sabes qué va a hacer? —le preguntó Astrid en un susurro.

—Ni idea —se encogió de hombros él.

Enduald situó la mano con la Estrella Glacial sobre el dorso del guante, a un palmo de altura. De pronto y por sorpresa, Enduald retiró su mano con rapidez y la Estrella comenzó a caer sobre el guante.

De forma inconsciente Lasgol alargó la mano para evitar que la estrella golpeara el guante y cayera al suelo.

—La estre… —balbuceó.

Algo muy sorprendente sucedió. Se quedó adherida al aro en el dorso del guante, como si este fuera un imán mágico.

—Primera prueba superada —dijo Enduald—. Vamos con la segunda.

Cogió la Estrella Glacial y la retiró. Tuvo que usar algo de fuerza, ya que la magia del aro ejercía una atracción potente. Ahora situó su otra mano sobre el guante, la que tenía la Estrella Glacial Menor y repitió el ejercicio. La estrella cayó y el aro la atrajo hacia sí hasta que quedó

pegada con fuerza a él.

—Dos objetos de poder diferentes y el aro los reconoce y sujeta. Muy buen trabajo —felicitó Rangvald.

—Esa era la idea. Diferentes objetos de poder y un solo mecanismo para sujetarlos. Uno que no fuera mecánico o tuviera que adaptarse a la forma del objeto —explicó Enduald.

Rangvald avanzó hasta él y le ofreció un anillo.

—No tiene mucho poder, más bien casi nada, pero es un objeto de poder. Puedes probar con él.

—Gracias, los objetos de poder escasean —dijo Enduald y de inmediato repitió el experimento. Dejó caer el anillo sobre el guante y, nuevamente, el aro lo atrajo hacia sí y quedó en su centro pegado al dorso del guante.

—Excelente. Funciona incluso con objetos de poco poder —afirmó Rangvald agradablemente sorprendido.

Enduald asintió.

—He invertido mucho tiempo y conocimiento para que el encantamiento resulte tan eficaz como sea posible —dijo y retirando el anillo se lo devolvió a Rangvald.

—¿Y si un golpe fuerte hace saltar el objeto por los aires? —preguntó Astrid—. No te lo tomes a mal, Enduald, pero vamos a una batalla nada menos que contra dragones… Golpes y bien fuertes va a haber.

Enduald asintió.

—No me lo tomo a mal. ¡Al contrario! Es una buena apreciación, pero ya he pensado en ello. Será mejor que te lo demuestre. Por favor, ponte el guante.

Astrid miró a Lasgol y éste le hizo un gesto afirmativo.

—De acuerdo —Astrid avanzó hasta el guante—. ¿Lo cojo sin más?

—Sí, cógelo. Su magia no es dañina para los humanos, tranquila —aseguró Enduald.

Astrid asintió y lo cogió. Se sorprendió de lo poco que pesaba, era como ponerse un guante de Guardabosques, solo que esos eran de cuero curtido y no de metal. También le sorprendió que el guante fuese plateado por el lado del dorso y dorado por el lado interior. Flexionó los dedos cerrando el puño y le gustó lo poco rígido que era. Permitía cerrar y abrir la mano y mover los dedos con bastante naturalidad, sin rozamientos forzosos.

—¿Seguro que es metálico? —preguntó a Enduald.

—Lo es. Los materiales base son plata y oro, pero he añadido compuestos para que sea más flexible.

—Ya veo.

—Lo primero que vamos a probar es el aguante del aro, que como bien has dicho puede ser un problema en batalla.

—De acuerdo —asintió Astrid.

Enduald sacó la Estrella Glacial Mayor y la puso sobre el aro. Al momento quedó fija.

—Cuando se coloca el objeto de poder, éste queda sujeto al aro, pero no es una sujeción definitiva ya que permite retirar el objeto como me has visto hacer a mí. Basta con ejercer algo de fuerza.

—Sí, lo he visto.

—Bien, sin embargo, si una vez sujeto el objeto de poder al aro cierras la mano tres veces seguidas, quedará sujeto como si estuviera forjado a él.

Astrid hizo una mueca de incredulidad.

—Pruébalo —dijo Enduald.

Ella cerró la mano en un puño tres veces seguidas y se produjo un destello dorado saliendo del aro bajo el objeto de poder.

—Vaya, ha destellado.

—Sí, indica que está firme. El destello que has visto es una señal que he creado para que los que no tenéis el Don lo veáis.

—Entendido. Gracias.

—Intenta ahora quitar la estrella.

Astrid la cogió con la mano izquierda y comenzó a tirar de ella con fuerza. No se despegaba. Lo intentó con más ahínco, pero no sucedía nada.

—Tengo miedo de romper la estrella.

—Oh, tranquila, no podrías. Es un objeto durísimo, ni con un gran martillo de guerra lo dañarías.

La guardabosques siguió intentándolo sin poder despegarla. Le hizo un gesto a Lasgol para que probara él. Lasgol se adelantó, cogió la estrella con las dos manos y tiró con fuerza hacia sí al tiempo que Astrid tiraba en el otro sentido.

—Nada, no hay forma de despegarlo —reconoció Astrid.

—Bien. Ahora vuelve a cerrar y abrir la mano tres veces.

Hizo lo indicado y volvió a producirse otro destello.

—Tira ahora.

Sin aplicar demasiada fuerza, Astrid tiró y la estrella se soltó.

—Vaya, gran mecanismo —reconoció muy impresionada.

—Me ha costado mucho trabajo idearlo y que funcione, pero me gusta el resultado.

—Es uno muy bueno —afirmó Rangvald.

Lasgol asintió varias veces. Él también estaba impresionado.

—Bien, llega el momento de la verdad. Hay que probar si el guante funciona con una de las armas doradas —dijo Enduald.

—Adelante, estoy impaciente —respondió Astrid, que miraba el guante en su mano derecha. Parecía el trabajo de un afamado artesano del metal en colaboración con un gran joyero.

Enduald se acercó hasta Astrid con el Rayo de Antior. Nada más ver la jabalina dorada Astrid pensó en la pobre Nilsa. Luego recordó que con esa arma había matado a un dragón y se enorgulleció de su amiga. Agarró el arma con la mano enguantada con firmeza. Esperaba que sucediera algo, un destello de oro probablemente, pero no pasó nada. Lasgol también observaba el guante y el arma con ojos entrecerrados. No podía intervenir por su magia o desviaría los resultados del experimento.

—No sucede nada… —Astrid miró a Enduald.

—Hay que activar el objeto de poder —respondió el Mago de Encantamientos.

—¿Una frase o palabra clave?

Enduald negó con la cabeza.

—Ese conjuro lo creó mi querido amigo Galdason, ahora fallecido —suspiró profundamente y su rostro se llenó de pena—. He cambiado el mecanismo de activación pensando que podría ocurrir que durante el combate el que empuñe el arma no pueda hablar por algún motivo: dolor, sufrimiento, entorno… Así que he creado una forma más segura de activarlo.

—¿Cómo lo hago? —Astrid estaba impaciente con el guante y el arma dorada en su mano.

—Presiona con tus cinco dedos el arma, empezando por el meñique y terminando con el pulgar.

Astrid lo hizo y se produjo un destello dorado proveniente del objeto de poder.

—Ya está activo y el arma dorada preparada para utilizar su magia.

Astrid miraba la jabalina dorada pero no veía ninguna diferencia.

—¿Cómo probamos si puedo usarla? Yo no noto su poder.

—Nosotros sí —asintió Rangvald.

Astrid miró a Lasgol, que le hizo un gesto afirmativo.

—Los cuatro que poseemos el Don aquí podemos sentir el poder de la magia del arma —dijo Enduald.

—¿Es la del arma o es la de la Estrella Glacial? —preguntó Astrid.

—Buena diferenciación. Podría ser la del objeto de poder —dijo Enduald—. Pero por fortuna, podemos compararla. ¿Te importa activar la magia de tu arco, Lasgol? Así lo sabremos seguro.

—Por supuesto. —dijo y cogió el arcó que llevaba a la espalda.

Enduald, Rangvald y los dos Magos de Hielo se acercaron, pusieron sus manos sobre el arco y cerraron los ojos.

Lasgol también cerró los suyos y se concentró. Buscó su lago de energía interna y, cogiendo un poco, la envió al arco interactuando con la magia del arma. El arco destelló en dorado.

—Ahí está. Magia antiquísima, de base dorada poderosísima —interpretó Rangvald analizándola.

—Ahora tú, Astrid —pidió Enduald.

Astrid presentó la jabalina dorada. Los cuatro magos pusieron sus manos sobre el arma y cerraron los ojos. Astrid esperó un momento y luego activó el arma tal y como Enduald le había enseñado: de meñique a pulgar. La jabalina destelló también en dorado.

—Misma magia. Muy antigua, dorada y poderosa —analizó Rangvald.

Los magos abrieron los ojos y soltaron el arma.

—Es la misma energía. Es del arma, no de la estrella. Lo has logrado. Enduald, te felicito —dijo Rangvald impresionado por lo que había conseguido.

—Gracias, no ha sido nada fácil. Agradezco la ayuda de los Magos de Hielo. Sin ellos habría tardado una eternidad.

Rangvald asintió.

—Era nuestro deber. Órdenes del rey —dijo Rangvald.

—Un detalle más sobre el funcionamiento del arma —incidió Enduald.

Astrid escuchó atenta.

—¿Qué detalle?

—Cada activación del arma solo permite una descarga de poder. Lo he limitado de esta forma para que sea posible aprovechar todas las cargas de un objeto de mucho poder, como estas estrellas. Cada una tiene poder suficiente para varias descargas por lo que, en teoría, podrás matar a varios dragones. De esa forma se evita desperdiciar toda la energía del objeto de poder en una sola descarga.

—Muy bien pensado. La energía almacenada en un objeto de poder debe usarse de forma eficiente —asintió Rangvald.

—La verdad es que nos enfrentaremos a varios dragones, por lo que es una muy buena idea —convino Astrid—. Eres brillante, Enduald —sonrió agradecida.

—Nunca he dicho que no lo sea —respondió con su habitual tono hosco.

—Es brillante, sí… —comenzó a decir Lasgol, que se rascaba la cabeza con el dedo índice.

—¿Pero…? —leyó el pensamiento Enduald frunciendo el ceño.

—¿Y si necesitamos lo contrario? Por ejemplo, si queremos descargar todo el poder de la

estrella u otro objeto de un solo golpe… Estoy pensando en el dragón inmortal…

Enduald asintió.

—Entonces solo hay que quitarle la limitación que le he puesto al guante. Descargará todo el poder del objeto hasta dejarlo vacío.

—¿Cómo quitamos la limitación? —quiso saber Astrid.

—Con esto —dijo Enduald.

Fue hasta su mesa de trabajo y cogió un objeto. Era un anillo muy similar al aro del reverso del guante, pero de menor tamaño.

—¿Un anillo?

—Si se coloca en cualquiera de los dedos del guante, el aro del dorso queda liberado de la limitación de descarga. Cuando lo activéis descargará todo lo que le dé el objeto de poder.

—Estupendo —asintió Lasgol con expresión de que aquello le gustaba mucho.

—Pero recordad que si os equivocáis y activáis el arma con el anillo puesto en el guante atacará con toda la carga y la perderéis. El objeto de poder no podrá volver a usarse. Así que no os equivoquéis.

—No nos equivocaremos —aseguró Lasgol.

—Más os vale, porque objetos de poder con mucha energía mágica no se encuentran muy a menudo.

—Somos conscientes —aseguró Astrid.

—Sed conscientes y cuidadosos —insistió Enduald con tono severo.

—¿Cuánto tardarás en tener todos los guantes? —preguntó Astrid impaciente.

—Ahora que por fin he encontrado y refinado los encantamientos, no mucho. Seis guantes y seis anillos. No los extraviéis.

—Por nada del mundo —aseguró Astrid.

—Ya, eso ya lo he oído antes…

—Tendremos muchísimo cuidado. Es un logro increíble —aseveró Lasgol.

—Nos da una oportunidad —asintió Astrid con brillo en los ojos.

—El rey estará muy satisfecho —añadió Rangvald.

—Ya tenemos una forma de matar a los dragones. ¡Que se preparen! —gritó Astrid levantando la jabalina con su Guante Dorado.

Lasgol la miró y un sentimiento de orgullo lo invadió. Astrid era una valiente de corazón guerrero. Ahora tenía una oportunidad de vencer y, algunas veces, con eso bastaba.

Capítulo 32

Aibin les entregó a Ingrid y Viggo el mensaje que había traído la paloma mensajera desde Norghana. Estaban en la caverna que hacía las veces de habitación que compartían en el interior de las montañas de los Desher Tumaini.

—¡Por fin! —levantó las manos al aire Viggo.

—Hay una gran distancia, se tardan días —dijo Ingrid, aunque ya sabía que a Viggo eso no le importaría nada. La paciencia no era precisamente uno de sus puntos fuertes.

—Pues que vuelen más rápido esos pichones. ¿No podemos usar halcones, que son mucho más veloces? Los de Fauna los usan.

—Sí, los usan, pero para cazar palomas mensajeras e interceptar mensajes.

—Ah, bueno… Por eso me gustan más los halcones.

—Las palomas son rápidas, y calla un momento que tengo que leer el mensaje.

—¿Es de Egil?

—Sí me dejas leer…

—Es que estar bajo la montaña tanto tiempo me afecta a la cabeza.

«Tu cabeza afectada mucho tiempo antes».

—Calla, bicho. ¿Quién te ha dicho que eres parte de esta conversación?

«Yo parte de todo».

—Un metete es lo que eres.

Ona gruñó a Viggo. Argi lo vio y aulló uniéndose a ella.

—Sí, lo que me faltaba, los dos amigos se le unen. Formáis el trio más extraño que hay en todo Tremia. Un bicho, una minina y un aullador. Lo que tengo que soportar… —volvió a gesticular levantando los brazos hacia el techo de la caverna de roca roja.

«Tú mucho afectado en cabeza».

—Voy a pedirle a Shamasa que me deje tumbarme junto a Nilsa en la laguna, así no tendré que aguantaros más.

—No digas merluzadas —Ingrid lo miró con ojos de no poder creer lo que oía.

—¿Qué noticias hay?

—El mensaje es de Egil. Nos dice que si vemos una oportunidad intentemos regresar con Camu. No puede enviar a nadie hasta aquí para rescatarnos porque llevaría demasiado tiempo. Lo mismo si volvemos por métodos tradicionales de viaje.

«¿Ves? Yo mucho importante».

—Es “muy” y no “mucho”, bicho, y no eres tan importante como te crees…

«Yo ser importante. Tú mal de arriba».

—Deja a Camu tranquilo y escucha, que tenemos órdenes que cumplir —dijo Ingrid a Viggo y le dio un codazo.

—Ha empezado el bicho.

Ona gruñó de nuevo y Argi aulló.

Ingrid puso los ojos en blanco.

—Hay dos opciones. O nos quedamos y esperamos a que el dragón se vaya. O nos escabullimos de alguna forma y volvemos usando la Perla —dijo Ingrid.

—Ya, pues díselo al dragón rojo que la vigila a ver qué le parece la idea. Igual se va si se lo

pides con amabilidad.

—Hoy estás de lo más insoportable, ¿lo sabías?

«Siempre mucho».

—¡Es este lugar! ¡No me gusta estar enterrado bajo tierra!

—Estamos bajo una cordillera montañosa, no bajo tierra —corrigió Aibin.

—¡Es lo mismo!

—No le hagas caso, Aibin, estamos fantásticamente bien con vosotros. Nos cuidáis de maravilla y nos tratáis fenomenal. Agradéceselo a tu padre e ignora a Viggo, hoy se ha levantado más insufrible de lo habitual.

—Gracias, es un honor y un deber para los míos que estéis entre nosotros —Aibin les dedicó una reverencia.

—Seguro que por pasar tanto tiempo aquí abajo tengo alguna condición que los cirujanos no han descubierto todavía y que me causa estar así —se defendió Viggo.

—Sí, se llama falta de sentido común —replicó Ingrid.

—Algo me pasa, te lo digo. Cada día me siento un poco más aprisionado aquí, soterrado. Tenemos que irnos ya, me va a dar algo.

«Cabeza fatal. Cada vez más».

—Bicho… —Viggo lanzó una mirada de furia a Camu, que ni se inmutó.

—¿Entonces quieres irte por la Perla?

—¡Aquí enterrado vivo no me quedo!

—Tranquilo, ya te hemos entendido —Ingrid le dio un par de palmadas cariñosas en el hombro.

Viggo resopló mientras miraba las paredes y el techo de roca roja.

—Sí, tenemos que marchar.

—De acuerdo —asintió Ingrid—. Permanecer aquí nos impide ayudar con el dragón inmortal, que es lo que necesitamos hacer. Debemos detenerlo como sea.

—Y matarlo también —añadió Viggo.

—Para eso tendremos que idear un plan para salir de aquí usando la Perla. Aibin, necesitaremos ayuda con el dragón.

—Llamaré a mi padre y hermano y lo hablaremos entre todos.

Ingrid asintió.

—Gracias. Mientras tanto nos prepararemos para partir.

Un rato más tarde Aibin regresó con Tor Nassor y Abon Aleasor.

—Me ha dicho mi hijo que tenéis que marchar. Es una verdadera lástima, nos honra que estéis con nosotros y nos aporta gran felicidad —dijo el viejo líder.

—El rey Egil nos necesita para luchar contra el dragón inmortal. Debemos regresar —informó Ingrid.

—Por la Perla, lo cual es un pequeño problemilla —añadió Viggo.

—Tendremos que buscar la forma de volver a engañar al dragón —expuso Abon Aleasor.

—No sé si será tan sencillo. No creo que se deje engañar de nuevo. Son criaturas inteligentes, se habrá dado cuenta de que la maniobra que se usó fue para alejarlo de la Perla y que llegara alguien por el portal —razonó Ingrid.

«Dragones mucho malos. Listos también».

—Es probable que esté más atento ahora que ha sido engañado —asintió Tor Nassor—. Tampoco podemos usar el mismo cebo de nuevo, eso lo haría sospechar.

—Casi con total seguridad. Si llamamos a otra de las criaturas de los desiertos es probable que sea un cebo con el que tampoco pique. Se imaginará que tratamos de engañarlo de nuevo —convino y razonó Abon Aleasor.

—Entonces… ¿qué hacemos? Porque ese dragón está todo el día pegado a la Perla —preguntó Viggo frustrado.

—No todo el día… —comenzó a decir Aibin.

—¿No? ¿En qué piensas? —preguntó Ingrid.

—Hay dos ocasiones en las que abandona la Perla. Una para alimentarse y la otra para beber. Necesita comida y agua, como todos nosotros.

—¿Cuánto tiempo tarda en regresar cuando lo hace? —preguntó Ingrid.

—En beber no tarda demasiado. Baja hasta el río Eshe y allí se sacia. Luego vuelve de inmediato a la Perla. Cuando busca comida le lleva más tiempo. La comida escasea en el desierto. Suele seguir el río hasta el mar y allí caza grandes peces desde el aire. Lo hemos visto pescar orcas y ballenas.

—¿Lo habéis seguido? —preguntó Ingrid intrigada.

—Sí. Hemos estado siguiendo sus movimientos desde la distancia, por supuesto, y hemos descubierto cómo sobrevive.

—Interesante… Nos da una oportunidad —comentó Ingrid.

—Solo si tarda más en cazar de lo que tardamos nosotros en abrir el portal, y suele llevar un buen rato —razonó Viggo.

«Yo abrir tan rápido como poder».

—¿Verá el portal desde el mar? —preguntó Ingrid.

—Se ve desde el nivel del mar. Es una esfera enorme y brillante y está sobre una cordillera montañosa —asintió Aibin.

—¿Y lo siente, Camu?

«Si mar lejos, no sentir poder portal».

—¿A qué distancia crees que puede sentir el portal?

«Menos mil pasos».

—Hay más de mil pasos hasta el mar. Más del triple —dijo Abon Aleasor.

—En ese caso no sentirá que abrimos el portal si está consiguiendo comida en el mar —razonó Ingrid.

«No captar poder tan lejos».

—Ya tenemos el momento, entonces.

—Ya, pero lo verá. Brilla como un espejo al que da el sol del desierto —afirmó Viggo frunciendo el ceño.

—Al ojo se le puede engañar —dijo Aibin.

Todos lo miraron.

—¿Tienes una idea? —preguntó Ingrid.

—Tengo una idea —asintió Aibin.

Ingrid sonrió.

—Así me gusta. Nos ponemos a ello.

Una semana más tarde, Ingrid, Viggo, Camu, Ona y Argi aguardaban en la salida secreta que ya habían utilizado para entrar y que era la más cercana a la Perla. Iban con sus armas y macutos preparados para la huida. Se habían despedido de Nilsa, a la que habían dejado con Edwina. La sanadora les había deseado la mejor de las suertes. Marcharon deseando volver a ver pronto a

Nilsa y Edwina, una vez la pelirroja se recuperase.

—¿Ya? —preguntó Viggo a Abon Aleasor, que estaba con ellos con una veintena de guerreros.

—Tenemos que esperar a la señal de los vigías.

—¿Y por qué no la han enviado ya?

—Porque el dragón sigue en la Perla. Avisarán cuando parta a cazar —explicó el hijo mayor del líder.

—Pues ya le cuesta…

—¿Quieres estar tranquilo? Tenemos que seguir los tiempos del plan.

—Lo sé. Es este lugar… se me está cayendo encima.

—¿La caverna en la que estamos?

—Toda esta montaña. Me aprisiona, tengo que salir de aquí y respirar aire puro —Viggo hizo ademán de moverse, pero Ingrid lo agarró con firmeza por la muñeca.

—Quieto donde estás. Saldremos cuando recibamos la señal y no antes. Respira hondo por la nariz y cálmate.

Viggo apretó la mandíbula. Sus ojos buscaban una salida, pero su muñeca le indicaba que no podría ir a ningún lado. Comenzó a respirar por la nariz e intentó relajarse. Sudaba de manera copiosa.

Una piedra cayó cerca de la salida en el exterior. La escucharon golpear la roca. A esta siguió una segunda y una tercera.

—Es la señal —indicó Abon Aleasor.

—¡Por fin! —Viggo ya se movía.

Los guerreros comenzaron a tirar de cuerdas que con ayuda de poleas movieron la gran roca que taponaba la salida. Cuando estuvo abierta, Abon Aleasor envió a tres de ellos a inspeccionar la zona. Aguardaron hasta que confirmaron que estaba despejado. Todos salieron en silencio y, siguiendo a Abon Aleasor, subieron por varias laderas rocosas para luego descender por otras. Era mediodía y el sol achicharraba. Viggo iba mirando hacia él, dejando que sus rayos le alcanzaran de pleno en el rostro. Sonreía de oreja a oreja y respiraba el aire ardiente del desierto.

—¡Por fin! Aire, luz, libertad… —masculló entre dientes.

Avanzaron hasta llegar a la Perla y se detuvieron a unos cien pasos a observar, agazapados.

—Parece despejado —observó Ingrid.

—Un momento —indicó Abon Aleasor.

Vio a un guerrero aparecer al sur y levantó la jabalina sobre la cabeza. Luego desapareció.

—Está despejado. El dragón ha ido hacia el mar.

—Perfecto. Nos toca —dijo Ingrid a los suyos.

Llegaron corriendo a la Perla.

—Te toca, Camu. Haz tu magia —pidió Ingrid.

«Yo abrir portal».

—Adelante. Es vuestro turno —indicó Ingrid a Abon Aleasor.

—Daré la señal a mi hermano —dijo y alzó su espada sobre la cabeza.

De entre las rocas apareció Aibin seguido por dos docenas de guerreros que portaban una larguísima tela enrollada. Avanzaron hacia la Perla mientras Camu enviaba las pulsaciones rítmicas y el proceso de apertura del portal comenzó.

—Tómate esto —dijo Viggo a Ingrid y le dio una poción de Annika.

—Gracias —Ingrid se la bebió sin dubitación alguna.

—No hace lo suficiente todavía, pero ayuda. Acortará el tiempo que estemos fuera de

combate en el otro lado.

—¿Y el dragón del Refugio?

—Con un poco de suerte y el camuflaje de Camu conseguiremos pasar sin que nos detecte. Abrir el portal es un riesgo enorme —dijo señalando a Camu—, pero salir por el otro lado es mucho más asequible. El dragón atacará los alrededores de la Perla, pero como no verá a Camu podremos escabullirnos. Loke estará allí y nos ayudará.

—De acuerdo.

«Primer anillo comenzar a formar» avisó Camu.

—Aibin, ¡ahora! —dijo Ingrid.

—Muy bien. —Aibin hizo una señal a sus guerreros, que habían estado desenrollando la gran tela. Frente a la Perla, cubriéndola por completo y elevándose más de treinta varas, levantaron un mural descomunal sujeto con largas varas que los guerreros mantenían.

—Más a la derecha —indicó Ingrid y se situó frente al enorme mural.

Aibin lo indicó a los guerreros y así lo hicieron.

—Que se gire el extremo izquierdo un poco —volvió a indicar Ingrid.

Así lo hicieron los guerreros.

Ingrid se quedó mirando el mural frente a la Perla. Detrás, Camu estaba abriendo el portal, pero no se le veía pues la tela tapaba todo. Desde la distancia, desde el mar, solo se vería un paisaje que tenía dibujadas montañas. Una representación casi exacta del entorno que cubría.

—Ha quedado impresionante. Parecen las propias montañas, no se distingue para nada —dijo Viggo retrasándose unos pasos para ver el efecto.

—Esa era la idea de Aibin, y funciona.

«Segunda esfera abierta» avisó Camu.

—¿Hay rastro del dragón? —preguntó Ingrid a Aibin.

—No, todo tranquilo. Sigue en el mar.

—Entonces no ha visto el portal.

—De momento, no —confirmó Aibin, que se comunicaba con sus vigías por señas que iban pasando unos a otros hacia y desde el sur.

—Hay que prepararse para partir —dijo Ingrid a Viggo.

—Puffff… mi parte favorita…

—Calla y súbete a Camu.

Los dos se subieron y Aibin y Abon Aleasor los ataron con cuerdas mientras Camu terminaba de abrir el portal.

«Tercera esfera abierta» avisó Camu.

Casi al mismo tiempo llegó el aviso de los vigías.

—¡Ya viene! —exclamó Aibin.

—¡Marchad! —dijo Abon Aleasor.

«Todos dentro portal» envió Camu.

Ona cogió a Argi por la nuca con su boca como si fuera una cría suya y siguió a Camu, que comenzó a subir a la Perla. Ona dio un saltó tremendo y, apoyándose en el cuerpo de Camu, volvió a saltar y se posó sobre la Perla. Esperó a Camu y a sus dos jinetes.

«Nosotros marchar» envió Camu.

Aibin y Abon Aleasor ordenaron a sus guerreros dejar caer el mural y buscar refugio. Todos echaron a correr entre las rocas rojas. Un momento después llegaba el dragón y rociaba la Perla de fuego líquido, pero los Desher Tumaini ya habían desaparecido entre las grietas de las montañas de sangre.

Egil recibió a Ingrid, Viggo, Camu, Ona y Argi con una sonrisa cuando llegaron del Refugio. Astrid y Lasgol estaban con Egil y el encuentro fue a puerta cerrada para que tuvieran más intimidad. Solo ellos estaban en la sala del trono.

—Lo habéis conseguido. ¡Cuánto me alegro! —lo saludó Egil, que se bajó del trono a darles un abrazo a todos.

—¡Claro que lo hemos conseguido! Yo estaba en la misión, ¡cómo no vamos a conseguirlo! —respondió Viggo con su habitual autoconfianza.

«No ser tan fácil»

—Eso estaba imaginándome yo —dijo Lasgol y se acercó a saludar a sus amigos lleno de alegría por verlos de nuevo.

Astrid se agachó a acariciar a Ona y Argi, que recibieron las caricias encantados.

—Viggo, cuéntamelo todo —pidió Egil.

—Mejor me siento, porque tengo para rato…

—Me han dicho que casi no lo cuentas en Irinel —dijo Egil.

Ingrid lo miró con ojos de sorpresa y preocupación.

—Me has dicho que no fue más que un rasguño. ¿No me habrás mentido?

—¿Yo? ¡Nunca! Fue un rasguño.

—¿Y lo de casi morirte? —exigió saber Ingrid.

—El rasguño… fue venenoso.

—¡Viggo! —Ingrid no podía creerlo.

—Cosas que pasan… pero teníamos a Valeria, que consiguió el antídoto de una druida muy poco habladora.

—No me lo puedo creer. ¡Y no me has contado nada! —Ingrid estaba furiosa.

—Para no preocuparte… ¡Si ya ha pasado! No hay nada que se pueda hacer.

—¡Eres de lo que no hay!

—Déjame contarlo todo y luego cuentas lo del desierto —sonrió Viggo como si fuera un niño travieso.

Ingrid consiguió calmarse y Viggo relató todo lo sucedido en la misión de Irinel. Luego ella narró lo acontecido en el desierto.

—Valeria y el equipo hicieron una tremenda labor —dedujo Egil.

—Estuvieron impresionantes. La rubia coqueta la que más, le debo la vida —reconoció Viggo—. Eso no lo olvidaré.

—Yo tampoco —aseguró Egil.

—Ni yo —se unió Ingrid.

—Habéis arriesgado para regresar… —dijo Egil.

—El dragón no iba a abandonar la Perla. Son de ideas fijas —dijo Viggo—. Y yo no podía estar más tiempo bajo tierra.

«Bajo roca roja».

—Es lo mismo.

—Aibin tuvo una muy buena idea y la aprovechamos. En el Refugio hay un dragón, pero no consiguió localizarnos. Loke nos sacó de allí —explicó Ingrid.

—Es demasiado arriesgado tener que andar así. Debemos acabar con esos dragones que vigilan las Perlas.

—¿Tenemos ya los guantes? —preguntó Viggo.

—Los tenemos —asintió Egil—. Enduald los está terminando de fabricar.

—¡Es estupendo! —se animó Ingrid.

—Tenemos que probarlos con un lagartijo —Viggo estaba encantado.

—Y lo haremos, pronto. Ahora id a descansar. Os reuniré cuando esté todo preparado y emprenderemos la siguiente misión.

—¿Matar a Dergha-Sho-Blaska? —preguntó Viggo.

—Matar a Dergha-Sho-Blaska —confirmó Egil.

Capítulo 33

Lasgol visualizó la frase del conjuro de protección en su mente. Todas y cada una de las palabras que la formaban. Según lo hacía, intentó grabarlas en su cabeza, como si lo hiciera con un hierro candente. Las palabras fueron tomando vida, volviéndose de color verde y ganando en relieve según pronunciaba la frase de poder en voz alta.

—¿Qué hace? —preguntó Astrid en un susurro a Camu cuando entró por la puerta de la elegante estancia real.

Estaban en la zona de las habitaciones de la reina, en el gran estudio. Camu ahora vivía en aquella parte del castillo, que solo estaba vigilada en su acceso por el pasillo principal. Todas las habitaciones de la reina estaban sin vigilancia por orden de Egil y eran ahora domino de Camu.

«Memorizar conjuro» envió Camu junto con un sentimiento de gran interés.

—¿Qué conjuro? —Astrid observó a Lasgol entonando una frase como si estuviera recitando una poesía. Una frase en un lenguaje extraño, lejano y pasado.

«Tú ver. Esperar».

Astrid se sentó sobre la mesa de trabajo del estudio y observó a Lasgol al fondo de la estancia, junto a la gran ventana con cristales de colores. Terminó de entonar la extraña frase y, tras un momento, hizo un claro gesto de frustración.

—Vaya, creo que no lo ha conseguido…

«Tranquila, ahora fallar poco».

—¿Antes fallaba más?

«Mucho fallos».

Astrid hizo un gesto de que eso no era bueno.

—Pobre Lasgol…

«No preocupar. Ser siempre así con magia».

—Pero lo conseguirá, ¿verdad?

«Sí, pero todavía fallar más. Ser así».

—Vale, pues paciencia entonces.

«Magia muy paciencia».

—La verdad es que no sé cómo lo hacéis. Yo me desesperaría.

«Tú conseguir también si tener Don. Tú buena en todo».

—Oh… gracias, Camu —Astrid le lanzó un beso.

«Yo también fallando. Estar descansando».

—¿Has estado intentando crear algún conjuro o habilidad?

«Sí, yo querer crear Comunicación Lejana».

—¿Ya tienes el nombre de la habilidad? Pensaba que se lo poníais después de crearla.

«Esta vez yo saber seguro qué habilidad querer».

—Ah, ya entiendo. ¿Y cómo va a funcionar esta Comunicación Lejana?

«Yo comunicar con Misha».

—Misha está en el Continente Helado. Eso está muy, pero que muy lejos.

«Por eso Comunicación Lejana».

—Por supuesto, ¡qué cabeza la mía! —sonrió Astrid, el nombre le pareció muy correcto para lo que pretendía—. Misha nos dijo que se pondría en contacto con nosotros. Quizá no necesites

desarrollar la habilidad.

«Misha tardar mucho. Igual no poder».

Astrid lo sopesó.

—Creo que tienes razón. Ya debería haber contactado, es extraño. Sabemos que puede comunicarse con Asrael a bastante distancia en el Continente Helado, pero que se comunique contigo aquí… lo veo muy complicado.

«Por eso yo crear habilidad».

—Buena idea. Necesitamos saber qué está pasando allí. Nos ayudará a combatir al dragón inmortal y a sus dragones menores.

«Yo siempre buena idea. Yo mucho listo».

—Y además eres muy guapo, no lo olvides —le guiñó un ojo Astrid.

«Mucho, mucho guapo, sí» envió Camu convencido.

Astrid rio.

Lasgol continuó conjurando y volvió a fallar. No abrió los ojos. Continuó concentrado y con determinación. Aquel era un conjuro importante que tenía que memorizar. No quería tener que volver con Rangvald y explicarle que no había podido hacerlo. Por desgracia, una cosa era conseguir lanzar un conjuro desde un tomo y otra muy diferente repetirlo múltiples veces hasta memorizarlo. Cuando le sucedían estas cosas siempre pensaba que la magia era realmente difícil y frustrante. Luego se acordaba de los beneficios que obtenía de ella y se le pasaba. Además, aquello no solo le ocurría a él, también a Camu, y seguramente a todos los que tenían el Don.

—¿Te gustan tus nuevas habitaciones? —preguntó Astrid a Camu.

«Yo mucho a gusto. Sentir como rey».

—Más bien como reina en esta parte del castillo.

«Rey o reina, yo mucho importante».

—En efecto, solo un rey o una reina puede tener toda esta ala del castillo para su disfrute personal.

«Yo contento. No guardias ni gente. Solo amigos».

—Sí, es toda una ventaja. Además, tienes unas cuantas habitaciones para ti. Y que las habitaciones sean todas tan grandes es otra ventaja.

«Grande bueno. Yo ocupar sitio».

—Ya, de eso nos damos cuenta.

«Yo dormir habitación diferente cada noche».

—¿Y eso?

«Yo oír Egil decir ser bueno por asesinos».

—Eso es cierto, pero nadie va a venir a asesinarte a esta parte del castillo. ¿Quién iba a querer asesinarte?

«Y también divertido» sonrió Camu.

Astrid se dio cuenta de que le había tomado el pelo y rio.

—¿Desde cuándo sabes tú hacer esto?

«Yo aprender todos días. Cosas buenas y divertidas».

—Ya lo estoy viendo.

Lasgol por fin consiguió lanzar el conjuro y el gran roble de protección se formó a su alrededor.

«Esta vez no fallar».

—Pero… ¿qué es ese árbol que se ha conjurado encima? —Astrid miraba pasmada el nuevo conjuro protector de Lasgol.

«Protección antimagia».

—Eso es un árbol, ¿cómo lo va a proteger de la magia?

«¿Querer ver?».

—Depende de lo que vayas a hacer…

«No peligro. Divertido».

Astrid resopló.

—Cuando dices divertido me preocupo.

«No preocupar. Tú ver».

Ajeno a ellos, Lasgol continuó conjurando. Debía repetir el conjuro hasta caer extenuado y con el ritmo de fallos que llevaba le iba a costar siete días seguidos de intentos vaciar su lago de energía.

El siguiente intento también consiguió conjurarlo y se sintió aliviado. Parecía que cogía ritmo, así que se dispuso a hacerlo una nueva vez para concatenar tres seguidas, eso sería muy bueno.

Camu se acercó hasta Lasgol, que seguía concentrado con los ojos cerrados. Abrió la boca e invocó Aliento Helado. Una bocanada de aliento gélido salió de su boca directo hacia el guardabosques.

—¡No! —Astrid se llevó las manos a la cabeza.

Al contacto del aliento con el tronco del árbol, la parte superior de este con todas sus ramas y hojas descendió hasta el suelo envolviendo a Lasgol en una esfera de boscaje protector. El aliento de Camu no pudo penetrar en la protección que Lasgol había creado.

Lasgol se percató de que su protección estaba siendo dañada y abrió los ojos.

—¿Qué… haces, Camu?

«Yo enseñar conjuro nuevo Astrid» envió y dejó de proyectar su aliento sobre Lasgol.

—Es increíble. El Aliento Helado de Camu no ha penetrado ese… árbol que te rodea… —Astrid miraba con ojos enormes.

Lasgol asintió.

—Es una esfera antimagia, pero con base de Magia de Naturaleza. Se representa como un árbol que me protege de la magia exterior —explicó Lasgol.

—Es… increíble… e impresionante.

«Mucho bueno» Camu se puso a hacer el baile de la alegría flexionando sus cuatro patas y moviendo la cola y la cabeza.

Astrid rio y Lasgol puso los ojos en blanco.

«Bailar todos».

—Camu, tengo que memorizar el conjuro, deja de interrumpirme. Bastante me cuesta de por sí como para que además me entorpezcas.

—Ha sido culpa mía —Astrid se acercó hasta Lasgol y le acarició el cabello—. He preguntado por el conjuro y Camu ha querido hacerme una demostración.

Lasgol se relajó nada más sentir la caricia de Astrid.

—Perdonad. Estoy un poco frustrado porque no consigo memorizarlo y es un conjuro muy importante.

—¿Porque te protege de la magia enemiga?

—Sí, eso es —asintió Lasgol.

—En ese caso te dejo trabajar tranquilo —dijo ella y le dio un beso tierno y amoroso.

—Bueno, puedo hacer un descanso… para besos…

—De eso nada. Sigue con el conjuro hasta que lo memorices —le respondió y le dio un

cachete en el trasero.

Lasgol sonrió.

—Está bien, seguiré con ello. Pero cuando lo memorice iré a por mí premio.

—Y tu premio te estará esperando —dijo Astrid con una sonrisa pícara.

—Me pongo ahora mismo a ello.

—Hasta luego, chicos —se despidió Astrid y salió de la estancia.

Lasgol miró a Camu, que seguía con su baile de la alegría.

«¿Quieres dejar de bailar? Tenemos mucho que hacer».

«Tú aguafiestas. Bailar bueno para espíritu».

«Mira, en eso tienes razón. Si consigues desarrollar Comunicación Lejana me pongo a bailar contigo».

«Ser trato. Yo conseguir, tú ver».

Los dos amigos continuaron con sus intentos. Iba a ser un día y una noche de lo más largos para ambos.

Capítulo 34

Lasgol y Camu estaban en el gran estudio de la reina de Norghana, en el castillo. Para el resto de la corte los aposentos de la reina estaban vacantes, sin embargo, las Panteras sabían que ahora aquellas estancias estaban ocupadas por Camu. Las compartía con Ona y Argi, que habían estado jugando al escondite y ahora estaban descansando sobre una alfombra de piel de oso blanco. Al verlos sobre esa alfombra Lasgol sintió que la preocupación por ambos le asaltaba. Sin embargo, ellos estaban tan tranquillos al calorcito de la piel del oso al que habían arrancado la piel para vestir aquella estancia. Eso la pantera y el cachorro de lobo gigante no lo percibían. Se alegró de que así fuera porque la piel de pantera de las nieves era muy preciada y un motivo de preocupación añadido para él.

Lasgol estaba realizando su tabla precombate, a la que estaba añadiendo el nuevo y poderoso conjuro que ya había conseguido memorizar y al que había denominado Árbol Protector. Toda la tabla la realizaba con rapidez, pero cuando llegaba a la nueva habilidad le costaba invocarla y eso era un problema. En combate no podría permitirse el lujo de que la habilidad tardara en manifestarse, debía surgir en cuanto él la llamara o estaría en serios problemas. Sobre todo, porque era una habilidad de protección y eso significaba que si la utilizaba era porque necesitaba defenderse de magia enemiga.

Al otro lado de la estancia Camu estaba concentrado. Seguía empeñado en desarrollar la habilidad que había denominado Comunicación Lejana. Por ahora sin suerte, pero como era tan obstinado, seguía intentándolo sin rendirse. No había podido trabajar en ello durante un tiempo por las diferentes aventuras en las que había estado envuelto y ahora que tenía un momento de tranquilidad, no lo desperdiciaba. No hacía nada que había vuelto y se había puesto con ello de inmediato. Cuando algo se le metía en la cabeza seguía hasta conseguirlo o fracasar del todo.

«¿Qué tal te va?» preguntó Lasgol, que había parado a descansar un poco.

«Bien. Todavía no conseguir».

«Entonces no tan bien, ¿no?».

«Yo conseguir. Por eso bien».

«Entendido. Como estás convencido de que lo vas a conseguir, todo está bien, aunque te esté yendo mal».

«Tú complicar cosas. Yo bien. Yo conseguir».

Lasgol sonrió.

«Me encanta tu forma de ver las cosas. Simplista y optimista al mismo tiempo. Deberías crear una corriente filosófica o alguna hermandad. Seguro que te seguiría mucha gente».

«Yo listo y poderoso. Muchos seguirme. Seguro».

Lasgol asintió varias veces.

«No tengo duda de que te seguirían miles de personas. Es más, se te ha olvidado mencionar la encantadora personalidad que derrochas».

«Y mucho guapo también».

Lasgol soltó una carcajada.

«Tenía que haber empezado por ahí».

«Tú broma. Pero todo verdad».

«Si no digo que no sea cierto. Igual está un poco exagerado, pero bueno…».

«No exagerado. Yo saber».

Lasgol sonrió. Camu era una criatura de lo más especial en todos los sentidos.

Los dos continuaron trabajando en su magia. Era arduo y frustrante, pero así era el camino de la magia, No había atajos, había que poner el trabajo pues las habilidades y conjuros no se desarrollaban solos.

Estaba empezando a caer la noche y Lasgol había conseguido mejorar algo el tiempo de invocación. O dicho de otra manera, reducir el tiempo que le llevaba conjurar su protección. Todavía estaba lejos de conseguir reducirlo al mínimo y que fuera casi inmediato, pero había mejorado un poco y con eso se tendría que conformar por ese día. Por fortuna había muchos días más y si seguía trabajando duro, cada día conseguiría mejorar un poco hasta poder hacerlo casi con solo pensarlo, de forma instantánea. O ese era su deseo y objetivo. Le iba a llevar tiempo y mucho trabajo, eso también lo sabía.

Estaba pensando cuánto tendría que mejorar por semana cuando Camu destelló con un brillante color plateado. Al primer destello siguió uno mayor todavía. Lasgol no quiso preguntarle qué sucedía para no desconcentrarlo. ¿Había conseguido desarrollar la habilidad? A testarudo no le ganaba nadie, era capaz de haberlo hecho.

Frente a Camu apareció un punto de luz brillante. Lasgol se sorprendió y prestó toda su atención. Ona y Argi también atendían con miradas fijas en el punto de luz. Lasgol les hizo un gesto para que permanecieran en silencio. Como aquello podía ser importante decidió recogerlo en el marcador de recuerdos. Sacó la joya que llevaba colgando del cuello y concentrándose comenzó a captar el momento. Si resultaba que no era nada, siempre podía descartarlo. Ahora dominaba bien el uso de la joya de su madre y no le costaba demasiado captar y desechar momentos.

Camu seguía con los ojos cerrados. El punto de luz comenzó a crecer, no en intensidad, sino en área. Se expandía desde su centro donde se había materializado. Lasgol se fijó en que había un hilo de energía que surgía de la mente de Camu e iba hasta el vértice del área luminosa que se estaba formando. Eso indicaba que su amigo estaba usando su poder para crear aquella extraña luz. Daba la impresión de ser un prisma de cinco puntas de luz plateada y blanca. Era ciertamente bonito y encandilaba.

El prisma de luz terminó de formarse. Ocupaba el espacio de una persona y no cesaba de moverse extendiendo y retrayendo los cinco haces lumínicos. De pronto, destelló en blanco y un mensaje surgió de su interior.

«Camu, ¿eres tú?» llegó una voz proveniente de la estrella de luz.

Lasgol no tuvo ninguna duda de su origen, era inconfundible.

Camu abrió los ojos, aunque seguía enviando energía por aquel hilo.

«Sí, Misha. Ser Camu».

«¿Cómo has logrado contactar?» llegó el mensaje junto a un sentimiento de gran sorpresa.

«Yo Drakoniano Superior. Yo poderoso» envió Camu como si por ese motivo pudiera lograr cualquier cosa.

«Es impresionante, incluso para un Drakoniano Superior».

«Yo intentar mucho. Conseguir».

«Un logro fantástico, estoy muy orgullosa de ti».

«Yo contento».

«¿Estás bien? ¿Estáis todos bien?».

«Yo mucho bien. Ona, Argi, Lasgol bien. Conmigo».

«Misha, soy Lasgol. ¿Te llega mi mensaje?».

«Sí, Misha, te escucho» pronunció Lasgol con su mente.

Hubo un momento de silencio.

«Ella no recibir tu mensaje» envió Camu a Lasgol.

«Curioso, yo capto los suyos».

«Yo enviarte suyos».

«Ah, entonces solo tú puedes hablar con ella por medio de la habilidad».

«Sí, comunicación solo entre mí y Misha».

«De acuerdo. Pregúntale cómo está la situación allí y si sabe algo de lo que le sucedió a Gerd. Quizá Asrael vio algo o sabe algo».

«Yo preguntar».

«Muy bien. También necesitamos información sobre Dergha-Sho-Blaska».

«Misha. ¿Saber qué pasar a Gerd? ¿Tener información?» preguntó Camu directo a lo que más le importaba.

«Asrael presenció lo que os sucedió desde la caverna de Drokose, donde se escondió. Vio cómo Dergha-Sho-Blaska atrapaba a Gerd».

«¿Gerd muerto?» preguntó Camu con un sentimiento de enorme temor.

«El dragón inmortal se lo llevó. No lo mató. No allí mismo según lo que Asrael vio».

«¿No muerto?» los ojos de Camu se abrieron mucho y envió un sentimiento de gran esperanza con el mensaje.

«Eso no puedo asegurártelo, pequeño. Solo puedo decirte lo que Asrael me contó. Dergha-Sho-Blaska lo atrapó y se lo llevó volando. Asrael no vio que lo matara».

«¡Entonces no muerto!».

«Eso es mucho suponer. Una cosa es que no lo matara allí mismo y otra que no lo hiciera más tarde. Los dragones sabes cómo son… No está en su alma perdonar ni dejar enemigos con vida».

«Yo saber. Ser despiadados. Pero Gerd poder estar no muerto».

«No te quiero quitar la ilusión, pequeño, pero las posibilidades de que esté con vida son muy pocas».

«Pero hay una posibilidad. Con eso nos basta» envió Lasgol a Camu, que también estaba contentísimo con la noticia. Era cierto lo que Misha decía. Las probabilidades de que siguiera con vida eran mínimas, pero se tenían que aferrar a eso.

«Nosotros encontrar a Gerd y liberarlo» afirmó Camu convencido.

«Siempre has tenido corazón noble, alma guerrera y carácter decidido. Un día serás un Drakoniano Superior imparable, un líder entre los Drakonianos» auguró Misha.

«Pregúntale si sabe dónde pueden estar Gerd o Dergha-Sho-Blaska» envió Lasgol a Camu.

«¿Tú saber dónde Dragón inmortal o Gerd?».

«Me temo que no. Asrael creía que estarían en el Valle del Sosiego, en la Perla, pero no es así. Se marcharon de allí y no han regresado. Asrael tiene las dos entradas del valle vigiladas».

«Eso es extraño. Yo también pensaba que Dergha-Sho-Blaska usaría la gran Perla para abrir el portal a su mundo. Me pregunto por qué será» comentó Lasgol pensativo.

«¿Saber por qué?» preguntó Camu a Misha.

«No, pero Asrael cree que se debe a que esa Perla, pese a que es muy grande, no generaría un portal suficiente como para comunicar con el mundo de Dergha-Sho-Blaska».

«¿Necesita una Perla aún mayor?» Lasgol se sorprendió con aquello.

«Esa es la única explicación lógica que encuentra Asrael y le ha estado dando muchas vueltas al asunto».

«¿Saber dónde Perla más grande?».

«Asrael está buscando a Dergha-Sho-Blaska y la Perla. Ha enviado grupos de exploradores por todo el Continente Helado. El problema es que este continente, como bien sabes, es muy grande y nuestro enemigo y los suyos se ocultan. Operan en secreto y eso dificulta mucho dar con ellos. Asrael es muy consciente del grave problema al que nos enfrentamos. Si los dragones regresan significará muerte y destrucción para todos, incluidos los pueblos del Continente Helado. Más que eso, serán los primeros en morir pues aparecerán aquí».

«Pregúntale si Izotza ha captado el poder del dragón inmortal».

Camu así lo hizo.

«La Señora de los Glaciares también lo intenta. Busca rastros del poder de Dergha-Sho-Blaska, pero de momento no ha encontrado nada. Te aseguro, pequeño, y díselo a todos ahí, que tanto Asrael como Izotza hacen cuanto pueden por dar con él».

«Lasgol aquí. Escucharte. Yo proyectar».

«Hola, Lasgol. ¿Verdad que nuestro pequeño Camu es una maravilla? Mira qué habilidad ha desarrollado, ¡es impresionante!».

«Lo es, y mucho» envió Lasgol y Camu se lo transmitió a Misha.

«¿Quieres que le comunique algún mensaje a Asrael?».

«Sí, por favor. Dile que siga intentando localizar al dragón inmortal. Debemos encontrarlo y detenerlo. Ya tenemos las armas casi listas y podremos luchar contra él. Mi intención es ir allí y encontrar las tres o cuatro Estrellas Glaciales que faltan. Con ellas y las armas doradas podremos derrotarle».

«Se lo diré».

«También necesitamos saber si Izotza ha localizado las cuatro estrellas. Las necesitamos. Debemos tenerlas antes de enfrentarnos a Dergha-Sho-Blaska y sus dragones».

«Lo último que sé es que la Señora de los Glaciares había localizado dos estrellas y estaba cerca de localizar las dos últimas».

«¡Esas son excelentes noticias!».

«Pediré a Asrael que hable con Izotza, pero teniendo dos ya localizadas, podrías ponerte en marcha. Una cosa es tenerlas localizadas y otra conseguirlas».

«Tienes toda la razón, Misha».

«Soy vieja, no muy sabía, pero sí experimentada».

«Eres majestuosa y encantadora, aparte de saber mucho».

«Gracias, aprecio un buen cumplido de vez en cuando».

«¿Sabes si hay dragones vigilando la Perla del Continente Helado?».

«Por desgracia los hay. Cuando el dragón inmortal se marchó con Gerd, dejó a dos de sus dragones en el Valle del Sosiego. Siguen allí, vigilando la Perla».

«Lo imaginaba. Está controlando todas las Perlas de Tremia para que no interfiramos con sus planes».

«Es un dragón milenario, muy inteligente y experimentado. También de los más despiadados. Tened mucho cuidado, no dudará en mataros a todos. No conoce la clemencia».

«Lo sabemos y también que no se detendrá ante nada para conseguir lo que se ha propuesto. Eso es lo que más me preocupa».

«Me comunicaré con Asrael y le transmitiré todo lo que hemos hablado. Dadme unos días y contactadme de nuevo. Tendré más noticias».

«Muy bien. Nos alegramos de que estéis bien».

«Y yo de que vosotros también».

El prisma de luz comenzó a destellar y poco a poco se fue apagando hasta desaparecer.

«Eso ha sido estupendo» felicitó Lasgol muy orgulloso de Camu.

«Yo decir. Conseguir».

«Y lo has logrado. Has desarrollado la habilidad Comunicación Lejana».

«Yo mucho poderoso».

«Bastante poderoso, sí».

«Ahora pagar apuesta».

«¿Qué apuesta?».

«No disimular y pagar apuesta».

Lasgol resopló y luego sonrió.

«De acuerdo. Hacemos el baile de la alegría».

«¡Baile de la alegría todos!».

Camu se puso a bailar moviendo cola y cabeza y flexionando sus cuatro patas. Lasgol intentó imitarle moviendo el trasero y subiendo y bajando. Ona y Argi se unieron a la celebración y los cuatro bailaron llenos de alegría.

Astrid entró en la estancia y los encontró así. No pudo más que reír.

—De verdad que hay veces que pienso que sufro alucinaciones —comentó mientras soltaba una gran carcajada.

Camu, Lasgol, Ona y Argi continuaron bailando. Los momentos de alegría eran cada vez más escasos así que cuando uno se daba, había que disfrutarlo al máximo.

Capítulo 35

Astrid y Lasgol se apresuraron a buscar a Egil para narrarle la conversación con Misha. Fueron recibidos en la sala del trono, lugar que rara vez abandonaba el nuevo rey si no era para dormir. Cuando lo hacía, Raner y Ellington en persona lo acompañaban junto con una docena de Guardabosques y Guardias Reales que luego quedaban apostados a la puerta de los dormitorios. Camu se quedó con Ona y Argi en las estancias de la reina, su nuevo mundo les encantaba y tenían mucho por disfrutar.

—Lo que Misha os ha revelado son muy buenas noticias —dijo Egil con una sonrisa tímida en su boca—. Nos da esperanza. Gerd puede haber sobrevivido. Esto me levanta el alma y me da fuerzas para seguir tomando decisiones difíciles.

—Nos ha alegrado mucho a todos —aseguró Astrid, que gesticulaba de forma positiva.

—Estoy convencido de que volveremos a ver a Gerd con vida —afirmó Lasgol.

Egil resopló y su cara mostró una pizca de alivio.

—Las noticias sobre Nilsa también son algo mejores. Edwina ha conseguido estabilizarla y ha accedido a quedarse cuidándola en la laguna de curación de los Desher Tumaini. Quiere asegurarse de que no vuelve a empeorar.

Astrid resopló y su alivio se vio reflejado en su rostro.

—Sí, son excelentes noticias.

—¿Cuánto tiempo cree Edwina que le llevará sanar a Nilsa? —preguntó Lasgol temiendo la respuesta.

Egil suspiró.

—No lo sabe, pero intuye que será mucho tiempo. Estaciones, quizá hasta años…

—Oh… —Lasgol no esperaba que el proceso fuera tan largo. Edwina era una sanadora muy experimentada y con sobrado poder. Si necesitaba de tanto tiempo, además de la ayuda de la laguna de curación, era porque las heridas eran muy graves.

—Lo importante es que se recupere, el tiempo que lleve es secundario —expresó Astrid—. Hay que ver el lado bueno de la situación.

—Cierto, Edwina se va a volver a sacrificar por nosotros. Su rey y amigo no olvidará esto —aseguró Egil.

—Nadie lo hará —dijo Astrid.

—Quedaos un momento. Tengo una reunión con los nobles del oeste y quiero que estéis presentes. Se hablarán de temas importantes y puede que seáis de ayuda.

—Será un placer —dijo Astrid.

—Por supuesto —asintió Lasgol.

Los nobles no tardaron en llegar. Egil ordenó que toda la Guardia Real saliera, así como los Guardabosques reales. Cuando las puertas de la sala del trono se cerraron, Egil comenzó la reunión.

—Bienvenidos, amigos y aliados.

—Es un honor estar en presencia del rey del oeste y de Norghana —saludó el duque Erikson, y se arrodilló.

—Un rey noble y con honor, un digno representante del oeste —saludó el duque Svensen, que también se arrodilló ante el rey en el trono. Con él estaba Lars Berge, primo de Egil, que también hincó rodilla.

—Mis respetos, primo y rey de Norghana.

—Me alegra verte, primo —saludó Egil.

Astrid y Lasgol se miraron. Ambos sabían por lo que Egil les había contado que su primo podría intentar hacerse con la corona y que era por ello un personaje incierto y de riesgo. De hecho, cuando Egil se había negado a ayudar con el intento de asesinato del entonces rey Thoran, algunos de los nobles del oeste habían dejado caer comentarios al respecto para forzar su mano. Por ello Egil lo vigilaba, a él y a quienes lo apoyaban, pues un día Lars podría clavarle un cuchillo en la espalda.

—Al servicio de su Majestad —dijo el conde Malason arrodillándose.

Los condes Bjorn y Axel, y Harald clavaron la rodilla y bajaron la cabeza en signo de respeto.

Egil observó la lealtad de sus nobles y asintió.

—Levantaos, mis señores del oeste.

—Mi rey, los nobles os presentan sus respetos —dijo Erikson.

—Os lo agradezco. Sin el oeste no estaría sentado en este trono. ¿Qué nuevas me traéis? ¿Cómo está mi pueblo?

—Se recupera y crece bajo el excelente mandato del rey Egil —dijo Svensen.

—Las gentes del oeste están felices con vuestra Majestad y el trato que tiene con ellas —afirmó Erikson.

—Si la cosecha es buena este año, y parece que lo va a ser, será un año para recordar —expresó el conde Malason.

—Intento que mis súbditos tengan buena vida. Eso me hace ir a dormir sereno y con la conciencia tranquila —se sinceró Egil.

—Podemos asegurar a nuestro rey que lo consigue —confirmó Bjorn.

—Los nobles pronto viviremos peor que nuestros labriegos —expresó Harald.

—Sí, muy pronto, por los pocos impuestos que les ponemos y lo vacíos que están nuestros cofres —se quejó Axel.

—Para que todos seamos algo más felices debemos repartir parte de la riqueza. De lo contrario no conseguiremos que los menos favorecidos tengan mejor vida —explicó Egil.

—No nos importa recaudar menos —dijo Erikson—. Pero habrá que tener en cuenta que, en caso de que la corona necesite oro, los nobles del oeste no vamos a tenerlo. Los últimos gastos, sobre todo para contentar al ejército, nos han dejado con las arcas vacías.

—Lo sé —asintió Egil.

—Dar oro al ejército, que es mayoritariamente del este, lo veo un error —criticó Lars.

—Es muy peligroso cuando los soldados no reciben sus pagas. Una revuelta en el ejército habría sido muy difícil de controlar. Ha costado oro pero ahora están tranquilos, que es algo fundamental para poder gobernar —explicó Egil.

—Estarán tranquilos hasta el invierno y volverán a pedir más oro. Dárselo es desperdiciarlo. Si se revuelven, se les cuelga y problema solucionado —respondió Lars.

—Eso podríamos hacerlo si tuviéramos el control de la situación del reino, y todavía no es el caso. Además, a los generales no les gusta lo más mínimo cunado se cuelga a sus soldados. Es mejor tenerlos tranquilos.

Lars se encogió de hombros.

—Tú eres el rey, primo. Sabes qué es mejor.

Egil asintió.

—Sé cuánto os habéis sacrificado y que vuestras arcas están casi vacías. Soy consciente, pero no os preocupéis. Tengo un cargamento de oro en camino. Uno muy importante. Podré sufragar los costos por un tiempo y no os pediré más a vosotros.

—Si lo tuviéramos vuestro sería —dijo Erikson.

—Es solo que no lo tenemos —hizo un gesto Svensen.

—Gracias por todo el apoyo —reiteró Egil.

—¿Los del este también pagan? —preguntó Bjorn.

Egil sonrió levemente.

—Los del este pagan tanto como los del oeste. Lo hacen con protestas e intentan engañar a su rey diciéndole que no tienen lo que su rey sabe que tienen. Lo cual es un tanto ridículo, por la sencilla razón de que tienen más oro que el oeste. Pero por mucho que lo nieguen y lo oculten, yo encuentro su oro. Y pagan tanto como vosotros, mis queridos nobles del oeste. Y pagarán más, pues más tienen. He creado un grupo especial de espías solo con este propósito. Sin oro no se puede hacer prosperar a un reino ni librarlo de sus enemigos.

—No teníamos ninguna duda de que el rey sería justo —dijo Malasan mirando a Bjorn con gesto de decepción.

—Yo también pensaba que el rey sería justo, solo quería asegurarme —se defendió Bjorn.

—El oro duele cuando desaparece del arca —sonrió Axel—. Crea dudas…

—Es normal que las tengáis, pero si vosotros tenéis dudas, imaginaos los del este —dijo Egil —. Ellos creen que les saqueo para repartirlo con vosotros.

—Me gustaría ver sus caras de frustración —expresó Harald.

—Frustración e ira —añadió Svensen.

—Sí, están rabiosos, pero es lo esperado. Han perdido, lo saben y eso les tiene llenos de rabia y temor. Que yo les exija oro, lo consideran un agravio. Tampoco me creerían si les dijera que también os lo exijo a vosotros —Egil se encogió de hombros.

—Nuestro rey es demasiado benévolo con los nobles del este —dijo Svensen.

—En cadenas deberían ir todos —dijo Lars—. Solo quieren vernos muertos y con alguien de ellos en el trono de Norghana.

—No digo que no tengan esas intenciones, pero no podemos ponerles cadenas. Debemos evitar más hostilidades de las necesarias. No es el momento. Más adelante, cuando tengamos mejor controlado el reino y los nobles hayan perdido parte de su poder e influencia, podremos presionar.

—Pero intentan matarte… Intentarán matarme a mí si descubren quién soy en realidad…

—No conseguirán matarme y a ti no te descubrirán. Solo los que estamos aquí sabemos que eres mi primo. Los demás piensan que estás muerto. Eres joven y es normal que te precipites, pero te aseguro que el riesgo ahora mismo está controlado tanto para mí como para ti.

Lars lo pensó mejor.

—Mi primo es el rey. Tiene la experiencia y el trono y respeto sus decisiones.

—Te honra —dijo Egil asintiendo.

Astrid le lanzó una mirada a Lasgol. Ambos sabían que allí no había confianza.

—Hay rumores, Majestad… —comenzó a decir Svensen.

—Rumores siempre hay. ¿Sobre qué en particular que te preocupen?

—Que los nobles del este, liderados por el conde Volgren, están intentando liberar a Thoran y su hermano Orten.

—Es algo que ya sabíamos que iba a ocurrir de la misma forma que vosotros intentaríais liberarme a mí si estuviera preso —respondió Egil con tranquilidad.

—Sí, pero es alta traición pues persiguen colocar a Thoran de nuevo en el trono —afirmó Svensen.

—No solo el conde Volgren, también los duques Uldritch y Oslevan. ¡Habría que ajusticiarlos a todos! —dijo Bjorn.

—¿Tenéis pruebas que sean irrefutables de esas traiciones?

—Pruebas irrefutables como tal… no… Pero hay contactos con Zangria. Eso sí podemos probarlo —dijo Erikson.

—Para preguntar por la salud de los dos hermanos encarcelados —argumentó Egil—. Eso es lo que responderían los nobles del este. No es alta traición interesarse por nobles amigos.

—Pero sabemos que es para intentar liberarlos —reiteró Svensen.

—Una cosa es saberlo y otra poder probarlo. Si los arresto sin pruebas el este se me echará encima. Y no solo los nobles, también el pueblo. Eso sería muy contraproducente ahora que estoy comenzando a ganar su aprobación. Además, si los cuelgo sin pruebas el pueblo nunca me lo perdonará. Lo recordarán durante generaciones y no tendremos más que alzamientos y guerras civiles. Y eso es algo que pienso evitar a toda costa.

—Thoran nos colgaría a todos si estuviera en sus manos —opinó Svensen.

Egil suspiró y lo razonó.

—No lo creo. De estar en mi situación estoy seguro de que actuaría de la misma manera. Colgar nobles es muy mala política. El resto de los nobles del oeste y todo el pueblo se le echarían encima. Ya pudo hacerlo cuando perdimos la guerra civil y no lo hizo. Recordadlo.

—Yo tengo mis dudas —dijo Erikson—. Por eso debemos extremar precauciones y asegurarnos de que Zangria no los libera.

—Zangria no los va a liberar —aseguró Egil—. Acabo de tener una audiencia con el general Zorberg, que ha viajado hasta aquí en secreto, y me ha asegurado que el rey Caron de Zangria no tiene la más mínima intención de liberarlos. Es más, el rey y sus generales están disfrutando de tener a Thoran y a su hermano presos. Los odian tanto como vosotros. Además, hemos firmado un tratado de amistad y colaboración entre Norghana y Zangria y mientras lo respetemos no liberarán a Thoran y Orten.

—Ese tratado sangra al reino —afirmó el conde Malason.

—En efecto, es un chantaje que de momento pago gustoso —explicó Egil—. Con estos pagos que debo realizar Caron se asegura de que no nos volvamos demasiado poderosos demasiado rápido y una amenaza para él. Así que, desde mi punto de vista, los pagos tienen una finalidad doble: mantener a Thoran y Orten encerrados y a Zangria pensando en Erenal en lugar de Norghana. No nos invadirá mientras paguemos, lo cual es algo que por el momento debemos hacer. No podemos permitirnos la amenaza de una Zangria que quiera anexionarnos.

—Es un juego peligroso. Pueden atacar más adelante —razonó Erikson.

—Cierto, pero la cuestión ahora es ganar tiempo y fortalecernos. Buscar nuevos aliados que nos ayuden contra reinos agresivos como Zangria o Irinel en estos momentos —explicó Egil abriendo los brazos.

—¿Quiénes son esos nuevos aliados? —preguntó Svensen.

Egil sonrió.

—Los enemigos de nuestros enemigos.

—¿Que son…? —preguntó Harald.

—De Zangria, Erenal. Por desgracia nos hemos enemistado con Erenal, por lo que de

momento tenemos que buscar algún otro aliado. Estoy trabajando en acuerdos con el Imperio Noceano y el reino de Rogdon.

—Los noceanos son muy traicioneros y ambiciosos. Quizá sean un peligro más que un aliado —opinó Malason.

—Sí, hay que tener mucho cuidado con ellos, pero tanto Zangria como Erenal les temen, así que eso nos viene bien.

—Mi apuesta sería por Rogdon. Los de azul y plata son altivos y tienen la cabeza cuadrada, pero son respetables —comentó Erikson.

—Sí, pero son rivales nuestros —apuntó Svensen.

—Lo eran, hace tiempo que no estamos en guerra con ellos y las relaciones son ahora tranquilas —explicó Egil.

—Sí, Rogdon podría ser un buen aliado —asintió Malason.

—Luego tenemos el reino de Moontian, con el que tengo un acuerdo por el cual controlamos a Irinel.

—¿Es su reina Niria de fiar? —preguntó Svensen.

—¿Qué rey o reina es de fiar en Tremia? —preguntó Egil con tono irónico.

—Nuestro rey lo es —afirmó Harald.

—No creáis. Llegado el momento haré lo que sea mejor para el reino y eso puede requerir un poco de traición.

—Así es el juego de la política y así suben y caen los reinos y sus monarcas —se encogió de hombros Erikson.

—Estoy trabajando para afianzar relaciones con reinos que nos permitan sobrevivir a la larga. Para ello es importante no enemistar a Zangria e intentar llegar a una paz con Erenal —afirmó Egil.

—No creo que nos la concedan siendo aliados de Zangria —conjeturó Svensen.

Egil asintió.

—Será complicado, pero mientras no ataquemos, podremos llegar a entendimientos.

—Mientras el rey refuerza lazos con reinos extranjeros, el enemigo interno está moviéndose para afianzar su poder —dijo Bjorn.

—¿A qué te refieres?

—Los tres ejércitos. Los nobles del este están intentando que se alcen contra el rey.

—No lo harán mientras Thoran esté preso. No tienen un líder al que seguir. Los generales son inteligentes y no seguirán a un noble del este que no tenga linaje real.

—Podría ser al revés, que los generales buscaran el apoyo de los nobles del este —conjeturó Axel.

—Eso tiene más lógica —convino Egil—. Sin embargo, no creo que Rangulself se preste a eso, y es el general con más renombre. A Olagson no creo que le interese ser rey. Odir sí podría intentarlo, es imprevisible y de temperamento irascible. Tiene un carácter volcánico. Pero lo tengo vigilado y de momento no ha hecho ningún movimiento sospechoso. Además, me he asegurado de que los soldados estén bien pagados y alimentados, así que estarán tranquilos. De momento, el ejército está bien controlado.

—Aquí todos cobran menos nosotros —bromeó Harald.

Egil no pudo evitar sonreír.

—Vosotros sois leales, os puedo maltratar un poco.

Los nobles del oeste rieron y comenzaron a comentar entre ellos la suerte que tenían.

—El otro problema importante sobre el que queríamos llamar la atención de nuestro rey es el

de los intentos de acabar con su vida —continuó Erikson.

—¿Habéis averiguado algo más? —quiso saber Egil.

—La pista del tirador termina en el este de Norghana. No hemos podido probar que ningún noble lo contratara, pero sabemos que fueron ellos —afirmó Svensen.

—¿Cómo lo sabemos? —preguntó Egil.

—Se ha identificado al tirador en la ciudad de Bilboson. Se reunió en El Hurón Charlatán, una taberna de la zona baja, con dos hombres que luego aparecieron muertos en el río —explicó Erikson.

—¿Alguna conexión con algún noble del este?

—No, que hayamos encontrado —negó con la cabeza Malason.

—Si todos están muertos nadie hablará. No tenemos más pistas que seguir por ese lado y sin pruebas no puedo acusar a un noble del este —Egil hizo un gesto de que lo sentía.

—Del brujo tampoco tenemos buenas noticias. Se perdió su pista en Zangria —informó Erikson.

—No creo que Canon lo enviara —negó con la cabeza Egil.

—No, por lo que descubrimos es de alguna de las ciudades estado del este —explicó Svensen.

—Eso no es concretar mucho. Las ciudades estado comercian con bienes, servicios y vidas. Puede ser un mercenario. De hecho, es lo más probable —razonó Egil —. Eso quiere decir que lo puede haber contratado cualquiera.

—Sí, eso pensamos nosotros también —reconoció Svensen.

—En ese caso, estamos en un punto muerto de la investigación. Aunque como el brujo sigue con vida, y es muy bueno como ya demostró, volverá a intentar matarme —concluyó Egil.

—Majestad, ¡no será capaz! —expresó Erikson alarmado.

—No osará… —dijo Axel con expresión de contrariedad.

—Sí que lo hará, porque no ha concluido su contrato y los asesinos a sueldo que no cumplen con su contrato no viven mucho tiempo —explicó Egil—. ¿No es así, Astrid?

—Así suele ser, sí —intervino ella—. Quien quiera que lo haya enviado querrá que se cumpla lo pactado. Sobre todo, habiendo tanto riesgo de por medio. Es un contrato para un regicidio, así que habrá mucho oro en juego y muchas vidas también. Solo puede terminar con él cumplido o con la muerte del asesino.

—Hay que evitarlo como sea —afirmó Svensen.

—Nuestro rey debe redoblar su protección —sugirió Bjorn.

—Mi protección es suficiente. Lo que debemos hacer es encontrar al brujo asesino. No andará muy lejos preparándose para intentarlo de nuevo —replicó Egil.

—¿Estará ya aquí, en Norghana? —preguntó Malason con expresión preocupada.

Egil miró a Astrid, que era la que más sabía sobre asesinar a alguien.

—Todavía no. Lo más probable es que se encuentre en un reino cercano. Zangria casi seguro, ya que Rogdon está muy lejos. Preparará el intento desde allí y cruzará la frontera cuando lo vaya a hacer.

—Podemos aumentar la vigilancia en la frontera —sugirió Erikson.

—Es un asesino, conseguirá entrar —aseguró Astrid.

—Entonces ¿qué podemos hacer? —preguntó Svensen.

Egil miró a Lasgol.

—¿Qué opinas tú, Lasgol?

—Que para llegar hasta el rey tendrá que llegar hasta aquí. No lo veo viable mientras el rey

esté dentro del castillo y protegido por su guardia y los Guardabosques Reales.

Egil asintió.

—Opino lo mismo. De momento no veo necesidad de trasladarme fuera del castillo. Aquí estoy a salvo y rodeado de personal de confianza. Podéis estar tranquilos.

—En ese caso, debemos intentar localizar al brujo en Zangria —opinó Erikson.

—Esa es una buena idea. Si lo localizamos lo podremos neutralizar antes de que intente matarlo de nuevo —convino Astrid.

—Nos encargaremos de obtener información y localizarlo —afirmó Svensen—. De lograrlo informaremos a su Majestad antes de actuar.

—Estoy de acuerdo. Buscad al brujo en Zangria, pero no intentéis matarlo. Es muy escurridizo y si vuelve a escapar nos costará encontrarlo —dijo Egil.

—Tenemos a varios informantes en Zangria, conseguiremos la información —dijo Svensen.

—Y mantendremos los ojos y oídos abiertos por si los nobles del este intentan algo, sea asesinato o rebelión —dijo Erikson.

—Informadme de inmediato si descubrís algo sospechoso.

—Así será —aseguraron los nobles.

Continuaron hablando un rato más para comentar unos temas menores, administrativos y de logística y finalmente los nobles partieron.

—¿Crees que encontrarán al brujo? —preguntó Lasgol.

—Es posible, sí.

—Si lo hacen yo me encargaré de él —afirmó Astrid.

—Te lo agradezco —sonrió Egil.

—Es trabajo para mí. Eliminaré esa amenaza.

Lasgol supo que Astrid lo haría, pero se preocupó. Se trataba de un brujo mercenario, por lo que sería muy peligroso, quizá demasiado.

Capítulo 36

Lasgol pidió a Camu que intentara comunicarse directamente con Asrael. La criatura probó durante días, pero por alguna razón no fue capaz de lograrlo. Siendo lo cabezota que era, le dijo a Lasgol que seguiría insistiendo hasta conseguirlo. Lasgol no quiso llevarle la contraria, porque tampoco iba servir de nada. Además, empezaba a sospechar que el motivo por el que Camu había logrado comunicarse con Misha y no con Asrael no era solo porque eran criaturas del hielo, sino porque había un vínculo especial entre ellos. Por esta misma razón Misha era capaz de comunicarse con Asrael.

Esa idea lo dejó pensativo. Entre él y Camu había un vínculo. ¿Podrían entonces comunicarse a grandes distancias por medio de aquella habilidad? Ahora no podían probarla, pero estaba seguro de que se presentaría la oportunidad con todos los líos en los que siempre andaban metidos. ¿Y si Camu no conseguía comunicarse con él? ¿Eso significaba que su vínculo no era fuerte? Él quería a Camu muchísimo, como si fuera su hermano pequeño, así que el vínculo entre ellos tenía que ser fuerte. Uno de amor y respeto fraternal.

Lasgol se dio cuenta de que estaba pensando cosas negativas sin ningún motivo para ello. ¿Por qué no iba a funcionar Comunicación Lejana entre los dos? Pensar que algo no iba a salir antes de probarlo no tenía sentido. Tendrían que intentarlo y ver qué sucedía. Lo demás eran temores e inseguridades. Funcionaría, seguro, y les ayudaría a estar en contacto siempre, aunque estuvieran a cientos de leguas de distancia.

Lasgol estaba explicando esta teoría a Egil en la sala del trono.

—Interesante. Sí, puede que tengas razón —dijo Egil.

—Es lo único que se me ocurre.

—Tenéis que probarlo —dijo Egil—. Cabalga hacia el norte un par de leguas, mejor tres, y a ver si Camu desde el castillo es capaz de comunicarse contigo con el prisma.

—Lo intentaremos esta misma tarde —dijo Lasgol con tono de alegría.

—No sabes cómo os envidio… —reconoció Egil.

—¿Envidiarnos? Pero si tú eres rey, ¿cómo vas a envidiar a nadie? ¡Eres el rey de Norghana!

Egil asintió varias veces, pero su expresión era alicaída.

—Sí, lo soy… No me entiendas mal. Estoy orgulloso de haber llegado hasta aquí. Más por mi familia que por mí, en realidad, pero orgulloso de todos modos. He devuelto el trono a los Olafstone y eso es algo que no tiene precio y de lo que estoy muy feliz. Mi padre y mis hermanos no murieron en vano. El honor de mi familia ha sido repuesto. Eso me enorgullece y es lo que más valoro de ser rey.

—Te entiendo. Has logrado devolver el título real a tu casa. Eso es muy impresionante y valioso.

—Pero echo de menos estar con vosotros e ir de aventuras. Los experimentos, los estudios, la magia… ¡todo! — confesó Egil.

—Sí, estar todo el día en la sala del trono dirigiendo Norghana, planeando y resolviendo situaciones, maniobrando la política, atendiendo las necesidades del pueblo, escuchando a nobles y magistrados es… bastante lóbrego.

—Quizá tú pudieras sentarte en el trono unos días para que yo me escape un rato con Camu y Ona.

Lasgol sonrió. En aquel momento reconoció a su amigo, el joven Egil que llegó con él al Campamento lleno de expectativas en la vida, con ganas de descubrirlo todo. El Egil que últimamente veían era el rey, serio, preocupado y tomando decisiones difíciles todos los días.

—No creo que podamos hacer eso a menos que uno de los dos sea un Cambiaformas o que alguien hechice la sala del trono para que quien entre en ella no se dé cuenta del cambiazo.

—Me gusta la segunda sugerencia, pero creo que a los Magos de Hielo no se les da bien eso de hechizar a la gente. Ellos son más de matar haciendo que le caiga a alguien una estalagmita de hielo encima —bromeó Egil.

—Me alegra verte sonreír.

—No lo hago mucho últimamente, ¿verdad?

Lasgol negó con la cabeza.

—Ya ni nos acordamos de cómo es tu sonrisa.

—Es el peso de la corona, el precio que uno paga por sentarse en el trono. Es una gran responsabilidad. Miles de vidas dependen de las decisiones que yo tome. Me cuesta dormir por las noches. Siempre estoy pensando si estoy haciendo lo correcto.

—Lo estás, no te preocupes por eso. Tienes que aprender a relajarte un poco, de lo contrario terminarás apagado y triste, enterrado bajo el peso descomunal de ese trono —aconsejó Lasgol.

—No creas que no lo intento, pero la responsabilidad me puede. De todas formas, teniendo amigos se lleva mucho mejor —sonrió Egil.

—Busca algo de tiempo y únete a nosotros en las habitaciones de la reina. Te vendrá muy bien relajarte, aunque sea solo un rato. Camu, Ona y Argi estarán encantados de verte.

—Lo haré, sí. Me vendrá muy bien —respondió él.

De pronto se abrieron las puertas de la sala y Raner entró corriendo.

—Algo malo sucede —comentó Egil al ver a Raner acercarse a la carrera por el pasillo entre los Guardias Reales, que no dijeron nada, pero lo seguían con la mirada.

—Sí, Raner no es de los que entra a la carrera y menos en la sala del trono —se preocupó Lasgol.

El Guardabosques Primero llegó hasta el trono y se arrodilló.

—Majestad, debéis venir de inmediato.

—¿Qué sucede?

—Es Gondabar, nuestro líder se nos va. Ha pedido veros antes de morir, Majestad.

—Oh, no —Egil se puso en pie de un salto.

—Llévame con él.

—Está en sus aposentos en la torre de los Guardabosques.

—Vamos —dijo Egil a Lasgol y le hizo un gesto para que fuera con él.

Los tres salieron corriendo de la sala del trono seguidos de los Guardias Reales y una docena de Guardabosques Reales. Llegaron hasta la torre y entraron a la carrera. Subieron por la gran escalera de caracol hasta las estancias de Gondabar. Fuera del estudio, tres de sus ayudantes aguardaban con ojos húmedos y aspecto de hondo pesar. Entraron en la estancia y fueron hasta el dormitorio, donde encontraron a Gondabar postrado en la cama. Su aspecto era demacrado y completamente consumido. Con él estaban Sigrid y Annika.

—¿Cómo está? —preguntó Egil con tono de preocupación.

Sigrid negó con la cabeza.

—Ha llegado el momento de su viaje final al reino de los Dioses de Hielo.

Egil se arrodilló junto a la cama y cogió la mano de Gondabar, que tenía la mirada perdida en unos ojos muy hundidos.

—¿No hay nada que se pueda hacer?

—Lo lamento, mi rey, pero no. Llevamos días intentando que no se nos vaya, pero su momento ha llegado —dijo Annika con expresión de gran pena.

—¿Ha llegado su momento o ha habido juego sucio? —preguntó Egil enarcando una ceja.

—Es su momento de partir —aseguró Annika.

Egil miró a Sigrid.

—Su espíritu aguanta, pero su cuerpo ya no puede más. Es la ley de la madre naturaleza. Nos llega a todos.

Egil asintió.

—Gondabar, soy Egil, ¿me escuchas? —dijo.

Gondabar miraba a un punto fijo al fondo de la habitación y no parecía ver ni oír nada.

—Tiene algún momento lúcido, pero la mayor parte del tiempo está así —explicó Annika.

—Qué pena… —se le escapó a Lasgol.

—Ha empeorado mucho muy rápido —dijo Raner—. Hace solo dos días estábamos repasando listas de tareas para los Guardabosques Reales.

—Cuando llega la llamada de los Dioses de Hielo da igual cómo de ocupado esté uno —dijo Sigrid.

—Su cuerpo ha cedido, ya no podía más —explicó Annika—. Ni mis más potentes pociones han conseguido nada.

—¿Y si traemos a Edwina de vuelta? —preguntó Egil.

Sigrid y Annika negaron con la cabeza.

—Ella tampoco podría hacer nada llegado este momento, como tampoco han podido los cirujanos reales —dijo Annika.

Egil asintió.

—¡Cuánto lamento que tengas que partir! —dijo a Gondabar.

El anciano líder de los Guardabosques pareció reconocer la voz de Egil. Giró la cabeza y lo miró a los ojos.

—Majestad…

—Sí, Gondabar, soy yo.

—Siempre he servido con lealtad y honor… a los Guardabosques, al reino…

—Lo sé. Has sido un pilar del cuerpo de Guardabosques y un líder ejemplar.

—He dedicado… mi vida… al sendero… a los Guardabosques…

—Y todos recordaremos siempre tu entrega y sacrificio.

—Espero que no me olviden… ahora que parto…

—Me encargaré de que nunca seas olvidado. Las generaciones venideras de Guardabosques sabrán de tu buena labor a lo largo de todos tus años de servicio.

—Siempre quise lo mejor para los Guardabosques… son lo mejor de Norghana…

—Lo son y te agradecemos en el alma todo lo que has hecho —dijo Egil con los ojos húmedos y aguantando una lágrima.

—Los reyes vienen y van, pero los Guardabosques siempre permanecen para defenderles…

—Como debe ser —dijo Egil.

—Me alegro de terminar mi deber al servicio de un buen rey…

—Gracias, Gondabar. Viniendo de ti es un gran cumplido.

—Quisiera… pedir algo a mi rey…

—Por supuesto, lo que desees.

—Quisiera ser enterrado… en el Robledal Sagrado… en el Campamento. Quiero descansar

con los primeros Guardabosques y velar desde allí por todos vosotros… una vez marche al reino de los Dioses de Hielo.

—Tu rey te lo concede.

Gondabar sonrió. Por un instante su macilenta cara cogió algo de color.

—Lo hice lo mejor que pude… mi rey…

—Lo hiciste de forma magistral. Has sido un líder sabio, honorable, honrado, cauteloso y muy respetado por todos. Los que aquí estamos así lo creemos —dijo Egil e hizo un gesto al grupo.

Annika, Sigrid, Lasgol y Raner asintieron secundando sus palabras.

—Gracias… Vuestro respeto me llena el alma de júbilo… —dijo mirando a todos uno por uno. Luego su rostro se apagó, sus ojos se cerraron y el cuerpo cedió.

Exhaló su último aliento.

Todos bajaron la cabeza mostrando su respeto ante el líder de los Guardabosques. Por un largo momento nadie dijo nada. Lasgol miraba a Gondabar recordando momentos que habían compartido y las difíciles decisiones que el líder había tenido que tomar. Recordó lo bien que se había portado siempre con las Panteras y el apoyo que siempre les había prestado.

Egil se puso en pie con expresión decaída.

—Esta es una gran pérdida. Un momento triste para todos los Guardabosques y para el reino.

—Los buenos líderes, entregados, honorables y sacrificados, son muy difíciles de encontrar —asintió Sigrid—. Sí, es una gran pérdida para todos nosotros. Lo echaré muchísimo de menos. Su consejo y liderato siempre han sido excepcionales.

—Un gran hombre. Te extrañaremos mucho —expresó Annika secándose las lágrimas de los ojos.

—Una pérdida irreparable que nos deja sin liderato —dijo Raner que también tenía aspecto de estar muy afectado.

Egil asintió.

—Eso no nos lo podemos permitir. Cuando cayó el Refugio y murió Engla pensé en restructurar los rangos, pero había demasiadas cosas urgentes que atender. Ahora, con la muerte de Gondabar, no queda más remedio que hacerlo.

—¿Qué quiere hacer nuestro rey? —preguntó Sigrid.

—Tendremos un Gran Consejo. Debemos restructurar los rangos de los Guardabosques.

—Así se hará. Lo convocaré —asintió Raner.

Egil miró a Sigrid y Annika que asintieron. Por último, dirigió una mirada a Lasgol, que suspiró y asintió.

—Iremos al Robledal Sagrado. Allí honraremos a Gondabar y celebraremos el Gran Consejo —declaró Egil.

Capítulo 37

Astrid, Ingrid, Viggo, Lasgol, Ona, Argi y Camu en estado camuflado entraron en el Robledal Sagrado. Aquel lugar en el Campamento representaba no solo el lugar de nacimiento de los Guardabosques, sino también su corazón y alma. A medida que se adentraban, la cálida luz parecía crear una neblina agradable que transmitía el poder místico que aquel lugar emanaba. Los robles centenarios salvaguardaban el espíritu de los Guardabosques que allí dormirían por toda la eternidad.

—Este lugar siempre me transmite paz —dijo Astrid.

—A mí también, se respira serenidad —convino Ingrid.

—A mí me pone de los nervios. ¿Por qué tengo siempre la impresión de que va a aparecer un espíritu detrás de un árbol? —dijo Viggo.

—Porque hay muchos Guardabosques enterrados aquí —dijo Astrid.

—Es un lugar mágico y de respeto —añadió Lasgol.

«A mí gustar. Sentir poder».

Ona himpló una vez. Argi intentaba morder los rayos de luz que se colaban entre los robles sin conseguirlo.

Llegaron al centro y vieron a los líderes de los Guardabosques frente al majestuoso e inmenso árbol que presidía aquel lugar. Un ente regio como ningún otro: el Roble Sagrado, el guardián sagrado del bosque.

Dolbarar presidia el funeral. Junto a él estaban Egil, Sigrid, Raner y los Maestros Especialistas: Annika, Ivar y Gisli. También estaban los Guardabosques Mayores: Ivana, Sylvia, Esben y Haakon.

Todos los Guardabosques Reales estaban presentes y formaban tras el gran roble. Las Águilas Reales habían sido invitadas y se situaron a la izquierda del Roble Sagrado. A la derecha había otros invitados, todos relacionados con los Guardabosques como Endualdo o Brenda, la Bruja Blanca.

Frente al Robledal Sagrado habían enterrado a Gondabar, como correspondía a un líder de los Guardabosques. Su tumba estaba recubierta de flores.

—Es un lugar sagrado para nosotros pues aquí nacimos y aquí moriremos algún día.

Dolbarar saludó con la cabeza a las Panteras y comenzó con el funeral.

—Hoy despedimos a un líder insigne. Una persona buena, recta y honorable que entregó su vida y alma a los Guardabosques. Nos dirigió con brazo firme y mente clara. Afrontó retos y peligros enormes, y siempre nos sacó adelante. Gracias a su esfuerzo y entrega hoy somos más fuertes y estamos más preparados para afrontar los retos del futuro. Un hombre que hizo mucho por los Guardabosques y el reino, una gran persona y amigo. Hoy lloramos su pérdida.

Dolbarar guardó un momento de silencio y los Guardabosques Reales entonaron a una la oda al líder caído. Mientras cantaban con voz solemne bajaron al cabeza y recordaron al gran hombre que durante tanto tiempo había dirigido a los Guardabosques.

Dolbarar continuó con ojos húmedos.

—Aquellos que caen con honor son enterrados aquí, en el Robledal Sagrado. Así está escrito en el Sendero del Guardabosques y así lo honramos —proclamó mostrando el tomo.

Se hizo un silencio. Los presentes observaban la tumba del líder.

—Os cedo la palabra a aquellos que queráis despedir a nuestro querido líder —dijo Dolbarar, visiblemente afectado por la pérdida.

Sigrid dio un paso al frente.

—Adiós, mi amigo, mentor, líder e inspiración durante tantos años. Vivimos tiempos buenos, difíciles y malos, pero siempre supiste llevarnos por el buen sendero, el del Guardabosques, con honor y dignidad. Hoy despedimos a un hombre de una valía inmensa que tanto hizo por los Guardabosques y al que todos debemos mucho. Adiós, gran líder, que tu descanso final sea feliz, pues es bien merecido.

Tras Sigrid fue el turno de Raner y uno por uno todos los líderes se despidieron de Gondabar. Todos elogiaron su carácter, su trabajo y su honradez, dejando patente lo querido y respetado que era.

—Es momento de honrar a un gran líder —proclamó Dolbarar.

El líder del Campamento clavó la rodilla con dificultad ante la tumba de Gondabar y todos los presentes siguieron su ejemplo. Los Guardabosques Reales entonaron con voz profunda una balada melódica agridulce, una oda a los caídos que ensalzaba a los fallecidos y les deseaba una vida próspera en el helado reino eterno de los Dioses de Hielo junto a sus antepasados y seres queridos. Al finalizar todos se pusieron en pie y saludaron con respeto.

Dolbarar ofreció el tomo de los líderes para que todos los presentes pudieran dedicar unas frases al capítulo dedicado a la vida y logros de Gondabar. Por un largo rato se escribieron dedicatorias que para siempre quedarían recogidas en aquel libro. Los hechos contarían una cosa, pero las dedicatorias de quienes lo conocieron agrandarían su leyenda.

El funeral terminó con nuevas odas de camaradería y despedida. Fue muy emotivo y todos recordaron y honraron a un gran amigo que lo había dado todo por los Guardabosques.

Al finalizar el funeral, Egil habló.

—Debido a la muerte de Gondabar y a los eventos acontecidos en el Refugio y las pérdidas sufridas, es momento de celebrar un Gran Consejo y restablecer el orden entre los rangos de los Guardabosques. Es por ello que como Rey de Norghana he pedido que haya un Gran Consejo de los Guardabosques.

—Es un buen momento y un lugar apropiado —asintió Dolbarar.

El sol se movió y la sombra del gran roble se proyectó a su espalda. Dolbarar señaló la sombra.

—El Gran Roble Sagrado nos cede su sombra para que nos situemos como nos corresponde en el escalafón de nuestro cuerpo de Guardabosques —afirmó Dolbarar—. Majestad, por favor —pidió y señaló la parte superior del árbol.

Egil, inclinando la cabeza, se situó en la copa. El líder de los Guardabosques, puesto vacante que debían asignar, debía situarse bajo Egil en la parte más alta de las ramas y hojas del gran roble. Dejaron el hueco vacío. Raner, el Guardabosques Primero, fue el siguiente en colocarse también en la parte alta del ramaje, bajo el hueco dejado por el líder fallecido.

A continuación, le tocó a Sigrid que, como Madre Especialista, se situó bajo Raner. Bajo ella se situaron los cuatro Especialistas Mayores: Annika, Ivar y Gisli, con un hueco por la muerte de Engla.

Dolbarar se situó en medio del tronco del gran roble proyectado en el suelo y los Guardabosques Mayores, Ivana, Sylvia, Haakon, y Esben, lo hicieron debajo de él.

En las raíces del árbol se situaron Angus, que dirigió el Campamento durante un tiempo; Enduald, Mago de Encantamientos; Brenda, la Bruja Blanca; y otras personas que pertenecían al Consejo pero que las Panteras no conocían.

Los Guardabosque Reales se situaron en un semicírculo detrás de Egil, fuera de la sombra del árbol. Las Panteras observaban desde donde estaban.

—Damos comienzo al Gran Consejo —anunció Dolbarar, que ejercía de maestro de ceremonias, y golpeó el suelo con su larga vara engravada—. El Rey ha llamado a reunión al Gran Consejo para restructurar la cadena de mando y llenar las dos posiciones de liderazgo que han quedado vacantes. Todos conocemos lo sucedido en el Refugio y la terrible pérdida que sufrimos con la muerte de Engla. Hoy, además, hemos enterrado a nuestro querido líder. Estas dos posiciones están ahora vacantes y deben ser cubiertas para que los rangos de los Guardabosques funcionen como deben.

—La cadena de mando y las posiciones de liderazgo son cruciales para que cualquier organización militar funcione, y más una de élite como es la de los Guardabosques —intervino Egil—. Mi intención hoy aquí no es imponer mi criterio, sino elegir líderes con el consenso de todos los que formáis el Consejo.

Los presentes asintieron y alabaron la buena voluntad del Rey, que podía, si así lo quería, nombrar a dedo a quien deseara en cualquier puesto, e incluso destituir cargos vigentes. Tal era la prerrogativa del Rey de Norghana en lo referente a los Guardabosques.

—Si a su Majestad le parece bien, podemos empezar por elegir al sustituto de la Maestra Especialista de Pericia.

Egil asintió.

—Elijamos al sustituto de la incomparable Engla.

—En cuanto a esto, tenemos una última voluntad —afirmó Sigrid.

Todos la miraron.

—¿Última voluntad? —preguntó Dolbarar.

Sigrid asintió.

—Engla ya tenía elegido a su sustituto por si ocurría lo que ocurrió. En su habitación en el Refugio, entre sus cosas, encontramos su voluntad a este respecto firmada por ella misma. Yo puedo atestiguar que es su letra y firma —dijo y acercándose a Dolbarar le entregó el escrito.

—Muy bien lo leeré —dijo Dolbarar.

“En el caso de que muera, caiga herida de gravedad o enferme y no esté en disposición de seguir con mi cargo de Maestra Especialista de Pericia en el Refugio, propongo como mi sustituto a Haakon Rapp. Firmado Engla Holgen”.

—Conocemos la opinión de la persona más cualificada para opinar sobre quién debería ocupar el cargo —dijo Sigrid—. ¿Qué opinan los líderes?

—Lo primero que debemos saber es si Haakon presenta su candidatura al puesto —dijo Dolbarar.

Haakon se irguió.

—La presento. Siempre ha sido mi deseo llegar a un día a Maestro Especialista de Pericia. Así se lo hice saber a Engla.

—Ese quiere llegar hasta arriba del todo —murmuró Viggo a sus amigos.

—Es el más preparado para el puesto —replicó Ingrid en un susurro.

—Yo lo haría mucho mejor —afirmó Viggo tan tranquilo.

«Tú no saber enseñar».

—¿Qué tiene eso de difícil?

—Hay que estudiar mucho para poder enseñar —dijo Lasgol.

—El puesto supone una gran responsabilidad, es responsabilidad de quien asuma el cargo la formación de Especialistas —continuó Dolbarar—. Haakon tiene experiencia como

Guardabosques Mayor de Pericia y ha realizado una gran labor durante todos estos años. Yo apoyo su candidatura, aunque sea una gran pérdida para los Guardabosques que se forman en el Campamento.

—Tampoco es tanta pérdida —opinó por lo bajo Viggo.

—Calla, Merluzo. Ya sabemos que no te cae bien.

—Ni mí, ni a Lasgol, ni a Nilsa. Si ella estuviera aquí diría lo mismo.

—Es verdad que a mí nunca me terminó de caer bien —reconoció Lasgol.

—Es un buen maestro y muy bueno en Pericia.

—Yo soy mej… —empezó a decir Viggo e Ingrid le dio un codazo para que callara.

Egil habló con voz firme.

—Si nadie se opone al candidato, se aceptará su candidatura, puesto que es avalada por Engla y Dolbarar.

Todos los miembros del Consejo guardaron silencio.

—Decidido queda. Haakon será el nuevo Maestro Especialista de Pericia —proclamó Dolbarar con un golpe de su cayado.

Los otros miembros del Consejo aplaudieron y felicitaron a Haakon, que lo agradeció con su habitual semblante arisco.

—Ascender a Haakon nos crea sin embargo un pequeño problema —dijo Dolbarar—. Necesito un sustituto para él.

Egil asintió.

—Debemos encontrarle sustituto, sí.

—¿Preferencias? ¿Alguien tiene candidatos que desee presentar? —preguntó Dolbarar.

—Aquí tenemos a dos de los mejores Asesinos del reino —dijo Sigrid y miró a Astrid y Viggo.

—Cierto, dos muy buenos posibles sustitutos —asintió Dolbarar.

—El mejor sustituto soy yo —dijo Viggo—, pero no quiero el puesto. No es lo mío, yo soy un hombre de acción. Formar no es para mí. Igual a Astrid le interesa.

—Sería un honor ocupar el puesto y es una aspiración que reconozco ostentar —confesó Astrid—, pero no ahora. Todavía tengo mucho que ver y hacer antes de dedicarme a formar.

—Las Panteras no pueden acceder a puestos de liderazgo ahora mismo —dijo Egil—. Los necesito conmigo para hacer frente a los retos que tenemos por delante.

—En ese caso necesitamos candidatos —dijo Dolbarar.

—Entre los Guardabosques Reales tenemos un asesino que podría optar al puesto, Moltarson, pero teniendo en cuanta cómo están las cosas tampoco lo veo viable —dijo Raner.

—Siempre podemos llamar al Cuervo Blanco —dijo de pronto Brenda.

—Está retirado y vive en las montañas como un huraño —dijo Sigrid.

—Yo lo visito de vez en cuando y la última vez que lo hice hablamos largo y tendido. Creo que podría interesarle regresar e instruir.

—Eso sería estupendo, es un asesino formidable y con muchísima experiencia —afirmó Dolbarar.

—No perdemos nada por proponérselo —dijo Sigrid.

—Decidido queda. Se propondrá a Artes, el Cuervo Blanco, para el puesto —sentenció Dolbarar.

—Ahora tenemos que decidir quién liderará a los Guardabosques en estos tiempos tan difíciles.

—Presento mi candidatura —se ofreció Sigrid con seguridad y aplomó.

Dolbarar la miró y asintió.

—En mi opinión, para dirigir a los Guardabosques se requiere sobre todo de experiencia y conocimiento, tanto en el complejo mundo que vivimos, como en la propia vida. Y Sigrid tiene de sobra.

Egil se pronunció.

—Estoy de acuerdo con Dolbarar. Necesitamos experiencia, sabiduría y liderazgo para dirigir a los Guardabosques. Sigrid es la más adecuada para la posición.

—¿Alguien se opone o quiere presentar otro candidato? —preguntó Dolbarar.

Todos estaban de acuerdo, incluidos las Panteras.

—Tuyo es el puesto y la responsabilidad —dijo Dolbarar a Sigrid.

—Lo acepto —asintió ella y todos aplaudieron y felicitaron.

—Nuevamente tenemos una posición libre que debemos llenar —dijo Dolbarar—. ¿Quién liderará el Refugio y a los Especialistas?

—Los candidatos más adecuados para reemplazarme sois Raner y tú, Dolbarar —dijo Sigrid.

Dolbarar asintió.

—Yo he de declinar el ofrecimiento. Desde mi envenenamiento mis facultades físicas no son las que eran. Tengo más de lo que puedo gestionar en el Campamento. Una nueva posición a mi edad y estado físicos serían demasiado. Pero agradezco el honor.

Sigrid asintió.

—La salud es lo primero.

—Raner, ¿aceptas la promoción? —preguntó Egil.

—Majestad, serviré allí donde me lo pidáis.

—Eres la mejor opción y es un puesto clave que ha de ser ocupado por alguien de gran valía.

—Me honráis, Majestad —dijo Raner claramente agradecido.

—¿Asumes la responsabilidad? —preguntó Sigrid.

—Acepto el puesto y la responsabilidad muy honrado y agradecido.

—Te lo mereces —dijo Sigrid.

Las felicitaciones volvieron a llenar la sombra del gran roble.

—Y por último —dijo Dolbarar—, tenemos otro puesto vacante al ascender Raner, el de Guardabosques Primero. ¿Candidatos?

—La tradición dicta que debe ser un Guardabosques Real y aquí tenemos a todos presentes —dijo Sigrid.

Los miembros del Consejo comenzaron a analizar a todos los Guardabosques Reales.

—También pueden acceder los Guardabosques Mayores o los Maestros Especialistas —ofreció Dolbarar.

—Hay algunos veteranos retirados también que podríamos llamar en caso de que fuera necesario —ofreció Sigrid.

—Tal y como están los tiempos, necesitamos sangre joven y cuerpos fuertes y activos —dijo Raner

—Cierto —asintió Dolbarar.

—Guardabosques Mayores y Maestros Especialistas, ¿alguna candidatura? —preguntó Sigrid.

—Yo estoy contento con mi posición —dijo Ivar.

—Yo también con la mía —dijo Ivana—. Prefiero esperar a que Dolbarar se retire y optar a su puesto.

Dolbarar asintió.

—¿Los demás?

Ninguno se presentó.

—Raner, es tu puesto y son tus Guardabosques Reales —dijo Dolbarar—. ¿A quién presentas?

Raner miró uno por uno a sus Guardabosques Reales y a las Panteras, que también lo eran.

—Hay un par de candidatos que podrían ser buenos Guardabosques Primeros —dijo mirando a los suyos—. Pero creo que la persona más preparada y con mejores cualidades para ocupar mi puesto es Ingrid Stenberg, de las Panteras.

Ingrid echó la cabeza atrás por la sorpresa. Esperaba que Raner eligiera entre Kol, Haines, Mostassen, Nikessen, Ulsen y Eyegreson, en los que más confiaba.

Todos miraron a Ingrid.

—Ingrid, ¿ofreces tu candidatura? —preguntó Dolbarar.

—Yo… me siento muy honrada. Ha sido siempre mi deseo llegar a ser Guardabosques Primero, pero ante todo soy una Pantera y el deber para con el Rey es lo primero. No puedo dejar mi puesto.

—Ingrid Stenberg, quedas exenta de tu posición de Pantera Real y puedes acceder si así lo deseas a la posición de Guardabosques Primera —se pronunció Egil.

Por una vez en su vida, Ingrid no sabía muy buen qué hacer.

—Acepta el puesto, es un ascenso —dijo Viggo y le guiñó el ojo.

—Eres la mejor candidata con diferencia, tienes que hacerlo —la animó Lasgol.

—Naciste para ese puesto —dijo Astrid.

«Tú merecer puesto» envió Camu.

Ona gimió una vez.

—No sé… —comenzó a decir Ingrid.

—Deberías aceptar, yo también creo que eres la mejor candidata —dijo Sigrid.

Ingrid suspiró profundamente. Aquel era el momento que había esperado toda su vida, el momento en que se convertiría en la primera mujer Guardabosques Primera. No podía rechazarlo por ella y por todas las que un día aspirarían a aquella y otras posiciones de liderazgo. Y lo mejor de todo era que no le ofrecía el puesto Egil y ni siquiera la había propuesto él. No conseguía el puesto por ser amiga del Rey, sino por méritos propios y reconocimiento del resto de líderes.

—Ofrezco mi candidatura y acepto la posición —afirmó Ingrid muy honrada.

Las Panteras la felicitaron efusivamente y los líderes aplaudieron que aceptara.

El Consejo continuó con otros temas menores y los futuros planes de reconstrucción del Refugio.

—Aunque seas la mandamás ahora para mí siempre serás mi rubita belicosa —susurró Viggo.

—Y para mi tú siempre será mi merlucito —replicó Ingrid llena de alegría por el sueño logrado y por tener a su amado y sus amigos a su lado en ese momento tal especial.

Capítulo 38

Unos días más tarde, en el estudio de la reina, se habían reunido Astrid, Lasgol y Egil con Camu, al que acompañaban Ona y Argi. Egil había abandonado sus obligaciones en la sala del trono para asistir, cosa rara en él. Les había dicho que creía que era importante que estuviera allí.

—Nos alegra verte con nosotros —dijo Astrid con una sonrisa de bienvenida.

—A mí también, y mucho. Veros y pasar un poco de tiempo con vosotros me alegra el corazón y más en estos momentos tan difíciles —Egil fue a acariciar a Ona y Argi. Extendió las manos y dejó que lo olieran. Ona no lo necesitaba, pues Egil le era muy familiar, aunque hacía tiempo que no lo veía. Argi lo husmeaba interesado y, viendo que a Ona le parecía bien, no se quejó y se dejó acariciar. Egil sonrió y acarició a ambos en la cabeza.

—Puedes quedarte un rato a jugar con ellos dos, bueno tres, porque Camu según él es ya muy mayor, pero no desperdicia un momento para jugar con Ona y Argi —invitó Lasgol.

«Yo mucho mayor. Jugar por Argi. Él cachorro».

—Sí, eso mismo… no es que a ti te guste jugar…

«Yo mayor, no jugar ya».

Egil rio.

—Es tan agradable volver a disfrutar de estos momentos tan entrañables con vosotros. De verdad, no sabéis cuánto lo echo de menos.

—Pues quédate un rato. El reino no se va a ir a pique en una tarde —sugirió Astrid.

—No puedo. Hoy tengo audiencia con varios gremios que me piden ayuda. Si no les atiendo se darán por ignorados y generará malestar.

—Mañana entonces.

—Mañana tengo juicios del pueblo con el magistrado primero.

—¿Juicios del pueblo? —Lasgol enarcó una ceja.

—Los ciudadanos que no están de acuerdo con el trato recibido por las autoridades o quieren llevar a juicio a la ciudad o la aldea en la que viven por alguna negligencia o maltrato tienen derecho a hacerlo. Por fortuna solo se eligen una veintena de casos.

—Por curiosidad… ¿y pasado mañana?

—Pasado mañana escucho peticiones de mis súbditos. Vienen de todo el reino y hacen cola por días delante del castillo. Tengo que atenderles, escuchar sus problemas e intentar ayudar.

—No me imagino a Thoran haciendo ninguna de esas cosas que vas a hacer tú —dijo Astrid.

—No las hacía, no. Thoran no escuchaba al pueblo. Le parecía una pérdida de tiempo. No era un buen rey, como ya sabéis.

—Quizá tú eres demasiado bueno —dijo Lasgol.

—No existe tal cosa, amigo mío —sonrió Egil—. Por mucho que haga por mi pueblo, siempre habrá mil cosas más que pude haber hecho.

«Egil mucho bueno. Gran Rey».

—Gracias, Camu. Me halagas.

—Cuídate un poco más y sé un poquito menos bueno —aconsejó Astrid—. No va a servir de mucho que te consumas esforzándote más allá de lo humanamente posible.

—Tienes que durarnos mucho. El reino te necesita por muchos años venideros —dijo Lasgol.

—Lo intentaré —sonrió Egil jugando ahora con Argi.

Astrid y Lasgol se miraron. Ninguno de los dos creía que Egil fuera a disminuir el ritmo ni la intensidad con la que se preocupaba por su reino y súbditos. Dejaron que Egil se relajara un poco antes de ponerse con lo que iban a hacer aquella tarde.

—Ya estoy mucho más relajado —dijo Egil y se sentó en un butacón con Argi en sus muslos.

El lobezno estaba encantado con la atención que estaba recibiendo. Lasgol lo observaba con una sonrisa. Parecía más un cachorro de perro que de lobo gigante, exceptuando que para el tiempo que tenía era enorme y aullaba a la luna. Se preguntó cuándo cambiaría aquello. Un lobo gigante no era un perro y su carácter tampoco. De momento se comportaba como cualquier cachorro y todo lo que quería era jugar y caricias. De eso estaba bien servido.

Lasgol miró al cielo exterior por la ventana.

—Es media mañana.

«Yo empezar».

—Adelante —dijo Lasgol.

Camu cerró sus ojos saltones y se concentró. Estaba en medio de la estancia y el resto lo observaban algo apartados. Unos hilos de energía salieron de su cuerpo y un prisma de cinco puntas de luz plateada y blanca se fue formando frente a él. Egil observaba muy interesado. Camu envió más energía y el prisma de luz terminó de formarse. Se movía extendiendo y retrayendo las cinco puntas de luz. Se produjo un destello blanco y un mensaje surgió del prisma.

«Buenos días, Camu» llegó el mensaje de Misha junto con un sentimiento de alegría.

«Hola. Todos aquí».

«Estupendo. Asrael está conmigo. Ha venido hasta mi cueva para que podamos tener esta comunicación».

«Yo contento. Saludar Asrael».

«Asrael te saluda. ¿Te parece si nosotros dos trasmitimos los mensajes de todos? Será más fácil. Solo tienes que captar lo que cada persona dice y enviármelo a mí. Yo lo pasaré a Asrael. Desde mi lado haré lo mismo».

«Parecer bien».

—Saludos de parte de todos, Asrael —dijo Astrid. Camu se lo envió a Misha, que se lo transmitió a Asrael.

—Saludos a todos desde el Continente Helado. Espero que os encontréis todos con muy buena salud —deseó Asrael.

—Estamos todos muy bien —dijo Lasgol.

—Me alegra en el alma.

—Y a nosotros que Misha y tú estéis bien —dijo Egil.

—Rey Egil, nos alegra que hayas podido unirte a esta reunión.

—Esta es una reunión importante y no me la quería perder. Debemos tratar temas cruciales tanto para Norghana como para el Continente Helado.

—Para todo Tremia —amplió Asrael.

—Cierto, para todo este mundo —asintió Egil.

—¿Sabes algo más de Gerd? —preguntó Astrid.

—Lo lamento, pero no he podido averiguar nada más, no hay rastro de él. Sin embargo, debéis mantener la esperanza. Que no pueda encontrarlo no significa que esté muerto. Este es un continente enorme. Recordad que Dergha-Sho-Blaska se lo llevó volando. Puede estar en cualquier extremo de este mundo helado, incluso bajo la capa de hielo, en las cavernas subterráneas.

—No perdemos la esperanza —aseguró Lasgol.

Argi, que había oído mencionar a Gerd, tenía las orejas tiesas y miraba en todas las direcciones.

—Comencemos por la política. ¿Sigues teniendo el control de las tribus del Continente Helado? —preguntó Egil.

—Lo sigo teniendo… de momento. ¿Tú sigues controlando Norghana?

—De momento —confirmó él.

—Eso nos asegura paz y prosperidad para ambas naciones.

—Hemos recorrido un largo camino para llegar a este momento —recordó Egil.

—Uno largo y muy difícil, pero hemos logrado lo impensable: paz entre Norghana y el Continente helado.

—Más impensable es que los gobernemos tú y yo —dijo Egil a Asrael.

—Yo diría que igual de impensable sabiendo de dónde venimos y cómo comenzamos esta andadura.

—Es todo un logro, una proeza —afirmó Astrid.

—Si alguien nos lo hubiera dicho cuando todo esto empezó lo hubiéramos tomado por loco —se unió Lasgol.

—Lo hizo con una guerra entre nuestros pueblos —recordó Asrael—. Sí, es asombroso que hayamos logrado reinar y alcanzar una paz.

—Por desgracia, este gran triunfo se ve ahora ensombrecido por una amenaza enorme y letal —Egil sonó muy preocupado.

—El dragón inmortal y su plan para abrir una puerta y traer a su clan hasta nuestro mundo.

—Para arrasarlo y esclavizarnos a todos —dijo Egil con tono lúgubre.

—Debemos detenerlo —afirmó Lasgol.

—Lo conseguiremos — Astrid cerró el puño, confiada.

—Para ello primero debemos encontrarlo a él y el portal que debe de estar intentando abrir —afirmó Egil.

—En ese sentido tengo malas noticias. No lo hemos localizado. He enviado rastreadores y exploradores a barrer todo el continente de este a oeste y de sur a norte. ¡Cientos de ellos! No han encontrado ni al dragón ni el portal. Siguen peinando todo el continente, pero empiezo a pensar que no lo lograremos.

—Podría estar utilizando algún tipo de camuflaje similar al de Camu, más poderoso incluso para esconderse, y por ello no lo encuentran —conjeturó Lasgol.

—Podría ser, sí —convino Asrael—. Pero tiene que ocultar también un gran portal. No sé si el dragón inmortal puede hacer eso.

«Dragones no camuflaje. No necesitar. Creerse mucho poderosos. Invencibles».

—Camu tiene mucha razón. Hasta ahora no hemos encontrado un dragón con la capacidad de hacerse invisible —razonó Egil—. No lo necesitan, son depredadores superiores. La mayoría de los mecanismos de defensa surgen de la necesidad. Si los dragones no tienen que esconderse, es muy posible que no tengan camuflaje.

—Los que hemos visto hasta ahora son solo de un color y no cambia. Está relacionado con su poder elemental —razonó Lasgol.

—Al dragón inmortal tampoco lo hemos visto camuflarse de ninguna forma. Cuando ha aparecido lo ha hecho mostrándose en toda su cruel enormidad —comentó Astrid con ojos entrecerrados.

«Los Drakonianos superiores tienen la habilidad de Camuflaje. Los Drakonianos mayores, menores e inferiores no la tienen hasta donde yo sé» confirmó Misha.

—Entonces debe estar muy bien escondido, bajo tierra casi con toda seguridad —dijo Lasgol.

—Eso podría ser. El continente tiene infinidad de cavernas, túneles y pasajes subterráneos. Algunos los habéis utilizado vosotros mismos en vuestro último viaje —dijo Asrael—. El problema es que recorrerlos va a llevar a los míos demasiado tiempo. Además, gran parte nunca han sido explorados. Son laberintos en los que se entra y no siempre se consigue salir. Puede que para cuando lo encuentren sea demasiado tarde. Puede que nunca lo consigan.

—Eso sería terrible —se lamentó Astrid.

«Bajo tierra es un buen lugar para las madrigueras de los dragones. Es natural que elijan ese entorno si necesitan esconderse. Todos los Drakonianos tienen sus madrigueras bajo tierra o en el interior de las montañas» afirmó Misha.

—De todas formas, seguiremos buscando. Enviaré más patrullas y redoblaré esfuerzos —dijo Asrael.

—Te lo agradecemos, Asrael —dijo Egil—. Aunque parezca una labor imposible de completar quizá tengamos suerte y den con él. Lo que no podemos hacer es dejar de buscarlo o vencerá.

—Los Salvajes de los Hielos, los Pobladores de la Tundra y mis Arcanos de los Glaciares buscarán al dragón inmortal y el portal que está intentando abrir. Organizaré una misión masiva y emplearé miles de efectivos. Si fracasamos no será porque no lo hayamos intentado todo.

—¿Qué opina Izotza? —preguntó Lasgol.

—La Señora de los Glaciares intenta averiguar dónde se encuentra la amenaza insondable que el dragón renacido oculta. Está atenta a cualquier oscilación de poder, hasta donde puede alcanzar. Intenta captar el poder del dragón inmortal o del portal, pero de momento no ha podido captar ninguno de los dos.

—No estamos consiguiendo avanzar mucho en esta área —se lamentó Astrid.

—Sin embargo, Izotza tiene buenas noticias sobre las Estrellas Glaciales. Las ha localizado.

—¡Eso es estupendo! ¡Por fin buenas noticias! —exclamó Lasgol.

—Creó un gran conjuro localizador basándose en la energía que desprenden y las ha encontrado.

—¿Las cuatro restantes?

—Así es, son cinco. Vosotros tenéis una Mayor, la que yo tuve conmigo, y una Menor que os creó Izotza. Por lo tanto, quedan cuatro por conseguir. Ahora sabemos quién las tiene y dónde. Están aquí, en el Continente Helado.

—Son muy buenas noticias porque ya tenemos los guantes casi finalizados —dijo Lasgol.

—Eso nos permitirá luchar por fin con posibilidades reales de matar a esos dragones —dijo Astrid.

«Siguen siendo criaturas muy peligrosas. Un arma no garantiza una victoria» advirtió Misha.

—Somos conscientes, gracias por preocuparte Misha.

«No puedo evitarlo. Los humanos sois tan frágiles y vuestras vidas tan cortas…».

—En comparación a una matriarca de las criaturas del hielo, imagino que sí —dijo Lasgol.

—Lo planearemos bien. Usaremos la mejor arma que los humanos tenemos: nuestra cabeza —dijo Egil.

«Usadla bien y tened cuidado. No cuento con muchos amigos humanos y no quiero perder a los pocos que tengo».

—Haremos todo lo posible por no entristecerte —aseguró Egil.

«Nosotros vencer dragones. Yo seguro» envió Camu.

«Y tú, pequeñín, no te creas tan poderoso. Cuando llegues a mi edad, quizá lo seas, ahora

no».

«Yo poderoso suficiente».

«Eso no lo creas, Camu. El dragón inmortal te matará antes de que puedas darte cuenta».

«Yo cuidado…» cedió Camu.

—No te preocupes, todos tendremos mucho cuidado —aseguró Lasgol.

—Hay una cosa más que tengo que transmitiros. Una conclusión a la que la Señora de los Glaciares y yo hemos llegado —adelantó Asrael.

—Adelante, te escuchamos —dijo Egil muy interesado.

—Izotza cree que el dragón inmortal es un dragón milenario y que si está usando su poder para abrir un portal con su mundo éste debe de muy grande. Para matar a un dragón menor, incluso para uno mayor no tan poderoso como Dergha-Sho-Blaska, las armas doradas deberían ser suficiente.

—Pero Dergha-Sho-Blaska no es un dragón normal. Es mucho más poderoso… —razonó Egil.

—Sí, y por esa razón tanto Izotza como yo mismo, después de consultarlo con los Arcanos más sabios, creemos que las armas doradas junto al poder de una Estrella Glacial pueden no ser suficientes para matarlo. Sus defensas mágicas son mayores que las de un dragón normal y ha ido aumentando en poder con los siglos. No solo poder para matar, sino para defenderse de ataques.

—Eso representa un grave problema —dijo Egil—. Si las armas doradas con las estrellas no pueden matarlo, va a resultarnos casi imposible deshacernos de él.

—Yo creo que puedo herirlo con mi poder y el Arco de Aodh, pero no sé si puedo matarlo. Esperaba contar con el apoyo del resto del grupo y las otras armas —expresó Lasgol con preocupación en el tono.

—El problema es que no sabremos si eso es así hasta enfrentarnos a él —razonó Astrid.

—Debemos asumir que el peor escenario es el que al final se dará —dijo Egil—. Debemos planificar y afrontar la situación bajo ese supuesto. Si Izotza, Asrael y los Arcanos creen que el poder de las estrellas no será suficiente para atravesar las defensas mágicas del dragón inmortal, debemos actuar en consecuencia.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Astrid.

—Hay que buscar un objeto más poderoso, uno cuyo poder sea tan grande que pueda atravesar sus defensas —dijo Asrael.

—¿Cuál?

Todos se quedaron callados, pensativos.

—Yo sé de uno —dijo Lasgol tras un momento.

Egil miró a su amigo y sus ojos brillaron.

—La Estrella de Mar y Vida.

—Exacto —dijo Lasgol—. Es un objeto de un gran poder. Pudimos atestiguarlo cuando la usamos. Podríamos intentar que la reina Turquesa nos la prestara una segunda vez.

«Reina Turquesa magia poderosa de mar».

—Podríamos intentarlo… —Egil se quedó pensativo—. Lo que no sé es cómo nos recibirá. La primera vez se quedó a Astrid como rehén…

—Porque no se fiaba de nosotros, pero cumplimos con lo que nos pidió. Ahora somos de confianza —aseguró Lasgol.

—¿Estás seguro de eso? —Egil enarcó una ceja.

—La última vez que estuvimos con ella le pregunté si un día podríamos regresar al reino

Turquesa —recordó Lasgol—. Me respondió que teníamos permiso para hacerlo.

—Sí, Uragh nos dijo que habíamos ayudado a su pueblo y que seríamos siempre bienvenidos. La reina Turquesa nos abrirá su puerta, eso dijo —afirmó Astrid.

—En ese caso es una buena opción, sí. Ese objeto puede ser crucial —asintió Egil—. Dejadme pensarlo.

—Por supuesto —dijo Lasgol.

—Asrael, Misha, os agradezco en el alma toda la ayuda —dijo Egil.

—Es un problema de todos, no solo del rey de Norghana —respondió Asrael.

«Y no solo de los humanos» —añadió Misha.

—Muy cierto. Dadme un par de días para que piense sobre todo lo que hemos tratado y os comunicaré el plan a seguir. Asrael, necesitaré de ti y los tuyos, sin duda.

—Y a mí y a los míos nos tendrás para ayudar —aseguró el líder de los pueblos del Continente Helado.

Egil asintió.

—Puedes cerrar la comunicación —dijo Lasgol a Camu.

El prisma se desvaneció y la estancia se quedó en silencio.

—Ha llegado el momento de actuar —dijo Egil.

Astrid y Lasgol se miraron. Era hora de luchar.

Capítulo 39

Dos días más tarde Egil llamó al grupo a reunión en la sala del trono. Esta era una reunión a puerta cerrada y sin guardias. Sigrid y Raner estaban presentes, y junto a ellos Annika y Enduald. El Mago de Encantamientos tenía dos grandes cofres junto al trono. Astrid, Lasgol, Ingrid, Viggo y Camu se situaron frente al rey.

—Iré directo a la cuestión, ya que tenemos mucho que hacer y el plan que he elaborado requiere de decisión y presteza —se pronunció Egil.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Lasgol.

Egil suspiró.

—Hay días en los que hay que tomar decisiones complicadas y hoy es uno de ellos. Vamos a retomar el Refugio —anunció Egil.

—Majestad, esa es una acción muy arriesgada —señaló Raner.

—Lo es, y no es más que la primera. Una vez tengamos el control de la Perla del Refugio iremos a la Perla del desierto y la tomaremos también.

Astrid miró a Lasgol, que hizo un gesto de que la cosa se iba a poner muy seria.

—Así se habla, pasemos a la acción —se pronunció Viggo.

Ingrid entrecerró los ojos.

—La victoria es de los osados —comentó.

—Es un plan arriesgado, sin duda. Veo que lo que pretendes es liberar las Perlas —razonó Sigrid.

—Así es —asintió Egil—. Las Perlas son la clave para poder movernos por Tremia y encontrar al dragón inmortal. Una vez tengamos esas dos, tomaremos la del Continente Helado, en el Valle del Sosiego —explicó Egil—. De esta forma podremos llegar hasta donde se esconda con rapidez.

—Estamos hablando de matar al menos a tres dragones —dijo Raner—. Va a ser cuanto menos muy peligroso…

—Contamos con el factor sorpresa —explicó Egil—. Lo primera será que apareceremos ante ellos de la nada, y para ello cuento con tus pócimas, Annika.

—Están listas. Espero de corazón que funcionen. Ya no sé me ocurre qué más hacer.

—Funcionarán —animó Sigrid.

—También cuento con el segundo factor sorpresa: las armas doradas. Los guantes están terminados ¿verdad, Enduald?

—Lo están. Seis guantes y seis anillos —confirmó el Mago de Encantamientos.

—¡Qué ganas tengo de probarlos en batalla! —exclamó Viggo, que no se podía contener de la emoción.

—Muy bien, con las pociones, los guantes y las armas doradas podremos sorprender y matar a los dragones que están guardando las tres perlas —afirmó Egil—. Estoy convencido. Hay que hacerlo bien organizados y minimizando el riesgo, eso sí.

Lasgol opinaba como Egil. Tenían que liberar las perlas para poder llegar al desierto y trasladarse al Continente Helado. Era muy peligroso, sí, pero ahora tenían armas con las que enfrentarse a los dragones.

—A mí me parece un plan excelente —se adelantó Astrid—. Enduald, pásame el Guantelete

de Liriana y estaré lista para acabar con esos dragones.

Enduald asintió.

—El Guantelete de Liriana ha sido un verdadero quebradero de cabeza para mí, pues es en sí un guantelete —reconoció Enduald—. Espero que te guste lo que he hecho con él.

Del primer cofre sacó el guantelete dorado y del segundo el guante y el anillo. Se los entregó a Astrid.

—¿Funcionará? ¿Soltará la descarga?

—Por supuesto —afirmó Enduald con tono de estar ofendido por la pregunta.

—Perfecto, es cuanto necesito saber.

—Yo también opino que es el camino a seguir. El Arco de Aodh y un servidor estamos listos para acabar con esos dragones —dijo Lasgol.

—El Cuchillo de Sansen, si eres tan amable —pidió Viggo a Enduald sonriendo con anticipación.

—Aquí tienes, cuchillo, guante y anillo. No pierdas ninguna de las tres piezas.

—Por supuesto que no. ¿Por quién me tomas?

Enduald no contestó, pero le lanzó una mirada malhumorada.

—Me gustaría la Matadragones —pidió Ingrid.

—Aquí está —Enduald la sacó del primer cofre—. También guante y anillo —los cogió del segundo y se los entregó.

—Yo me quedo con la Lanza de Rogdon —dijo Egil.

—Por supuesto, Majestad —asintió Enduald.

«Yo mucho preparado. Dragones morir» envió Camu convencido.

—Muy bien. Saldréis para el Refugio ahora mismo. Loke os espera. Ingrid, estarás al mando, como corresponde a tu nueva posición. Llévate a los Guardabosques Reales veteranos que Raner utilizó en la misión anterior al Refugio.

—A la orden, Majestad —Ingrid se inclinó con respeto.

—Y una cosa. Quiero a los dragones muertos y a vosotros con vida. A todos. No corráis riesgos. La cabeza es nuestra mejor arma contra esas criaturas, recordadlo.

—Lo recordaremos, no te preocupes —aseguró Astrid.

—No correremos riesgos —dijo Lasgol.

Era de noche cuando el grupo se internaba en el bosque de hayas al noreste de la Perla del Refugio. Loke iba en cabeza, agazapado y en total silencio seguido por Astrid y Viggo. Tras ellos iba Lasgol con Camu. Algo más retrasada avanzaba Ingrid, que lideraba a Kol, Haines, Mostassen, Nikessen, Ulsen y Eyegreson.

Astrid miró el Guantelete de Liriana en su mano derecha según avanzaban. El sistema que Enduald había ideado era de lo más creativo. Empezaba a pensar que, más que un Mago de Encantamientos, era un pequeño genio inventor. Como no podía meter un guante dentro del otro, ya que el interior tenía que llevar el objeto de poder y no cabría dentro el guantelete, lo que había hecho era pasar el guante con el objeto a la mano izquierda. Así, Astrid llevaba el guante de Enduald con la Estrella Glacial Mayor ya adherida a él y lista para ser utilizada. Había cerrado el puño tres veces y la estrella se había adherido sin ningún problema. Enduald le había explicado que para activar el arma tenía que hacer el mismo movimiento de dedo índice al pulgar, pero con la mano izquierda sobre los dedos de la mano derecha. Así se activaría. Para pasar la descarga de la estrella al guantelete, Astrid tendría que tocar con el guante el guantelete justo antes de golpear. Si lo tocaba de forma fortuita, desperdiciaría una carga, cosa que no pensaba hacer.

Miró hacia atrás por encima del hombro y vio a Ingrid liderando a los Guardabosques Reales. Ella llevaba uno de los guantes dorados y la Matadragones. Había rechazado quedarse con ninguna de las dos Estrellas Glaciales. ¡Cuánto le hubiera gustado a Ingrid empuñar aquella gran arma para matar al dragón! Aunque le dio un poco de pena, había preferido que la usaran los asesinos.

Viggo, a su lado, sonreía con ojos brillantes mientras miraba su guante dorado y el Cuchillo de Sansen. Lo iba a disfrutar y mucho. De pronto le vino a la cabeza la ausencia de Gerd. Se animó pensando que Asrael les había dado buenas noticias, que pronto lo encontrarían y que el grandullón podría empuñar la Doble muerte de Gim. Conseguirían liberar las Perlas y encontrar a Gerd. Estaba convencido. Le tendría que dar una clase acelerada sobre el uso de las armas doradas con los guantes de Enduald. La fortuna de contar con Guardabosques tan buenos, bien preparados y con tanta experiencia era que lo entendería todo a la primera.

Lasgol avanzaba junto a Camu y pensó que esta vez la estrategia era muy diferente a la que habían utilizado en la misión anterior. No se trataba de distraer y confundir al dragón, se trataba de sorprenderlo y matarlo. Tenían que llegar hasta él sin que los detectara y acabar con su vida en un único ataque mortal y fulminante. No iba a ser fácil. Esperaba que los guantes de Enduald funcionaran, esa era la parte crítica del plan y también lo que iban a probar. Si la cosa se torcía, su arco y su magia tendrían que sacar a sus compañeros de allí.

Loke levantó la mano de pronto y todos se detuvieron agazapados donde estaban. Habían alcanzado el linde del bosque. El Especialista Masig observó la Perla y al dragón junto a ella y luego se retrasó un poco.

—Es el mismo dragón —dijo en un susurro—. Lo he estado vigilando desde la misión anterior. No ha venido ningún otro. Tiene unos hábitos bastante regulares. Duerme media noche y luego sale a patrullar. Por la mañana caza y se alimenta. A mediodía vuelve a dormir y por la tarde patrulla de nuevo y caza algo más. Es como si dividiera el día en cuatro cuartos. Acaba de empezar a dormir y estará así media noche. Es el mejor momento.

—De acuerdo. Nosotros estamos preparados —dijo Lasgol y miró a Astrid y Viggo. Ellos asintieron.

«Yo preparado» confirmó Camu.

—Nosotros también —dijo Ingrid. Todos llevaban ropa de Guardabosques muy oscura, combinación de marrón oscuro y negro. La capucha la llevaban puesta y los pañuelos los tenían subidos hasta los ojos para que fuera más difícil verlos.

—Adelante entonces —dijo Loke.

Los dos grupos salieron del bosque y se aproximaron en silencio, agazapados, cruzando la planicie cubierta de hierba y algo de boscaje con la Madriguera frente a ellos y la Perla sobre ella. Se aproximaban por la parte posterior pues el dragón dormía sobre la entrada. Buscaban atacar por la espalda.

Camu invocó Camuflaje Extendido para cubrir a Astrid, Lasgol y Viggo, que iban junto a él. Ellos formaban el grupo de ataque. Loke se había retrasado para unirse a Ingrid y los Guardabosques Reales. Formaban el grupo de soporte y se separaron un poco para llegar al dragón desde el este mientras Camu y los demás lo hacían por el oeste.

Comenzaron a subir por la colina que conformaba la Madriguera. Se estaban acercando mucho, así que aumentaron las precauciones para no hacer el más mínimo ruido. Si los oía el plan fracasaría. Subieron casi pegados a la hierba y con las armas en las manos, preparados para el combate.

Llegaron a la Perla. El dragón estaba tras ella y dormido, por lo que parecía. Camu rodeó la

Perla por la izquierda e Ingrid, Loke y los Guardabosques Reales por la derecha. En cuanto tuvieron al dragón a plena vista, Ingrid levantó el puño y su grupo se detuvo.

Camu continuó avanzando. Ahora cada paso era crítico. Avanzaban muy despacio y todos a una, siguiendo el ritmo que Viggo marcaba. Cuando estaban a diez pasos, el dragón comenzó a realizar un sonido, como si estuviera inhalando profundamente.

Viggo se detuvo y con él todos.

El dragón continuó haciendo aquel ruido y de repente levantó la cabeza.

Lasgol se dio cuenta de lo que hacía. Estaba olisqueando. Había captado un olor extraño. Los había descubierto.

El dragón soltó un tremendo rugido y se alzó sobre sus cuatro patas. Miró alrededor y descubrió a Ingrid y su grupo.

—¡Tirad! —ordenó ella.

Loke, Kol, Haines, Mostassen, Nikessen, Ulsen y Eyegreson apuntaron a la cabeza del dragón y soltaron. Las flechas elementales se dirigieron hacia él según abría la boca para lanzarles una llamarada. Le dieron en boca y en nariz con flechas de tierra y agua. Las de tierra estallaron con fuertes explosiones, tierra, polvo, humo y sustancias aturdidoras. Las de agua lo hicieron congelando la parte interior de la boca del dragón. Ingrid tiró con una flecha elemental de aire que al golpear en su frente soltó una descarga que le recorrió media cara.

—¡A cubierto! —ordenó tras tirar.

Todos corrieron a refugiarse tras la Perla previendo que una llamarada enorme intentaría calcinarles. No fue así. Las flechas elementales habían molestado lo suficiente al dragón para que la llamarada no se produjera. Rugió furioso mientras sacudía la cabeza de lado a lado intentando librarse de los efectos.

Pareció conseguirlo y comenzó a avanzar hacia donde el grupo se refugiaba, tras la Perla. Ingrid hacía señas para que se cubrieran al tiempo que indicaba que pusieran nuevas flechas elementales en sus arcos.

Lasgol vio moverse al dragón y apuntó al cuello. Invocó Tiro Poderoso, Tiro Múltiple y Tiro Certero para acertar justo en la parte exterior, a la altura de la garganta. Envió una cantidad considerable de energía al arco y se produjeron tres destellos verdes muy rápidos y uno dorado muy potente. Las flechas salieron al tiempo que el dragón captaba la magia y giraba la cabeza, extrañado. Miró hacia su posición, pero no pudo ver a su atacante por el camuflaje que Camu proporcionaba.

Las tres flechas de Lasgol se clavaron profundas a la altura de la garganta de la criatura. Sorprendido, echó la cabeza atrás e intentó rugir sin conseguirlo. Las flechas le habían perforado la garganta penetrando desde el exterior. Con ojos muy abiertos y mirada mezcla de imposibilidad y horror se dio cuenta de que estaba herido y de gravedad. Abrió y cerró la boca intentando que su aliento de fuego surgiera, pero entre los ataques elementales y la garganta perforada no lo consiguió. Ni siguiera pudo rugir de rabia, y la furia se convirtió en temor. Le habían causado heridas graves y deshabilitado su ataque principal.

Bajo su vientre apareció Astrid, que activó el Guantelete de Liriana tocándolo con el de Enduald. Con todas sus fuerzas clavó la hoja dorada del guantelete en el estómago del dragón y se produjo un intenso destello dorado al contacto de la hoja con las escamas. La hoja dorada entró hasta los nudillos penetrando las defensas mágicas y físicas del dragón. Astrid no perdió un instante y empleó toda su fuerza para infligir un corte lateral de más de un brazo de longitud a lo largo del estómago de la bestia. Una vez que la hoja dorada había traspasado las defensas, no tuvo dificultad en cortar escamas y carne como si fuera la de cualquier otro reptil.

El dragón emitió un chillido agudo con la boca abierta y se echó hacia atrás. Lasgol vio que iba a huir, pero no podía permitirlo. Levantó su arco con una nueva flecha en el arma dorada y apuntó invocando Tiro Rápido y Tiro Potente. Envió todavía más energía al arco y se produjeron dos destellos verdes y uno intenso dorado. Tres flechas salieron de él, una detrás de la otra casi de forma simultánea, y se clavaron profundas en la boca abierta del dragón.

Ingrid y sus Guardias Reales salieron de detrás de la Perla y tiraron contra la cabeza, que ladeaba en agonía. Tres flechas fallaron, pero las otras consiguieron alcanzar al monstruo. Se produjeron explosiones de tierra estruendosas y aturdidoras y se escuchó un trueno al que siguió un rayo.

El dragón, muy malherido y sobrepasado por los ataques, intentó huir volando.

Viggo no se lo permitió.

Saltó sobre su pata trasera izquierda y con una rapidez vertiginosa activó el Cuchillo de Sansen como le había enseñado Astrid. Lo clavó con todas sus fuerzas en medio de un intenso destello dorado y luego rajó hacia abajo cortando escamas, carne, músculo y tendones. El dragón rugió de dolor e intentó cocear a Viggo, que rodó por debajo de él y llegó a la pata derecha trasera. Activó el arma de nuevo y volvió a golpear. Se produjo otro destello dorado potente. Viggo tiró del cuchillo hacia abajo cortando toda la extensión de la pata hasta su garra. Un nuevo rugido de dolor llenó la noche. El dragón intentó elevarse, pero las lesiones ocasionadas por los ataques provocaron que trastabillara y cayera de frente como un torpe reptil volador gigantesco.

Astrid corrió hasta la cabeza y, activando el Guantelete de Liriana de nuevo, le clavó la hoja con un potente golpe descendente atravesándole el cráneo y el cerebro. El dragón se sacudió en el suelo y murió.

Todo quedó en silencio.

—Parece que las armas doradas funcionan —lo rompió Astrid sonriendo mientras examinaba al dragón muerto a sus pies.

—Ya lo creo que funcionan, ¡y de maravilla! —Viggo sonreía encantado con el cuchillo dorado empapado de sangre viscosa.

Lasgol se acercó y se agachó a estudiar la cabeza del dragón.

—Es dura como la roca —dijo palpándola.

—Pues la cuchilla ha penetrado hasta el cerebro. ¡Impresionante! —valoraba Astrid—. Le he soltado un golpe con todas mis fuerzas, pero apenas he notado resistencia y ese cráneo enorme y rugoso parecía duro como la piedra.

«Ser por magia dorada. Cuchilla penetrar y cortar fácil».

—Por una vez, magia que me gusta —dijo Viggo muy satisfecho.

—Sí, muy sorprendente —Astrid asentía.

Viggo abrió la enorme boca del dragón con sus manos.

—Tiene heridas dentro y en la garganta. ¡Buen trabajo, rarito! —felicitó a Lasgol.

—He pensado que la mejor manera de que no nos achicharrase era fastidiándole la garganta para que no pudiera usar su aliento elemental de fuego.

—Y ha funcionado —dijo Ingrid, que se acercaba con Loke, Kol, Haines, Mostassen, Nikessen, Ulsen y Eyegreson.

—Buen trabajo con las flechas elementales —congratuló Lasgol.

—Lo hemos pillado por sorpresa. No sabía qué estaba pasando ni de dónde llegaban los ataques —dijo Ingrid.

—Ese era el plan —sonrió Astrid.

—¿Qué tal ha funcionado el guante de Endualdo? —preguntó Ingrid, que observaba las dos

manos de Astrid con curiosidad.

—Mejor de lo esperado, en realidad. No solo ha funcionado tal y como había previsto, sino que cuando he penetrado la defensa mágica y física del dragón me ha permitido seguir cortando. He conseguido abrirle una buena raja en el estómago.

—Como cortar filetes con un cuchillo de carnicero, ¡sensacional! —expresó Viggo sonriente.

—Son excelentes noticias —se animó Lasgol.

—Las armas doradas funcionan de verdad y hasta mejor de lo esperado —asintió Ingrid.

Loke regresó corriendo de la Madriguera.

—He ido a investigar al interior —dijo señalando hacia el suelo.

—¿Qué has descubierto?

—El dragón que matasteis la otra vez, se ha descompuesto.

Lasgol puso expresión de extrañeza.

—¿Descompuesto? ¿Tan rápido?

—Más que eso —Loke abrió la mano y en ella vieron un puñado de arena blanquecina mezclado con lo que parecía tierra—. Esto es todo lo que queda.

—No puede ser, ¡si era un monstruo descomunal! Tienen que estar el esqueleto y carne descomponiéndose para alimentar una manada de lobos por meses —Lasgol señaló al dragón muerto.

Loke se encogió de hombros.

—Solo queda una ristra de tierra y arena donde antes estaba el dragón.

—Eso es cuanto menos curioso —Astrid se quedó pensativa.

—Quizá sea porque se crearon con magia y al morir vuelven a ser lo que eran, tierra y arena —razonó Lasgol.

«Ser eso. Dragones creados con magia Drakoniana. Volver a tierra muertos».

—Pues si vamos matando a todos los dragones y desaparecen, nadie nos va a creer cuando lo contemos —dijo Viggo molesto.

—Tampoco es que nos crean mucho ahora —sonrió Lasgol.

Astrid hizo una mueca de que tenía razón.

—Nosotros os creeremos —dijo Kol asintiendo.

—Más que creeros… —aseguró Haines.

Mostassen y Nikessen estaban junto al dragón, analizándolo.

—Es un ser tan monstruoso como imponente —afirmó Mostassen.

—Y duro de matar —añadió Nikessen

Ulsen asintió.

—Nosotros lo contaremos, aunque nos tomen por locos. Mirad qué fauces… son tremendas.

—También sus garras y lo fuertes que son sus patas —dijo Eyegreson, que se había unido al resto de sus compañeros y estudiaban cada aspecto del ser mitológico.

Lasgol observó la Perla.

—Debemos continuar con la misión.

—Sí, esta no era más que la primera parte.

—Muy bien —asintió Ingrid—. Yo debo regresar a la capital con Egil. Vosotros os quedareis con Loke y mantendréis la posición un par de días. Luego regresareis a la capital —dijo a los Guardabosques Reales—. Sí, señor. A la orden, señor —respondieron los veteranos.

—Loke, tú te encargarás de vigilar el Refugio. Si aparecen dragones, pide refuerzos.

—Así lo haré —asintió Loke.

—Nosotros seguiremos al desierto —dijo Lasgol.

—Suerte —deseó Ingrid y le lanzó una mirada a Viggo para que tuviera cuidado.

—La necesitaremos —asintió Lasgol.

—Todo irá bien —dijo Viggo y le guiñó un ojo a Ingrid.

«Yo abrir portal».

—Adelante, Camu —pidió Astrid.

Un rato más tarde, con el portal abierto y la runa que los llevaría a la Perla del desierto seleccionada, Astrid, Lasgol, Viggo y Camu entraron en el portal.

Capítulo 40

Lasgol salió del portal y cayó frente a la Perla. Por primera vez, no perdió la consciencia. Tenía la cabeza muy aturdida y el estómago tan revuelto que iba a vomitar, pero estaba consciente. La mente la tenía tan embotada que no podía pensar. Dudó, quizá era solo una impresión y en realidad sí que había perdido el sentido y se acababa de despertar.

Miró a su alrededor y no vio a Astrid, ni a Viggo y tampoco a Camu. Al ser de noche estaba todo oscuro, pero la luna brillaba con intensidad en el cielo de los desiertos y enviaba algo de claridad. Le llevó un momento recordar que Camu estaba usando su habilidad Camuflaje Extendido.

«Camu, ¿estás aquí? ¿Astrid? ¿Viggo?».

«Todos aquí. Vosotros no perder consciencia. Poción Annika mucho buena».

«Eso me estaba preguntando».

—Estoy aquí —susurró Astrid.

—Y yo… aguantándome el estómago en la boca —balbuceó Viggo.

Un rugido ensordecedor les hizo girarse hacia el este.

«Dragón menor elemental fuego» avisó Camu.

El dragón apareció sobre sus cabezas volando tan raso que levantó una polvareda.

«Tranquilos, no ver».

«Activa tu cúpula antimagia. Va a pasar de nuevo para rociarnos con fuego» advirtió Lasgol.

«Yo cúpula levantada».

«Estupendo».

Lasgol no se equivocó. El dragón volvió a pasar planeando bajo, a unos cien pasos y envió su letal chorro ígneo sobre la Perla, donde el portal todavía seguía abierto. Lasgol se cubrió con el antebrazo de forma automática, aunque sabía que la cúpula lo protegería. El fuego golpeó la barrera protectora y no llegó hasta ellos.

—Empieza el baile —comentó Astrid.

—Pues no tengo el cuerpo para movimientos, precisamente —se quejó Viggo.

Lasgol sacó una flecha de su carcaj y la puso en la cuerda del Arco de Aodh. Antes de cruzar había realizado su tabla de precombate y tenía las habilidades activadas, incluida Protección de Boscaje y Árbol Protector, por lo que pudiera pasar. Siempre era una buena idea presentarse al combate preparado.

—¿No se suponía que habíamos avisado de que llegábamos y tendrían al dragón entretenido? —preguntó Astrid.

—Enviamos palomas. Deberían saber que llegábamos esta noche —comentó Lasgol.

—A este dragón ya lo hemos engañado un par de veces, para mí que no ha vuelto a picar —explicó Viggo.

«Ellos intentar. No salir bien» intuyó Camu.

—Entendido. Tenemos un dragón escaldado —afirmó Astrid cuando la enorme criatura daba otra pasada, esta vez en diagonal, arrasando con su aliento de fuego una zona muy cercana a donde ellos estaban, pero sin acertar por muy poco.

«No ver a nadie cerca».

—¿Qué hacemos? ¿Nos movemos? —preguntó Astrid.

—Movernos no nos va a aportar gran cosa. Hay que acabar con el dragón de alguna manera —dijo Viggo algo repuesto.

—Todavía no nos ha descubierto, pero lo hará pronto —dedujo Lasgol.

El dragón dio otra pasada en una diagonal contraria y su ataque de fuego pasó rozándolos.

—El problema es que si está ahí arriba solo tú vas a poder darle alcance, Lasgol —dijo Astrid —. Nuestras armas no llegan.

Según el dragón se alejaba para virar y volver a pasar, Viggo salió corriendo de la zona de camuflaje y se dirigió hacia la Perla.

—¿Qué haces, Viggo? —preguntó Astrid con sorpresa en la voz.

—¿A dónde va corriendo así? —Lasgol tampoco entendía nada.

«Viggo, venir aquí».

Viggo se detuvo un momento y miró hacia donde estaban ellos.

—Tengo una idea.

—¡Qué idea ni idea! ¡Ven aquí! —gritó Astrid.

Lasgol avanzó un par de pasos y salió del área de acción de la habilidad Camuflaje Extendido de Camu para hacerle señas a Viggo para que volviera.

—¡Vuelve aquí!

—Enseguida voy, tranquilos —dijo y corrió hacia la Perla.

Lasgol no podía creerse lo que su amigo estaba haciendo. Había perdido la cabeza. No, la cabeza ya la tenía perdida hacía tiempo. Esto era una consecuencia de ello. Tenía ideas alocadas, de demente.

El dragón lo vio y cambió la dirección de su vuelo para ir a matarlo. Rugió y comenzó a descender.

Viggo corrió de vuelta a donde estaban sus amigos, frenó justo a tiempo y no chocó con nadie. El camuflaje de Camu lo hizo desaparecer en las narices del dragón, que soltó otra llamarada tremenda.

—Muy buenas a todos. Ya estoy de vuelta —saludó.

—¿Se puede saber qué haces saliendo así al descubierto? —preguntó Astrid enfadada.

—¿Qué voy a hacer? Provocar al dragón. ¿Qué otra cosa crees que hacía?

—¿Correr como una gallina sin cabeza? —dijo Astrid.

—Muy graciosa. Te recuerdo que el lagartijo no puede vernos. Ahora me ha visto y sabe que estoy aquí escondido.

—¿Y con eso qué logramos? —preguntó Lasgol, que no le veía lógica a la idea de Viggo.

—Que el dragón baje a buscarme.

—Oh, ya veo… —se dio cuenta Astrid.

—Lo habríamos obligado a bajar de otra manera —dijo Lasgol que seguía sin estar convencido.

—Mi forma es más rápida. Ya verás como baja y además se cree que estoy yo solo. Le daremos una sorpresa estupenda.

«Tú mucho loquillo».

—Gracias, bicho. Lo intento.

—¿Funcionará tu idea? —se preguntó Lasgol, que miraba hacia el dragón con el arco preparado.

—Pues viendo que se dirige directo a nosotros, yo diría que sí —contestó él con tono triunfal.

—No baja del todo… —dijo Lasgol.

—No tires todavía, no nos descubramos —propuso Astrid.

—No pasa nada, la cúpula de Camu nos protegerá —asumió Viggo tan tranquilo.

El dragón hizo un pasada. Ya sabía dónde estaban pues había visto a Viggo. El gran chorro de fuego liquido cayó sobre ellos según el dragón planeaba sobre sus cabezas. El aliento flamígero topó con la cúpula protectora de Camu y no pudo penetrarla.

«Cúpula sufrir. Yo enviar más energía para reparar».

—¿Veis? Ningún problema.

—Algún problemilla sí que has generado. Ahora sabe dónde estamos —rebatió Lasgol.

—Pues en cuanto baje lo matamos y todo arreglado.

—Ya, pero de momento no baja… —Lasgol no estaba convencido de que la estratagema de Viggo funcionase.

—Qué ganas de volver a usar mi guante y cuchillos nuevos. ¡Me encantan! —expresó Viggo con tono de estar muy excitado.

—Controla tu excitación, que te vas a llevar un disgusto —advirtió Astrid.

—¡Qué va! En cuanto baje tú y yo nos lo cargamos con nuestras preciosas armas doradas —aseguró como si el dragón no representara ningún problema para ellos.

—Sabes que te puede despedazar con sus garras, ¿verdad? —respondió ella.

—Para eso primero me tiene que alcanzar, y no lo hará. Soy demasiado escurridizo para ese enorme patán.

El dragón rojo dio otra pasada y atacó con un ataque mental que no tuvo efecto, ya que la cúpula los volvió a proteger.

«Cúpula dañada. Yo reparar» informó Camu.

—Estoy pensando en ponerme el anillo y atizarle con todo.

—¡Serás bruto! El anillo no es para usarlo con un dragón menor, es para el dragón inmortal. Si lo usas descargarás toda la Estrella Glacial y te quedarás sin poder usar más el cuchillo.

—Tranquila. También podrías haberme dejado la Estrella Glacial Mayor, no la Menor…

—Ya, para que la descargues a lo bruto. Que te conozco…

—Vale… tienes razón. Pues venga, a clavar cuchillo.

—Sin el anillo…

—Sí, tranquila. Lo he entendido. Para el dragón menor una descarga controlada y para el inmortal me pongo el anillo y le descargo todo.

—Esa es la idea, sí —dijo Astrid.

—¿Estáis listos? Ya viene —avisó Lasgol.

—Ya sabía yo, no ha podido aguantarse después de verme. Es que soy irresistible, hasta para los dragones.

Observaron cómo descendía hacia ellos con las garras por delante con la intención de golpear y destrozarles. Los ataques a distancia no habían funcionado, así que bajaba con sus garras y fauces listas para la masacre.

«Tú nada irresistible»

—¡Será tontuelo el lagartijo alado! Mira que bajar a por mí… Se va a llevar una sorpresa de campeonato —se burló Viggo.

—¡Atentos, ya golpea! —exclamó Lasgol.

El dragón bajó y golpeó con todo. Lasgol saltó hacia un lado al tiempo que soltaba. Había invocado Tiro múltiple, Tiro Poderoso, Tiro certero y enviado energía al arco. Al tirar según se lanzaba hacia un lado era probable que fallara, pero su habilidad corregiría el error. El dragón golpeó el suelo y recibió las tres flechas en el lado derecho del cuello. Lasgol buscaba la garganta de nuevo.

Camu se había adelantado en lugar de intentar saltar a ningún lado. Sabía que era demasiado lento y ya había descubierto de forma muy dolorosa que los ataques de este tipo le destrozaban el cuerpo. Pasó por debajo del dragón según terminaba de descender y por fortuna solo le rozó la cabeza.

Astrid y Viggo aguardaban el impacto. No para apartarse, sino para saltarle al cuello. Calcularon el punto exacto, esperaron hasta el último momento y cuando el dragón golpeó el suelo, saltaron sobre él.

Se levantó una polvareda de arena y roca en el lugar en el que el dragón había golpeado. Sin saber qué sucedía recibió las tres flechas, que se le clavaron profundas en el lateral del cuello. Rugió de dolor y rabia y agitó las alas para controlar el golpe contra el suelo y frenar deslizándose sobre la roca. Mientras lo hacía, Astrid y Viggo se colgaron de su cuello, él en el lado donde estaban las flechas, debajo de la boca del dragón, y ella más abajo, donde el cuello se unía al cuerpo.

El dragón rugió mientras apuraba la frenada y se volvió para encarar a sus oponentes. Según se giraba, Viggo le puso las piernas alrededor del cuello y se sujetó como una serpiente. Activó su arma dorada y con un potente golpe clavó el Cuchillo de Sansen buscando su garganta desde el exterior. Se produjo un destello dorado y la hoja del cuchillo penetró hasta la empuñadura.

El dragón levantó la cabeza y chilló con un sonido agudo.

Astrid golpeó en la zona baja del cuello. Se produjo un destello dorado y el filo penetró. En lugar de sujetarse al dragón para volver a golpear, lo que hizo fue dejar caer su cuerpo a peso muerto colgándose del Guantelete de Liriana. La mano derecha la tenía clavada y con la izquierda sobre el guantelete se sujetaba. Debido a su peso, el filo fue cortando hacia abajo y abrió una tremenda brecha en la parte inferior del cuello y en la superior del torso del dragón.

Herido de gravedad, la criatura se sacudió con violencia. Viggo y Astrid salieron despedidos a los lados. El dragón intentó luchar y avanzó hacia el guardabosques, que rodaba por el suelo poniendo distancia con su enemigo. Dio un paso más y se detuvo sabiendo que sus heridas eran demasiado graves. Dio un brinco e intentó huir echándose a los aires. Antes de que ascendiera veinte pasos tres flechas de Lasgol le alcanzaron de nuevo en el cuello bajo la boca. El dragón viró en el aire e intentó remontar, pero no pudo. Se estrelló contra la arena del desierto para quedar semi enterrado en una duna.

Viggo y Astrid se pusieron en pie.

—Esto ha estado de lo más divertido —se pronunció Viggo mirando el cuchillo en su mano.

—¡Te ha gustado, eh! —preguntó Astrid.

—Te voy a confesar que no creía que el enano de los encantamientos lo fuera a lograr, pero después de lo visto, me quito el sombrero ante él. Cuando lo vea le voy a dar un beso en su fea cara. En la frente, eso sí.

Astrid rio.

—Sabía que disfrutarías del guante y del cuchillo.

—¿Disfrutar? ¡Me vuelve loco! Se clava en los dragones como si sus escamas y carne fueran de mantequilla.

—Ha hecho un trabajo sensacional —opinó Lasgol, que se acercó hasta ellos.

Viggo miraba la Estrella Glacial en el dorso de su mano.

—¿Cuántas cargas creéis que tiene?

Astrid se encogió de hombros.

—Yo ya he usado varias descargas. Sigue emitiendo un brillo latente de color azul hielo. Creo que tiene todavía bastantes más.

Viggo se fijó en la suya.

—La mía también brilla. ¡Estupendo! Espero que tenga al menos cien cargas más.

—No te confíes, no serán tantas —advirtió Astrid.

—Ya, ¡qué pena! Creo que me voy a dedicar a recolectar objetos mágicos con energía para alimentar mi guantecito nuevo y lindo —le dio un beso con ojos de enamoramiento.

—No es mala idea. Siempre vamos a necesitar más objetos de poder —afirmó Lasgol.

Camu llegó hasta ellos ya sin camuflaje.

«Yo no recibir daños esta vez. Mucho contento».

—Tú y todos —sonrió Lasgol.

Sobre las rocas rojas que les rodeaban comenzaron a aparecer los guerreros de ojos color rubí con sus jabalinas.

—¿Qué ha pasado? ¿No ibais a distraer al dragón? —preguntó Viggo a Aibin, que los lideraba.

—El dragón no se ha dejado distraer y ha ignorado al monstruo al que hemos llamado. Parece que aprenden de sus errores. Le engañamos antes, pero esta vez se vino directo a la Perla. Era algo que ya nos temíamos —explicó Aibin.

—Bueno, no importa. Yo he hecho de cebo y todo ha salido a la perfección.

—Lo hemos visto. Un tanto arriesgado, ¿no? —Aibin hizo un gesto de que le había parecido excesivo.

—No más de lo habitual en mi caso —respondió Viggo, que se limpió la arena y trozos de roca de las vestimentas.

—Sí, ha sido demasiado arriesgado —opinó Lasgol.

—Da igual. El dragón está muerto y nosotros a salvo. Es todo lo que importa —restó importancia Viggo con tono convencido.

—No tienes razón y te ha salido bien por pura suerte —dijo Astrid.

—Y talento. No olvidemos mi talento

Astrid asintió.

—Derrochas talento —sonrió.

—Bueno, estamos bien y ahora sabemos que los dragones no se dejan engañar —razonó Lasgol.

—Lo que ratifica que son inteligentes —puso mala cara Astrid—. Nos darán más problemas.

—Lo son, y nuestra artimaña no ha funcionado. Hemos temido lo peor por vosotros —dijo Aibin—. Queríamos ayudar, pero no sabíamos cómo.

—No, eso habría sido una mala idea. Os habría matado y no nos habría ayudado —razonó Astrid.

—Es nuestra obligación proteger y ayudar al Hor benigno —dijo Aibin e hizo una reverencia ante Camu.

«Yo agradecer» envió él.

—Vayamos dentro y hablemos con tranquilidad —dijo Aibin.

—Sí, tenemos cosas de las que hablar antes de seguir nuestro camino —dijo Lasgol.

Una vez en el interior de las montañas de sangre, se reunieron con Tor Nassor y Edwina, que había acudido a comprobar que todos estaban bien.

—Me dicen que habéis matado al Hor inferior maligno. Sois unos luchadores increíbles —felicitó el líder de la tribu de los desiertos.

—Gracias. Estamos liberando las Perlas para poder llegar hasta el dragón inmortal e intentar que no consiga llevar su plan adelante —explicó Lasgol.

—En lo que podamos ayudar, contad con ello. No deseamos que los dragones lleguen a nuestro mundo y haremos cuanto podamos por evitarlo —dijo Tor Nassor.

—Hay que vigilar la Perla. Si envían a uno nuevo necesitaremos saberlo —pidió Lasgol.

—Enviaré una paloma a Norghana si así ocurre.

—Gracias, es cuanto necesitamos de momento —dijo Lasgol.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Edwina.

—Sí, no te preocupes por nosotros, ¿y Nilsa? —respondió Astrid.

—Sigue igual. Estoy trabajando en ello —confirmó la sanadora para tranquilizar al grupo.

—¿Qué vais a hacer ahora? —preguntó Tor Nassor.

—Iremos a Norghana a reportar el resultado de las misiones y allí continuaremos con nuestras tareas para detener al dragón inmortal —explicó Lasgol.

—Yo me quedo aquí ayudando a Nilsa y al resto de heridos —dijo Edwina.

—Sabes que te lo gradecemos en el alma —dijo Astrid.

—Cuando necesites volver, envía una paloma y vendremos a buscarte —aseguró Lasgol y señaló a Camu y a sí mismo.

—Lo haré. Tened mucho cuidado, ahora no estaré para sanaros.

—Cierto. Tendremos cuidado —dijo Astrid.

—Marchad tranquilos. Cuidaremos de Nilsa y Edwina —aseguró Aibin.

Lasgol supo que lo harían.

Se preguntó cuanto tiempo tardaría Nilsa en recuperarse. Esperaba que no fuera una eternidad.

Capítulo 41

—La Perlas del Refugio y el desierto han sido liberadas y sin sufrir bajas. ¡Es fantástico! —dijo Egil asintiendo desde el trono. A su derecha estaban Sigrid, Raner e Ingrid, y a su izquierda, Enduald y Annika.

—Los guantes funcionan a la perfección y cortan dragones como si fueran solomillo —expresó Viggo frente al trono. Junto a él estaban Astrid, Lasgol y Camu.

—Nos han permitido matar a los dos dragones y el funcionamiento ha sido perfecto —se le unió Astrid.

—Me alegro de que mi creación haya sido un éxito y funcione bien —se enorgulleció Enduald.

—¡Ya lo creo que funciona! Te debo un beso en la frente —dijo Viggo a Enduald.

Enduald torció el gesto.

—Ni se te ocurra acercarte a mí…

—Es un gran logro. Ya podemos luchar contra los dragones. Muchas gracias, Enduald —agradeció Egil.

—Es mi deber servir a los Guardabosques y al reino —el Mago de Encantamientos hizo una reverencia.

—La pócima para cruzar también funciona estupendamente. Mil gracias, Annika —agradeció Lasgol.

—Sí, ya no caemos inconscientes al cruzar los portales. Es de gran ayuda —asintió Astrid.

—Oh, ¡cuánto me alegro! No estaba segura de poder lograrlo…

—Eres increíble, claro que lo ibas a lograr —felicitó Sigrid.

—Bueno, todavía hay que mejorarla, porque sigue habiendo efectos en la cabeza y el estómago —dijo Viggo.

—Prefiero no tocar el compuesto ahora que ya he logrado que no perdáis la consciencia. Podría perder ese efecto por intentar arreglar los otros —explicó Annika.

—En ese caso mejor no arriesgar —convino Egil—. El logro alcanzado no debemos perderlo. Quedar indefensos al cruzar el portal es algo que no podemos permitirnos.

—Loke me ha comunicado que no ha aparecido ningún otro dragón en el Refugio y parece que en el desierto tampoco, al menos, de momento. ¡Gran trabajo! —felicitó Sigrid.

—Sí, gran trabajo —asintió Egil—. Ahora debemos continuar. Lo más difícil nos aguarda. El objetivo final es encontrar al dragón inmortal y evitar que abra el portal con su mundo.

—¿Cómo quieres que procedamos? —preguntó Lasgol.

—Estoy seguro de que el grandullón sin mollera ha conseguido salvarse de alguna forma. Tenemos que ir a buscarle —soltó Viggo.

—Lo que Asrael nos transmitió no es una prueba de que esté con vida, pero es algo que nos da esperanza —asintió Ingrid.

—Yo también creo que debemos ir a por él —opinó Astrid.

—Sí, vayamos ya mismo —presionó Viggo.

Egil levantó las manos.

—No tan rápido. Aunque siento lo mismo que vosotros, debemos pensar esto bien. No sabemos dónde está. Correr como pollos sin cabeza no lleva nunca a nada bueno. Las cosas hay

que hacerlas bien y con planes trabajados. Lo sabéis.

—También tenemos que ir a por las Estrellas Glaciales. Las necesitamos para las armas doradas —añadió Lasgol.

—Sí, eso es cierto. Las estrellas son ahora una prioridad. Sin ellas solo podremos usar dos armas aparte de la de Lasgol —razonó Egil.

—Yo puedo ir con Camu a buscar las otras —se presentó voluntario Lasgol.

—Y yo iré con vosotros para encontrar a Gerd —se apuntó Viggo.

Ingrid lo miró. Ella no podía acompañarlos, debía quedarse con Egil, en su puesto.

«Yo querer ir».

—Esa puede ser la vía para derrotarlos. Iréis a por las estrellas y una vez allí os coordinaréis con Asrael para que os ayude. Nada de correr riesgos innecesarios. El equipo de Valeria se reunirá con vosotros.

—¿Cómo es eso? —preguntó Viggo.

—Al finalizar la misión en Irinel los envié al norte y de allí han embarcado al Continente Helado. He avisado a Asrael para que vaya a recogerlos.

—Toda ayuda será bienvenida —agradeció Lasgol.

—De acuerdo —dijo Viggo.

—Yo también voy —dijo Astrid.

Egil negó con la cabeza.

—Solo los que sean necesarios. No quiero arriesgar más vidas.

—Pero Egil… —Astrid no quería quedarse atrás cuando Lasgol iba directo al peligro.

—Tengo otra misión para ti. Una importante.

—¿Para mí? ¿Qué misión? —preguntó, aunque por la mirada en sus ojos ya sabía cuál era.

—Necesito que vayas al oeste, a por el objeto de gran poder.

—La Estrella de Mar y Vida.

—En efecto —asintió Egil.

—¿Ir hasta los territorios de la Reina Turquesa? —Viggo silbó.

—Sí, la estrella la tiene ella —dijo Lasgol.

—Y como a mí me conoce muy bien… soy la elegida —dedujo Astrid.

—A ti te aprecia, te considera especial. Y eso viniendo de ella es mucho —dijo Viggo.

—Por eso debes ir ahora que Eicewald no está para ayudarnos con la Uragh —razonó Egil.

Astrid miró a Lasgol.

—Quizá podamos matarlo sin la estrella… —comenzó a decir este.

—Arriesgarnos no tiene sentido. Debemos enfrentarnos al dragón inmortal con todas las armas que tengamos. Iré al Reino Turquesa y hablaré con Uragh para que nos preste de nuevo la Estrella de Mar y Vida —sentenció la cuestión Astrid.

—Pues está bien lejos… y no hay portal —dijo Viggo.

—No te preocupes, tengo un truco que me permitirá ir y venir rápido —dijo Astrid—. Necesitaré de la ayuda de Rangvald —pidió a Egil.

—Estoy seguro de que te ayudará gustoso. Conoce la gravedad de la situación y lo que nos jugamos —respondió él.

—Muy bien —asintió Astrid.

—Os deseo suerte a todos. Tened cuidado, el enemigo al que nos enfrentamos es formidable y una vez deis con él intentará por todos los medios destruiros para que no podáis impedir su plan —advirtió Egil.

—No podrá con nosotros —aseguró Viggo e hizo un gesto con el puño.

—En cuanto logréis las Estrellas Glaciales enviadme noticias.

—Descuida, lo haremos —aseguró Lasgol.

—Si nos topamos con el dragoncito que nos quiere conquistar y esclavizar también —dijo Viggo.

—Proceded con mucha cautela. Es un ser milenario, inteligente, perverso y con gran experiencia a sus espaldas. Recordadlo a cada paso que deis —aconsejó Egil.

—Lo haremos, tranquilo —Lasgol asintió.

—Llevaos el Rayo de Antior y la Doble Muerte de Gim junto con sus guantes y anillos. Valeria, Loke o Luca pueden usarlos una vez tengáis las Estrellas Glaciales.

—Las llevaremos —Lasgol se acercó a Enduald, que abrió los dos cofres junto al trono y se las entregó.

—Muy bien. Marchad y conseguid los objetos de poder. No os enfrentéis a Dergha-Sho-Blaska hasta que Astrid regrese con la Estrella de Mar y Vida.

—Bueno, eso será si no se enfrenta él a nosotros —respondió Viggo.

—Procurad que así sea —advirtió Egil.

Lasgol asintió y Viggo se encogió de hombros.

Por la tarde, Viggo, Lasgol, Camu, Ona y Argi se dispusieron a partir hacia el Refugio para viajar desde allí al Continente Helado, a la Perla en el Valle del Sosiego. Era momento de despedidas y todos eran conscientes de que aquellas no eran como otras.

Ingrid se llevó a Viggo a un lado de los establos.

—Prométeme que no vas a hacer ninguna locura de las tuyas —pidió con ojos llenos de inquietud.

—Ya sabes que no puedo prometerte eso. Las locurillas me salen solas. No puedo evitarlo, mi rubita belicosa.

—Necesito que esta vez te esfuerces. Esta no es una misión cualquiera. Si os topáis con Dergha-Sho-Blaska puede mataros a todos. Y no solo él, sus dragones menores pueden también tenderos una trampa y acabar con vosotros. Yo no estaré allí para ayudar.

—No te preocupes tanto, mi preciosa. Todo va a ir bien —Viggo le dio un beso en la punta de la nariz.

—Tengo un mal presentimiento.

—Eso es solo porque no vienes con nosotros. No nos va a pasar nada malo —dijo Viggo y le acarició la mejilla.

—No quiero perderte.

—No me perderás nunca. Siempre estaré a tu lado, no quiero estar en ningún lugar si no es contigo.

—Prométeme que no harás de las tuyas, que tendrás mucho cuidado —insistió Ingrid y sus ojos brillaron de preocupación.

—Está bien. No haré de las mías, te lo prometo. Me portaré bien por ti, porque te amo.

Una sonrisa tenue apareció en los labios de Ingrid.

—¿Cuánto me amas?

—Más de lo que puedo llegar a entender. Más que a mi vida —dijo Viggo mirándola a los ojos.

Ingrid lo besó con pasión abrazándolo con fuerza. No quería perderlo. No quería que partiese, algo en su estómago le decía que las cosas no irían bien allí.

Junto a los caballos otra despedida estaba teniendo lugar.

Astrid y Lasgol se abrazaban y compartían un momento antes de que sus caminos los separasen en direcciones opuestas.

—Suerte con la reina Druida. Estoy seguro de que conseguirás que nos ceda la Estrella de Mar y Vida.

—Volveré con la estrella, no te preocupes.

—Cuidado con las tormentas marinas. Ya sabes lo peligrosas y traicioneras que son.

—Tú eres el que tiene que tener cuidado. El verdadero peligro está en el Continente Helado. Dergha-Sho-Blaska y sus dragones están allí y esta separación me da miedo.

—Todo saldrá bien.

—¿Y si nos separamos tanto que no volvemos a encontrarnos?

—Tú y yo siempre nos encontraremos. Nuestros corazones están unidos y siempre se encontrarán, pase lo que pase —aseguró Lasgol.

—Quiero creerlo, pero esto no me gusta nada.

—Nos hemos separado muchas veces y no ha ocurrido nada.

—Pero esta vez es diferente. Lo presiento. No es solo que vayamos en sentidos contrarios, siento que algo malo nos aguarda.

—Es solo la preocupación de la separación y la gran distancia que va a haber entre nosotros. Pero eso no importa. Da igual lo lejos que estés, yo siempre volveré a ti. Te encontraré donde sea que vayas.

—¿Me lo prometes? —Astrid le miró con ojos de súplica.

—Te lo prometo —dijo Lasgol convencido—. Te encontraré pase lo que pase.

—¿Porque me amas?

—Porque te amo con locura y siempre lo haré.

—Y yo a ti, mi amor.

Lasgol la besó lleno de amor y pasión. Nada se interpondría entre ellos, nunca. Lasgol la encontraría, aunque tuviera que recorrer el mundo entero y enfrentarse a los mayores peligros y retos.

Capítulo 42

Astrid estaba preparada para ponerse en marcha hacia la ciudad portuaria de Oslenbag donde le esperaba el capitán Olsen. Su caballo rebufó y ella le acarició el hocico.

—Enseguida marchamos, no estés impaciente —le dijo frente a los establos reales.

Solo le faltaba un pequeño, pero muy importante detalle. Miró hacia la torre de los magos de hielo y vio que Rangvald salía de ella. Suspiró. Esperaba que fueran buenas noticias de lo contrario su viaje por mar iba a ser uno muy largo. Eso era algo que quería evitar. El reino turquesa estaba realmente lejos y la travesía marítima llevaría semanas, en ambas direcciones.

Rangvald llegó hasta ella y le sonrió.

—¿Buenas noticias? —le preguntó Astrid.

—Buenas son, sí.

Astrid resopló aliviada

—Menos mal.

—Curioso objeto el que me has dejado —dijo mostrando la caracola en su mano.

—Es un regalo de la Reina Turquesa.

—Un objeto único diría yo.

—Con una función muy interesante y que yo necesito para este viaje.

—Emite viento, es de lo más insólito —Rangvald miraba el objeto en su mano con ojos de gran interés.

—Entonces, has podido hacer lo que te pedí, ¿verdad?

Rangvald asintió.

—Sí. Lo he cargado con energía de varios de los magos de hielo. No estaba seguro de que fuera a almacenarla. La mayoría de los objetos de poder no suelen tener una forma de recargarlos. Una vez se agota la energía que acumulan, el objeto queda inservible. Este no. Lo cual lo hace todavía más interesante.

—Es lo que pensé. La reina turquesa tiene magia de mar y vida. Este objeto es de su creación. Es por ello por lo que es un objeto viviente y como tal debe poder ser recargado. O eso pensé.

—Pensaste bien —le sonrió Rangvald.

—¿Cuánto lo has recargado?

—Hasta el máximo que permite el objeto.

—Eso es estupendo. Podré ir hasta el Reino Turquesa y regresar diez veces más rápido de lo normal.

—Eso me gustaría experimentarlo.

—Puedes acompañarme si así lo deseas.

—Ojalá pudiera. Pero mis obligaciones me retienen aquí —expresó Rangvald con tono triste. Quizás un día.

—Un día entonces —se despidió Astrid y montó.

Salió de la capital y cabalgó tan rápido como su montura pudo y llego al puerto de Oslenbag. El navío que le esperaba estaba ya listo para zarpar. Dejó la montura en el establo del puerto y bajó al muelle.

—Buenas tardes, capitán Olsen —lo saludó llegando al navío.

—Buenas son ciertamente. Tenemos viento a favor para el comienzo del viaje.

Astrid subió al barco.

—No vamos a tener que preocuparnos por el viento, exceptuando el de las tormentas —le dijo Astrid y le mostro la caracola mientras sonreía.

—Oh, no… La caracola de los vientos… ¿Está cargada?

—Al completo.

El Capitán Olsen se llevó a la mano a la frente.

—¿No podemos navegar sin magia? Es más seguro y no asusta a la tripulación.

—Capitán, ¿No tendrás miedo de una caracola?

—Ya sé lo que hace esa caracola y a eso sí le tengo… respeto.

—Por desgracia esta es una misión de alta urgencia. Debemos ir al reino turquesa y regresar, volando sobre las olas.

—Me lo temía…

—Ánimo. Será un viaje breve y luego podrás volver a los largos días en la mar.

—Está bien. Voy a asegurar todo el velaje y a hablar con la tripulación para intentar que no les dé un ataque al corazón cuando comience la travesía.

Astrid sonrió.

—Gracias, capitán —Miró al mar y se sintió mejor. Terminaría con la misión rápido y regresaría con Egil trayendo la Estrella de Mar y Vida. El fin del dragón inmortal y sus planes de conquista y esclavitud para Tremia estaban un poquito más cerca. Podía sentirlo.

Lasgol, Viggo, Camu, Ona y Argi aparecieron frente a la enorme Perla del Valle del Sosiego. Lasgol sintió un frío gélido en la cara que lo ayudó a sobrellevar el aturdimiento. No tuvieron tiempo ni de situarse. En frente, a diez pasos, vieron a la criatura que guardaba el portal: un dragón menor blanco, un elemental de aire. Estaba sobre el suelo. Si ellos estaban sorprendidos, el dragón parecía confundido. Miraba el portal sobre la enorme Perla como esperando a que alguien surgiera de él.

En medio del aturdimiento y el dolor de estómago, Lasgol se dio cuenta de que estaban cubiertos por el camuflaje de Camu, por eso el dragón blanco estaba perplejo. No los veía, pero sabía que estaban allí a su lado. Se llevó al mano a la espalda y recordó que llevaba la jabalina dorada junto al Arco de Aodh. Viggo llevaba el hacha de dos cabezas.

El dragón blanco rugió y sacudió las alas, pero no echó a volar. Seguía con la mirada fija en el portal.

«Dragón elemental de aire. Y dragón elemental de Agua» avisó Camu.

«¿Dragón elemental de agua? ¿Dónde?» Lasgol no lo había visto.

«Otro lado Perla».

«¿También en tierra?».

«Sí. Estar descansado los dos».

—Ataquemos antes de que reaccionen y echen a volar —susurró Viggo tan bajito que apenas lo oyeron.

«Camu, si hablamos nos escucharán, dile a Viggo en un mensaje mental que luchar contra dos dragones a la vez puede ser demasiado peligroso».

«Estar yo también. Ser tres contra dos».

«Demasiado peligroso, Camu díselo a Viggo».

«Yo decir».

—Tenemos que despejar esta Perla —susurró Viggo.

«Busquemos refuerzos primero. Díselo».

El dragón blanco debió oírlo y avanzó sobre sus potentes patas. Se detuvo a tres pasos y comenzó a husmear, rastreando frente a ellos.

«¡Nos ha detectado! ¡Nos defendemos!».

Viggo salió del camuflaje y con un salto enorme se echó al cuello del dragón, que no lo vio hasta que ya lo tenía encima. Lasgol invocó Tiro Poderoso y Tiro Certero y apuntó al ojo derecho de la bestia, evitando dar a Viggo, que saltaba por la izquierda.

El dragón soltó una dentellada a Viggo según se agarraba a su cuello. Las fauces pasaron rozando la cabeza del guardabosques, que se aferró al cuello con manos y pies como si fuera un auténtico mono en una rama de un árbol.

La flecha de Lasgol alcanzó al dragón en el ojo derecho y el monstruo rugió de dolor. Un rugido que alertó al dragón azul. Se impulsó y echó a volar sobre la Perla y el portal para ver desde las alturas lo que sucedía.

El dragón blanco recibió una cuchillada de Viggo en el cuello. Se produjo un destello dorado intenso y la hoja del arma penetró profunda. El dragón sacudió el cuello de forma violenta entre rugidos, intentando librarse de su atacante. No lo consiguió. Viggo se aferraba con pies, manos y cuchillo, que seguía clavado con fuerza. Al ver que no podía deshacerse de su enemigo, el dragón envió un ataque mental que Viggo recibió en mente y cuerpo. Salió despedido a un lado y cayó al suelo quedando aturdido e indefenso. El dragón abrió las fauces y se dispuso a enviar su ataque elemental de relámpagos de tormenta.

Lasgol destelló dos veces en verde y otra en dorado y soltó alcanzando al dragón de pleno en el ojo izquierdo. El monstruo echó la cabeza hacia atrás y el torrente de rayos salió desviado hacia arriba.

«¡Cubre a Viggo!» pidió Lasgol a Camu.

«Yo avanzar. Todos conmigo».

Avanzaron y Camu consiguió hacer desaparecer a Viggo al tiempo que lo cubría con su cúpula de protección antimagia.

El dragón blanco dio varios pasos hacia atrás sacudiendo la cabeza, loco de rabia y dolor. Rugía y soltaba zarpazos a derecha e izquierda.

Lasgol esperaba haberlo cegado, pero no estaba seguro de si sería así. Pensó en seguir atacando cuando cayó el aliento helado del dragón azul desde los cielos.

«Ataca con aliento de hielo. ¿Cómo va tu defensa?».

«Debilitar. Yo enviar más energía».

«De acuerdo. Veamos qué podemos hacer contra ese».

El dragón pasó sobre ellos y atacó con un ataque mental.

«Barrera aguantar. Yo enviar más energía».

Lasgol sabía que Camu podría aguantar un rato con la defensa activa, pero al final se quedaría sin energía si no contratacaban. Puso una flecha en su arco y apuntó. Cuando el dragón pasó a cien pasos sobre ellos tiró buscando alcanzarle en el vientre con ayuda de su habilidad Tiro Múltiple. Las flechas se clavaron profundas en la criatura, que se alejó rugiendo de rabia y dolor y comenzó a virar en las alturas para volver a atacar.

—¿Estás bien, Viggo? —Lasgol quería asegurarse.

—Perfectamente. Ya me estoy acostumbrando a tener siempre dolor de cabeza y estar mareado. Cuando no esté así lo voy a echar de menos.

—Ten cuidado. Los ataques mentales te pueden dejar fuera de combate.

—Lo tenía controlado, no te preocupes.

—Ya, bueno, no lo parecía.

—Hay que hacer bajar al azulito ese.

—No sé yo si lo vamos a conseguir ahora que ha visto lo que le ha pasado al blanco.

—Tú sigue atacando con flechas. Ya verás como se cansa de echarnos su aliento cuando vea que no nos hace nada.

—Muy bien.

«Ona, no salgas del lado de Camu y que Argi tampoco salga» envió Lasgol.

Ona gruñó una vez.

El dragón azul volvió a pasar sobre ellos y atacó con un ataque mental que golpeó la cúpula defensiva de Camu.

«Ataque mental…».

Lasgol soltó y tres nuevas flechas se clavaron profundas en el vientre del dragón, que volvió a rugir de dolor y rabia.

—¿Va algo mal, Camu? —preguntó Lasgol, que había percibido algo raro en el mensaje de su amigo.

«Cúpula mucho débil».

—Envía más energía y repárala.

«Ya hacer… No reparar bien».

—¿Cómo que no reparar bien? —preguntó Viggo.

«Algo no ir bien».

—¿Qué es, Camu? —preguntó Lasgol.

«No saber…».

El dragón atacó ahora volando muy bajo planeando sobre el suelo helado a no más de una vara de altura.

—¡Ese viene directo a estrellarse contra nosotros! —advirtió Viggo.

—¡Movámonos, no puede vernos! —exclamó Lasgol.

«Todos izquierda» —dijo Camu.

Se movieron con rapidez, pero el dragón ya estaba encima. Abrió la boca y soltó un cono de aliento helado. Iba a chocar contra ellos con toda la potencia de su vuelo y de su enorme cuerpo.

La cúpula de Camu detuvo el ataque de hielo, pero quedó destruida. Según pasaba con el ala derecha alcanzó a Lasgol, que salió despedido hacia un lado. Cayó al suelo y resbaló por él varios pasos alejándose de sus compañeros.

«¡Lasgol!».

—¡Arriba, rarito!

Lasgol se puso en pie. Su defensa Protección de Boscaje había absorbido el golpe. Varios trozos habían salido despedidos, así que envió energía para reforzarla donde había quedado dañada. De inmediato invocó Árbol Protector, antes de que alguno de los dos dragones atacara de nuevo. Se produjo un destello verde y el árbol defensivo lo envolvió.

«No cúpula antimagia» avisó Camu.

—Pues crea otra, rápido —dijo Viggo, que observaba al dragón azul girar en el cielo para volver a atacar.

«No poder…».

—¿Cómo que no poder? ¿¡Estás de broma!? —preguntó Viggo con tono de no poder creerlo.

«Habilidad fallar».

—¿Ahora? ¿Te falla ahora? —Viggo no daba crédito.

«Camuflaje fallar también».

De pronto se quedaron al descubierto.

«Ona, llevar Argi» envió Camu. Ona cogió al lobezno y se lo llevó corriendo.

—¿Pero se puede saber qué te pasa? —preguntó Viggo.

«No saber… magia no ir bien…».

—Pues estamos buenos…

El dragón blanco, que estaba a unos pasos, abrió la boca, pero en lugar de enviar un torrente de relámpagos y descargas, envió una fuerte ventolera. No podía verlos incluso sin camuflaje, estaba casi ciego, así que atacó girando su cabeza en semicírculo cubriendo una amplia área ante él para asegurarse de dar a su objetivo. Alcanzó a Viggo y Camu y la terrible fuerza del viento se los llevó volando por los aires. Cayeron a varios pasos y se dieron un golpe tremendo. Viggo, que había volado más lejos que Camu por su menor masa corpórea, se quedó tumbado en el suelo con el cuerpo dolorido.

Lasgol iba a atacar al dragón blanco cuando vio al azul, que ya se les echaba encima. Estaba a trescientos pasos. Necesitaba llamar su atención, pues no quería que fuera a por Camu o Viggo que estaban en el suelo. Invocó a su habilidad Flechas Elementales y luego Tiro múltiple y Tiro Potente. Envió mucha energía a su arco y se produjeron tres destellos verdes y otro dorado. Las flechas salieron hacia el dragón, que venía raseando de frente con la boca abierta dispuesto a congelarlo vivo con su aliento. Las flechas de fuego alcanzaron al dragón en cabeza y boca justo antes de su ataque. Las tres explosiones ígneas hirieron a la criatura, que rugió de furia. Se elevó y girando la cabeza envió un ataque mental a Lasgol. Por suerte, la protección antimagia recibió el impacto. Era fuerte, pero el árbol aguantó. Parte de sus hojas y ramas cayeron al suelo y Lasgol envió energía de inmediato a repararlo.

Viggo se levantó y comprobó que no tenía nada roto. Vio al dragón azul alejarse y corrió como una gacela hacia el blanco, que volvía a enviar otro vendaval. Viggo lo vio y dio un rodeo para llegar hasta él por el costado evitando que los vientos huracanados que lanzaba lo alcanzaran y se lo llevaran volando.

Camu se puso en pie e intentó invocar su camuflaje. Esta vez sí funcionó. Despacio, se movió hacia donde estaba Lasgol, que ya tiraba de nuevo contra el dragón azul. Las flechas alcanzaron al dragón, que ahora bajaba con las garras por delante a despedazarlo. Lasgol soltó tres de fuego y cuando las garras estaban a punto de alcanzarlo, se lanzó a un lado tan rápido como pudo. Sus habilidades Agilidad Mejorada y Reflejos Felinos eran ahora todavía más potentes al poder usar mucha energía en ellas.

El dragón azul golpeó el suelo con sus garras levantando y esparciendo trozos de hielo. Lasgol se giró y volvió a enviar tres flechas de fuego que le alcanzaron de nuevo en la cabeza. El dragón se deslizó por el suelo y giró sobre sí mismo. Abrió la boca para atacar a Lasgol, pero recibió tres flechas más en la boca que llegaron hasta la garganta. Las explosiones cumplieron su propósito. Su cabeza cayó al suelo y miró a su compañero, el dragón blanco. Viggo estaba encaramado a su cabeza y le había clavado el Cuchillo de Sansen dos veces penetrando en cráneo y cerebro.

Los dos dragones murieron tras un momento.

—Ha estado cerca —dijo Viggo, que limpiaba su cuchillo junto al cuerpo del dragón que acababa de matar.

—¿Qué te ha pasado, Camu? —preguntó Lasgol preocupado acercándose hasta él.

«No saber…». Camu se hizo visible.

—¿Puedes usar tu magia?

«Creer que sí. Yo probar». Camu abrió la boca y dejó salir su Aliento Helado.

—Pues sí que parece que puede —dijo Viggo acercándose.

Ona y Argi llegaron también hasta ellos.

—No será nada —dijo Lasgol a Camu para que no se preocupara, pero le parecía extraño lo que había sucedido.

A Camu nunca le había fallado su magia en medio de un combate. Si volvía a pasar podrían morir. Eso dejó a Lasgol muy preocupado, pero no lo exteriorizó. Viggo miró con ojos de duda. Lasgol negó con disimulo aprovechando que Camu estaba distraído con Ona y Argi y Viggo lo entendió.

—Bueno, veamos el lado positivo del asunto. Hemos liberado esta Perla —se pronunció.

«Perla importante. Valle Sosiego».

—Y la entrada al Continente Helado —asintió Lasgol.

—Bien. Sigamos, hay que encontrar a Asrael y también al equipo de los Zorros Blancos.

—¿Equipo de los Zorros Blancos? —Lasgol miró extrañado.

—El equipo de Valeria, Molak, Luca y los otros. He decidido llamarlos los Zorros Blancos.

—No sabía que necesitaban un nombre.

—Todo equipo que se precie tiene uno.

«A mí gustar Zorros Blancos».

Ona himpló una vez.

—Veo que a Ona también. A mí me parece buen nombre. ¿Puedo saber por qué zorros?

—Porque son astutos y creativos. Pero no se lo digas, ya se lo diré yo a su debido tiempo.

Lasgol sonrió.

—De acuerdo.

—Ahora salgamos de aquí. ¿Crees que los dos guardianes esos nos dejarán pasar?

—¿La serpiente y la araña descomunal?

—Sí, esos dos pequeñines horripilantes que guardan la entrada.

«Dejar pasar. Estar conmigo».

—Ahí tienes la respuesta.

—Más vale que así sea. No me apetece que me metan más veneno en el cuerpo.

Capítulo 43

Salieron del Valle del Sosiego sin más incidentes. Los dos terroríficos guardianes dejaron pasar al grupo al ver que iban con Camu. Lasgol creía que lo más probable era que ya los conocieran y aunque fueran sin Camu los dejaran pasar. Viggo no quería arriesgarse a que lo comieran vivo, lo envenenaran o ambas cosas.

Una vez fuera del gran glaciar, la gélida temperatura del Continente Helado los recibió con su abrazo helado. Se detuvieron un momento para asegurar bien los ropajes y macutos. La temperatura era realmente baja y el viento reinante empeoraba la sensación.

—¿Por qué hace siempre tanto frío en este lugar? Uno diría que estamos en el reino de los Dioses de Hielo —se quejó Viggo.

—Llevamos ropaje de invierno, aguantaremos —dijo Lasgol y señaló las vestimentas de su compañero, blancas de pies a cabeza y reforzadas para aguantar temperaturas extremas como las que allí hacían.

—Los únicos que pueden sobrevivir aquí son los Salvajes de los Hielos y las otras tribus que tienen todas esas pieles —dijo Viggo.

—Camu, Ona y Argi no parecen tener problemas con este frío —indicó Lasgol.

—Eso es porque son animales de las nieves y del hielo. Nosotros somos humanos y los humanos se congelan. ¿O no te lo habían dicho?

«Tú mucho ruido. Poco frío».

—Poco frío dice el bicho —se quejó Viggo subiéndose el pañuelo hasta los ojos para tapar nariz y orejas.

De pronto tres Pobladores de la Tundra aparecieron ante ellos. Sorprendidos, Lasgol y Viggo se llevaron las manos a las armas. Los Pobladores observaron un momento con sus ojos de un gris intenso y su piel blanca cristalina, que resplandecía reflejando la luz del día. Su pelo níveo brillaba como si se hubiera convertido en nieve. Tenían cuerpo atlético y estilizado, aunque no eran muy musculosos. No hicieron ningún gesto hostil. Uno de ellos los señaló con el dedo índice y luego se señaló a sí mismo y a sus compañeros. Luego indicó hacia el norte.

—Creo que nos dicen que tenemos que ir con ellos hacia el norte —dedujo Lasgol.

—Espero que los haya enviado Asrael y que no nos lleven a una encerrona… —Viggo miraba con ojos de desconfianza.

—Supongo que lo averiguaremos pronto —dijo Lasgol, aunque en el fondo sabía que los había enviado Asrael. Ya les había dicho que estaba vigilando el Valle del Sosiego y que enviaría a alguien a recibirles.

Se dirigieron al norte siguiendo a los tres pobladores, que avanzaban en silencio. Caminar sobre la helada superficie de aquel continente de hielo era siempre una experiencia ardua. El suelo era resbaladizo y duro, pero sobre todo les afectaba el frío que hacía y lo terrible y cortante que era el viento en aquel entorno.

Continuaron tras ellos, que los condujeron al interior de un glaciar de altas paredes de color blanco azulado a través de túneles y aberturas en el interior de los bloques de hielo.

—Mucho mejor aquí adentro —dijo Viggo, que hasta se bajó un poco el pañuelo para ver mejor.

—Sí, aquí no da el viento.

—Y la temperatura tampoco es tan baja —señaló Viggo.

Cruzaron el glaciar y, al salir por el otro lado, se dirigieron a una caverna en una montaña cubierta de hielo. Tenía varios túneles y tomaron uno bastante amplio. Para poder ver encendieron antorchas. Lasgol invocó su Luz Guía y así pudieron caminar sin problemas. Argi, que no se separaba de Ona, encontró el punto de luz de Lasgol fascinante e intentaba morderlo dando potentes saltos.

Salieron de los túneles y se dirigieron a otro glaciar, este de color marrón blanquecino. No estaba demasiado lejos, pero el viento y el hielo bajo sus pies comenzaba a castigarles de nuevo. Los pobladores no parecían sufrir el clima en absoluto.

«Sentir cansado» envió de pronto Camu.

—Eso es extraño. ¿Quieres que paremos?

«No parar. Solo un poco cansado».

—Igual necesita comer. Dale de las provisiones —sugirió Viggo.

Lasgol sacó del macuto comida que siempre llevaba consigo y se la dio. Camu comió, pero pronto dejó de hacerlo. No parecía tener mucho apetito.

—¿Estás bien, Camu? —preguntó Lasgol con preocupación.

«Sí bien, Seguir».

Lasgol y Viggo se miraron. Algo le pasaba a Camu.

Llegaron al glaciar marrón y vieron una hendidura en la altísima pared. Los pobladores les indicaron que debían entrar, pero ellos no lo hicieron.

—Ahora sabremos si son amigos o enemigos —susurró Viggo, que ya tenía el Cuchillo de Sansen en la mano derecha.

Lasgol asintió. Cogió su arco, puso una flecha y se preparó.

Llegaron al final del paso y un rectángulo de altas paredes y un techo de hielo se abrió ante ellos. Había varias personas en el centro. La primera era un Arcano de los Glaciares, pero no era Asrael, era mucho más joven.

Lasgol levantó el arco y Viggo el cuchillo. Detrás de ellos, Camu, Ona y Argi se tensaron.

—Tranquilos, es amigo —dijo una voz femenina que todos reconocieron.

—¡Vaya, mira quién está aquí! ¡La rubita seductora! Has viajado lejos… —dijo Viggo sonriendo.

—Bastante lejos, sí, y no solo yo —dijo devolviendo la sonrisa. Pudieron ver que con ella estaban Molak, Sugesen, Gonars, Frida y Elina.

—Ha venido todo el equipo a recibirme. No hacía falta que os molestarais —bromeó Viggo.

—Habéis llegado rápido —dijo Lasgol.

—Somos rápidos —dijo Luca acercándose.

—Y muy eficaces —añadió Molak, que también se acercó a saludar.

—¿Qué tal está el guardabosques más arrebatador de todo Norghana? —dijo Valeria a Lasgol.

—Val… no empieces.

—Está bien, seré buena. Me alegro mucho de verte. Tienes buen aspecto.

—Yo también de verte a ti —sonrió Lasgol.

—¡Mira dónde nos hemos tenido que ver! ¡En el fin del mundo! —bromeó Valeria.

—Un poco lejos sí que estamos —tuvo que reconocer Lasgol.

—A Camu lo vi hace poco, pero a estas dos preciosidades no —dijo Valeria antes de ir a saludar. Se agachó a acariciar a Ona y Argi.

—Mis chicas favoritas, Frida y Elina —saludó Viggo con una gran sonrisa.

—Espero que no te envenenes en esta misión —dijo Frida.

—Conmigo nunca se sabe —rio Viggo.

—Eso seguro —rio Elina.

Mientras se saludaban, el joven Arcano de los Glaciares observaba apoyado en su bastón. Lasgol lo miraba de reojo. Tenía el característico aspecto de los de su etnia, con su llamativa piel azul. Su rostro era más humano que el de los Salvajes de los Hielos o los Pobladores de la Tundra. Sus ojos azules brillaban y se percibía inteligencia en ellos. Llevaba la cabeza afeitada con un gran tatuaje blanco de una extraña runa. Se apoyaba en un largo cayado construido con huesos de animal y decorado con diferentes runas talladas y huesos. Al cuello también llevaba varios huesos de animales que adornaban su vestimenta de pieles.

Valeria se dio cuenta.

—Permitidme que os presente a Raelser —dijo señalando al arcano.

—Un placer —dijo él en norghano con algo de acento.

Lasgol llevaba puesto el anillo de su madre, que le permitía entender las lenguas de los pueblos del Continente Helado, pero aquel joven había hablado en norghano y bastante bien.

—El placer es nuestro —respondió Lasgol.

—¿Te envía Asrael? —preguntó Viggo.

—Así es.

—¿Y cómo lo puedes demostrar? —insistió enarcando una ceja con mirada desconfiada.

—Soy ayudante de Asrael. Estudio lenguas y culturas de Tremia para ayudar a mi pueblo en sus relaciones con ellas. Mi maestro y líder me dijo que debía encontrarme con Lasgol, portador de un arco dorado y poseedor del Don; con Viggo, asesino excepcional, incomparable con los cuchillos; con Camu, increíble Criatura de los Hielos, un Drakoniano Superior al que acompaña siempre su hermana Ona, pantera de las nieves, y veo que también con un cachorro de lobo gigante. Me indicó que primero debía encontrar al equipo formado por Valeria, Frida, Elina, Molak, Luca, Sugesen y Gonars, todos Guardabosques Especialistas de gran valía.

—Vale, te creo —Viggo hizo un gesto de la mano indicando que era suficiente explicación.

—¿Tienes algún mensaje de Asrael para nosotros? —preguntó Lasgol.

—Sí: sigue buscando al dragón inmortal, la Señora de los Glaciares ha detectado su presencia.

—¿Izotza? Entonces seguro que está aquí. ¿Está cerca? —quiso saber Lasgol.

—Más al norte. Se está investigando. Asrael ha enviado exploradores y la Señora de los Glaciares está intentando establecer el lugar concreto.

—Deberíamos ir —dijo Viggo.

—Primero necesitamos las estrellas —dijo Lasgol—. Cuantas más armas tengamos, más posibilidades de matarlo.

—Vale… Tienes razón —cedió Viggo.

—Yo tengo las localizaciones de las cuatro estrellas. Os guiaré hasta ellas y os ayudaré a conseguirlas. Es parte de mi cometido.

—Estupendo. ¿Cuándo partimos? —preguntó Lasgol.

—Descansad un momento y partiremos. La primera está cerca —dijo Raelser.

Descansaron un rato, lo cual Camu agradeció. Ona y Argi se tumbaron a su lado.

El grupo continuó charlando y bromeando. Lasgol pensó que con la ayuda de aquel equipo la misión parecía ahora más asequible. Seguían teniendo que enfrentarse a un poderoso e inteligente dragón inmortal, pero al menos tenían un gran equipo para luchar contra él y sus dragones menores. Lasgol aprovechó para ponerles al día sobre las armas doradas y los guantes y

anillos de Enduald.

—El Rayo de Antior es para ti, Valeria —se lo entregó Lasgol—. Nilsa no podrá usarlo en un tiempo.

—Vaya, gracias. Me siento muy honrada, gracias por la confianza —Valeria cogió el arma en sus manos con expresión de estar realmente sorprendida y honrada—. Pagarán por lo que le hicieron a Nilsa.

—El hacha de dos cabezas, hasta que encontremos a Gerd, es para ti, capitán Maravilloso —dijo Viggo y se la entregó.

Molak la cogió en sus manos.

—Sorprendente. No pesa nada para lo inmensa que es.

—Úsala bien.

—Descuida, lo haré.

—Y bueno, si estos dos caen en batalla, Luca, Sugesen y Gonars, recogeréis el arma y el guante y seguiréis luchando —dijo Viggo.

—Un tanto funesto, pero entendido —replicó Luca.

—Mejor si no hace falta —deseó Sugesen.

—Ya, pero por si acaso, ya lo sabéis. Órdenes del rey —dijo Viggo.

—¿Y si caes tú? —preguntó Frida.

—No te preocupes, yo no caeré —guiñó un ojo Viggo.

—Ya, ya… —dijo Elina.

Se pusieron en marcha siguiendo a Raelser y a los tres Pobladores de la Tundra que lo acompañaban. El Arcano de los Glaciares no había exagerado cuando dijo que la primera estrella estaba cerca. Llegaron enseguida.

—Esa es la cueva —señaló Raelser.

—¿Entramos? —preguntó Viggo decidido.

—No, eso sería muy peligroso. Dentro está Jazibela, es una Criatura del Hielo y es poderosa. No será sencillo convencerla para que se desprenda de la Estrella Glacial. No es recomendable usar la fuerza contra ella en su madriguera, pues podría haber muertos. Ya de por sí es poderosa, pero con la Estrella Glacial que tiene en su poder, lo es más.

—De acuerdo. No entraremos a la fuerza —dijo Lasgol en voz alta para que todos lo oyeran, en especial Viggo.

—¿Entonces qué hacemos? ¿Se la pedimos por las buenas? —preguntó este con cara de niño bueno.

Raelser sonrió.

—Algo parecido. Camu puede pedírsela, es una Criatura del Hielo y puede que a él se la preste.

«Yo pedirle a buenas».

—¿Y si ataca? —Lasgol no estaba nada convencido.

«Yo vencer».

—Ya, en tal caso entraremos todos a una y la abriremos en canal —afirmó Viggo.

—¿No podemos hacerla salir? —preguntó Lasgol a Raelser.

—Rara vez sale de su madriguera. La última vez fue hace una centuria.

—Entonces por nosotros no creo que salga —afirmó Valeria.

A Lasgol no le gustaba la idea de enviar a Camu solo, pero tampoco tenían muchas más opciones y necesitaban la Estrella Glacial. Tenían dos armas sin estrella con ellos y dos más en Norghana. Tendrían que arriesgarse.

—Comprueba si tu cúpula antimagia funciona. Esa criatura tiene magia.

Camu cerró los ojos y destelló en plata antes de formar la cúpula.

—Bien, iremos los dos. Si no me deja entrar tendrás que hacerlo tú solo.

«Entendido».

Lasgol realizó su tabla precombate y terminó con Árbol Protector.

—Magia de Naturaleza y Marcial… interesante —captó Raelser con ojos entrecerrados.

—Sí, tengo una combinación de ambas. Vamos, Camu. ¡Todos atentos a mi señal!

—Tranquilo, entraremos con todo en cuanto des el aviso —dijo Viggo.

Todos tenían sus arcos en las manos y Valeria y Molak portaban las armas doradas a la espalda.

Camu y Lasgol entraron en la cueva.

Estaba oscuro. Lasgol invocó Luz Guía y pudieron ver algo. Avanzaron y comenzaron a descender por lo que parecía un gran túnel escarbado en la tierra. Cada vez era mayor la oscuridad. Después de un momento la luz del exterior ya no alcanzaba su situación. El túnel de entrada los condujo a una gran caverna que no era natural, sino excavada a mano. Todo a su alrededor era oscuridad, pero gracias a la luz de Lasgol podían diferenciar una veintena de túneles que surgían de la gran caverna.

«¿Quiénes sois? ¿Por qué venís a interrumpir mi descanso?» llegó el mensaje junto a un sentimiento de profunda molestia.

«Yo ser Camu. Drakoniano Superior. Venir a pedir favor».

«Tu poder lo capto, Criatura del Hielo. Sin embargo, quien te acompaña, aunque tiene también poder, no es de los nuestros».

«Ser amigo. Venir conmigo».

«Tú puedes quedarte. El humano debe irse».

«Humano no peligroso».

«Lo sé. No podría dañarme con su poder. Aun así, no quiero un humano en mi morada».

«Me iré, no hay problema» envió Lasgol y comenzó a retrasarse. Dejó la Luz Guía junto a Camu para que pudiera ver en aquella oscuridad.

«Humano marchar. Tú poder dejarte ver».

La criatura avanzó saliendo de uno de los túneles. Era una bestia de un aspecto singular. Parecía una gigantesca culebra albina y ciega. No tenía extremidades y su cara y boca eran de reptil, algo más parecido a un lagarto que a una serpiente. Sus ojos eran también de lagarto, pero parecía ciego al ser dos grandes puntos blancos. Abrió su larga y gran boca y aparecieron varios dientes de tamaño considerable. Definitivamente no era una serpiente, sino algún tipo de lagarto o cocodrilo enorme sin patas y albino.

«Soy Jazibela y este es mi hogar. Tu eres un gran reptil, como yo».

«Yo gran reptil, sí».

«Los dos tenemos poder. ¿Captas el mío?».

«Yo captar».

«Hace tiempo que nadie viene a visitarme… mucho, mucho tiempo. Vivo sola bajo tierra en mi reino subterráneo. ¿Por qué vienes a verme, joven reptil?».

«¿Cómo saber yo joven?».

«Eso es evidente».

«Necesitar tu Estrella Glacial. Solo prestar. Yo devolver».

«Esa es una petición muy inusual. ¿Por qué necesitas mi Estrella Glacial?».

Lasgol estaba más retrasado, escondido, pero podía ver la escena. Camu estaba proyectando

los mensajes de la criatura y Lasgol podía escuchar la conversación. En la entrada de la caverna esperaba el resto con las armas preparadas y a una señal del guardabosques entrarían.

«Necesitar para derrotar gran enemigo».

«¿No eres un poco joven para enfrentarte a un gran enemigo e incluso para tener uno?» la enorme criatura se acercó más a Camu y lo husmeó con sus orificios nasales.

«Poder ser, pero tener».

«La cuestión es que me costó mucho conseguirla, y la necesito».

«¿Necesitar? Tú ya poderosa. Mucho».

«Sí, lo soy. Pero uso la estrella para generar calor. Lo necesito. Este mundo es muy frío».

«¿No poder generar calor con poder?».

«No, no puedo. Mi poder no genera calor. Puede escarbar toda la tierra de este continente, pero no puede generar calor».

«Yo devolver estrella».

«¿Y qué gano yo con ello? Aparte de pasar frío mientras te la llevas…».

«Si tú dejar, yo traerte otro objeto para calor».

«Ya tengo la estrella para eso».

«Yo dar algo a cambio. ¿Qué querer?».

La gran criatura se quedó callada, pensativa. Por un largo momento no dijo nada y luego se pronunció.

«Hay algo que no tengo y me estoy dando cuenta de que echo de menos».

«¿Qué ser?».

La respuesta sorprendió mucho a Camu.

«Compañía».

«Yo poder ser compañía».

«Interesante… De acuerdo. Te dejaré la Estrella Glacial, pero tendrás que volver con ella cuando termines y tendremos charlas».

«De acuerdo. Charlas».

«Dile a tu humano que se acerque y se la daré».

«Él oír».

La gran criatura asintió.

Muy lentamente y con cuidado, Lasgol se acercó.

«La estrella está adherida a mi barbilla, humano» dijo el gran reptil y levantó la cabeza.

Lasgol la vio. Puso sus manos sobre ella y tiró.

«Marchad. Recuerda tu promesa, joven criatura».

«Yo recordar Jazibela».

Lasgol y Camu partieron. Al llegar a la salida de la cueva todos aguardaban expectantes.

—La tenemos —Lasgol se la mostró.

—Primera estrella conseguida y sin derramar sangre. Esto empieza bien —se animó Viggo.

Lasgol le dio la estrella a Valeria y le explicó cómo situarla en el dorso del guante y afianzarla.

—¡Ahora puedo matar dragones! —afirmó Valeria con una gran sonrisa.

—Así es. Vayamos a por otra para que Molak pueda también —dijo Lasgol.

Capítulo 44

—La segunda Estrella Glacial la tiene Arranozuriandi —explicó Raelser—. Tiene su nido en esa montaña helada —indicó señalando la cumbre de la altísima montaña hasta la que los había llevado.

—¿Vamos a tener que escalar eso? —Viggo abrió mucho los ojos.

—No será necesario que subamos todos. En cuanto comencemos a subir la montaña Arranozuriandi bajará hasta nosotros.

—¿De forma amistosa o a echarnos? —preguntó Lasgol.

—A darnos el alto. Considera la montaña su hogar, no permite que nadie suba a ella.

—Bueno, mientras baje… —Viggo cruzó los brazos.

—Esperemos que no se enfade mucho —deseó Lasgol.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Viggo.

—La única opción que veo es robarle la estrella sin que se dé cuenta —opinó Raelser.

—¿Robarla? ¿No hay otra opción? —a Lasgol no le gustaba la idea de tener que robar a una criatura con poder.

—No nos la va a dar, la tiene como un trofeo —explicó Raelser—. Es su tesoro y lo guarda en su nido en el pico de la montaña.

—¿No la usa? —preguntó Valeria.

—No, solo la quiere por el poder que tiene y los destellos que emite. Al ser una criatura de poder los siente y le gustan —explicó Raelser.

—O sea, es joyería para —analizó Valeria.

—Algo así, sí.

—Pues se la robamos, claro que sí —afirmó Viggo.

Lasgol se encogió de hombros.

—Si no hay otra forma…

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Molak.

—Unos distraeremos a Arranozuriandi y mientras otros subirán hasta el nido y la robarán —dijo Valeria.

—Pero si nos ve subir… —dijo Valeria.

—Lo haremos de noche —propuso Molak.

—Sí, será lo mejor.

—¿Qué tipo de criatura es ese pajarraco? —preguntó Viggo.

—Es un gigantesco reptil volador con plumas —explicó Raelser.

—Es una broma…

Raelser negó con la cabeza.

—Es una de las primeras aves, de una edad antiquísimos.

—Mira que hay cosas raras en este continente… —dijo Viggo con una mueca de disgusto.

Aguardaron a la noche y pusieron en marcha su plan. Sugesen y Gonars se pusieron a escalar la gran montaña. Cuando ya estaban cerca de la cima realizaron una brevísima señal lumínica que el grupo esperaba en las faldas de la montaña.

Raelser, Lasgol y Camu subieron la primera falda e hicieron un fuego, mientras el resto del grupo se retiró a un glaciar cercano a esperar. Tal y como Raelser había predicho, Arranozuriandi

vio el fuego y bajó de su nido. La gigantesca ave reptiliana descendió y se posó frente a ellos levantando una aireada.

«Marchad de mi montaña» envió.

Lasgol, que estaba pasmado observando al gran reptil volador, no pudo ni contestar. Debía medir 15 varas de largo y 6 de ancho. Tenía el morro alargado, similar al de un caimán, y el cuerpo de lagarto con escamas. Las dos patas en las que se apoyaba eran de ave. Lo más inverosímil eran sus enormes alas, llenas de grandes plumas blancas. Que pudiera volar a Lasgol le pareció increíble.

«Solo acampar noche» respondió Camu, que ya sabía lo que tenía que decir.

«Esta es mi montaña. Aquí tengo mi nido. No están permitidos los visitantes».

«Solo pasar noche y nosotros ir».

«No quiero visitas».

«Nosotros no molestar. Estar aquí junto fuego».

«No me fio. Os vigilaré» dijo, y se retiró unos pasos para no perderlos de vista.

Lasgol, Camu y Raelser pasaron el resto de la noche charlando y dormitando. Cuando llegó el amanecer se marcharon y se reunieron con el resto del equipo en el glaciar. Sugesen y Gonars habían conseguido la estrella.

—Seguidme, iremos a por la próxima por el interior del glaciar —dijo Raelser—, Arranozuriandi nos estará buscando.

No se equivocó.

La gran ave estuvo sobrevolando la región buscando a los ladrones que le habían robado su tesoro.

—La tercera estrella la tiene Dortokazuri —informó Raelser cuando llegaron a la caverna que estaban buscando.

—¿Qué tipo de criatura es? —pregunto Lasgol.

—Es una impresionante tortuga albina del tamaño de una casa —explicó Raelser.

—Bueno, si es una tortuga no será peligrosa —dijo Viggo.

—Yo no diría eso. Su poder provoca que sus presas no puedan escapar si entran en su radio de acción y luego se las come.

—¡Vaya con la tortuguita!

—¿Entonces esperamos problemas? —preguntó Valeria.

—No. Dortokazuri es inteligente y no le gustan los dragones. Creo que nos ayudará.

—O nos comerá —dijo Viggo.

—Sí, una de las dos —afirmó Raelser.

—Me encantan estas situaciones. ¿Y si la matamos?

—¿A una tortuga acorazada gigante? —dijo Molak.

—Ya… igual es complicado…

—Más que eso, diría yo —comentó Valeria.

—Iremos Lasgol, Camu y yo, que tenemos el Don. Las criaturas del hielo respetan a quienes lo tienen.

—Ya… ya… pero yo soy más guapo —replicó Viggo.

«Tú no ser».

—Calla, bicho, y tómate otra poción de Frida.

«Eso necesitar».

Frida y Elina se acercaron y le dieron de beber otra poción.

«Gracias. Sentir mejor».

Mientras el grupo se retiraba a una distancia prudencial, Raelser, Camu y Lasgol se acercaron a la gran caverna helada. Según llegaban la gran tortuga albina salió del interior a una velocidad velocísima. Lasgol se dio cuenta de que era tan masiva que con un desplazamiento del cuerpo cubría una barbaridad de terreno. Era preciosa e intimidadora a la vez, como si hubieran cogido una tortuga de mar, la hubieran pintado de blanco y luego la hubieran hecho crecer cien veces su tamaño natural.

«Humanos con poder y una criatura del hielo. Extraña visita la que recibo hoy» envió.

—Venimos a hablar contigo. Necesitamos de tu ayuda —dijo Raelser.

«¿Por qué habría de ayudaros y no comeros?».

—Necesitamos ayuda para impedir que los dragones vuelvan.

La gran tortuga parpadeó con fuerza.

«Tienes mi atención, humano. No hay nada que odie más que los dragones. Son la peor de las enfermedades».

—Necesitamos de tu Estrella Glacial para matar a un dragón que está intentando traer a su clan de vuelta.

«Eso serían muy malas noticias para todas las criaturas. Os creo. He visto varios dragones menores en el cielo. Os ayudaré, pero quiero que la estrella me sea devuelta. Es muy preciada para mí».

«Nosotros devolver» aseguró Camu.

«De los humanos no me fio. De ti sí, pequeño».

«Podéis cogerla, está en mi cueva. Os deseo suerte y que no muráis en el intento».

—Lo agradecemos —dijo Raelser.

Se pusieron en marcha para conseguir la última de las estrellas. No había tiempo que perder y estaba un poco lejos.

El trayecto afectó a Camu.

«Sentir débil» advirtió Camu.

—¿Débil o cansado? —preguntó Lasgol, que empezaba a estar preocupado de verdad por Camu.

«Ahora débil…».

—Paramos a descansar —dio la orden Lasgol.

—Ten, bebe de mi agua —Viggo le ofreció su pellejo—. Igual estás deshidratado o algo parecido.

«Yo beber» respondió Camu transmitiendo una sensación de debilidad.

—¿Crees que está enfermo? —preguntó Viggo a Lasgol.

—No lo sé, podría estarlo. Cansancio, debilidad, problemas con su magia… sí, podría ser alguna enfermedad.

—Entonces que le eche un ojo nuestra Guarda Sanadora.

—No sé si ella entiende mucho de criaturas de los hielos.

—Más que tú y yo seguro, algo podrá hacer.

—Sí, tienes razón —Lasgol se volvió y fue a hablar con Frida.

Lasgol llamó a Frida.

—Camu, voy a examinarte. ¿Te parece bien? —preguntó.

«Sí, bien».

Frida se puso a examinarlo y Elina se acercó a ayudar.

—¿Crees que está enfermo? —preguntó Valeria a Lasgol mientras sus dos compañeras examinaban a Camu.

—Algo le pasa, no sé qué puede ser, pero tiene síntomas de estar enfermo…

—Tranquilo, si está enfermo Frida y Elina se encargarán.

—Eso espero, no puede pasarle nada malo —expresó Lasgol con el corazón oprimido.

Ona vio a Frida y Elina examinando a Camu y gimió preocupada. Lasgol se acercó a la buena pantera y la acarició con mucho cariño. Aguardaron a que terminaran de examinar a Camu.

—No le encuentro nada malo. Diría que no está enfermo —se pronunció Frida—. Es como si estuviera agotado, pero físicamente, hasta donde llegan mis conocimientos, no le sucede nada.

—Entonces no es grave —se animó Viggo, que escuchaba atento.

—No he dicho eso —levantó el dedo índice Frida—. Se está quedando sin fuerzas. Eso no es normal y mucho menos cuando no está enfermo. Algo le sucede, pero no sabemos qué. Podría ser grave o podría no serlo y solo necesitar unos días de reposo. En cualquier caso, le prepararemos pócimas revitalizantes acordes a su tamaño.

—Gracias, Frida —asintió Lasgol.

Buscaron cobijo en una cueva y allí prepararon las pócimas para Camu. Había que reconocer que Frida y Elina eran increíbles en cuanto a montar una enfermería y un laboratorio en cualquier lado, incluso allí, en medio de aquella tundra helada. Lasgol se explicaba ahora por qué cargaban con dos enormes macutos cada una, además de llevar varios cinturones con infinidad de bolsillos llenos de componentes y brebajes semipreparados.

—Tranquilo, estas dos son unas pequeñas eruditas —dijo Viggo a Lasgol apoyado su mano en su hombro.

—Lo son, sí —convino Lasgol.

—En nada estará recuperado, ya lo verás —animó Valeria.

Lasgol asintió con una leve sonrisa, aunque su espíritu estaba apagado por la preocupación.

Frida le dio a Camu una de sus pócimas revitalizantes.

—Tómatela entera. Siento que sepa tan mal.

«Yo beber todo» envió Camu y se bebió todo el contenido del recipiente que sujetaba Frida.

—Muy bien. En nada te sentirás mucho mejor.

Aguardaron a que la pócima hiciera efecto y en efecto Frida no se equivocó.

«Sentir mejor. Más fuerte» transmitió Camu y se puso de pie dispuesto a continuar.

—¡Vaya con las pocioncitas de Frida! —se animó Viggo.

—¿Seguro que puedes seguir? —preguntó Lasgol.

«Yo poder. Mejor ahora».

—Estupendo. Frida, eres incomparable —felicitó Valeria.

—¿Continuamos? —preguntó Molak desde la puerta donde él y Luca hacían guardia.

—Sí, continuamos —dijo Lasgol.

—Todos en pie entonces —ordenó Valeria.

Sugesen y Gonars se levantaron listos para continuar. A Frida y Elina les llevó algo más recogerlo todo y volverlo a colocar en sus macutos y bolsillos.

En la salida esperaban los tres Pobladores y Raelser para continuar con la búsqueda de las Estrellas Glaciales.

La última Estrella Glacial resultó estar junto al mar.

La criatura que la tenía era una que dejó a todos atónitos.

—¡Por los Dioses de Hielo! —exclamó Viggo mirando al mar.

—¡Qué criatura tan impresionante! —comentó Lasgol viendo a aquel ser bucear cerca de la superficie entre bloques de hielo.

—Da miedo meterse al agua —dijo Valeria con recelo.

—¿Cómo no va a dar miedo si esa cosa descomunal es un cruce entre una ballena y un cocodrilo? ¡Menudas fauces!

—Es una criatura muy antigua, de las más antiguas de Tremia. Se llama Balehortzaduna —explicó Raelser.

—Su boca tiene más de cinco varas de longitud y está llana de dientes… —Molak observaba muy impresionado.

—¿Y qué me dices del cuerpo de 15 varas de ballena que le siguen? —dijo Gonars.

—Debe pesar como un castillo —dijo Sugesen.

—Un animal precioso —opinó Elina.

—Debe de comer cantidades ingentes de pescado —intuyó Frida.

—Eso que brilla a su espalda… ¿es la Estrella Glacial? —preguntó Lasgol.

—Así es —confirmó Raelser.

—¿Nos la dará? —preguntó Valeria.

—No, es un ser bastante egoísta y poco amistoso —dijo Raelser.

«No bueno».

—¿Entonces cómo se la quitamos? Porque está en el agua y tiene pinta de estar congelada —expresó Viggo.

—Suele merodear esta costa y no se aleja mucho. Hay que hacer que se acerque a tierra y, cuando lo haga, quitársela —explicó Raelser.

—Facilísimo —dijo Valeria con expresión irónica.

—Pensemos un plan —propuso Lasgol sin darse por vencido.

Se sentaron a cubierto en una gruta cercana y le dieron vueltas al asunto hasta que finalmente idearon un plan.

Se pasaron toda la tarde pescando en un lugar alejado del lugar donde habían visto a Balehortzaduna. Los Pobladores de la Tundra les explicaron un par de trucos para pescar en aguas heladas, así que hasta que no tuvieron suficiente pescado para atraer a la criatura no regresaron. Dejaron el pescado sobre el hielo donde comenzaba el mar formando una pequeña montaña y dejaron caer al agua unos pocos peces.

Aguardaron.

La vieron pasar cerca, pero no parecía ver el cebo. Entonces subió a respirar del mismo modo que lo hacían las ballenas. Si se acercaba a tierra, con aquel morro tan largo, podría coger el pescado sin problema sin salir del agua.

Tras un rato por fin pareció fijarse en el cebo y se acercó. Dio una pasada cautelosa y no vio más que el pescado y un montículo de hielo blanco al lado. Dio otra pasada con precaución, pero sin picar el anzuelo. Finalmente, a la tercera, no pudo resistirse y sacando al cabeza del agua cerró sus enormes y largas fauces sobre el montón de pescado.

En ese momento el montículo blanco se dio un salto. Era Sugesen camuflado. Se tiró a la cabeza de la criatura y le arrancó la estrella que llevaba adherida. Balehortzaduna se revolvió y Sugesen se fue al agua.

Todos tiraron a una desde detrás de un montículo rocoso de la cuerda que le habían atado y

Sugesen salió del agua despedido hacia atrás. Dos fauces intentaron atraparle las piernas. Se libro por muy poco. Quedó tirado bocarriba en el hielo con la Estrella Glacial en la mano y cara de espanto.

—La próxima vez lo haces tú, Viggo —dijo.

—Ni por todo el oro del reino —respondió él.

Ya con las cuatro estrellas se dirigieron a reunirse con Asrael que, por fortuna, esperaba no muy lejos de donde estaban.

Cuando por fin llegaron y lo vieron aguardando, Lasgol sintió que se le quitaba un peso de encima. Asrael les ayudaría.

—¿Cómo están mis amigos? —preguntó con una sonrisa.

—Muy contentos de verte —dijo Lasgol también sonriendo.

—Yo congelado, como siempre que vengo a este continente —dijo Viggo.

Asrael sonrió.

—Con el tiempo uno se acostumbra.

—Yo no, para nada.

«Yo contento ver Asrael».

—Y yo de verte a ti, Camu.

Lasgol presentó al resto del grupo a Asrael, que saludó a todos con cortesía.

—¿Habéis conseguido las estrellas? —se interesó.

—Las tenemos —dijo Lasgol.

—Estupendo. Entonces ya podemos ir a ver a Izotza —dijo Asrael.

—¿Sabe dónde está el dragón inmortal?

Asrael asintió.

—Mejor que os lo diga la Señora de los Glaciares.

—Muy bien. Vayamos a verla.

Capítulo 45

Despertó y no sabía quién era o dónde estaba. Abrió los ojos y una sensación de estar agotado física y mentalmente lo invadió. Los párpados le pesaban como losas y los ojos le dolían al intentar centrar la mirada. Intentó que su vista y mente se centraran, pero ambas estaban borrosas. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué se sentía así?

De pronto supo que estaba de pie, como si su mente acabara de darse cuenta. Intentó moverse, pero no fue capaz. Ni sus piernas ni sus brazos respondieron. Era como si no controlara su organismo. Comenzó a preocuparse de verdad. No tenía control sobre su cuerpo. Debía de ser porque tenía la cabeza aturdida. Sí, eso debía de ser. También por ello no sabía quién era o dónde estaba ni veía bien. Seguramente había recibido un golpe fuerte en la cabeza.

Aguardó un momento. Los efectos pasarían y comenzaría a recuperarse. De alguna forma sabía que no era la primera vez que se llevaba un golpe fuerte en la cabeza. Lo que le tenía desconcertado era que no recordaba qué había pasado. El desconcierto comenzó a dar paso a una sensación de temor y el miedo despertó en su interior. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué no lo sabía? Todas aquellas preguntas agrandaron la aprensión que sentía y de pronto se vio poseído por un miedo irracional.

Las rodillas comenzaron a temblarle. Por fortuna, la vista comenzó a centrarse y empezó a ver algo. Frente a él descubrió a otras personas. Había hombres y mujeres, de pie. Entrecerró los ojos para intentar ver con mayor claridad. Estaba en una cámara de roca circular. Había una docena de personas contra las paredes a una distancia similar unas de otras, ocupando todo el lugar.

Si esto ya de por sí era raro, lo que vio lo dejó helado. Cada persona tenía a un palmo sobre la cabeza una esfera blanquecina que parecía levitar. Miró hacia arriba y vio que él también. Se fijó en que todos ellos estaban situados alrededor de una esfera blanca del tamaño de una persona que estaba en el centro de la caverna. Esta emitía descargas violáceas que alcanzaban a las esferas sobre sus cabezas y pasaban a ellos.

Al ver las descargas violetas pensó que había perdido la razón o estaba en una pesadilla de la que no conseguía despertar. Las descargas ocurrían de forma aleatoria afectando cada vez a una persona.

Una descarga pasó de la esfera central a la que tenía sobre su cabeza y luego a él. Sintió como un pinchazo en su cabeza que duró solo un instante. Un segundo después la descarga desaparecía y con ella el pico de dolor. No sintió nada más, pero sin duda debía estar loco o soñando.

De la docena de personas solo una estaba consciente aparte de él. Una mujer de unos treinta años, morena y con ojos marrones que lo miraba con expresión de terror en el rostro. Intentó hablar a la mujer, para calmarla, pero al abrir la boca nada salió de ella. La mujer negó con la cabeza y luego abrió y cerró la boca. No podían hablar. Eso era lo que le estaba diciendo. ¿Cómo era aquello posible? Podía abrir la boca y mover la lengua y podía visualizar las palabras en su mente, solo tenía que pronunciarlas. Sin embargo, nada salía de su garganta. Era como si le hubieran robado la voz. Todo aquello era de locos. ¿Dónde estaba? ¿Qué pasaba allí? ¿Era una pesadilla? Si lo era, también aquella mujer la sufría, pues estaba igual que él. ¿Estaba todo en su cabeza y toda la caverna en realidad no existía?

Se dio cuenta de que tampoco se podían mover porque él lo estaba intentando con todas sus

fuerzas y no lo conseguía. Se percató de que su cuerpo era más grande y más fuerte que el del resto. Cada uno iba vestido de una forma diferente y parecían ser de razas o etnias distintas. No supo cómo, pero las empezó a reconocer. La mujer consciente era Masig, pues su piel era de color rojizo y su atuendo de las praderas. Había un oficial lancero de Rogdon y un pelirrojo pecoso también oficial del reino de Irinel. El zangriano era inconfundible y parecía un noble por sus elegantes vestimentas. También había un noble de Erenal que vestía una toga azul y blanca. Había dos mujeres de los desiertos, de piel morena y vestidos de seda del sur y también un oficial del ejército noceano. Distinguió a varias mujeres, que debían ser de las ciudades estado del este por lo elegantemente que iban vestidas. También vio a una salvaje Usik de piel verde procedente de los bosques insondables. Allí había gente de los principales reinos y naciones de Tremia.

Al mirarse a sí mismo, las manos y el atuendo que llevaba, de alguna forma supo que era un guardabosques norghano, solo que no recordaba quién era ni cómo había llegado hasta allí.

«¿Cuál es tu nombre, humano?».

La voz sonó en su cabeza como un castigo. Inquieto, levantó la mirada y vio que un dragón de escamas de color violeta entraba en la cámara. Nada más verlo, todo el miedo que sentía desapareció. Ahora sabía la causa de su situación, quién la había provocado y el miedo irracional ya no tenía cabida en su ser. Estaba allí y se sentía así por culpa de los dragones.

—No lo recuerdo…

«Pronto lo harás. Es parte del proceso».

—¿Proceso? ¿Qué proceso?

«El proceso al que te estoy sometiendo».

—Estoy convencido de que ese proceso no será nada bueno para mí.

El dragón pareció sonreír, con expresión reptiliana y dura.

«Aciertas, humano. No lo será».

—Lo imaginaba.

«Los humanos sois débiles de cuerpo y mente. Unos seres muy inferiores a nosotros».

—Algo tendremos bueno…

«Lo único en lo que destacan los humanos es en su capacidad para procrear y su aptitud mágica. En aquellos que son de sangre de dragón, me refiero. Los que no lo son, los que no tienen… ¿cómo lo denomináis vosotros…? Ah, sí, el Don, el Talento, no sirven para nada».

—Entiendo por ese comentario que los dragones no procreáis con tanta facilidad como nosotros.

«Veo que ya razonas con rapidez. Para crear a un ser superior hace falta tiempo y una selección natural alta. Los humanos son más similares a los animales. Una desgracia…».

—Pues yo no creo tener el Don. No recuerdo nada, pero no me suena. Para procrear tampoco me tendréis aquí ya que no tengo el Don…

«No, tú no eres de la sangre de dragones. No tienes magia ni poder. Eres inservible».

—Entonces ¿por qué me tenéis aquí con todos estos?

«Estás aquí por la misma razón que ellos, para proporcionarnos información».

—Este proceso tuyo, ¿es para eso?

«Veo que tu mente cada vez va mejor. En efecto, es para doblegar vuestro cerebro y obtener información».

—¿Doblegar la mente? ¿Es por eso por lo que no recuerdo nada y tengo tan aturdida la cabeza?

«Aciertas de nuevo, humano. Para doblegarla primero la vaciamos y una vez los recuerdos

vuelven, los extirpamos».

—Eso no suena nada bien… —en ese momento recibió otra descarga violeta de la perla central y cerró los ojos por el picotazo en la cabeza.

«No te preocupes, mi señor te quiere con vida. No morirás… de momento».

—Es un alivio saberlo. ¿Llevo tiempo aquí?

«Sí. Se te ha mantenido con la mente doblegada hasta ahora».

—¿Dormido?

«Algo parecido. En un estado mental subyugado».

—Creo que entiendo… más o menos. He estado inconsciente a la fuerza por un tiempo. ¿Por qué he despertado?

«Porque es hora de que nos proporciones toda la información que tu mente posee».

—¿Por qué? ¿Para qué?

«Porque así lo ha decidido mi señor. Para satisfacer sus deseos».

—Oh…

«Te pregunto otra vez, humano. ¿Cuál es tu nombre?».

Un nombre comenzó a surgir desde lo más profundo de su mente. Todavía no podía verlo, pero comenzaba a emerger. No forzó y dejó que poco a poco fuera apareciendo desde la oscuridad al fondo de su mente. Las letras se fueron formando: la G…, la E…, la R…, la… D.

—Me llamo Gerd. Sí, ahora me viene. Soy Gerd Vang —recordó por fin.

«Por fin, humano. Cierra los ojos».

—¿Cerrarlos?

«Tus recuerdos van a regresar de golpe. Es mejor que los cierres, la experiencia es menos traumática. Aunque no mucho menos».

Gerd cerró los ojos. Aquel dragón no bromeaba.

De pronto todos sus recuerdos regresaron de golpe, como si hubieran estado suprimidos en el fondo de un oscuro pozo. Miles de imágenes y sentimientos lo bombardearon con tal intensidad que su mente no pudo soportarlo.

Quedó inconsciente.

Capítulo 46

Egil había convocado a Ellington, Raner, Ingrid, Rangvald e Ingolf a la sala del trono a media mañana. A la salida de la torre de los Guardabosques Ingrid, extrañada, le preguntó a Raner si sabía qué sucedía.

—No lo sé, pero si no ha mencionado el motivo será algo que requiere discreción —dedujo Raner.

—Ha convocado a un grupo un tanto singular para esta reunión, ¿no?

Raner puso cara de que a él también le parecía extraño.

—Si ha convocado a Rangvald e Ingolf será sobre algún problema relacionado con la magia.

—Sí, eso creo yo también. Espero que no sean malas noticias sobre el dragón inmortal y sus criaturas.

—Esperemos que sean buenas por una vez… —deseó Raner.

Ingrid no dijo nada pero estaba segura de que muy buenas no debían de ser.

Llegaron a la puerta de la sala del trono y saludaron con respeto. El interior de la sala estaba vigilado por varios Guardias Reales. El trono y la parte trasera estaban custodiados por Guardabosques Reales.

Ellingsen daba órdenes a los guardias, y luego se situó a la izquierda del rey, que conversaba con Tarseson, Magistrado Primero. Ingrid se fijó en que Rangvald e Ingolf entraban en la sala tras ellos.

—Hay mucha seguridad hoy, ¿no? Más que de costumbre… —comentó a Raner en voz baja según avanzaban por el pasillo entre las grandes columnas.

—Sí, algo sucede. El rey pidió ayer reforzar la vigilancia de la sala del trono, pero no especificó por qué. He puesto a la mayoría de Guardabosques Reales en labores de vigilancia dentro y fuera de la sala.

—Parece que a Ellingsen le ha pedido lo mismo. Casi toda la Guardia Real está aquí…

—Sí, mejor mantenernos atentos.

—Eso siempre.

—El buen Guardabosques siempre debe estarlo, solo así puede captar el peligro y librar al reino del mal—recitó Raner.

—Eso es del Sendero del Guardabosques.

—Así es —asintió Raner.

Continuaron avanzando. Ingrid sentía gran curiosidad por lo que iba a suceder aquel día.

—Vaya, ¡mira quién está tras esa columna leyendo un pergamino enrollado! —advirtió.

—El embajador Larsen… eso significa que… —murmuró Raner pensativo.

—Tenemos visita extranjera —terminó Ingrid los pensamientos de Raner.

—Eso mismo —asintió el Guardabosques Primero—. Me estoy preguntando de qué reino.

—Pronto lo sabremos.

Llegaron hasta el trono y aguardaron a que Egil terminara de hablar con el magistrado. Mientras esperaban, los dos Magos de Hielo se situaron a su lado y saludaron. Ingrid y Raner devolvieron el saludo.

Egil terminó de hablar con Tarseson y se volvió hacia ellos.

—Oh, ya estáis aquí. Situaos a mi derecha y Tarseson y Larsen a mi izquierda, con Ellingsen.

—Al momento, Majestad —respondió Raner e hicieron como el rey pedía.

Larsen terminó de enrollar el documento y se dirigió junto al magistrado y el comandante. El embajador saludó uno por uno a todos con amabilidad y cortesía.

—Hoy tenemos una audiencia importante. Nos visitan representantes de una nación extranjera y poderosa. Por eso os he hecho llamar. Este tipo de audiencias son complicadas y me gusta estar rodeado de mis personas de confianza.

—Es un honor, Majestad —aseguró Larsen con una gran sonrisa de satisfacción.

Ingrid pensó que Larsen se había dado por aludido muy rápido. Él era el embajador y por lo tanto tenía que estar en las audiencias con otros reinos. Que Egil confiara plenamente en él era otra cosa.

—Hoy nos visita una representación del Imperio Noceano. Será muy interesante lo que tengan que decir. Preveo tiranteces y por ello tenemos tanta seguridad con nosotros. Rangvald, Ingolf, estad preparados por si las cosas se tuercen.

—¿Tan tirantes van a ponerse, Majestad? —se sorprendió Rangvald.

—Esperemos que no, pero por si acaso…

—Estaremos preparados —Rangvald susurró algo a Ingolf y un momento después los dos se pusieron a conjurar con los ojos cerrados.

La puerta de la sala del trono se abrió y un oficial de la Guardia Real se acercó hasta Ellingsen y le dijo algo.

—La comitiva noceana ha llegado. Están desmontando —informó.

—Muy bien. Que los escolten hasta aquí —pidió el rey.

El oficial marchó.

La comitiva entró formando una larga hilera encabezada por el embajador Hamal, al que ya conocían de su visita anterior. Era un hombre alto y angosto, con una cara afilada, ojos negros y nariz puntiaguda. Vestía una túnica elegante del desierto con ribetes de plata. El tono de su piel era oscuro. Lo acompañaban soldados grandes y fuertes, de piel de ébano, con la cabeza afeitada y brazos musculosos al descubierto. Vestían un chaleco rojo con una coraza superpuesta y pantalones del mismo color abombachados. A la cintura llevaban una enorme cimitarra.

El embajador Hamal atusó su larga perilla y comenzó a hablar en norghano con un acento del sur muy marcado.

—Gracias por recibirnos, grande y honorable rey de Norghana —agradeció y realizó una reverencia—. Acudimos a esta audiencia que su Majestad ha solicitado a nuestro insigne emperador Malota, líder del glorioso Imperio Noceano.

—El rey de Norghana agradece al gran emperador Malota su atención en este asunto tan delicado.

El embajador asintió y realizó varias reverencias.

En la comitiva iban dos Hechiceros. Uno vestía una larga túnica de color rojo, que reconocieron de magia de sangre. El otro llevaba una de color verde amarronada de magia de maldiciones. Llevaban cayados con extraños adornos y cinturones también con amuletos.

—¿Qué nuevas nos trae el poderoso Imperio Noceano? —preguntó Larsen dando pie a que Hamal hablara.

—El imperio crece y se fortalece, al igual que lo hace nuestro amado y venerado líder, el emperador Malota. Los pueblos del desierto se unen al imperio y bajo su protección florecen.

Ingrid sabía que más que unirse eran conquistados por la fuerza gracias al enorme ejército del que disponía el imperio. Una vez conquistados los obligaban a servir, y quien no acatase los deseos del emperador terminaba con la cabeza cortada por una cimitarra y expuesta en la punta

de una lanza. Sabía también, por lo que Larsen les había contado, que las revueltas eran algo habitual en el sur de Tremia. Los pueblos de los desiertos no aguantaban demasiado el yugo del emperador y se revelaban. El gran emperador Malota se pasaba gran parte del tiempo sofocando revueltas con sus ejércitos.

—Sin duda. Los pueblos del desierto florecen bajo el liderazgo fuerte y sabio del emperador —aduló Larsen.

Hamal asintió y se inclinó agradeciendo el comentario.

—Es por ello que el emperador desea seguir manteniendo muy buenas relaciones con el norte. El reino de Norghana es un valioso aliado con el que él quiere seguir colaborando y que ambos prosperen. Su voluntad es que nuestras dos naciones se conviertan en las más poderosas y temidas de Tremia.

—Un gran deseo y una ambición que todos compartimos —afirmó Larsen.

Ingrid torció el gesto. Lo que Malota buscaba era que el Imperio Noceano se convirtiera en el más poderoso y Norghana no era más que un aliado temporal para alcanzar ese propósito. A Egil no le interesaba en lo más mínimo convertir a Norghana en la nación más poderosa, sino en una gran nación de enorme bienestar para sus súbditos. Viendo al embajador noceano y su delegación, Ingrid tuvo la clara sensación de que, si no se andaban con cuidado, el imperio llegaría hasta sus puertas y entraría sin llamar.

—¿Cuáles son las últimas noticias del problema en Salansamur? —preguntó Egil atajando directamente a la cuestión.

Hamal miró al rey y asintió.

—Los ejércitos han conseguido por fin erradicar el mal que anidaba en las entrañas de la ciudad.

Todos se sorprendieron de escuchar aquellas nuevas.

—¿Erradicarlo? ¿Por completo? —preguntó Raner con una ceja enarcada.

—La ciudad de Salansamur y las montañas de Amsaljibal junto a ella ya no están malditas. El mal que allí arraigaba ha sido aniquilado.

—¿Aniquilado? ¿Por completo? —preguntó Egil con mucho interés.

El embajador Hamal asintió.

—Siguiendo la inteligencia y las recomendaciones que su Majestad nos hizo llegar, cambiamos de estrategia. En lugar de atacar los engañamos para que salieran de la ciudad al desierto y allí cercarlos. Nuestros ejércitos rodearon a las criaturas gigantes y las contuvieron para que los hechiceros usaran su magia de sangre y magia de maldiciones sobre ellas. De esta forma, redujimos las bajas en nuestro ejército y poco a poco fuimos ganando terreno hasta llegar a la ciudad.

—Entonces… ¿mi estrategia funcionó?

—Lo hizo, Majestad. Cuando llegamos a la ciudad utilizamos una táctica parecida. La rodeamos para que los monstruos no pudieran escapar y usamos magia sobre ellos para exterminarlos, como si de una plaga infecciosa se tratara. Nos llevó tiempo tomarla, pero se hizo.

—Me alegro de que se consiguiera.

—El rey de Norghana es sabio y tiene información privilegiada, no solo sobre cómo derrotar a los monstruos, sino sobre dónde y cómo se formaban.

—¿Lo verificasteis?

—Lo hicimos, Majestad. Una vez la ciudad estuvo en manos del imperio, se comenzó con la limpieza del interior de las montañas. Agradecemos a su Majestad que recalcara que la clave era tomar el interior de las montañas y no la ciudad. No era ese el plan inicial del imperio, que

buscaba tomar y asegurar la ciudad. También agradecemos que nos informara de que era allí donde encontraríamos a los ciudadanos de Salansamur desaparecidos, y a otros, trabajando como esclavos.

—De no haber tomado el interior de las montañas, las criaturas habrían vuelto a crearse y el problema se repetiría de forma cíclica —dijo Egil.

—Así comprobamos que sería. ¿Cómo sabía su Majestad que los ciudadanos estaban allí esclavizados trabajando la roca y buscando fósiles?

Egil sonrió levemente.

—Un buen rey debe tener buenas fuentes de información.

—Y excelentes son las del rey de Norghana, como el imperio muy bien ha podido comprobar y agradece.

—¿Fueron liberados?

—Lo fueron. Los trasladamos a la ciudad costera de Zenut para que se recuperaran. Muchos no querrán volver a Salansamur.

—Es entendible. La experiencia debe haber sido horrorosa —intervino Raner.

—Lo fue, sí. El imperio repoblará la ciudad con miembros de otras tribus y urbes. Largo y ancho es el imperio, y muchas sus gentes.

—Lo es, ciertamente —dijo Larsen.

—Continúa, por favor —dijo Egil, que escuchaba muy atento.

—Se tomó el interior de las montañas y pudimos comprobar, como su Majestad nos informó, que era allí donde las criaturas se creaban. Encontramos magia antigua, poderosa y perversa, que convertía fósiles en reptiles gigantes y otras criaturas del desierto como escarabajos y similares. Algo tan sorprendente y maligno como difícil de asimilar. Llevó un tiempo a los hechiceros entender lo que allí había sucedido.

—¿Las criaturas se formaban a partir de fósiles usando magia? —preguntó Egil como si no lo supiera y con tono de sorpresa fingido.

—Así es, Majestad. Sorprendió mucho a todos. El emperador Malota aún tiene reservas sobre este asunto. No está convencido de que eso pueda ser así.

—Lo entiendo, a mí también me cuesta creerlo —continuó disimulando Egil.

El hechicero de magia de sangre se pronunció.

—Por difícil que sea de creer, es lo que allí sucedía. Así se crearon las criaturas.

Egil hizo un gesto de que aceptaba lo que se le comunicaba.

—Me alegro de que se siguieran mis recomendaciones —dijo luego a Hamal.

—Todo sobre lo que su Majestad nos informó era correcto. Difícil de creer para muchos, pero cierto.

—Entonces se encontraron residuos de esa magia antigua y poderosa, decís… —comentó Egil que, aunque ya conocía la respuesta, quería ver si los noceanos entendían lo que habían encontrado.

—Así es —señaló a los dos que lo acompañaban—. Nuestros hechiceros investigaron el lugar y hallaron restos de ritos mágicos en una laguna desde la que surgían las criaturas monstruosas —Hamal les dijo algo en noceano y los dos hechiceros asintieron inclinándose hacia delante. El hechicero de magia de maldiciones habló en noceano y Hamal tradujo.

—Los restos de magia eran patentes. Magia de base plateada antigua, muy antigua y muy poderosa.

—Entiendo que la resistencia para llegar a las entrañas de las montañas sería feroz —dijo Egil.

El embajador hizo un gesto de duda.

—Lo fue hasta que conquistamos la ciudad. Cuando entramos en las montañas solo unas pocas criaturas permanecían en ellas y pudimos penetrar hasta las entrañas del mal sin demasiadas dificultades.

Egil hizo un gesto de extrañeza y se acomodó mejor en su trono.

—Me extraña que después de luchar tanto no ofrecieran resistencia en el interior de la montaña.

Hamal se encogió de hombros.

—Nosotros también nos sorprendimos. A veces los Dioses de los desiertos son generosos con sus hijos.

—Quizá la valentía y coraje de las fuerzas del emperador forzó a que los monstruos huyeran —dijo Larsen.

Al embajador noceano eso le gustó.

—La fiereza de los guerreros del desierto es inigualable y más unida al poder de los Hechiceros del Emperador. Ahora hasta los monstruos lo saben.

—¿Entre los monstruos que encontrasteis había alguno que volara o tuviera alas? —preguntó Egil con disimulo, ya que hasta el momento no habían mencionado nada de ningún dragón y eso era no solo extraño, sino sospechoso.

—¿Alas? No, ninguno —dijo Hamal pensando sobre la pregunta—. Encontramos escorpiones, serpientes, cocodrilos, escarabajos y similares, pero todos terrestres, ninguno que tuviera alas.

—¿No encontrasteis un monstruo volador? —insistió Egil mirando al embajador con ojos entrecerrados.

—No, os aseguro que todas las criaturas que encontramos y matamos eran terrestres. ¿Por qué lo preguntáis, Majestad?

—Por curiosidad. Debe haber una razón para ello.

El hechicero de magia de sangre habló y Hamal tradujo.

—Los monstruos eran criaturas del desierto, de la arena, no de los cielos —explicó gesticulando—. Su madriguera era el interior de las montañas.

Ingrid dedujo de la conversación que Egil estaba preguntando sobre los dragones y que el hecho de que los noceanos no los hubieran visto era de lo más extraño. De hecho, ¿por qué no habían atacado los dragones a sus ejércitos? Incluso con el apoyo de sus hechiceros los habrían arrasado. Egil debía estar haciéndose esas mismas preguntas y también asegurándose de si los noceanos sabían o no de la existencia de los dragones. Daba la impresión de que no, lo cual era desconcertante. ¿Por qué no habían atacado? De que a los dragones sus siervos no les importaban lo más mínimo estaba segura, ¿pero no ayudarles cuando les había llevado tanto tiempo y esfuerzo crearlos? Lo encontraba desconcertante. El dragón inmortal siempre actuaba en secreto, sin dejarse ver. Si había dejado morir a sus siervos del desierto debía ser porque estaba muy ocupado en el Continente Helado. Y eso era muy preocupante.

—Entiendo —asintió Egil, que de reojo miró a Ingrid. Sí, él también estaba pensando lo mismo.

—Después de matar a todos esos monstruos y liberar a los esclavos, los hechiceros purificaron las entrañas de las montañas y nada sobrevivió. El lugar está ahora limpio de todo mal.

—Me alegra escucharlo y poder haber sido de ayuda —dijo Egil.

—Una ayuda inconmensurable que el emperador agradece. Tal y como prometió, en

agradecimiento, envía un barco con un gran cargamento de oro. Aquí está el lugar donde se encuentra anclado en la costa de Norghana —dijo Hamal y ofreció un documento sellado.

—Magistrado Tarseson, si eres tan amable… —dijo Egil.

—Por supuesto, Majestad —el magistrado cogió el documento de la mano del embajador y se lo dio al rey. Egil lo abrió y lo leyó.

—Ellingsen, coge a un destacamento de la Guardia Real y ve hasta el barco noceano. No se encuentra muy lejos. Obtén el oro y escóltalo hasta aquí —dijo Egil y le hizo un gesto para que cogiera el documento.

—A la orden, Majestad —dijo este, que cogió el documento y al momento marchó.

—Podéis asegurar a vuestro emperador que Egil, rey de Norghana, ayudará al Imperio Noceano siempre que lo necesite, y que espera que nuevos tratados sean firmados afianzando así las buenas relaciones entre ambos reinos.

—Así lo haré, Majestad —hizo una reverencia Hamal.

—Y ahora deberíamos tratar con el buen embajador el otro asunto… el desagradable… —dijo Larsen.

—Sí, debemos tratarlo —dijo Egil.

Su tono cambió a uno más tenso.

Capítulo 47

—Sin duda os referís a lo sucedido con vuestro Mago Primero, Maldreck —afirmó Hamal sin disimular.

—En efecto —asintió Egil.

—Un incidente de lo más desagradable —Hamal se giró y chasqueó los dedos.

Cuatro enormes guerreros de ébano se acercaron portando lo que parecía una especie de sarcófago y lo dejaron junto al embajador.

—Raner, ¿te importa? —pidió Egil.

Raner fue hasta el sarcófago y lo abrió. En el interior estaba el cuerpo de Maldreck consumido casi hasta los huesos y con una expresión de horrible agonía en el rostro. Rangvald e Ingolf miraron a su líder muerto con ojos entrecerrados y frentes fruncidas. Ingrid se llevó una buena sorpresa, aquello no lo esperaba y mucho menos el estado consumido del cadáver.

—Esto no lo han hecho los escorpiones gigantes —comentó Raner.

Todos miraron al embajador esperando una explicación.

—No, esto por desgracia es el resultado de una conducta inaceptable. El estado que presenta su cuerpo es debido al efecto de la muerte por la magia de sangre y magia de maldiciones —Hamal miró hacia sus dos hechiceros.

—Una conducta inaceptable, dices… —comentó Larsen dando pie a que se explicase.

—En un acto de cobardía impensable e imperdonable, el mago huyó corriendo en medio de la batalla final contra las criaturas gigantes. Ocurrió cuando un grupo de ellas rompió el cerco que los soldados mantenían y se precipitó sobre ellos.

—¿Se le ha ejecutado por cobardía? —preguntó Raner.

—Así es. Los cobardes que huyen del enemigo no pueden seguir viviendo según el código del imperio. El castigo por semejante falta en los gloriosos ejércitos noceanos es la muerte. Nuestros hechiceros llevaron a cabo la sentencia. He de decir que no me sorprendió que huyera del peligro. Ya en un par de ocasiones se había comportado de forma dudosa, retrasándose cuando el avance de las tropas se había detenido. Se excusaba en que tenía que ser precavido, ya que la vida de un mago de poder es muy valiosa y debe conservarse.

—Algo de razón no le faltaba —dijo Rangvald.

—Cierto es, y por ello se le permitió cierta holgura en esas ocasiones. Pero salir corriendo del enemigo abandonando la posición y no ayudando a los soldados… eso es cobardía pura. Los oficiales fueron testigos. No hubo más remedio que castigarlo con la muerte. No podemos permitir ese tipo de actitudes. El orden y la disciplina deben prevalecer siempre para que las tropas no se vean afectadas por conductas deshonrosas.

—Entiendo. Tampoco podéis mostraros magnánimos, pues se entendería como debilidad entre las tropas —dijo Larsen.

—Así es. La cobardía y la falta de honor pueden extenderse como una enfermedad contagiosa si no se cortan de cuajo. Por lo general le cortamos la cabeza al culpable, pero en este caso, al ser un mago, los hechiceros se encargaron de ajusticiarlo.

—¿No se resistió? —preguntó Ingolf.

—Lo hizo. Combatió, el muy cobarde y deshonesto. Pero nuestros hechiceros acabaron con él. Por muy poderoso que fuera, teníamos seis hechiceros con nosotros, tres de sangre y tres de

maldiciones. No pudo con ellos.

Ingrid pensó que había sido un final muy apropiado para esa serpiente traicionera y cruzó los brazos sobre su torso. Le habría gustado expresar lo que pensaba, pero no era apropiado y podía ser contraproducente. Tenía la sensación de que era mejor callar y esperar a ver qué decía Egil sobre aquel asunto tan feo.

—Siento comenzar la audiencia con tan desafortunado incidente, pero imaginé que su Majestad querría una explicación sobre la muerte de su mago.

—Y has imaginado bien —dijo Egil—. El mensaje que me enviaste no especificaba los detalles de su muerte.

—Pensé que sería más oportuno explicarlo en persona, Majestad. Un escrito puede malinterpretarse y no es la intención del imperio enemistar al gran reino de Norghana. Puedo asegurar a su Majestad que esto no es de ninguna manera un intento de ofender a este gran Rey y su poderosa nación.

Egil se quedó pensativo.

—Que Maldreck tenía algunos defectos de carácter era algo conocido. Por ello no tomo su muerte como una afrenta hacia mi persona o nuestro reino. Sin embargo, Maldreck era norghano y Mago Primero del rey. Debería haber sido juzgado aquí, en su reino, y no en el extranjero.

El embajador noceano tragó saliva.

—Su Majestad es sabio y tiene razón, por supuesto. Por desgracia, muchas veces las situaciones que se producen en batalla son, digamos, difíciles de manejar o controlar. Los oficiales lo interpretaron como un ultraje absoluto y no se detuvieron a considerar las ramificaciones políticas de ajusticiar al mago norghano.

—En efecto. Ramificaciones debe haber —dijo Egil con tono severo—. Como monarca de Norghana no puedo tolerar ni aceptar que a mis súbditos se los ajusticie y ejecute en tierras extranjeras. Y en este caso estamos hablando de alguien de alta posición en mi corte. Es un agravio muy grande.

Ingrid suspiró. Sabía que a Egil no le importaba tanto que hubieran matado a Maldreck como estaba representando, fuera aquí o en extranjero. No, esto no era por la muerte de Maldreck. Egil estaba aprovechando que la serpiente cobarde y traicionera se hubiera buscado su propia muerte para sacar ventaja de la situación. Egil y sus tramas políticas… Siempre era de lo más interesante verlo maquinar sus planes y estrategias. Esta audiencia no era sino otra maniobra política que ambos reinos jugaban y la muerte de Maldreck proporcionaba a Egil la oportunidad de sacar ventaja.

Hamal tenía ahora aspecto de que la situación se le estaba torciendo y escapando de las manos. Inspiró, se podía ver en sus ojos que estaba ideando una forma de salir del atolladero.

—Entiendo el malestar de su Majestad. Nos hemos excedido al ajusticiar a un norghano de elevada posición. Sentimos lo ocurrido y la afrenta cometida —hizo una larga reverencia de disculpa.

—La disculpa me complace. Sin embargo, voy a requerir algo más que eso.

—Por supuesto, Majestad. Estoy convencido de que cualquier petición que realice será entendida y aceptada por nuestro venerado emperador. La amistad y colaboración entre el imperio y Norghana son demasiado importantes para que un simple incidente cause una ruptura de relaciones.

—Un incidente grave. Voy a tener que buscar un nuevo Mago Primero y, como bien sabe el embajador, los magos de poder son muy difíciles de encontrar.

—Lo son, sin duda —asintió varias veces.

—Está bien. Reflexionaré sobre este incidente y estableceré la compensación que Norghana requiere por la pérdida de su mago, siempre pensando en continuar con una colaboración y amistad con el Imperio Noceano.

—Una colaboración y amistad que he venido a ratificar y que gustoso comunicaré a nuestro querido emperador, que sigue latente y es cada vez más fuerte.

—Lo será sin duda después de este incidente. Las amistades se ponen a prueba en los malos momentos. Este lo solventaremos, sin duda —aseguró Egil.

El embajador noceano asintió y realizó varias reverencias antes de retirarse con todo su séquito.

Ingrid se quedó pensando en qué sería lo que Egil iba a pedir. Fuera lo que fuese, seguro que valía mucho más que la vida de Maldreck.

Cuando la comitiva noceana salió de la sala del trono, Egil se volvió hacia Rangvald.

—Ahora que tenemos la certeza de que Maldreck ha fallecido —miró de reojo el cadáver para luego volver a mirar a Rangvald—, necesito un nuevo Mago Primero que defienda el trono y el reino y lidere a los Magos de Hielo. Y quiero que seas tú, Rangvald.

—Majestad, me honráis —hizo una reverencia.

—Sé que en ti puedo confiar y además eres por méritos propios el siguiente en la escala de poder de los Magos de Hielo. ¿Aceptas el cargo y la gran responsabilidad que conlleva?

Rangvald dio un paso adelante, clavó la rodilla y bajó la cabeza.

—Acepto este grandísimo honor. Espero estar a la altura de la posición que su Majestad me encomienda.

—Lo estarás, estoy seguro —dijo Egil.

—Serviré al reino con honor, lealtad y valor. Lo protegeré de todo mal y haré mí responsabilidad cualquier aspecto mágico que afecte al reino, sea benigno o maligno —expresó Rangvald.

Egil asintió.

—Me gustaría poder nombrarte en una solemne ceremonia, pero el tiempo apremia y los problemas son muchos. Esta tendrá que valer.

—No es necesario que haya una ceremonia, Majestad. Vuestra palabra es ley en el reino y entre los Magos de Hielo.

—Mi palabra lo es y los aquí presente testigos sois —expresó Egil con tono formal.

Ellington, Raner, Ingolf, Ingrid y Tarseson asintieron.

Rangvald se puso en pie y se retrasó.

—¿Qué desea su Majestad que se haga con el cadáver? —preguntó Ellingsen.

Egil miró a los dos Magos de Hielo.

—Es un Mago de Hielo, encargaos vosotros —dijo.

—Así lo haremos —dijo Rangvald.

—Lo despediremos con un funeral de hielo —añadió Ingolf.

—Muy bien. Ahora marchad, hay mucho que hacer y muy poco tiempo.

—A la orden, Majestad —dijo Ellingsen.

Todos abandonaron la sala del trono y Egil se quedó pensativo. Ingrid le lanzó una mirada por si quería que se quedara a ayudarlo con algo. Egil se percató y le hizo una seña indicando que no. Su semblante se suavizó y por un momento no pareció el rey, sino el Egil de siempre.

Capítulo 48

Asrael los condujo ante Izotza. La Señora de los Glaciares aguardaba en su gigantesca caverna, su reino glacial y helado. A Lasgol el hogar de Izotza siempre le parecía irreal. Observó la forma rectangular del lugar, con paredes de hielo azul blanquecino. Del techo colgaban estalactitas azuladas como amenazando a quien osara faltar en lo más mínimo a la Señora de los Glaciares. El suelo era un lago helado blanquiazul y completamente liso. Parecía poder quebrarse y tragarse a quien Izotza quisiera. En medio del lago aguardaba ella sentada en su trono de hielo.

Llegaron hasta allí caminando sobre el lago y se arrodillaron frente al trono helado donde Izotza aguardaba con una sonrisa en los labios.

—Gracias por atendernos, mi señora —saludó Asrael con gran respeto.

—Mis amigos son siempre bien recibidos en mi reino —dijo ella con una voz helada.

—Gracias —dijo Lasgol, que la observó con atención pues siempre lo dejaba boquiabierto.

Tenía la piel azulada y era alta y esbelta, de aspecto humano y frágil. Su rostro estaba salpicado de gotas heladas. Sus ojos, completamente circulares y sin pestañas, con el iris plateado, brillaban con un fulgor intenso y encandilaban. La belleza atemporal de aquel rostro bello, cristalino y singular siempre maravillaba a Lasgol. Su cabeza, brazos y piernas tenían unas crestas dentadas de un blanco hielo que le bajaban por todo el cuerpo en varias hileras. Como las últimas veces que la habían visitado, irradiaba frío.

«Nosotros contentos ver Señora de los Glaciares» saludó Camu.

—Y yo también estoy muy contenta de veros a vosotros. Levantaos, por favor. ¿Habéis conseguido las Estrellas Glaciales?

—Las hemos conseguido —dijo Lasgol.

—Esas son excelentes noticias —se alegró Izotza y sonrió.

—Ahora ya disponemos de armas y poder que usar contra los dragones —afirmó Lasgol.

—Me alegro de haber podido ser de ayuda.

—Asrael nos ha dicho que nuestra Señora de los Glaciares ha captado el poder del dragón inmortal.

—Así es. Lo he estado buscando durante largo tiempo, pero hace tres días lo sentí —dijo moviendo un báculo de hielo azulado en cuya punta brillaba una enorme esfera blanca.

—¿Hace tres días? Quizá ya no esté allí.

—Lo está. Lo he vuelto a sentir esta mañana. Al este, en la Gruta sin Fin.

Lasgol miró a Asrael.

—Es una enorme cueva que termina en un foso oscuro sin salida. De ahí su nombre —explicó Asrael.

—¿Creéis que es allí donde está abriendo el portal?

—Es posible. Es un lugar al que los pueblos del Continente Helado no se acercan. Lo consideran maldito. Se traga a las personas…

—Muchos han perecido en su interior —explicó Izotza—, incluidas criaturas de los hielos.

«Entonces estar ahí» envió Camu.

—Sí, tiene que ser ahí —asintió Lasgol.

«Nosotros ir y acabar con Dersho…» comenzó a decir Camu, pero se detuvo.

—¿Camu, estás bien?

«Necesitar poción revitalizante».

—De acuerdo, ahora te la doy.

—Espera, Lasgol. ¿Por qué necesita una criatura del hielo una poción revitalizadora? —preguntó Izotza, que miraba a Camu con sus grandes ojos fijos en él.

—No sabemos qué le ocurre. Está débil. Las pociones le ayudan —explicó Lasgol.

—También enmascaran el verdadero problema subyacente. Si está débil es por alguna razón y hay que encontrarla —dijo Izotza.

—Lo hemos intentado, pero no tenemos los conocimientos…

—Vosotros los humanos, no. Yo, sí —afirmó Izotza y se levantó de su trono de hielo.

Fue hasta Camu.

—Tranquilo, pequeño. Solo voy a examinarte.

«Yo confiar Izotza».

—Gracias —sonrió ella y, dejando su báculo en el suelo, situó sus manos sobre la cabeza y torso de Camu.

De los labios de Izotza comenzó a salir un vaho helado que envolvió todo su cuerpo. Las manos de la Señora de los Glaciares brillaban con miles de destellos que pasaron al cuerpo de Camu. Por un momento que se hizo muy largo, Izotza buscó su dolencia, aquello que lo debilitaba y afligía.

Finalmente abrió los ojos.

—¿Qué le sucede? ¿Está enfermo? —preguntó Lasgol con tono de preocupación.

Izotza suspiró profundamente.

—No, tranquilo, no está enfermo. Le sucede algo que es natural en las criaturas del hielo como él.

«¿No enfermo?».

—No, Camu, no estás enfermo. Tu cuerpo te está diciendo que debes hibernar.

—Oh… era eso… —Lasgol se dio cuenta entonces de que ni lo había considerado. En todo momento había pensado que estaba enfermo cuando la explicación era más sencilla.

—Debe hibernar cada cierto tiempo —explicó Izotza.

«¿Cada cuánto tiempo?» quiso saber Camu.

—Eso no lo sé. Es diferente para cada criatura. Tu cuerpo te lo indicará. Si te sientes muy débil, apagado, y tu magia comienza a fallar, es que se acerca el momento.

«¿Qué hacer? Drokose ya no estar».

—Cierto. Esta vez tendrás que buscar un lugar para hibernar y hacerlo por tu cuenta.

«¿Poder solo?».

—Sí, podrás. Drokose te ayudó la primera vez porque tenías problemas. Ahora ya no los tienes y deberías poder hibernar de forma natural.

«Bueno saber. ¿Cuánto tiempo hibernar?».

—De nuevo es una pregunta difícil de responder. Los Drakonianos Superiores no sois mi especialidad. No sabría decirte, pero siendo la segunda será larga. ¿Asrael, que opinas?

—Por lo que Misha me ha contado, sus hibernaciones son largas, más al principio, cuando se es joven, para ayudar al desarrollo. Luego son menos largas, cuando se hace uno mayor. Debes estimar que serán varias estaciones, lo más probable.

—Eso es bastante tiempo… —Lasgol no sabía cómo afrontar aquello en aquel momento—. ¿Podría ser hasta un año?

Asrael asintió.

—Podría, sí, o incluso más.

—En ese caso hay que buscarte un buen sitio para hibernar.

«Yo ya saber dónde. Cueva Drokose».

Lasgol asintió. Entendía que Camu quisiera hibernar allí.

—Es un buen sitio —dio su aprobación Izotza.

—Misha puede pasarse a verte de vez en cuando y vigilar que todo va bien —dijo Asrael.

«Yo agradecer Misha».

—¿Cuándo debe ir a hibernar? —preguntó Lasgol.

—Debería ir ya. Su energía interior se está agotando, tanto la mágica como la vital. Su cuerpo fallará pronto —dijo Izotza.

«No poder todavía. Yo ayudar contra dragón inmortal».

—Me temo, Camu, que no podrás. Tu corazón es el de un valiente, pero nada podrás hacer cuando tu cuerpo colapse, y lo hará pronto —dijo Izotza.

«Yo ayudar hasta entonces».

Izotza miró a Asrael.

—Si esperas al último momento será peligroso. Debes ir ya a la cueva de Drokose y dejar que el proceso de hibernación empiece —explicó Asrael.

«Yo tomar pócima. Poder seguir».

—¿Y si tu cuerpo falla en medio del peligro? ¿Y si luego no llegas hasta la caverna de Drokose y te quedas en medio de la tundra? —dijo Asrael—. Es muy peligroso. El frío o las alimañas te matarán.

«Yo no hibernar todavía. Ayudar amigos» envió Camu convencido.

—Entiendo que estés decidido a ayudar a tus amigos a acabar con este gran peligro que acecha a todo Tremia, pero debes medir bien tus fuerzas, o lo puedes pagar con tu vida, como Asrael bien te ha advertido —dijo Izotza—. Lo decimos por tu bien.

—Escúchalos Camu. Es peligroso para ti, debes ir a hibernar —se unió Lasgol.

«Yo ir a hibernar cuando yo decir» zanjó el asunto Camu con su característica cabezonería.

Izotza miró a Lasgol y le hizo un gesto para que estuviera atento.

Lasgol asintió.

—Hablaré sobre esto con Misha para que esté sobre aviso —dijo Asrael.

—Te lo agradezco —Lasgol inclinó la cabeza.

—Estando las cosas así, será mejor que os dirijáis rápido a la Gruta sin Fin —aconsejó Izotza.

—Iremos e investigaremos el lugar —asintió Lasgol.

—No está muy lejos del Valle del Sosiego —explicó Asrael.

—Muy bien. Pongámonos en marcha.

—¿Estás utilizando la joya de tu madre como te pedí, Lasgol? —preguntó Izotza repentinamente.

—Sí, lo estoy haciendo. La tengo conmigo y estoy capturando recuerdos, como la Señora de los Glaciares me pidió —Lasgol se sacó el colgante y lo mostró.

—Estupendo. Me encantará disfrutarlos.

—Puedo dejar la joya aquí… —se ofreció Lasgol.

—No es el momento, ya habrá tiempo. Llévatela y sigue recogiendo experiencias. Un día las disfrutaré.

—De acuerdo, así lo haré.

—Id ahora, el destino de todo este mundo está en vuestras manos —dijo Izotza.

Abandonaron los dominios de la Señora de los Glaciares y regresaron con el grupo, que

esperaba a la salida.

—¿Qué noticias tenemos? ¿Son buenas? —preguntó Viggo.

—Ya sabemos dónde está operando el dragón inmortal —dijo Lasgol—. Una gran caverna al este, cerca de la Perla por la que llegamos. El lugar se llama la Gruta sin Fin.

—Bonito nombre, me encanta —dijo Viggo con ironía.

—Es solo un nombre —dijo Valeria.

—Los moradores de este continente lo consideran un lugar maldito —explicó Lasgol y miró a sus guías. Asrael asintió.

—Ya hemos estado en lugares malditos antes —dijo Viggo restándole importancia.

—Sea maldito o no, deberíamos ir a investigar —propuso Molak.

Luca, Sugesen y Gonars asintieron.

—Ya sabemos también qué le pasa a Camu. Tiene que hibernar —informó Lasgol.

—Oh, eso lo explica —dijo Frida.

—Ya nos extrañaba… —Elina miraba a Camu con las cejas arqueadas.

«No ahora».

«Sí, ahora. Lo que pasa es que no quieres y te vas a poner en peligro, eres un cabezota» envió Lasgol.

Ona gimió y frotó su cabeza contra la pata de Camu. Argi miraba a Ona y Camu sin entender qué pasaba.

—Asrael, si vamos ahora, ¿podremos contar con el apoyo de los tuyos? —preguntó Lasgol.

—Tardaré en convencer a los líderes para que envíen fuerzas a ese lugar maldito, pero iré a hablar con ellos y conseguiré apoyo. Aunque necesitaré algo de tiempo. Las tribus están muy dispersas y la distancia es grande.

—Nosotros podemos adelantarnos a investigar y esperar a los refuerzos antes de entrar —sugirió Valeria.

—Sí, así nos aseguraremos de que no se dirigen a una trampa —convino Molak.

—Me parece bien. Nos adelantaremos a investigar. Envía todas las fuerzas que puedas y avisa a Egil, por favor.

—Muy bien, así lo haré —confirmó Asrael.

—Necesitaremos que nos guíen —pidió Lasgol.

—Raelser y los pobladores os guiarán hasta allí. Tened cuidado. Es momento de proceder con prudencia —dijo Asrael.

—Seremos prudentes —dijo Lasgol.

Tuvo la sensación de que algo muy malo iba a ocurrir.

Capítulo 49

Gerd despertó y se sobresaltó.

Estaba en otra caverna y esta vez lo tenían encadenado al techo, del que colgaba sin que los pies tocaran el suelo. Giró el cuerpo para ver qué había a su alrededor y en la caverna vio una docena de personas. No eran prisioneros como él, eran carceleros. Eso le extrañó. Los reconoció por las vestimentas que llevaban: la mitad eran Iluminados y la otra mitad Defensores de la Sangre Verdadera, los dos grupos de fanáticos a los que se habían enfrentado en el pasado. Sin duda estaban allí sirviendo a su amo, el dragón inmortal.

Se percató de que lo recordaba todo hasta el momento en que Dergha-Sho-Blaska cerró su enorme garra sobre su cuerpo.

—¿Qué hacéis? ¡Bajadme de aquí! —gritó.

Los carceleros lo miraron sin inmutarse. Hacían guardia para vigilarlo. Le pareció estar en una pesadilla, solo que sabía que estaba despierto.

Al menos estaba vivo y eso ya era mucho teniendo en cuenta quién lo había apresado. Debía de estar en el escondite de Dergha-Sho-Blaska en el Continente Helado. De ser así sus compañeros no andarían muy lejos. De pronto sintió que el estómago se le removía. ¿Y si lo habían despertado precisamente porque las Panteras estaban cerca? Tuvo un mal presentimiento y deseo con todo su ser estar equivocado.

«Traedlo ante mí, siervos» llegó un mensaje tan potente que la cabeza de Gerd se fue hacia atrás como si le hubieran dado un sartenazo en la frente.

Los fanáticos se inclinaron como si su señor estuviera allí mismo, rodearon a Gerd y lo descolgaron. Le pusieron dos cuchillos al cuello para que no intentara nada, aunque poco podía hacer con las muñecas sujetas con grilletes. A empujones lo sacaron de la caverna y atravesaron un túnel largo al final del cual se apreciaba una luz muy potente.

La luz provenía de una gruta gigantesca. Gerd se tuvo que proteger los ojos con los antebrazos hasta que se hicieron a la claridad. Miró al techo del que procedía la luz y se dio cuenta de que estaban dentro de algún glaciar, ya que la parte superior era de hielo cristalino con tonos blancos y azulados brillantes.

Miró al frente y lo que vio le dejó sin habla. En medio de lo que parecía una gigantesca gruta de hielo se encontraba Dergha-Sho-Blaska, el dragón Inmortal. Estaba tumbado sobre un suelo de piedra. Era tan monstruosamente impresionante como Gerd recordaba. De más de cincuenta varas de longitud, con enormes y letales fauces. Sus enormes ojos reptilianos eran de un amarillo intenso y parecían proyectar el mal que anidaba en el interior de aquel ser terrorífico. En su cabeza se apreciaban dos pares de cuernos y una gruesa cresta que le recorría la espalda y le bajaba por la cola. Se apoyaba sobre potentes patas con garras devastadoras. Tenía las alas recogidas contra el cuerpo, aunque Gerd las recordaba abiertas y de más de treinta varas de longitud. Estaba recubierto de escamas rojas y negras y no del color ocre anaranjado que recordaba. Su aspecto era imponente y terrible.

Si el dragón inmortal era impresionante, más lo era todavía la Perla que tenía detrás. Era de un tamaño descomunal, cien veces más grande que la del Refugio. Emitía un pulso plateado a largos intervalos, como si tuviera vida propia. Gerd supo lo que era aquello, el portal al continente de los dragones. Un escalofrío le bajó por la espalda solo de pensarlo.

Junto a la descomunal Perla descubrió tres dragones menores de un color que no había visto antes y que lo sorprendió: eran completamente plateados. Sus escamas brillaban con un color argénteo cuando les daban los rayos de luz que descendían del altísimo techo de hielo. Gerd imaginó que aquellos tres dragones estaban intentando abrir el gran portal. No podía ver su magia en acción, pero los pulsos plateados que la Perla emitía de forma pausada le recordaron a cuando Camu interactuaba con la Perla cuando iba abrir un portal.

«Acércate, humano» llegó el mensaje de Dergha-Sho-Blaska y de nuevo sintió como si le golpearan la mente con un mazo.

A la derecha del dragón inmortal estaba el dragón menor de color violeta que ya conocía. Gerd avanzó con los fanáticos a su espalda. Cuanto más se acercaba al tremendo dragón, más monstruoso y enorme le parecía y más pequeño e insignificante se sentía él. Aun así, no sentía miedo. Al menos no de forma descontrolada, como antes. Sabía qué era aquel dragón y lo que pretendía.

Suspiró. Si le iba a arrancar la cabeza de un mordisco o medio cuerpo de un zarpazo, poco podía hacer para evitarlo. Estaba desarmado, con las manos encadenadas y le seguía una escolta de fanáticos armados. La única salida que veía era ganar tiempo hasta que llegaran las Panteras. Lo encontrarían a él, al dragón o el portal, eso lo sabía. Inspiró profundamente y dejó que el temor se fuera de su corazón. Sus amigos llegarían al rescate, tenía total confianza en ello. Solo debía permanecer con vida hasta ese momento. No iba a ser fácil, pero lo iba a intentar.

Gerd llegó a unos quince pasos del impresionante dragón milenario y su escolta se detuvo con él.

«Este es el humano que pedisteis, mi señor» dijo el dragón violeta con tono de gran respeto.

«¿Ha sido preparado?».

«Lo ha sido, mi señor. Ha completado el proceso. Está preparado para obtener información y para lo que desee hacer con él, mi señor».

«Me complace Biol-Buru-Atara. No me gusta perder el tiempo ni desperdiciar mi poder con seres insignificantes».

Gerd escuchaba la conversación en su cabeza y era como si estuvieran dándole martillazos a su mente. Los mensajes de Camu llegaban siempre de forma suave y controlada. Aquellos le llegaban como si estuvieran hundiéndole clavos en el cerebro. Cerró un momento los ojos para intentar adecuar su mente.

«Yo te conozco, humano, de cuando mi espíritu estaba en el orbe» dijo Dergha-Sho-Blaska.

—Soy Gerd Vang, Guardabosques Especialista del reino de Norghana.

«Es gracioso cómo los humanos se enorgullecen tanto de haber logrado tan poco» transmitió Dergha-Sho-Blaska.

«Son seres muy inferiores, sin potencial para alcanzar grandes metas. Sin poder para grandes logros» añadió Biol-Buru-Atara.

Gerd no dijo nada, no quería discutir. Pasar mucho tiempo con Egil le había enseñado a medir cuándo era ventajoso hablar y cuándo no lo era. Y aquel no era buen momento. Permaneció callado. Podían insultarle a él y a toda la raza humana cuanto quisieran, no lo iba a rebatir. Había que elegir qué batallas luchar y cuáles dejar pasar.

«Una cosa he de reconocerte, humano. Tú y tus amigos me habéis causado muchos problemas y habéis entorpecido mis planes en varias ocasiones. Eso no me ha gustado nada y es una gesta para seres tan intrascendentes como vosotros».

—Quizá no seamos tan intrascendentes después de todo.

«Lo sois, no lograréis vuestro propósito y yo el mío sí. Y ni siquiera será por la fuerza. Lo

lograré con inteligencia, pues la mía es muy superior».

—Nuestro propósito se puede lograr. El portal no se ha abierto todavía —dijo Gerd señalando la enorme Perla con la cabeza.

El dragón inmortal giró su cuello y observó la Perla un momento.

«Ya es inevitable. Mis dragones plateados abrirán el portal, esa es su función. Con su poder pueden manipular el espacio y el tiempo. Solo ellos pueden abrir un portal de este tipo. Me ha costado mucho crearlos, pero ahora el triunfo es mío. Es cuestión de tiempo. Nada puede detenerme ya».

—Yo no estaría tan seguro…

«Oh, lo estoy. Tus amigos, a los que sé que esperas, no llegarán hasta aquí. Les tengo preparada una sorpresa letal. Morirán todos».

—¡No! —Gerd intentó soltarse, pero las cadenas eran demasiado fuertes.

«Biol-Buru-Atara, que no se mueva. Que aprenda que toda resistencia contra nosotros resulta baldía».

«Sí, mi señor».

Biol-Buru-Atara atacó la mente de Gerd, pero no de forma que le causara dolor o aturdimiento, penetró en ella y enviando una energía violácea le paralizó el cuerpo. No podía mover ni un dedo. Nada. Lo intentó en vano, pero el cuerpo no le respondía. Gerd se sintió tan indefenso como un bebé ante un tigre.

«Como ves, Biol-Buru-Atara es un especialista en controlar a otros seres con su mente. Los dragones violetas son realmente poderosos. Si quisiera, podría obligarte a quitarte tu propia vida. Es de lo más entretenido. Nada como ver a un ser cortarse su propio pescuezo para apreciar el poder de los seres superiores».

—Eso es despreciable.

«Eso lo dice un ser sin poder, inferior, nacido para servir a los poderosos. Todos los dragones pueden someter a seres y criaturas con su mente. Los dragones violeta son, además, capaces de mucho más. Pueden controlar seres inferiores por completo».

—Yo no he nacido para servir a dragones por muy poderosos que seáis.

«Tienes espíritu, me agradas. Además, eres buen luchador y fuerte para ser un humano de Drameia. Eso lo aprecio. En mi mundo, en Kraido, serías un buen sirviente».

—¿Tienen los dragones sirvientes como yo en vuestro mundo?

«Los dragones tenemos sirvientes de muchas y diferentes razas. ¡De todas las que hemos conquistado! Incluidos humanos».

—¿Hay humanos en Kraido? —a Gerd le costaba entender aquello. ¿Un mundo gobernado por dragones donde había humanos como él?

Dergha-Sho-Blaska rio con grandes y potentes carcajadas que Gerd sufrió en su cabeza.

«Por supuesto que hay humanos en Kraido. Los hay por varios mundos en el Droksfere. Los humanos no existen solo en Drameia, tu Tremia, como tú crees. Están esparcidos por varios territorios y su suerte es diferente en cada uno de ellos. En el mío son esclavos y sirvientes».

—¿Para qué si sois tan poderosos?

«Porque tienen su utilidad. Mira a los que tienes detrás de ti, me sirven fielmente y harán cuanto les pida… Incluso quitarse la vida».

—¿Usáis a los humanos para tareas que os faciliten la vida? —entendió Gerd.

«Por supuesto. A humanos y otras razas de humanoides. Muchas tienen su utilidad, sobre todo si tienen poder o magia, como la llamáis vosotros. Al final han nacido para servir a los dragones, pues nosotros reinaremos sobre todos los mundos del Droksfere».

—Me cuesta aceptarlo, creía que los humanos solo existían en Tremia…

«Esa es una muestra más de lo limitado de vuestras miras y ambiciones. Te aseguro que los humanos están presentes en varios mundos. Algunos son originarios de ellos y otros han llegado hasta allí por exploración o llevados por seres más poderosos».

—Nunca hemos sabido de otros humanos —Gerd intentaba entender las implicaciones de aquello y le parecían astronómicas. ¿Cómo podía haber humanos en otros territorios y que no supieran nada de ellos? Luego pensó en la Reina Turquesa y su reino oculto, y comprendió que era posible.

«Que no hayan regresado a contároslo no significa que esos mundos en los que viven no existan».

—¿Mundos como el nuestro? ¿Como Tremia?

«Algunos, otros diferentes. El Droksfere es enorme y sus continentes y mundos son diversos, al igual que las criaturas que los pueblan. De ellas nosotros, los dragones, somos los más poderosos».

—Siendo tan poderosos podéis dejarnos estar en paz.

Dergha-Sho-Blaska volvió a reír en una voz no solo potente sino sombría.

«La mayoría de los humanos nos vienen bien como esclavos. Nos sirven y hacen aquello que los dragones no nos rebajamos a hacer. Todo rey, todo señor, requiere de sirvientes. Esa es su función».

—¿Y los que no son esclavos?

«Esos son los menos. A aquellos que tienen sangre drakoniana y poder, los utilizamos como soldados en nuestros ejércitos. Se les enseña el Camino de los Dragones y si superan la formación forman parte de nuestros ejércitos. Utilizamos su magia para conquistar y reinar sobre otros. Siempre es preferible que mueran las razas inferiores en combate a que lo hagamos nosotros. Las guerras son muchas y los muertos también. Hay que buscar seres que se sacrifiquen por nosotros. Lo consideran un honor, no te equivoques».

—Eso no puedo ni imaginarlo.

«Y no es de extrañar, pues vuestra mente es limitada y débil. Voy a iluminarte, insignificante humano. Hay conceptos que no puedes comprender. En mi mundo y en aquellos que conquistamos los dragones vivimos no en el suelo, en tierra, sino en el aire».

—¿En el aire? ¿Cómo?

Dergha-Sho-Blaska rio. Le divertía sobremanera que su preso no pudiera concebir los conceptos que le explicaba.

«Nuestros reinos, formados por grandes montañas rodeadas de tierras, lagos y ríos del tamaño de tu capital y sus alrededores, flotan entre las nubes, a cientos de varas de altura. Ahí es donde vivimos y desde donde reinamos, desde ciudades en los cielos».

Gerd abrió mucho los ojos.

—¿Reinos en el aire? No puedo ni imaginarlo…

«Por supuesto que no. Nuestra magia es tan poderosa que lo que logramos con ella haría que tu mente estallara. La magia es la fuerza más poderosa de todas y la nuestra alcanza cotas que otros solo pueden soñar. Cuando conquiste Drameia crearé mi nuevo reino que flotará entre las nubes y lo situaré sobre Norghana para controlar todo el norte. Mi clan creará nuevas ciudades que flotarán sobre diferentes partes del continente controlando desde el cielo las naciones humanas a sus pies. Por supuesto, primero arrasaremos todos los reinos de Tremia».

—Eso es algo… que nadie…

Gerd se dio cuenta de que lo que Dergha-Sho-Blaska iba a traer de lograr sus planes era algo

mucho más terrible de lo que habían imaginado. Vivirían esclavizados y los dragones les controlarían desde ciudades flotantes. No podrían ofrecer resistencia. ¿Cómo iban a luchar contra ellos si ni siquiera estaban en tierra? Estarían perdidos para siempre. Tenía que contarle todo aquello a Egil, a sus amigos. Ahora era más crítico que nunca.

«Ahora que ya conoces tu destino, el destino de todos los humanos de este mundo, verás que resistirse es baldío. Nada podrá impedirlo. Como nada podrá impedir que reine sobre este y otros mundos».

—Esa es una ambición enorme.

«Que comienza con la conquista de este mundo. Será mío y de mi clan. Los dragones regresaremos al que fue uno de nuestros mundos y yo reinaré sobre él. Sobre todo ser que exista».

Gerd se negaba a aceptar que ese fuese el destino de Tremia, de todos ellos. Tenían que detenerlo como fuera. Sus compañeros llegarían pronto. Acabarían con Dergha-Sho-Blaska y detendrían la apertura del portal que los dragones plateados estaban invocando. Sí, acabarían con todo aquello y todo se convertiría en una pesadilla del pasado.

«Veo que te has quedado sin palabras. Es natural, la grandeza y poder de los dragones es inconmensurable. Y ahora debo conocer todo acerca de ti y de tus compañeros. Estáis siendo un incordio que no quiero seguir soportando. Ha llegado el momento de que me lo reveles todo».

—No pienso revelar nada de nada —respondió Gerd convencido—. Puedes matarme, pero no te diré nada de mí ni de mis compañeros.

«Oh, sí que lo harás. Me lo vas a decir todo. Y no solo eso, una vez me lo hayas contado, me servirás como un fiel perro guardián».

—¡Nunca! ¡No te diré nada y no te serviré!

Dergha-Sho-Blaska miró fijamente a Gerd y su mente atacó a la del guardabosques. Una energía plateada con tonos violáceos saltó de la mente del dragón a la suya.

—¡No! ¡Déjame! —gritó Gerd, que podía sentir cómo algo sucedía en su mente.

Intentó resistirse, pero no podía moverse. Cerró los ojos y apretó la mandíbula con fuerza, no quería dejar que el dragón penetrara en su mente, en sus recuerdos, en su conocimiento. No podía permitir que supiera lo que él sabía, pues lo utilizaría en contra de sus amigos. Debía resistirse.

«Es inútil que intentes negarme la entrada a tu mente. Ya estoy dentro y cogeré todo lo que hay en ella, toda la información que tienes guardada. No hay nada que puedas hacer para evitarlo. El poder de los dragones es imbatible».

—¡Sal de mi cabeza! —gritó Gerd.

Pensó en dejar su mente en blanco para que no pudiera acceder a nada. Sí, eso era. Tenía que dejar su mente completamente en blanco y solo eso conseguiría robarle. Se relajó todo lo que pudo y pensó en la nieve de las montañas norghanas. Solo nieve. Todo blanco. No había nada más que eso.

«Es loable tu esfuerzo por negarme, pero es inútil».

De pronto Gerd sintió que de lo más profundo de su mente comenzaban a surgir recuerdos, información… todo cuanto sabía. Surgieron como destellos instantáneos con imágenes pasando a gran velocidad para volver de nuevo a lo más profundo de su ser, de donde habían surgido.

—¡Nooooo! —gritó Gerd.

Dergha-Sho-Blaska estaba extrayendo todo lo que había en su cabeza, captándolo y devolviéndolo al fondo de la misma. Lo sabría todo sobre sus planes, sobre sus amigos, sobre las armas doradas, ¡todo!

—¡Nooo! —gritó de nuevo lleno de frustración y temor por lo que el dragón inmortal iba a hacer con toda aquella información.

«Ya tengo todo lo que necesito» envió Dergha-Sho-Blaska cuando terminó.

—Maldito…

«No creas que soy tan malo. Podría haberte robado todo lo que hay y dejarte vacío, con la mente de un bebé recién nacido. Te aseguro que es muy divertido. Un humano adulto gateando y sin saber hablar. Pero en tu caso, creo que tienes todavía utilidad para mí».

—¿Qué utilidad? Ya has leído todo lo que hay en mi mente.

«Voy a convertirte en un fiel esclavo. De esa forma podrás servirme y lo harás de forma consciente, contra tu voluntad, pero sin poder evitarlo. Es una experiencia única de la que disfrutarás cada día de tu vida».

—¡Prefiero morir! ¡Dame la muerte! —pidió Gerd, que gritaba sin poder mover el cuerpo, que no le respondía.

«Biol-Buru-Atara, encárgate de ello».

«Al momento, mi señor». La energía violeta de la magia de Biol-Buru-Atara surgió de su mente y penetró en la de Gerd comenzando el proceso de convertirlo en servidor del dragón inmortal.

—¡Nooooo! ¡Malditos! —gritó Gerd, pero nada podía hacer.

Su mente quedó bajo el dominio completo del dragón.

Capítulo 50

Raner entró en la sala del trono y llegó hasta el trono. Egil estaba trabajando con el magistrado y levantó una ceja.

—¿Es urgente? —le preguntó.

—Me temo que sí, Majestad.

—Muy bien. Gracias, magistrado. Seguiremos más tarde. Hay mucho que hacer por el reino. Si es que me dejan ponerme con ello.

—Por supuesto, majestad —asintió el magistrado sonriendo y marchó.

—¿Es grave además de urgente? —preguntó Egil.

Raner asintió.

—Muy grave, me temo.

Egil suspiró.

—¿Qué ha sucedido?

—El cargamento de oro de los Noceanos. Ha sido robado.

Egil abrió mucho los ojos.

—¿Han robado el oro?

—Han matado a la guardia real y se han llevado el oro. Han atacado al convoy a dos leguas de la capital.

—¿Dos leguas? ¿Tan cerca?

—Sí.

—¿Ellingsen?

—Pensé que había sido él quién lo había robado.

Egil negó con la cabeza. Ellingsen es honorable. No ha sido él.

—Era honorable. Lo hemos encontrado muerto junto a sus guardias. Lucho con honor. Murió defendiendo el cargamento.

Egil asintió varias veces.

—Nunca dudé de su lealtad. Todavía puedo ver el alma de los hombres.

—Yo sí dude, siento haberlo hecho.

—Sí han luchado habrá muertos entre los asaltantes. ¿Quién?

—El Conde Volgren y los nobles del este.

—Este robo no lo esperaba. No se puede predecir todo por muy encima que uno este de todas las maniobras políticas.

—¿Lo saben los Nobles del Oeste?

—Sí, lo saben. Están de camino.

—Entonces será mejor prepararnos para recibirlos —dijo Egil.

Tal y como ya esperaban, los nobles de oeste no tardaron mucho en pedir audiencia urgente con el rey. Egil se la concedió. Sabía a qué venían y que sería una conversación difícil.

—Majestad, los nobles del Oeste presentan sus respetos —dijo el duque Svensen con una reverencia.

—Los nobles del Oeste son siempre bien recibidos en mi corte —les dio la bienvenida Egil.

Con él estaban, Sigrid, Raner e Ingrid.

—Venimos a informaros de un ultraje del este —dijo el duque Erikson.

—El cargamento de oro Noceano —dijo Egil.

—¿Entonces nuestro rey lo sabe? —preguntó Svensen.

—Acaban de informarme, sí —asintió Egil.

—¡Ha sido el Este! —acusó su primo Lars Berge con ojos encolerizados.

—¡Han ido demasiado lejos! ¡No podemos permitir esto! —exclamó Svensen.

—Hay que colgarlos a todos! —exclamó Lars.

—Hay que ajusticiarlos y recuperar el oro —afirmó Erikson.

Viendo el tono y la exaltación entre sus nobles, Egil levantó la manos.

—Calma. Analicemos la situación antes de actuar solo en presunciones.

—Majestad, no son presunciones. El este ha robado el oro del rey —dijo Svensen.

—Para empezar, ¿cómo saben mis nobles sobre este oro noceano? No recuerdo haber compartido esta información con ninguno de vosotros.

Los nobles callaron y se miraron los unos a los otros.

—Majestad… La información sobre el cargamento de oro noceano llegó hasta nosotros —le dijo Erikson.

—Me pregunto cómo —dijo Egil.

—Estas paredes tienen oídos —le dijo Svensen.

—Eso parece.

—Si nosotros lo sabíamos también el este —dijo Svensen.

—No lo dudo —Asintió Egil.

—Han sido el Conde Volgren con la ayuda de los duques Uldritch y Oslevan. Ya lo dije antes, hay que ajusticiarlos a todos —expresó Bjorn con furia en su tono.

—¿Y qué pruebas tienes de eso? —le preguntó Egil.

—Lo muertos que han dejado atrás después del asalto. Son de sus ducados —dijo Axel.

—Tenemos esa prueba —aseguró Harald.

—Y todos queréis ir a ajusticiar a Volgren y los nobles del este —dijo Egil.

—¡Por supuesto! —exclamó Lars.

—Es nuestra oportunidad de ajustar cuentas —dijo Svensen.

—Antes de que hagan algo con ese oro y no podamos pararlos —dijo Bjorn.

—¿Qué opinas tu Conde Malasan? —le preguntó Egil—. Has estado muy callado.

Malasan suspiró.

—Qu el robo lo ha perpetrado el este, no hay duda. Qu con ese oro os intentarán derrocar también. Que debamos atacarlos… tengo mis dudas.

Egil asintió.

—Entonces opinas como yo.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados. Tienen una gran cantidad de oro con la que destronar al rey del Oeste—dijo Svensen.

—Sí, pero todavía no lo han conseguido. Tampoco me han atacado directamente —dijo Egil.

—Han matado a media guardia real y al comandante de la guardia —dijo Erikson.

—Que podía ser quién les dio el chivatazo —dijo Svensen.

—Ellingsen me era fiel. No fu él. Pero no tiene importancia quién fuera. El problema es que tienen el oro y eso es lo que necesitamos recuperar —dijo Egil.

—¿Qué quiere su majestad que se haga? —preguntó Malasan.

—Quiero que me encontréis ese oro y me lo traigáis. Quién lo tenga, podéis ajusticiar, pero

no atacaréis a los nobles del este con esta escusa.

—¿Por qué no? Es la excisa perfecta —dijo Lars.

Egil lo miró a los ojos.

—Cuando tú seas rey de Norghana, podrás dirigir el reino como te plazca. Mientras yo sea rey no habrá otra guerra civil. No atacaréis al este de forma indiscriminada. Buscad quién tiene el oro y traérmelo. A ese sí lo ajusticiaré. A todos los nobles del este, no. No soy un carnicero.

—Majestad, os equivocáis —le dijo Svensen—. Ellos no tendrán los mismos miramientos. Os matarán a la primera oportunidad.

—Svensen tiene razón. Yo tampoco quiero otra aguerra civil, pero ese oro nos pone en clara desventaja —le dijo Erikson—. Hay que eliminarlos ahora. Luego será demasiado tarde.

—Yo no me hice rey para pasar por el cuchillo a todos los nobles del este. Si es lo que queréis, podéis poner a mi primo Lars en el trono y hacerlo. Os cedo el trono.

Los nobles del oeste se quedaron sin palabras.

—No es a nuestra intención —le dijo el Conde Malasan.

—No queremos que el rey nos ceda el trono —dijo Axel.

—Somos leales el rey Egil —dijo el Duque Erikson.

Sin embargo El duque Svensen, su primo Lars, Bjorn y Harald no dijeron nada.

—En ese caso. Seguid mis órdenes. Buscad el oro. Cuando lo tengáis. Ajusticiaremos a quién lo tenga y sus cómplices. No antes. Marchad —le dijo Egil.

Los nobles del oeste marcharon, pero no lo hicieron nada contentos.

—Eso no ha ido nada bien —le dijo Ingrid a Egil.

—Lo sé. Intento evitar un nuevo derramamiento de sangre, y no sé si lo conseguiré.

—Eso puede costarte el trono —le dijo Sigrid.

—Deben seguir las órdenes de su rey —expresó Raner enfadado.

—Sé que el este ha robado el oro y ha matado a Ellington. Sé que ha sido el Conde Volgren, y también sé que espera que vayamos a por él, Está preparado. De lo contrario no hubiera robado el oro. No quiero derramar más sangre Norghana.

—Puede que no haya otra solución —le dijo Sigrid—. Los reyes no tienen el lujo de tener conciencia o escrúpulos. Hacen lo que deben para sobrevivir, sin mirar el coste o las repercusiones. Quién no está dispuesto a derramar sangre y ser despiadado, puede que no sea apto para reinar en Norghana.

Egil asintió.

—Agradezco tus sabias palabras, Sigrid. Sé que es así. Lo que no sé es si quiero pagar el precio.

—Es aes una decisión que solo el rey puede tomar. Los nobles so se contentarán encuentren o no el oro. La decisión se ha retrasado, pero no podrá evitarse —le avisó Sigrid.

Egil se masajeó la frente.

—He de pensar. Por favor. Dejadme a solas.

—Por supuesto, Majestad – Raner saludó con la cabeza.

—Si me necesitas, estoy aquí —le dijo Ingrid que al marchar le puso la mano en el brazo a Egil.

El rey levantó al mirada y sonrió a Ingrid.

—Gracias, amiga.

Capítulo 51

Los Pobladores de la Tundra y Raelser guiaron al grupo hasta la Gruta sin Fin.

Se detuvieron en cuanto la vieron en la distancia. Parecía una gran montaña recubierta de nieve, tenía aspecto de ser una especie de volcán helado aislado. Se distinguía un único pico alto, pero todo a su alrededor era hielo y tundra.

—Ese es el lugar —informó Raelser.

—Los pobladores parecen reacios a acercarse —dijo Lasgol, que observaba a los tres guías discutir entre ellos.

—No creo que vayan más lejos de donde nos encontramos. Es un lugar maldito —explicó Raelser.

—Nosotros tenemos que ir a investigar. ¿Nos guiarás? —preguntó Lasgol.

El arcano lo meditó un momento.

—Os guiaré. Asrael me ha pedido que os ayude con todo lo que necesitéis y así lo haré, aunque me lleve a entrar en un lugar maldito.

—No te preocupes, nosotros vamos mucho por este tipo de sitios. Al final te acostumbras —dijo Viggo dándole una palmada en el hombro.

—Mejor si nos preparamos para hostilidades —dijo Valeria a su equipo.

—Preparad arcos y flechas elementales. De tierra o fuego —inquirió Molak.

—Apuntad a la cabeza. Ojos y boca son sus puntos débiles —explicó Lasgol.

Según estaban preparando flechas y arcos, apareció al norte un dragón volando en dirección a la gran montaña.

—¡Todos al suelo! —gritó Lasgol.

—¡Al suelo! —exclamó Molak, que también lo había visto.

Todos echaron cuerpo a tierra.

Camu intentó activar su habilidad de Camuflaje Extendido, pero no lo consiguió, así que se tumbó de lado con Ona y Argi.

—Aquí no hay dónde esconderse, ¡es todo hielo! —dijo Viggo desde el suelo.

—Está muy lejos, puede que no nos vea —dijo Valeria, pero su tono no ofrecía mucha convicción.

—Es solo un dragón, si viene a por nosotros lo va a lamentar… —dijo Viggo.

—No sé yo, está volando y nosotros tirados en el suelo. Tiene bastante ventaja —razonó Luca.

—No te preocupes, sus ataques elementales y mentales alcanzan menos que tu arco compuesto.

—¿Cuál es el máximo alcance que tienen? —preguntó Molak, que ya había sacado su arco de francotirador.

—Si quiere atacar con magia tendrá que bajar al menos a trescientos pasos —explicó Viggo.

—Entendido. Entonces podemos darle —asintió Luca.

—Lo malo es cuando baja a destrozarte con sus garras y fauces. Entonces es mejor apartarse —explicó Viggo.

—Oído. No dejar que arañe o muerda —replicó Valeria.

—Todos aquí sois buenos tiradores. Apuntad a los ojos y la boca en cuanto esté a tiro —

aconsejó Lasgol.

Frida y Elina se miraron. Ellas no eran tan buenas tiradoras, pero se defendían con el arco, pues ante todo eran Guardabosques.

Observaron el vuelo del dragón. En la distancia no se distinguía su color, pero no era rojo, debía de ser blanco o azul. Dio un par de vueltas alrededor de la montaña, como vigilando que no hubiera nadie a su alrededor, y luego penetró por el pico.

—Vaya… hay una entrada arriba —comentó Lasgol.

—Sí, hay dos entradas: una es un túnel al pie de la montaña en la cara sur y la otra la que habéis visto, por la parte superior. El pico está hueco —explicó Raelser.

—Curioso. ¿Fue un volcán? Tiene ese aspecto —preguntó Valeria.

—Nadie lo sabe. Lo que puedo deciros es que en el interior hay un abismo enorme. Es peligroso. Se forman corrientes muy fuertes que penetran por donde lo ha hecho el dragón y succionan todo cuanto hay en el interior, llevándoselo al fondo del abismo. Por eso nadie entra y se considera un lugar maldito. Esas corrientes se producen de forma esporádica. Muchos han entrado cuando todo parecía en calma y se han encontrado de bruces con la muerte. Se dice que hay un espíritu malvado que envía a todo que entra a las entrañas de un abismo infernal.

—¡Estupendo! No puedo esperar para entrar… —dijo Viggo con tono irónico.

—Parece que al dragón no le importa el riesgo —observó Valeria.

—Probablemente porque pueden salir volando. Tienen una fuerza enorme —razonó Lasgol.

—Al menos no nos ha visto —dijo Molak.

—Hay que acercarse a ver qué sucede ahí adentro —dijo Valeria.

—Camu, ¿puedes usar tu camuflaje? —preguntó Lasgol.

«No funcionar ahora».

—De acuerdo. Sugesen, ¿puedes acercarte hasta la entrada sin que te descubran? —preguntó Lasgol.

—Puedo intentarlo, pero no estamos en los bosques norghanos y aquí es más difícil camuflarse.

En ese momento un nuevo dragón apareció llegando del noroeste y todos se echaron al suelo. El dragón realizó la misma maniobra. Dio varias vueltas al gran macizo de roca y hielo con forma piramidal y luego entró en su interior por el pico hueco.

—Mejor no arriesgar. Esperaremos a la noche —dijo Lasgol.

Se retrasaron hasta unas formaciones rocosas donde se escondieron hasta que llegó la oscuridad. Aprovecharon para comer y beber algo.

—¿Cuándo crees que llegarán los refuerzos de Asrael? —preguntó Lasgol a Raelser.

—Lo más pronto, al amanecer. Y no lo harán todos juntos, pues existen diferentes distancias de aquí a los distintos pueblos —explicó el arcano.

—Entiendo. En ese caso esperaremos a que la noche esté acabando antes de entrar a la gruta. Si algo va mal podremos retirarnos. Con un poco de suerte los primeros refuerzos estarán al llegar —ideó Lasgol.

—Buen plan —dijo Valeria—. Se te está pegando mucho de Egil —bromeó y sonrió.

—¡Ojalá! —sonrió Lasgol.

Frida le dio una nueva poción a Camu.

«Mucho ayuda. Gracias».

—De nada. Le he dado a Lasgol unas cuantas pociones más por si tienes problemas.

«Yo agradecer».

Faltaba poco para que la noche diese paso al amanecer cuando Lasgol dio la orden. El grupo

se puso en pie y avanzó agazapado. Como ya esperaban, los tres pobladores no fueron con ellos.

La noche era aún oscura. El cielo estaba cubierto, como era habitual por aquellas tierras, pero las estrellas y la luna hacían apariciones esporádicas en el firmamento. Esto era favorable para acercarse sin ser vistos, aunque sólo se movían cuando no había claridad. Luego se detenían y se echaban al suelo. Por otro lado, si los dragones tenían algún vigía iba a ser complicado engañarle.

Por fortuna no apareció ninguno y consiguieron llegar hasta el túnel de entrada guiados por Raelser. Lasgol aprovechó para realizar su tabla de precombate. Toda precaución era poca. Estaba oscuro fuera, pero en el interior todavía más. Se colocaron de tres en tres y comenzaron a entrar. Lasgol iba en cabeza con Viggo a un lado y Molak al otro. Camu, Ona y Argi iban los últimos. Lasgol estuvo tentado de encender su Luz Guía, pero se vería desde el final del túnel y podían descubrirles. No era buena idea.

Llegaron al final y descubrieron que daba a una caverna bastante grande. Se desplegaron por ella y la aseguraron. No había nadie.

La caverna daba a otro túnel, así que volvieron a situarse de tres en tres y avanzaron. Este era más largo que el anterior y para cuando terminaron de recorrerlo tuvieron la sensación de que habían penetrado bastante en la montaña. Lo desconcertante era que no se oía ni veía nada, por lo que no sabían a qué atenerse.

Continuaron y llegaron al corazón de aquella gruta: una caverna enorme ligeramente iluminada de forma natural. La luz de la luna y las estrellas entraba por el gran pico descubierto y al golpear las paredes reverberaba y llegaba abajo. La caverna era de piedra marrón y tenía la misma forma piramidal que se apreciaba desde el exterior. Varios túneles debían dar a otras cavernas colindantes a la principal.

En el centro de la caverna circular descubrieron el temido gran abismo. Era enorme y de una oscuridad casi absoluta. Devoraba la luz que bajaba reflejada.

Podían sentir una corriente de aire que descendía y entraba en el abismo. Emitía un silbido que daba la sensación de ser un aviso de peligro cercano. Intimidaba solo de mirarlo.

Lasgol levantó el puño y todos se detuvieron. Allí no había nadie. No estaba Dergha-Sho-Blaska y tampoco los dos dragones que habían visto entrar. Eso no le gustó nada.

«¿Captas a Dergha-Sho-Blaska?» envió Lasgol a Camu.

«No captar».

«Esto es extraño».

«Poder estar abajo».

«¿En el abismo?».

«No saber. Poder ser».

Todo era posible con el dragón inmortal, pero Lasgol lo veía complicado. Esperaba que estuviera allí con una gran Perla. Que no hubiera rastro de él le pareció sospechoso, pero tenían que investigarlo.

—Valeria, toma el lado este con tu equipo, nosotros tomaremos el oeste.

—De acuerdo —dijo ella e hizo una seña a los suyos para que avanzaran rodeando el gran abismo.

Molak abrió camino seguido por Luca y Valeria. Gonars, Sugesen, Frida y Elina les siguieron.

Lasgol avanzó rodeando el abismo por el lado oeste. Viggo, Raelser, Camu, Ona y Argi fueron tras él.

—Esto me huele mal —susurró Viggo—. Aquí no están el dragón ni Gerd.

—Sí, a mí también me parece extraño.

Su sospecha se confirmó un instante después. De la abertura del pico descendió un dragón menor completamente negro. No habían visto hasta el momento uno con ese color. Su aspecto era temible, como si una sombra se hubiese reencarnado en dragón. Lasgol se preguntó qué tipo de poder tendría.

«Aquí estáis, tal y como mi señor había predicho» envió.

El mensaje mental les llegó como un latigazo.

«Soy Beltz-Desger-Maltzur y ha llegado vuestro momento. Vais a morir».

Emitió un sonoro rugido dando la alarma y al momento los otros dos dragones que habían visto entrar en la montaña aparecieron uno a cada lado surgiendo de dos túneles.

El dragón azul se plantó frente a Valeria y su equipo y estiró el cuello. El blanco se puso frente a Lasgol y su grupo y extendió las alas.

Ambos rugieron amenazantes.

—¡Atentos! —gritó Molak.

—¡Es una trampa! —avisó Valeria.

—¡Luchad! —ordenó Lasgol.

—¡Atacad, no les dejéis respirar! —gritó Viggo.

Capítulo 52

Lasgol actuó de inmediato e invocó Tiro Certero y Tiro Poderoso apuntando al ojo izquierdo del dragón. Viggo ya corría con la velocidad de un guepardo hacia el dragón blanco, que rugió y abrió sus alas. Ona se fue tras Viggo a lanzarse sobre el enemigo mientras Camu intentaba crear la cúpula protectora antimagia, pero falló. Argi gruñó enseñando sus colmillos y se quedó junto a Camu para defenderlo. Raelser conjuró dos capas protectoras sobre sí mismo: una antimagia de color azulado y otra de hielo para ataques físicos.

«No cúpula antimagia» advirtió Camu a sus compañeros.

En el otro lado del abismo, Sugesen, Gonars, Frida y Elina reaccionaron al momento. Levantaron los arcos, apuntaron y tiraron contra el dragón ya que conocían la criticidad de actuar de inmediato. Luca se movió a un lado para tener mejor opción de tiro y apuntó a la boca cuando el dragón rugió. Valeria y Molak avanzaron esgrimiendo sus armas doradas con intención de golpearlo y acabar con él.

La flecha de Lasgol alcanzó el ojo izquierdo del dragón blanco un instante después de que lanzase un ataque mental. La flecha se clavó profundamente y el dragón rugió de dolor. El ataque mental alcanzó a Viggo y Ona justo cuando iban a lanzarse al cuello de su enemigo. Los dos salieron despedidos de espaldas y sus cuerpos se arrastraron por el suelo de roca. Viggo quedó dolorido y casi perdió el sentido. Ona quedó inconsciente contra la pared. Argi corrió a defenderla y se quedó junto a ella, gruñendo.

Las flechas elementales de tierra alcanzaron al dragón azul en cara y cuello. Sugesen, Gonars, Frida y Elina estaban a veinte pasos de él, era imposible que fallaran. Los estallidos de tierra, polvo, humo y sustancias aturdidoras lo molestaron impidiendo que pudiese ver con claridad. Abrió la boca para lanzar su aliento gélido contra Valeria, que corría con la jabalina dorada en la mano derecha, y Molak, que avanzaba con el hacha de dos cabezas alzada dispuesto a golpear.

El aliento fue a salir cuando la flecha de Luca le entró por la boca. Era una flecha de fuego que estalló en una llamarada. El dragón cerró la boca de forma instintiva al sentir el dolor del fuego y su aliento helado murió sin poder salir de sus fauces cerradas, aunque, en contrapartida, consiguió apagar la llamarada de Luca. Al ver a Valeria y Molak cerca, el dragón azul cambio de táctica y lanzó un ataque mental antes de que las flechas que Sugesen, Gonars, Frida y Elina tiraban llegasen. El ataque mental alcanzó de lleno a Valeria y a Molak, que salieron despedidos de espaldas empujados por una fuerza que los arrastró por el suelo hasta llegar a los pies de sus compañeros. Quedaron tendidos con dolor físico y mental, pero consiguieron mantener la consciencia.

En el otro lado el abismo Lasgol levantó la cabeza hacia el dragón negro, que se mantenía en la parte superior de la caverna a unos doscientos pasos de altura moviendo sus alas con fuerza. Le sorprendió que aquel dragón pudiera volar como lo hacía Camu, levitando. El resto no tenían aquella capacidad. No podían mantenerse en el aire, solo volar impulsados por sus alas en diferentes direcciones, pero no mantenerse quietos en una misma posición. Eso no le gustó, aquel dragón era especial. Además, parecía estar al mando. Comenzó a producir una sustancia negra, como humo muy espeso, que lo rodeó por completo. Aquello no era bueno, tenía que acabar con él. Invocó Tiro Certero, Tiro Múltiple y Tiro Poderoso al tiempo que enviaba una buena cantidad de energía al arco. El dragón se percató y un instante antes de que las flechas le alcanzaran,

desapareció en la oscuridad que había generado. Las flechas pasaron de largo sin darle.

Lasgol se quedó estupefacto. Había usado Tiro Certero y había fallado. El dragón volvió a aparecer tras un momento, algo más arriba.

«Buen intento, humano, pero no se puede alcanzar aquello que ya no está» envió a Lasgol.

En ese momento Lasgol escuchó el rugido del dragón blanco y se giró hacia él. De su boca salió un caudal de rayos buscando matarlo. Lasgol se lanzó a un lado y rodó sobre el suelo al tiempo que invocaba Árbol Protector. Raelser conjuró entonces sobre la cabeza del dragón y una pequeña nube azulada se formó envolviéndola.

—Tiene defensa antimagia —advirtió Lasgol.

—Lo sé. Asrael me lo explicó, pero no estoy conjurando sobre él, sino a su alrededor.

La nube azulada se volvió de un azul muy intenso y Lasgol lo entendió. El dragón no iba a poder ver a través de aquel azul sólido. La criatura rugió al descubrir que no podía ver más que azul y sacudió la cabeza con fuerza para librarse de la nube, pero la creación se mantenía como pegada a ella, siguiendo cada movimiento. Abrió la boca y lanzó su caudal de relámpagos arriba y abajo, pero tampoco pudo ver. La parte superior de la nube le cubría los ojos.

Arremetió con sus garras contra ella y descubrió que era intangible y con su fuerza no podría destruirla, aunque los zarpazos le abrían la visión brevemente.

Lasgol aprovechó la ventaja y utilizó Tiro Rápido y Tiro Poderoso apuntando a la frente. Al no ver el ojo del dragón por la interferencia de la nube, no podía usar Tiro Certero, pero sabía que la frente no fallaría. Una de las flechas entró y dos golpearon las garras delanteras con las que el dragón intentaba deshacerse de la molesta neblina.

Al recibir el impacto en la frente, el dragón rugió y se retrasó. Lasgol ya estaba centrado en invocar sus habilidades de nuevo cuando un largo apéndice negro lo rodeó. Sorprendido, miró arriba y se dio cuenta de que era el dragón negro el que lo enviaba. Salía de su cuerpo, como si fuera una prolongación. Un segundo y un tercer apéndice sombríos descendieron desde el cuerpo de la criatura y lo rodearon. Los apéndices no podían llegar hasta él gracias a su habilidad Árbol Protector, al menos de momento, pero apretaban intentando penetrar. Lasgol envió energía a reforzar su defensa antimagia.

En el otro lado el dragón azul rugía de rabia al recibir otras cuatro flechas elementales de tierra en la cabeza. Las explosiones le impedían atacar con su mente y aliento helado. Luca consiguió acertarle en el ojo derecho con una flecha de fuego arriesgando y acercándose un poco más al dragón gracias a la cobertura de sus compañeros.

—¡Seguid tirando! —pidió.

Sugesen indicaba por señas a Frida y Elina que se separaran más para que el dragón no pudiera alcanzarles con un solo ataque. Gonars llegó casi hasta el borde del gran abismo y se detuvo a tiempo de no perder pie y caer. Valeria y Molak comenzaban a recuperarse del ataque mental sufrido y trataban de incorporarse.

El dragón consiguió usar su aliento y un chorro de líquido gélido salió dirigido a Sugesen, que se lanzó a un lado y se libró por un pelo. Las flechas de Gonars, Elina y Frida golpearon de nuevo la cabeza del dragón, que tuvo que interrumpir el ataque. Luca le alcanzó de nuevo en el mismo ojo con otra flecha de fuego y lo dejó tuerto.

Mientras tanto, Lasgol, que estaba a punto de tirar contra el dragón negro, sintió que se elevaba del suelo. Los apéndices lo levantaban.

—¿Qué… demontres?

Su defensa aguantaba, pero el dragón, en lugar de estrujar, había decidido levantarlo del suelo. Lasgol se preguntaba para qué cuando se dio cuenta de que lo llevaba hacia el abismo.

Raelser, que había conjurado cinco pequeñas nubes más alrededor de la cabeza del dragón blanco, se percató de lo que sucedía y conjuró sobre el negro para ayudar a Lasgol. Camu también lo vio y corrió a sujetar a Lasgol antes de que se lo llevara sobre el abismo. Un momento antes de que el conjuro de Raelser se produjera, el dragón negro volvió a desparecer entre la oscuridad que lo envolvía y el conjuro falló. Los apéndices sombríos, sin embargo, no desaparecieron y tenían a Lasgol casi al borde del abismo.

Camu llegó y dio un salto. Sus dos palmas delanteras se adhirieron a Lasgol, mientras las traseras tocaron tierra y se pegaron también. Camu tiró con todas sus fuerzas de Lasgol y consiguió que los apéndices no lo arrastraran. Se creó una pugna entre el dragón negro, que volvió a aparecer, y Camu para ver quién se llevaba a Lasgol. En ese momento Viggo y Ona consiguieron por fin recuperarse y se lanzaron de nuevo al ataque contra el dragón blanco, que a pesar de su ceguera intentaba volar.

El azul consiguió enviar un ataque mental contra los tiradores y alcanzó a Frida y Sugesen, que se fueron de espaldas al suelo. Gonars y Elina tiraron impidiendo que atacara. Luca tiraba ahora contra el otro ojo con flechas de fuego mientras se movía de lado a lado para que no le alcanzara con el aliento gélido que el dragón enviaba entre ataques del equipo. Por el rabillo del ojo vio a Valeria y a Molak que ya recuperados avanzaban de nuevo.

—¡Cubridles! —gritó a sus compañeros.

Gonars, Elina y Luca tiraron contra el dragón, que había previsto el avance y giraba la cabeza para repelerlo. Abrió la boca y su aliento helado salió un instante antes de que le alcanzaran la flechas. Fue directo hacia Valeria que, al intuir su intención, en un acto reflejo, se tiró al suelo. El caudal gélido le pasó por encima rozando la cabeza. Sintió el frío helarle el pelo y el cuero cabelludo y pegó la cara al suelo de roca. Varias flechas de aire alcanzaron al dragón en la cabeza y las descargas que siguieron causaron que no pudiera seguir atacando con el aliento helado. Las descargas le entraron por ojos y boca, que tenía desprotegidos. Molak llegó hasta el dragón y, activando el guante, soltó un hachazo con la gran arma de dos cabezas al cuello del monstruo. El filo dorado se clavó y casi cercenó de cuajo el cuello gracias a la potencia con la que Molak había ejecutado el golpe.

El dragón rugió de dolor y se defendió soltado un zarpazo a Molak, que se agachó para esquivarlo. De un tirón liberó el arma y se dispuso a soltarle el golpe definitivo cuando un apéndice sombrío lo agarró de la cintura.

—¿Qué diantres…? —Molak siguió con la vista el apéndice hasta el dragón negro, que estaba sobre el abismo.

Comenzó a elevarlo. Sugesen corrió y lo agarró de los pies para que no se lo llevara.

—¡Gonars, ayuda! —pidió Sugesen a su compañero que corrió a agarrar también a Molak de las piernas.

Al otro lado del hoyo, Viggo y Ona seguían al dragón blanco, que intentaba huir elevándose. Ona saltó y le mordió el cuello apretando con fuerza. Se quedó colgada a peso, dificultando que el dragón ganara altura. Viggo llegó y saltó también al cuello cuando el dragón comenzaba a elevarse. Se agarró y activó el guante. Sujetándose con el brazo izquierdo y las piernas enroscadas, le clavó el cuchillo de Sansen con fuerza. El dragón rugió de dolor y se echó hacia atrás. No podía ver nada por las nubes azules alrededor de su cabeza. Golpeó la pared de roca y se cayó al suelo. Viggo y Ona cayeron con él y, al golpear el suelo, salieron despedidos hacia un lado. Se incorporaron y antes de que el dragón pudiera levantarse se le echaron de nuevo encima.

Lasgol usó el arco contra el dragón negro cuando Camu tiraba de él hacia el suelo, pero la criatura desapareció en la negrura y la flecha falló.

—Ese dragón es muy hábil —dijo Raelser a Lasgol.

—¿Puedes conjurar sobre él?

—No puedo, cada vez que lo hago desaparece y el conjuro falla.

—Prueba a conjurar una gran nube azul a su alrededor solo para que no pueda ver.

—Necesito un enemigo sobre el que conjurar. Si desaparece, el conjuro falla.

—¿Y una neblina sólida que se eleve?

—Eso puedo hacerlo. Tengo un conjuro para neblina de confusión mental que puedo usar —confirmó Raelser.

Frente al dragón azul, Valeria se puso en pie y dio dos pasos hacia delante. El dragón se recuperaba de las flechas de aire. Esa era su oportunidad, antes de que volviera a usar su aliento helado. Activó el Rayo de Antior y con la inercia de la carrera apuntó a la boca que ya estaba abriendo para atacar. La jabalina dorada salió propulsada con gran fuerza y entró por ella. Se produjo un destello dorado y el arma se clavó profunda en su garganta, saliendo por el otro extremo. No pudo lanzar su aliento y, en cambio, un sonido de gorjeo salió de su boca.

—¡Luca, toma mi arma! —Molak lanzó el hacha a su compañero.

Luca la cogió en el aire y se lanzó contra el dragón, que se ahogaba en su sangre. Llegó hasta el monstruo y, golpeando con todas sus fuerzas a la altura donde tenía la herida que le había hecho Molak, le cercenó el cuello por completo. Cabeza y cuello del dragón cayeron hacia adelante y el resto del cuerpo hacia atrás.

El conjuro de Raelser comenzó a materializarse sobre el abismo y una neblina azulada se elevó hacia el dragón negro. Al percatarse, la criatura soltó a Lasgol que cayó sobre Camu y los dos se fueron al suelo. De pronto, desapareció en la oscuridad creada a su alrededor. Molak también quedó liberado y cayó al suelo. Un momento después, el dragón negro aparecía a la espalda de Luca para golpearle con tremenda fuerza. Este salió despedido contra la pared, chocó con la roca y quedó inconsciente.

—¡Luca! —gritó Frida que corrió a ayudarle.

—¿Le ha desgarrado la espalda? —preguntó Valeria con temor pensando que las garras del dragón lo habrían alcanzado.

—No, no tiene heridas lacerantes o desgarros, es solo el golpe —informó Frida.

Valeria buscó al dragón negro, extrañada. La bestia apareció en medio del abismo a mucha altura entre la extraña oscuridad que emitía. En una de sus garras llevaba la Doble Muerte de Gim. No había intentado matar a Luca, sino arrebatarle el arma dorada.

«Ha sido un placer, humanos. Ahora debo marchar con mi señor».

—¡Baja y lucha de frente y a la vista! —gritó Valeria.

«Me temo que esas no son mis órdenes, humana».

—¿Qué te ha pedido tu señor? —preguntó Lasgol apuntando con su arco.

«Que consiga una de las armas doradas. Es tiempo de marchar».

Lasgol soltó invocando Tiro Certero y Tiro Elemental, pero el dragón volvió a desaparecer en la negrura antes de poder hacer nada y la flecha de fuego la cruzó sin alcanzarle.

Un momento más tarde lo vieron desaparecer en las alturas.

De súbito, una corriente tremenda bajó desde el pico y arrastró todo hacia el gran abismo.

—¡Lo que nos faltaba! —gritó Viggo.

—¡Cuidado! —exclamó Lasgol y agarró a Raelser

Camu sujetó con uno de sus pies a Argi mientras Viggo y Ona se cogían el uno al otro para no ser arrastrados.

—¡Agarraos! —gritó Valeria.

Valeria se agarró a Molak y tiró de él. Sugesen y Gonars, los más cercanos al abismo, se sujetaban e intentaban huir del gran agujero. Frida, Luca y Elina hacían lo mismo.

La fuerza del viento era terrible y los empujaba hacia el interior. Todos estaban en el suelo luchando por no caer dentro.

—¡No os dejéis arrastrar! —gritó Lasgol.

—¡Resistid! —animó Valeria.

El efecto succionador del abismo era terrible. Conseguían mantenerse en tierra porque se agarraban los unos a los otros, aumentando el peso a arrastrar y el rozamiento contra el suelo. De estar de pie el abismo se los habría llevado ya. Lucharon contra corriente con todas sus fuerzas, agarrándose al suelo con uñas y dientes.

Por fortuna, el abismo no pudo con ellos y consiguieron evitar caer a su interior.

De pronto, la fuerte corriente de viento desapareció sin previo aviso de la misma forma que había aparecido.

Todos se quedaron tirados en el suelo, exhaustos tras la batalla con los dragones y la lucha contra la fuerza de la corriente abismal.

—Esto ha estado… muy bien… hay que hacerlo más —dijo Viggo tumbado de espaldas.

—Conmigo no cuentes —dijo Lasgol.

—Este lugar… es peligroso… —dijo Raelser.

—¿Todos bien? —preguntó Valeria a su equipo.

—Medio bien —dijo Elina.

Valeria se levantó y fue hasta el dragón muerto. De un tirón le sacó la jabalina de la garganta.

—Mira que son horrendos estos dragones —comentó limpiando la sangre del arma.

En ese momento dos dragones marrones entraron por la parte superior y otro por la entrada por la que ellos habían llegado.

—¡Atención, más dragones! —advirtió Valeria con un potente grito.

Capítulo 53

—¡Hay que salir de aquí! —gritó Lasgol.

—¿¡Sin matarlos!? —preguntó Viggo.

—Tendremos bajas y esto no es más que una trampa. Dergha-Sho-Blaska no está aquí, nos ha engañado. ¡No lograremos nada!

Los tres dragones comenzaron su ataque y caudales de piedras y rocas cortantes llegaron de varias direcciones.

—¡Nos retiramos! —gritó Lasgol al otro grupo.

—¡Escapemos por los túneles! —ordenó Valeria.

Lasgol, Viggo, Raelser, Camu, Ona y Argi corrieron al túnel por el que había salido el dragón blanco. La lluvia de tierra les perseguía para lapidarlos. En el lado contrario, Valeria y su grupo escapaban por el que había aparecido el dragón azul. Todos corrían tan rápido como podían.

El grupo de Lasgol cruzó la caverna y encontró una salida al otro lado que conducía a otra más pequeña.

—¡Rápido, seguid! —dijo y se quedó apuntando desde la entrada.

Un dragón marrón les seguía. Lasgol soltó y se apartó. El caudal de tierra le pasó rozando.

—¡Hay una salida aquí! —gritó Viggo.

Lasgol corrió y vio que Camu entraba por una salida por la que apenas cabía. Viggo lo empujaba.

—¡Échame una mano con el gordinflas este!

Lasgol ayudó a Viggo a empujar a Camu, que finalmente consiguió pasar. Por allí no entraba un dragón, eso seguro. Viggo y Lasgol entraron en el túnel ascendente y siguieron adelante mientras escuchaban al dragón rugir de impotencia a sus espaldas.

En el lado opuesto de la montaña, Valeria y su grupo estaban en una situación parecida. Después de cruzar tres cuevas habían encontrado un pequeño pasadizo a dos varas del suelo por el que solo cabía una persona. Uno por uno, fueron entrando en él. Valeria gateaba en cabeza. Luca subió casi cerrando el grupo y desde el estrecho túnel ayudó a Molak, que de un salto entró en el pasadizo. Escaparon justo cuando llegaba el dragón. Continuaron avanzando, pero el túnel en lugar de ascender, descendía. Siguieron el camino un buen rato hasta llegar a una caverna. Salieron y buscaron una salida. No la había.

—Estamos atrapados —se lamentó Valeria.

—Bueno, los dragones no pueden llegar hasta aquí —dijo Molak.

—Sí, estamos a nivel del suelo y bastante alejados del abismo central —calculó Luca.

—Estamos vivos y tenemos provisiones y agua —dijo Frida.

—Estamos a salvo —asintió Elina.

—¿Y si regresamos? —preguntó Sugesen.

—Esos dragones son de ideas fijas y estarán esperándonos —dijo Valeria.

—Entonces mejor nos sentamos y esperamos un rescate —dijo Gonars.

—Será lo mejor, sí —asintió Valeria, que se dio cuenta de que solo tenían su jabalina para matar dragones y fuera les esperaban dos o tres de ellos. No le gustaban las posibilidades.

El grupo de Lasgol siguió su túnel hasta desviarse a otro que los llevó a la superficie. Salieron a media altura en el lado oeste de la montaña y de inmediato miraron al cielo en busca de los

dragones marrones. No parecían estar allí.

—Están dentro intentando cazarnos como a ratones —dijo Viggo.

—Aquel no —respondió Lasgol señalando con el dedo índice hacia el sureste.

—Yo no veo nada.

«Yo no ver tampoco».

Raelser negó con la cabeza.

Ona y Argi miraban hacia donde señalaba con ojos de no captarlo tampoco.

—Es el dragón negro, puedo verlo gracias a mi habilidad Ojo de Halcón.

«¿Volar sureste?».

—Sí, va directo hacia allí.

—¿Qué hay allí? —preguntó Viggo.

—El Valle del Sosiego —dijo Raelser.

—¿Va al valle?

—Va a la Perla. Dergha-Sho-Blaska ya no está aquí, nos ha engañado a todos. Esto era una trampa.

—Estupendo. ¿Entonces dónde está?

—Eso no lo sé, pero lo vamos a averiguar —afirmó Lasgol.

—¿Cómo vamos a hacer eso? —Viggo tenía cara contrariada.

—Lo vamos a seguir. Él nos conducirá a Dergha-Sho-Blaska —explicó Lasgol.

—No es mala idea —se encogió de hombros Viggo.

Bajaron de la montaña y vieron a los refuerzos de Asrael que ya llegaban. Varios millares de Salvajes de los Hielos avanzaban hacia la montaña desde el oeste. Del sur venía otro millar de Pobladores de la Tundra y algo más alejados llegaban un par de centenares de Arcanos de los Glaciares.

—A buenas horas llegan estos… —se quejó Viggo.

—Busquemos a Valeria, Molak y el resto —dijo Lasgol.

Todos asintieron. Estuvieron buscando un largo rato, pero por más que lo intentaron no pudieron encontrarlos.

—Esos se han quedado atrapados dentro —dijo Viggo.

—Sí, es posible. Con los dragones en el interior y sin salida al exterior estarán atrapados.

—¿Qué hacemos? ¿Esperamos?

—No podemos, llevará tiempo sacarlos de ahí. Perderemos al dragón negro y es nuestra única oportunidad —razonó Lasgol.

—Raelser, avisa a Asrael de que Dergha-Sho-Blaska no está aquí. Dile que era una trampa. ¿Puedes ayudar a nuestros amigos a salir?

—Así lo haré. No os preocupéis, sacaremos a vuestros compañeros —aseguró el Arcano.

—Debemos continuar nuestro camino. Gracias por todo —se despidió Lasgol.

—Ha sido un placer conoceros y luchar a vuestro lado —dijo Raelser.

—Es siempre así con nosotros, ya te irás acostumbrando —dijo Viggo y le dio una palmada en la espalda.

Se pusieron en marcha en dirección sureste, tras el dragón negro. Lasgol marcó un ritmo muy fuerte, debían llegar a la Perla cuanto antes.

No se detuvieron más que a beber algo de agua y comer algo rápido para reponer fuerzas. Por desgracia ellos no podían ir tan rápido como el dragón, al que Lasgol ya no podía ver en la distancia.

Llegaron al descomunal glaciar en el interior del cual estaba el Valle del Sosiego.

Curiosamente esta vez los dos guardianes monstruosos no les dieron el alto y les dejaron pasar. Claramente allí estaba pasando algo.

Corrieron hasta llegar a la gran Perla y lo que se encontraron los dejó pasmados. No había ningún dragón vigilándola y el portal que Lasgol esperaba encontrar abierto, estaba cerrado.

—Hemos llegado demasiado tarde —se lamentó Lasgol que se dobló por el cansancio de la carrera.

—¿Pensabas que estaría abierto?

—Sí. De estar abierto podríamos tomarlo y aparecer en donde quiera que fuese ese dragón negro.

—Oh, ya veo. Era buena la idea.

—Pero no ha funcionado. No hemos llegado a tiempo.

«No todo perdido» envió Camu.

—¿No? ¿Qué piensas?

«Captar energía» avisó Camu.

—Deben ser trazas de la energía del portal, que ha debido cerrarse hace no mucho. ¿Sacas algo en claro de esa energía que dices que captas? —preguntó Lasgol.

«Yo intentar» transmitió Camu.

—A ver si hay suerte —dijo Lasgol.

«Trazas de energía captada» informó Camu.

—Estupendo —se animó.

—¿Y ahora qué hacemos con eso? —Viggo no entendía la importancia de aquello.

«Igual poder encontrar última runa usada usando trazas energía».

—Ah… Vale, ya entiendo —sonrió Viggo animado por la buena idea y las perspectivas.

—Muy bien pensado, Camu —felicitó Lasgol.

—¿Crees que podrás?

«Poder probar».

—No perdemos nada por intentarlo. ¡Adelante!

Camu se concentró para abrir el portal. Hubo un momento de silencio.

—¿Vas a poder usar tu magia?

«Esperar que sí».

Sin embargo, pasó otro momento largo y Camu no pudo abrir el portal.

«No poder. Magia no bien» la expresión de Camu era de gran cansancio, de agotamiento.

Ona gimió y Argi se le unió con un lamento en forma de aullido.

Lasgol tuvo una idea.

—Espera, te daré una de las pociones de Frida. Quizá te ayude con la magia igual que lo hace con el cuerpo.

Lasgol se la dio a beber a Camu y esperaron un instante. Camu lo intentó de nuevo y, esta vez, pudo usar su magia. El portal comenzó a abrirse.

—Esas pociones llevan carga explosiva —bromeó Viggo.

—Eso estoy pensando yo también.

—Si no fuera porque el bicho las necesita, me tomaría una —sonrió Viggo.

Camu cerró los ojos y se concentró. Tras un momento se produjo un destello plateado que recorrió todo su cuerpo y Lasgol supo que su amigo estaba utilizando su poder. Se animó. Dos nuevos destellos recorrieron el cuerpo de Camu, que comenzó a enviar las pulsaciones plateadas a la Perla en la cadencia correcta, que parecía responder.

Lasgol tuvo que aguantar una exclamación de alegría. ¡Camu iba a abrir el portal!

Aguardaron mientras las tres esferas se formaban y finalmente el portal se abrió.

—Bien hecho, Camu —dijo Lasgol.

«Yo subir y buscar runa de destino portal» explicó Camu.

—Vale, pero no te equivoques, que no estoy para viajecitos de placer —replicó Viggo.

«Tú nada gracioso».

—Sí que lo soy, y lo sabes.

Camu subió a la Perla situándose delante de la superficie plateada y viscosa que la componía. Se concentró y comenzó a manipular el portal. Buscar la runa de destino era algo que dominaba, pues lo hacía constantemente y conocía de memoria varias de las runas que usaban más, si bien no todas. Había algunas que no habían probado. Esperaba poder captar cuál había usado el Beltz-Desger-Maltzur.

Se concentró tratando de recordar las runas conocidas. La primera era la del Refugio. No, no captaba trazas de energía. Pasó a la siguiente, la del Continente Helado, en la que estaban, y la descartó. La siguiente era la Perla del este… tampoco. La del oeste… no. Continuó con una runa que había percibido y no conocía. No captó ninguna energía en ella. Las del bosque de los Usik… nada, y tampoco la runa de la Isla de Ascuas. Empezó a perder la esperanza. Quizá no quedaba rastro en las runas una vez se cerraba el portal. De pronto apareció una nueva que no reconocía, la runa del Continente Renacido, y captó trazas de energía. ¡Eran las mismas que había captado en el portal! Camu casi da un brinco hacia atrás.

«Yo conseguir. Beltz-Desger-Maltzur ir Continente Renacido».

—¿Seguro? —Viggo enarcó una ceja.

«Seguro. Yo saber».

Lasgol lo razonó.

—Tiene sentido. Desde el Continente Renacido Dergha-Sho-Blaska puede volar hasta la montaña y volver. Así nos engañó. Voló sobre el mar muy al norte sabiendo que lo estábamos buscando y luego se dirigió al sur. Apareció en la Gruta sin Final, engañando a Izotza.

—Ese dragoncito me tiene contento con sus planes y engaños…

—Tenemos que ir al Continente Renacido. Allí lo encontraremos, a él y a Beltz-Desger-Maltzur.

—Pues vamos, quiero saber dónde se esconden y luego cortarles el pescuezo a los dos. Y también quiero encontrar a Gerd, seguro que lo tienen allí.

—Ojalá sea así —asintió Lasgol.

—Seguro que será así.

—Todos arriba, nos vamos —dijo Lasgol y realizó su tabla precombate.

Se subieron a la Perla ayudándose los unos a los otros. Viggo y Lasgol se tomaron la poción de Annika.

Un momento después todos entraban en el portal.

Capítulo 54

Salieron del portal frente a la Perla del Continente Renacido. Lasgol tenía el arco de Aodh en la mano y Viggo el cuchillo de Sansen. Camu, Ona y Argi estaban a su lado. Observaron alrededor en busca de peligro, pero no vieron dragones ni nada que pareciera una amenaza.

—Está despejado. Pensaba que tendrían algún dragón vigilando este portal —opinó Viggo.

—Yo también, es extraño.

—¿Otra treta de nuestro amiguito? —preguntó Viggo.

—Podría ser, sí. Quizá quiera aparentar que aquí no hay nada valioso que proteger. No nos confiemos.

—No veo al dragón oscuro —Viggo oteaba en la distancia.

—Yo tampoco… Tenía la esperanza de poder verlo —se lamentó Lasgol.

«Yo no captar energía» indicó Camu, que se había adelantado un poco para ver si podía hacerlo.

—Exploremos los alrededores, tal vez encontremos algo —dijo Lasgol.

—Bien. Hace frío aquí, pero bastante menos que en el Continente Helado y no hay ese viento cortante y helador —se animó Viggo.

Se pusieron en marcha y se separaron para poder cubrir mayor terreno. Por medio día avanzaron en dirección norte y abarcaron cuanto pudieron. El terreno era llano, lo que les daba la ventaja de poder ver a grandes distancias y también facilidades para avanzar. Si aquello fuera Norghana estarían en un buen aprieto. Apareció vegetación alta al oeste, arbustos y árboles. Ona se adelantó a investigar ya que ella era la más rápida de todos. Argi se quedó con Camu, ellos eran los más lentos e iban por detrás. Ona regresó tras un rato sin encontrar nada. Aquellas tierras parecían desiertas.

Continuaron con la exploración por la tarde después de descansar ya que Camu volvía a estar agotado. Le habían pedido que se quedase atrás reposando, pero él se había negado, quería seguir con ellos. Lasgol estaba muy preocupado, pronto Camu no podría seguir. La sabia naturaleza se impondría y tendría que hibernar. No podría retrasarlo más por mucho que quisiera y se resistiera.

Se dirigieron más al norte. A Lasgol el continente le gustaba, se asemejaba a Norghana en otoño. Frente a ellos podía ver la tundra y unos picos montañosos muy grandes cubiertos de hielo. No vio glaciares, cosa que le extrañó, pero quizá estuvieran más arriba o a lo mejor se habían derretido cuando el continente salió de la edad helada y renació.

Después de descansar un par de veces llegaron a un altiplano desde el que se podía observar mejor.

—¿Qué es aquello? —preguntó Viggo mirando hacia el horizonte.

—Creo que es lo que queda de un gran glaciar. Una parte se ha derretido, pero otra sigue en pie, congelada para la posteridad. Ya me extrañaba que no hubiera glaciares aquí.

—Oh, a mí me ha parecido un castillo medio derruido —dijo Viggo observando con la cabeza inclinada.

—Sí, de hielo… —sonrió Lasgol que observó la estructura con curiosidad.

En aquel mundo renacido, quedaba cada vez menos tundra y hielo, y más hierba, flores y plantas. Sin embargo, todavía había partes que recordaban que el continente había estado

congelado en el pasado.

—Ya sé a dónde tenemos que ir.

—¿Cómo? —Viggo puso cara de no entender.

—Acabo de divisar a un dragón entrando por el costado de hielo del glaciar.

—¿Seguro?

—Solo ha sido un instante, pero estoy seguro de que era un dragón. O un ave de más de cinco varas de largo.

—Era un dragón —asintió Viggo.

—Será mejor que vayamos a investigar.

—Perfecto. ¡Vamos!

—Pero recuerda, solo a investigar. Queremos saber si Dergha-Sho-Blaska o el portal están ahí. No queremos enfrentarnos a los dragones.

—¡Que aguafiestas eres, rarito! No hay nada malo en matar un dragón aquí y otro allá.

—Sí que lo hay si arriesgamos la vida de otros sin ningún motivo —dijo mirando a Camu, Ona y Argi.

—Está bien, rarito, cuando tienes razón, pues la tienes.

—Muy bien. Esperemos a la noche, no quiero aproximarme de día.

«Yo poder usar camuflaje».

—Puede que sí, pero creo que cuanto más usas tu magia, más te acercas a tu momento de hibernación. Si caes justo cuando encontramos peligro sería un problema importante.

«Creo que tú tener razón».

—Vaya, me das la razón, debes de estar extenuado —bromeó Lasgol.

«Mucho agotado».

—Ya me parecía a mí…

Aguardaron a la noche escondidos en un pequeño bosque con un riachuelo al que Ona les había guiado. Lasgol podía ver el glaciar en la distancia desde aquella posición y además estaban a cubierto. Descansaron y se alimentaron. Lasgol no vio ningún dragón más y empezó a dudar si lo que había visto era un dragón o si sus ganas de encontrar a Dergha-Sho-Blaska, el portal, y Gerd le estaban haciendo ver cosas que no estaban allí.

Les costó llegar hasta el glaciar, pues estaba más lejos de lo que parecía. Era de noche, pero la luz de la luna y las estrellas se colaba entre las nubes, así que debían tener cuidado de no ser descubiertos. Alcanzaron la parte derruida y, agazapados, entraron a ver qué descubrían. El hielo y la roca se fundían en la zona que parecía haberse desmoronado. Viggo tenía razón, aquel lugar parecía un castillo enorme que había sufrido un ataque con armas de asedio y cuya mitad había sido derruida.

—Este lugar es gigantesco —susurró Viggo adentrándose en las ruinas.

—Sí, mucho más grande de lo que me imaginaba —respondió Lasgol, que observaba las altas paredes de más de doscientas varas de altura de la parte de hielo todavía en pie. Comprobó que además de alto también era muy largo, más de cien varas.

—Nos va a llevar un rato…

—Tengamos cuidado, entre estos trozos derrumbados se podría esconder medio ejército norghano —dijo Lasgol.

Lasgol iba con todos los sentidos alerta y la mayoría de sus habilidades invocadas por si se topaban con algún dragón. Junto a él iba Ona, que era excelente moviéndose de noche y captando enemigos o presas en la oscuridad o lugares escabrosos. Avanzaban con cuidado ya que

en aquella zona era difícil maniobrar por toda la roca y hielo que se había demolido por fuerza de la naturaleza. Les llevó un buen rato investigar la parte derruida. Ona se encargó de la zona más al norte, que era la de peor acceso. Lasgol estaba encantado de contar con una compañera tan fiel y con tan buenas cualidades. Para ella las montañas, el hielo y las rocas eran como para un Guardabosques los bosques norghanos. Ni siquiera le molestaba que fuera de noche, ya que las panteras de las nieves eran depredadores que también cazaban de madrugada.

Cuando Ona regresó y gimió dos veces, dieron por finalizada la exploración de aquella área.

—Aquí no hay nada —dijo Viggo en un susurro.

«Yo no captar nada tampoco».

—Sí, creo que me equivoqué… —Lasgol arrugó la nariz.

—Si te pareció ver un dragón, lo viste. Otra cosa es que no podamos encontrarlo —dijo Viggo—. Eres así de rarito —le guiñó un ojo.

Lasgol sonrió. Viggo siempre animaba, incluso en los malos momentos.

—Entonces tiene que estar en la zona de hielo del glaciar.

—Busquemos una entrada —dijo Viggo.

Comenzaron a buscar y Ona dio con un túnel de hielo.

—Por ahí —señaló Lasgol.

Se adentraron en la parte del glaciar por el túnel y desembocaron en una caverna de hielo no muy grande de la que salía otro túnel que daba a otra caverna. Hicieron lo mismo con cinco túneles y cavernas más. Por fortuna la mayoría de las paredes eran de hielo y, como la luz se reflejaba, tenían algo de iluminación, aunque no sabían de dónde procedía esa luz.

—Yo ya estoy mareado, esto es como un laberinto de cristal —protestó Viggo.

—Si no me equivoco estamos yendo hacia el oeste y un poco hacia el norte —dijo Lasgol calculando la trayectoria que habían seguido hasta el momento.

—Por el centro del glaciar, imagino, porque siento mucho frío otra vez.

—Estamos penetrando en el glaciar —confirmó Lasgol—. Pero no hemos llegado al medio, nos queda bastante todavía.

Viggo resopló.

—Más vale que haya algo que merezca la pena aquí adentro.

Encararon otro túnel que estaba bastante oscuro, aunque en el fondo se percibía algo de luz y caminaron en silencio. Pronto se dieron cuenta de que el túnel era larguísimo y ascendente y de que cada vez se iba estrechando más. Camu empezó a tener problemas hacia el final debido a su tamaño. Lasgol abría camino, seguido por Viggo y Camu, mientras Ona y Argi cerraban la comitiva. Lasgol salió a una cornisa, se apartó un poco y Viggo se colocó a su lado. Camu no pudo más que sacar la cabeza, pues el cuerpo no le cabía. Estaban a unas cuatro varas de altura en un saliente de hielo natural que daba a una gruta de hielo.

Lo que descubrieron allí les dejó de piedra.

La luz que habían estado siguiendo provenía de una formación gigantesca de hielo de tonos blancos y azulados que reflejaba la luz. Aquello sí era el centro del glaciar y sí que merecía la pena.

En medio de la descomunal caverna vieron al monstruoso Dergha-Sho-Blaska, el dragón inmortal. Tras él descubrieron una Perla de un tamaño colosal, cien veces más grande que las normales. Emitía un pulso plateado cada poco, como si estuviera despertando o comenzando a activarse. Esos destellos plateados eran los que se reflejaban contra las paredes de hielo generando la luz que habían estado siguiendo.

—Parece que hemos encontrado al dragoncito —comentó Viggo.

—Y la Perla con la que abriría el portal al mundo de los dragones para traerlos aquí —dijo Lasgol.

«Mucho malo» envió Camu, que también observaba estirando su corto cuello.

Junto a la Perla vieron a tres dragones plateados.

—Están enviando pulsos a la Perla como hace Camu —explicó Lasgol.

«Estar abriendo portal».

—Hay que bajar y matarlos a todos —afirmó Viggo.

—Tranquilo —Lasgol le agarró el brazo—. Recuerda lo que hablamos.

—¡Pero van a abrir el portal! —susurró lleno de urgencia.

«No abrir todavía. Quedar tiempo».

—¿Y tú cómo lo sabes?

«Pulsaciones Perla mucho lentas. Tener que ser más rápidas».

—¿Y por qué no van más rápidas?

—Los tres dragones de plata no deben de estar consiguiéndolo.

«Todavía no. Conseguir con tiempo. No suficiente poder».

—Vale, lo están cargando para que se abra. Necesitan más poder, eso nos da una oportunidad —razonó Lasgol.

«Me temo que no tienes ninguna oportunidad, humano» llegó un mensaje mental.

Lasgol levantó la cabeza para mirar hacia arriba. A cinco varas sobre su cabeza, pegado a la pared de hielo, vio una sombra y de ella surgió el dragón negro: Beltz-Desger-Maltzur.

—¡Cuidado! —exclamó Viggo.

El dragón negro se dejó caer en vertical sobre ellos con sus garras por delante para aplastarlos con todo su peso e inercia y destriparlos con sus afiladas garras.

Lasgol miró a Camu, que taponaba el túnel por el que habían llegado. No les daría tiempo a retirarse. Solo había una opción.

Rodó hacia la derecha y se cayó de la cornisa.

Viggo llegó a la misma conclusión y rodó hacia la izquierda para dejarse caer también.

Camu se retrasó lo que pudo y guardó la cabeza.

Beltz-Desger-Maltzur cayó sobre ellos con todo su peso y se llevó parte de la cornisa para luego seguir bajando apoyado por sus alas.

Lasgol golpeó el suelo de roca y hielo. Por suerte, había activado su protección y no se rompió nada.

Viggo cayó sobre pies y manos como un gato y rodó para amortiguar el golpe. Quedó dolorido, pero no pareció haberse roto nada.

«Camu, huye y avisa a Egil» envió Lasgol.

«Yo quedar, ayudar».

«No puedes ayudarnos. Tienes que ir a buscar ayuda y explicar a Egil dónde está Dergha-Sho-Blaska abriendo el portal».

«Vosotros peligro».

«No puedes entrar y tu magia no funciona bien. ¡Ve a avisar a Egil!».

«Vosotros morir».

«Eso no es importante. Hay que evitar que abran el portal. ¡Avisa e Egil! ¡Rápido!».

«Esta vez no escaparéis» envió Beltz-Desger-Maltzur.

«Ve, Camu. Hazlo por mí» envió Lasgol con urgencia.

Camu tenía el corazón roto. No quería dejar a Lasgol y Viggo allí, estaban a punto de morir, pero no podía entrar a ayudar atrapado como estaba en el túnel.

Y Lasgol tenía razón, aunque consiguiera entrar su magia estaba fallando cada vez más. Sería un estorbo y los pondría en peligro porque lo intentarían proteger.

«Yo ir» concedió.

Lasgol le lanzó su macuto con las Estrellas Glaciales y las pócimas de Frida.

«Corre».

Con ojos llenos de lágrimas, Camu dijo a Ona y Argi que se retiraban y comenzó a gatear de espaldas para irse tirando del macuto con la boca.

Dergha-Sho-Blaska se giró.

«Habéis conseguido llegar hasta mi puerta. Eso no me complace. Ha llegado el momento de aplastaros, incordio de humanos».

Capítulo 55

El mensaje del dragón inmortal golpeó las mentes de Lasgol y Viggo con tal fuerza que sintieron como si les dieran un martillazo en la frente. Viggo se incorporó y no lo pensó dos veces: echó a correr hacia Dergha-Sho-Blaska con su cuchillo dorado en la mano.

Lasgol puso una flecha en su arco según se incorporaba con un movimiento fluido. Levantó la cabeza para apuntar al dragón negro e invocó Protección de Árbol. Destelló en verde y la protección antimagia lo envolvió. De súbito el dragón apareció en medio de una neblina negra a veinte varas de altura. Sin perder un instante, Lasgol tiró invocando Flecha Elemental y Tiro Certero. Soltó, y la saeta de fuego fue directa al torso de la bestia, aunque no lo alcanzó. El dragón desapareció entre la oscuridad que había generado y que flotaba como una niebla densa y concentrada en un área.

El dragón inmortal soltó un rugido tremendo e incorporándose sobre sus potentes patas se volvió hacia Viggo, que corría hacia él. Abrió las monstruosas fauces llenas de enormes colmillos y envió una llamarada tremenda contra el humano que osaba intentar atacarle. Aquella llamarada era muchísimo más grande e intensa que la de los dragones rojos contra los que había luchado. Dando un salto a un lado y rodando por el suelo sobre su cabeza, Viggo esquivó la tremenda llamarada, que llegó casi hasta una de las paredes traseras.

«No podrás escapar de mi ira, humano insignificante» envió Dergha-Sho-Blaska.

—¡Eso ya lo veremos, lagartijo apestoso! —dijo Viggo, que ahora corría huyendo de la llama que lo perseguía guiada por la cabeza del dragón, cuyos enormes ojos reptilianos brillaban en anticipación.

Lasgol se dio cuenta de que así no conseguiría alcanzar al dragón negro. Tenía el poder de generar oscuridad y fundirse en ella para desaparecer, así que necesitaba encontrar una manera de evitar que lo hiciese. El dragón volvió a hacerse visible y dos apéndices largos salieron de su cuerpo para bajar hasta Lasgol y rodearlo. Comenzaron a apretar con la intención de romper su defensa antimagia y estrujar su cuerpo hasta destrozarlo. Lasgol envió más energía a su Protección de Árbol para que aguantara, pues aquellos apéndices no eran físicos, sino mágicos.

Volvió a poner una flecha en su arco y apuntó a la cabeza del dragón. Esta vez intentó sorprender a la criatura con Tiro Rápido y Tiro Certero. Quizá si tiraba de forma acelerada al dragón no le daría tiempo a desvanecerse en la oscuridad. Se produjeron dos destellos verdes y uno dorado de la magia enviada al arco y tres flechas salieron una tras otra a gran velocidad. Esta vez lo lograría. Un instante antes de que la primera flecha llegara, el dragón desapareció. Lasgol sacudió la cabeza. Era demasiado rápido.

Viggo esquivó las llamas y se acercó al gran dragón corriendo tan rápido como podía. Ya le quedaba poco para llegar hasta él y una vez lo hiciera las cosas estarían más igualadas.

Ahora el dragón inmortal tenía toda la ventaja y Viggo lo sabía. La llamarada llegó hasta él y el guardabosques se tiró al suelo. El fuego pasó sobre su espalda y cabeza para continuar hacia su izquierda. Se levantó de un brinco y corrió en diagonal hacia su derecha antes de que Dergha-Sho-Blaska volviera a enfocar su llama hacia él. Los barridos amplios que el dragón hacía con su aliento ígneo eran muy poderosos y acabarían con todo un ejército en formación, pero Viggo solo era uno, pequeño, ágil y escurridizo. El descomunal dragón estaba tenido dificultades para

quemarlo por su velocidad, para cuando movía su enorme cuello y tremenda cabeza con cuernos, Viggo ya estaba en otro lado.

«Estate quieto, minúsculo ser, y acepta tu final» envió Dergha-Sho-Blaska, que no parecía muy contento de que Viggo esquivara sus llamaradas.

—Mejor si aceptas tú el tuyo. Te voy a sacar el corazón y enterrar esa Perla del tamaño de un castillo.

«Nadie me va a negar mi destino y menos tú. Reinaré sobre este mundo y luego conquistaré otros cuando me reúna con mi clan».

—De eso nada. Aquí estoy yo para impedírtelo —aseguró Viggo, que ya casi estaba en la pata del dragón.

Dergha-Sho-Blaska rio con poderosas carcajadas.

«Eres divertido, pequeño insecto. Igual te conservo para que me veas reinar en toda mi gloria y plenitud. Podrás opinar entonces con esa lengua vivaz que tienes».

—Gracias, es que tengo un carisma especial. Pero creo que es mejor si soy yo quien conserva tu cabeza metida en hielo. Será un gran trofeo que enseñar a mis descendientes —replicó Viggo.

El dragón inmortal volvió a reír.

«En verdad que eres gracioso. Un ser tan pequeño y sin poder, un humano que cree que puede vencerme, a un dragón inmortal, rey entre dragones, un conquistador de mundos».

Viggo activó el cuchillo de Sansen y dio un salto tremendo antes de que el aliento de llamas le alcanzara.

Llegó a la pata derecha de Dergha-Sho-Blaska. Para sujetarse clavó el cuchillo de Sansen hasta la empuñadura.

—¡Funciona, Lasgol! ¡Las armas funcionan! —gritó y clavó de nuevo el cuchillo para comenzar a subir hacia la cabeza del dragón.

Lasgol lo miró y asintió. Luego se volvió para luchar contra el dragón negro.

«Veo que eres un mosquito. ¿Qué crees que vas a conseguir con esas picaduras de nada?».

—Mis picaduras están envenenadas —dijo Viggo.

«Lo imaginaba. ¿Has visto el tamaño que tengo? ¿De verdad crees que tú, tu cuchillito y tus venenitos vais a poder hacerme algo más que cosquillas?».

—Tú tranquilo, que ya verás cuando llegue a tu cabeza.

Dergha-Sho-Blaska volvió a reír con fuertes carcajadas.

«No llegarás, mosquito divertido» aseguró Dergha-Sho-Blaska y extendiendo sus grandes alas comenzó a sacudirlas con fuerza.

Se levantó un terrible vendaval y Dergha-Sho-Blaska se irguió imponente. Entre el movimiento y la fuerza del aire que sus alas generaban, Viggo perdió agarre y se precipitó al suelo. Se cayó de espaldas y se dio un golpe en la cabeza. Dergha-Sho-Blaska levantó la pata delantera derecha y la bajó con fuerza para aplastar al mosquito. Viggo rodó a un lado varias veces para evitar ser alcanzado por los siguientes pisotones.

El dragón negro volvió a materializarse algo más a la derecha de Lasgol y a la misma altura. Estaba cerca de un saliente alto. Desde luego era un dragón muy diferente a los que se habían encontrado hasta entonces. Un tercer apéndice bajó hasta Lasgol y comenzó a golpear la protección formando una punta afilada. Dos apéndices estrujaban y el otro atacaba la protección, por lo que el árbol comenzó a perder hojas y ramas rápidamente y Lasgol se vio obligado a enviar más energía para mantenerlo con vida, protegiéndolo.

«Es inútil, humano, tu defensa caerá y morirás» envió Beltz-Desger-Maltzur.

—No estés tan seguro —dijo Lasgol, puso otra flecha en su arco y apuntó hacia el dragón.

«¿Vas a volver a tirar? No conseguirás nada con tu arco dorado. No puedes tocarme».

—Yo creo que sí.

«En cuanto tu defensa caiga voy a disfrutar estrujándote lentamente para que sufras una muerte agónica».

—Eso es muy poco honorable.

Beltz-Desger-Maltzur rio con carcajadas reptilianas.

«¿Quién te ha dicho que los dragones somos honorables?».

—Ya veo que he supuesto mal.

«Y por ello morirás. Es una lástima desperdiciar a un humano con tu poder, porque poder tienes, pero no debiste enfrentarte a mí y a mi señor».

—Nunca me pondría de vuestro lado ni os serviría.

«Y por eso has de morir, intranscendente humano».

Lasgol había estado desarrollando una idea en su cabeza mientras ganaba tiempo con la conversación. Era complicado hacer lo que se le había ocurrido y nunca lo había intentado antes, pero tenía que arriesgarse o moriría. Decidió probar suerte.

Invocó Tiro Múltiple, Tiro Elemental y su habilidad Luz Guía, pero esta última la creó junto con las otras, todas a la vez. Envió energía a su arco y se produjeron los destellos verdes y el dorado. De su arco salieron tres poderosas flechas elementales de aire con una luz en su punta. Se dirigieron al dragón, que al instante se fundió en las sombras y desapareció en la negrura. Pero Lasgol no había apuntado al dragón, sino al saliente que tenía a su derecha. Las flechas impactaron y al hacerlo estallaron con el estruendo de una tormenta. La explosión hizo estallar también las luces, que iluminaron toda la zona al tiempo que los rayos zigzagueaban por la negrura iluminándola.

Y Beltz-Desger-Maltzur quedó al descubierto.

Lasgol pudo verlo al desaparecer la oscuridad. No perdió un instante para no darle tiempo de crear más y escabullirse. Invocó Tiro Poderoso y Tiro Certero y apuntó al ojo derecho del dragón. Soltó y esta vez la bestia no pudo ocultarse en la negrura. La flecha se clavó profundamente en su ojo derecho.

Beltz-Desger-Maltzur rugió de dolor y rabia y atacó con furia usando sus apéndices. Lasgol estuvo a punto de perder su protección y envió más energía para sostenerla.

«¡Maldito humano, te voy a destrozar por esto!».

Viggo consiguió ponerse en pie y miró al descomunal dragón al que se enfrentaba, que ahora se erguía tan alto y grande como era sobre sus patas traseras, moviendo las alas para mantener el equilibrio. Era aterrador. Sin embargo, a Viggo no le causó ningún miedo, para él el miedo no existía. Escalaría y le sacaría el corazón y los ojos a aquella mole inmensa de carne y escamas. Solo tenía que trepar sin caerse.

Volvió a lanzarse al ataque corriendo hacia el dragón y activando su cuchillo. Las patas delanteras cayeron sobre Viggo para aplastarlo y él zigzagueó con gran habilidad esquivándolas. Dergha-Sho-Blaska bajó la cabeza e intentó devorar a Viggo con una enorme dentellada. Lanzándose a un lado consiguió evitar las fauces del dragón y seguir acercándose. Era como una pulga que el dragón intentaba matar a mazazos poco certeros.

El dragón negro descendió directo sobre Lasgol con sus garras afiladas buscando carne que lacerar. Descendía para aplastarlo y desgarrarlo. Lasgol intentó saltar para esquivar el golpe, pero no pudo, pues los apéndices lo inmovilizaban y no podría evitarlo. Levantó el arco e invocando Tiro Poderoso y Tiro Certero le envió una flecha al ojo izquierdo con el que el dragón guiaba su descenso.

Lasgol recibió un golpe brutal.

El dragón le alcanzó en los hombros y el torso y de la fuerza del impacto salió despedido de espaldas. Recorrió treinta pasos para quedar tendido en el suelo. Tardó un momento en abrir los ojos, había perdido la consciencia por la dureza del golpe. Se miró el torso, que le dolía horrores, pensando que lo habían abierto en dos como a Nilsa. Para su sorpresa, el torso no estaba abierto, no había sangre. La protección que había activado le había salvado. No quedaba nada de ella y se dio cuenta de que el dolor que sentía era del golpe. Eso o la protección no había podido amortiguar todo el ataque. Intentó levantarse y los hombros le causaron un dolor terrible. Tenía una o las dos clavículas rotas. Respiró hondo y se quedó tumbado en el suelo aguardando a que el dolor pasara y volvió a invocar Protección de Boscaje y Árbol Protector. Debía defenderse.

Con mucho esfuerzo y sobrellevando el dolor se puso en pie. El dragón negro debía estar a punto de volver a atacar y tenía que prepararse.

Su arco estaba a dos pasos. Había conseguido no perderlo en el ataque. Fue hasta él y lo recogió. Puso una flecha en la cuerda con un movimiento inconsciente gracias a las miles de veces que lo había hecho, pero esta vez le dolió horrores el hombro derecho. Definitivamente tenía algo roto o distendido. Levantó el arco y buscó al dragón negro. Estaba a diez pasos y le daba la espalda, lo que le pareció raro. De pronto rugió de rabia y se giró hacia él.

«Te arrancaré la cabeza de una dentellada» envió mostrando sus terribles fauces.

Sin embargo, parecía estar buscándolo y movía la cabeza de un lado a otro barriendo el área con su mirada. Lasgol vio que tenía sus dos flechas clavadas en los ojos. Miraba, lo buscaba a él, pero no lo veía. No se quiso arriesgar y se aseguró. Invocó Flecha Elemental y Tiro Certero y envió otra flecha de fuego al ojo derecho. Impactó y la explosión con llamarada quemó lo que quedaba de ojo bueno.

El dragón rugió y agitó las alas. Había cambiado de idea, debía escapar. Lasgol no se lo podía permitir. De hacerlo podría volver a fundirse en la oscuridad y desaparecer. Que estuviera medio ciego solo indicaba que estaba lisiado, no que no pudiera atacar de nuevo y matarlo. El dragón comenzó a elevarse y Lasgol invocó de nuevo Tiro Certero y Tiro Elemental. La flecha de fuego salió hacia el dragón y siguió sus movimientos buscando el ojo izquierdo hasta que finalmente estando a media altura lo alcanzó. Se produjo otra explosión y el ojo quedó calcinado.

Beltz-Desger-Maltzur rugió de nuevo lleno de rabia y cuatro apéndices bajaron de su cuerpo al suelo palpando alrededor de Lasgol. Aquel dragón era duro y no se daba por vencido. Lasgol se desplazó hacia un lado esquivando los apéndices que lo buscaban como largos bastones de un ciego palpando el camino para no tropezar. Apuntó al torso del dragón e invocó Tiro Poderoso y Tiro Rápido. Para Tiro Poderoso envió mucha energía y al arco también. Tres flechas salieron una tras otra a gran velocidad y al impactar en el torso del dragón desaparecieron en su interior. Beltz-Desger-Maltzur movió las alas para mantenerse tras el ataque y un rugido, más gemido que otra cosa, salió de su boca.

Lasgol se dio cuenta de que lo había herido de gravedad. Esquivó dos de los apéndices que casi lo encuentran desplazándose por el suelo recubierto de roca y hielo y volvió a invocar Tiro Poderoso y Tiro Rápido y envió mucha energía a sus habilidades y al arco de Aodh. Las tres flechas entraron de nuevo casi a la misma altura que las anteriores y desaparecieron en el interior del torso del dragón. Beltz-Desger-Maltzur gimió de nuevo y se precipitó al suelo dándose un tremendo golpe.

Lasgol se acercó hasta él en el suelo con otra flecha preparada en su arco dorado.

«Mi señor… acabará contigo…» dijo Beltz-Desger-Maltzur.

—Es posible, pero tú no lo harás —Lasgol invocó Tiro Poderoso y con un destello dorado le

atravesó el cráneo al dragón.

Dergha-Sho-Blaska movió de pronto su ala derecha con gran fuerza y rapidez y alcanzó a Viggo cuando iba a saltar sobre él. Del golpe el Asesino salió despedido hacia un lado y se fue contra el suelo. Se recuperó en un instante y se puso en pie. Respiró profundamente, porque el golpe le había dolido, y volvió a la carga. Esperaba que el dragón inmortal utilizara de nuevo su aliento de fuego así que se preparó para zigzaguear y esquivarlo. Sin embargo, no fue eso lo que el dragón utilizó contra él, sino un terrible ataque mental. Viggo sintió como si le hubieran golpeado con un mazo de acero gigante en la frente y salió despedido de espaldas treinta pasos.

«Levanta, mosquito. No he acabado contigo todavía» llegó el mensaje de Dergha-Sho-Blaska y Viggo despertó.

Había caído inconsciente. Al intentar levantarse se dio cuenta de que tenía el cuerpo molido del ataque. Le dolía todo, desde la cabeza a la punta de los pies.

—Eso ha sido… juego sucio…

«Eso ha sido poder de dragón. Los seres inferiores no lo tienen, y en tu caso no tienes poder alguno de ningún tipo».

—Yo tengo otro tipo de poder que no será mágico, pero es igual de poderoso. Me refiero por supuesto a mi carisma y a mi habilidad —mostró el cuchillo dorado.

«Ninguno de esos dos te salvarán de mí».

—Bueno, entonces seguro que no te importa si lo intento —sonrió Viggo y volvió a lanzarse al ataque.

Según corría hacia Dergha-Sho-Blaska la bestia movió las alas y arremetió contra él con un ataque de su larga y poderosa cola. Viggo vio la enorme cola llegar y supo que si le daba le rompería la mitad de los huesos del cuerpo. Calculó mentalmente y cuando estuvo lo suficientemente cerca dio un salto tremendo y la libró. La cola pasó por debajo de sus pies sin alcanzarle. Dergha-Sho-Blaska rugió de rabia por fallar y miró a Viggo con ojos intensos. Lanzó un ataque mental según Viggo se acercaba a su cuerpo.

El guardabosques recibió el ataque en su mente y cuerpo y se deslizó por el suelo.

—Eso… no vale… tramposo… —balbuceó antes de quedar inconsciente.

Dergha-Sho-Blaska avanzó hasta llegar a donde Viggo yacía y lo observó durante un instante.

Capítulo 56

Lasgol vio a Dergha-Sho-Blaska contemplando a Viggo en el suelo y se temió lo peor.

—¡Déjalo y enfréntate a mí! —retó.

El gran dragón levantó la cabeza y miró a Lasgol, que avanzaba hacia él con su arco dorado en la mano y apuntando.

«Tú eres diferente a tus amigos».

—Yo tengo el Don, ellos no —dijo Lasgol, que seguía acercándose con el arco preparado para tirar.

No se atrevía a hacerlo, ya que el dragón inmortal se alzaba imponente sobre Viggo y no quería provocar que lo matara. Buscaba alguna forma de resolver aquella situación, pero su cabeza no encontraba ninguna.

«Así es, tienes además mucho poder, mucho más de lo que es habitual en un humano. Lo puedo sentir… Es algo raro y por ello te voy a ofrecer servirme y salvar la vida».

Lasgol entrecerró los ojos. ¿Era alguna treta? No, ¿para que necesitaba engañarlo? Lo decía de verdad.

—No puedo servirte. Pretendes esclavizar Tremia.

Dergha-Sho-Blaska rio.

«No solo Tremia. Pretendo conquistar este y otros mundos».

—Más razón para que no me una a ti —respondió Lasgol, que ya se había detenido y seguía apuntando con su arco a la cabeza del gran dragón.

«¿Crees que vas a poder matarme con ese arco dorado? Porque no lo vas a conseguir. Esa arma es poderosa y tú también, pero no lo suficiente como para vencer. No todavía».

—Si no abres el portal y no sigues con tus planes de conquista no tendré que matarte —sugirió Lasgol.

«Cierto. Sin embargo, mis planes no se pueden detener por un simple humano que no ha terminado de desarrollar su poder. Únete a mí y reina conmigo o sufre las consecuencias. Es tu elección».

—No veré este mundo esclavizado y bajo tu yugo. ¡Me niego! Lucharé para que eso no ocurra. Libraré al mundo de tu crueldad.

Dergha-Sho-Blaska negó con la cabeza.

«No lo harás. Todo lo que no quieres que suceda, sucederá. Es inevitable, por mucho que intentes pararlo. El poder y dominio de los dragones es innegable y su supremacía sobre toda criatura viviente, inexorable».

—Yo no lo veré —dijo Lasgol de forma tajante y se preparó para atacar.

«Antes de que seas derrotado, humano, voy a mostrarte algo».

Lasgol pensó que le iba a hacer algo a Viggo y se tensó.

De una caverna adyacente apareció un dragón violeta.

Con él iba Gerd.

—¡Gerd! —Lasgol tuvo que ahogar una exclamación.

No podía creerlo, Gerd estaba allí… ¡vivo! ¡Estaba vivo y parecía estar bien! Avanzaba hacia ellos y andaba normal, no estaba herido. El corazón de Lasgol se llenó de una alegría inmensa.

«¿Te alegra ver a tu amigo con vida?».

Lasgol no sabía qué pensar. ¿Qué sucedía allí? Tenía a Gerd y ahora Viggo estaba inconsciente en el suelo. La situación se complicaba pasado el punto de una resolución viable. Lasgol comenzó a temer por la vida de sus amigos y un temor le atenazó el alma.

—Gerd, ¿estás bien? —preguntó Lasgol al verlo acercarse con el dragón violeta.

—Estoy bien, amigo —dijo el grandullón, pero en sus ojos Lasgol puedo ver temor del verdadero, y eso le preocupó.

«Tu amigo me sirve ahora» envió Dergha-Sho-Blaska a Lasgol.

—Eso no puede ser —Lasgol negó con la cabeza.

«Oh, por supuesto que puede ser. El poder de los dragones va mucho más allá de lo que los humanos podéis llegar a imaginar».

—Lo siento… es en contra de mi voluntad —se disculpó Gerd con ojos hundidos.

—Tranquilo, Gerd, ni lo dudaba.

«Biol-Buru-Atara, demuéstrale al arquero nuestro poder».

«Por supuesto, mi señor» inclinó la cabeza ante Dergha-Sho-Blaska.

Luego miró a Gerd y manipuló su mente.

«Mata al arquero».

Gerd se llevó la mano a la espalda y sacó la Doble Muerte de Gim. Al verla Lasgol se quedó boquiabierto.

«He podido analizar esa hacha. Ya sé porque esas armas pueden herirnos. Son armas que crearon los Áureos para luchar contra nosotros. Tienen el poder dorado, que puede matarnos. No sé cómo las habéis conseguido, pero ya da igual. No podréis usarlas contra mí y ni contra los míos, para eso hay que utilizar la cabeza y vosotros, humanos, no tendréis control sobre ella».

—Lo siento… Lasgol… No puedo evitarlo… me controla la mente… —dijo Gerd, que avanzó hacia Lasgol blandiendo la gran hacha entre sus dos manos.

Lasgol comenzó a retrasarse. No podía luchar contra Gerd, no podía herir a su amigo.

Gerd avanzó y le soltó un tajo a la altura del estómago que le pasó rozando.

—Lo siento… —dijo y Lasgol vio en sus ojos la lucha interior que libraba.

La situación era terrible. Lasgol dio un brinco hacia atrás para evitar otro ataque.

Dergha-Sho-Blaska y el dragón violeta observaban lo que sucedía como si se tratara de un espectáculo para su entretenimiento personal.

Lasgol se desplazó a un lado evitando otro ataque. Intentaba buscar una salida, pero no veía qué podía hacer.

«Defiéndete o de lo contrario ordenaremos a tu amigo que se corte el pescuezo a sí mismo» amenazó Dergha-Sho-Blaska.

—¡No! ¡Eso no!

«Entonces lucha, arquero».

Lasgol levantó el arco y apuntó a Gerd, que se acercaba de nuevo. Invocó Flecha Elemental y tiró con una saeta de tierra. La flecha alcanzó a Gerd en la frente justo cuando levantaba el hacha sobre su cabeza para soltar un tajo vertical y partir en dos a Lasgol. Estalló con un estruendo y el humo, tierra y sustancias aturdidoras golpearon a Gerd. Lasgol dio un brinco hacia atrás y Gerd golpeó el suelo con el hacha. Al levantarla de nuevo estaba aturdido y medio cegado. Lasgol no lo pensó dos veces y volvió a tirar con otra flecha de tierra que le alcanzó en el torso. Estalló y Gerd quedó más aturdido y cegado. Avanzaba dando pasos inestables.

Con un movimiento rápido Lasgol se desplazó hacia atrás. Disparó una flecha de aire que soltó una descarga sobre Gerd que, aún medio cegado y aturdido, seguía avanzando a cumplir el mandato que le habían dado. Levantó de nuevo el arma y Lasgol lo volvió a alcanzar con otra

flecha de aire. Tronó y la descarga fue demasiado. Gerd cayó de bruces hacia delante y se quedó en el suelo sin sentido.

—Lo siento mucho, amigo… —masculló entre dientes Lasgol.

«Interesante cómo combinas el arco con tu poder» envió Dergha-Sho-Blaska.

Lasgol levantó el arco y apuntó al dragón inmortal.

«Ahora vas a bajar el arco y rendirte».

—Nunca —respondió Lasgol.

«Como prefieras. Pero si no lo haces aplastaré al mosquito y luego haré que el grandullón se corte el cuello con su propia hacha dorada» amenazó Dergha-Sho-Blaska y puso su pata derecha sobre el cuerpo de Viggo.

—¡Te mataré si los tocas!

El dragón violeta se situó frente a Dergha-Sho-Blaska para cubrirlo parcialmente con su cuerpo y extendió las alas para protegerlo aún más.

Lasgol supo que tendría que matar primero al dragón violeta para llegar hasta Dergha-Sho-Blaska, pero si lo intentaba el dragón inmortal acabaría con Viggo. Por su mente pasaron varias ideas, pero todas terminaban con la muerte de Viggo o de Gerd, ambos inconscientes en el suelo. No podía permitir que murieran sus amigos.

Pensó en las consecuencias si se rendía. El portal no estaba abierto todavía y Camu había ido a avisar a Egil. Aunque él fracasara, Egil vendría a por ellos. Aún tendrían una oportunidad, pequeña, pero había esperanza.

«Última oportunidad, arquero. Entrégate o tus amigos mueren».

Lasgol suspiró. No podía arriesgar sus vidas con tan pocas posibilidades.

«Si me rindo, ¿tengo tu palabra de que no los matarás?».

«La tienes, humano. No tengo intención de matarlos. Tengo otros planes para ellos».

A Lasgol aquello no le convenció demasiado, pero no tenía opción.

Bajó el arco y lo lanzó a un lado.

—Me rindo.

Dergha-Sho-Blaska rugió victorioso.

«Por esto te perdonaré la vida y te dejaré contemplar la llegada de los dragones a tu mundo. Podrás ver todo nuestro poder y esplendor. Serás testigo de su llegada y conquista, pero te libraré de tu debilidad como premio por haberme complacido».

—¿Mi debilidad?

«Ellos, tus amigos».

—No entiendo…

«Extirparé de tu mente el recuerdo de todos ellos, de todos aquellos seres que alguna vez te importaron. Ya no sufrirás más la debilidad que hoy te ha derrotado aquí. Puedes agradecérmelo».

—No sé por qué habría de agradecer algo así.

«En ese caso, como humano ingrato que eres, te dejaré también sin tu magia. Volverás a ser un hombre normal, alguien sin poder, un simple humano cualquiera. Así verás lleno de impotencia nuestra conquista de tu mundo y el final de la era de los humanos que has intentado impedir sin éxito. Ese es el destino que te impongo, humano».

Lasgol suspiró.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras, pero no los mates.

El dragón inmortal se irguió.

«El fin del reinado de los humanos sobre Tremia acaba aquí. Comienza mi era, la época de

los dragones. Este mundo caerá y tras este otros. Todos me servirán y seré rey entre dragones, que es como debe ser» proclamó mostrando su ansia de gloria.

Capítulo 57

Astrid entró en la sala del trono, donde le aguardaba Egil. Junto a él estaban Sigrid, Raner e Ingrid. Astrid saludó a todos con la cabeza y le dedicó una sonrisa a Ingrid.

—Has hecho el viaje rapidísimo. ¡Más que la otra vez! —dijo Egil.

—La caracola —Astrid sonrió y se la mostró.

En sus manos tenía la Caracola de los Mares que Uragh, la Reina Turquesa, les había regalado un tiempo atrás. Aquella caracola era un objeto de poder que permitía crear viento para ayudar así a los navíos a reducir el tiempo de viaje.

—Voy a decirle a Rangvald que la vuelva a cargar, es asombrosa y más cuando está cargada, pues se puede ir todavía más rápido. El capitán Olsen me ha dicho que estos viajes le ponen los pelos de punta, pero luego cuando ve lo rápido que va, está encantado. Sobre todo, porque podemos evitar piratas y tormentas, cosas que en la mar, matan.

—Me lo imagino —sonrió Egil—. ¿Has conseguido la Estrella de Mar y Vida?

Astrid metió la mano en su macuto y se la mostró.

—Aquí la tienes.

Todos sonrieron aliviados al verla.

—Fantástico —Egil estaba contento y su rostro así lo mostró—. Con ella podremos acabar con el dragón inmortal. Has hecho una gran labor Astrid.

—Gracias, no ha sido tan difícil. La reina Uragh ha estado muy amigable.

—¿No te ha puesto impedimentos? —preguntó Egil.

—No como tal. Me ha pedido un favor, pero creo que podremos satisfacerlo sin demasiados quebraderos de cabeza.

—Muy bien. Ya me dirás qué le debemos a Uragh.

Astrid asintió.

—No es urgente.

—He de decir que llegas en el momento oportuno —comentó Egil.

—¿El brujo?

Egil asintió.

—En efecto. Los nobles del oeste lo han localizado y sabemos dónde se encuentra escondido en Zangria.

—Perfecto, yo me encargo.

—¿Necesitas refuerzos?

—No, eso lo espantaría y es muy escurridizo, así que nada de soldados o Guardabosques en la zona o lo perderemos. Además, es territorio de Zangria, podríamos tener problemas si nos paran los zangrianos.

—Muy bien. Así será.

—¿Dónde se encuentra?

—Los nobles lo han localizado en la ciudad de Ozretan, cerca de la frontera, a tres días. Se encuentra en la posada de El Cazador Cazado.

—Un nombre propicio para lo que va a suceder allí —opinó Ingrid.

—Muy cierto —asintió Egil.

—Me pondré en marcha ahora mismo, no quiero que se nos escape.

Egil asintió.

—Si huye nos dará problemas.

—No escapará —aseguró Astrid—. ¿Tenemos noticias de Lasgol y el grupo en el Continente Helado?

—No, pero ya estarán con el grupo de Valeria y Molak y cuentan con el apoyo de Asrael. No te preocupes.

Astrid asintió.

—Muy bien, iré y cazaré a ese brujo. ¿Lo atrapo… o lo elimino?

—Prefiero que lo traigas con vida, si puede ser. Quisiera interrogarle.

—De acuerdo. Que un puñado de Guardabosques me esperen en la frontera.

—Hecho —dijo Ingrid.

—Volveré con el brujo.

—No me cabe duda —sonrió Egil—. En cualquier caso, ten mucho cuidado.

—Ese brujo es muy hábil —dijo Ingrid.

—Tranquilos, lo tendré.

Era media noche cuando Astrid se movía agazapada por el tejado de El Cazador Cazado. Intentaba llegar a la cara sur de la posada, donde el brujo estaba hospedado. Le había costado varios días de espionaje averiguar qué habitación ocupaba. Esperaba identificarlo por la descripción que Ingrid y Nilsa habían hecho de él, pero no había logrado verlo. De todos los que se hospedaban allí era el único que no había salido de su habitación. Astrid sabía la razón: estaba esperando información sobre los movimientos de Egil y, hasta que le llegara, no se dejaba ver. Por la misma razón sabía en qué habitación estaba.

Cansada de esperar, había tomado la decisión de actuar.

Los nobles del oeste habían hecho una buena labor localizando al brujo. Al final, por muy bien que un asesino esconda su paradero, siempre hay otros espías dispuestos a averiguarlo y vender su posición al mejor postor, sobre todo si el asesino estaba en tierra extranjera y, por lo que habían podido averiguar, así era.

Aquel asesino no era zangriano ni por su constitución, ni por su acento. El posadero había “soltado la lengua” una vez lo había untado de oro. Tenía un extranjero hospedado que hablaba poco y se dejaba ver aún menos. Solo salía de vez en cuando y se reunía con un contacto. Ese contacto es el que los nobles del oeste habían localizado y quien le proporcionaba información sobre Egil que obtenía en Norghana. Tirando del hilo habían llegado hasta la posada. Astrid no tenía duda de que se trataba del asesino que ellos buscaban.

Llegó al final del tejado y se descolgó dejando caer su cuerpo hasta una ventana. Apoyó bien los pies y luego una mano, y miró al interior. Un hombre roncaba, aquella no era la habitación, sino la contigua. Astrid se desplazó con mucho cuidado hasta la siguiente ventana con una mano en el canalón del tejado para no caerse. Llegó a su destino y miró al interior con cuidado. No podía ver bien, ya que todo estaba oscuro, pero distinguió a alguien durmiendo en la cama.

Se posicionó mejor y, con extremo cuidado para no hacer ruido, forzó la ventana. Consiguió abrirla sin que apenas hiciera un ligero chirrido. Tenía un pie y medio cuerpo dentro cuando, por el rabillo del ojo izquierdo, captó movimiento. Giró ligeramente la cabeza y discernió una sombra que se movía. Con el ojo derecho miró hacia la cama y vio la figura, que aun dormía. ¿Había alguien más en la habitación? ¿O la habían engañado y en la cama no había nadie? No tuvo tiempo de pensar más. Un cuchillo de lanzar fue directo a su cuello.

Astrid reaccionó y desvió el cuchillo con el que ella llevaba en la mano izquierda. No llevaba puesto el guante de Enduald con la Estrella Glacial, ya que no esperaba encontrarse con ningún dragón en aquella misión, lo portaba a su espalda en el pequeño macuto negro. Lo que sí llevaba puesto era el Guantelete de Liriana para acostumbrase a luchar con él. Cualquier oportunidad le venía bien para mejorar, ya que era un arma especial con un filo de cuchillo que requería gran control. Se lanzó al interior de la habitación y rodó sobre su cabeza. Se incorporó y un nuevo cuchillo de lanzar fue directo a su ojo derecho. Esta vez Astrid levantó su guantelete y el cuchillo salió rebotado tras golpear.

—Entrégate y no tendré que matarte —dijo Astrid.

El asesino salió de las sombras de la esquina con un cuchillo en una mano. Era delgado y no muy alto, pero parecía muy ágil. Sonrió bajo una capa con capucha marrón.

—Si me entrego, tu rey me torturará para saber quién me envía —dijo en norghano con un fuerte acento que Astrid reconoció.

—No será así si le dices lo que quiere saber.

—Los reyes torturan por divertirse. No voy a entregarme —dijo y se movió detrás de la cama sin perderle la cara a Astrid.

—Eres del reino de Erenal. Sin duda Dasleo es quien te ha enviado a matar al rey de Norghana.

—Pudiera ser, o pudiera ser que no. No voy a confesarte nada.

—Si luchas conmigo morirás, te recomiendo que te rindas ahora que estás a tiempo. Te lo aconsejo de asesino a asesino.

El de Erenal sonrió.

—Eso puede que sea así con otros, yo soy un asesino especial —dijo y murmuró algo.

En su mano derecha apareció una bola de fuego del tamaño de un coco. Sin mediar más palabra, levantó el brazo y se la arrojó a Astrid.

—Error… —masculló ella mientras se lanzaba a un lado con gran agilidad.

La bola de fuego golpeó la pared y estalló en una llamarada del tamaño de una persona. No la alcanzó por poco. Una de las cortinas comenzó a arder.

Astrid se puso en pie y vio que creaba otra bola de fuego. Antes de que se la lanzara se agachó y en un movimiento fluido cogió la mesa y la volcó para crear una barrera entre ella y el brujo. La bola de fuego estalló contra la mesa, que también empezó a arder.

El brujo se movió con rapidez y abrió la puerta de la habitación.

Astrid avanzó hacia él y el brujo soltó un rapidísimo tajo con el cuchillo de su mano. Astrid se lanzó a sus pies y el cuchillo pasó rozándole la cabeza. El brujo dio un brinco hacia atrás y salió al pasillo cuando Astrid soltó una cuchillada a sus pies.

La Guardabosques se puso en pie y vio que el brujo corría pasillo abajo. Salió a perseguirlo y gritó a todo pulmón mientras corría:

—¡Fuego! ¡Se quema el segundo piso!

El brujo bajó por las escaleras y Astrid fue tras él. De repente, se giró y lanzó otra bola de fuego escaleras arriba. Astrid la vio dirigirse a su cuerpo y con un salto se tiró de las escaleras al primer piso y rodó para protegerse del golpe. Consiguió esquivar la llamarada. Aquel brujo era peligroso de verdad. Si le pillaba una de esas bolas estaría acabada.

—¡Fuego en el segundo piso! —gritó de nuevo Astrid, que veía el humo salir de la habitación y llegar a las escaleras.

El brujo salió corriendo hacia el exterior y se cruzó con el posadero y su mujer, que llegaban con cubos de agua.

Astrid corrió tras él. En la calle, frente a la posada, el brujo corrió a todo lo que sus piernas daban hacia el parque que tenían enfrente. Astrid salió persiguiéndole como una tigresa. No se le iba a escapar.

De pronto se detuvo y se volvió de nuevo.

Astrid llegó hasta él. Estaban en medio del parque.

Ver una fuente a su derecha le indicó a su mente que de necesitar agua ahí la tendría.

El brujo se llevó la mano diestra a la espalda y lanzó algo. En un movimiento reflejo, lo desvió con su cuchillo en la mano izquierda. Al golpear el objeto el cuchillo se rompió y una sustancia la impregnó en el torso y el brazo derecho. Se sobresaltó. Pensó que sería ácido o veneno.

Lo olió y de dio cuenta de que era algo peor.

—Aceite… —masculló al reconocer el olor.

El brujo ya tenía una llama en su mano libre y una sonrisa en el rostro que apenas era visible bajo la capucha. Murmuró algo y con un movimiento rápido le dio forma a la llama y la lanzó. Astrid vio que la llama tenía aspecto de cuchillo y supo instintivamente que sería mucho más rápido y certero que la bola. Además, si la alcanzaba el aceite se prendería fuego causando que ella ardiera.

El cuchillo de fuego llegó hasta ella y no tuvo tiempo de esquivarlo. Todo cuanto pudo hacer fue poner el guantelete delante para defenderse. El cuchillo golpeó el guantelete y este, que estaba salpicado de aceite, comenzó a arder. Astrid tuvo que apagarlo para que no se expandiera a su torso y de allí a la cara.

El brujo murmuró algo. Tenía una nueva llama en la mano, esta vez con forma de espada corta.

—Es hora de acabar con esto —le dijo a Astrid y avanzó hacia ella.

—Aquí te espero —respondió esta y se puso en posición defensiva.

El brujo atacó con una estocada de su espada de fuego. Astrid giró su cuerpo situándose de costado y el arma de fuego paso rozándola, pero sin tocarla. Inmediatamente lanzó otra con su cuchillo en la mano izquierda al cuello del brujo, que interpuso el suyo bloqueando el ataque. Se retrasó y soltó un tajo con su espada ígnea. Astrid dio un brinco hacia atrás saliendo del área de acción del brujo y se planteó si aquella espada de fuego era física o etérea. ¿Podría bloquearla con el metal de sus armas o pasarían a través del fuego? Con armas mágicas nunca se sabía qué cabía esperar. Lo que tenía claro era que la espada, fuera tangible o no, la mataría. Decidió asegurarse.

La espada del brujo buscó el cuello de Astrid, que desvió el arma con su cuchillo. Astrid se echó hacia atrás e intentó bloquear la estocada con el filo de su guantelete. El arma de fuego pasó a través del filo de oro sin hacer contacto. Aquella era un arma mágica, intangible. Astrid se giró de medio lado y le soltó una patada a las costillas. El asesino se desplazó a un lado y esquivó el ataque, sabía moverse muy bien. Aquel individuo era peligrosísimo, pero no podía arriesgarse, le había dicho a Egil que lo atraparía con vida, aunque empezaba a pensar que no iba a ser posible.

Intercambiaron estocadas y tajos mientras se movían esquivando ataques y posicionándose para volver a la carga. Astrid era más rápida y precisa que el brujo, pero él tenía la ventaja de su arma de fuego. El brujo vio que Astrid se estaba acercando cada vez más y que podría asestarle un golpe letal y cambió de estrategia. Deshizo la espada y al momento siguiente conjuró una llama que se llevó hasta la boca y sopló. Al soplar, la llama se convirtió en una llamarada como la del aliento de fuego de un dragón.

Astrid se agachó veloz como el relámpago y la llamarada pasó sobre su cabeza. Se lanzó

hacia delante y le clavó el cuchillo y la hoja del guantelete en los dos pies. El brujo gritó de dolor y la llamarada cesó. Casi al momento se rehízo e intentó acuchillar a Astrid en la espalda. Ella rodó hacia la derecha alejándose del brujo, llegó hasta la fuente y se detuvo poniéndose en pie.

El brujo estaba lisiado y no podría huir.

—¿Veneno? —preguntó.

—Sí, pero no es letal. Solo te inmovilizará.

El brujo asintió.

—Bien peleado.

—Gracias.

Astrid fue a decirle que se rindiera, pero en un movimiento muy rápido el asesino creó una bola de fuego y se la lanzó. Astrid saltó dentro de la fuente, que estaba llena de agua, y la llamarada no la alcanzó.

La guardabosques sacó la cabeza del agua.

—Ríndete —dijo.

—Nunca. Mi rey no me lo perdonaría.

—No hace falta que mueras hoy aquí.

El brujo volvió a crear otra bola de fuego más grande todavía y la lanzó. Astrid se sumergió en el agua y vio cómo la llamarada le pasaba por encima.

Esperó sumergida.

Sacó la cabeza cuando el fuego se había apagado y vio al brujo intentando huir arrastrándose, pues sus piernas ya no le respondían.

Astrid salió de la fuente.

—En unos momentos perderás el uso de tus brazos —dijo—. Es inútil que te resistas.

—Lo sé… —el asesino la miró y sonrió. Luego conjuró un cuchillo de fuego.

—Es en vano… —comenzó a decirle Astrid.

El asesino se clavó el cuchillo de fuego en la yugular sin que Astrid pudiera hacer nada.

Murió un instante después.

Astrid suspiró.

—Me lo temía… —masculló.

Se acercó al asesino y se agachó para registrarlo. Como ya esperaba, no encontró nada incriminatorio.

Aquello no le iba a gustar a Egil. Lo había enviado el rey Dasleo, de eso no tenía duda, pero no tenía forma de probarlo con el brujo muerto.

Se puso en pie y al girarse descubrió una figura que la observaba desde unos árboles del jardín.

¿Quién era?

Capítulo 58

—No deberías haber salido de Norghana —dijo la figura que la observaba.

Astrid entrecerró los ojos y la observó según se acercaba. Era una mujer y llevaba capa marrón con capucha.

—¿Quién eres? —preguntó Astrid enarcando una ceja.

—¿Ya no te acuerdas de mí? Pensaba que éramos amigas… No ha pasado tanto tiempo.

La voz y el acento con el que hablaba se le hicieron muy familiares. Intentó recordar. Ella no conocía a nadie en Zangria, no tenía ninguna amiga allí. Al razonarlo se dio cuenta de quién era. No era de Zangria, era de Erenal, como el brujo.

—Hola, Julia.

—Hola, Astrid.

—¿Estás con él?

—Digamos que en parte. Ambos trabajamos para el rey Dasleo.

—Lo imaginaba.

—Pero tenemos intereses diferentes.

—¿Cómo es eso?

—Al brujo le interesa tu rey. Su misión era matar a Egil de Norghana.

—¿Y a ti?

—A mí me interesas tú.

Astrid la miró extrañada.

—¿Yo?

—Bueno, no solo a mí. A las Luchadoras del Nuevo Sol —dijo Julia y de entre las sombras de los jardines aparecieron una veintena de mujeres que rodearon a Astrid rápidamente.

Iban con capas largas con capucha, que se quitaron. Debajo llevaban armadura ligera de cuero reforzado teñidas de oro viejo con faldas también de cuero y botas altas. De los hombros les colgaban capas del mismo color e iban armadas con espada y daga, aunque varias llevaban lanzas. En sus frentes se apreciaba una diadema también de color oro viejo con una esmeralda en el centro. Tenían cuerpos fibrosos de guerreras bien entrenadas. Eran inconfundibles.

Las lideraba Victoria, que la miró con ojos llenos de rabia.

—No pensarías que podías traicionarnos, robarnos, huir y que nada te sucedería ¿verdad? —dijo Victoria y Julia tradujo.

Astrid empezó a entender lo que sucedía. Las Luchadoras del Nuevo Sol le habían tendido una trampa.

—¿Habéis venido solo a por mí?

—Llevamos tiempo tras tu pista. En Norghana no podíamos actuar, pero aquí, cerca de casa, es un asunto diferente —explicó, Julia que seguía traduciendo la conversación.

—¿Cómo sabíais que vendría a por él? —preguntó Astrid señalando al asesino muerto en el suelo.

—Dasleo tiene espías en Norghana. No fue difícil saber que el rey Egil tiene un par de asesinos muy buenos a su servicio. Las Panteras Reales tienen fama no solo en Norghana, también fuera de ella. ¡Cual fue nuestra sorpresa cuando uno de esos asesinos encajaba perfectamente con la descripción de la Guardabosques Norghana, supuestamente oscura, que nos

traicionó! Lo investigamos y nos cercioramos de que eras tú —explicó Julia.

—¿Cómo sabíais que vendría?

—No lo sabíamos, pero pensamos que el rey de Norghana podía mandar a uno de sus dos asesinos a por él si lo descubría —dijo Julia señalando al muerto—. Así que le hemos estado vigilando. ¡Y mira por dónde, has parecido tú! Habría sido una lástima que tu rey hubiera enviado al otro. Nos hubiéramos perdido este bonito reencuentro.

—Habéis venido rápido —dijo Astrid mirando a su alrededor.

—Llevas unos días husmeando por aquí. Te reconocí y avisé a Victoria.

—Hemos cabalgado rápido para estar hoy aquí en este momento tan gratificante —dijo Victoria sonriente.

—¿Vamos a poder arreglar esto de forma amistosa? —preguntó Astrid, aunque ya sabía que la respuesta iba a ser negativa.

—¡Claro que sí! Lo primero que tienes que hacer es devolvernos el Guantelete de Liriana y arrojar el otro cuchillo —dijo Victoria.

—¿Y si no puedo entregároslo?

—Eso sería muy perjudicial para ti —amenazó Victoria.

—Hay un motivo de gran importancia. Esta arma es especial.

—Sabemos que es especial, es de la colección personal de nuestra líder —intervino Julia.

—Siento haberla robado, pero la necesito para librar al mundo de una gran amenaza. Sé que suena pretencioso y poco creíble, pero es la verdad. Un gran mal está a punto de llegar a Tremia. Esta arma puede matar al responsable y la necesito para ese fin.

—Es un cuento muy bonito. Por desgracia, ya somos mayores todas para cuentos de este tipo. Entrega el Guantelete de Liriana —ordenó Victoria.

—Tampoco me vais a dejar marchar si lo entrego.

—Por supuesto que no, pero te ahorraras un disgusto —aseguró Victoria.

—No puedo entregarlo, lo siento.

—En ese caso, sufrirás.

Astrid se puso en posición defensiva. Estaba rodeada. Fue observando para ver qué oponentes podría asaltar con mayor facilidad y luego huir. Quedarse y pelear contra aquellas veinte luchadoras era un suicidio. Vio a dos más jóvenes que serían menos expertas en la lucha. Decidió intentar escapar pasando entre ellas.

De pronto vio que varias de las luchadoras sacaban redes de lanzar.

—Oh, no —masculló Astrid, que supo lo que iban a intentar.

Echó a correr y saltó entre las dos más jóvenes, que se defendieron. Astrid le soltó un golpe secó en la cara a una después de bloquear su ataque y le partió la nariz. La otra atacó con un tajo de su espada estilo de Erenal y Astrid la desvió con el Guantelete de Liriana. En el siguiente movimiento soltó una patada fuerte al estómago de la guerrera, que se dobló al quedarse sin aire. Astrid le soltó un rodillazo ascendente a la cara y la joven cayó al suelo de espaldas. Tenía vía libre para pasar sobre ella. Dio un brinco mientras veía de reojo que se le venían encima por la espalda.

El saltó le permitió salir del cerco. Ahora solo tenía que esprintar hasta ponerse a salvo. Pisó con fuerza para salir con más impulso. Podía ver un callejón a su izquierda. Si llegaba hasta él y lo tomaba podría perderlas en las callejuelas de la ciudad.

Empezó a correr con todo su ser cuando dos redes cayeron sobre ella. La primera la pudo esquivar quitándosela de encima con sus armas, pero la segunda le cayó de pleno en cabeza, espalda y piernas. Tropezó con la red y fue al suelo.

Se revolvió e intentó escapar cortando la red con sus armas, pero dos más cayeron sobre ella. Luchó por cortarlas y liberarse, pero para cuando pudo sacar la cabeza estaba ya rodeada y tres lanzas le amenazaban el pecho. Un cuarta le dio un golpe con la culata en la cabeza y la dejó aturdida.

Tuvo que desistir.

La habían capturado.

—Ya te dije que no lo intentaras —dijo Victoria. Hizo un gesto y una de las guerreras le soltó una patada a Astrid en la cara.

El dolor fue intenso, pero breve. ella lo aguantó y levantó la cabeza.

—¿Qué vais a hacer conmigo?

—Tu caso es curioso. A las desertoras las colgamos y a las espías también. Tú eres ambas además de ladrona, por lo que deberíamos colgarte. Sin embargo, teniendo en cuanta los crímenes que has cometido, sería demasiado fácil y poco castigo para ti. Nuestra querida y respetada líder, Belona, está furiosa y muy dolida por la forma en la que la traicionaste cuando ella te tendió la mano y te dio su confianza y ayuda. Te tiene reservado un castigo especial que va a hacer que lamentes todo lo que has hecho contra las Luchadoras del Nuevo Sol.

—¿Qué destino me aguarda?

—Por orden de Belona te pudrirás en nuestros calabozos en confinamiento solitario. Son un lugar de lo más encantador. No volverás a ver a nadie. Lo que te queda de vida lo pasarás sola, con argollas en pies y manos en el fondo de una lóbrega celda en el subsuelo. Ese es el castigo que ha dictaminado Belona y el que sufrirás.

Astrid suspiró. Era una condena dura, pero al menos conservaba la vida.

—Atadla bien, nos la llevamos a Erenal —ordenó Victoria.

Julia se agachó junto a Astrid.

—No debiste hacer lo que hiciste. Ahora pagarás por ello.

Astrid cerró los ojos.

Mientras mantuviera la vida, había esperanza.

Capítulo 59

Loke entró en la sala del castillo donde estaban Sigrid, Raner e Ingrid. Acababa de llegar del Refugio y pidió audiencia urgente con el rey.

—Majestad —se arrodilló Loke.

—Levántate, Loke. ¿Qué sucede? —preguntó Egil, que sabía que era algo grave si había hecho que Loke dejara su puesto en el Refugio para presentarse ante él.

—Camu ha regresado por el portal, Majestad.

—¿Camu? ¿Por qué no está aquí contigo? —preguntó Egil extrañado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Ingrid, también extrañada.

—Sí, se encuentra bien, pero no ha podido hacer el viaje, está exhausto. Apenas se tiene en pie.

—Entonces no está bien —expresó Sigrid.

—Está a punto de hibernar, por lo que me ha contado. Se está quedando sin tiempo. En cualquier momento perderá la consciencia.

—Oh, ¿y por qué no ha buscado dónde hibernar? Ya lo hizo antes —se inquietó Egil, que ya intuía que algo grave sucedía.

Loke asintió.

—Hay una razón. Camu me ha dicho que debo informar al rey de algo crítico y urgente. Lasgol y Viggo están en grave peligro. Han encontrado al dragón inmortal y también la gran Perla que está usando para abrir el portal que comunica con su mundo.

—¿Lo han hecho? Eso son buenas noticias —se adelantó Raner.

Loke negó con la cabeza.

—Han sido descubiertos al infiltrarse. Camu cree que pueden haber caído en manos del dragón o hasta haber…

—No, eso no —se negó a aceptar Ingrid.

—En el último momento, Lasgol le pidió a Camu que huyera y viniera a informar al rey.

—¡Oh, no! —exclamó Ingrid.

—¿Dónde están? ¿En qué lugar del Continente Helado? —preguntó Raner.

—Camu me ha dicho que el dragón nos engañó a todos. No está en el Continente Helado, era una trampa. Valeria y su equipo han quedado atrapados allí. Asrael y los suyos están intentando rescatarles.

—¿Entonces dónde está? —preguntó Ingrid.

—Está en el Continente Renacido. Al norte, en un glaciar semiderruido.

—¿Ha abierto ya el portal? —preguntó Sigrid.

—Camu dice que muy pronto lo conseguirá. Se acaba el tiempo.

Egil, que había estado escuchando muy atento, habló con tono de gran preocupación.

—La situación es crítica. Lasgol y Viggo están en manos del dragón y el portal a punto de abrirse. Si no lo detenemos nuestros amigos pueden morir… y habremos perdido. Los dragones llegarán a Tremia y una era de sufrimiento comenzará para todos los humanos. ¡Lo habremos perdido todo!

—Debemos actuar ahora mismo —dijo Ingrid convencida.

—Debemos ir con Camu antes de que no pueda llevarnos hasta ellos —comentó Raner.

—Es la única esperanza de llegar a tiempo para salvar a Lasgol y Viggo y evitar que el portal se abra —expresó Sigrid.

En ese momento los nobles del oeste irrumpieron en la sala del trono. La guardia y los Guardabosques Reales se prepararon para detenerlos.

—Dejadles pasar —ordenó Egil levantando una mano.

Los nobles llegaron hasta el trono y Loke se apartó a un lado.

—Tenemos nuevas graves, Majestad —comunicó Svensen.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Egil.

—Hemos seguido el oro noceano, como su Majestad nos ordenó. Y el oro nos ha conducido hasta un noble zangriano. El duque Zengrion —explicó Svensen.

—Es primo del rey Caron —confirmó Egil.

—Primo y rival del rey —aclaró Erikson.

—El conde Volgren ha sobornado al duque Zengrion con el oro noceano.

—¿Con qué fin? —preguntó Raner extrañado.

—El de liberar a Thoran y Orten —dijo Lars.

Egil suspiró.

—Tiene sentido.

—Sin el conocimiento del rey Caron su primo, el duque Zengrion, ha trasladado a los dos prisioneros a una nueva prisión —explicó Svensen.

—Y en el traslado han sido rescatados —dijo Egil, que ya había adivinado lo que había sucedido.

—Así es —dijo Erikson—. Están al sur, en la frontera de Zangria.

—Pero hay algo todavía peor. Los tres generales y sus ejércitos se dirigen a encontrarse con ellos —informó Svensen.

—Parece que con el oro no solo han pagado al duque Zengrion, también a los ejércitos —dijo Lars.

—Tenemos a los Invencibles controlados. Hemos detenido a su líder y encerrado a sus hombres en los barracones. No se unirán a ellos —explicó Svensen.

—¿Habéis llamado a armas al oeste? —preguntó Egil.

—Por supuesto —dijo Svensen—. Estamos reuniendo a nuestros ejércitos.

—Tenemos que detenerles. No podemos dejar que lleguen a la capital y la tomen —dijo Erikson.

—No pueden tomar el trono de nuevo, nos pertenece —afirmó Lars.

—Hay que acabar con ellos para siempre —dijo Bjorn.

—Esta vez no dejaremos a sus nobles vivos —afirmó Harald.

—¿Qué opinas, Malason? —preguntó Egil—. Tú siempre has sido muy juicioso.

—No tenemos mucha opción. O entregamos el trono o luchamos, no hay otra salida.

—Ojalá la hubiera, pero Thoran vendrá con sus ejércitos y tomará la ciudad. Debemos hacerle frente —opinó Axel.

Egil se quedó pensativo. Si marchaba con las fuerzas del oeste a la batalla no podría ayudar a sus amigos. Y no solo eso, se arriesgaba a que el portal se abriera y los dragones llegaran a Tremia. No podía hacer las dos cosas al mismo tiempo. Sabía que Ingrid iría a salvar a sus amigos y evitaría que el portal se abriera, pero por alguna razón tenía la sensación de que él también debía ir. Algo en su interior le decía que, si no iba en persona, sus amigos fracasarían y los dragones llegarían a Tremia. Si no detenían al dragón inmortal daba igual quién se sentase en el trono, todos estarían condenados.

—¿Qué ordena el rey? —preguntó Svensen.

Egil se debatía. ¿El sentimiento que tenía de que debía ir a detener a Dergha-Sho-Blaska era una ilusión heroica, o realmente estaba ahí por algún motivo?

Lo pensó un largo rato. Si acudía al Continente Renacido perdería el trono, eso lo sabía. Ir a enfrentarse al dragón inmortal implicaba sacrificar su reinado. Sintió un pinchazo agudo en su corazón. El trono de Norghana, la corona que tenía sobre la cabeza, significaba mucho para él. Había luchado y sufrido por conseguirlo. Y no había sido solo para él, sino para su familia, que había muerto intentando recuperar ese mismo trono. No quería sacrificarlo, pero no tenía otra opción. Si los dragones vencían, nunca se lo perdonaría. Y mucho menos teniendo aquella clara sensación, como una llamada del destino que no podía explicar. Quizá estaba perdiendo la razón por el peso y presión de los acontecimientos, pero tenía que tomar una decisión.

Ir con el oeste a luchar contra Thoran o ir al Continente Renacido y luchar contra Dergha-Sho-Blaska.

—¿Majestad? —preguntó Erikson.

Egil levantó la mirada. Los nobles del oeste esperaban su respuesta.

—Me gustaría ir a la batalla con vosotros y lideraros una vez más. Y más ahora que el desenlace es muy incierto. Me gustaría poder defender este trono en el que me siento y esta corona que llevo orgulloso sobre la cabeza —expresó Egil—. Sin embargo, no voy a poder. Hay algo más importante y urgente que debo atender.

Svensen y Erikson se miraron extrañados. Lars puso cara de no poder creer lo que oía.

El conde Malason entrecerró los ojos.

—¿Qué hay más importante que salvar el trono? —preguntó Svensen.

Egil suspiró.

—Un mal de proporciones insondables está a punto de llegar a Tremia y la arrasará. He de ir a evitar que eso ocurra. Sé que no lo entenderéis, yo tampoco lo haría en vuestro lugar, pero sabed que lo hago por el pueblo de Norghana.

—Sea cual sea ese mal podrá esperar a que acabemos con Thoran —afirmó Bjorn.

—Por desgracia, no puede. Debo partir de inmediato —explicó Egil.

—Suena a excusa de quien no quiere ir a la guerra contra el este —afirmó Harald.

—Mide tus palabras, noble —dijo Ingrid.

—El rey se ha pronunciado y cuanto ha dicho es verdad —intervino Sigrid.

—Siendo así, estamos en un atolladero muy grande —dijo Erikson.

—Majestad, necesitamos de un líder que se enfrente al este —dijo Svensen.

—Y lo tendréis.

—Primo Lars, acércate —pidió Egil.

Lars se recompuso y avanzó hasta él.

—Tú eres el siguiente al trono por sangre, por linaje. ¿Quieres reinar? ¿Quieres coger mi corona y sentarte en este trono? Piénsalo bien porque es una decisión que afectará en gran medida tu porvenir. Puede que incluso te cueste la vida.

—¿Me ofreces el trono? —preguntó Lars sin dar crédito.

—Así es, te lo ofrezco.

—¿Sin derramar sangre? ¿Así, sin más, me vas a entregar la corona? —Lars no podía creerlo.

—No voy a dejar a mis nobles del oeste sin líder en este momento tan difícil. Puedo darle la corona a Svensen o Erikson, pero tú eres de sangre real y te corresponde a ti llevarla si así lo deseas.

Lars miró a Svensen y el duque le hizo un gesto afirmativo.

—Acepto la corona. Seré rey de Norghana y lideraré al oeste contra Thoran y los nobles del este —dijo con tono de estar muy honrado.

Egil suspiró.

—Así sea.

Se bajó del trono, cogió su corona y se la puso a Lars en la cabeza. Luego clavó la rodilla. Todos los nobles del oeste se arrodillaron ante Lars.

—¡Viva el nuevo rey! —exclamó Svensen.

—¡Gloria al oeste! —exclamó Erikson.

Los demás nobles vitorearon a Lars.

Egil le cedió el trono y este se sentó en él.

—Si me lo permites, primo, un último consejo.

Lars le hizo un gesto para que hablara.

—Mi consejo es que no os enfrentéis a Thoran y los tres ejércitos en campo abierto. Allí son superiores tanto en número como en habilidad en la batalla. Esperad aquí, en la capital. Que la asedien e intenten tomarla. Mientras tanto, intentad conseguir el apoyo de Caron, rey de Zangria. Estará muy molesto por haber perdido a Thoran y Orten. Si conseguís su apoyo y que envíe tropas, podréis ganar.

Lars resopló.

—¿Escondernos como cobardes y esperar que nos ayude el enemigo? Menuda estrategia…

—Eso es lo que yo haría —dijo Egil.

—Agradecemos el plan —dijo el duque Erikson.

—Y todo lo que Egil Vigons-Olafstone ha hecho por el oeste y por Norghana —dijo Malason.

—Ha sido un gran rey y líder —dijo Axel.

—Ha sido un honor —saludó Egil con la cabeza—. Mucha suerte —se despidió y marchó hacia la salida posterior.

Ingrid, Raner, Loke y Sigrid partieron con él.

—¿Estás seguro de que quieres dejarle la corona a Lars? —preguntó Ingrid a Egil según salían de la sala del trono.

—Lo estoy. Tarde o temprano mi primo me iba a apuñalar por la espalda para arrebatármela. Ya lo estaba preparando con ayuda del duque Svensen y varios nobles del oeste afines. De esta forma me evito que me intenten asesinar.

—Pero pierdes el trono. Has luchado lo indecible por la corona. Podemos encargarnos de ellos. Todavía hay tiempo. ¿Estás seguro?

—Lo estoy. Sacrifico la corona por un bien mucho mayor: la vida de mis amigos y salvar Tremia.

Ingrid lo entendió.

—De acuerdo. Nos encargaremos de tu primo después.

—No será necesario —sonrió Egil.

—¿No? ¿Por qué lo dices?

—Porque no seguirá mi consejo. Perderá la guerra y Thoran le cortará la cabeza. A él y a Svensen. Al resto de nobles del oeste los dejará vivir, los necesita para que Norghana no se desmorone y evitar que Zangria la conquiste.

Ingrid abrió mucho lo ojos.

—Lo dices con la seguridad de quien sabe que solo puede ser así.

Una sonrisa apareció en los labios de Egil.

—Estoy seguro de que será así.

—Tú rara vez te equivocas, si es que alguna —asintió Ingrid.

—Ahora vayamos con Camu. Hay que ayudar a Lasgol y Viggo e impedir que los dragones invadan Tremia.

—¿Lo conseguiremos?

—Para esto, por desgracia, no tengo respuesta.

Ingrid miró a Egil a los ojos y vio duda en ellos.

Eso la dejó muy preocupada, por Tremia y por Viggo.

Capítulo 60

Camu aguardaba tumbado junto a la Perla del Refugio. Estaba haciendo un esfuerzo tremendo para no caer dormido. Sabía que, de hacerlo, comenzaría su hibernación y no despertaría en mucho tiempo. Ona le lamía la cabeza y Argi correteaba y saltaba sobre su cuerpo con ganas de jugar. Tener a los dos con él le ayudaba a no dejarse ir, así que Camu estaba encantado.

De pronto Ona se irguió y miró hacia el oeste. Argi aulló y Camu supo que alguien se acercaba. Levantó la cabeza y vio varios jinetes que se aproximaban a galope tendido. ¡Por fin! No perdió un momento y comenzó a abrir el portal. Cuanto antes lo hiciera mejor, menor riesgo de caer rendido y fallar.

Para cuando los jinetes llegaron hasta Camu, él ya tenía el portal abierto y la runa seleccionada para ir al Continente Renacido.

—¡Ya estamos aquí! —saludó Egil desmontando del caballo. Le acompañaban Ingrid, Raner, Loke y una docena de Guardabosques Reales entre los que estaban Kol, Haines, Mostassen, Nikessen, Ulsen y Eyegreson.

«Dar prisa. Coger macuto en suelo» envió Camu.

Ingrid lo recogió y lo abrió.

—Estrellas Glaciales y pociones —informó a Egil.

—Coge una para ti, ya que tienes la Matadragones, y dales otras a Raner y Loke junto con los guantes, por si acaso. Yo ya tengo la Estrella de Mar y Vida para la Lanza de Rogdon —dijo Egil y mostró la gran estrella en su guante y la lanza que llevaba cruzada a la espalda.

—De acuerdo —dijo Ingrid.

Colocaron las Estrellas Glaciales en los guantes de Enduald.

«Pociones ser para mí. Tú darme» pidió Camu a Ingrid.

—De acuerdo, ahora mismo —dijo Ingrid e hizo como Camu le decía.

«Sentir mejor».

Ona himpló una vez, alegre.

—Hemos venido lo más rápido posible —dijo Egil a Camu.

«Entrar todos rápido portal. Pocas fuerzas» envió Camu.

—Entremos en el portal, tomad todos las pociones de Annika —dijo Egil.

Los Guardabosques Reales así lo hicieron y luego se encaramaron a la Perla para cruzar.

—Me alegro mucho de verte, Camu —dijo Egil antes de cruzar.

«Yo alegrar también. Mucho problema».

—Sí, lo sé. Vamos a solucionarlo. Los Guardabosques estamos aquí y salvaremos a nuestros amigos, a Norghana y a todo Tremia.

«Sí, salvar Lasgol y Viggo. Salvar mundo».

—Eso es lo que vamos a hacer. Eso es lo que los Guardabosques hacen —aseguró Egil con una sonrisa.

Viggo despertó y emitió un gruñido. Sintió dolor por todo el cuerpo, como si le hubiera pasado por encima una estampida de caballos salvajes. La cabeza tampoco la tenía mucho mejor.

Le dolía horrores, aunque empezaba a ser la norma y cada vez le molestaba menos. Lo que consiguió ver al despertar no le gustó lo más mínimo.

Dergha-Sho-Blaska lo miraba con la cabeza torcida y una especie de sonrisa malvada en la boca. Parecía divertirse. Por alguna razón no lo veía bien, era como si una capa de un cristal distorsionara su visión. Estaban al aire libre, a gran altura, podía ver cielo descubierto arriba y hielo abajo, aunque él no sentía el aire, solo frío.

—¿Por qué… no veo bien? —masculló, pero no pudo escuchar su voz.

De pronto sintió un frío gélido.

Intentó mirar hacia abajo, pero su cuello no se movió.

—¿Qué… está… pasando?

Intentó mover brazos y piernas, pero no lo consiguió y se inquietó.

Miró de reojo y vio que, a la altura de sus ojos, tenía una perla blanquecina del tamaño de su cabeza. Aquello cada vez le gustaba menos.

«Por fin despierta el mosquito divertido» llegó la voz de Dergha-Sho-Blaska, que se volvió hacia él.

—¿Qué me has hecho? —gritó Viggo, que no pudo escuchar su voz.

«No te esfuerces. Estás dentro de un bloque de hielo, congelado en vida».

—¿Qué? ¡No! ¡Nooooo!

«He pensado que serías una diversión interesante, pero no ahora. Más adelante, cuando este mundo sea mío. Por ello te voy a conservar. Como no tienes poder para sobrevivir te he puesto dos fuentes de vida. Mientras tengan poder, vivirás, cuando se agoten… bueno, creo que te lo imaginas…».

—¡Nooooo! ¡Sácame de aquí!

«No estarás tan mal. Es parecido a lo que yo tuve que sufrir durante tanto tiempo aprisionado en un orbe dentro de un gran bloque de hielo. Es una experiencia única que he pensado que disfrutarás. Es acorde a tu sentido del humor» rio con grandes carcajadas Dergha-Sho-Blaska.

—¡Sácame de aquí! —gritaba Viggo intentando moverse, pero su cuerpo estaba congelado por completo.

«Voy a dejarte aquí, en el glaciar, y pasarás a formar parte de él hasta que decida volver a por ti… si es que lo hago. Puede que te olvide con el tiempo. Sí, es lo más probable» se regocijó Dergha-Sho-Blaska.

Viggo vio en el suelo del glaciar, a unos pasos, un agujero de forma rectangular.

—¡Ni se te ocurra!

Dergha-Sho-Blaska usó su mente para levantar el bloque de hielo en el que estaba Viggo, y moviéndolo, lo encajó en el agujero rectangular del suelo. Quedó perfectamente alojado.

«Tengo que dejarte, el portal me espera. Disfruta de tu prisión helada» rio Dergha-Sho-Blaska y se marchó volando.

Unos momentos más tarde, Viggo perdía el sentido.

Biol-Buru-Atara llevó a Gerd hasta la gran caverna donde los tres dragones plateados seguían intentando abrir el portal. Ahora la Perla emitía destellos muy rápidos. Frente a ella vio a Lasgol tirado en el suelo. No se movía y tenía el arco dorado a su lado.

—¿Está… muerto? —preguntó lleno de angustia.

El dragón violeta miró a Lasgol un instante.

«No está muerto. Mi señor, Dergha-Sho-Blaska, ha extirpado los recuerdos de sus seres más queridos y su magia, como dijo que haría».

—Entonces vivirá.

«Si consigue despertar, sí. No todos despiertan. Y cuando lo hacen, en algunos casos han perdido la mente».

—Lasgol sobrevivirá. No perderá la mente.

«Tienes mucha confianza en tu amigo, humano. Fue un necio, debió aceptar unirse a mi señor. Ahora pagará las consecuencias».

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó Gerd a su captor.

«Para que seas testigo del momento más importante de la historia de tu mundo. El momento en el que el portal se formó y los dragones llegaron».

—No es necesario que lo vea —dijo Gerd intentando irse, pero Biol-Buru-Atara lo tenía controlado con su mente y no le dejaba moverse.

Tenía la gran hacha dorada de dos cabezas a la espalda, pero si intentaba cogerla el dragón le ordenaría quitarse la vida con ella. No podía creer lo poderoso que era aquel ser, capaz de controlar a otros con su mente. Y lo que Dergha-Sho-Blaska había hecho con Lasgol mostraba no solo que no tenía corazón, sino que era capaz de hacer cosas terroríficas a otros.

El dragón inmortal llegó a la gran caverna a través de una adyacente y avanzó hasta la Perla moviendo su descomunal cuerpo sobre sus potentes cuatro patas. El glaciar entero temblaba con cada paso que daba. Se quedó mirando la Perla y a los dragones plateados, que estaban orientados al norte.

«¿Cuánto les queda?».

«Ya está casi, mi señor» respondió Biol-Buru-Atara.

De pronto sobre la enorme Perla se comenzaron a crear tres formas circulares de color plateado de un tamaño descomunal. Eran casi tan altas como el techo del glaciar en el que estaban.

«¡Por fin! ¡El portal se abre!» exclamó Dergha-Sho-Blaska.

«Los deseos de mi señor se cumplen» envió Biol-Buru-Atara.

«¡Ya nada puede detenerme! ¡Reinaré sobre este y otros mundos como me corresponde por mi linaje y poder! ¡Un rey entre dragones, renacido e inmortal!» exclamó con tanta potencia que las paredes retumbaron y pedazos de hielo se desprendieron.

«Mi señor reinará sobre este mundo y esclavizará a todos sus ocupantes».

«¡Y servirme harán! ¡Eso o la muerte!».

La segunda forma circular comenzó a tomar forma sólida. Gerd observaba con extrema preocupación. Sabía que una vez se formara la tercera esfera el portal estaría completo y el fin de la humanidad daría comienzo.

«Humano, sube al portal» ordenó Biol-Buru-Atara.

Gerd se sorprendió. ¿Qué querían de él? Intentó no seguir la orden, pero su mente le traicionó y obedeció al dragón.

Llegó hasta la gran Perla, pero no podía subir, era enorme. Uno de los dragones plateados lo cogió por la espalda con sus garras y lo alzó. Gerd gruñó de dolor. Las garras se le habían clavado en la espalda. Apretaba lo justo solo para que no cayera, pero dolía. El dragón lo subió volando hasta la parte superior y lo soltó allí. Gerd cayó y la Doble Muerte de Gim cayó sobre la Perla, rompiendo la sujeción que tenía a su espalda.

«Vas a tener el gran honor y privilegio de ser el primero en cruzar el portal, humano» informó Dergha-Sho-Blaska con un tono cínico.

Eso era lo que pretendían, iban a probar el portal con él para ver si funcionaba como esperaban. La tercera esfera se formó y Gerd pudo ver cómo el portal terminaba de abrirse y la

grandiosa esfera de plata se creaba. Daba la impresión de que un océano de plata la llenaba.

El dragón que lo había subido allí se situó a su lado y miró con firmeza hacia el portal, ignorándole. Gerd sabía lo que estaba haciendo. Estaba seleccionando la runa que conectaría aquella Perla con la del mundo de los dragones del clan de Dergha-Sho-Blaska. La desesperanza se apoderó de él. El portal estaba abierto y eso significaba que el horror llegaría pronto. Vio a Lasgol en el suelo y se le encogió el alma. Nada parecía poder impedir aquel terrible desenlace.

«Entra en el portal, humano» ordenó Biol-Buru-Atara a Gerd.

Gerd intentó resistirse, pero sabía que no iba a poder hacerlo.

Se volvió hacia el portal y, disimuladamente, le dio una patada al hacha dorada. El arma cayó al suelo, cerca de donde yacía Lasgol.

Avanzó hacia la esfera y miró hacia atrás.

En ese momento, de la gruta sur, a la espalda de Biol-Buru-Atara y Dergha-Sho-Blaska, aparecieron una quincena de figuras que avanzaban con sigilo con arcos en las manos.

Gerd los reconoció. Eran Guardabosques. Reconoció a Ingrid y Egil, y con ellos iban Camu, Ona y Argi. ¡Sus amigos venían al rescate!

Su corazón latió lleno de alegría y esperanza.

No estaba todo perdido.

Los Guardabosques llegaban a combatir el mal y a erradicarlo.

—Acabad con ellos, amigos. Suerte… —deseó Gerd y entró en el portal.

Capítulo 61

Biol-Buru-Atara se percató de que Gerd miraba a su espalda y se volvió.

«Mi señor, intrusos» envió a Dergha-Sho-Blaska.

El dragón inmortal giró la cabeza y vio que un grupo entraba y se desplegaba como una fuerza de asalto.

«¡Estúpidos humanos! ¡Vuestros intentos por impedir lo inevitable son patéticos! ¡Vais a saber lo que significa enfrentarse a un rey entre dragones!».

—¡Adelante, Guardabosques! ¡Por Norghana! —exclamó Egil.

—¡Tirad todos sobre el dragón inmortal! —ordenó Ingrid.

—¡Apuntad a ojos y boca! —indicó Raner.

—¡Usad flechas elementales! —dijo Loke.

A la carrera y abriéndose en abanico, los Guardabosques Reales soltaron y más de una docena de flechas elementales de tierra y aire fueron directas a la cabeza de Dergha-Sho-Blaska. El dragón inmortal abría ya las fauces para lanzar su aliento de fuego sobre los intrusos. Las flechas y explosiones le golpearon una tras otra. Se formó una nube de polvo, sustancia cegadora y aturdidora alrededor de su cabeza que no permitía ver. Los rayos y descargas de las flechas de aire entraron por la boca y los ojos de la criatura, un ataque que molestó lo suficiente al gran dragón para que su aliento de fuego se viera interrumpido y se apagara al tener que cerrar la boca.

«¡Os mataré a todos, repulsivos humanos!» envió lleno de furia y sacudió la cabeza con fuerza para despejarla.

Un momento después lanzaba de nuevo su aliento de fuego. La llamarada era enorme y alcanzó cuatrocientos pasos de longitud. Movió la cabeza barriendo el área que tenía ante él.

—¡Retrasaos! —advirtió Raner.

—¡Guardad cuatrocientos pasos! —urgió Ingrid.

Los Guardabosques Reales se retrasaron, pero dos no lo hicieron a tiempo y les alcanzó la llamarada. Sus cuerpos se prendieron fuego y murieron entre gritos de dolor. Aquella era una forma horrible de morir.

—¡Separaos y guardad la distancia! —ordenó Raner.

—¡También puede usar ataques mentales que os dejarán inconscientes! ¡Estad atentos! —advirtió Ingrid.

—¡No os amedrantéis, sois Guardabosques Reales norghanos! ¡Venceremos al mal! —alentó Egil.

Mientras el ataque sucedía, los dragones plateados seguían con la apertura del portal impasibles, como si nada de lo que sucedía a su alrededor les afectara. Debían de necesitar de toda su concentración y poder para mantener el gran portal abierto.

Egil se dirigió hacia el dragón violeta e hizo una seña a Ingrid para que fuera con él. Camu iba tras ellos con Ona y Argi siguiéndole. Egil e Ingrid tiraron con flechas elementales de aire cuyas descargas golpearon la cabeza del dragón, que rugió de rabia.

«Eso no me matará, débiles humanos» envió Biol-Buru-Atara.

Ingrid y Egil no dijeron nada y volvieron a tirar. Las saetas impactaron y el dragón volvió a sufrir descargas que le entraban por los ojos y la boca. No lo mataban, pero claramente le

molestaban, y mucho, que era lo que buscaban para poder acercarse a él sin recibir un ataque mental.

Biol-Buru-Atara vio que sus oponentes se acercaban demasiado y abrió las fauces. Ingrid y Egil se colgaron los arcos a la espalda y sacaron la Matadragones y la Lanza de Rogdon. Activaron los guantes y se prepararon para dar muerte al dragón.

Estaban ya casi encima cuando de la boca de este salió una especie de gas violáceo dirigido hacia ellos. Se quedaron perplejos.

La extraña sustancia los envolvió.

—¡Acabemos con él! —dijo Egil a Ingrid.

—¡Vamos! —dijo ella.

Avanzaron y cuando estaban a dos pasos del dragón recibieron un mensaje mental.

«Deteneos».

Como si de una orden ineludible se tratara, Ingrid y Egil se quedaron quietos donde estaban. Los dos querían seguir avanzando, estaban ya casi junto al dragón, pero no podían, pues sus piernas se negaban a moverse por mucho que ellos quisieran.

—No puedo avanzar —dijo Ingrid.

—Yo tampoco.

—¿Qué está pasando?

—Es este gas violeta que nos rodea —se dio cuenta Egil.

«Es un poder que me permite dominar vuestras mentes. Es una lástima que no lo hayáis adivinado antes» se jactó y rio victorioso.

Camu se había detenido justo al borde del área de acción del gas.

Ona, al ver a sus amigos indefensos, se lanzó a ayudar y Argi fue tras ella.

«Deteneos» envió Biol-Buru-Atara a Ona y Argi.

La pantera y el lobezno se quedaron quietos donde estaban.

«El poder de afectar la mente es universal, afecta a todos los seres» envió Biol-Buru-Atara con tono triunfal.

Ingrid y Egil intentaban librarse del control mental que el dragón ejercía sobre ellos, pero no lo conseguían. Ahora no solo no podían avanzar, sino que no podían mover ni un músculo. Estaban paralizados.

«Os destrozaré con mis propias garras y disfrutaré mucho haciéndolo».

Kol, Haines, Mostassen, Nikessen, Ulsen y Eyegreson ya tenían experiencia enfrentándose a dragones, aunque no a uno tan descomunal como el dragón inmortal, y se desplazaban en semicírculo manteniendo la distancia de seguridad y tirando contra Dergha-Sho-Blaska intentando darle en ojos y boca. El resto de los Guardabosques Reales parecían sobrepasados por la situación. Se les había explicado por el camino a lo que se iban a enfrentar, pero una cosa era que se lo contaran y otra muy diferente lo que tenían delante.

Dergha-Sho-Blaska soltó otra enorme llamarada y varios de los Guardabosques Reales se tiraron de espaldas intentando huir de las llamas, que parecían perseguirles.

—¡Mantened la distancia! —gritó Kol mientras ayudaba a un compañero a levantarse.

Haines avanzaba para tirar con algo de ventaja y se retrasaba en cuanto el dragón abría las fauces.

—¡Es un monstruo de pesadilla! —exclamó, pero siguió luchando sin acobardarse.

—Es más feo que tú, y mira que eso es difícil —dijo Kol, que también tiraba.

Ulsen ayudaba a otro compañero a ponerse en pie.

—No te adelantes, tira desde aquí —dijo.

Mostassen y Nikessen se movían a la par buscando el mejor ángulo para disparar contra la cabeza del dragón, que envió de nuevo su aliento de fuego. Los dos veteranos echaron la cabeza hacia atrás y las llamas los rozaron sin llegar a tocarles.

Eyegreson se había retrasado hasta la entrada sur por la que habían accedido a las entrañas del glaciar. Armó su arco de francotirador y apuntó.

—Estate quieto… —masculló entre dientes y tiró buscando el ojo derecho del dragón.

Le dio justo encima y la flecha salió rebotada. Él no necesitaba acercarse, solo que el dragón no moviera demasiado la cabeza. Por el momento no estaba obteniendo buenos resultandos, ya que cuanto más se movían sus compañeros para no ofrecer un blanco fácil, más movía él la cabeza intentando atinar con su aliento ígneo.

Camu vio al dragón violeta avanzar hacia Ingrid y Egil con intención de destrozarlos con sus garras. Luego iría a por Ona y Argi. No podía permitirlo, debía detenerlo.

Intentó usar su aliento gélido pero la habilidad falló. No podría atacar, aunque si lograba hacerlo tampoco conseguiría dañarle. Si utilizaba el camuflaje extendido para ocultar a sus amigos tampoco serviría de mucho pues el dragón sabía dónde estaban, aunque desaparecieran de pronto. Tenía que hacer algo.

Vio la sustancia violeta que los rodeaba y se le ocurrió una idea. Aquella sustancia gaseosa no era natural, era mágica, como el aliento elemental de los dragones de fuego, tierra, aire y agua. Así que invocó su cúpula antimagia según avanzaba hacia sus amigos.

Falló.

«Yo conseguir» se dijo al tiempo que el dragón violeta se situaba frente a Ingrid y Egil.

Camu dio un brinco y cayó en medio de sus cuatro amigos, que permanecían sin poder moverse. Volvió a invocar su cúpula antimagia con todo su ser. No podía fallar, aunque estuviera agotado y a punto de caer inconsciente debía hacer algo, la vida de sus amigos estaba en peligro mortal.

La cúpula se formó.

De pronto, la sustancia violeta desapareció del interior de la cúpula e Ingrid, Egil, Ona y Argi quedaron libres del control mental del dragón violeta.

La garra del monstruo se dirigió al torso de Ingrid con fuerza, pero, en el último instante, la Guardabosques Primera dio un brinco hacia atrás. Le rozó el hombro izquierdo y le hizo una brecha. Egil no esperó a que la otra garra cayera sobre él y se lanzó a un lado con rapidez. Consiguió esquivarla. Ona y Argi se dispusieron a atacar.

«¿Qué es esto? ¿Por qué podéis moveros?» preguntó Biol-Buru-Atara sorprendido.

Entonces se dio cuenta.

«El pequeño Drakoniano Superior» dijo mirando a Camu.

Ingrid apretó la mandíbula por el dolor y antes de que pudiera reaccionar soltó un tremendo tajo con la Matadragones. La espada dorada destelló al contacto con las escamas de dragón y seccionó de cuajo su garra izquierda, que cayó al suelo frente a ella.

Biol-Buru-Atara rugió de dolor echando la cabeza hacia atrás.

Egil aprovechó y con un golpe seco clavó la lanza dorada en el torso del dragón violeta, buscando el corazón de la bestia. Empujó con todas sus fuerzas según se producía el destello dorado. El arma penetraba con facilidad en el cuerpo del dragón.

Ona saltó al cuello y cerró las mandíbulas obligando a Biol-Buru-Atara a bajar la cabeza.

Ingrid vio la oportunidad, activó su arma y con otro tajo tremendo le seccionó la cabeza,

separándola del cuello. La cabeza cayó al suelo con las fauces abiertas y los ojos desorbitados de incomprensión.

Egil sacó la lanza de un tirón.

—¿Dergha-Sho-Blaska o el portal? —preguntó Ingrid.

Egil vio a los Guardabosques combatiendo con el dragón inmortal y el gran portal abierto.

—Cerremos el portal primero —dijo Egil—. Si llegan más dragones estaremos acabados.

—De acuerdo —dijo Ingrid.

—¿Cómo lo cerramos, Camu? —preguntó Egil.

«Dragones plata mantener abierto… Matar dragones plata… Portal cerrar solo».

—¿Estás bien? —se preocupó Egil al ver lo débil que llegaba el mensaje de Camu.

«No… más… fuerzas» Camu se tumbó sobre el suelo.

—Ona, quédate con Camu —dijo Egil señalando a Camu.

La pantera de las nieves gimió una vez y fue junto a su hermano seguido por Argi. Ambos se quedaron custodiando a Camu, cuyos ojos ya se cerraban.

Egil supo que tenían que vencer o Camu moriría allí. Le hizo una seña a Ingrid y corrieron hacia los dragones plateados.

Con las últimas fuerzas que le quedaban, Camu envió un mensaje.

«Yo captar dos armas doradas al lado de Lasgol» envió a Raner y Loke.

Luego cerró los ojos y perdió el sentido.

Los dos Guardabosques recibieron el mensaje y miraron hacia el lugar donde Lasgol yacía. Estaba detrás de Dergha-Sho-Blaska, que se alzaba en toda su enormidad.

—¿Qué hacemos? —preguntó Loke.

—Hay que intentarlo, no tenemos opción. El dragón inmortal nos va a calcinar antes o después —dijo Raner.

—De acuerdo, vamos.

—¡Tirad, cubridnos! —pidió Raner.

Haines, Kol y los veteranos tiraron a una.

Raner y Loke salieron corriendo hacia Dergha-Sho-Blaska, que se alzaba imponente como una montaña frente a ellos. Las flechas le alcanzaron en la cabeza y estallaron molestándolo. Raner y Loke corrían con toda la fuerza de sus piernas hacia las patas de la descomunal bestia, que se percató y abrió la boca para enviarles su aliento ígneo. Las flechas volvieron a golpearle en la cabeza con estallidos de tierra, humo y rayos. Dergha-Sho-Blaska sacudió la cabeza antes de lanzar otra llamarada tremenda.

Loke se tiró hacia delante deslizándose por el suelo de hielo y Raner hizo lo mismo echándose de lado. La llamarada les pasó por encima y siguió hacia el fondo de la caverna.

Al ver que no les había alcanzado y los tenía debajo, Dergha-Sho-Blaska intentó aplastarles con sus enormes patas. Pisó con fuerza levantando trozos de hielo mientras Raner y Loke seguían corriendo y deslizándose por debajo del cuerpo del descomunal dragón. Los intentos por aplastarles no consiguieron su objetivo ya que afortunadamente eran demasiado rápidos y ágiles.

Una nueva oleada de flechas elementales llegó hasta el dragón. Al explotar hicieron que perdiera de vista a los dos humanos que tenía debajo. La bestia giró el cuello y vio que se tiraban al suelo deslizándose hacia donde yacía el humano al que había borrado los recuerdos. Rugió enfurecido y envió a ambos un ataque mental.

Ambos recibieron el ataque en mente y cuerpo, salieron despedidos y chocaron contra la gran Perla para caer sin sentido junto a Lasgol. Al ver a los tres humanos en el suelo Dergha-Sho-

Blaska rio con grandes carcajadas llenas de malicia.

«¡Minúsculos seres sin futuro!».

Se volvió hacia los tiradores y les envió otro ataque mental. Los que estaban fuera del área de alcance se salvaron, pero dos Guardabosques que no habían medido bien la separación cayeron de espaldas y quedaron sin sentido.

Ingrid y Egil llegaron hasta el primer dragón plateado que estaba concentrado en mantener abierto el gran portal y ni siquiera pareció percatarse de que ellos estaban allí. Había un segundo dragón al otro lado que también parecía concentrado en la misma tarea.

Ingrid activó su espada dorada para atacarle. En ese momento el tercer dragón plateado apareció ante ellos saliendo de lo que parecía un pequeño portal que él mismo había creado y golpeó con la cola a Ingrid, que salió despedida de espaldas. Egil reaccionó y activando su lanza atacó a la criatura. La lanza fue a penetrar en su cuerpo cuando el dragón destelló en plata y el tiempo pareció ralentizarse. Egil podía ver su brazo derecho avanzando hacia delante, pero a una velocidad lentísima, como si el tiempo a su alrededor pasara ahora cien veces más despacio. Sin embargo, el dragón plateado se desplazó a un lado a velocidad normal. Un instante después el tiempo volvió a su ser y Egil terminó el movimiento de ataque fallando por completo. El dragón le golpeó con el dorso de su garra y el guardabosques salió volando varios pasos para caer al suelo y golpearse con dureza.

Ese dragón estaba defendiendo a los otros dos, que seguían concentrados para mantener el portal abierto.

Dergha-Sho-Blaska decidió adoptar un enfoque más agresivo. Abrió sus enormes y poderosas alas y, sacudiéndolas con fuerza, cogió impulso y dio un salto que hizo que cayera a doscientos pasos de los Guardabosques.

«Ya sois míos» envió mientras se jactaba riendo.

—¡Cuidado! Ahora puede alcanzarnos —avisó Kol a sus compañeros.

—¡Abríos! —exclamó Ulsen.

Mostassen tiró a la cabeza del dragón inmortal con una flecha de tierra mientras corría para separarse del Guardabosques Real con el que estaba y evitar así que los calcinara a ambos. La flecha alcanzó la boca de la bestia e hizo que el gran dragón girase la cabeza hacia él. Cambió de opinión y lanzó una llamarada directa al Guardabosques Real que no se había movido. El pobre murió envuelto en llamas.

«¡Vais a arder todos! ¡Voy a disfrutar viéndoos morir abrasados!» envió Dergha-Sho-Blaska.

Un momento más tarde Nikessen, que corría tras tirar, fue alcanzado por el aliento de fuego.

—¡Nikessen! ¡No! —exclamó Mostassen que tiraba ahora con flechas de aire.

—¡Todos a una! —pidió Ulsen mientras otro Guardabosques Real caía muerto incinerado.

Kol miró a Haines, que estaba a cien pasos de él, y luego a Mostassen. Al otro lado vio a Ulsen y a Eyegreson al fondo. Solo quedaban ellos en pie de los Guardabosques Reales. La situación se estaba volviendo cada vez más desesperada.

Ingrid volvió al ataque y acercándose lanzó un golpe potente con la espada al cuello del dragón. De nuevo este destelló y el tiempo pareció ralentizarse. La espada dorada siguió su trayectoria, pero a un ritmo muy lento. Sin embargo, el dragón se apartó del arma a velocidad normal. El tiempo volvió a su ritmo e Ingrid falló por completo dando un tajo al aire que la dejó desequilibrada. El dragón soltó un zarpazo que ella esquivó por un pelo. Se volvió para soltar un

golpe de revés, pero el dragón había creado un pequeño portal y había desapareció.

Egil se dio cuenta de que aquellos dragones plateados tenían la capacidad de manipular el tiempo y el espacio. El dragón volvió a aparecer de la nada, como saliendo de una esfera plateada que desapareció al instante, y con sus fauces intentó arrancarle la cabeza a Ingrid.

La Guardabosques Primera se agachó y el dragón mordió aire y parte de su melena. Ingrid reaccionó y soltó un tajo transversal con la espada. Egil sabía lo que iba a pasar a continuación, así que cogió su lanza y se la llevó al hombro. El dragón brilló y el tiempo se ralentizó. La criatura se movió fuera del área de alcance de la espada y un momento después el tiempo volvió a ser normal. Ingrid falló por completo. Esta vez el dragón la iba a destrozar de dos zarpazos, pues había quedado totalmente expuesta.

De repente, la lanza de Egil penetró en el costado del dragón plateado.

Este rugió de dolor y no pudo atacar. Miró entonces a Egil con ojos de confusión. Egil había esperado a que el dragón terminara de alterar el tiempo para lanzar el arma a modo de jabalina con todas sus fuerzas. Ingrid reaccionó y soltó un nuevo tajo girando en redondo que alcanzó al dragón en el torso. Al brillo dorado del contacto del arma con las escamas del dragón siguió el gruñido de dolor cuando el filo cortó a la bestia. Un momento después lo remataban entre los dos.

Kol y Haines corrían en direcciones opuestas tirando contra el dragón inmortal. La situación era ahora caótica. Mostassen acababa de caer consumido por las llamas. El dragón inmortal perseguía a Ulsen, que intentaba huir a la desesperada. Se acercó demasiado al monstruo y éste le soltó una dentellada partiendo su cuerpo en dos.

—¡Ulsen, no! —exclamó Kol.

—¡Estamos perdidos! —se lamentó Haines.

El único que todavía estaba a salvo era Eyegreson, que apuntó con una flecha de fuego y tiró al ojo derecho de Dergha-Sho-Blaska. La flecha voló con potencia y alcanzó el gigantesco ojo del dragón, estalló y una llamarada quemó parte de su iris. Dergha-Sho-Blaska rugió furioso.

«¡Cómo osas, gusano asqueroso!» gritó y avanzó hacia el francotirador.

Eyegreson se percató de que iba a por él. Estaba contra la pared sur y por su posición si intentaba huir lo iba a quemar vivo como a sus compañeros. Decidió no hacerlo y morir luchando.

Puso otra flecha de fuego en su arco y apuntó de nuevo al ojo derecho. Dergha-Sho-Blaska avanzaba rugiendo con la vista clavada en él, ignorando todo lo que sucedía a su alrededor. Eyegreson soltó y el proyectil fue directo al ojo herido. Por suerte, la explosión hirió aún más a la bestia. Dergha-Sho-Blaska rugió lleno de ira y, abriendo la boca, descargó una llamarada terrible sobre Eyegreson, que murió incinerado en un instante.

Egil corría hacia el dragón al otro lado de la Perla y pasó cerca de Lasgol. Estuvo tentado de parar a ayudarle, pero no podía, debía cerrar el portal antes de que fuera demasiado tarde. Vio que Raner y Loke se incorporaban y se dirigían veloces hacia las dos armas que había cerca de Lasgol: el arco de Aodh y la Doble Muerte de Gim. ¡Volvían a la lucha, eran unos valientes!

—¡No cedemos! ¡Lucharemos hasta el final! ¡Por los Guardabosques! —alentó Egil.

El dragón vio a Egil acercarse y reaccionó, aunque demasiado tarde. El guardabosques cargó con la lanza por delante y se la clavó en medio del torso. Continuó empujando mientras el dragón gruñía de dolor hasta que la lanza casi se perdió en el interior de aquel cuerpo recubierto de plata.

Miró hacia Ingrid, que acababa de cortarle la cabeza al otro dragón plateado. Al momento, sin

la intervención de los dos dragones, el portal comenzó a cerrarse.

Raner y Loke se lanzaron a atacar a Dergha-Sho-Blaska con sus armas doradas. Llegaron hasta su pata posterior izquierda y Loke golpeó con la gran hacha penetrando con las dos cabezas en ella. El dragón sintió el ataque y rugió. Se volvió y recibió en su ojo derecho, ya muy malherido, la flecha del arco de Raner, que entró con potencia. Dergha-Sho-Blaska volvió a rugir, esta vez fuera de sí, soltando un golpe tremendo con su larga cola. Loke y Raner salieron despedidos por los aires para caer cerca de la gran Perla.

Ingrid y Egil llegaron a la carrera hasta Dergha-Sho-Blaska por la parte posterior. Ingrid hizo un gesto a Egil para que la siguiera y saltó a la cola del dragón. Comenzó a subir por ella en dirección a la espalda. Egil no se lo pensó dos veces y la siguió. Dergha-Sho-Blaska estaba tan furioso con Raner y Loke que ni se dio cuenta de que tenía a dos humanos trepando por su cuerpo.

Raner se levantó, clavó una rodilla y apuntó con una flecha de fuego al ojo izquierdo. La puntería de Raner era magnífica y, con la potencia añadida del Arco de Aodh, la flecha golpeó en el centro del ojo estallando en una llamarada. Dergha-Sho-Blaska rugió y se giró hacia Raner. Aquel brusco movimiento hizo que Ingrid y Egil perdieran el equilibrio y se tuvieran que sujetar a la cresta que bajaba por la espalda del dragón. Era tan grande que no tuvieron problemas para agarrarse.

Abajo, Loke se había levantado y ya llegaba de nuevo a la pata posterior izquierda. Activando su guante soltó otro tremendo hachazo. El arma dorada entró cortando carne, tendón, músculo y hueso. La sacó con rapidez y, antes de que Dergha-Sho-Blaska atacara, volvió a golpear con todas sus fuerzas. Esta vez la pata se dobló como si se hubiera partido a la altura de la articulación, sobre la garra.

Dergha-Sho-Blaska se inclinó hacia un costado. La criatura volvió la cabeza y vio a Loke, que se disponía a atacar otra vez con el hacha levantada para golpear. Apoyándose en su pata trasera buena dio un brinco y se elevó moviendo las alas con tremenda fuerza.

«Esto lo pagarás con tu vida» envió.

Desde una veintena de pasos de altura, lanzó una llamarada terrible que alcanzó a Loke.

El Masig murió en un instante.

—¡Loke! —Raner tiró de nuevo y dio al dragón en la cabeza.

Kol y Haines tiraron también a la cabeza de la criatura, que se elevó hacia un lado de la inmensa caverna para luego volar hacia el otro. A su espalda, Ingrid y Egil se sujetaban y seguían su escalada particular para llegar a la cabeza.

El dragón inmortal pasó sobre Raner, que volvió a tirar con el arco dorado. Su flecha entró por el pómulo del dragón sin alcanzar el ojo. Dio una nueva pasada y atacó a los tres humanos en el suelo enviando un ataque mental.

Raner, Kol y Haines cayeron de espaldas inconscientes.

«¡Ilusos humanos! ¡Moriréis todos!» envió triunfal.

Descendió sobre Raner y se posó sobre él. Lo cogió con sus garras delanteras y lo partió en dos con una fuerza desmesurada.

Murió sin saber qué había pasado.

Sobre la espalda del dragón, Ingrid y Egil llegaron a su cabeza. Dergha-Sho-Blaska rugía celebrando su triunfo y volvía su atención hacia Kol y Haines, que seguían inconscientes.

Ingrid sabía lo que tenía que hacer. Sacó el anillo, lo puso en el dedo índice de su guante y lo activó.

Se puso de pie, cogió la empuñadura de la espada con ambas manos y, orientando la punta hacia abajo, se llevó las manos detrás de la cabeza y soltó un terrible golpe buscando penetrar el cráneo del dragón para llegar hasta el cerebro. Se produjo un destello dorado intensísimo y toda la energía almacenada en la Estrella Glacial pasó a la espada dorada. La punta entró en la cabeza de la criatura y se detuvo. La espada no consiguió penetrar lo suficiente ni con toda la descarga de energía de la estrella.

«¿¡Que es esto?!» exclamó Dergha-Sho-Blaska percatándose del ataque.

Con un movimiento rápido se pasó la garra derecha por encima de la cabeza. El reverso golpeó a Ingrid, que salió volando de espaldas y cayó sobre la Perla. Por la inercia del golpe rebotó y se fue de bruces al suelo, donde se quedó sin sentido.

Egil, que estaba a la altura de la nuca agarrado a la cresta, vio a Ingrid caer y supo que solo quedaba él. En ese momento tuvo la certeza de que el presentimiento que había tenido que le decía que debía sacrificar el trono y estar allí para acabar con el dragón inmortal era correcto. Ya no quedaba nadie en pie que pudiera detener a Dergha-Sho-Blaska, solo él. Y eso haría, pues ese era su destino. Ahora lo sabía y lo llevaría a cabo.

Puso el anillo en el dedo índice y se preparó para atacar.

Dergha-Sho-Blaska se dio cuenta entonces de que el portal se cerraba.

«El portal, ¿por qué se cierra?» envió, pero no había nadie para responderle.

Vio a los dragones plateados, estaban muertos.

Movió las alas con fuerza y descendió sobre la gran Perla frente al portal, que ya comenzaba a desvanecerse.

«Si ellos no vienen a mí, iré yo a ellos» proclamó y se dispuso a saltar al interior antes de que se cerrara.

Egil supo que no podía permitirlo. Si Dergha-Sho-Blaska cruzaba, traería a los dragones de vuelta, pues de algún modo abriría el portal desde el otro lado. Tenía que detenerlo. Debía matarlo.

Se puso en medio de la cresta y calculó el ángulo por el que debía golpear. Con todas sus fuerzas clavó la lanza dorada en la parte posterior de la cabeza del dragón impulsándola para que entrara lo más profundamente posible. Se produjo un destello dorado potentísimo que llenó la caverna helada de luz dorada. Toda la energía almacenada en la Estrella de Mar y Vida potenció el golpe de la lanza.

El arma dorada entró y la punta salió en medio de la frente, entre los ojos.

Dergha-Sho-Blaska echó la cabeza hacia atrás con ojos desorbitados y la energía dorada saliendo por ellos. Luego, con un latigazo tremendo, la cabeza bajó hasta golpear la superficie de la Perla.

Egil salió despedido hacia delante con fuerza y entró en el portal de cabeza.

El portal se cerró tras él.

Epílogo 1

Valeria e Ingrid entraron en la habitación de la torre de los Guardabosques, donde tenían a Lasgol reposando. Se acercaron a la cama donde yacía y lo observaron. Parecía sumido en un profundo sueño, como si estuviera muy lejos de allí.

—Han pasado cuatro estaciones y sigue igual —dijo Valeria con tono triste mirando a Lasgol.

—Annika está convencida de que conseguirá despertar. Dice que solo necesita tiempo para que su mente regrese. Su cuerpo está bien —explicó Ingrid.

—No puedo creer que esté así. Siempre pensé que fuera cual fuese la situación o el peligro, él vencería.

—Y venció. El dragón inmortal está muerto y el portal cerrado. Él ha sobrevivido.

Valeria asintió.

—No te falta razón. Prométeme que me avisarás cuando despierte.

—Lo haré, no te preocupes.

—Gracias. ¿Alguna novedad del resto de las Panteras?

Ingrid suspiró profundamente y negó con la cabeza.

—Nilsa sigue sin despertar, pero está muy bien cuidada por Edwina y las curanderas del desierto. Camu también, sigue hibernando en la cueva de Drokose. Ona y Argi están con él. Misha los cuida a los tres, y tienen el apoyo de Izotza y Asrael así que por ese lado estoy tranquila. Gerd y Egil creemos que desaparecieron en el portal y no hemos vuelto a saber de ellos.

—Seguro que se las arreglarán allá donde estén. Además, estarán juntos.

Ingrid asintió.

—Lo que me preocupa es que estén en el mundo de los dragones. Si es así, no sé qué será de ellos…

—Si están allí encontrarán la forma de sobrevivir y regresar. Ya conoces a Egil, si alguien puede idear cómo hacerlo es él. Además, tiene a su guardaespaldas consigo. No los detendrán, ni siquiera los dragones —afirmó Valeria convencida.

Ingrid asintió.

—Astrid sigue desparecida. El brujo muerto apunta a Erenal, así que creo que está allí, seguramente la tengan prisionera. Estoy intentando encontrarla, aunque de momento sin mucha suerte. Tengo la sospecha que se la llevaron las Luchadoras del Nuevo Sol, se la tenían guardada por traicionarlas. Estoy insistiendo a Sigrid para que me de permiso para ir a Erenal, pero de momento me lo ha negado. No quiere arriesgarse a que me maten o capturen. Las relaciones entre Norghana y Erenal siguen siendo muy malas.

—Eso puede cambiar en cualquier momento. Ya sabes cómo son los reyes y sus politiqueos…

—Lo sé, pero no quiero esperar tanto ni desobedecer a Sigrid. En cualquier caso, no voy a dejar de buscar a Astrid. Eso te lo aseguro.

—Haces bien, tenemos que encontrarla. De todos vosotros no es mi favorita precisamente, pero no merece terminar así.

—La encontraré. Las Panteras de las Nieves no abandonamos a los nuestros. Eso nunca.

Antes la muerte.

—Sigrid debe estar muy afectada por lo de Loke… y supongo que también por lo de Raner…

Ingrid asintió.

—Ha sufrido muchísimo. Se les hizo un funeral con todos los honores en el Robledal Sagrado. Fueron héroes. Ellos y todos los que perecieron enfrentándose a Dergha-Sho-Blaska. Sigrid es muy fuerte, pero le ha afectado mucho. Y todavía no tiene un sustituto para Raner.

Valeria asintió.

—¿Y… qué hay de Viggo? ¿Has averiguado algo?

Ingrid bajó la cabeza y sus ojos se humedecieron. Negó con un gesto.

—No hay rastro de él. Lo he buscado por todas partes. Registramos el glaciar en el Continente Renacido y los alrededores, pero nada. Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

—¿Seguro que no lo enviaron por el portal?

—No hay forma de saberlo —se encogió de hombros Ingrid.

—Puede que le hicieran cruzar antes de que llegaseis al rescate.

—Puede ser, sí…

—En cualquier caso, es Viggo y estoy segura de que sobrevivió. Nada puede matar a una mala hierba como él.

—Eso quiero pensar yo también, pero no ha regresado. De haber sobrevivido, ya habría vuelto a mí…

—Quizá no pueda ahora mismo. Tal vez le lleve algo de tiempo, pero logrará regresar. Estoy convencida —aseguró Valeria.

—Gracias, tus palabras me animan. Todos los días pienso que mi merluzo va a aparecer en cualquier momento tan tranquilo como si nada hubiera pasado, sonriendo y soltando algún comentario de los suyos.

—Y lo hará, ya lo verás —dijo Valeria y le sujetó el brazo dándole ánimos.

Ingrid suspiró y se secó una lágrima que se le escapaba.

—¿Qué ha pasado con la gran perla que abrió el portal?

—Sigrid ordenó sellar el lugar para que nadie pudiera acceder a ella después de quemar al Dragón Inmortal y el resto de los dragones menores muertos. Ha puesto guardabosques de vigilancia en el lugar.

—Sigrid no corre riesgos, hace bien.

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó Ingrid a Valeria mirándola a los ojos.

—Tengo que ir a Irinel a cumplir una promesa.

—¿Qué promesa es esa?

—Prometí a Aidan que le ayudaría cuando me hizo un favor.

—¿El antídoto para Viggo?

Valeria asintió.

—Eso mismo.

—No te lo he agradecido lo suficiente.

—No es necesario —sonrió Valeria—. Ahora voy a cumplir mi promesa. Lo sacaré del agujero en el que lo tienen pudriéndose.

—Eso es muy arriesgado. Pueden capturarte.

—Le di mi palabra y cumplo lo que prometo. Lo sacaré y luego puede que me vaya con él y los druidas una temporada. Ahora que no está Egil no tengo compromiso alguno con la corona y no voy a arriesgar mi vida por Thoran espiando para él.

—Espero que todo salga bien —deseó Ingrid.

—No te preocupes. Si no me sale bien, los Zorros Blancos me cubrirán las espaldas.

Ingrid sonrió.

—¿Cómo está tu equipo?

—Muy bien. Molak está al mando ahora. Sigrid los tiene ocupados en misiones importantes. Son las nuevas Panteras, o Águilas Reales —sonrió Valeria.

—Pues entonces van a estar muy, pero que muy ocupados.

—Ya se lo he dicho, pero no les importa. ¡Al contrario! Quieren ser como las legendarias Águilas Reales.

Ingrid sonrió.

—Son estupendos. Llegarán lejos.

—Sí, yo también lo creo —asintió Valeria—. A propósito, te he traído la jabalina dorada.

—¿El Rayo de Antior?

—Sí, Sigrid me ha dicho que tú custodias las armas doradas.

—Así es. Me lo ha encomendado ella. Voy a esconderlas en un lugar seguro. Los dragones ya no son una amenaza, pero esas armas son demasiado valiosas como para no protegerlas. Además, nunca se sabe qué puede deparar el futuro. Puede que volvamos a necesitarlas.

—Eso no sería nada bueno.

—Ya, pero si una cosa he aprendido como Pantera de las Nieves es que cualquier cosa puede pasar y es mejor estar prevenido.

—Muy buena filosofía de vida.

—Sí, es lo que te enseña la experiencia.

—Cierto. No las entierres muy profundo, por si acaso.

—Tranquila, no lo haré.

Epílogo 2

Cuatro semanas más tarde, Ingrid ya había escondido las armas doradas y era requerida por el rey Thoran en la sala del trono. Entró con el presentimiento de que no se la llamaba por algo bueno.

Thoran ocupaba el trono y su hermano Orten estaba a su lado. El embajador Larsen también estaba presente, así como Sigrid. Ingrid adivinó al ver la extraña composición de la reunión a qué se debía. En efecto, no iba a ser bueno para ella.

—Majestad, habéis requerido de mi presencia —dijo Ingrid a forma de saludo e hizo una reverencia.

—Guardabosques Primera —saludó Thoran y la miró de arriba abajo—. Sí, tenemos que tratar un tema que te concierne, parece ser —explicó y miró a Larsen, que asintió.

—Según me ha informado mi embajador, el capitán general Sabis Gotirus, de la familia regente en la ciudad de Orecor, nos ha enviado mensajes un tanto delicados. Parece ser que ha sufrido una afrenta y requiere reparación. Está muy molesto. ¿sabes por qué puede ser?

—Creo que sí, Majestad —asintió Ingrid, que sabía que mentir no conduciría a nada.

—¿Cómo es posible que mi Guardabosques Primera haya ofendido a un militar tan importante y de una familia regente nada menos?

—Se debe a que me prestó una espada especial y todavía no se la he devuelto —explicó Ingrid de forma sucinta.

—Una espada dorada, según tengo entendido, a la que se le atribuyen propiedades mágicas, ¿no es así?

—Así es, Majestad.

—Según nos informa Sabis, te ha pedido varias veces que devuelvas la espada pues el plazo del préstamo que acordasteis ha pasado. ¿Es eso cierto?

—Lo es. Me fue prestada por un año.

—¿Y por qué no se la has devuelto? —Thoran enarcó una ceja.

—Si es de oro valdrá una fortuna, será por eso —dijo Orten.

—Es un arma de la que no puedo desprenderme por motivos personales —afirmó Ingrid.

Miró de reojo a Sigrid, cuya expresión era de preocupación.

—¿Es tan valiosa como dice mi hermano?

—No, no es valiosa. No es de oro, aunque lo parezca.

—¿Entonces por qué te arriesgas a enemistar a alguien tan importante y con tanta influencia?

—Razones personales —fue cuanto Ingrid dijo.

No iba a entregar ninguna de las armas doradas. El peligro de los dragones había pasado por el momento, pero eso no significaba que no pudiera volver.

—Verás, Guardabosques Primera, esto me pone en una situación comprometida. Bajo ningún concepto quiero, ni puedo permitirme, enemistar a la ciudad estado de Orecor, toda una potencia militar del este. Y más cuando acabamos de tener otra guerra civil y estamos en bancarrota por mi rescate y la tozudez de los nobles del oeste y sus pretensiones a la corona. Espero que hayan aprendido la lección después de colgar a Svensen y a ese Lars que pretendía usurpar mi trono. Lo mismo le pasará a mi traidora esposa que sigue presa en Moontian si es liberada y la capturo.

—Has sido demasiado blando. Yo los habría colgado a todos —afirmó Orten.

—Sí, lo sé. Por eso yo soy el rey y tú no. No es momento de cortar cabezas y que medio reino pida la mía.

Thoran señaló a Ingrid.

—Sabis Gotirus ofrece mucho oro por ti. El oro me vendría muy, pero que muy bien. Y una reforzada amistad con una de las ciudades estado más poderosas del este me vendría todavía mejor. Como ves, esto es una oportunidad. Si entregas la espada todo quedará arreglado y hasta podremos mejorar relaciones. Si no lo haces, te entregaré a Sabis y cobraré el oro que ofrece por tu cabeza. Siendo sincero, prefiero la segunda opción, es más beneficiosa y realmente necesito el oro, pero eres mi Guardabosques Primera y no te voy a tirar a los leones. Te doy la oportunidad de elegir: la espada o tú.

Ingrid miró a Sigrid. La líder indicó con la cabeza que no lo hiciera, que entregara la espada.

Ingrid sonrió, no podía hacer eso.

—No entregaré la espada.

—Estupendo —sonrió Thoran—. Larsen, informa a Sabis de que le enviamos a la infractora y que gustosos aceptamos el oro que ha ofrecido por ella, así como otros tratados que podamos firmar para un mutuo beneficio.

—Al momento, Majestad —dijo el embajador.

Thoran se volvió hacia Sigrid.

—Esto nos deja sin Guardabosques Primero, tendrás que buscar un sustituto.

Sigrid asintió.

—Será difícil remplazarla.

—Seguro que encuentras a alguien. Y otra cosa, me he quedado sin mis Águilas Reales. Búscame otro equipo que los reemplace. Tienes alguno, ¿verdad?

—Sí, Majestad, los Zorros Blancos.

—Muy bien, serán mis nuevas Águilas Reales. Ahora, marchad.

Ingrid abandonó la sala del trono custodiada por Guardias Reales.

Tres días más tarde partía encadenada hacia Orecor.

Epílogo 3

Una estación más tarde, Lasgol abrió por fin los ojos.

—¿Dónde… estoy…? —preguntó a la mujer que estaba en la habitación preparando unas pociones.

Annika se volvió y abrió mucho lo ojos.

—¡Lasgol, has despertado! ¡Qué alegría! ¡Por fin!

—Sí… ¿Qué me ha pasado…?

—Has estado inconsciente mucho tiempo. Te he estado atendiendo todos los días con la esperanza de que un día despertaras. ¡Y lo has hecho!

—¿Inconsciente? ¿Cuánto tiempo?

—Casi seis estaciones. Nos tenías muy preocupados…

—Eso es… una eternidad…

—Lo importante es que has regresado —sonrió ella—. Te daré una poción revitalizante que te ayudará. Tu cuerpo está un tanto débil por la falta de movimiento.

—Oh… gracias —Lasgol intentó incorporarse y los brazos le fallaron. No tenía fuerza.

—Tranquilo, yo te ayudo —dijo Annika.

Lasgol bebió la poción.

—Yo… te reconozco… eres Annika, ¿verdad?

—Así es. Me alegro de que me recuerdes —sonrió ella.

—Este lugar…

—Estás en la torre de los Guardabosques, en Norghania.

Lasgol intentó recordar y sintió un agudo dolor en la cabeza, como si le quemaran la mente con hierro candente.

—No puedo recordar… ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Por qué he estado inconsciente tanto tiempo? —preguntó con una mueca de dolor.

—Tranquilo, no fuerces tu mente ahora mismo. ¿Sabes quién eres?

—Sí… Lasgol Eklund… soy… Guardabosques norghano…

—Muy bien. ¿Qué más recuerdas?

Lasgol hizo un esfuerzo y de nuevo el dolor atacó su cabeza.

—Agh… Me duele…

—Necesitas descanso. La mente requiere de tiempo para sanar, al igual que el cuerpo.

—Pero… es que no recuerdo mucho más… Solo quién soy… y algo de mi niñez. Está todo borroso… y… me duele.

—Ya es mucho —sonrió Annika—. No fuerces, no castigues tu mente si te duele. Puede ser peligroso e incluso puedes perder los pocos recuerdos que ahora tienes.

—Está bien… Es que me siento… perdido…

—Es natural, solo necesitas saber que estás entre amigos, con los Guardabosques. Eres uno de ellos y te protegerán. ¿De acuerdo?

Lasgol asintió.

—Los Guardabosques… sí, algo recuerdo.

—Te prepararé un par de pociones que te ayudarán con ese dolor de cabeza.

—¿Qué me ha pasado? ¿Por qué no recuerdo?

Annika suspiró.

—No es el momento. Sé que quieres entenderlo, pero todo llegará a su debido tiempo. Ahora descansa.

Al día siguiente Sigrid entró en la estancia y saludó a Annika, que le devolvió el saludo con una sonrisa.

—¿Cómo te encuentras, Lasgol? —preguntó Sigrid.

—No muy bien… Físicamente estoy algo mejor —dijo Lasgol de pie junto a la ventana mirándose los brazos y piernas y palpándose el pecho—, pero de mente… mal. No recuerdo nada de lo sucedido en… en mucho tiempo…

—¿Me recuerdas a mí?

—Sí… Eres Sigrid… pero no recuerdo mucho más.

—¿Recuerdas el Refugio?

—Vagamente… ¿estuve allí?

Sigrid asintió.

—Estuviste. Es donde te convertiste en Especialista. Yo era la Madre Especialista, líder del Refugio en aquel tiempo.

—Lo siento… no recuerdo… todo está borroso en mi cabeza…

—¿Recuerdas el Campamento? ¿Recuerdas formarte como Guardabosques?

—Recuerdo fragmentos sueltos… pero están envueltos en una neblina espesa que no consigo traspasar —se lamentó Lasgol, que cerraba los ojos intentando recordar sin conseguirlo.

—No te preocupes. Has sufrido una experiencia muy traumática y tu mente está rota ahora mismo. Necesitará de tiempo para sanar.

—¿Qué me ha pasado?

Sigrid suspiró y miró a Annika, que asintió.

—He consultado con curadores de confianza y cirujanos tradicionales. El consenso es que cuando la mente olvida, el mejor tratamiento es el tiempo y dejar que poco a poco vaya recuperándose. Según lo haga, irás acordándote de más cosas y esos fragmentos irán desvelándose y cobrando sentido.

Lasgol asintió.

—¿No vas a decirme entonces lo que me sucedió?

—Me gustaría hacerlo, pero Annika me ha recomendado que no lo haga.

—Lo siento, Lasgol, pero es mejor así —se disculpó Annika.

—Lo que tengo que contarte es tanto y tan inverosímil, que no creemos que te ayude, más bien te confundirá y alargará tu recuperación.

—Si se te cuenta lo ocurrido intentarás crear un nuevo pasado que se ajuste a ello. Lo mejor es que des tiempo a tu mente para que sea ella quien vaya recordando y uniendo las piezas del puzle —explicó Annika.

Lasgol resopló.

—Entiendo, aunque es muy frustrante. ¿No podría preguntar a mis compañeros? Soy Guardabosques, eso lo recuerdo, aunque no sé por qué.

—Tus compañeros, los que formaban las Panteras de las Nieves, ya no están. Ellos te habrían podido ayudar. El resto de los compañeros con los que has interactuado en el pasado te contarán una versión de tu vida muy sesgada y afectada por sus vivencias personales. Mejor que dejes que tu mente recupere esos fragmentos por sí misma, al menos por ahora —dijo Sigrid y Annika asintió.

—Además, si hay dolor al intentar recordar es porque algo todavía no está bien —explicó Annika.

—El dolor está y es muy agudo cuando trato de acordarme de cosas.

—Entonces debes dejar de hacerlo. Si lo fuerzas puedes crear un daño irreversible —insistió Annika—. Deja que el pasado retorne a ti de forma natural.

—¿Y si mi mente no consigue hacerlo? ¿Y si esos recuerdos del pasado no regresan nunca?

—Entonces, en un tiempo prudencial, yo te lo contaré todo —prometió Sigrid—. Aunque también será sesgado e incompleto. No demos tus recuerdos por perdidos de momento. Intenta recuperarlos, como Annika te ha indicado.

—Entiendo. Gracias, lo haré.

—Sé que es una situación terrible para ti, pero estás vivo, que es al final lo importante —dijo Annika.

—Sí, cierto. Es que apenas recuerdo nada y es muy frustrante. Me siento perdido… Y no hablo solo de los Guardabosques, sino de mi propio pasado, mi madre y mi padre. Todo se ha desvanecido en mi memoria.

—Para recordarles te aconsejo que te dirijas a tu casa en Skad. Allí tienes seres queridos que te ayudarán, pero insisto en que dejes que las cosas sucedan a su debido tiempo —subrayó Sigrid.

—Entiendo. Regresaré a mi hogar. Recuerdo a un soldado, cojo, feo y con pinta de oso de los bosques… ¿Ulf… puede ser?

Sigrid asintió.

—Es un buen sitio donde comenzar. Busca a Ulf en tu aldea, vuelve al principio.

—¿Puedo regresar y hablar contigo? ¿Preguntarte?

—Puedes. Yo sé casi todo lo que te ha pasado. Cuando lo necesites acude a mí, siempre te ayudaré.

—Gracias, lo agradezco mucho.

—Soy la líder de los Guardabosques, es mi obligación protegeros y ayudaros.

—Hay una cosa más…

—Adelante —alentó Sigrid.

—Es que siento… un vacío tremendo… aquí… —Lasgol se señaló el centro del pecho—. Siento que hay algo ahí que no puedo alcanzar… Es muy extraño. Recuerdo que cuando era pequeño, jugando con mi perro, descubrí que tenía magia. ¿Es cierto o he perdido la cabeza por completo?

Sigrid y Annika se miraron.

—¿No recuerdas qué hay ahí? —preguntó Sigrid.

Lasgol negó con la cabeza.

—¿Será contraproducente? —preguntó Sigrid a Annika.

—Creo que no, ya que lo siente y algo recuerda…

—No estás loco, Lasgol, tienes el Don. Lo que sientes ahí es tu pozo de energía mágica.

—Oh…. Menos mal… ya pensaba…

—¿Recuerdas hacer magia? ¿Recuerdas tus habilidades? —preguntó Annika.

Lasgol negó con la cabeza.

—Solo tengo un par de recuerdos de niño intentando usarla, pero nada más —dijo cerrando los ojos y apretando la mandíbula por el dolor.

—No fuerces, volverá —dijo Annika.

Lasgol resopló.

—¿Qué hago ahora?

—Descansar y recuperarte —dijo Sigrid—. Regresa a tu aldea. Cuando estés mejor vuelve aquí y únete de nuevo a los Guardabosques. Estoy segura de que con el tiempo y un par de misiones recuperarás la memoria.

—Es lo mejor ahora mismo —le aseguró Annika.

—Está bien. Seguiré vuestro consejo. Os lo agradezco en el alma.

—Recuerda siempre una cosa: eres Guardabosques y siempre lo serás.

Lasgol asintió.

—Lo haré.

Nota del Autor

Y llegamos al final de la saga después de 20 libros y cientos de aventuras de todo tipo con nuestros queridos amigos, que nos han robado el corazoncito. Lo primero que quiero hacer es agradecerte que hayas llegado hasta aquí y que hayas acompañado a Lasgol y las Panteras de las Nieves en su largo recorrido por Norghana y Tremia. Espero que hayas disfrutado mucho con sus aventuras y que tengas ganas de continuar con más, ¡porque que habrá más! Este no es el final de la historia para las Panteras, como ya habrás imaginado por el final abierto que he dejado. ¡Volverás a saber de ellas! Como no podía ser de otra forma, seguirán luchando sus batallas por ellos mismos, sus compañeros, los Guardabosques, Norghana y todo Tremia, y lo harán como siempre lo han hecho: con amor, compañerismo, lealtad y honor.

Te preguntarás por qué este final abierto y no un final feliz cerrado. Hay dos motivos.

El primero es que la serie de *El Sendero del Guardabosques* nació como un spin-off de la serie *El Enigma de los Ilenios* que tiene lugar a continuación en la línea temporal. Cuando la escribí creé a Lasgol como un personaje secundario y me quedé con ganas de desarrollarlo más porque me gustaron mucho las posibilidades que ofrecía. Y ahí nació *El Sendero del Guardabosques.* Por lo tanto, el final de esta saga tenía que ser coherente con el principio de *El Enigma de los Ilenios* y no romper la lógica argumental.

La segunda razón es que tengo en mente escribir una nueva saga donde las tres anteriores converjan. Y es lo que voy a hacer. Se titula *La Senda de los Dragones* y dará continuidad a las anteriores: *Los Dioses Áureos, El Sendero del Guardabosques* y *El enigma de los Ilenios*. *La Senda de los Dragones* comienza después de los eventos que tienen lugar en *El enigma de los Ilenios*. En ella encontraremos nuevos protagonistas muy interesantes y también a algunos que ya conocemos. Como ya te imaginarás, se enfrentarán a retos impensables y vivirán aventuras increíbles, así que te esperan momentos fantásticos por vivir y disfrutar.

Te dejo el orden cronológico de las sagas por si no lo conoces:

Los Dioses Áureos ◊ El Sendero del Guardabosques ◊ EL Enigma de los Ilenios ◊ La Senda de los Dragones.

Quiero darte las gracias de todo corazón por leer mis libros. Sin ti no podría seguir escribiendo y creando estos personajes, mundos y aventuras. Un millón de gracias por todo el apoyo.

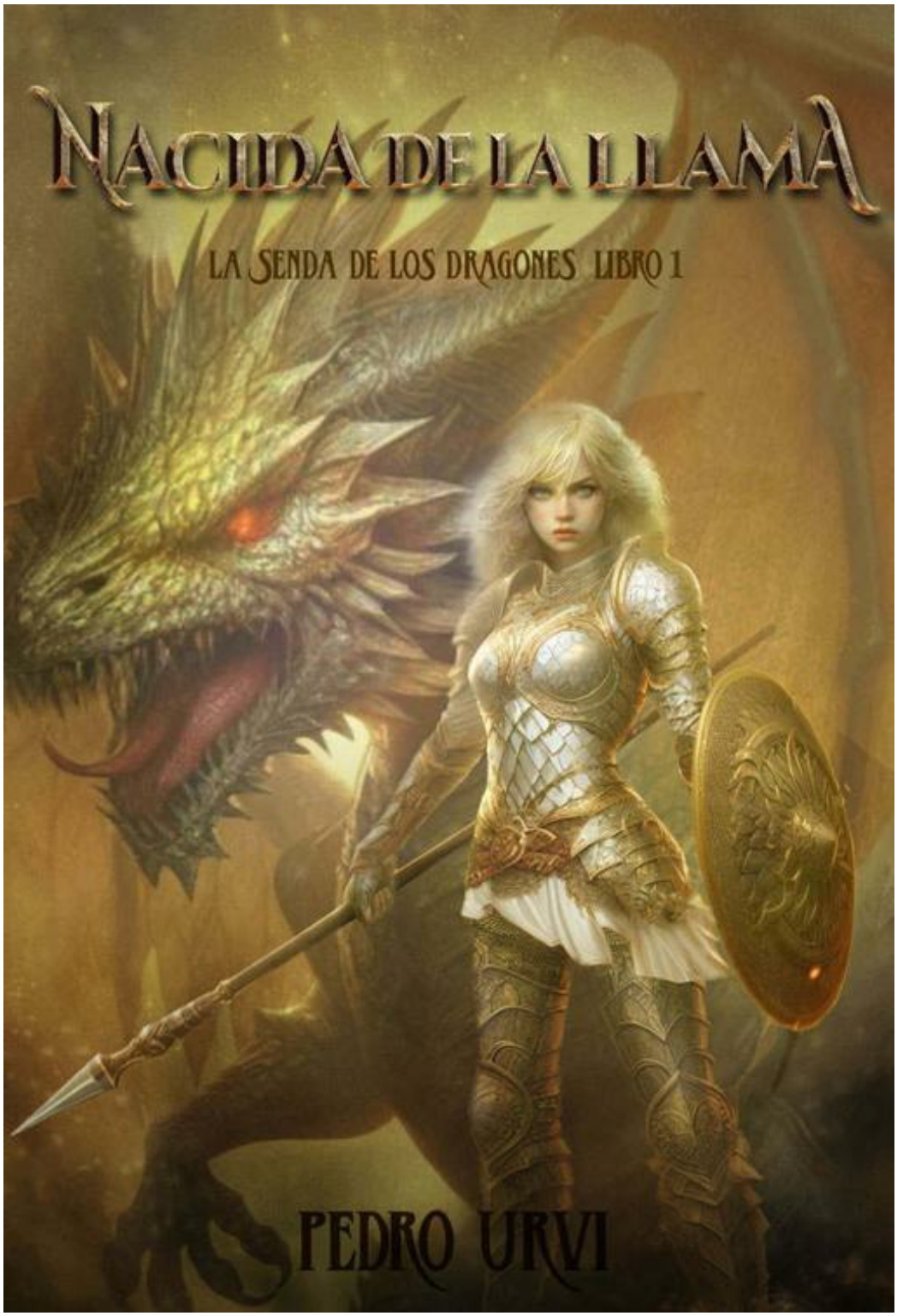
Te espero en *La Senda de los Dragones*.

Pedro.

La aventura continua en:

Nacida de la llama: (La senda de los dragones, Libro 1)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!



Mientras esperas a la siguiente entrega de El Sendero del Guardabosques te recomiendo otras dos series mías con las que está relacionada:

Serie El enigma de los Ilenios

Esta serie ocurre unos pocos años después de la serie del Sendero del Guardabosques. Lasgol aparece en el segundo libro y es un personaje secundario, pero importante.



Serie Los Dioses Áureos:

Esta serie ocurre tres mil años antes de la serie del Sendero del Guardabosques y está relacionada tanto con el Enigma de los Ilenios como con El Sendero del Guardabosques.



Opinión:

Espero que hayas disfrutado del libro. Si es así, te agradecería en el alma si pudieras poner tu opinión en Amazon. Me ayuda enormemente pues otros lectores leen las opiniones y se guían por ellas a la hora de comprar libros. Como soy un autor autopublicado necesito de tu apoyo. Sólo tienes que ir a la página de Amazon o seguir este enlace:

Escribir mi opinión

Muchas gracias,
Pedro.

Agradecimientos

Tengo la gran fortuna de tener muy buenos amigos y una fantástica familia y gracias a ellos este libro es hoy una realidad. La increíble ayuda que me han proporcionado durante este viaje de épicas proporciones no la puedo expresar en palabras.

A Oihana, mi musa, por toda la inspiración y mucho más.

A mi gran amigo Guiller C. todo su apoyo, incansable aliento y consejos inmejorables. Una vez más ahí ha estado cada día. Miles de gracias.

A Mon, estratega magistral y "plot twister" excepcional. Aparte de ejercer como editor y tener siempre el látigo listo para que los "deadlines" se cumplan. ¡Un millón de gracias!

A Luis R. por las incontables horas que me ha aguantado, por sus ideas, consejos, paciencia, y sobre todo apoyo. ¡Eres un fenómeno, muchas gracias!

A Kenneth por esta siempre listo a echar una mano y por apoyarme desde el principio.

A Roser M. por las lecturas, los comentarios, las críticas, lo que me ha enseñado y toda su ayuda en mil y una cosas. Y además por ser un encanto.

A The Bro, que como siempre hace, me ha apoyado y ayudado a su manera.

A mis padres que son lo mejor del mundo y me han apoyado y ayudado de forma increíble en este y en todos mis proyectos.

A Olaya Martínez por ser una correctora excepcional, una trabajadora incansable, una profesional tremenda y sobre todo por sus ánimos e ilusión. Y por todo lo que me ha enseñado en el camino. Y por el tremendo y excepcional sprint final en este libro.

A Sarima por ser una artistaza con un gusto exquisito y dibujar como los ángeles.

A Tanya, por su Ojo de Halcón, y por lo que me ha ayudado con sus comentarios e ideas.

Y finalmente, muchísimas gracias a ti, lector, por leer mis libros. Espero que te haya gustado y lo hayas disfrutado. Si es así, te agradecería una reseña y que se lo recomendaras a tus amigos y conocidos.

Muchas gracias y un fuerte abrazo,

Pedro.

Todos mis libros en Amazon

Haz clic en el enlace para descubrirlos

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: Mis libros en Amazon

Web: https://pedrourvi.com/

Twitter: https://twitter.com/PedroUrvi

Facebook Autor: https://www.facebook.com/pedro.urvi.9

Facebook Página: https://www.facebook.com/pedrourviautor/

Instagram https://www.instagram.com/pedrourvi/

Mail: pedrourvi@hotmail.com

Nacida de la llama: (La senda de los dragones, Libro 1)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!

